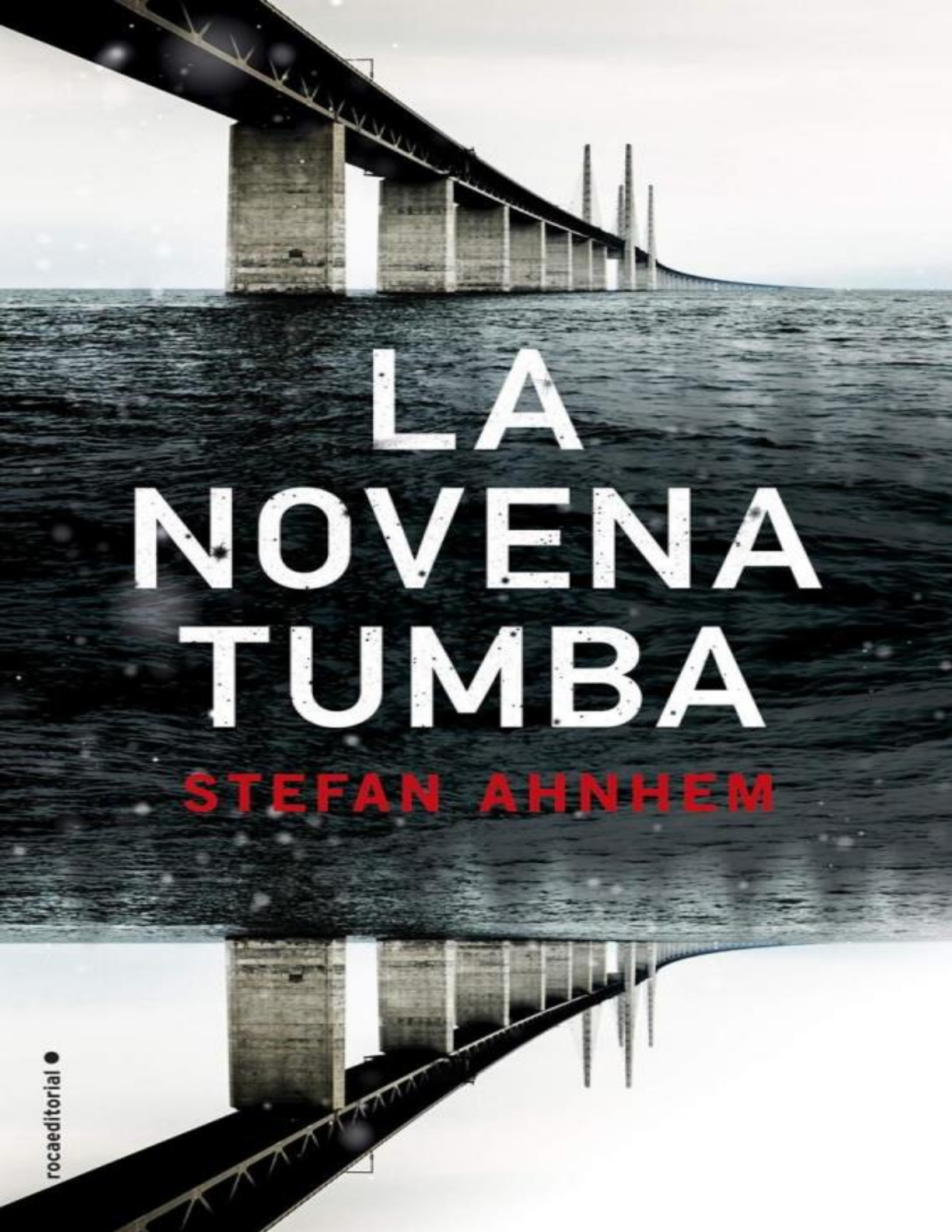

LA
NOVENA
TUMBA
STEFAN AHNHEM
rocaeditorial

LA NOVENA TUMBA

STEFAN AHNHEM

Traducción de Santiago del Rey

Rocaeditorial

Título original: *Den Nionde Graven*

© 2015, Stefan Ahnhem

Primera edición: noviembre de 2019

© de la traducción: 2019, Santiago del Rey

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com
www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788417968366

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

LA NOVENA TUMBA
Stefan Ahnhem

LA MUERTE NO ES MÁS QUE EL PRINCIPIO.

Un frío día de invierno, el ministro de Justicia de Suecia sale de su coche y desaparece en medio de una tormenta de nieve. Casi al mismo tiempo, la esposa de una famosa estrella de la televisión danesa es asesinada brutalmente en su lujosa casa al norte de Copenhague.

El detective Fabian Risk y su homóloga danesa Dunja Hougaard enseguida unen las piezas de ambos asesinatos. Pero a medida que el tiempo pasa, sus investigaciones comienzan a desmoronarse, mientras se ven arrastrados a una conspiración mucho peor de lo que nadie podría imaginar.

ACERCA DEL AUTOR

Stefan Ahnhem es un respetado guionista de cine y televisión, principalmente conocido por escribir el guion de la adaptación televisiva de la serie de Henning Mankell *Wallander*. Es miembro del Consejo Sueco de Escritores y ha sido galardonado con premios tan prestigiosos como el Crimetime Specsavers en Suecia y el MIMI en Alemania. Traducido a más de ocho idiomas y con más de un millón de ejemplares vendidos, sus novelas alcanzan las listas de libros más vendidos de Alemania, Suecia, Noruega e Inglaterra. Su primera novela publicada en Roca Editorial en 2018 fue *Mañana te toca a ti*, protagonizada por el detective Fabian Risk, en la que se relatan los eventos sucedidos posteriormente a *La novena tumba*.

ACERCA DE LA OBRA

«*Un contrincante de verdad para Stieg Larsson.*»
NDR, ALEMANIA

«*El nuevo rey del thriller escandinavo.*»
CRIMETIME, SUECIA

«*Ya es hora de que la mayoría de los novelistas nórdicos de novela criminal se hagan a un lado y que los lectores miren hacia arriba. Stefan Ahnhem ha llegado y es tremendamente convincente. La novena tumba es una novela que atrapa de una manera fascinante.*»
C. J. BOX, AUTOR *BEST SELLER* DE *THE NEW YORK TIMES*

«*Una serie de crímenes atmosféricos y complejos que cruzan el estrecho entre Suecia y Dinamarca, con grandes personajes policiales y algunos delincuentes imaginativamente*

espeluznantes.»

SUNDAY TIMES

«*La historia de Ahnhem es tan sombría como las profundidades de un invierno nórdico y tan sangrienta como una casa mortuoria*.»

BELFAST TELEGRAPH

DIEZ AÑOS ATRÁS

Estaba tan oscuro que apenas veía lo que tenía delante. El vehículo de transporte de presos daba, además, tales sacudidas sobre el accidentado terreno que atravesaban que las letras que estaba tratando de escribir resultaban casi ilegibles. Pero eso no tenía arreglo. Y esa era su única oportunidad para plasmar su propia versión de la aventura amorosa que lo había llevado a tirarlo todo por la borda; para completarla antes de que el charco de sangre a sus pies se ampliara demasiado. Pensaba explicar cómo su propia gente le había disparado y capturado y cómo se dirigía ahora a una muerte casi segura.

El bolígrafo se lo había encontrado en el campamento militar israelí de Huwwara Checkpoint, en la zona no controlada de la Ribera Occidental. El papel lo había sacado de las páginas vacías del diario que había hallado en la mochila de Tamir, junto con un sobre usado que podría volver del revés.

Cuando terminó de escribir, dobló las páginas de la carta con sus manos ensangrentadas, las metió en el sobre y lo cerró como buenamente pudo. No tenía sello, ni siquiera una dirección. Solo un nombre. Pero introdujo la carta por una rendija del camión y la soltó sin vacilar. Si era la voluntad de Dios, llegaría a su destino, pensó, y se rindió por fin al agotamiento.

El sobre ni siquiera tocó el suelo, porque fue succionado por las violentas corrientes de aire y empujado hacia arriba, hacia lo alto del cielo negro y desprovisto de estrellas en el que empezaba a formarse una tormenta sobre las montañas de Nablus. El intervalo entre los sordos retumbos y los destellos de los relámpagos se fue acortando. Flotaba en el aire la amenaza de una lluvia inminente. En unos segundos, las gotas arrastrarían el sobre hasta el suelo de tierra caliza y lo hundirían en un lodazal. Pero la lluvia no acabó de llegar, y el sobre manchado de sangre siguió su viaje por encima de las montañas y cruzó la frontera hacia Jordania.

Saladin Hazaymeh estaba tendido sobre su esterilla contemplando el cielo, donde la luz del alba asomaba de modo vacilante. Los fuertes vientos de la tormenta de la noche anterior se habían aplacado por fin, y daba la impresión de que iba a hacer un día precioso.

Parecía que el sol hubiera decidido limpiar el cielo en honor a su setenta aniversario. Porque era su cumpleaños lo que lo había impulsado a emprender aquella caminata de diez días. Pero ahora Saladin Hazaymeh estaba absorto en otra cosa.

Al principio, cuando lo divisó en el cielo, pensó que era un avión situado a miles de metros de altura; un poco más tarde llegó a la conclusión de que debía de ser un pájaro con un ala herida. Pero ya no tenía ni idea de qué era lo que bajaba flotando por el aire, a unos cincuenta metros, reluciendo bajo los primeros rayos de sol.

Saladin se levantó y notó que había desaparecido el dolor de espalda que solía atormentarlo por las mañanas. Se apresuró a enrollar la esterilla y la guardó en la mochila. Algo estaba a punto de suceder, algo de gran trascendencia, y él se sentía lleno de energía.

Solamente podía tratarse de una señal de Dios, del Dios en el que había creído desde que tenía uso de razón, confirmándole que estaba en el buen camino. Pues, en efecto, con ocasión de su cumpleaños, Saladin había decidido rehacer los pasos de Jesús desde Jerusalén hasta el mar de Galilea.

El día anterior había visitado la gruta sagrada de Anjara y, en principio, esperaba pasar la noche allí, tal como había hecho Jesús con sus discípulos y la Virgen María. Sin embargo, los guardias lo habían sorprendido y se había visto obligado a dormir a la intemperie. «Pero todas las cosas tienen un sentido», pensó apresurándose por el terreno irregular hacia el olivo en cuyas ramas había quedado atrapada la señal de Dios.

Al llegar, vio que era un sobre. «¿Un sobre?»

Por mucho que se devanaba los sesos, no hallaba un motivo lógico que explicara su procedencia. Finalmente, concluyó que sería cosa del cielo. Y acaso no estaba del todo equivocado. Su voz interior no cesaba de repetir, como un mantra, que era de la mayor importancia que se hiciera cargo de aquella señal. Así habían sido dispuestas las cosas. Ese, y no otro, era el verdadero sentido de su peregrinación.

Tras varios intentos, consiguió golpear el sobre con una piedra y pillarlo al vuelo antes de que tocara el suelo. Estaba sucio, lleno de pequeños desgarrones y parecía como si hubiera sobrevivido al fin del mundo contra todo pronóstico. También pesaba más de lo que había supuesto a simple vista.

Todas las dudas se habían disipado ya. Dios lo había escogido. Aquello no era un simple sobre viejo.

Lo inspeccionó por ambos lados, buscando algún indicio, pero no vio más que un nombre escrito con una letra pequeña y desgarbada: «Aisha Shahin».

Saladin Hazaymeh se sentó en una roca y deletreó laboriosamente el nombre, pero no le decía nada. Tras algunas vacilaciones, sacó su navaja y abrió el sobre con mucho cuidado. Conteniendo el aliento casi sin darse cuenta, sacó la carta, la desplegó y examinó los renglones manuscritos.

Estaba en hebreo, eso seguro. Pero si él apenas leía el árabe, ¿cómo iba a entender aquel idioma?

¿Qué pretendía decirle Dios? ¿Estaba castigándolo por no haber aprendido a leer? ¿O la carta no estaba destinada a él? ¿Acaso era un insignificante intermediario cuya misión se reducía a transmitirla? Intentó sin éxito dejar de lado su decepción mientras volvía a doblar la carta y la guardaba en el sobre. Entonces reanudó su camino hacia el norte, hacia Ajlun, donde de mala gana depositó la carta en un buzón.

Muchos pensarían sin duda que Khaled Shawabkeh se había portado de un modo vergonzoso y que era un hombre profundamente inmoral. Él, por su parte, no se sintió culpable en absoluto cuando cogió el sobre sin sello, ni remitente ni dirección. Las cartas remitidas defectuosamente pasaban a ser de su propiedad. Era una práctica que había adoptado sin excepción durante los cuarenta y tres años que había trabajado clasificando el correo.

En casa tenía muchas cajas llenas de cartas extraviadas: una caja por año. Y lo que más le gustaba era sacar una de esas cartas al azar y examinar el contenido que estaba destinado a otra persona. Ahora bien, este sobre era algo fuera de lo común.

El deterioro del papel confirmaba que su viaje debía de haber constituido toda una aventura. Además, alguien había desgarrado el sobre, aunque dejando el contenido intacto: lo había dejado para él y para nadie más.

Noventa y ocho minutos exactos antes de lo normal, Khaled llegó a casa y cerró la puerta con llave. Se había saltado el té de la tarde, a pesar de que llevaba pasteles harissa, y había hecho todo el trayecto desde el autobús corriendo. Estaba sin aliento y notaba que el sudor le traspasaba su ceñida camisa de poliéster. La cena podía esperar. Se sirvió un vaso de vino de la botella escondida detrás de los libros de la estantería, tomó asiento en el sillón y, cogiendo el sobre, sacó con solemnidad la carta.

«Por fin», se dijo, y cogió el vaso de vino, felizmente ajeno al coágulo que llevaba años formándosele en la pierna izquierda y que en ese momento se desprendió y avanzó por el torrente sanguíneo hasta sus pulmones.

Aunque había pasado más de un año desde la muerte de su tío por una embolia pulmonar, Maria no había puesto los pies en la casa donde él había vivido. Sus dos hermanos habían impugnado el testamento y habían hecho todo lo posible para obligarla a rechazar la herencia. Hasta su propio padre había intentado convencerla, aduciendo que Khaled Shawabkeh había perdido la cabeza con los años y que había dejado la casa en un completo desorden. Además, él no creía que las mujeres fueran a ser capaces nunca de administrar una propiedad.

Pero Maria se había mantenido firme y, por fin, podía meter la llave en la cerradura y tomar posesión de su herencia. En el transcurso del litigio, se había distanciado de sus padres y hermanos. Pensaba vaciar la casa y venderla y, con ese dinero, podría abandonar su empleo en la sastrería, trasladarse a Ammán e incorporarse al trabajo de sus sueños en la Comisión Nacional Jordana para la Mujer.

No debería haber sido posible. No había ningún motivo para creer que la carta fuese a llegar nunca a su destinatario. Con todos los obstáculos a los que se enfrentaba, la probabilidad era tan ínfima que resultaba imposible calcularla siquiera.

Y, sin embargo, eso fue lo que sucedió.

Un año, cuatro meses y dieciséis días después de que la empujaran por la rendija de un vehículo de transporte de prisioneros y quedara a merced de los vientos y de la oscuridad de la noche, la carta llegó a las manos de Maria Shawabkeh. Y al cabo de unas horas, ella se las había arreglado para reconstruir la mayor parte de la información que faltaba.

Tres noches insomnes después de leer aquella espantosa historia, realizó unas búsquedas en Internet, puso un sello en el sobre, escribió la dirección completa y lo depositó en la oficina de correos más cercana, sin hacerse la menor idea de las consecuencias que habría de tener ese acto.

Aisha Shahin
Selmedalsvägen, 40, 7.º
129 37 Hägersten

Suecia

PRIMERA PARTE

16 − 19 DE DICIEMBRE DE 2009

Muchos se sentirán horrorizados por las cosas que he hecho. Algunos las considerarán una venganza por todas las injusticias que se han cometido; otros las verán como un juego audaz para engañar al sistema y demostrar lo lejos que puede llegar una persona. Pero la gran mayoría creerá que estos actos son propios de alguien extremadamente enfermo.

Todos ellos se equivocarán.

DOS DÍAS ANTES

Sofie Leander aguardaba en la sala de espera del Hospital General Sur de Estocolmo para que le hicieran una ecografía. Estaba hojeando un ejemplar muy sobado de *Nosotros, padres*, que contenía una página tras otra de mamás y papás guapos y felices. Lo único que deseaba era ser una mamá de esas. Pero tras muchas tandas infructuosas de fecundación *in vitro*, dudaba de que su producción de óvulos fuese a reaccionar.

Este era definitivamente su último intento. Si el tratamiento no funcionaba, no tendría más remedio que darse por vencida, cosa que su marido ya parecía haber hecho.

Él había prometido estar a su lado siempre que lo necesitara, pero no se había presentado a la cita de hoy. Sofie miró el móvil y releyó el mensaje: «Tengo un conflicto y, lamentablemente, no podré llegar». Todo aquello era intrascendente para él, como ir a comprar leche de regreso a casa. Ni siquiera le había deseado buena suerte.

Ella había creído que el traslado a Suecia, hacía tres años, revitalizaría su relación, sobre todo desde que él había decidido adoptar el apellido de Sofie. Ese gesto había sido para ella como una declaración de amor: una prueba de que ambos estarían unidos, pasara lo que pasase. Pero ya no estaba tan segura, y no podía eludir la sensación de que poco a poco iban alejándose el uno del otro. Había intentado sacar el tema en las conversaciones, pero él insistía una y otra vez en el amor que sentía por ella. Aun así, Sofie notaba el distanciamiento en los ojos de su marido; o más exactamente, en esa forma que tenía de rehuirle la mirada.

De repente el hombre que una vez le había salvado la vida tenía «conflictos» y apenas la miraba. Ella habría deseado telefonearlo y hablar claro, preguntarle si había dejado de quererla o si había conocido a otra mujer. Pero no se atrevía. Además, estaba segura de que no le respondería. Casi nunca lo hacía cuando estaba trabajando, en especial ahora que se hallaba metido de lleno en un nuevo proyecto: algo tan sumamente secreto que ni siquiera podía decirle de qué se trataba. La única oportunidad para ella sería un informe positivo del médico. Si al menos consiguiera eso, todo se arreglaría. Entonces podría darle por fin el hijo que siempre habían deseado, y él se daría cuenta de lo mucho que la amaba.

«Sofie Leander», dijo una comadrona. Se levantó y la siguió a lo largo del pasillo hasta una pequeña sala de exploración, donde había una especie de ordenador grande y una cama de hospital; las persianas estaban bajadas.

—Cuelgue el abrigo de ese gancho y túmbese. El doctor viene enseguida.

Sofie asintió y, cuando salió la comadrona, se quitó el abrigo y las botas. Una vez sobre la cama, se sacó la blusa y se desabrochó los pantalones. Decidió tratar de hablar con su marido de todas formas y preguntarle qué era tan importante como para no poder acompañarla. Cuando iba

a coger el bolso, se abrió la puerta y entró el médico.

—¿Es usted Sofie Leander?

Ella asintió.

—Bien. De entrada, voy a pedirle que se tienda de lado, con la espalda hacia mí.

Obedeció y oyó cómo el médico abría un envoltorio de plástico. No estaba del todo segura, pero había algo en la situación que no acababa de encajar.

—Disculpe, yo he venido para que me examinen los ovarios.

—Por supuesto. Pero primero hemos de ocuparnos de esto —dijo el médico presionándole las vértebras.

De pronto notó un pinchazo en mitad de la espalda.

—¿Qué está haciendo? ¿Me ha puesto una inyección? —Se volvió y vio que el médico se guardaba algo en el bolsillo—. Exijo saber qué es…

—No tiene que preocuparse. Es pura rutina. ¿Estas son sus cosas? —dijo el médico señalando el abrigo y las botas, pero no esperó la respuesta y los colocó junto a los pies de la mujer—. No debemos olvidarnos nada, ¿verdad?

No era la primera vez que a Sofie le hacían una ecografía de los ovarios, por lo que sabía sin la menor duda que aquello no era un procedimiento de rutina. Pero no tenía la menor idea de qué se trataba. Estaba segura de una cosa: no deseaba seguir allí, quería alejarse cuanto antes de aquel médico, de la sala de exploración y del hospital en general.

—Creo que tengo que marcharme —dijo tratando de incorporarse—. Quiero marcharme, ¿me ha oído? —Pero su cuerpo se negó a obedecerla—. ¿Qué ocurre? ¿Qué me ha hecho?

El médico se inclinó, sonriendo y acariciándole la mejilla, antes de colocarle una mascarilla de oxígeno en la cara.

—Enseguida lo comprenderá.

Ella intentó protestar, chillar con todas sus fuerzas, pero la mascarilla ahogaba los sonidos. Antes de que pudiera reaccionar, desbloquearon los frenos de la cama y la sacaron de la sala de exploración al pasillo.

Habría deseado agarrar algo, cualquier cosa, e incorporarse en la cama para que todo el mundo se diera cuenta de lo que estaba sucediendo. Pero no podía. Lo único que podía hacer era permanecer allí tendida, mirando el techo, los fluorescentes que iban desfilando y las puertas que se iban abriendo frente a ellos.

Vio muchas caras: mujeres embarazadas, hombres a punto de ser padres, comadronas, médicos… Estaban muy cerca y, a la vez, muy lejos. Oyó voces, el ruido de las puertas del ascensor al abrirse y al cerrarse. ¿O estaban abriéndose? Se sentía un poco confusa.

Volvió a quedarse sola con el médico, que estaba silbando una melodía que reverberaba entre las recias paredes. Era el único sonido que captaba, aparte de su propia respiración, que le recordaba las crisis de asma que había sufrido de niña. En aquel entonces se sentía impotente cuando tenía que dejar de jugar para inhalar aire. Ahora se sentía impotente e infantil al mismo tiempo, y lo único que deseaba era ponerse a llorar. Pero ni siquiera eso era capaz de hacer.

Los fluorescentes del techo de hormigón terminaron, y notó cómo le levantaban el cuerpo —primero las piernas, después el torso—, y lo depositaban en una camilla. «Enseguida lo comprenderá», había dicho el médico. ¿Cómo iba a comprenderlo? Lo único que le venía a la cabeza era la historia que había leído recientemente de un cirujano plástico de Malmö que

inyectaba algo a sus pacientes para que no se resistieran mientras las violaba. Pero ¿por qué iban a querer violarla a ella?

La empujaron hacia atrás hasta el interior de una ambulancia. Procuró concentrarse en los sonidos. Oyó que se cerraba la puerta del conductor y arrancaba el motor. Se pusieron en marcha, doblaron en Ringvägen hacia el oeste y continuaron por Hornsgatan hacia Hornstull, donde se despistó definitivamente mientras cruzaban una rotonda. A partir de ahí, perdió todo el sentido de la orientación.

Unos veinte minutos después, se detuvieron por fin. No tenía ni idea de dónde estaban, pero oyó cómo se abría la puerta de un garaje. La ambulancia avanzó unos treinta metros y el motor enmudeció del todo.

Se abrieron las puertas y la sacaron con la camilla. De nuevo una serie de fluorescentes desfilaron en el techo, uno tras otro. Conducían la camilla más deprisa, y los pasos del médico resonaban en el suelo. Se detuvieron bruscamente. La mujer percibió un ruido de llaves y un pitido; se puso en marcha un motor eléctrico.

La introdujeron en una habitación oscura. Parecía como si algo se estuviera cerrando a su espalda. Se encendió una intensa lámpara en el techo, que iluminó una mesa rectangular. No veía ninguna ventana ni podía deducir el tamaño de la habitación. No distinguía nada a excepción de la lámpara y la mesa, con una serie de aparatos alrededor. Cuando la acercaron más, vio que la mesa estaba forrada de plástico y que había en ella una serie de correas y un orificio de unos tres centímetros justo en medio. Al lado, había una mesita auxiliar metálica con varios instrumentos quirúrgicos alineados sobre una toalla blanca.

En cuanto vio las tijeras, las pinzas y los bisturís, comprendió para qué se la habían llevado. Y lo que iba a suceder.

1

Fabian Risk leyó de nuevo el mensaje antes de levantar la vista del móvil y enfrentarse a la mirada perpleja de la profesora.

—Lo lamento, pero parece que habremos de empezar sin ella.

—¿De veras? Bueno, si no hay más remedio —dijo la mujer mostrando a las claras su contrariedad.

—¿Qué quieres decir? ¿Mamá no viene? —Matilda lo miró consternada, como si prefiriese arrojarse por el puente Vasterbrön antes que aguantar una reunión de padres con su profesora sin la presencia de Sonja. Fabian entendía que se sintiera así, puesto que él no había asistido a las últimas reuniones por distintos motivos. Aunque la niña ya estaba en el tercer curso, él ni siquiera recordaba el nombre de la profesora.

—Por desgracia mamá tiene trabajo, Matilda. Ya sabes que siempre está muy ocupada cuando se acerca una exposición.

—Pero ha dicho que vendría.

—Ya lo sé, y te aseguro que está tan disgustada como tú, pero estoy convencido de que la reunión saldrá bien igualmente. —Le dio unas palmaditas en la cabeza y buscó el apoyo de la profesora, que reaccionó con una sonrisa neutra.

—Déjame —dijo Matilda apartándole la mano, y se ajustó los clips de color rosa en la oscura melena que ya le llegaba hasta los hombros.

—Bien. Por lo que se refiere a la motivación de Matilda para aprender y a su capacidad para seguir las clases, todo el equipo docente tiene una impresión positiva. —La profesora hojeó sus notas—. Tanto en Lengua Sueca como en Matemáticas es una de las mejores en… —Se interrumpió y miró el móvil de Fabian, que vibraba sobre la mesa.

—Perdone. —Fabian le dio la vuelta al teléfono y advirtió, muy sorprendido, que la llamada era de Herman Edelman. Este había sido su jefe desde que había entrado a trabajar en la Agencia Nacional de Investigación Criminal de Estocolmo. Todavía a sus sesenta años Edelman seguía siendo un personaje al que se había de tener muy en cuenta, un profesional dotado de la misma energía de siempre para averiguar la verdad. De no ser por él, Risk debía reconocer sinceramente que no habría llegado a ser gran cosa como investigador.

Curiosamente, nadie había visto a Herman desde la hora del almuerzo. Por la tarde, durante la pausa para el café, ningún miembro del equipo había tenido noticias suyas y todos se habían cuestionado si habría sucedido algo.

Ahora, sin embargo, estaba llamando. Pero lo hacía después del horario de trabajo, lo cual

significaba que, en efecto, algo había sucedido: algo que no podía esperar.

Cuando se disponía a responder, la profesora carraspeó.

—No disponemos de toda la noche. No es usted el único padre al que tengo que ver.

—Disculpe, ¿dónde estábamos? —Fabian rechazó la llamada y dejó el móvil.

—Matilda. Su hija. —La mujer le dirigió una sonrisa forzada—. Como estaba diciendo, los miembros del equipo docente no tienen más que comentarios positivos sobre ella. De todos modos —añadió mirándolo a los ojos—, me gustaría hablar con usted un momento en privado, si no le importa.

—¿Ah, sí? Muy bien. No hay problema. ¿Verdad, Matilda?

—¿De qué vais a hablar?

—Seguro que será alguna cosa de adultos —dijo su padre, girándose hacia la profesora, que asintió sonriendo.

—Matilda, ¿puedes esperar en el pasillo? Enseguida salimos.

La niña suspiró y salió del aula arrastrando los pies con aire enfurruñado. Mientras la seguía con la mirada, Fabian no pudo dejar de preguntarse qué querría Edelman.

—Bien. —La profesora entrelazó las manos sobre la mesa—. Me ha llegado a través de varias personas que hay serios indicios de que Matilda…

Una vez más la interrumpió la vibración del móvil de Fabian. Su irritación era más que evidente.

—Tiene que disculparme, no sé qué está pasando. —Risk cogió el teléfono y miró quién llamaba. Ahora era su compañera Malin Rehnberg, que estaba en Copenhague en un seminario. Edelman debía de haberla llamado después de probar con él—. Perdone, pero no tengo más remedio que…

—Entonces vamos a dejarlo aquí —dijo la maestra, y se dispuso a recoger sus papeles.

—Espere. ¿No podríamos…?

—En esta escuela tenemos una norma de tolerancia cero con los teléfonos móviles durante las clases. No veo ningún motivo para hacer una excepción con los adultos. —Siguió recogiendo los papeles y los metió en su maletín—. Atienda esa llamada tan importante. Y así yo podré reunirme con unos padres que estén realmente interesados en sus hijos. Que pase una buena tarde —añadió levantándose.

—Espere, no era mi intención echar a perder la reunión. —Justo entonces el móvil soltó el pitido del buzón de voz. «Ojalá me haya dejado un mensaje explicándome qué ocurre», pensó—. Disculpe. Por supuesto que estoy aquí para hablar de Matilda y de nada más.

La profesora le dirigió una mirada desdeñosa.

—Muy bien. Hagamos un último intento. —Volvió a abrir el maletín y sacó la carpeta de Matilda—. No solemos entrometernos en estas cosas, pero creemos que es muy importante dar un toque de atención en el caso de su hija. Nos tememos que, si ustedes no hacen algo, sus estudios puedan correr peligro.

—Perdone, pero no lo entiendo. Si no hacemos… ¿qué?

Ella colocó un dibujo sobre la mesa.

—Este es uno de sus últimos trabajos. Véalo usted mismo.

Fabian se reconoció a simple vista en el dibujo. Aparecía con la perilla que se había afeitado hacía unas semanas. Sonja estaba frente a él con un cuchillo de cocina en la mano. Ambos tenían

la cara roja y gritaban con la boca abierta. Recordó la escena. Él había cuestionado que fuera necesario que su mujer trabajara tanto por las noches. Ella se había puesto furiosa, sacando a relucir todas las noches que él también se había quedado trabajando hasta las tantas en los últimos años, y lo había acusado de pensar únicamente en sus necesidades.

Ambos habían acordado en su momento no pelearse nunca delante de los niños, pero en el calor de la discusión, él incluso había amenazado con el divorcio.

—No sé qué decir. Esto es…

—Y aquí hay otro —le cortó la profesora.

Esta vez se trataba de un dibujo de la habitación de Matilda. Fabian reconoció el papel pintado de la pared, junto a la cama, y los peluches alineados sobre las almohadas, tal como estaban en la realidad. En parte, quedó impresionado por la destreza de su hija para dibujar; pero por otra parte, luchaba para asimilar lo que decían los bocadillos de texto que ilustraban la pelea desatada al otro lado de la pared. Esta vez eran palabras relacionadas con el sexo y, por lo que pudo ver, algunas de ellas estaban dolorosamente cerca de la verdad.

Habría deseado que se lo tragara la tierra con tal de salir de allí cuanto antes.

—Naturalmente —dijo la profesora—, me doy cuenta de que en todo esto hay muchas fantasías y exageraciones, pero esta misma temática reaparece en todo cuanto está haciendo Matilda, y he pensado que sería conveniente que ustedes lo supieran. Como madre, yo preferiría saberlo.

—Por supuesto —aceptó Fabian, tratando de esconder el teléfono móvil, que le estaba vibrando otra vez en la mano.

Al salir de la escuela Björngård, Risk llamó a Edelman, pero la línea estaba ocupada.

—Mira, Matilda, ahora todavía hay más nieve —dijo contemplando el patio de la escuela, que estaba cubierto de una gruesa capa de nieve fresca—. Mañana podrás hacer un muñeco.

—Ya estará medio derretida —dijo ella, y comenzó a bajar los escalones.

—Espera un momento. —Fabian se apresuró a darle alcance—. Oye, no estarás preocupada pensando que mamá y yo vamos a separarnos, ¿no?

—Ah. Así que estabais hablando de eso.

—¿Y? ¿Estás preocupada?

Sin responder, ella echó a correr hacia el coche, que estaba aparcado en la acera de enfrente.

Fabian sacó el mando y desbloqueó las puertas para que la niña pudiera subir y sentarse. Quería apresurarse y seguir hablando con su hija, pero no sabía muy bien qué decir. Matilda tenía razón, en el fondo. Si seguían así, era cuestión de tiempo que su matrimonio se acabara rompiendo. Y eso que él le había prometido a Sonja, y sobre todo a sí mismo, que jamás seguiría los pasos de sus padres. Por difíciles que se pusieran las cosas, había dicho y repetido en su día, ellos nunca renunciarían a su matrimonio.

Pero ya no estaba tan seguro. Aunque los neumáticos se habían desinflado, por decirlo así, él había seguido circulando sobre las llantas tanto tiempo que más bien dudaba que tuviesen arreglo. Soltó un suspiro y se detuvo en mitad del patio para llamar a Malin Rehnberg.

—Fabian, ¿dónde te habías metido? Te salvas porque estoy a más de seiscientos kilómetros. ¿Eres consciente de que Herman me ha estado dando la lata porque tú no te molestas en responder al teléfono? Me trata como si yo fuera una secretaria o algo parecido. Ya sé que a todo

el mundo le tiene sin cuidado, pero resulta que estoy en Copenhague en un seminario. Que es bastante interesante, por cierto.

—Vale. Pero ¿sabes…?

—Aunque las camas son una mierda; y además, me siento como una vaca inflada.

—Ya, bueno, pero…

—Y no me importa que solo me queden dos meses. ¡Estoy a punto de cometer una locura si estos críos no llegan pronto! ¿Fabian? ¿Sigues ahí?

—Pero ¿te ha explicado qué está pasando?

—No me lo ha dicho. Evidentemente, es muy importante. Pero no tengo ni idea.

—De acuerdo.

—Procura responder la próxima vez que te llame.

Fabian oyó un clic y, sorprendido, se percató de que estaba asintiendo cuando ella ya había colgado. La verdad era que él también esperaba que el embarazo de su colega terminara cuanto antes. Quince segundos más tarde, Malin le mandó un mensaje disculpándose por su tono y prometiendo que volvería a ser la misma de siempre en cuanto «este embarazo diabólico» hubiera llegado a su fin.

Risk se sentó al volante y le echó un vistazo a Matilda, que estaba en el asiento trasero.

—¿Qué tal si paramos en Ciao Ciao y compramos una *pizza*?

La niña se encogió de hombros, pero él notó que se animaba un poco, aunque se esforzara en disimularlo. Arrancó el motor y tomó Maria Prästgårdsgatan mientras intentaba otra vez contactar con Edelman.

—Hola, Herman. Veo que has llamado.

—Entiendo que debo darle las gracias a Malin.

—Estaba en medio de una reunión de la escuela, y hasta ahora…

—Sí, sí, está bien. Te llamaba porque me han convocado en el Säpo esta noche a las ocho y quiero que me acompañes.

—¿Esta noche? Perdona, pero estoy solo con los niños. ¿Por qué es tan importante que yo…?

—¿Quién manda aquí? ¿Tú o yo?

—No es eso lo que quería…

—Escucha: Persson y Päivinen acaban de encontrar una pista nueva del caso Adam Fischer, y Höglund y Carlén están desbordados intentando localizar a Diego Arcas. Los únicos que por ahora no tienen nada sobre la mesa sois tú y Rehnberg. Y ella, por lo que sé, está en Copenhague.

—Vale, pero ¿puedes contarme qué ha pasado?

—Supongo que es de eso de lo que nos van a informar. Nos vemos frente al Säpo a menos cinco. Hasta luego

Fabian se quitó los auriculares y dobló por Nytorgsgatan. No sabía gran cosa sobre el caso Adam Fischer, aparte de que se trataba de un famoso *playboy* que había desaparecido recientemente. Los dos compañeros de Risk lo estaban tratando como un secuestro, pero desde su punto vista podría ser muy bien que el individuo se hubiera embarcado en una juerga de ocho días y que aún no hubiera vuelto a casa. Diego Arcas era un personaje al que conocía mejor: un proxeneta brutal que dirigía numerosos burdeles en Estocolmo. Llevaban años intentando detenerlo por trata de mujeres o tráfico de drogas, pero era un tipo superescurridizo. Risk

esperaba que Höglund y Carlén encontraran las pruebas que necesitaban tan desesperadamente, aunque en su fuero interno más bien lo dudaba. Arcas era demasiado listo para dejarse atrapar. Volvió a concentrarse en la conducción y en la reunión que lo esperaba esa noche. No era ni mucho menos la primera vez que se cruzaba en su camino con el servicio secreto sueco —el Säpo—, pero nunca lo habían invitado a una reunión fuera de horas de trabajo, lo cual se debía, probablemente, a que ocupaba un puesto muy bajo en la jerarquía. Herman Edelman, en cambio, iba allí cada dos por tres. Jamás perdía la ocasión de recalcar que tenías que protegerte las espaldas si querías salir vivo de una reunión con esa gente.

Y ese día, por primera vez, quería que él lo acompañara.

—No, no es posible, Fabian. Lo siento. Tendrás que arreglártelas por tu cuenta.

—¿Como que «arreglármelas por mi cuenta»? —dijo él contemplando los tejados cubiertos de nieve. Oyó cómo Sonja daba otra calada cancerígena y exhalaba el humo. Una señal de que estaba de muy mal humor.

—No sé. Habrás de improvisar. Ahora no puedo hablar más.

—Pero, espera un momento… —Fabian veía en la ventana el reflejo de Matilda, escuchándolos, así que cogió el mando, encendió la televisión y subió el volumen.

«Ocho días después de que el *playboy* Adam Fischer desapareciera sin dejar rastro, la policía ha declarado que está tratando el caso como un secuestro.»

—Sonja, no es que lo haya decidido yo. No tengo elección.

—¿Y crees que yo sí?

«Tenemos con nosotros en el estudio al profesor de Criminología Gerhard Ringe…»

—¿Debería dejar los pinceles y decirle a Ewa que no habrá exposición?

—No, pero…

—Vale, pues.

—Por favor, cálmate.

«¿Por qué ha difundido la policía esa información? ¿Y por qué no hemos sabido nada de un rescate?»

—Estoy calmada —dijo Sonja sin tratar de ocultar que estaba encendiendo otro cigarrillo—. Simplemente, no entiendo por qué ha de resultar un gran problema que sea yo por una vez la que debe trabajar…

—De acuerdo. Ya me las arreglaré. ¿Sabes cuándo volverás?

—Sí. Cuando haya terminado. Y por favor, no me preguntes a qué hora, porque no tengo ni idea. Solo sé que odio más y más estos cuadros a cada segundo que pasa —dijo, y después dio otra calada y suspiró—. Perdona, pero es que estoy harta. Me dan ganas de vomitar encima de ellos.

—Cariño, todo saldrá bien. Siempre te sientes así antes de una exposición y, de repente, tienes una especie de epifanía y todo cuadra.

—Ya lo veremos.

—Yo ya me las arreglaré, no te preocupes.

—De acuerdo.

—Te quiero.

—Hablamos luego.

Fabian se sentó en la cocina con Matilda y sacó su *pizza* de la caja.
—¿Qué tal estaba la de plátano?
—Bien. Pero quiero preguntarte una cosa.
—¿Qué?
—¿Mamá también te ha dicho que te quiere?
Fabian la miró con fijeza, preguntándose qué responder.
—No. No lo ha dicho.
—Quizá es que está muy estresada.
Fabian asintió y dio un gran mordisco a la *pizza*, que se había enfriado hacía rato.

2

No era la primera vez que Risk estaba en el Säpo, pero nunca había tenido que atravesar tantos controles de seguridad, ni se había adentrado tanto en el edificio. Ya había perdido por completo el sentido de la orientación. Herman Edelman permanecía en silencio, lo cual era toda una novedad. Después de utilizar varios ascensores y de recorrer un montón de pasillos sin ventanas, los hicieron pasar a una gran sala muy poco iluminada.

Justo antes de tener que salir de casa, Theodor había vuelto de su partido de *floorball* y accedido a cuidar de Matilda tras una rápida negociación. Aunque era miércoles, Fabian les había permitido tomar refrescos y patatas fritas y cerr vídeos en sus habitaciones. Con una condición: que no se lo contaran a Sonja y que Matilda no lo reflejara en un dibujo de la escuela.

—Ustedes deben de ser Herman Edelman y Fabian Risk —dijo una mujer emergiendo de las sombras y estrechándoles las manos—. Bienvenidos. Anders Furhage y los demás ya están esperando.

La mujer los guio hacia el fondo. Cuando la vista se les habituó a la penumbra, Fabian vio una serie de cubos oscuros que parecían flotar a un metro por encima del suelo. Ya había oído hablar de esos cuartos a prueba de escuchas que, según se decía, habían excedido los presupuestos del Säpo en varias decenas de millones; pero era la primera vez que tenía ocasión de verlos con sus propios ojos. Edelman, en cambio, ni parpadeó. Se limpió sus gafitas redondas con un pañuelo y siguió caminando. Risk no lo había visto tan serio y sombrío desde que murió su esposa de cáncer hacía casi diez años.

—¿Podrían darme sus móviles, por favor? —solicitó la mujer deteniéndose junto a la escalera que ascendía a uno de aquellos cubos tipo cabaña. En lo alto de la escalera, había una recia puerta entornada. Cuando estuviera cerrada, el recinto quedaría herméticamente sellado.

Le entregaron los móviles, subieron los escalones y entraron en el cubo, que tenía las paredes marrones y una moqueta de tono rojo oscuro. Había tres hombres trajeados, cada uno con una corbata de diferente color, sentados alrededor de una mesa ovalada de nogal, con vasos y botellas de agua frente a cada asiento. Fabian reconoció de inmediato al director general, Anders Furhage, quien se levantó para saludarlos mientras la puerta se cerraba a su espalda.

—Gracias por acudir a una convocatoria tan precipitada. Como seguro que ya habrán entendido, todo lo que se diga en esta reunión es absolutamente confidencial.

Risk y Edelman asintieron y se sentaron.

—Vayamos directos al grano —dijo Furhage mirándolos a los dos—. Ha surgido una situación que podríamos calificar como «embarazosa», aunque quizá acabe resultando un mero incidente sin importancia.

Fabian echó una ojeada a Edelman, que parecía tan perplejo como él.

—Melvin Stenberg, aquí presente, es el responsable de seguridad personal y puede darnos más datos —añadió Furhage haciéndole una seña al hombre de la corbata azul.

—A las tres y veinticuatro minutos de hoy, una hora después de que concluyera el turno de preguntas parlamentarias, Carl-Eric Grimås ha salido por la puerta oeste del edificio del Parlamento, donde lo esperaba un coche. Nuestro chofer dice, sin embargo, que Grimås no ha aparecido y desde entonces nadie lo ha visto.

—Un momento, ¿está diciendo que ha desaparecido el ministro de Justicia? —preguntó Edelman.

El hombre de la corbata azul se la recolocó y asintió secamente.

—Hemos registrado toda la zona de alrededor del Parlamento y de Rosenbad,[1] y contactado tanto con su familia como con la jefa del gabinete del Ministerio de Justicia —informó el hombre de la corbata verde—. Pero por ahora todo el mundo parece tan confundido como nosotros.

Se hizo un silencio mientras los presentes asimilaban la noticia de que uno de los ministros de mayor rango del país, el responsable del trabajo de todos ellos, en último término, había desaparecido sin dejar rastro.

—¿Y usted dice que se trata de un mero incidente sin importancia? —dijo Edelman negando con la cabeza.

—No es eso lo que he dicho, Herman, en absoluto. —Furhage lo miró sonriendo—. No nos pongamos quisquillosos. Como sabe usted bien, en este momento no podemos asegurar…

—¡Ha desaparecido, diantre! ¿Cuántos políticos de este país deben perder su vida para que espabilemos de una vez? Quiero decir, ¿Grimås no cuenta con protección personal las veinticuatro horas del día?

Furhage se dio la vuelta hacia el hombre de la corbata azul, que carraspeó antes de decir:

—Bueno, es todo cuestión de recursos y prioridades. Hicimos una evaluación de riesgos que concluyó que no había indicios de ninguna amenaza inminente mientras el ministro permaneciera en alguno de los edificios del Parlamento.

«Ah, pero en cambio tenemos un cubo a prueba de escuchas donde sentarnos a hablar», pensó Fabian, mientras el director general le indicaba al de la corbata verde que pulsara el botón del panel de control integrado en la mesa.

Descendió una pantalla a lo largo de la pared.

—Esta secuencia procede de las cámaras de seguridad de la puerta en cuestión —dijo el tipo, y puso en marcha el proyector.

El vídeo, que no duraba mucho más de un minuto, mostraba a Carl-Eric Grimås caminando hacia las acristaladas puertas —de dos hojas— de seguridad; llevaba un maletín en la mano izquierda. Una vez allí, pasó su tarjeta por el lector, empujó una hoja de la puerta, luego la otra, y desapareció en medio de la ventisca.

Fabian reconoció su indumentaria por las fotografías de los periódicos: el abrigo con un gran cuello de piel negra y el inconfundible sombrero que se había convertido en un rasgo característico del ministro. El indicador horario que aparecía en la esquina superior izquierda de la imagen marcaba las 15:24.

El proyector se apagó y la pantalla ascendió silenciosamente hacia el techo.

—¿Y uno de sus coches estaba esperando afuera para recogerlo? —inquirió Fabian. Aquello le parecía incomprensible.

El de la corbata verde asintió.

—Debo añadir que estaba nevando mucho y que el chófer no disponía de una visión clara de toda la puerta.

—¿A qué hora ha llegado él?

—Si se refiere a Grimås, ha entrado por la puerta principal de edificio oeste del Parlamento a las once y cuarenta y tres minutos —dijo el de la corbata verde, a todas luces satisfecho de poder proporcionar una respuesta rápida y precisa.

—A las once y treinta y ocho minutos ha salido de Rosenbad y ha caminado con paso enérgico por Strömgatan. Pero en vez de tomar Riksbron, ha dado un rodeo por Vasabron hasta Kanslikajen. Siempre con protección personal —explicó el de la corbata azul.

—¿Y cuando ha empezado el turno de preguntas en el Parlamento?, ¿a las doce?

—No. No ha empezado hasta las doce y media. Pero Grimås nunca se retrasa.

—Y el coche que estaba esperando, ¿a qué hora se suponía que debía estar allí?

—A las tres en punto —dijo el de la corbata azul, y dio un sorbo de agua.

—Así pues, aunque tiene fama de ser siempre puntual, no ha salido del edificio del Parlamento hasta las tres y veinticuatro minutos.

Los dos hombres intercambiaron una mirada en silencio. Ante lo cual, Furhage carraspeó con intención de intervenir.

—Permítanme aclarar una cosa. Ustedes no están aquí para asumir la investigación, sino para ser informados. Mientras no estemos seguros de que se ha cometido un delito, seremos nosotros quienes dirijamos la investigación.

—¿Y de que podría tratarse, sino de un delito? —planteó Edelman acariciándose la barba.

—Lo cierto es que hasta ahora no hay nada que apunte a un acto criminal, y tal como… disculpe, ¿como ha dicho que se llamaba? —preguntó Furhage dirigiéndose a Fabian.

—Fabian Risk.

—Y tal como Risk sugiere, hay una serie de interrogantes en este asunto; interrogantes que nos estamos esforzando en despejar en estos momentos. No tiene sentido precipitarse a sacar conclusiones, en mi opinión. Desde luego, les iremos informando puntualmente.

—Ya. Ustedes están al tanto de lo ocurrido desde las tres y media de esta tarde y nos informan ahora. ¿Es eso lo que llama «informar puntualmente»?

—Digámoslo así: en este momento no tenemos ni un cadáver ni una amenaza explícita. Nada indica que pueda tratarse de un acto terrorista o de algo de esa naturaleza. Por otro lado, hay bastantes personas que aseguran que el ministro últimamente parecía estresado y distraído a la vez, lo cual sugiere la idea de que ha desaparecido por propia voluntad y que, sencillamente, quiere que lo dejen tranquilo.

Edelman soltó un bufido y dijo:

—¿No se ha planteado la posibilidad de que su llamado «análisis de riesgo» sea inútil? Tal vez lo único que ustedes están haciendo es ganar tiempo para que su equipo pueda barrer las pruebas de su propio fracaso.

—Herman, ¿me permite sugerir que mantengamos la conversación con decoro? —dijo Furhage, impasible ante el ataque de Edelman—. Aquí nadie está tratando de barrer nada. No

estaríamos aquí sentados, en ese caso. Nosotros tenemos el mismo objetivo que ustedes: averiguar qué ha ocurrido. Y, desde luego, es muy posible que hayamos realizado una evaluación errónea en nuestro análisis de riesgos. Pero eso no cambia lo que acabo de decirle: que la investigación seguirá en nuestras manos mientras no podamos confirmar que se ha cometido un delito.

»Quiero subrayar que el objetivo no es mantenerles a ustedes al margen, sino poder trabajar con discreción. Ambos conocemos las ventajas de la discreción, Herman. En cuanto ustedes pongan en marcha su maquinaria, esto aparecerá en las portadas de todos los tabloides, y lo único que podremos hacer será celebrar conferencias de prensa una día tras otro.

—¿Y si no estoy dispuesto a aceptarlo?

—Tendrá que hacerlo. Y para que se ahorre dolores de cabeza, debe saber que ya he obtenido la autorización de Crimson.

Fabian observó a Edelman, que permanecía en silencio sin mover ni un músculo. Le habían segado la hierba bajo los pies, y lo sabía. Sin su conocimiento, Furhage había hablado con el comisario general de la policía y había obtenido luz verde para mantener a la Agencia Nacional fuera del asunto. Si ahora los estaban informando era, con toda probabilidad, por orden de Crimson. Los habían desbancado con una maniobra estratégica.

Edelman dejó transcurrir los segundos sin revelar lo que estaba pensando. Con toda calma, sacó su pitillera con una mano mientras buscaba su viejo Ronson con la otra. Antes de que nadie pronunciara una palabra, la punta del cigarrillo destelló con un rojo intenso. Ni Furhage ni los otros dos hombres dijeron nada. Después de darle al cigarrillo un par de caladas, lo apagó en un vaso y les espetó:

—Muy bien. Entonces ya hemos terminado. Espero recibir la información sobre el desarrollo de los acontecimientos.

—Desde luego. —Furhage le tendió la mano—. Usted figura en el primer puesto de mi lista, ya lo sabe.

Edelman ignoró la mano tendida y miró a Fabian, que se levantó y lo siguió fuera del cubo, pensando que nunca jamás debía aceptar un puesto ejecutivo.

Mientras volvían a recorrer el laberinto de pasillos hacia la salida, Edelman seguía tan taciturno como a la llegada. Resultaba imposible saber si era porque temía que pudieran oírlo o porque estaba demasiado enfadado para hablar. Fabian se mantuvo también en silencio, aunque tenía un montón de interrogantes en la cabeza.

Al fin, cuando salieron a la ventisca, en Polhemsgatan, Edelman sugirió que ambos subieran al coche de Fabian, pese a que él tenía un taxi esperándolo. Cruzaron la calle; Risk abrió el coche y se apresuró a arrancar el motor para que la calefacción se activara. Herman se acomodó a su lado y mantuvo los ojos fijos en el parabrisas cubierto de nieve.

—No sé si lo sabrás, pero Grimås es… —Edelman inspiró hondo—. Un viejo amigo por el que todavía siento afecto.

Fabian asintió. Mucho antes de que él entrara en la Agencia Nacional de Investigación Criminal, Grimås había sido el jefe de Edelman. Más tarde abandonó el departamento para dedicarse a la política. Todo el mundo había observado la fructífera colaboración entre ambos, y Herman nunca perdía la ocasión de explayarse sobre lo que él y Grimås habían llevado a cabo en

su día. Aun así, el hecho de que todavía siguieran en contacto constituyó una sorpresa para Risk, que preguntó:

—¿Tienes idea de qué puede haber ocurrido?

—No. Pero me temo lo peor. De modo que es de la máxima importancia que averigüemos todo lo posible antes de que las brigadas de limpieza del Säpo hayan llegado demasiado lejos.

—¿Crees que es eso lo que están…?

—No creo nada. Pero no me fío en absoluto de Furhage.

—O sea que hemos de iniciar una investigación aun cuando Bertil Crimson…

—Nosotros, no. Tú —lo interrumpió Edelman—. Te lo diré con toda claridad: no hay ningún otro en el departamento que tenga lo que hay que tener para un trabajo semejante. Y ambos lo sabemos.

—Pero ¿cómo voy a iniciar una investigación por mi cuenta si Bertil Crimson ha dicho explícitamente…?

—Pues entonces no lo llamemos investigación. Lo que quiero decir es que… si nosotros no averiguamos la verdad, ¿quién va a hacerlo? ¿El Säpo?

Fabian asintió. Edelman tenía razón.

—Asegúrate de pasar desapercibido al máximo. Hasta que no sepamos más cosas, no informarás a nadie más que a mí. —Edelman se bajó del coche y cerró con un portazo tan violento que la mayor parte de la nieve se desprendió de los cristales. Risk accionó el limpiaparabrisas, que se encargó de barrer la nieve restante, y enseguida se incorporó a la circulación.

Intentó concentrarse en el tráfico, pero sus pensamientos se habían desatado. Estaba tan absorto, tratando de comprender lo que había ocurrido realmente, que al final tuvo que parar en un aparcamiento de Norr Mälarstrand, bajar la ventanilla e inspirar una buena bocanada del frío aire nocturno.

No solo había desaparecido el ministro de Justicia en misteriosas circunstancias, sino que además Edelman lo había escogido a él para llevar a cabo una investigación secreta. Por suerte, sabía por dónde empezar y a quién debía telefonear.

3

Malin Rehnberg se moría por una buena copa de tinto Zinfandel, que parecía el acompañamiento obvio para el bistec que tenía en el plato. En Estocolmo no le había costado renunciar al alcohol en cuanto se había quedado embarazada. Las ganas de beber habían desaparecido por sí solas. Ahí, en cambio, en la capital danesa, esas ansias habían reaparecido con contundencia. O quizá era porque Dunja Hougaard —su nuevo contacto en la Unidad de Homicidios de Copenhague— no parecía tener ningún problema para beberse ella sola una botella entera.

Se habían encontrado a las pocas horas de coincidir en la conferencia internacional en la que se habían reunido investigadores de homicidios de toda Europa durante dos intensas jornadas para relacionarse entre ellos. Y desde ese momento, ambas habían decidido convertirse mutuamente en sus contactos de referencia. El encuentro había sido tan agradable que Malin había propuesto que salieran a cenar juntas.

Se hallaban en el restaurante Barock, en Nyhavn, y Malin empezaba a comprender por qué los niños daneses eran los últimos del mundo en aprender a hablar. Después de una copa de vino, Dunja Hougaard había abandonado el refugio seguro del inglés para pasar al danés, que se iba volviendo más y más difícil de entender a medida que bebía. Al principio, Malin la interrumpía para pedirle explicaciones cuando había algo que no comprendía, pero pronto se limitó a asentir y a sonreír, tratando de deducir el sentido por el contexto.

Habían llegado a un punto, sin embargo, en que ni siquiera así conseguía seguirla. Era como si las palabras de Dunja surgieran apretujadas en un prolongado e ininteligible amasijo, y más de una vez se había dado cuenta de que estaba pensando en algo totalmente distinto mientras ella hablaba. Entre otras cosas, en la envidia que le daba la danesa, que no estaba embarazada y podía beber todo el vino que quisiera; o bien, en los celos que le inspiraban sus relucientes tejanos rojos y ese tipo espigado en el que todo estaba aún donde debía estar.

Malin no soportaba mirarse al espejo. Tenía que llevar horribles prendas premamá y, a decir verdad, habría cambiado su cuerpo casi sin vacilar por el de cualquier otra. Había ganado veinticuatro kilos de peso, y todavía le quedaban dos meses más: dos meses infernales.

Por más que lo pensara, no descubría ninguna parte de su cuerpo que no estuviera hinchada, dolorida o, al menos, enrojecida y sudorosa. Se sentía como si se desplazara por un campo minado de calambres y achaques que amenazaban con transformarse en cualquier momento en algo realmente doloroso. Su vientre, por ejemplo. Todas las mañanas y todas las noches se lo restregaba con una crema tan cara que le había mentido a Anders sobre su precio. Pero si bajaba la vista, se lo veía tan lleno de estrías que parecía como si la hubieran atropellado.

—¿Seguro que no quieres un poco de vino?

Malin se sobresaltó, saliendo de su distracción.

—¿Disculpa?

—Un poc… co de vino —dijo Dunja Hougaard, tratando de hablar en sueco mientras cogía la botella.

—No, gracias. Me prometí que no bebería una gota mientras estuviera embarazada.

—¿Por qué? —La agente danesa parecía sinceramente perpleja, por lo que Malin se cuestionó si estaba visitando otro planeta en vez de un país vecino.

—No es bueno para el feto. El alcohol entra en la placenta y…

—Eso es típicamente sueco.

—¿Cómo?

—Tenéis demasiadas normas y prohibiciones. Estáis muertos de miedo, la verdad. ¿Qué daño puede hacer un simple vasito de vino?

Malin inspiró hondo para dominar su irritación.

—Tal vez la noticia no haya llegado aún a Dinamarca, pero hay bastantes investigaciones que demuestran que, cuando la madre bebe alcohol, el feto se desarrolla más pobremente y el riesgo de sufrir un TDAH aumenta. Además…

—No, eso no es cierto. —Dunja dio un trago de vino y la miró con fijeza—. Aquí, en Dinamarca, acabamos de concluir un estudio con varios miles de niños de cinco años, y los médicos no han podido documentar ninguna diferencia entre los críos cuya madre bebía un par de copas al día durante el embarazo y los críos cuya madre se había abstenido totalmente de consumir alcohol.

—Vaya. Pero me parece raro. Claro que hoy en día pueden demostrar casi cualquier cosa con esa clase de estudios. La cuestión es…

—¿Sabes lo que creo? —Dunja alzó el dedo índice—. Creo que el único riesgo de que te tomes una copita de vino esta noche es que tus hijos tengan una madre feliz.

—¿Cómo «feliz»? Yo soy feliz, ¿no? —Malin notó que su irritación se estaba imponiendo y que iba a desatarse del todo.

—Bueno, Malin, debes disculparme porque estoy un poco borracha, pero tengo que decirlo…

—Te escucho —dijo ella observando que ahora, de repente, entendía cada palabra.

—Lamentablemente, no pareces tan feliz.

Malin no supo qué decir ni cómo reaccionar. Tendría que haberse enfadado y largado sin más; debería haberle dicho a su nueva amiga danesa que se fuera a la mierda con sus mentiras proalcohol y que se buscara otro contacto en Estocolmo. Si Anders se hubiera permitido cualquier comentario que sonara vagamente como una crítica, ella habría cogido las podaderas y le habría cortado la nariz sin pestañear.

Pero por algún motivo insondable, no se enfadó en absoluto. Al contrario.

—Muy bien… —Apuró el agua mineral—. Dame un poco de vino, qué caramba —dijo tendiéndole la copa vacía a Dunja, que la llenó, entre risas, y le indicó con una seña al camarero que querían otra botella.

Alzaron las copas y brindaron. Malin saboreó el vino y sintió que la recorría una oleada de placer.

—¡Ay, por Dios, qué bueno! —Bebió un poco más—. Pero te digo que estás del todo equivocada en una cosa: no solo tú, sino todos los daneses. Suecia no tiene más prohibiciones

que Dinamarca. Es exactamente al contrario. —Dio otro sorbo—. Aquí, por ejemplo, no puedes vivir en tu casa de verano todo el tiempo que quieras. El kan jang, un suplemento alimentario corriente, está prohibido. Y las tiendas ni siquiera pueden abrir en domingo. Para que luego hablen de un estado paternalista.

—Vale, vale. Ya entiendo tu idea. Pero…

—Y lo mejor de todo, ¿sabías que los trabajadores de la construcción en Dinamarca están obligados por ley a ponerse crema de labios con filtro solar si trabajan al aire libre?

—¡Eso es un chiste!

—¡No! ¡Es cierto!

Ambas estallaron en carcajadas. Malin volvió a alzar la copa.

—¡Salud!

Después de otro trago, Dunja la miró pensativa.

—¿Sabes? Me siento muy *misundelig* de tu embarazo.

—¿*Misundelig*? Si eso significa «envidiosa», estoy más que dispuesta a cambiarte el lugar.

—¿Por qué? ¿No es maravilloso?

—¿Qué tiene de maravilloso andar como un pato hinchado y sentir dolores por todas partes? No estoy en contra de tener hijos, en absoluto. Y me parece que tener gemelos es en gran parte como un premio adicional. Es mejor reducir los años con hijos pequeños lo máximo posible. Pero el embarazo… Si he de ser franca, lo detesto más y más cada día.

—No lo dices en serio, ¿verdad?

—Tú misma lo has dicho. Que no parezco feliz. ¿Y cuál crees tú que es la causa, si no esto? —dijo Malin señalándose el vientre con una mano y cogiendo la copa de vino con la otra—. En las primeras semanas, yo le decía en broma a Anders, mi marido, que él tenía que escoger entre el embarazo, el parto o la lactancia. Ahora ya no es una broma. ¡Si no toma el relevo pronto, no habrá niños que criar! O sea que sigue mi consejo y no sometas ese cuerpazo impresionante (si me permites decirlo) al suplicio de un embarazo.

—Seguramente no sucederá pronto.

—¿Qué quieres decir? ¿Estás soltera?

—No, pero mi novio y yo *knalder* demasiado poco.

—¿Con *knalder* te refieres a…? —Malin movió un dedo entre el pulgar y el índice.

—Sí. Hemos intentado hablarlo; incluso establecimos un calendario para hacerlo una vez a la semana, pero no sirvió de nada.

—¿Lo quieres?

—¿A Carsten? Claro. Nos vamos a casar este verano. El plan es mudarse a Silkeborg en otoño.

—¿A Silkeborg? ¿Eso no queda en Jutlandia? Perdona, pero ¿qué demonios harás allí?

—Carsten va a hacerse cargo de la empresa de contabilidad de su padre.

—¿Y tú qué? Tú tienes una carrera aquí, ¿no?

—Sí, pero… No quiero trabajar a jornada completa con niños pequeños y demás.

—Dunja, escúchame. —Malin llenó las dos copas.

—Vete con cuidado, no se te vaya a ir la mano con el vino.

—Ahora la que habla soy yo—. Y escúchame con mucha atención. Nunca le he dicho esto a

nadie y tal vez nunca volveré a decirlo. Pero… no deberías tener hijos. Al menos, con ese Carsten o como se llame.

—¿Cómo puedes decir eso? —Dunja apartó la copa.

—Cuando en la cama tienes al lado un cuerpo como el tuyo, has de ser muy peculiar para que haya tan poco *knalder*, si he de serte sincera.

—¿Sincera?

—O Carsten es homosexual o no te quiere. Y la cuestión es si tú lo quieres.

—Claro que nos queremos. ¿Quién demonios te da derecho a venir aquí…?

—Solo te digo lo que veo.

—¿Y qué ves?

—Veo a una mujer que… que… o sea, me parece que la situación habla por sí misma. Toda la historia con ese Carsten parece completamente… —Malin se quedó callada, dándose cuenta de repente de que estaba pisando terreno peligroso. Apartó la copa y se tapó la boca—. ¡Ay, Dios mío, perdona…!

Desde luego, no era la primera vez que se lanzaba a hablar y decía en voz alta lo que pensaba, pero sí era la primera que lo hacía con una persona que apenas conocía.

—Perdona. Lo siento. Retiro todo lo dicho. No era mi intención entrometerme… ¡Ay, Dios, qué idiota! No sé qué me ha pasado.

—¿Tal vez un poquito más de vino de la cuenta?

—Me parece que sí. Además, no es conveniente jugar con mis hormonas ahora. Lo mejor que puedes hacer es mantener las distancias. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo.

Dunja volvió a reír y alzó su copa.

4

Fabian contempló la bahía Riddarfjärden mientras escuchaba la melodía de «Black Mirror», de Arcade Fire. La luz de los millares de ventanas iluminadas en lo alto de Södermalm se reflejaba en la superficie de un modo que lo impactó por su belleza. El agua desprendía vapor, tentadora y traicionera, casi como si estuviera caliente, cuando en realidad apenas faltaban unas horas para que se congelara del todo.

La canción alcanzó un *crescendo*.

Bajó el volumen, buscó el número de Niva en su teléfono y pulsó «Llamar». No hicieron falta más que dos timbrazos.

—¡Eh, hola! Cuánto tiempo.

—Sí, casi han pasado dos años desde que lo dejaste. Perdona que te llame a estas horas —dijo Risk, aunque notó que ella parecía cualquier cosa menos cansada.

—No pasa nada. La noche es joven, ya me conoces.

—A lo mejor has sentado la cabeza y formado una familia, y ahora te levantas temprano.

La oyó reírse. Para Niva Ekenhielm, una familia convencional era algo tan improbable como la vida en Marte. Habían sido compañeros durante seis años en la Agencia Nacional de Investigación Criminal, donde ella trabajaba como investigadora informática (o poli de ciencia ficción, como ellos decían). En esa época era más bien normal, y no una excepción, que Niva se quedara en la oficina cuando todos los demás se habían ido, sudando tinta hasta altas horas de la madrugada, y que a veces no se fuera a casa hasta la mañana siguiente, cuando la gente iba de nuevo a trabajar.

En varias ocasiones, Fabian le había hecho compañía y se había quedado toda la noche en el departamento: a veces, porque se encontraba en medio de una investigación que le provocaba insomnio, pero otras veces lo hacía porque así podía aprovechar para poner orden en su escritorio.

En cada ocasión, Sonja había reaccionado con unos celos tan furibundos que poco había faltado para poner en peligro su relación. Y él, en cierto modo, lo comprendía porque Niva era increíblemente atractiva y tenía carisma. Además, había algo especial en su actitud. Al principio, Fabian había supuesto que ella actuaba así con todos los hombres, pero pronto descubrió que estaba coqueteando con él. Aunque le había dejado bien claro que no estaba interesado, ella había continuado con sus insinuaciones, ocultando cada vez menos lo que quería en el fondo.

Pero esta vez era él quien quería algo.

—Dime, Fabian, ¿qué puedo hacer por ti? No te habrás divorciado, ¿verdad?

—No, no hemos tenido esa suerte. —Fabian se arrepintió en el acto de esa frase e intentó arreglarlo con una carcajada—. Bromas aparte, necesito tu ayuda en un caso que hay que llevar extraoficialmente.

—¿No puede ser mañana?

—Mejor que no.

Fijando la vista en el centro de conferencias Münchenbryggeriet, al otro lado de Riddarfjärden, Risk se puso a contar cuántas ventanas había iluminadas. Oyó cómo Niva deambulaba de aquí para allá sobre el parqué que crujía bajo sus tacones.

—Está bien, cuéntame.

5

Karen Neuman había temido la oscuridad desde que tenía memoria. De niña, cuando vivía en un pueblecito lejos de Copenhague, creía que había monstruos que se escondían debajo de la cama o detrás de las cortinas, y dormía siempre con una luz encendida. Sus padres creían que era algo normal a esa edad y estaban convencidos de que se le pasaría al hacerse mayor. Pero el problema, por el contrario, empeoró, y cuando Karen entró en la adolescencia sufrió un insomnio tan agudo que se vio obligada a tomar somníferos.

Actualmente, ya no creía que hubiera monstruos debajo de la cama, pero el temor a la oscuridad aún la atenazaba y nunca conseguía conciliar el sueño sin ingerir pastillas. Ahora, además, con el comienzo del invierno, los días eran cada vez más oscuros, lo cual no contribuía a mejorar las cosas.

Tampoco ayudaba el hecho de que vivieran en una vieja casa situada en la costa danesa. Era una vivienda preciosa, de entramado de madera, con una vista espectacular del estrecho de Öresund —el Estrecho—, pero Karen nunca había podido disfrutarla de verdad, porque, lo miraras como lo mirases, su vecino más próximo no era el mar, sino la oscuridad.

Con el tiempo, la opresión en el pecho se le había aliviado un poco gracias a las muchas horas que había pasado en terapia; para no mencionar la pequeña fortuna que Aksel había pagado por las luces exteriores. Pero, aunque ya fuese capaz de quedarse sola en casa cuando él trabajaba en su programa de TV2 tres noches a la semana, el sentimiento de temor estaba lejos de haber desaparecido. Esas noches se empeñaba en mantener encendidas las luces de toda la casa, pese a las quejas de Aksel por las elevadas facturas de electricidad.

Pero esa noche concreta, la opresión que sentía en el pecho era más tangible que otras veces. Nada más llegar de su clase de yoga, pasadas las nueve, había captado algo raro en el ambiente. Primero se había fijado en el coche deportivo aparcado a cierta distancia, en Gammel Strandvej. Un coche aparcado allí no era algo insólito; al contrario, era frecuente que la gente dejara el coche para caminar por la playa, pero eso no ocurría durante los meses de invierno. Y resultaba sin duda extraño que un coche con matrícula sueca llegara a la zona de Tibberup, aunque quedara más o menos a un kilómetro, al norte, del museo de arte Louisiana.

Trató de resistir la tentación de ceder al miedo, tal como había acordado con su terapeuta, y siguió caminando con calma por el jardín hacia la casa. Pero cuando vio que las luces del jardín no se encendían, ni siquiera al agitar los brazos y dar saltos frente al sensor de movimiento, se sintió perdida sin remedio y su ritmo cardíaco se disparó casi al doble. Corrió con todas sus fuerzas hacia la puerta, la abrió y apagó la alarma con dedos temblorosos.

Las luces de dentro funcionaban, por fortuna, y encendió las de toda la casa con el mando a

distancia. Entró en la cocina, calentó un gran tazón de agua y añadió zumo de limón, miel y una pizca de sal del Himalaya para recuperar su equilibrio homeostático tras la sesión de bikram yoga. Dando por supuesto que había saltado un fusible, notó que se tranquilizaba.

—Seguro que no era nada —se repitió en voz alta mientras iba a la sala de estar. Cogió la tableta, que estaba sobre la mesita de café, y buscó en la lista a Lisa Nilsson, cuya voz tenía la virtud de calmarla. Pulsó «Play» y la música sonó en los altavoces disimulados del techo. Al principio, Aksel había tenido que esforzarse para convencerla de que un sistema de música ambiental era mucho mejor que poner un CD. Ahora Karen no podía imaginarse la vida sin la posibilidad de llevar la música a cualquier habitación de la casa con un clic.

Fue al cuarto baño. Abrió el agua caliente, se quitó la ropa de yoga, se recogió la melena y se sumergió en el *jacuzzi*, dejando que los chorros masajearan su cuerpo. Cerró los ojos y se relajó. «Seguro que no era nada», se repitió, y tarareó «Heaven Round the Corner» con su mejor acento sueco.

Aksel le había dicho que, probablemente, se quedaría a pasar la noche en el apartamento de Vesterbro y que no regresaría hasta la hora del desayuno. Había varios invitados en el programa que casi con seguridad querrían tomar unas copas después de la emisión. Pero a ella no le ocurriría nada por estar sola en casa. Después del baño, mezclaría la ensalada de pollo del día anterior con un poco de quinoa, se instalaría delante de la tele y, aunque su pareja esperaba que mirara su programa, se daría un atracón de episodios de *Mad Men*.

Cuando se extinguió la voz de Lisa Nilsson, la incertidumbre volvió a reaparecer en su interior. ¿No era una puerta del pasillo lo que había oído? No podía ser Aksel, ¿verdad? El programa ni siquiera había empezado. Karen pulsó el botón del panel del *jacuzzi* para que los chorros dejaran de funcionar y extendió el brazo hasta la tableta para poner en modo de espera la música antes de que empezara la siguiente canción. Pero tenía la mano demasiado mojada y enseguida sonó otra vez la voz de Lisa cantando «Never, never, never».

Los pensamientos se le agolpaban en la cabeza. ¿Debía encerrarse en el baño, o aventurarse por la casa para ver si había alguien? Salió de la bañera y se secó las manos para poder apagar la música. El silencio se impuso tan bruscamente que Karen dio un respingo. Todo su cuerpo estaba tenso como un muelle y se sentía como si volviera a ser una niña de cinco años: una niña que tenía un monstruo debajo de la cama.

Se acercó con rapidez hasta la puerta del baño y pegó el oído en ella. Lo único que oía era su propia respiración. Necesitó todo su coraje para accionar el pomo y abrir apenas una rendija. La puerta crujió tan ruidosamente que sintió como si el sonido se le clavara en las entrañas. Le había dicho tantas veces a Aksel que arreglara esa puerta que el asunto ya se había convertido en un chiste entre ellos.

Quizá era Aksel. Tal vez habían cancelado el programa por algún motivo. Asomó la cabeza por la rendija y lo llamó, pero no le llegó ninguna respuesta. ¿Quién iba a responder? Solo estaba ella en casa… ¿no?

Volvió a llamarlo, ahora a gritos, pero su voz se extinguió en el mismo silencio sofocante. Seguramente se había imaginado ese ruido de una puerta. Su padre siempre había dicho que tenía una imaginación muy vivaz.

Negó con la cabeza y decidió meterse otra vez en la bañera y tratar de relajarse. Pero casi de inmediato cambió de idea, volvió a salir y se secó. Se aplicó cuidadosamente su crema corporal por todas partes, en especial alrededor de la cicatriz. Siempre sentía una punzada de culpabilidad

cuando se plantaba desnuda ante el espejo, pese a que ya habían pasado más de diez años. Además, no parecía que los nervios sensoriales fuesen a regenerarse nunca. Tenía la zona entumecida, y si apretaba los dedos en un punto determinado, los sentía en otra parte. Pero no se quejaba; todo tenía un precio.

Se puso su kimono de seda, salió del baño silbando «Heaven Round the Corner» y se dirigió a la cocina. Como siempre, el pasillo estaba helado, y se dijo que debía darle la lata a Aksel para que instalara también allí la calefacción por suelo radiante. Pero esta vez estaba más frío de lo normal. Se detuvo en seco y se dio la vuelta hacia la puerta principal. Estaba entornada. ¿Acaso no había cerrado bien? Ella siempre la cerraba al entrar, incluso en pleno día.

Quizá había estado demasiado agitada desde que había llegado. Primero, el coche aparcado; luego, las luces del jardín que no se encendían. «Me he despistado», se dijo, y cerró la puerta. Comprobó, por si acaso, que estaba bien cerrada antes de seguir hacia la cocina, donde preparó un plato de ensalada de pollo y sacó una botella de agua mineral con gas. Lo puso todo en una bandeja y se dirigió a la sala de estar. Entonces sonó el teléfono.

Dejó la bandeja y fue a atender la llamada. Pero, en vez de descolgar, se quedó mirándolo, como si por pura fuerza mental fuera a lograr que dejara de sonar. El teléfono se negó a obedecer.

Finalmente, se armó de valor y cogió el auricular.

—¿Sí, hola?

—¿Por qué no contestabas?

—Aksel, ¿eres tú?

—Sí. ¿Quién creías que iba a ser? Te he llamado al móvil un montón de veces. Pero…

—¿Al móvil? —Entonces se dio cuenta de que no sabía dónde lo había dejado.

—Quería comprobar que va todo bien y que no te importa que me quede a dormir aquí.

—¿Tienes que quedarte?

—Sí, cielo, ya sabes que sí. Algunos invitados casi nos exigen que salgamos de copas después del programa, y Casper es uno de ellos.

Karen creyó oír un ruido en el pasillo. Pero esta vez no era la puerta; sonaba de un modo diferente, como algo rodando. ¿O era el aullido del viento?

—Perdona, no te he oído bien. ¿Qué decías?

—Nada importante. Vete a la cama. Yo llegaré por la mañana con pan recién hecho.

—No, Aksel, quiero que vuelvas esta noche. Por favor, ¿no puedes venir ahora mismo?

—¿Ahora? ¿Cómo quieres que vaya? La emisión empieza dentro de ocho minutos.

—Lo sé, pero tengo la sensación de que hay algo o alguien… No estoy segura. ¿No puedes venir? Por favor, te estoy suplicando.

—Cariño, ya no sé cuántas veces hemos pasado por esto. La oscuridad puede resultar dura. Todos sentimos lo mismo. Pero no hay monstruos debajo de la cama, te lo prometo. Nunca los ha habido y nunca los habrá. ¿De acuerdo? Si pones la tele, será casi como si estuviera en casa.

—De acuerdo.

—Tengo que dejarte. Te quiero. Hasta mañana.

Él colgó y Karen dejó el auricular dando un suspiro. Salió al vestíbulo y echó un vistazo, pero no vio nada de particular… hasta que bajó la mirada. Había una lámina de plástico transparente, desplegada desde la puerta principal, que recorría el vestíbulo y giraba para

continuar por el pasillo.

—¿Hola? —gritó y, doblando la esquina, avanzó por el pasillo—. ¿Perdone? ¿Hola?

No se oía nada en absoluto, salvo el crujido del plástico bajo sus pies. A ella misma le sorprendía que no se hubiera puesto a correr en la dirección opuesta. Era como si algo en su interior se hubiera cansado de tener miedo. Estaba más furiosa que asustada. No importaba de qué clase de monstruo se tratara: quería mirarlo a los ojos. Eso, al menos, era lo que siempre le había dicho que hiciera su terapeuta.

Siguió el recorrido del plástico hasta el dormitorio, echó un vistazo rápido y vio que continuaba por la moqueta y subía a la cama de matrimonio.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? Porque, si hay alguien, quiero que salga ahora mismo. ¡Salga si se atreve! ¡Venga aquí y míreme a los ojos! —Aguardó, sintiendo que le temblaban las piernas —. ¡Ya me lo suponía! ¡A la hora de la verdad, no se va a atrever!

Esperó un poco más, pero no veía nada, aparte del plástico sobre la cama y bajo sus pies. Entonces oyó un ruido, una especie de silbido a su espalda. Al darse la vuelta para averiguar de dónde procedía, vio que salía un humo blanco entre los listones de la puerta del armario. Ni siquiera se le pasó por la cabeza huir. Se acercó decidida, como si no tuviera más remedio que averiguar lo que había dentro.

Al abrir la puerta, vio que sus sospechas eran ciertas.

Una figura, provista de gruesas ropas oscuras y botas, y con la cara tapada por una máscara antigás, salió del armario.

—¿Quién es usted y qué hace aquí? —Karen rompió a llorar. Sintió que le fallaba las piernas —. ¡Responda! ¡Por favor! ¿Qué quiere? ¿Por qué esta aquí?

Pero no obtuvo respuesta. Lo único que oyó fue el silbido de la máscara. Ya nunca más habría de tener miedo.

6

Fabian Risk sujetaba el volante con ambas manos mientras salía de la ciudad bajo la creciente ventisca. Estaba tratando de librarse de la desagradable impresión de que no tenía la menor idea de la magnitud de la misión que le habían asignado. Debería desoír las instrucciones de Edelman y regresar a casa con los niños, pero no podía.

Su jefe le había confiado la investigación especialmente a él, y se conocía lo bastante como para saber que la llevaría a cabo sin prestar atención a todas las señales de advertencia. El ministro de Justicia había desaparecido esa misma tarde y, al igual que Edelman, no creía ni por casualidad que un personaje de su posición hubiera decidido desaparecer por propia voluntad y que fuera a reaparecer próximamente.

Algo había ocurrido, seguro.

Llamó a casa, pero saltó el buzón de voz. Dejó un mensaje para Matilda y Theodor diciendo que llegaría un poco más tarde de lo que había pensado, y que debían irse a la cama, cosa que supuso que ya debían de haber hecho. «Ya pasan de las once y media», pensó, mientras ponía *The Pearl*, de Harold Budd y Brian Eno, en el reproductor. No era ni de lejos su álbum favorito, pero sí uno de los primeros CD que había comprado, y de ahí que ocupara un lugar en su colección, igual que la mayoría de proyectos en los que Eno había participado. Se adaptaba a la perfección a su presente estado de ánimo.

Unos solemnes tonos de piano inundaron el vehículo mientras cruzaba el puente Drottningholm, contribuyendo a que los copos de nieve parecieran el elegante decorado de un teatro, en lugar de una tormenta real. Si la ventisca no amainaba pronto, ni siquiera podría volver a casa.

Siguió por Ekerövägen hasta Rörbyvägen, donde torció a la izquierda para detenerse a unos cincuenta metros más adelante, a la altura de un edificio con aspecto de casa de campo. Había varios coches aparcados delante; uno de ellos, un Mazda RX-8 rojo, le hizo luces. Aparcó y echó a correr hacia el vehículo a través de los torbellinos de nieve. Apenas había tenido tiempo de subir al asiento del acompañante cuando Niva arrancó y salió patinando.

—Vaya mierda de tiempo —dijo, y aceleró como si se acabara el mundo—. Hola, por cierto.

—Hola. Bonito coche.

—Con este clima, más que un coche, parece un Bambi sobre hielo. El tuyo habría ido mejor, pero no quería que llamáramos la atención sin necesidad.

—¿Seguro que estás dispuesta a meterte en esto?

—¡Uf…! Si no quisiera, ¿por qué iba a estar aquí, y no en el Spy Bar, donde hace menos frío?

—Para verme a mí, claro —replicó Fabian sonriendo.

Niva estalló en carcajadas, dobló a la derecha y se detuvo ante una verja cerrada con un gran rótulo: Instituto Nacional de Defensa de Señales de Radio.

—Muy gracioso —dijo ella pulsando un pequeño mando a distancia para abrir la verja—. Pero resulta que ya tengo una cita, así que no puedo pasarme aquí toda la noche. —Antes de que Risk pudiera responder, ella ya había aparcado y se había bajado del coche.

Se apresuraron a través de la nieve hacia la puerta de uno de los insulsos edificios. Entonces se fijó Fabian en su compañera: el peinado, la mínima chaqueta de piel, los zapatos de tacón y la reluciente minifalda dorada. O sea que ella pensaba salir realmente cuando hubieran terminado. Él no recordaba la última vez que había salido de copas, y menos en día laborable.

Niva pasó su tarjeta por un lector, introdujo una larga contraseña y abrió la puerta. Fabian miró el letrero de la puerta que tenían delante: Departamento de Apoyo Operativo.

—¿No estabas en el Departamento de Desarrollo Tecnológico?

—Sí —dijo Niva, y bajó rápidamente por la escalera—. Pero ahora prefiero esta ruta.

Risk tuvo que apresurarse para mantener el ritmo de la mujer, que caminaba a paso vivo a pesar de los tacones, y se quedó impresionado al ver que el subterráneo era mucho más grande que la planta baja. Unas puertas más adelante, Niva volvió a sacar su pase, abrió una gruesa puerta de acero y desapareció en la oscuridad. Él no tuvo más remedio que orientarse por el ruido de los tacones sobre el suelo de hormigón. Ella encendió una hilera de fluorescentes, que iluminó un pasadizo de más de cien metros. Tras otra maciza puerta de acero y después de coger un ascensor llegaron por fin al Departamento de Desarrollo Tecnológico.

Era el departamento más prestigioso del Instituto Nacional de Señales de Radio (INSR), aunque el público en general apenas sabía nada sobre él. Ese departamento no se hallaba sometido a las mismas restricciones legales que los otros departamentos del INSR y podía permitirse cualquier sistema de escuchas, con tal de que cayera bajo la categoría de «desarrollo tecnológico».

—Bien. El ministro de Justicia, dices. —Niva ya se había sentado frente a una mesa de la sala sin ventanas y estaba arrancando uno de los grandes ordenadores que tapaban prácticamente todo su campo visual—. ¿Tienes su número de móvil?

—¿No hemos venido aquí para averiguarlo? —cuestionó Fabian colocando una silla a su lado.

Ella se encogió de hombros.

—Yo qué sé. Eres tú quien me ha llamado. —Introdujo una serie de comandos y accedió a varios servidores. De repente se iluminó su móvil—. Hola… Perdona, pero tengo que ayudar a un viejo amigo, o sea que voy llegar un poco tarde… Por supuesto… Sí, lo prometo… De acuerdo… Adiós.

Dejó el móvil e introdujo el nombre «Carl-Eric Grimås» en un campo de búsqueda parpadeante.

—¿Era tu cita?

—Mmm.

—¿Estaba enfadado?

—¿Quién ha dicho que es un tío?

—Ah, perdona…

Niva le lanzó una sonrisa que tal vez podía significar que le estaba tomando el pelo. Cosa muy propia de ella, pensó Fabian, mirando la pantalla, que se estaba llenando con un listado de nombres.

—¿Dónde estás ahora? —preguntó.

—En el Säpo, Departamento de Protección Personal —dijo Niva, copiando el número del móvil de seguridad del ministro en un campo de búsqueda de la pantalla adyacente. Pulsó «buscar posición». En una tercera pantalla, se fue ampliando un mapa de Estocolmo. Al cabo de unos minutos, apareció un punto parpadeante en el agua, junto al muelle Kanslikajen.

—¿Esa es la última localización del móvil?

Ella asintió y precisó:

—A las tres y veintiséis minutos de hoy.

Era dos minutos después de que hubiera salido del edificio del Parlamento, lo cual significaba que había ido directamente allí y tirado el teléfono; o si no, se había tirado él mismo. Pero ¿por qué iba a hacer algo así? Había maneras de matarse más fáciles que arrojarse a unas aguas gélidas a plena luz del día. ¿O acaso se había tropezado con alguien por el camino?

—¿Se puede ver si ha recibido llamadas en torno a esa hora?

Niva asintió y abrió en una de las pantallas una tabla que mostraba la actividad del número del ministro hasta las 15:26.

—Aquí hay algunas llamadas de esta mañana, cuando todavía estaba en Rosenbad.

—¿Puedes ver de quién eran?

—Sí, pero yo diría que no hay nada destacable. Ha mantenido una breve conversación con Herman Edelman justo antes de las nueve.

—¿Con Edelman? —repitió Fabian. No entendía por qué su jefe no le había dicho nada—. ¿Alguien más?

—Sí, trece minutos después ha llamado a la embajada israelí, pero ha colgado antes de que tuvieran tiempo de responder. A las nueve y media ha hablado con Melvin Stenberg, del Departamento de Protección Personal del Säpo.

—Estoy seguro de que era sobre su decisión de desplazarse a pie al edificio del Parlamento.

—También hay algunas llamadas a otros ministros; y una con la jefa de gabinete del ministerio, pero nada muy llamativo.

—¿Esas llamadas están grabadas en alguna parte?

Ella se echó a reír.

—Has leído demasiado a Orwell.

—Quizá, pero estamos hablando del ministro de Justicia. Me imagino que su teléfono resultaría especialmente interesante para los que trabajáis aquí.

—Desde luego. Pero hasta nosotros tenemos nuestros límites. Lo que puedo hacer es imprimir una lista de todas las llamadas del ministro, con la hora y el destinatario de cada una. Bueno, ya hemos terminado por esta noche, ¿no?

—¿Terminado? —se extrañó Fabian mientras examinaba en la pantalla la tabla con las llamadas del ministro.

—Sí. ¿Qué diría Sonja si nos quedáramos aquí aislados por la nieve? —Se levantó y se acercó a la impresora, que soltó un zumbido y arrancó—. ¿No es así como se llama tu mujer?

—Sí, pero… —Risk se calló, dándose cuenta de que estaba a punto de caer en una trampa.

Aunque Niva tenía una cita esperándola, estaba coqueteando descaradamente con él. Parecía como si hubiera husmeado una crisis marital y fuera a clavarle las garras en cualquier momento.

—Pero ¿qué? —Se le acercó sonriente.

—Un momento. ¿Qué es esto? —Risk señaló dos entradas en la tabla de la pantalla—. Estas dos llamadas se han hecho justo después de las tres y veintiséis minutos.

—Sí, pero no han sido atendidas.

—Es decir, que alguien ha intentado localizarlo después de que el teléfono acabara en el agua. ¿Es posible ver quién?

Niva suspiró y consultó el reloj, ya sin sonreír.

—Venga, hazlo por mí.

—Te va a costar caro. Para que lo sepas. —Se sentó en la silla y volvió a teclear—. Lo lamento; el comunicante de las tres y veintiocho tiene un número bloqueado.

—¿Tú no lo podrías averiguar?

—Podría, pero no ahora. Hace falta más tiempo.

—De acuerdo. ¿Y la llamada de las tres y treinta y cinco?

—Ese número es de un tal… Sten Gustavsson, y es… —Los dedos de la mujer bailaron sobre el teclado como si no hubieran hecho otra cosa en su vida. Fabian se dio cuenta de que aún le impresionaba la gente capaz de teclear sin apartar los ojos de la pantalla—. Trabaja de chófer en Rosenbad.

—Debía de estar esperándolo y preguntándose dónde se había metido. Por cierto, ¿esto qué significa? —Señaló en la tabla un número que figuraba junto a la llamada.

—Es la duración de la conexión. Por lo visto, Sten Gustavsson ha colgado en cuanto ha saltado el buzón de voz.

—Pero el comunicante anónimo no lo ha hecho. —Risk examinó la tabla de cerca—. La conexión ha durado más de veinticuatro segundos, lo cual es más que suficiente para dejar un mensaje, ¿no te parece? —Se volvió hacia Niva, que se encogió de hombros sin responder. Pero él no cedió y le sostuvo la mirada hasta que la presión del silencio se volvió excesiva.

—De acuerdo. Pero luego se acabó la fiesta.

—Por supuesto. —Fabian cogió el listado de llamadas mientras ella seguía trabajando. Al cabo de unos minutos consiguió recuperar el mensaje.

«Ha contactado con Carl-Eric Grimås. Ahora no puedo atender su llamada. Por favor, deje un mensaje, o mejor aún, envíe un correo electrónico.»

«Hola, soy yo —dijo una voz femenina—. Y sí, ya sé que no debería llamar a este número. Lo he intentado muchas veces en el otro, pero no respondes. Aunque tal vez no lo creas, yo también tengo una vida. Tú no eres el único. ¡Qué pesadez!» Sonó un clic y la llamada concluyó.

—¿Has oído lo mismo que yo? —preguntó Niva.

Él asintió.

Grimås tenía otro teléfono.

7

Dunja Hougaard se puso a pedalear por la Gothersgade, desafiando a la nieve; pero de repente recordó lo que le había ocurrido a Carsten hacía tres años, cuando la había acompañado a casa en bici tras una noche de copas en Vesterbro, y decidió apearse y seguir adelante arrastrando la bicicleta.

En el trayecto de vuelta, había calculado mal la distancia hasta el bordillo y había acabado de bruces sobre el asfalto. En lugar de pedir ayuda, se había levantado y había seguido pedaleando como si nada. Pero a la mañana siguiente descubrió que tenía varios dientes mellados y algunas partes de la cara magulladas. Desde entonces, no había vuelto a probar el alcohol. Cosa de la que no podían acusarla a ella, desde luego. Tampoco Malin Rehnberg, su nuevo contacto en Estocolmo, bebía alcohol. Al menos, en principio. La verdad era que la velada había superado todas sus expectativas. Hacía mucho que no se reía tanto.

La agente sueca había resultado al principio tan formal y aburrida como la mayoría de suecos con los que se había tropezado. Pero después de beber un poco de vino, su rigidez se había transformado en una actitud divertida y directa. Así que ahora no le costaba imaginar que podían mantenerse en contacto y que quizá con los años llegarían a ser buenas amigas.

Sin embargo, había algo que la reconcomía y no acababa de dejarla en paz. Malin se había lanzado a la carga como un perro de presa y había sostenido que Carsten no la quería. Aunque Dunja había atribuido esa actitud a su prolongada abstinencia (era la primera vez que bebía un poco desde hacía seis meses), el comentario no resultaba fácil de digerir.

A decir verdad, no hacía más que pensar en ello, aun cuando estaba segura de que Carsten y ella estaban hechos el uno para el otro. Tenían sus problemas, desde luego, pero ¿quién no? Y realmente, ¿con qué frecuencia mantenía la gente relaciones sexuales? Ella nunca había dudado que seguirían juntos siempre… Al menos, hasta esa noche.

Ya no sabía qué pensar. Incluso la más mínima posibilidad de que Malin tuviera razón le resultaba difícil de asimilar. Quizá estaba inflando el asunto de un modo desproporcionado porque todavía estaba bebida, por lo que procuró sacárselo de la cabeza y continuó caminando hacia Nørreport, donde la ventisca la bombardeó con sus copos de nieve.

Al llegar al apartamento, en el número 4 de Blågårdsgade, parecía el Yeti de *Tintín en el Tíbet*. Según su costumbre, llevaba ropas demasiado ligeras, y ya presentía una infección del tracto urinario a la vuelta de la esquina.

Las luces de la sala estaban encendidas. Oyó una de las piezas favoritas de Carsten en el estéreo. Era una obra clásica que había oído mil veces, pero cuyo nombre nunca lograba recordar. Así pues, él todavía seguía levantado, trabajando.

Normalmente, Dunja entraba a saludarlo y le preguntaba si quedaba un poco té o si quería que pusiera el hervidor al fuego. Pero esta noche, no. Esta noche sería distinta del todo. Iba a demostrarle a esa sueca embarazada lo enamorados que estaban ella y Carsten.

Se metió en el cuarto de baño con el máximo sigilo posible y cerró la puerta sin pasar la llave para que el chirrido de la vieja cerradura no la delatara. Entró en la ducha y abrió el grifo. Después de enjabonarse y lavarse bien, cogió la crema de afeitar y la cuchilla y se rasuró el vello púbico.

Lo había pensado muchas veces y, además, había leído que la mayoría de hombres lo preferían, pero nunca se había atrevido a hacerlo por completo. «De esta noche no pasa», se dijo. Ahora o nunca. Una vez que estuvo depilada y que se hubo enjugado, se plantó frente al espejo y se untó todo el cuerpo con la oleosa crema hidratante que él le había regalado después de su último viaje a Estocolmo.

No sabía bien si era por el calor del baño, por los pensamientos que la rondaban o por el tacto mullido de sus manos sobre el cuerpo, pero estaba encendida de deseo. Se puso el kimono y entró en la sala, donde Carsten se hallaba sentado ante el escritorio con los ojos fijos en la pantalla del ordenador.

Como él no se había percatado aún de su presencia, Dunja aprovechó para observarlo. Tenía buen aspecto, como siempre. Parecía que hiciera mucho ejercicio, a pesar de que nunca había pisado un gimnasio. A ella lo único que no le gustaba era el bigote que se había dejado en el último mes. No le quedaba bien, y estaba convencida de que él pensaba lo mismo, pero no se lo quitaba para provocarla.

—Hola, cariño —dijo acercándose.

—¿Ya estás en casa? —dijo Carsten sin quitar los ojos de los listados del mercado de valores.

—Mmm… ¿Sabes lo que acabo de hacer?

—Sí. ¿No ibas a cenar con esa policía sueca? ¿Adónde habéis ido?

—No me refiero a eso. Quiero decir ahora, cuando he llegado a casa. —Dunja esperó una reacción, pero él estaba absorto en las interminables series de dígitos—. Me he dado una ducha y estoy toda limpia y calentita. —Le masajeó los hombros—. Así que estaba pensando que podríamos… Ya sabes, antes de que estemos demasiado cansados.

—Hay té, si quieres. —Carsten señaló hacia la cocina.

—No, gracias. —Se preguntó cómo continuar. No podía pasarse toda la eternidad masajeándolo—. ¿Te queda mucho?

—Tokio abrirá pronto, y no he terminado con las cifras de la Reserva Federal.

El deseo de Dunja casi se había desvanecido. Ya solo quería tumbarse bajo una manta, con una humeante taza de té, y seguir leyendo *El mensaje que llegó en una botella* de Jussi Adler Olsen. Pero se había prometido hacer todo lo posible y decidió lanzarse de cabeza al precipicio con la esperanza de que su pareja estuviera preparado para sujetarla al vuelo.

—Entonces ¿ahora tenemos un momentito para estar juntos? —Le desabrochó los primeros botones de la camisa e, introduciendo las manos, le masajeó el pecho.

Carsten cambió de posición en la silla.

—¿Qué haces?

—¿A ti qué te parece? —Ella siguió bajando las manos y le aflojó el cinturón.

—Ahora, no, por favor. —Él le apartó las manos—. Tengo mucho trabajo. Además, no me he duchado últimamente.

—Olvídate de eso.

«Allá voy», pensó Dunja, y dejó caer el kimono al suelo.

Carsten se la quedó mirando fijamente. Ella se sentía como una modelo de Helmut Newton, aunque no sabía si eso era bueno o malo. Él no sabía qué decir, pero al menos alzó la vista y la miró a los ojos.

—Sabes muy bien que «eso» aumenta considerablemente el riesgo de una infección urinaria.

Dunja ya no deseaba más que retirarse y borrar toda la escena, pero sus piernas se negaron a obedecer, de manera que permaneció allí, sintiéndose más desnuda que nunca, tan desvalida como una chica que pretendiera recuperar su virginidad. Al fin recogió el kimono y se alejó a toda prisa.

—Cariño, perdona. No quería… —Carsten la siguió por el pasillo y trató de abrir la puerta del baño, pero ella había cerrado con llave—. Escucha, lo he dicho pensando en ti. Creo que estás preciosa. De verdad. Pero…

—Vale, Carsten —dijo Dunja mientras se enjugaba los ojos—. Estoy muy cansada de todos modos. —Se puso un pijama a rayas de hombre y se sentó sobre la tapa del inodoro.

—Te quiero. Que lo sepas.

—Yo también —contestó ella. Pero ahora pensaba que aquella sueca embarazada tenía toda la razón.

8

¿Había visto bien o se lo había parecido?

Aksel Neuman se aferró al volante y echó otro vistazo por el retrovisor. ¡Maldita sea, había visto bien! El coche patrulla estaba unos pocos vehículos más atrás. Después de tomarse tres cervezas y un *gin-tonic* y medio, había decidido de repente no quedarse a dormir en la ciudad y regresar a Tibberup para darle una sorpresa a Karen. En principio, le había parecido una buena idea. Había notado que ella estaba muy angustiada y no se había visto capaz de dejarla sola toda la noche. Y con su nuevo BMW X3, dotado de tracción inteligente en las cuatro ruedas, no tardaría más de media hora en hacer el trayecto.

Sin embargo, ya no le parecía tan buena la idea. ¿Por qué no se había quedado en Copenhague, en su apartamento del barrio de Vesterbro? Los ataques de ansiedad de Karen provocados por la oscuridad estaban empezando a ser la norma, y no la excepción. Como siguieran así, se vería obligado a renunciar a su programa nocturno.

Miró de nuevo por el retrovisor y observó que el coche de policía se mantenía a la misma distancia. Si lo paraban, no tendría la menor posibilidad y sin duda se produciría un escándalo. Ya veía los titulares: «FAMOSO PRESENTADOR DE TV, PILLADO CONDUCIENDO EBRIO, ACABA PASANDO LA NOCHE EN EL CALABOZO». Los medios esperarían un poco antes de dar su nombre y difundirían rumores sobre la identidad del personaje para crear expectación. Al cabo de unos días soltarían la bomba, añadiendo un montón de sabrosos detalles; como, por ejemplo, que se había meado en los pantalones y que había necesitado ayuda para bajar del coche.

¿Cómo demonios podía ser tan idiota, joder? La última vez se había prometido que ya no habría ninguna más. Quizá merecía que lo metieran en la cárcel y que le retirasen el permiso de conducir. Quizá era justo lo que necesitaba… pero no ahora.

Era esencial no conducir demasiado despacio, lo cual solía ser el mayor error que cometía la gente cuando conducía bajo la influencia del alcohol. Moderarse en exceso y circular muy por debajo del límite de velocidad para evitar un accidente era el modo más seguro de llamar la atención de la policía. En cambio, tenías que mantenerte lo más cerca posible del límite permitido, e incluso superarlo un poco. Lo difícil era no salirte de tu carril. ¡Maldita sea! Estaba borracho: casi más borracho que cuando se había subido al coche. Bajó la ventanilla, inspiró el aire helado y procuró concentrarse en las marcas de la calzada.

Cuidado. Ya no quedaba mucho. Un kilómetro más y llegaría al museo Louisiana. Luego, pasada la iglesia, debía doblar y bajar hacia el mar. Y al cabo de unos cien metros, estaría en casa.

Como en una mala película, las luces azules se aproximaron e iluminaron el interior del coche. ¡Maldita sea! Iba a caer justo cuando llegaba a la línea de meta. Miró por el retrovisor para deducir lo cerca que estaba el coche patrulla, pero se deslumbró por la intensidad de las luces. No tenía otro remedio que parar e intentar salir del aprieto a base de labia, cosa que sin duda se le daba bien. Pero el coche de la policía lo adelantó a toda velocidad y desapareció en la oscuridad.

—¡Sí! —Tamborileó con los dedos en el volante y soltó un aullido de júbilo. Se había librado por los pelos y se prometió que esta iba a ser de verdad la última vez.

Pasó junto a la iglesia Humlebæk, redujo la marcha y dobló por Gammel Strandvej. Pronto vería la casa. Su ritmo cardíaco reflejaba que el peligro ya había pasado. Dejó atrás un Porsche plateado aparcado en la carretera. Pasados cincuenta metros, tomó el sendero de acceso y aparcó junto al coche de Karen.

Por algún motivo, los focos no se encendieron. Al bajar del vehículo, se dio cuenta de que todas las luces del jardín estaban apagadas. Y sin embargo, Karen siempre las dejaba encendidas cuando estaba sola.

Caminó por el sendero de guijarros a través de la ventisca. En el umbral, se apoyó en la pared para no perder el equilibrio y metió la llave en la cerradura. Pero no pudo girarla: la puerta no estaba cerrada con llave. Eso no era nada propio de Karen. Primero, las luces del jardín; y ahora, la puerta.

No se podía negar que ella le había parecido más angustiada de lo normal por teléfono; incluso había llegado al extremo de tratar de convencerlo de que cancelara el programa. Entonces él no lo había captado del todo. Nunca se enteraba de gran cosa en los minutos previos a su actuación, cuando la luz roja estaba a punto de encenderse. En esos momentos, toda su atención se centraba en la emisión inminente.

Mientras entraba en el vestíbulo, se preguntó cuántas veces había tratado de explicarle a Karen ese estado suyo tan peculiar, subrayando que no tenía nada que ver con el amor que sentía por ella. Era algo inconsciente. El mundo podía desmoronarse y llegar a su fin fuera del estudio, pero él no se daría cuenta hasta después del programa.

Karen no le creía, sin embargo. Siempre repetía que su sistema de trabajo era una prueba de su narcisismo y que, a la hora de la verdad, en su vida no había un lugar para ella. Aksel había intentado convencerla una y otra vez de que no era así. Él le había dado todo su apoyo cuando se había puesto enferma; también, por supuesto, su apoyo económico. Si eso no era prueba suficiente, ¿cómo iba a demostrárselo? Se quitó los zapatos y a punto estuvo de perder el equilibrio.

Ahora la cuestión era si la borrachera se le iba a pasar de una vez. Todavía tenía la sensación de que su nivel de alcohol en sangre seguía subiendo. Se asomó a la sala de estar y comprobó que Karen no estaba levantada, lo cual significaba que había conseguido calmarse y que, finalmente, se había acostado. Pero entonces oyó en el pasillo que la puerta del dormitorio se abría y se cerraba, y supuso que ella estaba a punto de acostarse. Al menos, ya sabía que él había llegado a casa.

Se dirigió al baño silbando. Una vez allí, se desnudó y dejó la ropa amontonada en el suelo; se metió en la ducha, y el agua caliente le chorreó por el cuerpo. Puso el mando en el modo «Suave lluvia de verano» y pensó una vez más que le encantaba esa nueva ducha, capaz de recrear desde la lluvia monzónica hasta una densa niebla.

Cuando terminó de enjuagarse, se secó con una toalla y, escondiendo la barriga, estudió su cuerpo frente al espejo, tanto de frente como de lado. Estaba en buena forma y podía perfectamente tumbarse en el suelo y hacer treinta y tantas flexiones a buen ritmo. Salió del baño y se dirigió al dormitorio. Asomó la cabeza en la oscuridad.

—¿Hola? ¿Se puede? —Aguardó una respuesta, pero no llegó ninguna.

Así que ese era el juego al que iban a jugar esta noche, supuso, y se adentró en el dormitorio: el juego sin palabras, en el cual el único vocabulario era el lenguaje corporal y el deseo. Karen solía dejar encendida una lámpara hasta que él llegaba y se tendía a su lado; pero estaba todo tan oscuro que tuvo que tantear el borde de la cama para orientarse. Se metió bajo la colcha por su lado y se tumbó boca arriba. Continuaba ebrio. Confiaba en que Karen no lo notara. En todo caso, le tocaba a ella tomar la iniciativa, pensó, mientras trataba de aparentar que estaba a punto de dormirse.

Aparte de su propia respiración y del débil murmullo del sistema de ventilación, no oía nada. Karen estaba en completo silencio. Él tenía tendencia a roncar por la noche, y ella lo amenazaba cada dos por tres con dormir en habitaciones separadas si no se decidía a usar de una vez una férula dental antironquidos. Cosa que él prometía casi todas las noches, pero que no cumplía. Apartó la colcha con gesto automático. Su palpitante erección estaba totalmente expuesta, apuntando hacia el ombligo.

Pero no obtuvo ninguna reacción de Karen. No podía ser que estuviera tan disgustada, ¿no?, aunque él no hubiera cancelado el programa, subido al coche y regresado de inmediato a casa porque ella tenía un poquito de miedo. No. Lo que pasaba era que él estaba demasiado ansioso. Se puso las manos frente a la boca y exhaló el aire de sus pulmones, pero no estaba seguro de si apestaba a alcohol.

Tras otro minuto interminable, se volvió hacia ella y deslizó una mano bajo la manta. Karen yacía boca arriba. Fue subiendo la mano y le rozó el pezón, cosa que siempre la excitaba. Pero esta vez no hubo la menor reacción; ni siquiera cuando se dedicó a usar la lengua.

Apartó la colcha, se inclinó sobre ella y, delicadamente, con la punta de lengua, fue trazando círculos, primero alrededor y después directamente sobre el pezón. Tampoco hubo reacción. ¿Qué estaba haciendo mal? Era así como empezaba siempre los preliminares. Decidió concentrarse en las partes inferiores, aunque le constaba que Karen podía desconectar en el acto si él se mostraba demasiado directo. Pero ¿qué remedio le quedaba? Ella lo estaba obligando.

Bajó la mano desde su pecho a lo largo de las costillas y llegó al vientre, donde notó algo pegajoso que lo impulsó instintivamente a apartarla e incorporarse. «Qué demonios es eso», se dijo y, alarmado, encendió la lamparilla.

Su primer pensamiento fue que se había quedado dormido y que aquello no era más que un sueño maligno destinado a reforzar su sentimiento de culpabilidad por haberla dejado sola. Pero, acto seguido, la conmoción lo sacudió con tal violencia que lo dejó sin aliento y tuvo que salir del dormitorio para respirar.

9

Fabian Risk torció por Bergsgatan. En las noticias matinales no habían dicho una palabra de la desaparición del ministro de Justicia. En cambio, habían dedicado la mayor parte del tiempo al secuestro del *playboy* Adam Fischer. Al parecer, nadie había pedido aún rescate, lo que resultaba chocante porque su padre, diplomático de carrera, había dejado a la familia una pequeña fortuna al fallecer. Cuando el boletín de noticias dio paso a un agrio debate sobre si los niños y las embarazadas debían vacunarse de la gripe porcina, apagó la radio.

Esperaba que Niva lo llamara pronto. De camino a casa desde el INSR, ella había prometido identificar el número del móvil secreto del ministro y también había intentado convencerlo para que se tomasen una copa, porque al final su cita se había cansado de esperar. «Es lo menos que puedes hacer, ¿no te parece?», había insistido.

Pero el temor a lo que suponía que esa copa conduciría lo indujo a rechazar la invitación y echar la culpa a los niños, que estaban solos en casa. «Entonces lo haremos la próxima vez», le había susurrado Niva al oído; y él se había maravillado al oírse decir que quedaba prometido.

Bajó la ventanilla, puso la tarjeta de plástico sobre el lector y descendió por la rampa al garaje de la comisaría. Su intención inicial había sido llegar el primero y tener tiempo para investigar todos los indicios antes de que se presentaran Malin y los demás. Pero esa mañana se había convertido en un ejemplo de manual de cómo no comenzar el día.

Sonja había pasado la noche en el estudio. Parecía que Matilda y Theodor no habían dormido apenas y había resultado casi imposible sacarlos de la cama. De su propia cama, para ser exactos, porque cuando él había llegado a las doce y media, los había encontrado allí acurrucados muy juntitos bajo las mantas.

Al principio, no había dado crédito a sus ojos. Sus hijos nunca jugaban juntos; la diferencia de edad era demasiado considerable y su único interés común era chincharse mutuamente. Sonja pensaba que disfrutarían más de su relación fraternal cuando fuesen mayores, pero él no lo veía tan claro. Al contrario, creía que todo indicaba que tendrían el mismo tipo de relación prácticamente inexistente que él mantenía con su hermano mayor.

Todo cobró sentido, en cualquier caso, cuando vio el estuche de *Pesadilla en Elm Street* encima del reproductor de DVD. Eso sí, cuando se levantaron por la mañana, ambos retomaron su rol habitual y se pelearon por todo, desde quién tenía derecho al último paquete de chocolate en polvo, hasta cuánto tiempo podía pasar cada uno encerrado en el baño.

A las ocho y media, Fabian vio el coche de Malin Rehnberg en su plaza de aparcamiento, a pesar de que acababa de volver de Copenhague en avión esa misma mañana.

—Anders, escucha… Escúchame tú, por favor —dijo Malin al teléfono y, poniendo los ojos en blanco, miró a Fabian, que estaba colgando su abrigo—. Si queremos terminar la reforma antes del juicio final, vamos a tener que llamar a unos albañiles de verdad. Por si no te has fijado, estoy muy muy embarazada… No, ahora hablo yo. —Hizo una pausa y vació su vaso de Coca-Cola—. ¿Tú crees que tengo energías para pasarme el fin de semana a gatas alicatando el baño? ¿Qué? No, no estoy enfadada. ¡Estoy embarazada!

Colgó el auricular con tal violencia que Fabian encontró sorprendente que no saliera rebotado de la horquilla.

—A veces los hombres tenéis el cerebro conectado, no digo que no, pero es cada año bisiesto. —Meneó la cabeza, volvió a llenar el vaso de Coca-Cola y lo vació de un trago. Al cabo de unos segundos, cogió de nuevo el auricular y marcó—. Hola, soy yo otra vez. Oye, perdona… No pretendía… Es que ya no tengo energías para seguir remodelando la casa. Yo también. Un beso. —Colgó y miró a Fabian—. Estaba a punto de llamarte para saber cómo había ido la reunión de ayer en el Säpo.

—¿Va todo bien? —dijo él sentándose a la mesa de enfrente.

Malin lo miró como si no supiera por dónde empezar.

—Debes prometerme que tú y Sonja, pase lo que pase, nunca os compraréis una casa para reformar. Y nunca quiere decir que nunca jamás lo pensaréis siquiera. Que nunca miraréis las listas de la agencia inmobiliaria. Que nunca pondréis los pies en una urbanización de casas unifamiliares, aunque vuestros mejores amigos se hayan trasladado allí. ¿De acuerdo? Quedaos en la ciudad, por el amor de Dios. No salgáis de los límites de la ciudad si queréis sobrevivir.

—Vale. Lo prometo —dijo Fabian, y activó el ordenador.

—Además, tengo mi primera resaca desde que estos dos entraron en escena. —Malin se señaló la barriga y llenó de nuevo el vaso—. Bueno, olvidemos todo esto. Cuéntame lo de la reunión.

—¿Resaca? —dijo Fabian, que se planteaba cómo podía desviar limpiamente la conversación —. ¿Quieres decir una auténtica resaca por consumo de alcohol pese a estar en avanzado estado de gestación de gemelos?

Malin lo miró con expresión cansada.

—Ya sabes cómo son los daneses.

—No, no lo sé. ¿Por qué no me lo cuentas? ¿Encontraste a alguna persona de contacto?

—Sí, y es una mujer tremendamente simpática. Quiero subrayar que solo tomé una copa y media de vino. O máximo dos.

—¿Y de qué tamaño era la copa?

—¿Podemos dejar el tema y hablar de tu reunión? Quiero saberlo todo.

—Buenos días. ¿Ha ido bien en Copenhague?

Ambos se giraron hacia Herman Edelman, que estaba en el umbral con una humeante taza de café en la mano y los periódicos de la mañana bajo el brazo.

—Sí, ha sido muy interesante —respondió Malin—. Pensaba explicarlo todo en la reunión de las nueve. Y hablando de reuniones, me gustaría saber qué…

—Perfecto —cortó Edelman, y se dio la vuelta hacia Fabian—. ¿Tienes un momento?

—Por supuesto. —Risk se levantó.

—Vamos a mi despacho.

—¿Me da tiempo para ir a buscar una taza de té? —preguntó Malin levantándose también.

—Sí. Faltan veinte minutos para la reunión —observó Edelman—. Y entonces escucharemos con interés todos los detalles sobre ese magnífico encuentro de Copenhague.

Fabian notó en el cogote la mirada penetrante de Malin durante todo el rato que duró el recorrido por el pasillo.

Siempre tenía la sensación de retroceder treinta años cuando cruzaba el umbral del atestado despacho de Edelman. Durante sus años como jefe del departamento, este había rechazado con obstinación cualquier propuesta de remodelación que le habían hecho, hasta el punto de que ya se admitía la importancia de preservar ese despacho en su estado original para las futuras generaciones.

Fabian sospechaba que lo único que quería Edelman era conservar el murmurante frigorífico que siempre mantenía bien aprovisionado de caviar Kalles, cebollas rojas y cerveza fría. El viejo televisor con reproductor de VHS no debía de usarlo tanto, pero era evidente que no pensaba deshacerse de él mientras tuviera su colección de películas clásicas en la estantería.

Edelman incluso se había opuesto a que pintaran de nuevo las paredes de color amarillo nicotina porque temía que descubrieran que infringía la prohibición de fumar.

—Siéntate, por favor —le dijo a Risk y, acomodándose en la butaca que había junto a la ventana, se dispuso a llenar una pipa.

Fabian apartó un cojín y varias carpetas del gastado diván de cuero y tomó asiento.

—Solo disponemos de unos minutos. Lo último que he sabido es que el Säpo ha encontrado el teléfono móvil —indicó Edelman inclinando la llama del mechero para encender la pipa.

—En las aguas de la bahía Riddarfjärden, ¿no?, frente al muelle Kanslikajen —dijo Fabian.

—Sí. ¿Cómo lo has sabido?

—Anoche hicimos una búsqueda e identificamos la última localización del móvil en ese punto. También descubrimos que el ministro tiene otro teléfono móvil, pero con un número secreto. Si todo va bien, tendremos una localización hoy mismo.

Herman dio un sorbo de café con aire pensativo.

—¿Por qué hablas en plural? Supongo que la otra persona no soy yo, ¿verdad?

—No, es una antigua colega que ya no tiene conexiones aquí. Pensé que era mejor que recurrir a Novak.

—Una antigua colega. —Soltó el humo de la pipa formando una serie de anillos—. Te refieres a Niva. Creía haber dejado bien claro que no debía enterarse nadie más.

—No debes preocuparte por ella. Niva entiende perfectamente…

—Permíteme que yo decida quién debe preocuparme.

Fabian iba a asentir, pero se contuvo. Si no aceptaba ahora la reprimenda, se arriesgaba a perder toda su libertad. Por regla general, él podía llevar sus investigaciones como deseaba, pero este no era un caso normal, y era obvio que su jefe creía que podía manejarlo como si fuese una marioneta.

—Tú llamaste a Grimås unas horas antes de su desaparición —dijo—. ¿De qué hablasteis?

Saltaba a la vista que Edelman no estaba preparado para la pregunta, pero se recuperó enseguida y dio otra calada.

—De nada importante. Si lo hubiera sido, te lo habría comentado ayer, desde luego.

—Pero ahora soy yo quien lleva la investigación, de modo que déjame determinar qué es importante.

Edelman soltó una risa forzada.

—Esta sí que es buena, Fabian. Hablamos sobre el turno de preguntas parlamentarias a la que iba a asistir. Si no recuerdo mal, era sobre una propuesta de enmienda legislativa.

—¿No captaste nada que pudiera tener que ver con su desaparición?

Herman negó con la cabeza y soltó otra risa. Entonces le replicó:

—No, pero prometo comunicártelo si recuerdo algo. Y hablando de llamadas telefónicas… —Se levantó, fue al escritorio y volvió con un viejo Nokia 63109 y un cargador—. A partir de ahora, quiero que uses este móvil para llamarme.

Risk echó un vistazo al antiquísimo móvil, aunque él mismo había tenido uno igual hasta hacía poco más de un año.

—Creo que ya hemos terminado por ahora, suponiendo que no desees continuar el interrogatorio…

—Una cosa más. Para evitar malentendidos —dijo Fabian sin hacer caso de la ironía.

—¿Sí?

—Tú me has encargado una misión que contradice abiertamente las instrucciones explícitas del comisario general.

—Cierto. Pero sabes tan bien como yo…

—Herman, no tienes que ponerte a la defensiva. No creo que esté mal. Al contrario, considero que es nuestro deber averiguar qué ha ocurrido. Pero si voy a meterme en un avispero, seré yo quien salga malparado, no tú.

—Cierto. Por eso será mejor que procures no dar ningún paso en falso.

—Es lo que estoy haciendo. Y pretendo investigar algunas de las pistas. Pero deseo que seas consciente de la situación. —Fabian lo miró fijamente. Estaba decidido a sostenerle la mirada hasta obtener lo que buscaba.

Permanecieron inmóviles unos momentos mientras el silencio se iba ahondando entre ambos. Pero la respuesta llegó al fin, bajo la forma de una inclinación de cabeza casi imperceptible.

—Ya pasan dos minutos de las nueve —observó Edelman y, poniéndose de pie, se dirigió hacia la puerta—. No hay motivo para hacer esperar a los demás.

Risk asintió, se levantó y suspiró de alivio. Había vencido y podía seguir trabajando sin restricciones.

10

Sofie Leander entreabrió los ojos y tuvo que cerrarlos enseguida para no quedar deslumbrada por la lámpara que brillaba justo encima de ella. No podía hacer mucho más que abrir y cerrar los ojos, de todos modos, puesto que estaba atada tan firmemente desde los pies hasta las caderas, los antebrazos y el torso que había perdido la sensibilidad en muchas zonas. La correa del cuello no estaba tan tensa, pero no le permitía levantar la cabeza más que un par de milímetros.

En cierto modo, sentía que se lo merecía. Sus intentos de alterar la realidad constituían un pecado tan grave que el castigo era inevitable. ¿Qué se había imaginado que ocurriría? ¿Acaso había creído que existía un plazo de prescripción sobre lo que había hecho, porque habían transcurrido tantos años sin que se produjera ninguna repercusión?

Cierto, siempre había albergado la persistente inquietud de que la verdad acabaría alcanzándola. Pero esto no se lo había esperado. Ni en sus peores pesadillas se había acercado a la situación en la que se encontraba: amarrada con correas sobre una cama forrada de plástico, con un agujero debajo para defecar y una lámpara en el techo cegándola con su resplandor. Todavía tenía al lado la reluciente mesita de acero inoxidable cubierta de instrumentos. El aparato similar a un ordenador estaba apagado, pero solo hacía falta accionar el interruptor para que cumpliera su cometido. También tenía adosado a la boca un tubo de alimentación. Todo indicaba que la cuestión no era si sucedería, sino cuándo.

Intentó llevar la cuenta de los días, pero era casi imposible de calcular a causa de la luz continua e intensa y del ritmo irregular de su sueño. Si tenía que aventurar una conjetura, suponía que llevaba allí tendida entre tres y cuatro días, lo cual debía significar que la policía no podía andar lejos. Su marido los habría avisado sin duda la tarde de su desaparición y les habría facilitado toda la información necesaria para dar con su rastro cuanto antes.

La cuestión era si llegarían a tiempo.

Oyó que el tubo de alimentación zumbaba bajo la mesa. Enseguida se le llenaría la boca de ese batido viscoso con un gusto químico a fresa. El mero olor le daba náuseas. En una ocasión había decidido ver qué pasaba si intentaba escupirlo, pero la cinta adhesiva en torno a su boca estaba tan apretada que poco le había faltado para ahogarse. Desde entonces, deglutía el viscoso fluido grumo a grumo, dando tragos rápidos y procurando pensar en otra cosa para no vomitarlos.

Esta vez el proceso le resultó más arduo de lo habitual, e incluso se dio cuenta de que contaba los grumos. Normalmente, había entre treinta y cuarenta. Pero llevaba ya veintidós y no se imaginaba cómo iba a llegar a cuarenta.

Veinticinco, veintiséis, vein… ¿Qué era ese ruido? Perdió la cuenta y aguzó el oído. ¿Habían sido unos pasos, o eran imaginaciones suyas? El batido le llenaba la boca, pero se deshizo de él de golpe dando un gran trago nauseabundo. Si su mente no la engañaba, era la primera vez que oía a alguien desde que estaba allí.

Mientras el tubo de alimentación se detenía y el batido artificial se le iba hinchando en el estómago, llegó a la conclusión de que sin duda alguien caminaba al otro lado de la pared de chapa metálica. Los pasos sonaban lejos, pero se aproximaban.

¿Y si venían en su ayuda? Aunque era muy poco ruido para un equipo de la policía. Sonaba como si hubiera una sola persona caminando hacia allí. ¿Ya había llegado la hora? Quizá esto era el final que había intentado apartar de su mente por todos los medios, pero que venía previendo desde hacía días. Notó que los pasos sonaban con mayor energía y comprendió que, contrariamente a lo que había creído, no estaba preparada en modo alguno. El pánico se propagó por su cuerpo como un incendio. De haber podido, habría gritado a pleno pulmón.

No era así como esperaba reaccionar. Rompió a llorar con lágrimas silenciosas e imaginó cómo penetraba el bisturí en su piel. Enseguida zumbaría el motor que alzaba la puerta de lamas metálicas de la habitación. Y entonces la verdad que ella había ocultado se reiría en su propia cara.

Pero el motor eléctrico no llegó a sonar y los pasos, en lugar de detenerse, siguieron adelante. Era otra persona. Intentó silbar, emitir cualquier sonido, aunque le resultó imposible y no pudo hacer otra cosa que permanecer allí tendida y escuchar cómo se alejaban los pasos.

Al parecer, aún no había llegado su hora.

11

Para Dunja Hougard, teniendo en cuenta lo que había ocurrido, y sobre todo a quién le había ocurrido, no debería haber constituido en absoluto una sorpresa el circo mediático que se había organizado en la zona. Los principales periódicos daneses se hallaban allí —el *Berlingske*, el *Politiken* y el *Ekstra Bladet*—, y tanto la DR como TV2 estaban transmitiendo en directo. Pero la verdad era que ella no se lo esperaba en absoluto. Había estado demasiado ocupada tratando de transitar aquella mañana interminable.

Se bajó del coche. Llegaba una hora más tarde que Jan Hesk y el equipo restante. Reprimió un agrio eructo y, mientras se abría paso entre la horda de periodistas, se prometió que aquello no se iba a repetir nunca más. No había nada peor que una resaca; o un colapso, cabría decir, lo cual tal vez reflejaba mejor su estado actual.

Los dolores de cabeza no representaban un problema para ella; bastaba con unas píldoras para aliviarlos. Era la náusea lo que le quitaba el deseo de vivir. Su estómago estaba completamente revuelto y se negaba a asimilar nada, lo que le desataba el terror en el resto del cuerpo. Había tenido que parar dos veces en la cuneta, y vomitar la mayor parte del desayuno que había ingerido a la fuerza delante de Carsten para que no se diera cuenta de lo mal que se encontraba.

—Ah, aquí estás. ¿Dónde te habías metido? —le preguntó Jan Hesk en cuanto entró en el edificio.

—Ha habido algunas complicaciones en el trayecto —dijo ella observando que Hesk, que siempre había sido delgado, había echado un poco de barriga.

—Ya veo. ¿Qué clase…?

—Mejor que no lo sepas, te lo aseguro. Me interesaría más saber qué habéis estado haciendo vosotros —dijo mientras se ponía un par de protectores de zapatos.

—Bueno, supongo que lo de siempre. Tenemos una serie de interrogantes, pero ninguno que no vayamos a aclarar al final… suponiendo que nos dejen trabajar en paz. —Hesk la guio por la casa—. El mayor problema ahora es mantener a raya a los medios. Que me aspen si no son peores que los mosquitos de mi casa de campo en Suecia.

Dunja fue mirando alrededor a medida que avanzaban y decidió sin más que nunca podría permitirse una casa ni tan siquiera parecida, aun suponiendo que llegara ser la jefa de toda la Unidad de Homicidios.

—El tipo estuvo hace tres o cuatro años en *Bailando con las estrellas.*… Se llamaba así, ¿no? Y ni siquiera sabía bailar.

—Pero ¿habéis encontrado algo?

—Será mejor que lo veas con tus propios ojos. —Hesk se detuvo ante la puerta de la habitación y la dejó pasar antes que él.

Tras un solo paso, Dunja se detuvo en seco con los ojos fijos en la cama de matrimonio situada en medio de la habitación. La última vez que había visto a Karen Neuman había sido en una revista de cotilleo en el consultorio del dentista. Salían fotos de ella y de Aksel tomadas en algún estreno de cine, y le había impresionado lo enamorados que parecían, a pesar de que llevaban más de veinte años casados.

Karen se hallaba en la cama desnuda y empapada de sangre, de la sangre que había manado de su vagina y de las heridas alrededor del torso. Al acercarse un poco más, vio que eran tan profundas que debían de haber sido asestadas con alguna arma distinta de un cuchillo corriente, alguna arma más grande y más pesada capaz de atravesar todas las capas de tejido, e incluso el cartílago y el hueso en algunas zonas.

—No, no te vuelvas. Tú sigue mirando. —Previsiblemente, era Oscar Pedersen, el forense, que venía del baño contiguo enfundado en una bata blanca—. Los humanos son animales de costumbres. Muchas veces ni siquiera notamos lo que nos inquieta. Y lo mismo nos ocurre ante un cuerpo destrozado, te doy mi palabra. Coincido en que este resulta interesante.

Parecía tan entusiasmado como un niño en Legoland, con la excepción de que él tenía delante a una mujer mutilada.

—¿Has podido identificar el arma homicida? —preguntó Dunja.

—Un cuchillo no, desde luego. —El forense se acercó—. Si tuviera que jugarme el sueldo, diría que un hacha. Y no me refiero a una de juguete. —Tomó medidas con las manos—. Estamos hablando de un arma contundente capaz de partir madera de un solo golpe. Observa cómo algunas partes de la caja torácica están hechas trizas, por no hablar de los órganos internos. —Abrió una de las heridas del abdomen para mirar mejor.

—Creo que ya he visto bastante —dijo Dunja sintiendo que los restos del desayuno se le revolvían en el estómago.

—No. Vamos, mira por dentro.

Hesk no iba a rescatarla: se había girado hacia el armario; y ella bajo ningún concepto le daría el gusto al forense de montar una escena, así que se inclinó y miró los intestinos mutilados. La inundó un penetrante hedor dulzón, lo que la obligó a contener el aliento.

—¿Lo ves? Está totalmente destrozada, como si la hubieran pasado por una trilladora.

Dunja asintió y observó todavía unos momentos antes de incorporarse y mirar al forense a los ojos.

—¿Y la sangre del abdomen?

—Todavía no he examinado esa parte, pero si tuviera que aventurar una conjetura diría que él, probablemente, se divirtió un poco con ella antes de volverse loco.

—¿A quién te refieres con «él»?

Pedersen miró a Hesk, que ahora se había vuelto a acercar.

—La mayoría de los indicios sugieren que ha sido Aksel Neuman —anunció Hesk.

—¿Aksel?, ¿su marido? —dijo Dunja. Hesk asintió—. ¿Estás seguro? No me imagino que haya podido someter a su esposa a algo así. —Señaló la sangre que empapaba la cama. Ya empezaba a recuperar la energía.

—¿En qué te basas para decirlo? ¿En las revistas de cotilleo? Apenas llevas aquí un minuto.

Ella iba a replicar, pero se contuvo. El caso era de Hesk, no suyo. Oficialmente, ambos tenían la misma categoría, pero él contaba con más años de experiencia en su haber, de manera que una investigación compleja y de gran relevancia como esta recaía de forma automática en sus manos. A ella le correspondía colaborar y aportar ideas, pero no asumir el caso. Además, Hesk había dado en el clavo en lo referente a las revistas de cotilleo.

—Bien. El escenario que contemplamos ahora mismo es este —dijo Hesk situándose en medio de la habitación—. Neuman fue visto en el Karriere Bar, aquí en Copenhague, con Casper Christensen, uno de los invitados de su programa de anoche. Según sus compañeros de TV2, se suponía que iba a pasar la noche en su apartamento de Vesterbro, pero decidió volver a casa. Richter ha encontrado huellas nítidas de su BMW X3.

—¿Hablas de mí? —dijo el técnico de la científica, Kjeld Richter, entrando en la habitación.

—Estaba explicando que las huellas indican que Aksel Neuman estuvo aquí y después se fue con su coche.

El técnico asintió, rascándose con aire pensativo su barba incipiente, que, al igual que las patillas y las cejas, necesitaba un buen repaso.

—Pero resulta que también hemos encontrado huellas de un tercer coche.

—¿Qué quieres decir con un tercer coche?

—Además del de Aksel y el de Karen, hubo otro coche que estuvo aquí después de medianoche.

—¿Cómo sabemos que fue a esa hora? —preguntó Hesk.

—Porque no había nieve fresca sobre las huellas y, según los informes meteorológicos, a medianoche dejó de nevar.

—Entonces hubo una tercera persona implicada, ¿no? —intervino Dunja. Richter asintió.

—Esto refuerza mi teoría —dijo Hesk—. La mujer se trae a alguien aquí creyendo que su marido va a pasar la noche en la ciudad; pero el tipo vuelve a casa y los sorprende en flagrante delito. Se desata un pandemónium, y él sale a buscar un hacha, momento que Don Juan aprovecha para escabullirse. Tendremos un testigo en cuanto lo encontremos.

Dunja se encogió de hombros, escéptica.

—¿Sigues sin creer que ha sido él? —Hesk parecía realmente irritado.

Ella no sabía qué decir. Dejando aparte los cotilleos, estaba convencida de que Aksel Neuman no era el asesino.

—¿Puedes darme una sola razón para no…?

—Perdona, me llaman al móvil —lo interrumpió Dunja mirando la pantalla—. ¡Uf! Es Sleizner. Será mejor que responda. Sí, diga, aquí Dunja Hougaard.

—Vaya, me siento un poco herido. ¿De veras no tienes mi número programado en el móvil? —dijo Sleizner fingiendo un tono lastimero.

—Claro que sabía que eras tú —dijo Dunja mientras se devanaba los sesos para comprender por qué la llamaba a ella y no a Hesk—. Pero siempre contesto así en horas de trabajo.

—Ya, ya. Entonces procuraré llamarte más a menudo fuera de horas de trabajo —dijo él con una risita.

Dunja respondió a la mirada perpleja de Hesk alzando una mano, como pidiéndole paciencia.

—Pero no llamo por eso. La prensa nos está acosando.

—Aquí también. Si quieres saber algo de la investigación será mejor que hables con Jan.

—Si quisiera hablar con él, lo llamaría. La cuestión es que he convocado una rueda de prensa dentro de una hora y necesito algo que ofrecer…

—Pero…

—Cualquier cosa. Para calmarlos un poco.

—Es demasiado pronto. No tenemos una hipótesis clara, y Richter necesita más…

—Dunja, da la impresión de que no vamos bien. Seguro que tienes algo. ¿Qué has estado haciendo todas estas horas?

—Hay ciertos indicios de que podría haber una tercera persona implicada, pero no sabemos en qué sentido ni qué papel podría haber jugado.

—O sea que podría ser un amante o el asesino.

—O ambas cosas —replicó ella, consciente de que estaba pisando terreno resbaladizo y que sería un milagro si no acababa tropezando—. Pero todo esto son teorías por ahora. Si estuviera en tu lugar, me andaría con mucho cuidado con lo que…

—Ya, pero la suerte no ha querido que estés en mi lugar. Diles a los demás que celebraremos una reunión en cuanto estéis todos de regreso. Hasta luego. —Sleizner colgó sin más.

—Perdona, pero ¿a qué demonios viene esto? —preguntó Hesk—. ¿Por qué te llama a ti cuando soy yo quien dirige el caso?

—Es lo mismo que yo me pregunto. No tengo ni idea.

—¿Estás segura?

—¿Qué pretendes insinuar?, ¿que he tenido una reunión secreta con Sleizner para hacerme con la investigación?

Hesk alzó las manos y argumentó:

—No soy yo el que ha llegado una hora más tarde que todos los demás.

Dunja notó que tenía que sentarse. Otra vez tenía náuseas.

12

Fabian Risk tenía una larga lista de cosas que deseaba investigar. Quería ponerse en contacto con el responsable de seguridad del edificio del Parlamento y pedirle una copia del vídeo de vigilancia que había visto en el Säpo; quería estudiar con detalle el tráfico de llamadas de Carl-Eric Grimås durante las horas previas a su desaparición y quería hablar con el chófer que lo había estado esperando en el coche. Pero, por desgracia, no podía hacer otra cosa que fingir que disponía de todo el tiempo del mundo y permanecer sentado con los demás alrededor de la mesa de la sala de reuniones.

Con una taza de café en la mano, cada cual ocupó una silla —aquella que, con los años, se había vuelto «suya»— y se sentaron. Una vez, años atrás, Fabian había querido ocupar la silla de uno de sus colegas, para ver su reacción, pero enseguida había desechado la idea, por el riesgo que entrañaba, y había preferido volver a su sitio antes de tener un disgusto. Fue circulando el termo alrededor de la mesa, lleno de un brebaje que había pasado tanto tiempo en el fogón que más bien sabía a ácido tánico que a café. Como de costumbre, la lata de galletas danesas se detuvo frente a Markus Höglund, que se empeñaba en escoger con cuidado sus favoritas; y cada vez eran más numerosas, observó Fabian. No entendía adónde iban a parar tantas galletas; desde luego, a su barriga, no. Markus no había cumplido los treinta y cinco, pero esa no podía ser la única explicación. En su propio caso, el cambio de metabolismo se había producido a los veinticinco años, y, desde entonces, cada caloría de más se le incorporaba a la cintura.

Había sido Carl-Eric Grimås quien había introducido lo de la lata de galletas durante su época en la Agencia, y la costumbre había persistido, como una cucaracha que se negara obstinadamente a sucumbir. Edelman nunca las comía y, hacía algunos años, había tenido el valor de intentar poner fin a esa tradición, pero había encontrado una oposición tan firme que él mismo la había vuelto a introducir de inmediato. Fabian no había simpatizado con las protestas y estaba seguro de que a nadie le gustaban realmente esas galletas con mantequilla y azúcar en polvo; bueno, a nadie salvo a Höglund.

—Tenemos mucho por delante, así que vale más que empecemos ya —dijo Edelman—. Malin, tú has estado en Copenhague y, por lo que he oído, ha sido un gran éxito.

Ella asintió, y vació su vaso de Coca-Cola.

—Sin duda. Recomiendo a todo el mundo que aproveche la próxima ocasión para asistir. Creo que estaban hablando de Berlín para la primavera que viene.

—Berlín suena guay —dijo Tomas Persson pasándose la mano por el pelo rapado al estilo militar—. ¿Tú qué dices, Jarmo?

—Ya sabes lo que pienso de los viajes —masculló Jarmo Päivinen con su inconfundible

acento entre finés y sueco.

—En cualquier caso, ahora tengo un buen contacto en Copenhague. Ocupa exactamente la misma posición…

—Malin, seguro que tienes muchas experiencias interesantes que contar. Pero creo que podríamos dejarlas para el final, si el tiempo lo permite —la interrumpió Edelman sonriéndole.

—Claro. —Ella cogió una galleta y trató de captar la mirada de Fabian, pero él estaba ocupado intentando ocultar que el móvil le vibraba en el bolsillo. Tuvo que esperar hasta que la reunión hubo empezado para sacarlo bajo la mesa y mirar el mensaje de texto: «Llámame en cuanto puedas. Niva».

No podía marcharse de inmediato porque todo el mundo, y no solo Malin, se preguntaría qué sucedía. Pero tampoco iba a esperar hasta que hubiera terminado la reunión.

—¿Todavía no tenemos noticias sobre Diego Arcas? —preguntó Edelman.

—No. Por desgracia, ese cabrón continúa destruyendo a una chica tras otra y ganando dinero a manos llenas. Pero ¿qué puedo hacer? Mientras Inger siga de permiso, estoy solo —dijo Markus Höglund, y se tragó una galleta con un sorbo de café.

—¿Qué puedes hacer, dices? Ya me perdonarás, pero no voy a quedarme callado —dijo Tomas Persson, y se metió un pellizco de tabaco picado con aromatizantes (*snus*) bajo el labio superior—. ¿Quieres explicarme por qué no te dedicas a otra cosa que estar aquí de brazos cruzados consumiendo azúcar? Seguro que hay un montón de cosas que podrías hacer tú solo.

Höglund puso los ojos en blanco, buscando en vano el apoyo de los demás, y soltó:

—Piensa lo que quieras. Que Inger haya estado en casa cuidando a sus hijos más tiempo del que ha pasado aquí, no significa que yo no haya hecho nada. Además del Black Cat, en Hantverkargatan, donde Arcas exhibe a la mayoría de sus chicas, he conseguido, con la ayuda de Inger, localizar siete apartamentos distintos alrededor de la ciudad en los que se celebran fiestas día y noche, como quien dice. Y sí, podríamos ir apartamento por apartamento, pero sería mejor efectuar una operación sincronizada, y eso no pienso hacerlo sin ella.

—Está bien, lo que tú digas —dijo Tomas Persson—. Pero pienso…

—Vamos a dejarlo aquí —lo interrumpió Edelman—. Si Inger no vuelve el lunes, tendremos que resolverlo de otro modo.

Höglund asintió y se metió otra galleta entre pecho y espalda, mientras le lanzaba una mirada furibunda a Tomas.

—Y si no, Fabian y yo podemos echar una mano —intervino Malin—. ¿No te parece? Ahora mismo no tenemos nada entre manos.

—¿Por qué no? —respondió Risk, aunque veía en la expresión de sus ojos que ella estaba tomándole el pelo.

—Como he dicho, esperaremos hasta después del fin de semana —zanjó Edelman y dirigiéndose a Jarmo Päivinen y Tomas Persson, les dijo—. Creo que tenéis novedades sobre el coche de Adam Fischer. Veamos en qué consisten.

Jarmo asintió, se bajó un poco las gafas de lectura y hurgó entre sus documentos.

—¿Quieres informarles tú o lo hago yo? —le preguntó Tomas tamborileando con los dedos sobre la mesa.

—Calma. —Jarmo siguió buscando. A Fabian le llamó la atención lo viejo que se le veía, a pesar de que solamente le llevaba cinco o seis años, lo que lo situaba en los cuarenta largos. Su

mujer lo había dejado hacía cuatro años, llevándose a los niños, y daba la impresión de que la soledad lo estaba consumiendo—. Como habréis oído en las noticias —prosiguió Jarmo—, hemos establecido que se trata de un secuestro.

—Que es lo que sospechábamos desde el principio —dijo Tomas.

—Estas son las últimas imágenes que teníamos de Fischer. —Jarmo hizo circular unas fotos de Adam Fischer en su todoterreno, tomadas por una cámara de vigilancia.

—Hasta ayer —añadió Tomas con un exagerado aire de satisfacción, mientras flexionaba sus bíceps tatuados—. Porque ayer hicimos un bingo del carajo.

—Quizá debieras hablar tú —dijo Jarmo mirando a su compañero, que era mucho más joven que él.

—No, no, está bien. Sigue.

—¿Seguro?

—Sí, adelante —dijo Tomas, y bajó la mirada.

—Se nos debería haber ocurrido antes, pero el tipo vive en un enorme piso de soltero del barrio de Mosebacke (debe de haberle costado casi toda su herencia), de modo que llamamos a los aparcamientos de la zona y, al final, tuvimos un golpe de suerte en el de Slussen.

—¿Su coche estaba allí? —preguntó Malin.

—No, pero nos llevamos el vídeo de vigilancia. —Tomas cogió un DVD y se levantó—. ¿Preparados? —Se acercó a un viejo televisor, metió el DVD en el reproductor y trató de ponerlo en marcha con el mando a distancia.

—El mando no funciona —dijo Höglund—. Tienes que usar los botones de la tele. Espera, te lo enseño —dijo levantándose.

—No, está bien. Ya me las arreglo —dijo Tomas, y buscó el botón correcto.

Mientras esperaban, el móvil de Fabian volvió a vibrarle en la mano. «Voy a entrar en una reunión enseguida y luego no estaré visible durante el resto del día. N.»

Ya no pudo aguantar más y se puso de pie.

—Perdón, pero debo irme.

—Está bien. No te preocupes —dijo Edelman.

—¿Cómo que «no te preocupes»? —se extrañó Malin—. ¿Se puede saber qué es tan importante para que te largues en mitad de una reunión cuando no tienes una investigación en marcha?

—Es de la escuela de Matilda. Quieren que llame cuanto antes.

—Vaya. Espero que no sea nada serio.

—Sí, eso esperamos todos —dijo Malin, mostrando su disconformidad a Fabian, mientras él salía de la sala.

—¡Vale, hazlo tú! —exclamó Tomas al fin apartándose de la televisión. Höglund se acercó, pulsó uno de los botones varias veces y la pantalla se puso en marcha.

13

Durante casi un año y medio, ella se había encargado de la limpieza del Black Cat: el famoso club de *striptease* de Kungsholmen que, curiosamente, quedaba a un tiro de piedra del edificio de la policía de Estocolmo. Tres veces a la semana, entraba por la puerta lateral de Polhemsgatan y hacía su ronda con el carrito de la limpieza por las mugrientas instalaciones, que se hallaban en un sótano tan extenso y laberíntico que tardó meses en aprender a orientarse.

Y cada vez pasaba el aspirador y la fregona con idéntica precisión. Ahuecaba y ordenaba los almohadones de los divanes; lavaba y planchaba las fundas cuando era necesario; recogía condones, guardaba alianzas de boda extraviadas y restregaba las manchas de semen. A veces incluso de sangre.

Pese a las órdenes expresas del lugarteniente de Diego Arcas —un tipo fornido con pendientes en las orejas y ojos en la nuca— para que todas las chicas tomaran la píldora o usaran un DIU, siempre había algunas que desobedecían con la esperanza de quedar embarazadas. Ella al principio no había comprendido por qué habrían de querer exponerse a quedar preñadas de uno de aquellos cerdos asquerosos, que seguramente tenían mujer e hijos en algún barrio residencial. Pero enseguida descubrió que no había una manera más rápida de salir de allí que tener el bombo.

La sangre no procedía tan solo de la menstruación. Cierto que la violencia contra las chicas estaba prohibida en teoría, pero si lo que buscabas era desmadrarte del todo, también había un precio para eso. A decir verdad, todo se reducía a la cantidad de ceros que te pudieras permitir en tu cuenta. Según se rumoreaba, si apoquinabas trescientos mil, podías violar a una chica hasta dejarla muerta. Pero en ese caso debías recurrir a una de las más viejas, que de todos modos ya estaban en las últimas.

En dos ocasiones había tenido que desinfectar la habitación después de que fuera usada. La primera, tras una sesión privada que se les había ido de las manos. Tardó horas en limpiarlo todo, y el tipo fornido le echó una bronca y se negó a darle la paga porque no había terminado antes de que abrieran el local. Ella no protestó; se limitó a asentir y se recordó a sí misma que el dinero no era el único motivo por el que estaba allí.

La segunda vez, el responsable del ataque fue el propio Diego Arcas, al enterarse de que una de sus esclavas se había quedado preñada. El objetivo era asustar a las demás, obviamente. Y bien asustadas se quedaron cuando oyeron hablar de las uñas sanguinolentas y los mechones arrancados de cuajo que ella había encontrado en la habitación, y de todos los fluidos corporales y los excrementos que había tenido que limpiar con un detergente tan fuerte que requería el uso de mascarilla y guantes de protección. El colchón mismo había quedado tan empapado de sangre

que habían tenido que tirarlo. Ella podría haber forzado a que cerraran el club yendo a declarar a la policía, que, como era bien sabido, lo tenía sometido a vigilancia. Pero no abrió la boca. Ni siquiera soltó un comentario; se limitó a dejar la habitación más limpia que nunca y continuó sus rondas como si nada.

Fue desde entonces que habían confiado en ella. El tipo fornido dejó de cachearla al entrar y le permitía rondar por las instalaciones sin ninguna supervisión. Y ella no tardó en explotar esa libertad recién adquirida. El primer paso había consistido en prolongar un poquito su horario todos los días para seguir todavía allí cuando abrían las puertas y los clientes entraban. El segundo paso consistió en pasar inadvertida en la penumbra y en desplazarse por el local tomando nota de todo lo que veía.

Y vio un montón cosas.

14

Fabian Risk se miró en el espejo frente al lavamanos mientras su teléfono sonaba de nuevo. Todavía no le habían reaparecido las ojeras, pero sabía muy bien que en cuestión de días la presión de la nueva investigación volvería a dejarle huella, y parecería diez años más viejo. Se arrancó unos pelos de la nariz y observó que tenía la patilla izquierda más larga que la derecha; a continuación, cogió el Nokia que Edelman le había dado y marcó el número.

—Aquí Niva.

—Tenemos la sospecha de que el Säpo está monitorizando las llamadas, así que utiliza este número a partir de ahora —dijo Fabian—. ¿Has descubierto algo?

—Vaya. ¡Pim, pam y gracias! Sin preliminares.

—Perdona, pero eso lo dejaremos para otro momento. Ahora mismo…

—Dime dónde y cuándo. Y por si se te ha olvidado, me debes una copa.

—No, claro que no. ¿Por quién me has tomado?

—Yo diría que, después de esto, habrá que elevarlo a categoría de cena por lo menos.

—Quizá sí. Pero aún no sé qué has encontrado.

—Tendrás que comprarlo a ciegas y confiar en la suerte.

—¿O sea que no tengo elección?

—Fabian, siempre tienes elección.

Estaba jugando con él descaradamente. Debería de haber previsto que la situación acabaría tomando ese derrotero.

—Quien calla otorga. ¿Qué decides?

—La puerta número uno.

—Bien. No ha sido tan difícil, ¿no? Y estoy convencida de que te vas a quedar satisfecho. La mujer que dejó el mensaje en el buzón de voz de Grimås se llama Sylvia Bredenhielm y, poco más de un minuto después, llamó a una tarjeta de prepago con el número 073 785 66 29.

—¿El móvil secreto de Grimås?

—Has acertado.

—¿Tienes una lista de llamadas de ese número?

—Sí, pero solo son de ellos dos llamándose mutuamente. Yo no perdería el tiempo por ahí, a menos que quieras hacer carrera en los tabloides. Y ahora viene tu recompensa. ¿Estás preparado para tomar nota?

Risk sacó un bolígrafo y se arremangó la chaqueta.

—Vale.

—Ahí va: 59.311129, 18.078073. —Él anotó los números en el interior de su antebrazo.

—¿Qué es esto?

—La posición más reciente del móvil, con una desviación de diez o quince metros.

—¿Sigue conectado?

—No. Desapareció ayer a las cuatro y cuatro minutos de la tarde, lo cual son casi cuarenta minutos después de que desapareciera el primero.

—Increíble, Niva. Me has sido de gran ayuda. Te llamaré.

—Lo sé.

Él cortó la llamada y salió del baño. Por fin tenía algo concreto para seguir adelante. Sin sentarse frente a su mesa, activó el ordenador, abrió Google Maps e introdujo las coordenadas. Apareció un mapa de Estocolmo; un globo rojo señalaba un punto de Södermalm. Amplió el mapa, pasando a Street View, y observó que dicho punto correspondía al número 46 de Östgötagatan.

En principio, curiosamente, había considerado con escepticismo la función de Street View de Google Maps. Habría implicado un trabajo increíble el fotografiar cada esquina de Estocolmo, que había sido la primera ciudad de Suecia en obtener ese servicio. Pero cuando por fin consiguió dominar los comandos y obtuvo la imagen del edificio situado en la esquina de Östgötagatan y Blekingegatan, les dio las gracias de corazón a los tipos de Google. El edificio estaba cubierto de andamios y parecía deshabitado.

Seguramente la imagen había sido tomada alrededor de otoño, y no había ninguna garantía de que las obras de reforma siguieran en marcha. Si era así, o todavía mejor, si la reforma se había interrumpido a la espera de que la crisis financiera amainase, aquel sería sin duda el sitio ideal para mantener oculta a una víctima.

Limpió el historial de búsquedas y apagó el ordenador. Al salir se tropezó de frente con Malin Rehnberg.

—Madre mía, qué prisas llevamos. Y ni siquiera tienes ningún asunto sobre la mesa. Al menos, que yo sepa.

—Perdona, Malin, pero ahora no tengo tiempo. —Trató de esquivarla, pero ella le cortó el paso.

—Mala suerte, porque no pienso retirarme hasta que me cuentes qué demonios sucede.

Fabian barajó mentalmente varias posibilidades y al final decidió que no iba a llegar muy lejos mintiendo.

—Ven conmigo.

15

Esa mañana, como de costumbre, Ossian Kremph se había sentado junto a la ventana esquinera para tomar su café y resolver un sudoku mientras escuchaba los boletines de Radio Estocolmo. No sabía por qué, pero siempre le había gustado oír los boletines de tráfico y del tiempo, en especial los largos informes marítimos, que describían con detalle la dirección y la fuerza del viento en todo el litoral de Suecia.

Esta mañana, no obstante, era distinta. Aunque había escuchado entero el informe marítimo, estaba muy lejos de sentirse tranquilo. La inquietud se le había infiltrado sin que lo advirtiera y, de pronto, resultaba muy evidente. Había intentado no hacer caso y continuar con el puzle de números japonés, pero no lograba encontrar ningún dígito. Tenía la mente acelerada y no conseguía ponerle freno.

Durante muchos años se había esforzado en dominar sus pensamientos. Pero ahora estaban revolucionados y se concentraban en una serie de ideas prohibidas. Subió el volumen de la radio y comenzó un sudoku más fácil, pero no sirvió de nada y por fin tuvo que apagar la radio y dejar el bolígrafo.

Se le ocurrió que ese cambio se había iniciado hacía unas semanas, quizá incluso un poco antes. Cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que, últimamente, nada había sido igual. Había estado de un malhumor insólito, pero eso no era lo único que no andaba como era habitual. Sin ir más lejos, llevaba una camisa azul, a pesar de que los jueves siempre se ponía una verde. ¿Y qué había ocurrido el pasado domingo durante su paseo alrededor de Årstaviken? ¿Había llegado a dar ese paseo? No lograba recordarlo.

No era lo único que no recordaba. Toda la semana anterior, aparte de algunos retazos sueltos, era como un gran agujero negro. Y el día anterior por la mañana se había quedado demasiado tiempo en la cama y no había podido dejar de pensar en todo aquello que se había prometido no volver a abordar jamás.

No le quedaba ningún recuerdo del resto del día.

Había tomado sus medicinas, de eso estaba seguro. Todos los días —mañana, tarde y noche — se tragaba las píldoras con un vaso de agua tibia y sentía cómo le bajaban por la garganta. O sea que el problema no era ese… ¿o quizá sí? ¿Y si creía que se las había tomado, pero en realidad no lo había hecho? ¿Y si la dosis era demasiado escasa? ¿Qué había dicho el médico? ¿Debía aumentarla o disminuirla? ¿Y qué era ese olor? No se le habría olvidado sacar la basura el martes… ¿verdad?

Ossian Kremph estaba casi mareado con tanta pregunta y sintió que necesitaba tumbarse y descansar. Pero eso tampoco lo ayudaría, sobre todo mientras aquel hombre y aquella mujer

siguieran deambulando por la calle. No era normal lo que hacían, pensó, y fue a buscar sus prismáticos. La gente solía caminar en una dirección, pero no daba vueltas en el mismo trecho como hacían ellos. Parecía como si buscaran algo.

No reconocía a ninguno de los dos, pero después de observarlos un rato, había averiguado cuál era su coche. Una sencilla búsqueda en Internet le había revelado que pertenecía a un tal Fabian Risk, que trabajaba como investigador de homicidios en la Agencia Nacional de Investigación Criminal de Estocolmo. La mujer embarazada era sin duda una compañera, otra subordinada de Herman Edelman.

En cierto modo, no se había sorprendido lo más mínimo. Sabía que acabarían saliendo de sus agujeros y mostrando sus jetas siniestras, aunque no esperaba que fuese a suceder tan pronto. Pero ahí estaban. Putos polis.

La pregunta era cómo había podido ocurrir. Él había hecho lo posible para pasar desapercibido desde que lo habían dejado en libertad. No solo había cambiado su apellido y adoptado el de su madre, sino que se había abstenido de ponerlo en la puerta de ese apartamento realquilado de segunda mano… ¿o era de tercera? También había reducido su actividad al máximo y dejado que pasara el tiempo con la esperanza de librarse algún día de su antiguo yo, tal como su terapeuta le había prometido.

Pero no había dado resultado. Aunque había obedecido y realizado todas esas recomendaciones, el fuego seguía ardiendo en su interior. Había hecho lo que el terapeuta le pedía. Pero en el fondo, tras uno o dos años de tratamiento, había llegado a la conclusión de que nunca lo conseguiría. Hiciera lo que hiciese, el ansia seguiría ahí, presente.

Echó de nuevo un vistazo con los prismáticos y vio que los dos policías desaparecían bajo los andamios. ¿Cómo era posible que ya lo hubieran localizado? ¿Y quién les daba derecho a perseguirlo, a tirar la puerta abajo e irrumpir en su apartamento? ¿Quién decía que podían derribarlo en el suelo, ponerle las esposas y registrar su casa?

Tal vez los suyos fuesen pensamientos prohibidos y desenfrenados. Él y su terapeuta se habían esforzado durante años para acallarlos sin ningún éxito. Sabía que lo mejor, por el bien de todos, era no tenerlos, pero ahora ya no le importaba. Por primera vez en mucho tiempo, se recreó en cada uno de aquellos pensamientos prohibidos.

Si esos cerdos de mierda llegaban a su casa y derribaban la puerta, estaría preparado. Les hincaría los dientes y los haría pedazos. Al fin y al cabo, ya no tenía nada que perder.

16

«Ojalá se acabe pronto el día», pensó Dunja Hougaard, imaginando que se acurrucaría bajo las mantas y se quedaría dormida antes de que Carsten llegase a casa. Pero el día no había hecho más que empezar, y aunque había bebido al menos dos litros de agua y tomado varias cucharadas de sales de rehidratación, todavía estaba hecha polvo.

Se sirvió una taza de café y ocupó su sitio en la mesa de conferencias, frente a Jan Hesk, que aún creía que ella había maquinado a sus espaldas y cerrado algún acuerdo con Kim Sleizner. Kjeld Richter estaba sentado en un extremo y parecía como si no supiera dónde mirar. Ninguno de ellos decía nada, lo cual propiciaba que el silencio fuera más incómodo a medida que transcurrían los minutos.

Al fin se abrió la puerta y entró Sleizner, que recorrió la sala de un vistazo. Llevaba una camisa blanca con gemelos y corbata. Era visible en su rostro el maquillaje que se había puesto para la rueda de prensa. Dunja no conocía a ningún otro hombre de la central de policía que se maquillara para aparecer ante los medios. Claro que a Sleizner las ruedas de prensa le gustaban más que a nadie, y no perdía ocasión de convocarlas. Nadie como él era capaz de presentarse ante las cámaras y de hacer una engolada exposición a partir de la nada.

—¿Alguno ha visto la rueda de prensa? —preguntó acercándose a la máquina de Nespresso.

Hesk, Richter y Dunja negaron con la cabeza.

—No me preguntéis cómo, pero he logrado convencer a todo el mundo de que sabemos a qué demonios nos enfrentamos; por tanto, ahora depende de vosotros demostrar que no he prometido demasiado. —Introdujo el cartucho de café y dejó que la máquina se encargara del resto.

Y eso que él nunca pagó su parte, pensó Dunja. Aunque siempre era el primero en protestar cuando no quedaba dinero en el fondo común para el café. Ella misma nunca usaba esa máquina, no solo para evitar las monsergas de Sleizner, sino, sobre todo, porque no le parecía que fuese tan delicioso como creían los demás. A su modo de ver, era un verdadero misterio por qué casi todo el mundo occidental suscribía la idea de que debías comprar el café en una tienda exclusiva y pagar el triple. Por lo demás, prefería no pensar en el impacto medioambiental de todo aquel montaje.

—Bueno, vamos a ver qué tenéis. ¿Con que hipótesis estáis trabajando?

Hesk carraspeó y, poniéndose de pie, explicó:

—Como ya he dicho, estamos en la primera fase de la investigación y hay un montón de interrogantes. Pero basándonos en las pistas que Kjeld y su equipo han encontrado, está muy claro que hubo una tercera persona implicada.

Hesk se empeñaba en ponerse de pie siempre que Sleizner estaba presente, cosa que Dunja

no acababa de entender. Si alguien despreciaba al jefe y cuanto representaba, era él. Quizá era cuestión de astucia: procuraba hacer lo necesario para darle un empujón a su carrera.

Cuanto más lo pensaba, más le irritaba la adulación constante que desplegaba su compañero con todos los que estaban por encima de él. Si Sleizner se bajaba la bragueta, seguro que Hesk no vacilaría un segundo, siempre que ello redundara en su beneficio.

—Lleva todo el día distraída.

Dunja tardó varios segundos en darse cuenta de que Hesk se refería a ella.

—Perdón, ¿qué decíais…?

—¿Tú también lo ves así? —preguntó Sleizner mirándola fijamente.

—La hipótesis —le aclaró Richter—. Ya sabes. Neuman llega a casa después de su programa televisivo, encuentra a su esposa con otro hombre en la cama y se vuelve loco con un hacha.

—Perdonad si parezco un poquito ausente. Pero… —Dunja no sabía cómo proceder sin pisarle los callos a Hesk.

—Pero ¿qué? —urgió Hesk.

—No sé. Se mire como se mire, me cuesta imaginar que Aksel Neuman sea capaz de algo ni remotamente parecido. —Cogió una de las fotos que mostraban el cuerpo destrozado de Karen Neuman y la observó.

—He hablado con el personal del Karriere Bar y está claro que se consumieron un buen número de *gin-tonics* —dijo Hesk.

—Y además, Neuman se ha liado a puñetazos en ese bar en más de una ocasión —aportó Richter.

—Ya. Pero…, —Dunja buscó torpemente algún modo de seguir—. Quizá sonará trivial, pero Aksel y Karen eran una de esas parejas que después de tanto tiempo juntas parecían enamoradas de verdad.

—Dunja, somos policías que investigamos un crimen, no guionistas de un nuevo culebrón —dijo Hesk.

—Pues tampoco es mala idea —comentó Richter, y cogió su teléfono, que estaba sonando—. Hay un montón de giros argumentales en esta historia. Diga, aquí Richter.

Se levantó y salió de la sala.

—Lo único que puedo decir es que no creo que haya sido él —aseveró Dunja.

—¿A quién le interesa lo que tú creas? —terció Hesk—. Y si es inocente como tú sostienes, ¿por qué ha desaparecido?

—No lo sé. Esperemos que tenga un buen motivo cuando lo encontremos. Pero si llegó a casa antes de lo previsto, quizá el asesino aún estaba allí y emprendió su persecución. Eso sería más propio de él, sobre todo si estaba borracho

—Exacto. Eso encajaría con lo que Kjeld iba a exponer —dijo Sleizner.

—Y hay otra cosa que he estado pensando…

—Quizá podríamos comentarla después, en la pausa del café —la interrumpió Hesk—. Si hemos de atraparlo antes de que llegue muy lejos, deberíamos…

—Déjala terminar, por favor —dijo Sleizner indicándole a Hesk que se sentara.

Dunja notaba que su compañero estaba a punto de explotar, pero ahora no tenía más remedio que proseguir.

—Jan, no entiendo por qué estás tan furioso conmigo.

—¿Ah, no?

—Lo único que pretendo es que la investigación avance. Y puede que esté equivocada del todo, desde luego, pero tengo la sensación de que hay algo que no tiene lógica. Considera el arma del crimen, por ejemplo, que, según Pedersen, ha sido seguramente un hacha grande. Por lo que he visto, en la casa no había chimenea ni leña; eso sugiere que tampoco había ningún instrumento para cortarla. ¿De dónde ha salido entonces el hacha? ¿La tenía Aksel guardada en el coche por si necesitaba asesinar a alguien?

Hesk reflexionó y se encogió de hombros.

—¿Qué quieres decir, pues? —inquirió Sleizner sin mirar a Hesk.

Dunja cogió una de las fotos, donde aparecía Karen Neuman en la cama empapada de sangre.

—Mirad qué cantidad de sangre. Pero no había ninguna mancha en el suelo ni en el pasillo, lo que indica que el asesino iba preparado y extendió un plástico o algo parecido. —Dejó la foto sobre el montón—. El que haya hecho esto ya ha asesinado otras veces.

—Es innegable que suena más lógico —comentó Sleizner, justo cuando volvía a entrar Richter.

—Ya está listo el análisis del tercer neumático —dijo, y se sentó en su sitio—. Y hay un detalle bastante interesante. —Hizo una pausa teatral, aunque demasiado breve para que nadie lo notara—. Todo apunta a que estamos buscando un coche deportivo con neumáticos provistos de clavos.

—¿Neumáticos con clavos? —se extrañó Dunja—. ¿Quién usa esa clase de neumáticos hoy en día?

—Es lo que yo también me estaba preguntando.

—Los suecos. Les vuelven locos los neumáticos con clavos —aseguró Hesk—. Cuando nosotros vamos a Småland a celebrar la Navidad, todos los suecos andan por ahí en un Volvo con neumáticos con clavos.

—Entonces nos enfrentamos a un asesino sueco —aventuró Sleizner—. Esto cada vez se pone mejor.

—Yo me inclino por Aksel Neuman, pero tampoco quiero cerrar ninguna puerta. Así pues, creo que deberíamos emitir una orden de búsqueda para localizarlo mientras seguimos investigando la pista sueca —sugirió Hesk.

Dunja asintió, aliviada por el hecho de que Hesk comenzara a recuperar su color normal.

—Podemos preguntar a Scandlines si anoche tuvieron a bordo algún deportivo de matrícula sueca. Si se trata de un asesino sueco, es factible que tomase el ferri hasta Helsingborg.

—Bien pensado, Dunja. —Sleizner se puso de pie—. A partir de este momento, todos debéis informar a Dunja, que pasa a ser la responsable de la investigación y me informará directamente a mí. ¿Alguna pregunta al respecto?

Nadie dijo nada, y Sleizner abandonó la sala de inmediato.

La angustia descendió como una niebla espesa y pegajosa. Dunja sintió que se le formaba un nudo cada vez más grande en la garganta y que le costaba respirar. Además, sus náuseas estaban a punto de hacerle devolver lo poco que había comido en el almuerzo. No sabía adónde mirar ni qué decir. Deseaba que se la tragara la tierra.

Pero lo único que podía hacer era permanecer sentada mientras pensaba a toda velocidad. ¿Era culpa suya? ¿Se había extralimitado? ¿Había acaparado demasiado espacio, insistiendo en

sus propias opiniones? ¿O aquel era el plan de Sleizner desde el principio? ¿Por eso la había llamado a ella, y no a Hesk cuando estaban en la escena del crimen? Y en ese caso, ¿por qué? ¿Qué andaba buscando? Porque desde luego tenía que haber algo, de eso estaba segura.

—Bueno… —dijo Richter rompiendo el silencio—. ¿Alguien entiende a qué ha venido eso?

—No tengo ni idea; no entiendo nada —exclamó Dunja, y observó que Hesk temblaba de furia. Jan podía enfadarse de verdad, eso le constaba. En los peores años de crianza de sus hijos, según le había contado él mismo, había llegado a agujerear a patadas las paredes de su casa. Pero ella nunca lo había visto tan furioso.

—Jan, tienes que creerme. Yo lo entiendo tan poco como tú. Esta investigación es tuya y…

Él la cortó con un bufido. La miró fijamente y le espetó:

—No hace que falta que intentes…

—No intento nada. Te estoy diciendo…

—¡Cállate la boca, zorra de mierda! —Hesk se levantó con tal violencia que la silla volcó hacia atrás—. ¿Crees que no sé lo que pretendes? ¿Eh?

Ella quería levantarse y demostrar que no tenía nada de qué avergonzarse. Quería volcar la silla también, alzar un dedo amenazador y decirle que se fuera a la mierda si no quería escucharla. Pero sus piernas no la sostendrían. Por alguna razón, la fuerza de la gravedad parecía mucho más intensa en el sitio donde estaba sentada.

—Entiendo que estés enfadado. Pero ¿no podemos hablarlo como personas adultas? Si vamos a trabajar juntos, tendremos que dejar esto de lado…

—¿Dejarlo de lado? —Hesk soltó una seca risotada y rodeó la mesa—. ¿Cómo demonios vamos a hacer eso? —Se plantó frente a ella y la miró con desprecio—. Obviamente, no has entendido nada. Andas pavoneándote todo el rato con esos aires de puta despistada… Pero te digo una cosa: esto no es más que el principio de tu pequeño infierno. Adelante, disfruta el momento, porque nunca volverás a sentirte tan bien como ahora.

Giró sobre sus talones y abandonó la sala.

Dunja permaneció en la silla, todavía incapaz de levantarse.

17

Aunque el edificio de la esquina entre Östgötagatan y Blekingegatan se hallaba en el corazón de una de las zonas más populares de Estocolmo, las obras de reforma se habían dejado a medias. Los trozos desgarrados de la red de protección colgaban de los andamios de hierro, cuyos tubos crujían y chirriaban de un modo siniestro. A pesar de que se podía pasar por la acera, la mayoría de viandantes prefería dar un rodeo por la calzada. El conjunto constituía un elocuente recordatorio de las consecuencias de la crisis financiera.

Fabian y Malin registraron los alrededores, pero no encontraron el teléfono secreto del ministro. Se hallaban frente a la puerta del número 46 de Östgötagatan. Estaba cerrada, como era de esperar, pero con ayuda de una barra de hierro del andamio, Risk rompió una de las seis ventanitas de la puerta, introdujo el brazo y giró la manija desde dentro. La entrada estaba llena de polvo y de restos de material de construcción. En las paredes y el techo se veían grandes desconchones colgando. Una docena de inodoros viejos se alineaban junto a una de las paredes y varias bañeras y frigoríficos junto a la otra.

—Este es más o menos el aspecto que tiene en este momento nuestra casa —dijo Malin acercándose a la hilera de inodoros. Un bicho oscuro de cuatro patas se escabulló por la escalera —. Aunque bien mirado, esto está un poquito más limpio.

—Es un sitio perfecto si no quieres que te molesten —comentó Fabian, que siguió unas pisadas sobre el polvo que iban hacia el ascensor.

—Bueno, ¿cómo lo hacemos? Para registrarlo todo podríamos pasarnos días, incluso años. ¿Estás seguro de que has anotado bien las coordenadas? Bastaría con un dígito equivocado para que acabáramos en Haparanda o en Kuala Lumpur.

—Estoy seguro. De todas formas, que las coordenadas sean correctas no significa que el móvil siga aquí. Si acabas de secuestrar al ministro de Justicia, se supone que tendrás la precaución de deshacerte de su teléfono lo antes posible. —Abrió la puerta del ascensor y echó un vistazo.

—No pienso meterme ahí dentro.

—Pero las huellas van en esta dirección.

—Las mías, no. —Malin caminó hacia la escalera, donde una densa capa de polvo cubría como una alfombra el suelo de piedra. Ahí no había pisadas. En cambio, se veían rastros de ratas por todas partes.

«En cuanto los humanos dan media vuelta, la naturaleza se impone de nuevo», pensó Fabian, y fue tras Malin. Subieron piso tras piso. No hallaron huellas humanas hasta llegar a la quinta planta. Se veía claramente el rastro de unas botas contundentes entre el ascensor y la puerta del

apartamento situado al fondo a la derecha. El polvo frente a las demás puertas estaba intacto.

Malin sacó su móvil y tomó varios primeros planos de las pisadas. Fabian se dirigió a la puerta del apartamento, que no tenía número. Tapó con una mano la mirilla y con la otra abrió sigilosamente la ranura del buzón.

Estaba muy oscuro para ver el interior y no se oía ningún ruido. Le indicó a su colega que se acercara y mantuviera la mano sobre la mirilla mientras él iluminaba con la linterna del móvil la ranura del correo. Había un felpudo gastado frente a la puerta y un rollo de lámina de plástico apoyado contra la pared.

—¿No deberíamos avisar al equipo de intervención especial para que entren ellos primero?

—No es posible mientras la investigación la dirija oficialmente el Säpo. —Fabian cerró con sigilo la ranura del correo y probó el pomo de la puerta. Estaba cerrada. Fue a probar la del apartamento contiguo, que resultó estar abierta—. Tú espera ahí.

—¿Se supone que he de quedarme aquí plantada…? —Malin se interrumpió y suspiró.

Estaba tan sucio y cochambroso como cabía esperar en un apartamento clausurado. El suelo estaba levantado en algunas zonas y había cables eléctricos pelados colgando del techo. No había mobiliario, aparte de un colchón que parecía muy usado. Fabian se acercó a la única ventana de la habitación, la abrió y se encaramó en el andamio.

Sería exagerado decir que sufría vértigo, pero nunca le habían gustado las alturas, y todavía no había usado la tarjeta de regalo para dar una vuelta en globo que sus compañeros le habían regalado al cumplir los cuarenta. Durante los dos primeros años le habían preguntado si pensaba canjearla; él respondía siempre con vaguedades y, al final, comprendió que la única forma de que dejaran de preguntárselo era mentir y explicar que había sido una experiencia increíble. Les dijo que se había llevado la cámara, pero que estaba tan fascinado con las vistas que se le había olvidado por completo sacar fotos.

Ahora no tenía otro remedio que confiar en que los gélidos barrotes del andamio aguantasen. No debía mirar hacia abajo; era mejor dirigir la vista hacia delante y concentrarse en sujetarse bien al menos con una mano para evitar un resbalón.

Tres ventanas más adelante, se encontró ante la que pertenecía al apartamento cerrado. La persiana estaba bajada; no era posible ver el interior. Miró en derredor, buscando algo que pudiera servirle para entrar. Como no encontró nada, decidió probar dando una patada en la ventana, que resultó más sólida de lo que esperaba. Pese a ello, persiana y ventana acabaron cediendo. «Si hay gente dentro, tendrán tiempo de sobra para prepararse», pensó, y se contoneó para colarse por el marco roto.

Una vez dentro, echó un vistazo alrededor y vio que la habitación medía unos veinte metros cuadrados. En contraste con el otro apartamento, ese el suelo estaba más o menos limpio. En un lado, había una despensa con un hornillo, un fregadero y una nevera. Una muñeca de porcelana de pelo largo y rizado, con vestido y sombrero a juego, lo miraba desde lo alto de la nevera.

Entró en la habitación contigua. Estaba muy oscura y sus ojos tardaron en adaptarse. Buscó a tientas por la pared y al final encontró el interruptor. La luz era tan cegadora que se vio obligado a girar la cabeza.

Al cabo de unos momentos, se dio la vuelta lentamente y vio una mesa forrada de plástico, con un agujero en medio y varias correas colgando a los lados.

18

Ya había pasado casi media hora desde que Kjeld Richter le había deseado suerte a Dunja y la había dejado sola en la sala de conferencias. Pero ella continuaba sentada, tratando de reunir la energía suficiente para salir de allí e ir a la oficina con la cabeza bien alta.

Las náuseas se le habían pasado por fin, aunque fueron reemplazadas por un penetrante dolor de cabeza. Si no tomaba algún líquido pronto, la cabeza le acabaría estallando. Y por si fuera poco, necesitaba ir al baño con urgencia.

Analizó la situación y se dio cuenta de que estaba sola, dejando aparte a Sleizner, con quien no quería tener el menor contacto. Hesk era demasiado buen policía para poner la investigación en manos del azar, pero ella estaba segura de que haría todo lo posible para crearle dificultades.

Richter era la única incógnita real. Ella no había sido capaz de interpretar si su escueto «Buena suerte» constituía un sarcasmo o una muestra de consideración. A lo mejor, ni siquiera él sabía cuál era su posición, pero si Dunja no se equivocaba sobre el carácter de su colega, suponía que él escogería el camino que le creara los menos problemas posibles durante la pausa del café.

Iba a ser una dura batalla; eso era evidente. Nadie esperaba que ella fuese capaz de manejar por sí sola una situación semejante, probablemente, ni siquiera el propio Sleizner. Pero no podía echarlo a rodar sin más. No había ninguna salida fácil. Su única alternativa era asumir la responsabilidad, terminar la investigación, detener al culpable y demostrarle a todo el mundo que era una agente a la que se había de tener en cuenta. Aunque, por desgracia, ni siquiera ella misma se lo creía.

Cogió el paño rojo del fondo del cuenco de fruta y se enjugó la frente. Cerró los ojos e inspiró hondo antes de apoyar las manos sobre la mesa y levantarse con cuidado.

Tanto las piernas como las manos le temblaban, y el corazón le palpitaba desbocado. Necesitaba acostumbrarse. Hesk tenía razón casi con toda seguridad: eso era el principio de su pequeño infierno.

19

Después de abrirle a Malin la puerta del apartamento clausurado, Fabian volvió a la mesa rectangular, situada en medio de la más grande de las dos habitaciones. Estaba atornillada al suelo con un hierro angular y forrada con un plástico transparente, fijado con grapas por la cara inferior de la mesa. Debajo del agujero había un embudo unido a un grueso tubo que descendía hasta un bidón. Pero este estaba vacío y el embudo parecía limpio, igual que el plástico y las correas. Risk no vio restos de sangre ni de excrementos.

En contraste con el resto de la habitación, la mesa tenía aspecto de nueva e inmaculada. Los tornillos que sujetaban las correas en su sitio estaban relucientes, y no había ni una mota de polvo en la lámpara colgada del techo. O lo habían limpiado todo con sumo cuidado, o no habían utilizado esa mesa.

Se acercó a las ventanas, que estaban cubiertas con placas de yeso, lo que impedía la entrada de la luz exterior y que se viera nada desde fuera. En un rincón había otro rollo de plástico y, amontonados en el suelo, un destornillador eléctrico y una sierra circular con un largo cable de conexión.

Estaba bien claro que el apartamento había sido preparado con un fin concreto. La cuestión era cuál. ¿Tortura? ¿Cirugía? ¿Descuartizamiento?

¿Podría ser sencillamente un macabro montaje para mantener confinado a alguien? ¿Quién podía estar detrás de aquello? ¿A quien iban a amarrar a la mesa? Si estaba todo pensado para el ministro de Justicia, ¿por qué no se encontraba allí? Era indudable que su teléfono secreto había estado en el edificio. Pero ¿dónde se hallaba ahora? Las preguntas se amontonaban una sobre otra hasta desmoronarse en una pila informe.

Soltó un suspiro.

—Malin, ¿qué me dices de un almuerzo temprano? Invito yo. —Necesitaba un descanso para aclarar sus pensamientos antes de proseguir.

—¿Ya? —gritó Malin desde el pasillo—. ¿No podemos terminar aquí primero?

—Está bien. —Fabian entró en la habitación contigua a la despensa, lo único que le quedaba para concluir el registro.

Igual que el resto del apartamento, se veía relativamente limpia. Sobre la encimera había un calentador de agua eléctrico desenchufado, un vaso del revés y una taza de café. Alguien había pasado allí algunas horas, como máximo un día entero.

Abrió el grifo, que estornudó un poco de aire antes de soltar un chorro de agua limpia. No salieron motas marrones. Había aire, pero no óxido. Alguien había estado allí hacía una semana o dos, seguramente para prepararlo todo. Y si había habido alguien durante las últimas veinticuatro

horas, no había usado el grifo. Volvió a cerrarlo y abrió la nevera. Comprobó con sorpresa que estaba enchufada y contenía unas rebanadas de pan de centeno, un paquete de salchicha de hígado y un tarro de cebollas en vinagre Haywards casi vacío.

En el congelador había dos bolsas de cierre hermético cubiertas de escarcha. Cogió una y sacudió la escarcha para mirar su contenido. De entrada, creyó que era una lombriz solitaria hecha un ovillo blanco. Nunca había visto ninguna, pero sabía que podían llegar a medir hasta veinte metros. Entonces vio que la etiqueta decía «Envoltura para salchichas» y comprendió que era tripa de cerdo para preparar tus propias salchichas. La otra bolsa parecía contener los órganos de un cerdo, o quizá de unos pollos.

Nunca le había entusiasmado la casquería, aunque tenía un libro de cocina de los años treinta que contenía varias recetas a base de vísceras, incluidos sesos de vaca asados, una exquisitez de Sudamérica. Pero ¿quién comía este tipo de cosas hoy en día? Y sobre todo, ¿qué tenía eso que ver con la desaparición del ministro de Justicia?

—¡Fabian! ¡Ven a ver esto! —gritó Malin.

Él cruzó de nuevo la habitación grande y ya se iba hacia el pasillo cuando reparó en una cosa. Si no la había visto antes era porque al concentrarse en la mesa rectangular, le había dado la espalda todo el rato. Le llamó la atención, además, porque había visto otra parecida encima de la nevera. Se trataba de una muñeca de porcelana de rizos rubios y ojos azules la que lo miraba desde lo alto de la caja de fusibles.

La cogió y la examinó. Nunca le habían gustado los muñecos y menos los de porcelana. Aunque solían ser bastante pequeños, sus caras resultaban inquietantes de tan realistas que eran. De niño, su abuela le había regalado uno de esos por Navidad. Aún se estremecía al pensar en aquel muñeco sentado sobre el estante, entre los demás juguetes, que se pasaba toda la noche mirándolo. Pronto empezó a tener pesadillas y a dormir agitado. Al final lo escondió en un cajón, cubierto con una manta. Incluso intentó tirarlo una vez. Pero su madre lo puso otra vez en el estante, subrayando lo bonito y lo caro que era.

Una tarde, cuando estaba solo en casa, se armó de valor, lo metió en su mochila y se lo llevó a la fábrica de cemento que estaba detrás de la colina Kojak, en Dalhem, al norte de Helsingborg. Como había hecho muchas otras veces, trepó por la valla cubierta de rótulos que decían «Prohibido el paso a personas no autorizadas», y arrojó el muñeco a una de las enormes hormigoneras. Se quedó un rato mirando cómo el muñeco se hundía lentamente en la viscosa mezcla de cemento hasta desaparecer…, al menos de su vida. Quizá se habría quedado incrustado en una pared y miraría todavía fijamente a alguien.

—¡Fabian! ¿Qué estás haciendo?

Él se apresuró a entrar en el baño. Malin, metida en la bañera, estaba iluminando con la linterna un agujero de la pared.

—Echa un vistazo. —Se hizo a un lado y le pasó la linterna—. ¿Ves lo que yo veo?

Risk asintió. En el conducto de ventilación, un metro más abajo aproximadamente, habían quedado atascados un sombrero de ala ancha y un abrigo negro con cuello de piel.

—¿No son las ropas de Grimås? —preguntó Malin.

—Sin duda, pero…

—Pero ¿qué?

—No me acaba de cuadrar todo esto. A decir verdad, no entiendo nada.

—¿Qué es lo que no entiendes? Grimås estuvo aquí…

—Pero ¿por qué? ¿Vino por su propia voluntad o lo trajeron?

—Si no hubiera una mesa de tortura ahí dentro, habría imaginado que vino por propia voluntad. Quizá conocía al dueño del edificio y sabía que aquí podría cambiarse tranquilamente antes de dirigirse a otro lugar.

—Pero…

—Ahora me inclino más hacia la idea de que lo trajeron.

—Entonces, ¿por qué no hay nadie ahora?

—Yo creo que lo trajeron y lo desnudaron, aunque no me preguntes por qué. ¿Quizá necesitaban cambiarle la ropa? Y luego, en pleno jaleo, descubrieron su móvil secreto y dedujeron que era cuestión de tiempo que nosotros apareciéramos. Entonces se largaron a toda prisa y… *voilà*.

—¿O sea que tú crees que salió solo del edifico del Parlamento y que lo secuestraron en el muelle?

—Quizá recibió un ultimátum antes de salir. Al fin y al cabo, salió con veinte minutos de retraso. No lo sé… —Malin suspiró mientras le pasaba una fregona a Fabian—. Estoy tratando de encajar todas las piezas.

Fabian cogió el palo de la fregona, lo introdujo por el conducto de ventilación y consiguió sacar la ropa del ministro y también su maletín, que había quedado atravesado de lado.

Ambos salieron de la bañera. Él se ocupó del maletín y Malin registró la ropa. El maletín contenía una lata mediada de pastillas de goma Läkerol, tres bolígrafos, una agenda Filofax y una carpeta con un documento, que, tras un rápido vistazo, parecía relacionado con una serie de informes y estudios sobre los resultados de los cambios legislativos introducidos el año anterior. La agenda resultó incluso más interesante. La mayoría de la gente había pasado a usar calendarios electrónicos, pero Grimås, no. Él era de la vieja escuela, y todas las direcciones y números de teléfono estaban anotados a mano y podían leerse sin contraseñas. Las páginas, además, estaban repletas de horarios de reuniones y anotaciones garabateadas, como, por ejemplo: «¿Cuándo aprenderán los miembros del partido Verde que hay motivos para llevar desodorante? … Esa zorra socialista todavía no sabe de qué está hablando. ¿Quizá sea buena en la cama? … No olvides programar una cita en la IA, etcétera, etcétera».

Pero no fue el contenido de la agenda lo que le aceleró el pulso a Fabian, sino la letra en sí. Era extremadamente insólito encontrar ese tipo de pruebas; pasaba muy pocas veces. Pero la recompensa solía ser lo bastante importante como para que valiera la pena esforzarse en conseguirla, igual que un buen gol tras una prolongada serie de empates en cada partido de fútbol. Una pieza del rompecabezas estaba a punto de encajar.

—Aquí está. Tal como yo decía. —Malin le enseñó el teléfono móvil—. ¿Hola? Fabian… ¿me recibes?

Él alzó la mirada.

—¿Qué pasa? ¿Has encontrado algo? —preguntó ella.

—No creo que haya estado aquí.

—¿Quién? ¿Grimås? Claro que ha estado aquí. Mira, hombre. —Agitó el teléfono móvil ante sus narices.

—Tengo que volver a mirar el vídeo de vigilancia de ayer para asegurarme del todo.

—Espera. No lo entiendo. ¿Cómo puedes…? —Malin se interrumpió, dándose cuenta de que era inútil.

Fabian ya había salido del baño y se dirigía hacia la puerta del apartamento.

20

Sofie Leander se dio cuenta de que debía de haber dormido profundamente por una vez. Lo normal era que se despertara en cuanto oía pasos o voces que se acercaban. Todos los músculos del cuerpo se le tensaban entonces al máximo mientras visualizaba una y otra vez con espantoso detalle lo que le iba a suceder, igual que en una película de terror.

Pero cada vez que las pisadas pasaban de largo, constataba que disponía de un poco más de tiempo… Al menos, hasta ese momento.

Esta vez era muy diferente. No la habían despertado unos pasos ni una voz, sino el ruido de un motor eléctrico y el chirrido de la puerta. Su cuerpo ahora se mantenía tranquilo y relajado, como si hubiera permanecido tanto tiempo en vilo que ya no pudiera experimentar el temor.

Pero ella sí, ella estaba muerta de miedo.

Oyó que la puerta de lamas metálicas volvía a descender. Luego percibió el chasquido de los cierres de un estuche y un tintineo en la mesita metálica que había detrás de ella. «Deben de ser los bisturís y las pinzas», pensó, aunque estaba haciendo un esfuerzo para dejar de imaginar que la rajaban con aquellos instrumentos.

Intentó girar la cabeza para ver si era el médico que la había llevado allí, pero tuvo que detenerse porque la correa del cuello se le clavaba demasiado en la piel desollada. Tampoco importaba. La espera había concluido. Era hora de acabar.

Oyó que se ponían en marcha los aparatos que la rodeaban, emitiendo distintos sonidos. Notó que le soltaban la correa de la muñeca izquierda; a continuación, el tacto frío de unas tijeras en el antebrazo con las que estaban cortándole la manga de la blusa. Sintió un pinchazo intravenoso y empezó a perder el conocimiento.

La espera le pareció eterna. Había albergado la esperanza de que le quitaran la cinta adhesiva de la boca. Así al menos habría podido expresar lo mucho que lo sentía y habría intentado explicar que siempre había sido consciente de que aquello estaba mal, pero que no creía tener elección. Quería que le dieran la oportunidad de decir que, aunque estaba asustada, aceptaba su castigo y lo consideraba en cierto modo apropiado. Pero no tuvo esa oportunidad.

21

—Cinco minutos y se van —dijo el guardia de seguridad, haciendo un doble clic en el archivo del vídeo—. ¿De acuerdo?

Fabian y Malin asintieron. Mientras aguardaban a que el tipo uniformado los dejara solos, echaron un vistazo afuera. Un equipo del Säpo estaba dragando las aguas de la bahía, justo frente al muelle Kanslikajen, para buscar el cuerpo de Grimås.

Se hallaban en el edificio del Parlamento, en un pequeño cuarto del personal situado detrás de la garita de control. Había resultado bastante complicado tener acceso al vídeo de las cámaras de vigilancia, en el que aparecía el ministro de Justicia abandonando el edificio. El Säpo lo había clasificado como alto secreto y había alertado al supervisor de seguridad de que tal vez se presentara allí algún miembro de la Agencia Nacional de Investigación para hacer preguntas.

Pero no habían contado con Malin y con sus arranques de mal genio que, cuando no se salía con la suya, bastaban para hacer ceder a cualquiera. Fabian puso en marcha el vídeo, que mostraba la entrada, al principio vacía, y las acristaladas puertas —de dos hojas— de seguridad del Parlamento. Esa misma secuencia de Carl-Eric Grimås entrando en el encuadre ya la había visto proyectada en la reunión de la noche anterior. El ministro aparecía solo, sosteniendo el maletín con la mano izquierda, pasaba su tarjeta por el lector con la derecha, empujaba una hoja de la puerta, luego la otra, y desaparecía en medio de la ventisca.

Como Fabian barruntaba, la solución la habían tenido ante los ojos todo el tiempo. Pero no habían sabido lo que debían buscar. Solo una persona diestra llevaría el maletín en la mano izquierda y pasaría la tarjeta por el lector con la derecha.

Sin embargo, la inclinación de la letra de la agenda Filofax revelaba que, al igual que su esposa, Sonja, Carl-Eric Grimås era zurdo.

Risk le preguntó a Malin:

—¿No notas nada? Ese tipo es diestro.

—Entonces… ¿no es el ministro de Justicia, sino alguien vestido como él?

—Exacto. Podría ser el criminal. —Volvió a poner el vídeo desde el principio y lo estudió fotograma a fotograma—. Fíjate bien. El tipo sabe dónde está la cámara y cómo debe caminar para que no aparezca su cara.

—Pero suponiendo que sea el criminal, ¿dónde está el ministro?

—No lo sé. Pero si no salió por ninguna de las otras puertas, no podemos descartar que aún esté aquí.

22

Nanna Madsen, edad 21 años, 5 de diciembre de 2005, vertedero de Herlev

Graves hemorragias por mordeduras en gran parte de la espalda y el pecho, así como en los genitales. Análisis de las marcas de dientes muestran mordiscos tanto del asesino como de un perro, probablemente un doberman pinscher. No se ha hallado ningún rastro del asesino.

Kimie Colding, edad 17 años, 23 de abril de 2007, lago Peblinge

Heridas alrededor de los genitales tras penetración brutal. Los dientes de ambas mandíbulas rotos y las abundantes fracturas abiertas en el cráneo indican una fuerte paliza en la cabeza, seguramente causada con un martillo. El agua en los pulmones indica que estaba viva cuando fue arrojada al lago. No se ha hallado ningún rastro del asesino.

Mette Bruun, edad 37 años, 7 de septiembre de 2008, parque Amager Fælled.

Mutilación del ano y el intestino grueso. Numerosas heridas internas, desde los genitales hasta el estómago, muy posiblemente producidas tras la penetración con una rama gruesa o un palo con clavos. No se ha hallado ningún rastro del asesino.

Dunja Hougaard dejó la carpeta sobre la mesa, se arrellanó en el diván y cerró los ojos. Necesitaba descansar de todas esas imágenes de cuerpos femeninos penetrados, que reclamaban a gritos una reparación pero que nunca la obtendrían.

En vez de tales imágenes, apareció en sus pensamientos Kim Sleizner. Cuando apenas se había instalado ante su mesa, él se había acercado para saludarla y decirle que pasara por su despacho después del trabajo. Entonces había caído en la cuenta. Sintiendo un escalofrío, había comprendido por fin qué era lo que él andada buscando. En lo último que pensaba el muy cerdo era en la competencia profesional de Dunja.

De modo retrospectivo, no entendía cómo se le podía haber escapado, puesto que era algo evidente para todos los demás. Parecía un mal chiste y, por su parte, lo único que podía hacer era demostrar a todos que se equivocaban sobre ella.

Aunque la jornada había concluido, estaba trabajando en el diván de su casa. Se había llevado los expedientes de los casos más brutales de violación de los últimos años que habían quedado sin resolver. Mikael Rønning, del Departamento de Informática, la había ayudado a filtrar los casos. Él carecía de autorización policial, pero Dunja necesitaba un aliado, alguien sin la menor conexión con su departamento.

Mikael había emprendido la búsqueda lleno de energía. Pero su ánimo había ido decayendo a medida que la impresora se puso a escupir expedientes, cada uno peor que el anterior. Al final, confesó que había perdido su fe en la humanidad.

A Dunja no le había sorprendido en absoluto aquella violencia brutal, ni tampoco el hecho de que el asesino en casi todos los casos fuera un hombre y la víctima una mujer. Lo único que le sorprendía era que hubiera en Copenhague tantas investigaciones sin resolver y que resultara tan fácil recortar recursos y permitir que los casos languidecieran y se quedaran en nada.

La lista de investigaciones por violación atascadas parecía extenderse indefinidamente. Aunque Dunja le había pedido a Rønning que no incluyera más que las que habían desembocado en un desenlace fatal, también se había llevado una docena de casos de los pasados cuatro años, que solo correspondían a la franja costera que iba de Køge a Helsingør.

Había tres casos al año en cada uno de los cuales una mujer inocente había sido sometida a un dolor tan atroz que la muerte debía de haber resultado un alivio; tres investigaciones por año que se habían cerrado de forma rutinaria, a pesar de que el culpable seguía suelto.

Dunja miró por la ventana los nubarrones que se deslizaban por el cielo. Daba la impresión de que iban a desatar otra tormenta que se llevaría por delante la escasa luz que quedaba. Las imágenes del cuerpo despedazado de Karen Neuman no la dejaban en paz. En muchos sentidos, se trataba de la misma violencia demencial pero calculada de los casos antiguos, y tal como ella había dicho en la reunión, aquello no era obra de un aficionado, sino de alguien que ya había hecho lo mismo otras veces. Karen Neuman no era una víctima aislada.

Al repasar los expedientes, sin embargo, no logró encontrar una conexión con esas investigaciones antiguas. Lo intentó todo. Los clasificó según varios criterios, leyó con detalle la descripción de las heridas infligidas a las víctimas y estudió con una lupa cada una de las imágenes de los cuerpos torturados. Pero no surgió nada que pudiera constituir un posible vínculo.

Había conseguido descartar de inmediato siete casos. Cuatro de ellos presentaban tantos parecidos que formaban por sí mismos un grupo aparte. De hecho, había habido un claro sospechoso de esos crímenes, pero por desgracia el tipo había conseguido quitarse la vida antes de ser condenado.

Los otros tres casos formaban sin duda un grupo específico: el asesino se había llevado como trofeo una parte del cuero cabelludo de cada víctima. Según el informe de Oscar Pedersen, la profusión de sangre en esas zonas arrancadas indicaba que todas las víctimas estaban vivas en ese momento. Y el culpable de aquellos actos bestiales seguía libre.

Pero él no era la persona a la que ahora estaba buscando, aunque se prometió que en cuanto tuviera tiempo volvería a activar la investigación y atraparía a aquel hijo de puta.

Quedaban todavía cinco casos sobre la mesa; cinco investigaciones que oficialmente seguían abiertas, pero que se habían ido enfriando.

Todos presentaban la violencia estudiada y brutal que saltaba a la vista en el caso de Karen Neuman y que no podía corresponder a un simple aficionado. Al mismo tiempo, los cinco casos diferían considerablemente entre sí. No había nada que pareciera relacionarlos de entrada. No solo las víctimas eran de edad y apariencia distintas, sino que las escenas del crimen se hallaban muy distantes y los métodos para matar a cada una de aquellas mujeres variaban.

En cierto modo, cada caso parecía único. Pero todos apuntaban a un asesino que, en ocasiones aisladas, se saltaba las normas y violaba y torturaba a su víctima hasta matarla del modo más atroz, para volver después a su vida normal sin haber dejado el menor rastro o prueba concluyente. No era posible. Tenía que haber un común denominador, estaba segura.

El timbre del móvil interrumpió sus pensamientos. Era Kjeld Richter. Procuró adoptar un

tono lo más profesional posible, aunque le aliviaba que fuese él quien llamara, en lugar de Hesk. Richter había ido a investigar una información de Scandlines, propietaria del ferri entre Helsingør y Helsingborg, según la cual dos coches habían derribado la barrera al abandonar la terminal del puerto la noche anterior.

—Hola, Kjeld. ¿Todavía estás en Helsingør?

—Dunja, me caes bien. Pero quiero dejar una cosa muy clara: estás caminando sobre hielo quebradizo y corres el riesgo de hundirte hasta el fondo. Y en ese caso, no cuentes conmigo.

—Kjeld, escúchame. Esto ha sido idea de Sleizner. Yo lo entiendo tan poco…

—Yo no me pienso implicar. Voy hacer mi trabajo, pero quiero que sepas cuál es mi posición.

—Claro. Entendido —dijo Dunja, e inspiró hondo—. Supongo que no me has llamado para decirme que eres una gallina más del gallinero. Espero que tengas alguna información para mí, además.

—¿Cómo?

—Ya me has oído. —Dunja se sorprendió por su propia capacidad para reafirmarse—. ¿Y bien? ¿Has encontrado algo? Si no, quiero…

—Ya he informado a Jan. Quería decirte que me voy a casa.

—Pero se suponía que debías informarme a mí. Sleizner no ha podido ser más claro en este punto.

—Lo último que deseo es terminar en medio de una jodida lucha de poder entre…

—Kjeld, has dicho que ibas a hacer tu trabajo. Si es así, todo el mundo quedará satisfecho.

Richter guardó silencio y Dunja se dio cuenta de que estaba sopesando los pros y los contras.

—No recuerdo quién de vosotros sacó el asunto —dijo él al fin—, pero no hay duda de que el coche sueco con neumáticos claveteados y el BMW de Neuman estuvieron en la terminal del ferri y derribaron la barrera en el puerto de Helsingør.

Dunja se levantó del diván.

—¿Y después? ¿Hacia dónde se dirigen las huellas?

—Directamente hacia Færgevej, pero han circulado muchos coches desde entonces y la quitanieves ha pasado hace poco.

Ella se acercó a la ventana y vio que había empezado a nevar. Le encantaba la nieve, sobre todo la primera nevada de invierno, que lo cubría todo con un inmaculado manto blanco y obligaba a la gente a tomarse las cosas con más calma. Pero ese día la nieve no le gustaba, porque no implicaba otra cosa que una batalla contra reloj. Cada copo que cayera contribuiría a borrar las huellas y, con ello, la posibilidad de averiguar lo ocurrido en el puerto de Helsingør.

—Para que lo sepas: ya he sacado todo lo que he podido y ahora he de marcharme.

—Espera, Kjeld. ¿Ha comenzado a nevar donde tú estás?

—Sí, está cayendo una buena, o sea que si no me largo enseguida no podré recoger a los niños a tiempo.

—Pero yo quiero que te quedes ahí…

—¿Cómo que me quede? El jueves es el único día que me toca recoger a los niños. Si no lo hago, Susanne no me hablará durante todo el fin de semana.

—Mala suerte. Primero quiero que termines tu trabajo.

—Ya he terminado, maldita sea. ¿Eres dura de oído?

—Tú no has terminado hasta que yo lo diga.

Richter soltó un prolongado suspiro para serenarse.

—¿Crees que no veo qué demonios te…?

—¿Quién dirige la investigación? ¿Tú o yo? ¡Haz lo que te digo antes de que sea demasiado tarde!

Se hizo un gran silencio. Dunja se dio cuenta de que Richter estaba tan asombrado por su arrebato como ella misma. Nunca se había puesto tan dura con nadie, ni siquiera cuando se enfurecía con Carsten.

—Antes de irte a casa, quiero que te dirijas hacia el norte por Færgevej y mires a ver si encuentras unas huellas que sigan por el borde de la calzada o que tuerzan por alguna travesía.

—¿Para qué? Podrían haber seguido en cualquier dirección.

—Haz lo que te digo, en vez de…

—Ya me he puesto en marcha.

—Vale. ¿Hasta dónde has llegado? —Ella se aproximó corriendo a su escritorio, situado bajo la estantería del rincón, encendió el ordenador y abrió un mapa ampliado del puerto de Helsingør.

—Estoy en Stationspladsen, girando a la derecha en Havnegade. Después continuaré hacia el norte bordeando todo el puerto.

—Seguramente puedes ver todos los edificios que hay a la izquierda, ¿no?

—¿Qué demonios te crees? Es como buscar una aguja en un pajar. Hay bastantes huellas nuevas, porque está nevando como si… bueno, qué sé yo. Pero…

—¿Dónde estás ahora?

—Ya he pasado más o menos el puerto. La calle pronto doblará por Nordre Strandvej.

—Da media vuelta y regresa por donde has venido.

—¿Cómo? ¿Para qué? Lo único que hay ahí es el muelle.

—¡Hazlo antes de que la nieve lo cubra todo! Como sigas remoloneando, tus hijos acabarán pasando la noche en la guardería.

Dunja esperaba alguna reacción de protesta. Había dejado entrever que hablaba en broma, pero era bien sabido que Kjeld Richter no captaba los sarcasmos y carecía de sentido del humor. Los demás miembros del departamento lo llamaban «el Sueco», pero él ni siquiera había encontrado gracioso ese apodo. Todo lo contrario: había presentado al jefe de Recursos Humanos una denuncia por acoso y, por eso, los habían convocado a todos a una reunión de urgencia.

—Kjeld, era broma. Claro que no tendrán…

—Maldita sea, creo que lo he encontrado… Espera.

—¿Qué? ¿Qué has encontrado? Kjeld, contéstame. ¿Dónde estás exactamente?

—¿Ves las vías del tren que pasan junto a Havnegade?

Dunja amplió las vías que discurrían entre la calle y el muelle.

—Sí, ¿es ahí donde estás?

—Estoy justo en el punto donde puedes cruzar la vía hacia el muelle. Ahora voy a… —Se oyó la puerta del coche al abrirse y el aullido feroz de las ráfagas de viento—. Joder, vaya tiempo.

Pese a los elementos, ella habría deseado estar allí.

—¿Has encontrado las huellas?

—No puede ser otra cosa. Hay una huella con clavos y otra con… Parece como si hubieran derrapado hacia el muelle y…

—¿Qué? ¿Qué pasa, Kjeld? ¿Has encontrado algo?

—Sí. Hay trozos de plástico de un faro trasero. Pero qué demonios…

A Dunja le picaba el cuero cabelludo de pura exasperación. Quería gritar que le describiera lo que veía, pero logró dominarse. Ninguno de los dos dijo nada durante unos segundos.

—Bueno. Parece que Neuman siguió al coche de los neumáticos claveteados hasta el muelle y que este se fue directo… Espera… Sí, maldita sea. No puede haber sido de otro modo.

—Kjeld, ¿qué quieres decir?

—Se fue directo al agua.

—¿Crees que el coche sueco está en el fondo del puerto?

—Estoy prácticamente seguro.

—¿Eso significa que el asesino está ahí abajo también?

—Es posible, no lo sé. Se ven algunas pisadas por aquí, pero hay demasiada nieve para saber si son de una persona o de varias.

—De acuerdo, saca todas las imágenes que puedas. Hablamos mañana.

Cortó la llamada y volvió a tumbarse en el diván para ordenar sus pensamientos.

Si Richter había interpretado correctamente las huellas conservadas en la nieve, Aksel Neuman había salido tras el asesino al llegar a casa y encontrarse a su esposa asesinada en la cama. Según lo que sabían hasta ahora, Neuman había perseguido al coche sueco todo el trayecto hasta la terminal del ferri de Helsingør, donde el asesino debía de haberlo visto. Entonces se había producido una persecución en coche que había terminado bruscamente en el muelle.

Lo que continuaba siendo un interrogante era dónde estaba Aksel Neuman y su BMW.

Quizá se había escondido porque temía que lo acusaran de matar al asesino. También cabía la posibilidad de que este hubiera logrado salir a nado. O quizá ni siquiera estaba en el coche en el momento de caer al agua, sino escondido en alguna parte, y tal vez había atacado a Neuman y arrebatado la vida y el coche.

Era una hipótesis razonable. Que fuera probable ya era otra cuestión. Si Dunja hubiera tenido que responder a esa pregunta, habría dicho sin vacilar que no. Estaba muy lejos de resultar probable. Pero su instinto le decía que lo de menos en esta investigación iba a ser si algo era probable o no.

14 de junio de 1998

No sé dónde estás, ni si aún existes siquiera, pero esta carta es para ti y para nadie más.

Yo te veía casi cada día al otro lado del puesto de control y de la valla de alambre de espino. Pero de eso ya hace un año. Te sentabas allí durante horas. Quizá estabas de paso, o quizá solo venías a mirar. No lo sé. En el campo corrían rumores sobre mujeres palestinas que se reunían en secreto con soldados israelís; y tú tal vez venías por mí. Yo permanecía junto a la barrera, lleno de esperanza.

Sabía que las mujeres de las montañas de Nablus podían tener ojos azules, pero nunca lo había visto antes de conocerte a ti. Eras la persona más bella del mundo. Al principio no lo

entendía, pero mi corazón se aceleraba cada vez que te veía. Todavía se acelera cuando pienso en ti, como si se negara a aceptar que ya no queda tiempo y que muy pronto todo se habrá acabado.

No puedo dejar de pensar en nuestra última noche. ¿La recuerdas? Oscurecía ya y tú te quedaste más tiempo de lo normal. Mi turno había terminado y pensé que era entonces o nunca. Caminé junto a la barricada y vi que tú te desplazabas en mi dirección. Estuve a punto de gritar de alegría.

Habría dado media vuelta si hubiera sabido lo que ocurriría después; te habría advertido que no te acercases demasiado; incluso te habría amenazado y obligado a retroceder. No me habría detenido junto a la valla ni habría permitido que mis ojos se encontraran con los tuyos, y tú no habrías caminado hasta allí ni habrías puesto las palmas de las manos sobre la mías. Tus labios…

No puedo seguir mucho más. No me queda demasiada sangre.

¿Cuánto tiempo estuvimos allí en silencio? ¿Fueron unos minutos o una hora entera? Había tantas cosas que quería decir, que deseaba preguntar. Pero no me atreví. Me daba mucho miedo enturbiar aquel momento tratando de expresar mis pensamientos con palabras. Decir que eras la mujer más hermosa que había visto. Que tus ojos eran tan azules. Que yo ya te amaba, aunque solo nos hubiéramos visto con una valla interponiéndose entre nosotros. Ni siquiera llegué a saber tu nombre. Lo único que conseguí hacer fue encender mi radio portátil. ¿Te acuerdas? Sonaba una canción de Etta James. Nadie habría podido decirlo mejor que ella. Me pellizqué con fuerza en el brazo para comprobar que aquello no era un sueño. Lo hice con tanta fuerza que aún tengo una marca.

No sé quién te llevó lejos de allí, o si esa fue la razón de que no volvieras más. ¿Fue tu padre, o quizá alguien de tu aldea? ¿Todavía estás viva? Tal vez todo había sido un sueño, al fin y al cabo; y durante un tiempo pensé que bastaba con eso.

La marca, y tu imagen, mantuvieron vivo el recuerdo.

23

El Parlamento contaba con siete edificios distintos: el del ala Este y el del ala Oeste, situados en Helgeandsholmen, y otros cinco —Ledamotshuset, Brandkontoret, Neptunus, Cephalus y Mercurius— en la ciudad vieja. Todos estaban conectados por túneles subterráneos y vigilados por un centenar aproximado de cámaras, lo cual era muchísimo trabajo para los dos únicos guardias situados en el centro de seguridad. Teniendo en cuenta la cantidad de metros cuadrados de los edificios y el número de políticos de alto nivel que entraban y salían de allí diariamente, podía decirse que la zona estaba casi desprotegida. Si uno sabía dónde se hallaban las cámaras, no era difícil volverse invisible.

Tras casi dos horas seguidas mirando vídeos de vigilancia, Fabian, Malin y uno de los guardias consiguieron identificar al ministro de Justicia cuando salía del salón de plenos por la puerta número cuatro a las 14:42. Grimås se detenía para ponerse su abrigo con cuello de piel antes de seguir caminando hacia la escalera mecánica.

—¿Te has fijado? Sujeta el maletín con la mano derecha y el sombrero con la izquierda —dijo Fabian señalando el monitor justo cuando el ministro bajaba por la escalera mecánica y desaparecía. Malin asintió.

En la siguiente ocasión captada por una cámara, el ministro cruzaba con paso decidido el gran vestíbulo del Banco Central de Suecia, así llamado todavía pese a que su sede se había trasladado a Brunkebergstorg hacía muchos años. El maletín seguía en su mano derecha, mientras que con la izquierda se estaba poniendo el sombrero.

—¿Ese es el camino más directo para llegar al Ledamotshuset? —preguntó Malin. El guardia asintió.

—Parece que está a punto de salir, de todos modos —dijo Fabian, quien observó que el lenguaje corporal del ministro no parecía indicar que ese día no fuese como otro cualquiera.

También apreció esa misma actitud mientras examinaban las imágenes de Grimås atravesando la llamada «alcantarilla», la primera parte del túnel subterráneo que llevaba a los edificios gubernamentales de la ciudad vieja. No parecía nervioso ni vacilante cuando miraba por las ventanas la bahía Riddarfjärden, en cuyas aguas encontrarían más tarde su primer teléfono móvil, o cuando saludaba a otros parlamentarios con los que se iba cruzando. Daba toda la impresión de ignorar por completo lo que se avecinaba.

Cosa que sucedía unos segundos más tarde. El rótulo horario indicaba las 14:45. En el vestíbulo subterráneo situado justo después del túnel, el ministro se detenía bruscamente y se volvía como si alguien lo estuviera llamando.

—Vuelva a pasar esa parte y amplíe la imagen —pidió Fabian. La pantalla reprodujo la

secuencia, ahora centrada en la figura del ministro. A pesar de que la imagen era muy granulada, se evidenciaba la expresión de desconcierto de Grimås.

—¿No disponemos de otro ángulo para ver quién lo está llamando? —preguntó Malin.

—Solo tenemos cámaras en las puertas. A los políticos no les gusta demasiado estar bajo vigilancia. Pero déjeme ver qué puedo hacer. —El guardia fue pasando una serie de imágenes desde distintos ángulos—. Aquí. Creo que lo tengo —dijo, y pulsó el botón de «Play».

El vídeo mostraba a un guardia, con bigote y con una buena barriga, llamando y haciendo señas al ministro, que iba en la dirección opuesta. Él se volvía, se acercaba al guardia, que era al menos una cabeza más bajo, y se inclinaba para escucharlo.

—¿Hay algún micrófono ahí abajo? —preguntó Fabian.

—No, por desgracia. —El guardia amplió la imagen de Grimås escuchando atentamente.

—¿Reconoce a ese guardia del bigote? —inquirió Malin.

—No, pero todos tienen que llevar un número de identificación en el uniforme. Ahí queda tapado por el ministro.

Grimås asentía y luego seguía al guardia fuera del encuadre.

—¿Adónde han ido? —dijo Risk.

—No estoy seguro, pero da la impresión de que han seguido recto hacia Brandkontoret o Neptunus, en lugar de doblar a la derecha hacia Ledamotshuset. Sin embargo…

—Pase a otra cámara. No podemos perderlos.

—Que esto no es en directo, Fabian —objetó Malin—. Debe de estar todo grabado, ¿no? —añadió dirigiéndose al guardia, que asintió sonriendo ampliamente.

Pero Fabian no se calmó. Había ocurrido ahí mismo: el ministro había desaparecido ante sus propios ojos.

—No lo entiendo —dijo el guardia, pasando de un vídeo a otro, algunos de los cuales estaban completamente en negro—. Es como si hubieran rociado… con un espray o algo por el estilo algunas cámaras. Porque si alguien corta el cable, yo recibo una señal de alarma.

—Vuelva a la secuencia en la que aparecen por última vez y después avance hasta las tres y veinte.

El guardia avanzó el vídeo y, al cabo de un minuto y medio, el ministro volvió a aparecer en el encuadre.

—Ahí está —dijo—. Ya empezaba a preocuparme.

—Suponiendo que sea realmente él —observó Fabian.

24

Dunja trató de pensar en otra cosa, pero no podía librarse de las imágenes de aquellos cuerpos femeninos mutilados, con los genitales destruidos, las gargantas seccionadas y las miradas exánimes, como si fueran simples desperdicios que los hubieran arrojado al suelo en un matadero. Había analizado las fotografías hasta el menor detalle en un intento cada vez más desesperado de encontrar un vínculo con el caso de Karen Neuman. Pero después de tantas horas en el diván había acabado en un callejón sin salida y decidido meterse en la cama. Su cerebro, no obstante, se negaba a reposar y seguía revisando los hechos por su propia cuenta. Cuando oyó que Carsten regresaba de su cena de Navidad, permaneció completamente inmóvil con la esperanza de que, si se hacía la dormida, al final se dormiría de verdad.

Quizá debería haber sido sincera y haberle dicho de entrada que no intentara nada, porque tenía la mente saturada de imágenes de mujeres violadas y seccionadas con hachas o sierras. Pero prefirió fingir y dejarle el campo libre, cosa que Carsten no tardó en aprovechar.

Cuando él decidía lanzarse, los argumentos como la fatiga o el dolor de cabeza resultaban irrelevantes. Tampoco lo detenía el hecho de que ella no tuviera ganas. Al contrario, Carsten estaba convencido de que restregándole el clítoris un poquito más se remediaba todo. Dunja terminó cediendo, con la esperanza de que su cerebro alcanzara un momento de descanso. Aunque, por desgracia, esta vez no acababa de dar resultado.

En el fondo estaba deseando hacer el amor con su pareja. Por eso dejó que la bombeara con un ritmo tan regular como el de un metrónomo y soltó incluso un par de gemidos cuando él le preguntó al oído si le gustaba.

—Por cierto —añadió él—, se me olvidaba decirte una cosa.

—¿Ahora? ¿Es que no puede esperar? —dijo ella mientras intentaba apartar de su mente la imagen de lo que un palo con clavos podía hacerle a una mujer.

—No. Si no, quizá se me olvide. Tengo que irme a Estocolmo este fin de semana y no volveré hasta el martes. —Le metió la punta de la lengua hasta el fondo del oído y ella se preguntó si sería consciente del ruido que provocaba al hacerlo—. Es un seminario sobre un método nuevo para calcular la calificación de crédito de una compañía tras una fusión.

Dunja asintió y le permitió que siguiera embistiendo. ¿Podría ser que hubiera cinco asesinos distintos… o seis, incluyendo al de Karen Neuman? ¿Cómo era posible que hubiera seis hombres diferentes capaces de atacar a una víctima inocente con una maldad tan calculada, para volver después a su vida cotidiana?

—Perdona que ayer no estuviera de humor. Te prometo que ahora voy a resarcirte.

Dunja asintió de nuevo, procurando no pensar que estaba tan seca que incluso le escocía.

Intentó pensar en las fantásticas sesiones de sexo que habían disfrutado al conocerse. Entonces lo hacían varias veces al día, prácticamente en cualquier parte. Todo giraba en torno a sus relaciones sexuales. Ella andaba siempre cachonda, y habían ensayado todas las posturas posibles e incluso las imposibles.

Ahora no sabía cómo definir lo que estaban haciendo. Desde luego, no era sexo. Siempre había oído decir que cuanto más tiempo llevabas con una persona, más profundo e íntimo se volvía el sexo. En su caso, no había hecho más que empeorar y volverse monótono, hasta tal punto que cualquier cosa que no fuera la postura del misionero estaba descartada.

Le habría gustado que él la sorprendiera de vez en cuando con algo inesperado: cualquier cosa sería mejor que esa forma cansina de embestir y machacar. Si al menos se moviera con un poquito menos de regularidad; o incluso mejor, si la sacara del todo y le lamiera el cuerpo. O bien podría darle la vuelta, ponerla a cuatro patas y darle…

«Espera… Así es como encaja todo.» De repente lo veía tan claro que no entendía por qué no se le había ocurrido antes.

—¿Qué pasa? —Carsten se detuvo de golpe.

—Nada. Continúa.

Las diferencias mismas eran el común denominador. ¿Cómo se les podía haber escapado a todos, incluida a ella? Resultaba obvio que se trataba del mismo asesino. El tipo, sencillamente, no quería hacer dos veces lo mismo. Para conseguir un subidón, necesitaba emplear métodos cada vez más sádicos.

Fingió que se corría. Al cabo de dos minutos, Carsten se derrumbó junto a ella, satisfecho de su actuación. Y ella pudo levantarse por fin de la cama.

—Enseguida vuelvo, cariño. Tengo que hacer una cosa.

—Prometo no irme a ninguna parte. Ya empiezo otra vez —dijo Carsten sujetándose una cansada erección.

—Me daré prisa —dijo Dunja y, poniéndose el quimono, salió de la habitación, plenamente consciente de que él se habría quedado dormido mucho antes de que ella hubiera terminado.

25

—Brandkontoret y Neptunus son los dos edificios más pequeños —dijo el corpulento guardia de seguridad, casi sin aliento, apresurándose por el pasadizo subterráneo que atravesaba la muralla de la ciudad vieja, al mismo tiempo que daba instrucciones por radio a los restantes miembros del equipo de seguridad—. Si en efecto continuó por aquí, deberíamos encontrarlo enseguida.

Fabian y Malin siguieron al guardia hacia el último lugar donde las cámaras habían registrado la presencia del ministro y del misterioso guardia del bigote. Cruzaron a toda prisa el laberinto de pasadizos, viejos sótanos abovedados y angostas escaleras que llevaban a los edificios gubernamentales. Los espoleaba la sensación de que se estaban acercando a su objetivo. El guardia ordenó que los hombres se dividieran entre los dos edificios y que los registraran de arriba abajo.

Tras casi seis horas seguidas de búsqueda, no habían hecho el menor avance. Ni siquiera habían logrado encontrar alguna pista de lo que había ocurrido con el ministro de Justicia. Las energías se les estaban agotando y sus teorías sobre lo sucedido no cesaban de multiplicarse. ¿Sería posible que Grimås hubiera salido por una puerta diferente, vestido como si fuera otra persona? ¿O quizá era él, después de todo, el que aparecía en el vídeo de vigilancia?

A Risk le resultaba cada vez más difícil justificar la operación y, al cabo de otra hora, ya cerca de medianoche, suspendió la búsqueda. Según el guardia al mando, el ministro no se encontraba allí. Habían registrado ambos edificios y los sótanos abovedados exhaustivamente: dos e incluso tres veces, y nada indicaba que Grimås iba a aparecer a la cuarta vez. Además, ya se había hecho muy tarde.

Risk iba a preguntar si habían buscado realmente en todas partes, pero Malin lo detuvo y se lo llevó aparte.

—Escucha, aunque no sea tu estilo, ¿has considerado la posibilidad de que haya algo de cierto en lo que sugieren… e incluso de que tengan razón?

—Entonces, ¿tú tampoco crees que esté aquí?

—No tengo ni idea. Desde luego, seguro que algo pasó entre el ministro y ese guardia del bigote, pero eso no significa que aún esté aquí. Si el guardia salió con la ropa de Grimås, este podría haber salido con la ropa del guardia, ¿no crees? Y eso no lo vamos a descubrir ahora, por muchos vídeos de vigilancia que miremos.

—Bueno, para empezar el uniforme del tipo le habría quedado demasiado pequeño.

Ella suspiró y negó con la cabeza.

—Escucha, Malin, coincido contigo. Si Grimås estaba implicado, podríamos haber parado la búsqueda hace horas. Pero no lo estaba. Ya has visto con tus propios ojos que el guardia lo llamó

de repente cuando se dirigía hacia su coche. Hasta entonces, él no tenía ni idea de lo que le esperaba. Además, aquí no hay ninguna puerta sin vigilancia, o sea que la posibilidad de que saliera de uno de los edificios, voluntaria o involuntariamente, hay que confirmarla todavía.

—¿Cuál es tu explicación entonces?

—No lo sé. No deben de haberlo registrado todo.

—Sí, sí que lo han hecho. Tres veces.

Él no dijo nada. No tenía sentido. Si se negaba a dar por terminada la búsqueda, se le echarían encima el Säpo y el director de la policía. Pero no podía librarse de la sensación de estar muy cerca del objetivo. No tenía la menor duda de que el ministro era la víctima de una acción criminal. Y cuanto más lo pensaba, más significativo parecía volverse el lugar del delito. ¿No resultaba una tremenda ironía que Grimås estuviera menos protegido que nunca en los edificios del Parlamento? Durante las escasas horas transcurridas entre el turno de preguntas y el momento de salir del edificio, el Säpo había cometido el error fatídico de escatimar recursos en su protección personal.

Un guardia había llamado al ministro, lo había arrastrado a un punto ciego de la cámara y, al cabo de poco más de media hora, había reaparecido vestido con sus ropas. Eso era seguro; lo que no estaba claro era qué había ocurrido después.

O Grimås seguía en uno de los edificios del Parlamento, o el criminal había logrado sacarlo sin que lo captase ninguna cámara de vigilancia. Ahora bien, el riesgo que corría ese individuo de ser descubierto bastaba para deducir que el ministro podría seguir allí dentro… Pero ¿dónde?

Tenía que haber algún rincón que se les hubiera escapado, una zona que no se utilizara nunca.

—Bueno, entonces supongo que debemos darles las gracias y desearles suerte —dijo el guardia acompañándolos.

Se estrecharon las manos.

—Es muy posible que volvamos a contactar con ustedes —dijo Malin, y caminó hacia la puerta.

Risk pensó que si él tuviera que esconder a alguien en la central de la policía, sabía muy bien dónde lo haría: en la habitación que todos los grandes centros de trabajo estaban obligados a tener, pero que nadie utilizaba.

—¿Fabian? Venga, nos vamos —dijo Malin.

Él asintió y fue tras ella, pero se detuvo de nuevo y se volvió hacia el guardia.

—¿Han mirado en la habitación de descanso?

—¿La habitación de descanso? No tenemos ninguna habitación de esas —dijo el hombre, y soltó un bufido.

—¿Seguro?

—Conozco hasta el último rincón de estos edificios. A pesar de lo que cree la gente, los políticos no echan la siesta.

—Era una mera idea —dijo Fabian, y se dirigió a la puerta.

—Espere un momento. Detrás de los viejos proyectores almacenados… en el arco del sótano de Brandkontoret… —El guardia palideció—. ¿Por qué no se me habrá ocurrido antes?

—¿El qué? —preguntó Risk, pero no obtuvo respuesta.

El hombre ya había salido corriendo a tal velocidad que él y Malin tuvieron que hacer un

esfuerzo para darle alcance.

26

—¡Estás de broma! ¿Sabes lo tarde que es? —La voz de Mikael Rønning sonó con estridencia a través del teléfono.

—Sí, ya lo sé. Y no es broma —dijo Dunja acurrucándose en el diván sin soltar el móvil—. Tú eres el único que puede ayudarme. ¿Dónde estás? ¿Lejos de la oficina?

—No, Ben ha tenido un conflicto. Bueno, un conflicto entre comillas. Ya sé que tenemos una relación abierta y bla, bla, bla, pero coincidirás conmigo en que es de mal gusto por su parte.

—Indudablemente. Pero ¿dónde estás ahora?

—Todavía aquí, jugando a los Sims.

—¿En la oficina?

—Sí, pero estaba a punto de irme al Cosy Bar. ¿Sabes lo que voy a hacer allí?

—No, pero me lo imagino. ¿Me puedes echar una mano antes de ir a vengarte de Ben? Por cierto, ¿realmente se llama Ben?

—Sí, pero la mayoría de la gente lo llama Big Ben.

—Tú, no.

—Yo, si acaso, lo llamaría Big-Ben-pero-no-más-Big-que-yo. Pero olvidemos a ese marica de mierda. ¿En qué quieres que te eche una mano?

—Creo que algunos de los casos que me sacaste del sistema son del mismo asesino.

—¿Es posible? Aparte de la violencia extrema, no tienen nada en común.

—Ya. Y ese es el quid de la cuestión. El tipo se aburre. Y para obtener la misma excitación tiene que inventar algo nuevo cada vez. ¿Me sigues?

—¿Y qué quieres que haga?

—Una nueva búsqueda que se remonte mucho más.

—¿Hasta dónde?

—Diez o quince años atrás. Y no tiene por qué ser con un desenlace fatal. Basta con violación, o con intento de violación. Tiene que haber habido una primera vez en su historial.

—Saldrán montones de resultados.

—¿Quieres dejarte de excusas y hacerlo, por favor?

—Tus deseos son órdenes para mí.

—Perdona, tampoco pretendía…

—No importa. Pero si, Dios nos libre, acabáramos algún día en la cama, en una fiesta de Navidad o algo parecido, seré yo quien maneje el látigo, ¿de acuerdo?

—Claro, prometido —dijo Dunja con una carcajada—. Llámame cuando termines. No puedo dormir.

—No hará falta. Ya los he sacado.

—Vale. ¿Cuántos hay?

—Un montón, ya te lo he dicho.

—¿Un cifra de tres dígitos?

—¡Uy, sí!

Dunja apartó el teléfono para que Rønning no oyera su suspiro. Él había acertado. Era repulsivo lo frecuente que se había vuelto la violación o el intento de violación en Dinamarca. Necesitaban alguna pista que distinguiera al asesino de todos los demás, un pequeño detalle que fuera posible buscar en el sistema y que conectara con los casos posteriores.

Se incorporó en el diván y miró de nuevo los cinco expedientes esparcidos sobre la mesita de café. Ya había perdido la cuenta de las veces que lo había hecho.

—¿Hola? ¿Sigues ahí?

—Mmm… —dijo Dunja, dándose cuenta al fin de lo agotada que estaba. Debía dejar que Rønning se largase al Cosy Bar y ella irse a la cama, pensó. Seguro que Carsten ya se había quedado dormido a estas alturas.

Pero ahora que había encontrado un hilo del que tirar, se negaba a soltarlo. No podría pegar ojo hasta que hiciera algún progreso. Su mirada se detuvo en el expediente de Nanna Madsen, que había sido encontrada en el vertedero de Herlev con marcas de profundos mordiscos y una tremenda hemorragia.

—Oye, ¿y si incluyes un perro en la búsqueda?

—¿Un perro? ¿De qué tipo?

—Prueba «doberman pinscher», «perro de pelea» o «perro» a secas. —Lo oyó teclear la nueva búsqueda.

—Bingo. El catorce de junio de 2004, una tal Maiken Brandt denunció un intento de violación en el cual el agresor, entre otros actos atroces, le echó encima un perro agresivo. Según su testimonio, era un doberman pinscher.

—¿Ella identificó al tipo?

—Sí, lo había visto muchas veces en la zona. Lo identificó y testificó contra él en el juicio.

—¿Y?

—Su nombre es Benny Willumsen, de treinta y seis años. Fue condenado a dos años, pero lo soltaron al cumplir uno.

—¿Sabes cuándo lo soltaron exactamente? —Dunja cogió el expediente de Nanna Madsen. La habían asesinado el 5 de diciembre de 2005.

—Lo dejaron libre el diecisiete de julio de 2005.

—O sea que cinco meses después, volvió a la carga.

—¿Qué pasó a los cinco meses?

—Quiero que hagas la misma búsqueda, pero ciñéndote al período entre el diecisiete de julio y el cinco de diciembre de 2005.

—Vale. Hay tres casos distintos: el quince de agosto, el veintitrés de octubre y el cuatro de noviembre. Los dos últimos fueron violaciones completas, pero los tres se cerraron por falta de pruebas.

—Y el cinco de diciembre el tipo va todavía más lejos y asesina a la víctima. Es él. Tiene que ser él. Mira dónde vive.

—Ya lo he hecho, pero no aparece registrado en ninguna parte de Dinamarca.

—¿Has intentado buscar a otro Willumsen? Quizá aparezcan sus padres u otros parientes.

—No tenía hermanos y ambos padres fallecieron. Tal vez se haya ido al extranjero.

—No lo había pensado. ¿Puedes probar en Suecia?

Dunja oyó cómo los dedos de Mikael corrían otra vez por el teclado. Por algún motivo, ella ya se había calmado. Cuando Rønning le informó, no sintió la menor sorpresa.

—Vive en Malmö, en el número veintinueve de Konsultgatan, tercer piso.

27

—Un poco de calma; no olvides que estoy embarazada —advirtió Malin, que apenas podía mantenerse a la altura de Fabian, ni del guardia, quien, pese a su corpulencia, recorría los pasadizos como un sabueso ansioso. Dejaron atrás las puertas de varios baños, torcieron a la izquierda y siguieron un ramal del pasillo sin salida. El guardia se detuvo al fin y, mientras recobraba el aliento, señaló varias docenas de proyectores antiguos amontonados unos sobre otros, como en un monumento moderno a los avances de la tecnología.

—Ahí detrás tiene que haber una puerta.

Él y Fabian se dedicaron a apartar los proyectores, pero enseguida se dieron cuenta de que estaban colocados de tal modo que bastaba con hacerlos rodar hacia un lado para dejar a la vista un estrecho pasadizo que daba a una puerta cerrada. Tenía un rótulo con la imagen de una cama. Era la habitación de descanso obligatoria que nadie utilizaba. «Hasta ahora, por lo menos», pensó Risk mientras giraba el pomo.

Aparte del hedor metálico de la sangre, no había nada insólito en la habitación, que contenía únicamente un camastro, una mesita y una lámpara de pie. El ministro de Justicia estaba sobre el camastro, tapado con una manta, con los ojos cerrados. Pese al hedor, no había sangre por ningún lado, observó Fabian; entonces enfocó con la linterna de su móvil la moqueta de color neutro que cubría el suelo.

—¿Está vivo? —dijo Malin apretujándose a su lado.

Risk puso los dedos en la carótida del ministro y negó con la cabeza. El cuerpo estaba frío y el *rigor mortis* casi se había retirado por completo, lo que indicaba que llevaba muerto unas veinticuatro horas.

—¿Notas el mismo olor que yo? —preguntó Malin cerrando la puerta para que el guardia no entrase.

Él asintió. Sus sospechas se vieron confirmadas cuando apartó la manta y descubrió el cuerpo desnudo. Tenía un gran agujero que abarcaba todo el abdomen.

—¡Dios mío! Pero ¿qué ha ocurrido? —Malin se situó de nuevo al lado de Fabian. Él enfocaba con la linterna el boquete del cadáver, que medía más de quince centímetros y estaba vaciado.

—Le han quitado todos los órganos internos. Los intestinos, el hígado, los riñones. Por lo que veo, no han dejado nada.

—No lo entiendo. Esto tiene que haber requerido un plan increíblemente elaborado. ¿De qué crees que va todo esto?

Risk no respondió, aunque acababa de comprender cuál era el verdadero contenido de las bolsas que habían visto en el congelador del apartamento clausurado.

—Primero Palme, luego Lindh y ahora Grimås —continuó Malin—. Es repugnante. Si siguen matando a nuestros ministros así, pronto no nos quedarán políticos.

—¿Te encuentras bien? —dijo Fabian.

—¿Cómo demonios voy a encontrarme bien? Han asesinado al ministro de Justicia. ¿Te das cuenta de la que se nos viene encima? ¡Vamos a tener a todos los periodistas de Suecia detrás de nosotros! Edelman no podrá hacer otra cosa que convocar ruedas de prensa y limitarse a decir que estamos trabajando en varias líneas paralelas. En fin… —Dio un hondo suspiro, con las manos apoyadas en su prominente barriga—. Al menos podemos alegrarnos porque ya no queda duda de que se ha cometido un crimen y, a partir de ahora, la investigación es nuestra oficialmente.

Fabian asintió, aunque no había oído ni una sola palabra de lo que ella había dicho. Estaba absorto tratando de relacionar el cuerpo mutilado que tenía delante con las bolsas del congelador del apartamento clausurado. Ahora ya no creía que esas bolsas estuvieran llenas de envoltura para salchichas y despojos de cerdo.

—¿Tú qué crees?

Él alzó la mano para pedirle silencio y dirigió el haz de luz hacia la cara de ministro. Si su teoría era correcta, lo que flotaba en el tarro Haywards no eran cebollas en vinagre.

Al inclinarse, vio que los párpados de Grimås estaban hundidos.

—¿Qué pasa? ¿Has descubierto algo?

Fabian asintió, sacó unas pinzas, sujetó un párpado y lo levantó con cuidado.

Tal como el vientre, la órbita ocular estaba vacía.

28

Fabian:

No sé a qué hora vendrás a casa, ni si vendrás siquiera. No quiero entrometerme en tus asuntos, pero me gustaría que al menos telefonearas. Lo digo por los niños, especialmente por Matilda. No deja de pensar que vamos a separarnos. ¿Se puede saber qué le has dicho? Me ha preguntado si ya habíamos roto y no he sabido qué contestar. ¿Hemos roto?

Theodor también me preocupa. No tengo ni idea de lo que hace por las noches, pero estoy segura de que nada bueno. Dejando aparte nuestro futuro, es algo que debemos afrontar. Juntos.

Hay algunas sobras en la nevera, si tienes hambre.

SONJA

P. D.: Pasaré todo el fin de semana en el estudio.

«Ya se ha dado por vencida», pensó Fabian y, recogiendo la nota manuscrita de la mesa de la cocina, la escondió en el cajón entre las medicinas. Entendía el punto de vista de su esposa y estaba dispuesto a admitir que tal vez era la decisión más acertada. Pero aunque diera esa impresión de momento, no se animaba a dar un paso hacia la separación. Nunca se lo perdonaría a sí mismo si después resultaba ser un error. Tal vez no se trataba más que de una racha difícil y prolongada en exceso que acabarían dejando atrás.

Sacó de la nevera el recipiente de plástico y lo abrió. Era *risotto* de setas, uno de sus platos favoritos. Nadie preparaba el *risotto* como Sonja. Cogió un tenedor y se lo comió frío, directamente del recipiente, para evitar que el ruido del microondas despertara a nadie. Mientras comía, decidió que él no se daría por vencido hasta que ambos hubieran hecho un último intento para salvar su matrimonio.

Cuando terminó, dejó el recipiente en el lavaplatos, que estaba lleno hasta los topes, apagó la luz y entró en el baño. Se duchó, se cepilló los dientes y se pasó el hilo dental, como de costumbre. El dentista le había advertido con más beligerancia que nunca que perdería los dientes si no usaba el hilo dental de forma sistemática. Teniendo en cuenta cómo le sangraban las encías, no debían de ser amenazas vanas.

Sonja estaba dormida en la habitación. Realmente no había nada como aquel sonido suyo al dormir. Su respiración, potente e irregular, se intercalaba con unos leves ronquidos tan peculiares que ni ella misma era capaz de reproducirlos cuando quería hacerse la dormida.

Puso el despertador a las siete y se metió bajo las sábanas. Todo su cuerpo reclamaba con desesperación unas horas de reposo. Una técnica de la científica, Hillevi Stubbs, debía registrar la habitación de descanso del Parlamento y el apartamento clausurado para buscar pistas, mientras que el equipo forense estaba examinando el cuerpo de Grimås. Malin, tras recobrar fuerzas, había vuelto al edificio del Parlamento para revisar los vídeos de vigilancia con más detalle e intentar identificar al misterioso guardia del bigote.

Ella quería que la acompañase, pero Fabian se había negado, consciente de que esos momentos constituían la calma que precede a la tormenta, y tal vez su última oportunidad para dormir un poco. Dentro de media hora, la noticia de la muerte del ministro se haría pública y, aunque Edelman omitiera los peores detalles, al final los medios lo averiguarían todo, abriéndose paso a golpe de titular y cargando cada vez más las tintas.

Pero ahora eso no importaba. Pensaba todo el rato en la carta de Sonja y en la posibilidad de que ella hubiera tirado la toalla. Habían pasado juntos muchos años maravillosos. No podía aceptar que su relación estuviera a punto de extinguirse en silencio, tal como se vacía el recipiente de un reloj de arena.

Lo mínimo que podían hacer era hablar. Sonja le había propuesto más de una vez que fueran a terapia y exploraran todas las alternativas. Él se había opuesto en cada ocasión, pensando que ella exageraba; creía que tenían que ser capaces de hablar de sus problemas ellos solos, sin un extraño lucrándose a base de observarlos. Pero la verdad era que no se atrevía.

Se deslizó hacia el otro lado de la cama y se acurrucó junto a su esposa. Ella despedía calor y su cabello, a pesar de que se había duchado, olía un poco a pintura al óleo. Dormía demasiado profundamente para percibir su presencia y no reaccionó cuando él pronunció su nombre. «Quizá oiga en su subconsciente», pensó acercándose a su oído.

—Sonja, te quiero. Para que lo sepas. Te quiero más que a nada en el mundo —susurró—. Y te prometo que yo no he tirado la toalla, ni mucho menos. ¿Me oyes? Si quieres que vayamos a terapia, hagámoslo. ¿De acuerdo?

—Mmm.

No era posible descifrar si se trataba de una respuesta o de un murmullo entre sueños.

—Te quiero, Sonja —susurró una vez más—. Fabian te quiere.

—Yo también te quiero —musitó ella de forma casi inaudible. Pero para él fue más que suficiente.

29

Faltaban diez minutos para las seis de la mañana cuando Fabian y Malin se plantaron en la entrada apenas iluminada del número 107 de Hornsgatan. En muchos sentidos era una ubicación ideal en Södermalm, a un tiro de piedra de la zona verde de Årstaviken. Pero a juzgar por su aspecto, pensó Risk, el edificio podría haber pertenecido a cualquier suburbio deteriorado.

Malin lo había llamado veinte minutos antes para explicarle que había descifrado el nombre de la placa del guardia en uno de los vídeos de vigilancia de los edificios del Parlamento. Ese guardia que se había llevado aparte al ministro se llamaba Joakim Holmberg; tenía treinta y siete años, vivía solo y llevaba cinco años en el cuerpo de vigilancia.

—Sexto piso —dijo Malin, y abrió la puerta del ascensor.

—Vamos por la escalera —indicó Fabian poniéndose en marcha.

—Para ti es muy fácil porque no tienes que arrastrar a toda una familia —objetó Malin, aunque se apresuró tras él—. Le he pedido a Wojtan que mirase el historial de ese tipo. ¿Quieres saber lo que ha encontrado?

Wojtek Novak había sustituido a Niva Ekenhielm cuando esta se había ido hacía dos años. Él no quería que lo llamaran «poli de ciencia ficción»; se empeñaba en ser considerado «investigador criminal de tecnología de la información». La mayoría de la gente lo llamaba Wojtan o Ciber-Wojtan. Tras un primer año adaptándose al ritmo del departamento, no había quedado ninguna duda de que constituía un buen fichaje, aunque nunca estaría ni de lejos a la altura de Niva.

—Por supuesto. Cuéntame —dijo Fabian, que cedió a un bostezo irresistible.

—Como te digo, tiene treinta y siete años y vivió con su madre hasta hace dos años y medio, cuando ella murió de cáncer de pecho. Qué mono, ¿verdad? Y no me refiero al cáncer de pecho. Ahora él se ha hecho cargo del alquiler.

Un solitario que nunca se había ido de casa. «No podría ser peor», pensó Fabian. Se detuvo a esperar a Malin, a quien ya se le congestionaba la cara por el esfuerzo de subir escaleras. —¿Algo más?

—¡Uy, sí! No he hecho más que empezar. En Facebook muestra sus simpatías por Demócratas de Suecia y por el blog Políticamente Incorrecto. Y en Flashback, interviene todas las semanas en varios hilos de debate sobre armas.

—¿Algún otro tema de debate? —dijo Fabian sin detenerse.

—¿Por ejemplo?

—Caza, desmembración, anatomía humana, etcétera.

—Ni idea. Si lo ha hecho, habrá sido con un pseudónimo. Pero escucha esto: desde 1997 hasta el año 2000 presentó anualmente la solicitud para entrar en la academia de policía sin ser aceptado. El motivo… —Malin subió el último escalón, sacó el móvil y leyó en voz alta: «El solicitante sufre una fobia social tan intensa que consideramos que la profesión policial resulta del todo inadecuada».

—En cambio, trabajar de guardia de seguridad en los edificios del Parlamento no constituyó ningún problema.

—O quizá fue así como adquirió la fobia a la oscuridad. Pero espera, aquí es donde se pone interesante. ¿Sabes quién era el rector de la academia de policía durante ese período?

Fabian lo pensó, pero acabó negando con la cabeza.

—Carl-Eric Grimås.

—¿De veras?

Malin asintió.

—Y tú piensas que eso podría ser un motivo —dijo Fabian sujetando la puerta que daba al corredor descubierto del sexto piso.

—¿Por qué no? En 1995, Grimås abandonó la dirección de la Agencia Nacional y se convirtió en rector de la academia de policía durante varios años, antes de meterse en política.

—Pero ya han pasado casi diez años —puntualizó Fabian—. Parece mucho tiempo para mantener un agravio.

—Tal vez no pudo ejecutar su plan hasta que murió su madre.

Caminaron a lo largo del corredor al descubierto, desde el cual se veían las cocinas de los apartamentos. Los dos primeros pisos estaban desocupados. En el tercero había cinco personas jugando a las cartas. El cuarto era el de Joakim Holmberg. Las luces estaban apagadas.

Fabian ahuecó las manos sobre el cristal y atisbó el interior de la cocina; no parecía que la hubiera limpiado nadie desde la muerte de la madre. La encimera estaba llena de platos con costras de roña y el suelo, cubierto de cajas de *pizza* y bolsas de McDonald’s. Pero lo más llamativo de todo eran las latas de Coca-Cola. Estaban apiladas a centenares, formando unas torres altísimas.

—Joder, la puerta está abierta —dijo Malin—. ¿Tú qué dices? ¿Debemos entrar o esperar al equipo de intervención?

Risk asintió y entró con sigilo en el vestíbulo. Ella sacó su pistola, metió una bala en la recámara, volvió a cerrar la puerta y lo siguió. El ambiente era denso y viciado; solo se oía el ruido del tráfico en Hornsgatan.

—¿No es un poco raro dejar la puerta abierta? —susurró ella—. Aunque estés en casa, cierras con llave, sobre todo cuando hay un pasadizo descubierto de acceso.

Risk le indicó con una seña que se callara y abrió una de las puertas del pasillo con el pie.

—No crees que esté en casa, ¿verdad?

Él se encogió de hombros y se asomó al dormitorio, que parecía tan necesitado de una desinfección como la cocina. Había una cama desecha y montones de ropa por el suelo. Las pilas de latas de Coca-Cola cubrían buena parte de una pared.

—Para que hablen de dependencia —dijo Malin al entrar en el cuarto.

Fabian continuó por el pasillo, que daba acceso a una habitación más espaciosa. En contraste con la cocina y el dormitorio, estaba a oscuras. Cuando por fin encontró el interruptor de la luz,

comprendió que aquella habitación era clave para entender a Joakim Holmberg. Ahí había puesto toda su alma y se había construido un mundo donde evitaba confrontarse con los demás; un mundo cuyo único centro era él.

Igual que en el piso clausurado de Östgötagatan, las ventanas estaban tapadas y no dejaban pasar la luz ni siquiera durante un día soleado. Toda la luz procedía de los focos del techo, que enfocaban a una docena de maniquís, cada uno con un atuendo distinto, incluyendo un hábito de monje, un bikini, un uniforme de enfermera y unas correas de *bondage*.

Algunos maniquís estaban sentados en un diván de cuero, como si estuvieran charlando, y había unas copas de vino sobre la mesita de vidrio ahumado que tenían delante. Otros estaban de pie, o tumbados en el suelo en diversas poses obscenas.

Sobre un estrado en medio de la habitación, había un sillón giratorio con apoyavasos situado frente a una gran pantalla de televisión, una PlayStation, una Xbox, un ordenador y un sistema de sonido envolvente. Una mesita redonda junto al sillón contenía una caja de Kleenex y un tubo de crema suavizante.

Fabian subió al estrado y se sentó en el sillón, advirtiendo de inmediato que de un modo u otro los maniquís estaban vueltos hacia allí, como si él fuera el centro de la fiesta y todos estuvieran atentos a su presencia.

A Joakim Holmberg le gustaba estar solo para poder fingir que constituía el centro de atención. Era experto en armas, simpatizaba con la extrema derecha y, comprensiblemente, no había sido admitido en la academia de policía. Risk le dio vueltas a todos estos datos. Intuía que todavía faltaba una pieza clave que haría que todo encajara.

Se levantó del sillón, rodeó uno de los maniquís despatarrados en el suelo, entró en el baño y encendió la luz.

Los azulejos y la porcelana de la pila y el inodoro, que habían sido blancos, ahora tendían el amarillo. En un estante, había un tubo de polvos de talco y una pulcra hilera de pañales para adultos. Mientras recordaba haber leído un artículo sobre una residencia inglesa donde los ancianos usaban pañales y biberones, sonó el ruido lejano de una cisterna. Enseguida oyó cómo corría el agua por las tuberías.

Ya se disponía a abrir la puerta de espejo del botiquín para ver si había medicamentos cuando vio, reflejada en ella, una rodilla que asomaba por debajo de la cortina de la bañera. ¿Por qué tenía un maniquí ahí dentro? ¿O quizá…? Se giró en redondo y apartó la cortina.

El hombre iba en calzoncillos y camiseta. Tenía las manos atadas con una recia cinta de embalar. Sus ojos estaban cerrados y su boca, totalmente abierta. Alrededor del cuello llevaba un collar de perro con remaches cuya correa desaparecía a su espalda. Aunque Fabian lo había visto en un vídeo de vigilancia muy granulado, esa figura baja y corpulenta y ese bigote no podían corresponder sino a Joakim Holmberg.

¿Se había suicidado? Le buscó la carótida con los dedos bajo la oreja. Joakim tenía pulso y, bruscamente, dio una fuerte sacudida hacia delante, como tratando de incorporarse, pero el collar lo mantuvo sujeto en su sitio.

30

—No lo sé —dijo Joakim Holmberg, rascándose la piel escoriada de la zona del cuello donde había tenido puesto el collar.

—¿Quiere decir que no lo recuerda o que no lo sabe? ¿O no le apetece responder? —preguntó Fabian, que se había sentado con Malin frente a él. Sentía un picor en la piel de lo enfadado que estaba.

—No lo sé. —Holmberg se terminó una lata de Coca-Cola y la dejó en la mesa, junto a las demás latas vacías.

Llevaban más de dos horas en la sala de interrogatorios forcejeando con ese individuo, cuya respuesta a casi cada pregunta era «No lo sé». La habitación estaba muy cargada y el aire que respiraban había sido reciclado tantas veces que Risk prefería no pensarlo siquiera.

Tampoco ayudaba el hecho de no haber dormido más que tres horas y de que aún estuviera esperando que Sonja lo telefoneara. Debía de haberse puesto furiosa al descubrir que él ya se había ido y que, seguramente, estaría fuera todo el fin de semana. Y no era de esperar que comprendiera la explicación que le había dejado en la mesilla de noche.

—No parece saber usted gran cosa —le espetó Fabian, procurando no fijarse en el dedo que Holmberg se había metido hasta el fondo de la nariz con gran desenvoltura—. ¿Puede decirme su nombre, por ejemplo? ¿Eso lo sabe?

Joakim Holmberg mantuvo los ojos fijos en la mesa mientras se sacaba un moco y lo sostenía entre el índice y el pulgar.

—¿Dónde puedo tirar esto?

Fabian miró a Malin, que se sentía tan asqueada como él, y replicó:

—No lo sé. ¿Le suena? —Se puso de pie y deambuló por la sala cada vez más claustrofóbica —. No lo sé. No lo sé. No lo sé. Pero la diferencia entre usted y yo, o para ser más exactos, una de las innumerables diferencias, es que yo estoy diciendo la verdad. Porque no tengo ni puta idea de lo que hace la gente como usted con sus mocos repulsivos, ni sé si me apetece saberlo. —Se situó detrás del hombre y se apoyó en el respaldo de la silla—. ¿Tú qué dices, Malin? ¿Se te ocurre algo?

Ella se encogió de hombros y negó con la cabeza sin cambiar de expresión.

Fabian vio que su compañera no lo seguía. Era consciente de que estaba a punto a cruzar una línea roja, pero ya no aguantaba más.

—Nosotros teníamos a uno igual que este en clase. Un auténtico gusano —prosiguió—. A usted le caería bien. Él se comía los mocos: los suyos y los de los demás. Según decía, tenían

buen sabor. O sea que quizá es así. ¿Usted qué opina?

Holmberg, sin hacerle caso, tiró el moco en una de las latas de Coca-Cola vacías. Luego fue a coger otra lata nueva.

—No, ya puede olvidarse. No va a haber más Coca-Cola. —Fabian cogió la lata—. Al menos hasta que nos haya contado qué demonios sucedió.

—Ya se lo he contado. Yo estaba sentado en mi trono…

—En su sillón, quiere decir.

—Sí, y entonces…

—Masturbándose. Hasta ahí lo hemos entendido.

—No. Iba a hacerlo, pero no llegué a empezar.

—Fabian, ¿podemos hablar un minuto? —Malin le indicó que salieran y, una vez que estuvieron fuera, cerró la puerta.

—¿Qué demonios te pasa? ¿Qué estás haciendo?

Él alzó la mirada hacia el televisor montado en lo alto de la pared, que estaba emitiendo en directo la rueda de prensa de la policía. Herman Edelman se hallaba sentado a la izquierda del comisario general de la policía, Bertil Crimson, ante un montón de micrófonos. Anders Furhage, del Säpo, situado a la derecha, explicaba que no podía descartarse que la muerte del ministro constituyera un ataque terrorista. Se habían reforzado las medidas de protección de la mayoría de los políticos y se había pasado del nivel dos al nivel tres de alerta en todo el país.

—¿Te ocurre algo? —Malin lo escrutó.

Sintió la tentación de hacerse el tonto, pero notó en el tono de voz y en la expresión de su colega que no cejaría hasta que cediera y confesara la verdad.

—No lo sé, perdona. Es que… —Cerró los ojos y se masajeó las sienes—. Sonja y yo estamos pasando una temporada difícil y, para serte sincero, no sé cómo acabará la cosa. O sea que apenas he pegado ojo esta noche.

—¿Y crees que yo sí?

La réplica le sentó a Risk como un jarro de agua fría.

—Aparte de que me he pasado toda la noche trabajando para identificar a ese asqueroso de ahí dentro, estos dos renacuajos se han encargado las últimas semanas de que solamente dé alguna que otra cabezada. Pero eso no me da derecho a entrar ahí a lo bestia y a pasarme de la raya.

—Tienes toda la razón. —Fabian no podía sino estar de acuerdo—. Pero no lo soporto. No sé, hay algo en toda esta historia…

—Sí, es un cerdo asqueroso que hace cosas raras que preferirías no conocer. Pero no es un asesino. No es él quien descuartizó al ministro. Ni siquiera es él quien aparece en el vídeo de vigilancia.

—Ya. Pero ¿por qué retiene información y se niega a hablar?

—No es así. Eres tú el que no está escuchando.

—Escuchar, ¿qué? Lo único que dice es que no sabe nada. Una y otra vez.

—No estás haciendo las preguntas correctas. A partir de ahora, el interrogatorio lo llevo yo.

Volvieron a la sala, donde Holmberg seguía con el dedo índice metido en la nariz.

—Muy bien, Joakim, comencemos desde el principio —dijo Malin, después de cerrar la puerta—. Usted estaba sentado en su trono y se disponía a divertirse un poco consigo mismo. —

Abrió otra lata de Coca-Cola y se la pasó—. Pero entonces ocurrió algo.

Holmberg se bebió más de la mitad de la lata, soltó un ruidoso eructo y asintió.

—Pero no sé lo que pasó —dijo, y se calló otra vez. Malin no rompió el silencio—. Me pareció oír algo en el pasillo, aunque tampoco estaba seguro —prosiguió—. Acababa de conectar el sistema de sonido envolvente y poner una película.

—¿Y usted paró la película?

—Sí, y salí a ver qué era.

—¿Y qué encontró?

—No lo sé. —Holmberg se acabó la lata y la estrujó.

Silencio de nuevo. Fabian intercambió una mirada con Malin. Ella siempre lo captaba como si fuera un libro abierto y le indicó con un gesto que conservara la calma y esperara. Al cabo de unos minutos, él notó que Malin también empezaba a ponerse de los nervios.

—Era como si todo, o sea, fuera blanco.

La frase pareció como surgida de la nada. Ambos miraron a Holmberg con cara de no haber entendido bien.

—¿Qué quiere decir «blanco»? —Malin acercó la silla.

—No lo sé. Blanco.

—¿Y luego?

—Me desperté atado en la bañera, con un collar de perro en el cuello.

—¿O sea que no tiene ningún recuerdo de qué manera acabó allí?

Holmberg negó con la cabeza.

—Pero era todo blanco. ¿Oyó algo?

—No lo sé. Bueno, en realidad, sí. Sonaba como Darth Vader. —El tipo soltó una risotada y cogió otra Coca-Cola.

—¿Darth Vader? ¿El personaje de *Star Wars*? ¿Fue él quien entró en su casa y le robó el uniforme y el pase de seguridad?

El hombre asintió, abrió la lata y bebió.

—Era más o menos así. —Se tapó la boca y la nariz con la mano y respiró exageradamente, como si llevase una máscara de gas.

Malin le dijo a Fabian:

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

Risk no entendió a qué se refería y, cuando ella se levantó y salió, se limitó a seguirla.

El vídeo en la pantalla del ordenador de Malin estaba dividido en cuatro recuadros. Los dos superiores mostraban diferentes posiciones de los coches que se aproximaban a una barrera de rayas verdes. Una vez que el conductor sacaba la mano y cogía un tique de la máquina, se alzaba la barrera. En los dos recuadros inferiores, se veía salir a los coches uno tras otro.

—¿Qué es esto? —se extrañó Fabian.

—Es lo que te perdiste ayer al abandonar con tantas prisas la reunión.

Fabian recordó que, cuando él había salido, Tomas Persson y Jarmo Päivinen se disponían a describir un avance importante en el caso Adam Fischer, que, después de ocho días de investigación, había sido calificado de secuestro.

—¿Ese es el aparcamiento de Slussen?

—Lo has adivinado —dijo Malin—. Adam Fischer vive junto a Mosebacke y tiene alquilada ahí una plaza de aparcamiento.

—¿Y cuál es la relación con Carl-Eric Grimås?

—Ahora verás —dijo ella, tratando de hacer clic en el punto justo en la línea del tiempo de la base de la pantalla—. Aquí está. Paró el vídeo. Fabian vio la matrícula de un todoterreno en el recuadro superior izquierdo, y a Adam Fischer sentado frente al volante en el derecho.

—Deduzco que esta es la última imagen suya antes de desaparecer —comentó—, pero no entiendo la conexión…

—Tiene una expresión completamente relajada —lo interrumpió Malin, y le señaló la pantalla—. Igual que Grimås. No tiene la menor idea de lo que se avecina —añadió arrastrando el indicador de tiempo—. Poco más de once minutos después, su todoterreno salió del garaje. Y aquí está lo que quería enseñarte. —Detuvo la secuencia justo cuando la barrera se levantaba y el coche se disponía a salir.

Los dos recuadros inferiores mostraban al todoterreno saliendo del garaje. Pero ya no era Adam Fischer el que estaba sentado al volante.

El conductor, vestido con gruesas ropas oscuras, llevaba una máscara antigás que le tapaba toda la cara.

31

La nieve había caído durante toda la noche y sepultado grandes zonas de Copenhague. En los informativos hablaban de un invierno de récord y advertían a la gente que no saliera en coche a menos que fuera absolutamente necesario. Lo primero que había pensado Dunja Hougaard al despertarse en el diván y mirar por la ventana fue que trabajaría desde casa. Pero cuando Carsten la llamó desde el dormitorio, diciendo que debían continuar donde lo habían dejado, decidió coger el coche de todos modos y dirigirse a la comisaría.

Al salir del número 4 de Blågårdsgade una hora después, comprendió de inmediato que los informativos habían subestimado la gravedad de la situación. La bicicleta ni siquiera resultaba visible bajo la enorme masa de nieve, y no podría liberar el coche si no era cavando una hora con la pala. Así pues, decidió ir a pie todo el trayecto. Parecía la única forma de desplazarse, porque el transporte público estaba interrumpido en su mayor parte, y ni siquiera el metro funcionaba.

El estado de emergencia, no obstante, más bien la puso de buen humor. Las calles siempre atestadas se hallaban libres de coches por una vez. Los peatones habían abandonado las aceras y caminaban sin hacer caso a los semáforos. Era como si hubieran reconquistado la ciudad y no tuvieran la intención de devolverla nunca más.

Estaba atajando por el lago Peblinge, congelado por completo, cuando el supervisor de seguridad de Scandlines la llamó para confirmarle que el BMW de Aksel Neuman había cruzado a Helsingborg en el ferri que salió del puerto de Helsingør a la 1:00 de la madrugada del miércoles. Por desgracia, tan solo registraban las matrículas y no usaban cámaras de seguridad, así que no podían confirmar si quien iba al volante era Aksel Neuman, Benny Willumsen u otra persona.

Dunja intentó contactar con el Departamento de Investigación Criminal de Helsingborg mientras dejaba atrás la Rådhuspladsen por el H.C. Andersen Boulevard. Como Astrid Tuvesson, la jefa del departamento, ya se había ido a pasar las vacaciones navideñas, transfirieron la llamada a Sverker Holm, que, por supuesto, no respondió. ¿Es que no había nadie trabajando en la orilla sueca? Le dejó un mensaje de voz presentándose y explicando que necesitaba localizar un BMW X3 de matrícula danesa que pertenecía al presentador de televisión Aksel Neuman.

Cuando finalmente llegó a la comisaría, ni Jan Hesk ni Kjeld Richter estaban allí. No sabía si era debido a la inclemencia del tiempo o si se habían declarado enfermos a modo de protesta. Aunque por un lado le daban ganas de pedir un certificado médico, por otro lado pensó que era un gustazo poder trabajar con paz y tranquilidad.

Apenas había tenido tiempo de dejar el café sobre la mesa y encender la lámpara y el ordenador, cuando le sonó el móvil.

—¿Sí? Aquí Dunja Hougaard.

—Hola. ¿Qué tal? Aquí Klippan. He oído que necesita ayuda.

—¿Disculpe? ¿Usted trabaja para la policía de Helsingborg?

—Sí. Mi nombre es Sverker Holm, pero todo el mundo me llama Klippan, ya sabe, «como la roca», aunque no me pregunte por qué. Acabo de recibir su mensaje.

—Mi llamada se refería a un BMW danés…

—Sí, he oído su mensaje. Ya lo he estado buscando y he conseguido encontrarle una foto.

—¿De veras? ¿Se ve quién está al volante?

—Lo lamento, pero no. Es de una cámara de tráfico de la E6 sur, y esas cámaras no muestran ninguna cara.

—¿Cuándo fue tomada la foto?

—En la madrugada del miércoles, a la una y treinta y tres minutos.

Dunja se repitió el dato mentalmente. Encajaba a la perfección con el horario del ferri que salía del puerto de Helsingør a la 1:00 y tardaba veinte minutos en llegar a Helsingborg. Si el coche circulaba por la E6 sur, lo más probable era que se dirigiera a Malmö y tal vez incluso a la casa de su sospechoso, Benny Willumsen, en el número 29 de Konsultgatan.

—Muchas gracias. Es justo lo que necesitaba.

—Disculpe. Una cosa más. Por pura curiosidad.

—Diga.

—Entiendo que esto está relacionado con el brutal asesinato de Karen Neuman en Tibberup.

—Sí, así es. Pero por desgracia ahora tengo…

—Es imposible no enterarse. Nosotros trabajamos en un caso similar aquí, en Rydebäck, hace poco más de dos años, que presentaba los mismos rasgos de brutalidad repugnante.

—Vaya. Es para preguntarse de donde sale tanta maldad. En fin, ha sido un placer hablar con usted. Que pase un buen fin de semana.

—Resultó que el agresor de Rydebäck en realidad era danés.

Dunja, que ya se disponía a colgar, volvió a ponerse el teléfono en la oreja.

—Actualmente vive aquí, en Suecia. En Malmö para ser exactos —prosiguió Klippan.

—¿Se llama Benny Willumsen?

—Ha acertado.

—Pero ¿cómo es que sigue libre? ¿Ustedes no lo arrestaron?

—Sí, lo detuvimos y acabó yendo a juicio. Teníamos testigos, pruebas circunstanciales y toda la pesca. El caso se desbarató cuando fue acusado del brutal asesinato de una mujer cuyo cadáver apareció flotando en la costa de Ven. No sé si salió nada sobre el asunto en los periódicos daneses.

—¿Por qué se desbarató la acusación?

—La cuestión fue que tenía una coartada perfecta, de modo que todo se vino abajo como un castillo de naipes. Yo, personalmente, no creía que él hubiera cometido ese asesinato en particular, pero aquí en el departamento no estábamos todos de acuerdo. Nunca olvidaré el momento en que anunciaron el veredicto y lo soltaron. Fue como un puñetazo en plena cara.

—¿Usted trabajó en la investigación?

—Sí, con el resto del equipo. Es la mayor investigación que hemos realizado nunca. En fin,

lo que quiero decir es que si puedo ayudarla en algo, en cualquier cosa, dígamelo.

—Me sería de gran ayuda que me enviara todo el material que tenga sobre el caso.

—Claro. No hay inconveniente. Y recuerde, solo ha de llamarme.

—De acuerdo. Mil gracias. —Colgó, se arrellanó en la silla y puso los pies sobre la mesa.

Ahora contaba con más munición para sostener su teoría de que era Benny Willumsen quien estaba detrás del asesinato de Karen Neuman. A ella, por desgracia, le faltaba precisamente lo que tenían sus colegas suecos: pruebas técnicas suficientes para relacionarlo con el caso. Las pruebas circunstanciales, los testigos y las semejanzas con otros casos anteriores no bastarían para condenarlo.

Estaba alzando la taza de café para dar un sorbo cuando una mano le apretó el hombro.

—Estás trabajando sola.

Ella se echó de golpe hacia delante y derramó la mayor parte del café sobre los tejanos.

—Caramba. Espero que no haya sido por mi culpa.

—No. Es que no te he oído. —Dunja se volvió hacia Kim Sleizner, que se hallaba sonriente a su espalda.

—Ayer no pasaste por mi despacho.

32

—¿Crees con toda seriedad que podría haber una conexión entre el asesinato del ministro y el secuestro de Adam Fischer? —Herman Edelman añadió unas gotas de crema de leche a su café.

—Sí —dijo Malin lanzándole a Fabian una mirada de soslayo para asegurarse de que él la apoyaba—. Es precisamente lo que pienso.

—Malin, para empezar…

—¿Quién nos está hablando siempre de la importancia de mantener la mente abierta y pensar de forma creativa? —lo interrumpió ella mientras cruzaba los brazos sobre su barriga.

—De acuerdo, pero no estoy tan seguro esta vez. Quizá estoy muy ciego, pero de verdad no veo nada que relacione ambos casos. —Edelman se metió un terrón de azúcar en la boca y alzó la taza de café.

—Si me dejas terminar lo que estaba diciendo, quizá recuperarás la visión y verás que no es que haya una conexión, sino que parece tratarse del mismo asesino.

Edelman volvió a dejar la taza, aún con el terrón de azúcar entre los dientes. «Tiene suerte de estar embarazada», pensó Fabian. Ni él ni ningún otro miembro del equipo se habría permitido ese tono con el jefe, en especial tras una rueda de prensa, que casi siempre lo dejaba más irritable de la cuenta.

—¿Tú qué crees, Fabian?

Malin le dirigió otra vez una mirada como diciéndole que debía asentir si quería seguir viviendo.

Él asintió, aunque en el fondo no sabía qué pensar. Sin duda había indicios, tal como decía su compañera, que sugerían que se enfrentaban al mismo asesino, pero no veía de qué manera podían vincularse ambos casos y, en cierto modo, se sentía tan ciego como Edelman. Había intentado hablar con la técnica de la científica, Hillevi Stubbs, para ver si había encontrado pruebas que reforzaran su hipótesis, pero ella tenía apagado el teléfono, como solía hacer cuando estaba agobiada con mucho trabajo.

—Aquí hay una imagen de la cámara de vigilancia del aparcamiento de Slussen —prosiguió Malin mostrando una foto del momento en que el secuestrador abandonaba dicho aparcamiento conduciendo el coche de Adam Fischer; se protegía la cara con una máscara antigás—. Es probable que Fischer esté drogado en el interior del coche, lo que explicaría la máscara.

—¿No es posible que la llevara para no ser identificado? —dijo Tomas Persson.

—Mmm. Sí, pero… —Malin le lanzó una nueva mirada a Fabian, como suplicándole que interviniera.

—Sí, puede ser —dijo Risk—. Pero hay modos mucho más fáciles de camuflarse que ponerse una máscara antigás.

—La cuestión es que eso mismo le pasó a Joakim Holmberg, el guardia de los edificios del Parlamento, en su propia casa. —Malin mostró una fotografía del individuo y la fijó en la pizarra blanca—. El martes por la noche, oyó un ruido en el pasillo. Salió a investigar y lo vio todo blanco.

—No te sigo.

—Humo blanco —especificó Fabian—. Nuestra teoría es que el asesino arrojó una ampolla de gas a través de la ranura del buzón. Si observas la imagen del aparcamiento de Slussen con más atención, verás que hay trazas de humo en el interior del coche.

—Y lo último que oyó Holmberg, antes de despertar en la bañera sin su uniforme ni su pase de seguridad, fue el ruido de alguien respirando a través de una máscara —indicó Malin.

—No quiero ser aguafiestas —intervino Tomas Persson dejando en la mesa su batido proteínico—, pero para aclarar las cosas: ese guardia no vio nada, aunque oyó algo que le recordó el sonido de una voz a través de una máscara, pero podría haber sido una ráfaga de aire o un zumbido en sus oídos.

—Cierto —aceptó Malin—. Pero…

—Espera, no he acabado. Que haya simplemente una máscara antigás o alguna otra similitud no significa que se trate del mismo asesino. Podría ser una coincidencia.

Malin suspiró y puso los ojos en blanco. Fabian notó que estaba esforzándose para no perder la calma.

—Claro, podría ser una desafortunada coincidencia, pero vamos a investigarlo primero antes de ponernos a discutir.

—¿Qué propones? —Edelman dio otro trago de café.

—Creo que deberíamos unir las investigaciones en una sola dirigida por mí y por Fabian.

—¡Eh, disculpa! —dijo Tomas alzando la mano—. ¿Es una broma? Jarmo, ¿tú has oído algún argumento por el cual ellos deberían asumir nuestra investigación?

Jarmo Päivinen negó con la cabeza.

—¿Te parece que estoy de broma?

—¡Guau, hoy Malin está que se sale! —dijo Tomas y, sonriendo, sacó pecho y se le marcaron los pectorales bajo una camiseta muy ceñida. —Voy a ignorar el comentario, por tu propio bien. Herman, tú siempre estás subrayando que las investigaciones deben cruzarse y enriquecerse entre sí.

—Sin duda. Pero en este caso coincido con Tomas. Un sonido que recuerda a alguien respirando a través de una máscara antigás no es gran cosa, la verdad. Aparte de eso, ¿hay algo más que indique que los casos deban investigarse conjuntamente? —dijo Edelman.

—Por ahora, no —opinó Fabian.

—¿Qué vamos a perder con el intento? —Malin les espetó a Tomas y a Jarmo—. Y si tenemos que ser del todo sinceros, vuestra investigación no va lo que se dice a toda marcha.

—Oye, nosotros hemos…

—Habéis encontrado el vídeo de vigilancia. Ya lo sé, Tomas. Pero ¿qué ha aportado eso, aparte de una fotografía del tipo con una máscara antigás? ¿Por qué no proponemos ideas y miramos a ver si alguna tiene sentido? El motivo del asesino, por ejemplo. Quizá no actúa por

dinero. Al fin y al cabo, la familia Fischer ha ofrecido una recompensa y él no la ha reclamado. Tal vez pretende algo del todo distinto.

—¿Como qué? —quiso saber Jarmo.

—No lo sé. —Malin se encogió de hombros mientras cogía una galleta danesa—. A Grimås le quitó los ojos y las tripas.

—¿Quizá tenía hambre? —planteó Tomas con una irritante e incómoda carcajada.

Malin miró a Fabian indicándole que le tocaba intervenir. Pero él estaba abstraído pensando en el significado de lo que Tomas acababa de decir.

De repente se abrió la puerta y entró Hillevi Stubbs con una caja metálica en la mano. Llevaba el pelo recogido en un moño en lo alto de la cabeza, lo que producía la impresión de que superaba al menos en diez centímetros el metro cincuenta que figuraba en su pasaporte, según decían. Tenía las narinas dilatadas, una señal de que estaba de muy mal humor. Lo mejor, en tales casos, era mantenerse alejado de la línea de fuego.

—Habréis de disculparme, pero no tengo todo el día. —Stubbs puso la caja sobre la mesa—. Y para ser sincera, no entiendo a qué estáis jugando.

Fabian observó que Malin estaba tan perpleja como él.

—Sí, me refiero a vosotros dos —continuó—. ¿Qué pasa con el procedimiento habitual, o sea: encontramos una escena criminal, investigamos y luego pasamos a otra escena? ¿Cómo podéis encontrar tres escenas distintas casi al mismo tiempo? El apartamento clausurado de Östgötagatan ya habría sido más que de sobra por sí solo. No digamos la habitación de descanso del ministro y el repulsivo apartamento de ese guardia. ¿Acaso creéis que puedo clonarme a mí misma?

—Hillevi —dijo Edelman—, entiendo que es demasiado trabajo. Pero…

—Ojalá solo fuera «demasiado». Esta tarde era mi único hueco para hacer algunas compras de Navidad. ¿Creéis que mis nietos aceptarán quedarse sin regalos este año porque ha aparecido un ministro destripado?

—Si quieres preguntaré si podemos pedir refuerzos a…

—Te refieres a Petrén y sus hombres. No. Gracias, pero no. Si ese hombre interviene en la investigación, ya puedes olvidarte de dejar esto terminado antes de Navidad.

—Nosotros tampoco tenemos todo el tiempo del mundo, así que, ¿podrías atenerte a lo esencial, como por ejemplo por qué estás aquí? ¿Has descubierto algo? —dijo Malin con un tono de irritación parecido al de Hillevi.

Fabian estaba seguro de que esta lo habría hecho pedazos si él se hubiera atrevido a replicar así.

Stubbs le contestó a Malin:

—Por supuesto. —Abrió con un chasquido los cierres de la caja, levantó la tapa y, poniéndose unos guantes, sacó una bolsa de tela negra y la colocó sobre la mesa. Aflojó el nudo de la bolsa y extrajo un tarro de cristal—. Esto estaba en la nevera del apartamento clausurado de Östgötagatan.

—¿A qué apartamento te refieres? —preguntó Jarmo.

—Es donde se registró la última localización del segundo teléfono móvil de Carl-Eric Grimås —explicó Malin mostrando una foto de la mesa forrada de plástico—. Como verás, está preparada sin duda para…

—Quizá podáis comentarlo cuando yo haya terminado —la interrumpió Stubbs con una sonrisa forzada—. He pensado que esto podría ser de interés. —Alzó el tarro para que todos lo vieran.

Fabian lo reconoció a simple vista. Era el tarro de cebollas en vinagre. Y tal como había sospechado desde que habían encontrado al ministro, no contenía precisamente cebollas en vinagre. Lo que flotaba en el oscuro fluido eran cuatro globos oculares.

—Tenemos que enviarlo de inmediato al departamento forense de Thåström —prosiguió Stubbs—. Pero no creo que nadie se sorprenda si dos de estos ojos resultan ser del ministro.

—¿Y los otros? —preguntó Malin.

—Ahí es donde entráis vosotros dos. A lo mejor resulta que servís para algo, a pesar de todo.

Fabian no acababa de entender por qué Malin se había molestado en preguntar. No sabía si era porque sentía curiosidad o porque pretendía ser amable. En cuanto a los ojos, no le cabía la menor duda de dónde habían salido.

—¿Puedo mirar? —dijo Tomas.

—Mira, pero sin tocar. —Stubbs colocó el tarro sobre la mesa, delante de Tomas. Él se inclinó y examinó los cuatro globos oculares que flotaban dentro; los nervios ópticos seccionados todavía colgaban por detrás como una cola. Dos tenían los iris azules; el tercero era verde; el cuarto, de color marrón.

Tomas, muy tenso, se irguió, miró a Jarmo y asintió.

—¿Estás seguro? —preguntó Jarmo.

Tomas volvió a asentir.

—Siendo uno verde y otro de color marrón, tienen que ser de Fischer.

33

Había sido el mal chiste de Tomas Persson, al soltar que quizá el asesino tenía hambre, lo que le había dado la idea. Tal vez habría resultado más fácil hacer una búsqueda informática, pero Fabian no quería comentarlo con nadie hasta que estuviera seguro. Era una teoría demasiado endeble todavía, y habría sido descartada de inmediato, dado el estado de ánimo del grupo ahora que las dos investigaciones se habían unido. Así pues, abandonó antes que nadie la sala de reuniones, bajó a los archivos de la primera planta de la comisaría y buscó entre las estanterías correderas el segundo semestre de 1993.

Él tenía entonces veintisiete años y cursaba el último año en la academia de policía. El verano había empezado con antelación y la mayoría de la gente de su clase estaba deseando pasar unas buenas vacaciones antes de ponerse a trabajar. Pero él, no. En lo único que pensaba en ese momento era en el caso de homicidio que inundaba todos los tabloides y presentaba novedades casi a diario. Se trataba en cierto modo de algo insólito: un asesino en serie que estaba causando estragos en Estocolmo. El tipo de caso que solo aparecía en los libros o en las películas y que nunca se producía en la realidad, en especial en un país como Suecia.

Pero él todavía recordaba la sensación que esos homicidios habían causado en todo el país, sobre todo por la naturaleza brutal de los crímenes y el sufrimiento padecido por las víctimas, pero también por el veredicto definitivo: el asesino había sido condenado a reclusión psiquiátrica, y no a cadena perpetua.

Ya ni siquiera recordaba su nombre, pero sí que se trataba de un caso insólito. También se acordaba de que habían aparecido siete víctimas y de que todas ellas habían permanecido confinadas muchas semanas en distintos lugares antes de ser sometidas a…

Encontró los archivadores que estaba buscando. Sacó la primera de cinco abultadas carpetas. Ahí estaba: la investigación en la que tanto habría deseado participar. En cuanto la abrió y vio el nombre en letra impresa, le asaltaron de golpe todos los recuerdos como si hubiera sucedido el día anterior: las imágenes difundidas por la policía de varias víctimas a las que les habían sacado los ojos; el terror desatado por el hecho de que cualquiera podía ser la siguiente víctima, y los titulares que competían entre sí para revelar todos los detalles sobre Ossian Kremph: el primer auténtico caníbal de Suecia.

—Bueno, yo lo veo así… —dijo Tomas, que caminaba junto a Malin por el pasillo.

—¿Alguien sabe adónde ha ido Fabian? —preguntó ella.

Jarmo se encogió de hombros.

—Aquí tampoco está —añadió ella cuando entraron en la oficina del departamento.

—Quizá ha ido al baño —apuntó Jarmo.

—Perdón, pero estaba hablando yo —dijo Tomas.

—Tú sigue hablando. —Malin puso el bolso encima de la mesa y hurgó en su interior.

—Bueno, Jarmo y yo llevamos trabajando en esto más de…

—No soporto oír tus lamentos. Además, tengo unas náuseas terribles y voy a acabar vomitando si no encuentro… Quién ha cogido mis… Ah, espera, aquí están. —Abrió un paquete de galletas María y se metió en la boca dos a la vez. Masticó y tragó lo más deprisa que pudo antes de sentarse—. Mierda. Ha ido por los pelos.

—¿Ya está? —preguntó Tomas acercándose. Ella asintió y se comió otra galleta—. Bien. Entonces quizá puedas explicarme qué quieres decir con «lamentos». ¡Maldita sea, tenemos que decidir cómo vamos…!

—No, lo único que tenemos que hacer es ponernos a trabajar —dijo Malin—. Si no te ves capaz, te sugiero que vayas a despotricar a otra parte.

Tomas iba a replicar, pero Jarmo le lanzó una mirada que lo obligó a apretar los dientes.

—De acuerdo. ¿A qué demonios esperas, entonces?

—Bien, genial. —Malin se levantó—. Esto va a ser fantástico, os lo aseguro. Propongo que empecemos investigando si Carl-Eric Grimås y Adam Fischer tienen algo en común. De la conexión entre ambos podría surgir un motivo.

Jarmo asintió. Tomas permanecía de pie, sin decir palabra.

—Sabemos bastante sobre el ministro de Justicia —prosiguió Malin—. Pero ¿qué sabemos sobre Adam Fischer? ¿Y por qué me parece haberlo visto en las revistas de cotilleo?

—Adam Fischer tiene treinta y tres años, es hijo de un diplomático y su objetivo vital parece ser no crecer nunca —informó Jarmo—. Le gusta gastar el dinero de papá, se pasea en coches de lujo y asiste a los estrenos de cine. No hace falta mucho más para salir en las revistas de cotilleo.

—¿Y su padre? ¿Alguien lo conoce?

—Sí, al menos Jarmo y yo —dijo Tomas—. Se llama Rafael Fischer y fue embajador israelí aquí en Estocolmo durante la mayor parte de los noventa.

—¿Embajador israelí? —repitió Malin.

—Aquí está. —Jarmo señaló una foto en blanco y negro de la pizarra.

La imagen parecía tomada en una celebración y mostraba a un hombre mayor, de pelo totalmente blanco y vistiendo traje oscuro, que estaba sentado ante una mesa engalanada en compañía de otros dos hombres.

—¿Adam es el joven de la izquierda? —inquirió Malin.

—Sí. Creemos que la fotografía fue tomada en la boda de su hermana. ¿Cuándo fue eso? —le preguntó Jarmo a Tomas.

—En agosto de 1998. El viejo murió tres meses más tarde.

—¿Por qué es el hijo quien lleva bastón, y no él? —preguntó Malin—. Adam parece pálido y flacucho, ¿no?

Jarmo desprendió la foto de la pizarra para mirarla más de cerca. En efecto, Adam estaba sentado sosteniendo un bastón con una mano y parecía muy frágil.

—Tienes toda la razón. Nosotros habíamos supuesto que se lo había pedido prestado a su padre.

—Déjame ver. —Tomas cogió la foto.

—¿Quién es el tipo del otro lado? —Malin señaló al hombre que estaba sentado a la derecha del embajador y se inclinaba hacia él como si estuviera a punto de hablarle al oído.

—Buena pregunta —opinó Jarmo—. Hemos tratado de averiguarlo, pero no lo hemos conseguido.

—Aquí también aparece, pero con el embajador actual —observó Tomas, y señaló una foto en color tomada años más tarde en la que el mismo tipo se bajaba de un coche junto con el embajador israelí y otro hombre.

—¿Y quién es el tercer hombre? —preguntó Malin.

—El embajador de Israel en Copenhague —dijo Jarmo.

—O sea que el tipo conoce a todo el mundo. ¿Habéis hablado con gente de la embajada?

Jarmo y Tomas negaron con la cabeza.

—Entonces empezaremos por… Ah, ahí estás. ¿Dónde te habías metido? —le preguntó Malin a Fabian, que acababa de entrar cargado con las carpetas.

—Estaba en los archivos, buscando información de un sospechoso. —Fabian depositó el montón de carpetas sobre su mesa.

Tomas cogió una y la abrió.

—¿Ossian Kremph? ¿Quién demonios es este?

—Es gracioso que me lo preguntes porque has sido tú quien me ha hecho pensar en él.

—¿No era aquel caníbal? —dijo Jarmo. Fabian asintió—. Yo entonces aún no había entrado en la Agencia, pero estaba trabajando en un coche patrulla y se hablaba mucho del caso.

—¿Alguien quiere hacer el favor de explicarme de qué estáis hablando? —preguntó Malin.

—De esto —dijo Tomas desplegando una doble página con fotos de víctimas a las que les habían extraído los ojos.

—Precioso —exclamó ella—. ¿Por qué solo los ojos?

—No estoy del todo seguro —respondió Risk—. Pero por lo que recuerdo, el asesino decía que se limitaba a obedecer las voces que le ordenaban coleccionar diversas «almas escogidas».

—Oh, no. Otro chalado, no. ¿Y lo han soltado?

—Lleva tres años y cuatro meses en libertad.

—¿O sea que lo han declarado capacitado? —cuestionó Malin—. Como si un poco de medicación y terapia pudiera curar a alguien capaz de esos crímenes.

—Exacto —corroboró Tomas—. En los demás campos de la medicina se acepta que un cuerpo paralizado de cintura para abajo estará siempre paralizado. Pero la psicología es diferente. Se supone que todo el mundo puede recuperarse con un poco de terapia, por muy incapacitado que esté.

Malin, sorprendida, miró a Tomas.

—¿Eso lo has pensado tú solito, o lo has leído en una revista?

Tomas le respondió con una sonrisa y cogió el paquete de galletas.

—Sírvete. He perdido el apetito de todos modos —dijo Malin, y se dedicó a hojear más a fondo el antiguo expediente—. ¿Había alguna relación entre las víctimas o fueron escogidas al azar?

—Por lo que yo recuerdo, eran tanto hombres como mujeres. Y creo que había uno relativamente famoso —dijo Jarmo.

—Estás pensando en el locutor de radio que leía los informes marítimos —aportó Fabian.

—¡Exacto! Y Fischer y Grimås también son relativamente famosos.

—Tal vez escogía a gente que lo sacaba de quicio —aventuró Tomas.

—En todo caso, hay una persona que casi con toda certeza lo sacaba de quicio —afirmó Malin alzando la vista del expediente—. ¿Sabéis quien dirigió la investigación?

Los demás dijeron que no.

—Carl-Eric Grimås.

34

Dunja Hougaard se sentó frente al escritorio de Kim Sleizner de la forma más encogida y discreta posible. Debería haberse sentado orgullosamente, con las piernas extendidas, tal como Jan Hesk habría hecho sin duda en su misma situación. Al fin y al cabo, contra todo pronóstico, ella había logrado identificar al principal sospechoso en menos de veinticuatro horas. Si todo salía bien, Benny Willumsen recibiría la condena que merecía y, además, podrían cerrarse por fin tres investigaciones antiguas… cuatro, contando el caso sueco.

Pero la mera idea de estar a solas con su jefe bastaba para que le entraran ganas de levantarse y salir corriendo. Se obligó a respirar con calma, bajó la mirada y escrutó la mancha seca de café de los tejanos, que producía la impresión de que se había meado encima.

Reinaba tal silencio en el despacho que oía cómo entraba y salía el aire por las narinas congestionadas de Sleizner, quien todavía estaba examinando los antiguos expedientes y el borrador del informe. Se preguntó si no estaría entreteniéndose deliberadamente para prolongar su angustia. En todo caso, ella no alzó la mirada hasta que oyó que cerraba la carpeta. Él la miraba sonriendo.

—Sabía que eras la agente idónea para el caso —dijo mientras se quitaba las gafas de lectura —. Y para que lo sepas, tuve buenas sensaciones desde la primera vez que te vi.

Como Dunja no sabía qué decir, soltó una risita forzada.

—No hay motivo para reírse, es la verdad. Disfrútalo mientras dure. Podría acabarse mañana. No, es broma. Hablando en serio. —Alzó el informe—. Esto es un trabajo impresionante. No sé cómo has podido relacionar el caso de la chica encontrada en un vertedero en 2005, con mordeduras de perro, con el caso de Karen Neuman, asesinada el otro día a hachazos en Tibberup, pero lo importante es que Benny Willumsen será encarcelado de por vida. Siempre resulta divertido darles un rapapolvo a esos cabrones suecos en su propio terreno. Me parece que voy aprovecharme de esto durante mucho tiempo.

Dunja asintió de nuevo con una sonrisa forzada.

—Ante todo, me gustaría convocar una rueda de prensa en la que quiero que recibas toda la atención que mereces.

—¿Una rueda de prensa? ¿Cuándo piensas celebrarla? ¿No deberíamos detener primero…?

—Relájate. Por supuesto que lo detendremos antes de difundir ninguna información. Pero ya sabes que a mí me gusta pegar primero, y quiero que tengas la seguridad de que no voy a permitir que nadie se lleve el mérito de tu trabajo. ¿Entendido?

Dunja asintió una vez más.

—Cualquiera diría que se te acaba de morir un ser querido y que toda la culpa es mía.

—No, en absoluto. Lo que pasa es que pienso que queda mucho trabajo antes de cantar victoria. Igual que nuestros colegas suecos, no tenemos pruebas suficientes para conseguir una condena. Deberíamos dragar cuanto antes el puerto de Helsingør para poder demostrar que el asesino arrojó su propio coche al agua y se llevó el de Aksel Neuman. Quién sabe, quizá Aksel también está en el fondo del puerto.

—Tienes razón, pero todo ha de hacerse en el orden debido. Naturalmente, hemos de detenerlo antes de que someta a alguien más a su macabro ingenio. Con un poco de suerte, encontraremos pruebas suficientes en su apartamento para ahorrarnos los costes de un dragado. Deberías ser consciente de que registrar el fondo de un puerto con un invierno como el que estamos pasando no es nada barato.

—Ya, pero ¿has leído todo el expediente del caso sueco? Ellos no encontraron nada de valor en su…

Sleizner la interrumpió, riendoa, y le espetó:

—He leído lo suficiente para saber que tengo más experiencia que tú en este tipo de cosas. Ya verás como funcionará, Dunja. Si no encontramos nada en su apartamento, sacaremos el coche del puerto. —Se levantó, rodeó el escritorio y se situó detrás de ella—. Espero que te des cuenta de que esto va a propulsar tu carrera profesional.

Cuando las manos de Sleizner se posaron en sus hombros, ella sintió como si la penetraran con un atizador. ¿Era eso lo que se sentía al ser violada? La idea le vino a la cabeza espontáneamente y desapareció con la misma rapidez.

—Dunja, no puedes andar por ahí tan tensa. Estás dura como una roca. —La masajeó con suaves movimientos—. Procura relajarte. No es por presumir, pero si algo sé hacer es dar un buen masaje. —La sujetó de los hombros y se los echó para atrás, lo que provocó que los pechos sobresalieran—. Deberías cuidar un poco más tu postura. No resulta profesional sentarse en una rueda de prensa como si fueras un saco de patatas. Si todavía no tienes dolor en las cervicales, lo tendrás en el futuro. —Le apartó el pelo y le amasó la nuca—. A mí me entraron las molestias en cuanto me puse a trabajar aquí. Si Henrik Hammersten no me hubiera insistido para que hiciera unas sesiones de masaje, seguro que ahora estaría en una silla de ruedas. Desde entonces, he estado yendo dos veces a la semana y no he vuelto a tener el menor problema.

Las yemas de los dedos de Sleizner ascendieron y le masajearon el cuero cabelludo y la zona de detrás de las orejas.

—Ah, se me olvidaba. He arreglado las cosas para que te sientes en la mesa de dirección en la fiesta de Navidad. No solo tenemos la ventaja de que nos sirvan y no debamos andar a codazos con todo el mundo, sino que además podemos beber *schnapps* sin límite. No está mal, ¿no? Así tendremos la oportunidad de conocernos un poquito mejor.

Dunja ya no escuchaba lo que le decía. Las palpitaciones de su corazón acelerado ahogaban cualquier otro sonido. Lo único que deseaba era levantarse y darle una bofetada con todas sus fuerzas. Pero estaba paralizada. Ni siquiera era capaz de pedirle que le quitase las manos de encima. No podía hacer otra cosa que permanecer sentada y sentir cómo todos los músculos se le iban tensando cada vez más.

35

Cuando Benny Willumsen despertó, no tenía ni idea de dónde estaba. ¿Seguía aún en Suecia? La luz de la lámpara que tenía justo encima le impedía ver nada con claridad. Al conseguir aflojar la cinta que le ceñía desde la mandíbula hasta la frente, pudo girar la cabeza y hacerse una idea de su situación. Estaba desnudo y atado con cinta de embalar sobre la mesa de la cocina de su apartamento de Malmö.

La foto de su querida *Jessie*, que había enmarcado y colgado en la pared el día de su muerte, disipaba cualquier duda. Ya habían transcurrido casi diecisiete meses desde entonces, pero los días sin ella todavía le resultaban difíciles de sobrellevar. Había pensado en buscar otro perro, pero al final había llegado a la conclusión de que no sería lo mismo.

Poco a poco, de forma vacilante, recobró la memoria. Había salido a dar su paseo habitual. Aunque nevaba mucho, había escogido la ruta más larga, que le llevaba casi dos horas. Estaba tranquilo, sin la menor inquietud.

Era justo lo contrario de cómo se había sentido después de su conquista en una de las casas de Fortuna Beach, en Rydebäck, hacía dos años. El acto en sí de violar y matar a puñaladas a una mujer en la playa mientras su marido estaba a cincuenta metros mirando las noticias, siempre le había provocado una cálida sensación de calma. Pero al día siguiente, la inquietud había empezado a atormentarlo. Había caído en la cuenta de que había cometido un error fatal al no reparar en un detalle en apariencia insignificante: los putos tiques del aparcamiento habían salido volando cuando había abierto la puerta del coche para alejarse del lugar. Él habría jurado que los había recogido todos, pero más tarde oyó en las noticias que la policía había encontrado una pista que la conduciría hasta el asesino. Se pasó una semana entera despierto en la cama y, por fin, la policía de Helsingborg lo localizó y lo detuvo.

Si, además, no lo hubieran acusado erróneamente del asesinato de la mujer que había aparecido atornillada a un palé en la costa de Ven, lo habrían condenado casi con toda seguridad. Puesto que estaba otra vez en libertad, se había prometido que nunca más se le pasaría por alto ningún detalle, por insignificante que pudiera parecer. Y hasta entonces lo había cumplido.

De vuelta de su paseo, se había relajado un poco dedicando el resto de la tarde al ejercicio físico. Hizo tres tandas de fondos, flexiones, abdominales y levantamiento de pesas tanto acostado como de pie. Había alcanzado su máximo y, al terminar, el corazón le retumbaba en el pecho.

Y entonces había sucedido.

Había oído que algo caía a través de la ranura del buzón, pero cuando llegó a la cocina para investigar, estaba todo lleno de un humo blanco.

Había intentado salir afuera, pero no había podido avanzar a gatas ni tampoco arrastrarse. Lo último que recordaba era que alguien había entrado por la puerta principal y se había agachado junto a él: una figura que llevaba gruesas ropas oscuras y que se tapaba el rostro con una máscara antigás.

Y en ese momento estaba atado con cinta de embalar sobre la mesa de su propia cocina sin tener ni idea de lo que iba a pasar. Aunque albergaba sus sospechas. Había descartado de inmediato que se tratara de la policía porque resultaba totalmente improbable. Y durante los minutos que llevaba despierto, había ido repasando con detalle cada una de sus antiguas conquistas.

Al principio estaba convencido de que era alguno de sus primeros fracasos: alguien que seguía vivo y que había ido a vengarse. Pero, pensándolo mejor, concluyó que ninguna de esas personas tenía lo que hay que tener para someterlo de esa forma. Se preguntó más bien si no se trataría de algún pariente de la víctima de Rydebäck, pero rechazó la idea.

Oyó que alguien se levantaba del diván de la sala, lo que le confirmó que no estaba solo. Intentó girar la cabeza para ver quién entraba en la cocina, pero no podía moverse. Entonces notó que le ponían una venda sobre los ojos y, por primera vez desde hacía muchos años, tuvo miedo. No mucho, pero sí lo bastante para sentir un desacostumbrado hormigueo que le subía desde los dedos de los pies. Para ser sincero, casi le gustaba.

«Ahora va a empezar», pensó. Fuera lo que fuese lo que le esperaba, estaba a punto de comenzar.

36

Fabian Risk tanteó a lo largo de la pared con una mano mientras sonaba el tono de llamada en sus auriculares. El baño de la comisaría estaba a oscuras y no veía nada. Al fin encontró el interruptor y encendió las luces. Se preguntó qué iba a hacer si ella no respondía. O si ya no volvería a responder a sus llamadas. Quizá sería lo mejor, de todos modos.

—Ya me empezaba a preguntar qué había sido de ti. —Como siempre, Niva empleaba un tono travieso que sugería que todo era un juego—. Pensaba que igual te habían echado la bronca en casa y que te habías vuelto a encerrar en tu caparazón.

—¿Puedes echarme una mano?

—Depende.

—Necesito encontrar la dirección de un tal Ossian Kremph.

—Como te he dicho, depende.

—Se trata de un expresidiario que no vive en su dirección oficial. Lo consideramos el principal sospechoso de la muerte y desmembramiento de Adam Fischer y Carl-Eric Grimås. Estamos seguros de que vive realquilado en alguna parte. —Fabian esperó una reacción, pero no hubo ninguna—. ¿Niva? ¿Estás ahí? —preguntó, fingiendo que no la oía respirar.

En realidad, entendía perfectamente a qué venía esa actitud y no podía negar que ella tenía razón. Él había hecho una promesa y debía cumplirla. Al fin y al cabo, no tenía por qué ser más que un encuentro con una antigua compañera.

—¿Qué tal mañana por la noche?

El silencio que se produjo a continuación fue lo bastante prolongado como para que él se arrepintiera.

—Quedemos a las nueve en el Lydmar —respondió Niva por fin—. ¿Tienes el número de su carnet de identidad?

Él recitó el número mirando sus notas —540613-5532—, y oyó cómo ella tecleaba de inmediato.

—Está registrado en Norsborg.

—Sí, pero como he dicho, tenemos la información de que vive realquilado en otro sitio.

—Vamos a ver su banco… Está en el Nordea y tiene una tarjeta normal de débito vinculada a su cuenta personal.

—¿Trabaja? ¿De dónde saca el dinero?

—No, no trabaja. Cobra varios subsidios y es de suponer que también un alquiler por el piso de Norsborg.

—¿Tiene otras cuentas?

—Seguramente, pero en esta tarjeta de débito hay suficientes transacciones como para poder localizarlo. —Fabian oyó como tecleaba de nuevo.

Mientras aguardaba, se sentó en el asiento del inodoro y se preguntó qué le diría a Sonja, si es que debía decírselo. Tal vez su mujer no esperaba que volviera a casa y daría por supuesto que iba a quedarse trabajando por la noche. Debía de haberse enterado de lo ocurrido por las noticias y, probablemente, ya se imaginaba que llegaría muy tarde durante varias noches. ¿Era por eso por lo que no había reaccionado a su intento de explicación?

—Utiliza regularmente tres cajeros. Uno del centro comercial Ringen en Skanstull, otro frente al supermercado Konsum de Gotlandsgatan y el último en la sucursal del banco Nordea de Bondegatan. Yo diría que vive en algún punto entre Ringvägen y Bondegatan, alrededor de Götgatan.

—Podrían ser varios miles de apartamentos. Y si está realquilado de segunda o de tercera mano, es posible que su nombre ni siquiera aparezca en la puerta.

—Yo indagaría sobre la época que pasó encarcelado. ¿Podría ser que hubiera conocido a alguien allí? —sugirió Niva. Fabian ya la oía iniciando otra serie de búsquedas.

—Pero él estuvo en reclusión psiquiátrica, de manera que no habrá habido muchos…

—Ya lo sé, pero en 1996 lo consideraron lo bastante curado como para trasladarlo a la prisión Kumla, donde cumplió los últimos diez años con medicación y terapia continuada.

—Sí, y ahora se supone que está completamente curado —dijo Fabian, que, como los demás miembros del equipo, no comprendía cómo podían declarar sano a alguien que había mutilado, torturado y arrancado los ojos a sus víctimas—. ¿Y qué me dices de los compañeros de prisión? ¿Alguna coincidencia?

—No lo parece. Al menos entre los presos con los que pasó seis meses o más. Uno de ellos está registrado en Lindvallsgatan, en la zona de Hornstull, y otro en Tantogatan, pero nadie dentro de ese radio de tres manzanas.

—Redúcelo de seis a tres meses.

—Ya lo estoy haciendo, pero hay un montón de nombres que revisar.

—Prueba con el terapeuta.

—¿El terapeuta?

—Sí, debe de haber visitado a alguno casi a diario.

—Por desgracia, vive en Gamla Enskede. En la misma calle que tu compañera Malin Rehnberg. Quizá ella lo conoce y va a su casa, calzando sus Crocs, para pedirle azúcar o hablar de los niveles de ruido y la necesidad de poner más badenes.

—No creo que las Crocs sean su estilo exactamente —dijo Fabian. Tuvo la sensación de que la amargura de Niva por el hecho de seguir soltera todavía rezumaba a través del teléfono como un lodo viscoso y amarillento.

—Me han dicho que está embarazada.

—De gemelos.

—Qué bonito.

—No tanto, si se lo preguntas a ella. Por ahora parece dispuesta a ofrecérselos al primero que pase.

—La hija…

—No sé si han averiguado ya el sexo… O sí, espera, son dos chicos.

—No me refería a Malin, sino al terapeuta.

Fabian no entendía de qué estaba hablando.

—La hija del terapeuta. Está registrada en un apartamento. En el sesenta y siete BE de Blekingegatan, pero ahora está estudiando en Lund. Es una posibilidad muy remota, pero quizá valdría la pena probar.

—Sin duda. No sé cómo darte las gracias.

—Sí lo sabes. Nos vemos mañana por la noche.

Sonó un clic, y Fabian se levantó del inodoro y se guardó el teléfono en el bolsillo.

Suponiendo que fuera cierto, no le quedaba claro si el terapeuta habría quebrantado la ley o violado sus normas profesionales. Pero en todo caso, habría traspasado un límite ético.

—Fabian, ¿qué estabas haciendo? —Malin se le acercó en cuanto apareció por la puerta del baño.

La pregunta era retórica. Ella ya se lo había figurado, gracias a ese don especial que siempre había demostrado con respecto a él. «Eres tan previsible como el pato Donald en Nochebuena», solía decirle. Risk no había conseguido ocultarle ningún secreto desde que trabajaban juntos y, sin embargo, aún se ponía a la defensiva como una mula obstinada.

—¿Es que no puede uno hacer sus necesidades?

Malin soltó un bufido y asomó la cabeza en el baño.

—Veo que has bajado el asiento del inodoro después de usarlo. Y ni siquiera te has molestado en dejar la pila mojada. ¿Era Niva?

Él ya se disponía a confesarlo, pero no consiguió meter baza.

—Sé lo que estás pensando, Fabian. Pero te aseguro que esa chica no es trigo limpio. Niva Ekenhielm es un terremoto viviente que anda por ahí con dos piernas flacuchas y que hinca sus dientes en cualquier marido que no se conforma con lo que tiene en casa.

Él trató de adoptar una expresión imperturbable.

—No te quedes ahí mirándome como un idiota. Sabes perfectamente de lo que estoy hablando.

—No, la verdad es que no. —Ni él mismo podía creer lo patético que sonaba. Por suerte, no tuvo que hundirse más en la ignominia, porque aparecieron Tomas y Jarmo.

—Aquí estáis. ¿Venís con nosotros? —preguntó Tomas, que se había atado la pistolera.

—¿Adónde vais? —dijo Malin.

—Cyber-Wojtan no encuentra otra dirección, así que vamos al apartamento de Norsborg donde quedó registrado por última vez —dijo Jarmo mientras se ponía su chaqueta de cuero—. Con un poco de suerte, encontraremos alguna pista.

—Mejor vayamos aquí —indicó Fabian abriendo su cuaderno de notas—. Tengo más confianza en esta dirección.

—A ver. —Malin cogió el cuaderno—. ¿Cómo la has conseguido? Mejor dicho, ¿cómo la ha conseguido Niva?

—¿Niva? —Tomas miró a Fabian—. ¿Niva Ekenhielm?

—Es una posibilidad remota. Pero hay una serie de factores que indican que Ossian Kremph

está realquilado en el apartamento de la hija de su terapeuta, quien, por cierto, vive en la misma calle que tú, en Enskede —soltó Fabian, notando que estaba enderezando el bote de nuevo.

Pero Malin no escuchaba lo que le decía. Miraba fijamente la dirección.

—El sesenta y siete BE de Blekingegatan. Quizá estoy equivocada, pero esto no es… —Alzó la vista y los miró—. ¿No está en la misma manzana que el apartamento clausurado de Östgötagatan?

37

Benny Willumsen no sabía cómo reaccionar. Sus pensamientos y emociones se arremolinaban. Por un lado, sentía una creciente ansiedad ante el dolor que podía estar a punto de sufrir; por otro lado, no le cabía duda de que merecía un castigo. Tal vez se trataba de alguna de sus primeras víctimas (o de sus fracasos, como él prefería decir). Aunque le sorprendía que hubiera hecho falta tanto tiempo para que alguna de ellas se tomara la justicia por su mano.

Aún no estaba dispuesto a morir. Lo atormentaba pensar en la cantidad de cosas que deseaba lograr. Su bloc estaba lleno de esquemas de sencillos artilugios que conseguirían mejorar sus actos, como el látigo con cuchillas de afeitar, o la ducha de agua hirviendo. Todos sus diseños tenían en común un objetivo muy simple: hacer sufrir a la víctima el mayor tiempo posible. Pero quizá nunca podría probar sus inventos. Y, pese a todo, no era capaz de eludir una sensación de placer mientras aquellas manos planeaban ingrávidas sobre su piel desnuda, haciéndole estremecer con cada leve roce. Se deslizaron con suavidad sobre su pecho —todavía firme e hinchado tras su última sesión de ejercicios— y continuaron por sus abultados abdominales, que constituían su mayor orgullo.

Aunque pasaba de los cuarenta, nunca en su vida había estado en tan buena forma. Aparte de musculoso, estaba proporcionado y flexible gracias a practicar yoga durante algunos años. Además, casi le había desaparecido la grasa subcutánea, de manera que se le marcaban todas las venas y los tendones. Si alguna vez había estado en condiciones de que lo observara y tocara un extraño, sin duda era entonces.

Nunca se había encontrado en una situación similar —atado desnudo sobre una mesa con los ojos vendados—, y ni siquiera en sus fantasías más salvajes se le había pasado por la cabeza que algo de ese tipo pudiera provocarle placer. Pero así era. Aunque estaba asustado, debía reconocer que la incertidumbre lo excitaba. Hallarse indefenso contrastaba por completo con todas las veces que él había sido la parte activa, la persona que planeaba, actuaba y ejecutaba.

No es que no le gustara estar al mando; al contrario, le encantaba. Disfrutaba llevando el timón en solitario. Poseer todo el poder sobre la vida de otra persona, ver incluso el miedo en sus ojos cuando descubría que estaba a su merced, era una sensación que superaba casi cualquier otra. Cada etapa del proceso ofrecía posibilidades de gozar. Si te apresurabas, corrías el riesgo de perderte los pequeños matices, como ese momento en que el miedo se convertía en terror cuando descubría que no solo tenías el poder sino que pensabas usarlo.

Cada nueva fase llevaba a las víctimas a dar un paso más allá y, una vez que lo habían dado, ya no podían recuperar la inocencia. Con los años, había aprendido a exprimirles hasta la última gota de temor, a mantenerlas en una fase determinada todo el tiempo que quería, antes de

conducirlas más lejos por ese camino que él mismo trazaba.

En los primeros años había buscado provocarles el terror, pero ahora la expectativa que se había impuesto en sus preferencias era la esperanza. Esta aparecía justo después del terror y volvía a iluminarles la mirada. A veces conseguía una sonrisa, incluso una risa casi natural. Lo que más le gustaba entonces era inocularles una falsa sensación de seguridad y permitir que su esperanza creciera tanto que se convirtiera en creíble. Le encantaba convencerlas de que si obedecían y no oponían resistencia, todo saldría bien, y que, entonces, saldrían vivas.

Cuanto más lograba prolongar esa situación, mayor era su recompensa. Entonces disfrutaba observando cómo se daban cuenta de que no tenía sentido albergar esperanzas. Por mucho que rogaran y suplicaran, aquello solo podía terminar de una manera. Todavía inhalaban y su corazón seguía bombeando sangre como si nada, pero sus ojos no se engañaban. Sabían lo que se avecinaba. No había nada más hermoso que ese momento, cuando una mirada se ablandaba y parecía rendirse.

Las manos le rozaron ligeramente la entrepierna y continuaron a lo largo de los muslos. Por primera vez, no podía hacer otra cosa que esperar y recibir. Aunque conocía el final, disfrutaba de sus últimos momentos sin remedio.

Respiró más profundamente y su miembro cobró vida. Sentía el fluir de la sangre, agrandándolo y endureciéndolo a medida que esas manos suaves se aproximaban.

Al principio había creído que eran unas manos femeninas, pero ya no estaba tan seguro. A diferencia de muchos otros hombres, él nunca se había detenido a pensar si tal vez era homosexual… o bisexual, ya puestos. Toda su vida había estado seguro de que era hetero y de que dejaría de excitarse en cuanto un hombre lo tocara.

Pero al parecer su cuerpo no tenía preferencias, porque su erección había adquirido el tamaño completo, y estaba tan henchida y rebosante de sangre que notaba cómo se movía al ritmo de sus palpitaciones. Seguro que la persona que se dedicaba a jugar con él estaba impresionada. Con una longitud de veintinueve centímetros y una circunferencia de dieciocho y medio, era más grande que la de la mayoría de hombres.

Entonces las manos lo tocaron al fin: pasadas ligeras y casi imperceptibles que iban desde la base hasta la punta a lo largo de la cara interna. No lo sabía con certeza, pero estaba casi seguro de que la punta de una lengua estaba jugando alrededor de su glande palpitante.

Ya no recordaba exactamente qué se había imaginado, pero desde luego no esperaba que fueran a mantenerlo con vida tanto tiempo. Lo único que podía hacer era dar gracias y disfrutarlo mientras durase. En cualquier momento podía terminarse todo. Sentía que su cuerpo se iba preparando para morir. Cada uno de sus músculos se hallaba en tensión y, además, había empezado a sudar como un bebé atrapado en un coche bajo el sol. Un tajo bien dado con el cuchillo carnicero que tenía en la cocina y se desangraría en quince minutos.

Pero las manos le sujetaron el miembro por la base endurecida y lo alzaron de forma que apuntara hacia arriba. Una boca cálida y húmeda recorrió su glande con más profundidad. Todavía no podía asegurar si se trataba de un hombre o de una mujer, pero cuanto más tiempo actuaban la boca y la mano en perfecta armonía, menos le importaba.

Él solía masturbarse un par de veces a la semana porque le servía para mantenerse más o menos calmado. Pero en las últimas semanas no se había tocado siquiera y se había centrado en sus ejercicios, dejando que subiera la presión. Si se acababa corriendo, iba a salir un chorro brutal.

No quería que todo se acabara antes de haberse corrido. Después podían hacerle lo que quisieran. Cualquier cosa, con tal de que pudiera…

Notó que se le contraían las pelotas y que su tensa erección se preparaba. Tras la primera descarga, su miembro continuó bombeando semen como si nunca se fuera a agotar.

Cuando estuvo completamente seco, las manos lo soltaron, y él pudo relajarse y aflojar todo el cuerpo. Estaba a punto de quedarse dormido. Notaba como si se hundiera a través de la mesa, adentrándose más y más en la oscuridad.

Fuera lo que fuese lo que lo aguardara, estaba dispuesto a asumir el castigo.

38

Fabian no entendía por qué los demás parecían tan seguros de sí mismos cuando llamaron al timbre del apartamento y esperaron con las pistolas desenfundadas, como si supieran de sobra lo que les esperaba al otro lado. O quizá, sencillamente, tenían más confianza que él en que sus armas los protegerían. Pese a sus veinte años en el cuerpo, no había disparado nunca su pistola, salvo en el campo de tiro. No se imaginaba la posibilidad de atravesar a alguien con una bala, aunque se decía que, cuando llegara el momento, estaría preparado. La cuestión era si ese era el momento, o si encontrarían una humareda blanca, y acabarían anestesiados, y Ossian Kremph les sacaría los ojos. O quizá resultaría que no estaba en casa, o que ni siquiera vivía allí.

Después de llamar varias veces sin obtener respuesta, Tomas se empeñó en forzar la cerradura con su llave maestra. Media hora más tarde, se vieron obligados a llamar a un cerrajero de verdad, que abrió la puerta en diez minutos. Lo cual, de todos modos, era mucho más tiempo que los treinta segundos que costaba abrir una puerta. Entraron por fin, y vieron que había un montón de cerrojos adicionales en la parte de dentro, lo que explicaba que hubieran tardado tanto.

Un mensaje de texto le impidió a Fabian entrar en el apartamento al mismo tiempo que los demás. Era de Sonja; le decía que no sabía a qué hora volvería esa noche del estudio, que había hablado con la adolescente de la casa vecina para que fuese a buscar a Matilda a la escuela y que se quedara hasta las seis y media… Luego, por lo visto, tenía planes para ir al cine. Él respondió asegurándole que volvería a casa antes de esa hora y le deseó buena suerte con sus cuadros.

No tuvo que dar más que un paso en el interior del apartamento para descubrir que la posibilidad remota de Niva había resultado cierta contra todo pronóstico. Era imposible que una persona cuerda viviera ahí dentro.

—Joder, joder, joder —masculló Tomas guardándose el arma en la pistolera.

—Y yo creía que tenía la casa desordenada —dijo Malin al recorrer con la vista la sala de estar, tan abarrotada de cachivaches y desperdicios que Hillevi Stubbs y sus hombres tardarían una eternidad en revisarlo todo.

—Así es como está más o menos el piso de Jarmo desde que se divorció. Aunque tú tienes más revistas porno —dijo Tomas con una sonrisa burlona, y dio unas palmaditas a una pila de dos metros de diarios gratuitos.

—Cierra el pico y haz algo útil —masculló Jarmo, y se dirigió hacia el dormitorio.

—Propongo que nos dividamos y que cada uno registre una habitación —sugirió Tomas cogiendo un diario de la pila.

—¿No es lo que estamos haciendo? —comentó Malin, que revisaba el contenido de una serie

de bolsas de basura negras.

—¿No estamos un poquito quisquillosos hoy? —aventuró Tomas—. Al menos, no cabe duda de que hemos venido al lugar correcto. —Alzó un diario, en el cual los ojos de todas las personas retratadas estaban cuidadosamente recortados—. Mirad. Ha usado un bisturí para cortar las fotos de cada página.

Fabian conectó sus auriculares al iPod y puso *No Balance Palace*, de Kashmir, su grupo danés favorito, para abstraerse de los demás y dejar que el apartamento hablase por sí solo.

Se trataba de un piso esquinero, que daba tanto a Blekingegatan como a Östgötagatan. En el rincón redondeado del fondo, junto a una ventana, había una mesa de cocina. La distribución le resultaba familiar, aunque no sabía por qué. Echó un vistazo por la ventana y cayó en la cuenta. Esa panorámica de la calle la había visto desde el apartamento clausurado de Östgötagatan, en cuya nevera habían encontrado los ojos de Fischer y Grimås. No quedaba muy lejos de allí. No era demasiado aventurado suponer que Kremph usaba un apartamento para vivir y otro para matar a sus víctimas. Miró en derredor y observó el viejo papel pintado y los desconchones del techo. La vivienda necesitaba una renovación a fondo. Tal vez por eso podía permitirse alquilarla.

Todos los estantes y cajones estaban repletos de cosas. No había ningún hueco vacío. En cuanto había entrado, Fabian, igual que los demás, había tenido la sensación de que aquello estaba más desordenado que un trastero atestado de basura. Pero entonces se dio cuenta de que en realidad no estaba desordenado en modo alguno. Sí, había algunas cosas tiradas por el suelo, pero la mayor parte de ellas estaban organizadas en montones, apiladas y clasificadas con mucho esmero. Ossian Kremph era sin duda un maníaco del coleccionismo.

Risk entró en la habitación del fondo y echó un vistazo. Parecía usarse como despacho y contaba con un viejo escritorio de madera, situado contra una pared, y una silla. En contraste con el resto del apartamento, no había nada encima de él. Se acercó y se sentó en la silla, que crujió bajo su peso. Bajo el tablero del escritorio había tres cajones situados en horizontal. No tenían tirador, pero sí cerradura. Como no estaba echada la llave, pudo abrirlos empujando desde debajo.

El cajón de la derecha contenía unas tijeras, un bisturí y un rollo de cinta de embalar. El central, un álbum lleno de recortes de periódico con fotografías de Carl-Eric Grimås y Adam Fischer. Todas ellas —tomadas en momentos y escenarios distintos— tenían una cosa en común: les faltaban los ojos, igual que en los diarios gratuitos que Tomas había encontrado. A Risk le impresionó la personalidad que imprimían unos ojos: sin ellos, Grimås y Fischer parecían más bien unos zombis.

El cajón de la izquierda también contenía fotografías, pero no estaban pegadas en un álbum ni recortadas de los periódicos. En este caso, daba la impresión de que había sido Kremph quien manejaba la cámara. Eran unas treinta y tantas, todas tomadas en el interior de un autobús. Mostraban a diversos pasajeros leyendo, conversando o mirando ensimismados por la ventanilla. Y por lo que Fabian apreció de un simple vistazo, ninguno aparecía en más de una foto: ninguno, excepto una mujer que salía en todas.

Una mujer con los ojos recortados.

¿Había aún otra víctima? ¿Por eso no estaba Kremph en casa?

Dejó las fotos sobre el escritorio para examinarlas con más detenimiento, pero lo interrumpieron unas voces estridentes que ahogaron la música de «The Cynic» de David Bowie.

Se quitó los auriculares y fue corriendo a reunirse con los demás, que estaban con las pistolas desenfundadas y chillaban todos a la vez.

—¡Túmbese boca abajo! —gritó Tomas sujetando el arma con ambas manos—. ¡Al suelo, he dicho!

Risk no daba crédito a lo que veía: Ossian Kremph estaba inmóvil como una estatua en medio de la habitación, entre los montones de periódicos, con una bolsa de la compra en la mano. Era casi como si hubiera surgido de la nada, y parecía tan sorprendido como ellos.

—Pero no hay derecho. No pueden… —balbució meneando la cabeza.

—¡Tenga por seguro que sí podemos! —dijo Tomas—. ¡Al suelo, maldita sea!

—No, no hay derecho. No tienen…

—Será mejor que obedezca —le indicó Jarmo, también con la pistola en ristre.

A Fabian le llamó la atención lo bajo que era aquel hombre y lo distinto que resultaba al natural, en comparación con la imagen del vídeo de vigilancia en el que aparecía como un guardia luciendo bigote y una abultada barriga. ¿Acaso lo que le abultaba entonces eran los instrumentos quirúrgicos ocultos bajo la ropa?

—No… Esto no está bien, nada bien. —Kremph meneó la cabeza con más fuerza y, soltando la bolsa de la compra, agitó los brazos—. ¡Tienen que marcharse! ¡Fuera de aquí!

—Cierre la boca y túmbese —ordenó Tomas.

—Ossian, escúcheme —intervino Malin, con la pistola en una mano y la placa en la otra—. Somos agentes de policía, y me parece que ya sabe por qué estamos aquí. Será mejor que mantenga la calma y que haga lo que le decimos.

Kremph se serenó un poco y asintió.

—Muy bien. Ahora ponga las manos en la cabeza y arrodíllese muy despacio.

Él alzó las manos y empezó a agacharse de mala gana. Pero entonces, sin previo aviso, giró en redondo y desapareció corriendo hacia el pasillo.

—¡Alto! —gritaron Tomas y Jarmo a la vez.

Pero ya era demasiado tarde. Kremph había salido del apartamento y, a juzgar por el eco, estaba bajando la escalera.

—¿Qué demonios estamos haciendo? ¡Ha escapado, maldita sea! —gritó Tomas, y echó a correr tras él.

Ossian Kremph salió disparado a Blekingegatan y corrió con todas sus fuerzas hacia Götgatan. Sabía que era más rápido que mucha gente —siempre lo había sido— y, pasara lo que pasase, no tenía intención de dejarse atrapar. Otra vez, no. Debía bajar al metro para ponerse a salvo. Ya tenía estudiadas las rutas de huida y sabía cómo escabullirse de los putos polis ante sus propias narices.

¿Por qué había sido tan ingenuo? No era nada propio de él. Y lo cierto es que los había visto deambular por la calle desde hacía unos días. Se había prometido que estaría preparado por si llamaban a su puerta y, sin embargo, había caído en la trampa estúpidamente.

Ya no le faltaba mucho. Había de cruzar Götgatan y después zambullirse en el inframundo. Sabía cómo abrirse paso en la entrada del metro de forma expeditiva, o sea, apartando a todos los cabrones que ignoraban que debían mantenerse a la derecha.

Oía los gritos de la policía a su espalda, ordenándole que se detuviera y pusiera las manos

sobre la cabeza. Podían gritar todo lo que quisieran. Ya estaba harto de obedecer y portarse bien.

Una vez en el andén, saltó sin vacilar a las vías y se adentró corriendo en la oscuridad. Enseguida llegaría a su destino: un lugar donde nunca lo encontrarían.

Había estado de suerte. No había ningún tren en la estación y todo se hallaba en silencio en las vías. Oyó un ruido detrás, algo así como el reventón de un neumático. Aunque estaba claro que allí no había coches. No dedujo qué era hasta que le falló la pierna izquierda; eso dio lugar a que cayera en plancha y se golpeara la cabeza con las vías.

Otro sonido diferente lo hizo volver en sí y comprender lo que estaba a punto de ocurrir. Era el traqueteo característico que indicaba que se aproximaba un tren.

39

Este era el peligro sobre el que su padre la había prevenido tantas veces, pensó Katja Skov, que no sabía dónde estaba ni de qué modo había acabado ahí. Él había invertido una fortuna en sistemas de seguridad y le había advertido que bajo ninguna circunstancia saliera de la casa de Snekkersten a menos que lo tuviera planeado por anticipado con los guardaespaldas. Katja no soportaba aquel encierro. Era como estar bajo arresto mientras sus amigos salían de juerga por Copenhague. Pero su padre casi no hablaba de otra cosa últimamente: de esas agresiones a blancos fáciles que se estaban convirtiendo en más y más corrientes a medida que los robos tradicionales resultaban menos fáciles de ejecutar.

Y ya era un hecho: estaba viviendo la peor pesadilla de su padre.

La habían secuestrado y se la habían llevado a la fuerza como si fuera la víctima de una de esas películas malas que sabías que acababan bien; pero esto no era una película.

Intentó calcular cuánto rato llevaba allí, pero enseguida desistió. Teniendo en cuenta lo que había consumido la noche anterior, su sentido del tiempo no era fiable en absoluto. Además, estaba todo oscuro: tan oscuro que no veía nada a diez centímetros, a pesar de que sus ojos deberían haberse adaptado hacía mucho.

Sin duda estaba encerrada en un lugar angosto. Intentó rascarse la nariz, pero no había espacio suficiente. La envolvía algo rígido, acaso una alfombra; oía crujidos y notaba a su alrededor olor a plástico. Debería estar asustada, pero no tenía energías para preocuparse. Seguro que aquella situación se acabaría arreglando.

Cerró los ojos para tratar de centrarse en lo que había ocurrido, pero empezó a darle vueltas todo y a dominarla una sensación de ingravidez. Aún estaba colocada, y como no se le pasara pronto no iba a poder distinguir dónde tenía los pies y dónde la cabeza.

Supuso que pretendían asustarla, que querían que se pusiera a dar golpes y berridos. Pero no pensaba complacerlos. Iba a quedarse tan callada que serían ellos los que se inquietarían. Y cuando vinieran por fin a sacarla de la oscuridad, se haría la muerta, tal como debías hacer si caías en el cubil de un oso.

No se imaginaba cómo reaccionarían al descubrir que su plan para sacar millones era inútil.

Pensó en la fiesta. Se suponía que iba a ser algo «tranqui», pero había degenerado en una orgía descarada; la gente esnifaba casi todo el alijo que ella tenía almacenado y follaba a saco por los rincones. Claro que así era como funcionaban las cosas la mayoría de veces: las fiestas más divertidas y exitosas eran las imprevistas.

Y cuando Niels propuso que fueran a Helsingør a dar la vuelta en ferri como auténticos suecos (en realidad, no había sido Niels, sino esa chica que alguien había traído), ella no había

podido decir que no. La mera idea de largarse sin decírselo a su padre o a uno de los guardias la volvía loca de alegría.

El grupo estaba compuesto por sus amigos más íntimos y algunos más cuyos nombres no conocía. Salieron de la casa por la ventana del baño y lograron saltar el muro usando la rama de un árbol que asomaba por encima.

Los taxis los estaban esperando en Strandvejen y, antes de darse cuenta, se hallaban todos sentados en el ferri sueco en dirección a Helsingborg. Estaban decididos a seguir la juerga y a mantener a raya el aburrimiento cotidiano, que era como ella había vivido los últimos diez años.

Su padre había hecho todo lo posible para que sentara la cabeza y cuidara de sí misma. Y Dios sabía que ella lo había intentado todo, desde un empleo en una de las muchas empresas paternas, hasta la terapia, la actividad física y la medicación. Pero nada lograba librarla de la sensación de que no tenía nada que perder, de que todo podía terminar en cualquier momento. Lo mirara como lo mirase, sabía que tenía los días contados, así que… ¿por qué no exprimirlos al máximo? Había que vivir cada uno como si fuera el último: el jodido *carpe diem*.

Desde luego, no era eso lo que su padre había pensado cuando ella había recibido el diagnóstico al principio. Él había movido cuantos hilos había podido. Si de él hubiera dependido, Katja habría desarrollado una brillante carrera y trabajado por lo menos sesenta horas semanales. Pero ¿para qué? Ya tenían más dinero del que podrían gastar jamás.

No es que no pudiera comprender la decepción de su padre, sobre todo en los primeros años, pero habían transcurrido más de diez y esa decepción seguía impregnando la relación entre ambos. Él intentaba ocultarla, pero casi siempre su mirada destilaba amargura, y algunas veces, si se leían entre líneas las cosas que le decía, daba la impresión de que incluso se arrepentía de haberla ayudado.

Percibió una vibración y oyó un motor que arrancaba. Quizá fue porque dedujo que estaba en el maletero de un coche o porque notó que se movían, pero se percató de que estaba asustada. Más que asustada: aterrorizada. Entonces sí se le ocurrió que se trataba de algo real y no una broma pesada. Se acordó de golpe de aquella pobre mujer que había visto en las noticias. Karen Neuman, así se llamaba. Pero ¿no había anunciado la policía que ya había atrapado a su asesino? El terror la recorrió de pies a cabeza como una descarga de alto voltaje. Cada músculo se le tensó espasmódicamente, y se puso a chillar con todas sus fuerzas.

La alfombra amortiguaba con tanta eficacia sus gritos que enseguida se dio por vencida. Notó que avanzaban poco a poco. Pasaron unos baches y luego la calzada se volvió regular. «Estamos bajando del ferri», pensó. Si era en Dinamarca o en Suecia, no lo sabía.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, tomó conciencia de cuánto podía perder.

40

Dunja intentó tragarse el nudo que notaba en la garganta mientras miraba a los periodistas y fotógrafos que tomaban asiento frente a ella. Cuanto más se llenaba la sala, más incómoda se sentía.

No le sorprendió el interés suscitado por la rueda de prensa, pues Aksel Neuman era un personaje conocido para muchos, e incluso para ella, desde que había iniciado su programa de radio «Las voces de la noche», aunque no se había convertido en una celebridad hasta su aparición en *Bailando con las estrellas* y, después, en su propio espectáculo televisivo. Pese a ello, no se imaginaba una expectación tan enorme como para haber tenido que trasladar el acto a la sala grande con el fin de dar cabida a los asistentes. Todavía seguía entrando gente, y quizá no cabrían todos.

Si hubiera dependido de ella, más bien habría preferido formar parte del operativo en el apartamento de Benny Willumsen en Malmö. Pero Sleizner se había empeñado en que se sentara a su lado, subrayando lo importante que era para su carrera que apareciera de vez en cuando en los medios y no se limitara a trabajar entre bastidores. «Considerando lo bien que le ha ido a él, a pesar de que nunca ha hecho un trabajo policial de verdad, debe de saber de qué habla», pensó Dunja, notando que el labio superior se le empezaba a perlar de sudor.

La culpa era del traje que llevaba. Daba demasiado calor; la tela no era transpirable y ella se sentía como una salchicha embutida. Se lo había regalado Carsten por las Navidades del año anterior, pero era dos tallas más pequeño de la cuenta, como siempre ocurría cuando él le compraba ropa. Estaba segura de que había perdido más de dos kilos desde entonces, pero la diferencia apenas se detectaba.

Miró a Sleizner, que le sonrió, mientras sacaba un pañuelo y se lo aplicaba con suavidad sobre el labio superior. Confiaba en que el sudor no fuera visible; temía arruinarse el maquillaje si intentaba secárselo. «Estas malditas gotitas que se empeñan en aparecer en los momentos más inoportunos», masculló para sí, y se decidió a usar el pañuelo con mucho cuidado.

—¿Estás bien? —le preguntó Sleizner. Ella le dirigió una sonrisa lo más convincente posible. Pero por descontado no dio resultado, porque él se inclinó con discreción, le puso la mano en el muslo y le susurró al oído—: Tú relájate y déjame llevar el timón hasta que lleguemos a puerto. Una vez allí, prometo darte una buena oportunidad para lucirte.

Ella volvió a asentir. Básicamente, porque no sabía cómo reaccionar. Aunque, en el fondo, sí lo sabía, y la verdad era que no deseaba plantarle cara.

—Quiero empezar dándoles la bienvenida a todos. —Sleizner retiró la mano del muslo de Dunja y contempló a la multitud—. Me llamo Kim Sleizner y, para los que no me conocen, les

diré que soy el jefe de la Unidad de Homicidios de Copenhague. Tengo aquí a mi lado a Dunja Hougaard, que para muchos de ustedes será una cara nueva. Es la primera vez que aparece conmigo en este estrado, así que espero que sean amables con ella.

Sonaron algunas risas dispersas, y ella esbozó una sonrisa lo más profesional posible.

—Dunja dirige la investigación del asesinato de Karen Neuman y ha llegado a una interesante serie de conclusiones. No solo hemos conseguido identificar al principal sospechoso, sino que al parecer podremos cerrar cinco antiguas investigaciones de homicidio: cinco casos que se nos han resistido durante años. Y además —prosiguió alzando un dedo—, parece que vamos a poder ayudar a nuestros colegas suecos en una investigación en la que ellos han fracasado. Pero voy a pasarle la palabra a la agente Hougaard. —Se volvió hacia ella—. Adelante.

—Muchas gracias. Mmm… Sí, tal como ha dicho Kim Sleizner, nos enfrentamos a un asesino que actúa en ambas orillas del Estrecho —dijo. Un hilo de sudor le descendía por la espalda—. Nuestro principal sospechoso, que aún anda suelto, se llama…

—¡Más cerca del micro! ¡Que no se oye! —gritó alguien.

—Perdón. —Ella se inclinó sobre el micrófono—. ¿Así?

—Sí, pero sería mejor si lo encendieras —dijo Sleizner, lo que arrancó de nuevo algunas risas.

Dunja soltó también una risa forzada mientras buscaba a tientas el botoncito del micrófono con manos trémulas. La risa se le atascó en la garganta como una bola pegajosa, y le produjo ganas de vomitar y de proclamar a gritos que Kim Sleizner era un cerdo sexista y chovinista y que todos podían irse a la mierda. Y de repente sintió que algo explotaba en su interior.

No le vino nada mal. Al contrario: la serenó. Y cuando volvió a levantar la vista y contempló a los periodistas todavía sonrientes, tuvo que reprimir una carcajada porque le pareció que sus murmullos sonaban como los mugidos de un rebaño de vacas en celo. Las manos dejaron de temblarle. Encendió el micrófono con calma.

—¿Me oyen todos ahora? Uno, dos. Uno, dos —dijo sacando el micrófono del soporte para sujetarlo con más comodidad—. ¿Tú también, Kim?

Sleizner asintió, aunque no parecía nada divertido.

—¡Magnífico! Y ahora se acabó la diversión —prosiguió, y pulsó el botón del mando para que apareciera proyectada a su espalda una fotografía—. Este es Benny Willumsen. Es ciudadano danés, pero vive en Malmö. Hace unos dos años, la policía sueca lo detuvo por este crimen. —Volvió a pulsar el botón y apareció una imagen de la escena de Rydebäck: una mujer tendida sin vida en una playa. La sábana blanca que cubría el cuerpo parcialmente estaba manchada en muchas zonas por la sangre que había manado de las profundas heridas.

—Sin entrar en detalles, podemos confirmar que hay una serie de llamativas similitudes entre este caso y el asesinato de Karen Neuman cometido en Tibberup, aun cuando el asesino fue todavía más lejos en este último y… —Dunja se interrumpió y miró su móvil, que estaba vibrando frente a ella sobre la mesa. Era Sverker Holm, de la policía de Helsingborg, o «Klippan», según lo llamaban al parecer.

No debería haber dejado el móvil allí encima, y mucho menos encendido, aunque estuviera silenciado. Y sabía que no debía responder bajo ninguna circunstancia. Pero, no obstante, hizo ademán de cogerlo.

—Dunja, quizá deberías guardar el teléfono —cuchicheó Sleizner con irritación. Ella rechazó la llamada y dejó el móvil.

—Perdón. ¿Dónde estábamos?

—La conexión entre el caso sueco de Rydebäck y el de Karen Neuman en Tibberup.

—Bien.

El móvil vibró de nuevo. Esta vez era un mensaje de texto: «Willumsen ha vuelto a actuar. Llámeme cuanto antes».

—¿Qué estás haciendo, Dunja? —Sleizner ahora parecía muy estresado.

Ella leyó una vez más el mensaje y se enfrentó a la mirada perpleja de su jefe.

—Ha vuelto a actuar. Habrás de continuar tú solo. Yo tengo trabajo —dijo y, levantándose, bajó del estrado.

—Ya veo —dijo Sleizner alzando las manos, resignado—. Por desgracia, parece que tendrán que aguantarme a mí otra vez. ¿Dónde nos habíamos quedado?

Dunja marcó el número mientras abandonaba la sala.

—Sí, hola —respondió Klippan. Se oía que estaba arrancando el coche.

—¿Han encontrado a una nueva víctima?

—No. Todavía no.

—¿Es una mujer sueca esta vez? —Dunja siguió hacia los ascensores y pasó junto a un televisor que estaba emitiendo la rueda de prensa en silencio.

—No, es danesa. Se llama Katja Skov. Quizá ha oído hablar de su padre… Ib Skov, ¿le suena?

—Sí, es uno de nuestros mayores empresarios. —Intentó subir el volumen de la televisión—. Pero no sé si entiendo la situación —añadió. No conseguía localizar el botón adecuado y abandonó con frustración su intento de escuchar la emisión de la rueda de prensa.

—Por lo que me han explicado, Katja montó un encuentro o una fiesta en su casa de Snekkersten. De madrugada, ella y algunos amigos fueron en taxi a Helsingør y subieron a un ferri para seguir la juerga. Ya sabe, beber alcohol y hacer varias veces el trayecto de ida y vuelta con el mismo billete.

—Creía que solo los suecos tenían esa costumbre.

—Yo también, pero ellos hicieron lo mismo. Bebieron mucho y, de repente, alguien advirtió que Katja había desaparecido.

—¿Y está completamente seguro de que no se habrá quedado desmayada en un bote salvavidas o algo así?

—El personal ha registrado el ferri dos veces. En cuanto me he enterado de lo ocurrido, he llamado al jefe de Scandlines… ¿cómo se llamaba?

—Sí, ya sé a quién se refiere.

—Le he pedido que revisara los vídeos de vigilancia y, tal como sospechaba, el tipo ha estado allí con el mismo coche.

—¿Quiere decir con el BMW de matrícula danesa de Aksel Neuman?

—Exacto. Al parecer, ha abandonado el ferri en Helsingborg a las doce y veintidós minutos.

Dunja echó un vistazo al reloj. No habían pasado mucho más de dos horas. Una eternidad en estas circunstancias, pero todavía un período hasta cierto punto favorable.

—Klippan, ¿qué le parece si cruzo a Suecia y trabajamos juntos en la investigación?

—Es lo que iba a proponerle. Llámeme en cuanto sepa a qué hora va a llegar a Helsingborg y pasaré a recogerla.

Al colgar, Dunja inspiró hondo varias veces para reducir su taquicardia, pero no le sirvió de nada. Tenía la adrenalina tan disparada como si se hubiera arrojado por un barranco con los tobillos atados.

Echó otro vistazo al televisor y vio que Sleizner concluía la conferencia de prensa y abandonaba el estrado. Teniendo en cuenta lo mucho que le gustaba ser el centro de atención, parecía inusualmente tenso. Lo cual solo podía significar una cosa: que estaba furioso.

En cierto modo lo entendía. Pero, por otro lado, le daba igual.

41

—Hola, Matilda. ¿Qué te pasa? —dijo Fabian al teléfono, mientras cruzaba el pasillo hacia la sala de reuniones.

—¿Cuándo vendrás a casa? He llamado a mamá un montón de veces, pero no contesta.

—Está en el estudio, y seguro que tiene el teléfono apagado. ¿Rebecka no está contigo?

—Sí, pero no me cae muy bien. Se pasa el rato en el balcón fumando y hablando por teléfono. Quiero que vengas tú.

—Pero, cariño, ya sabes que ahora no puede ser. Es la una y media y he de trabajar unas cuantas horas más. Eso sí, cuando termine, te prometo volver directo a casa para que miremos la televisión y pasemos una agradable noche de viernes. ¿Qué te parece?

No hubo respuesta, pero él oyó que la canguro le preguntaba a Matilda si quería jugar al Monopoly.

—Vale, papá. Hasta luego.

Sonó un clic antes de que pudiera responder, así que se guardó el teléfono en el bolsillo y entró en la sala de reuniones.

Tomas, Jarmo y Malin ya estaban esperando. Faltaba Herman Edelman. El ambiente era casi de euforia. Había café recién hecho en un termo y una lata de galletas preparada para circular alrededor de la mesa. Todos se iban a permitir un par de bombas calóricas de más, aunque todavía no.

Según la tradición en estos casos, Edelman aparecería con una bandeja cargada de comida y los felicitaría por el trabajo que habían realizado y que había conducido a la detención de otro criminal. Luego les serviría un *schnapps* a cada uno y los animaría a llenarse los platos de esas delicias que todos habían llegado a apreciar con el tiempo: biscotes Finn con caviar Kalle y cebollas rojas cortadas en finas rodajas.

—También hemos de felicitar a Tomas por ese certero disparo con su arma reglamentaria —dijo Jarmo imitando una pistola con los dedos.

—Reconoce que me salió perfecto. Estamos hablando de un disparo a quince metros en plena oscuridad —aclaró Tomas.

—Pura chiripa —dijo Jarmo, y dio un sorbo de café.

—¿Chiripa? Podría hacerlo otra vez con los ojos vendados.

—Eso ya sería una suerte prodigiosa. Además, se te olvidó hacer un disparo de advertencia.

—No creerás que iba a darle la oportunidad de entregarse a ese hijo de puta. Conseguí derribarlo a la primera. ¡Pam! Justo en el muslo. Tú no has hecho nada parecido en toda tu

carrera. —Tomas le dio una palmada a Jarmo en el hombro.

—No habréis empezado sin mí, ¿no?

Todos se volvieron hacia Edelman, que depositó una bandeja llena de comida en medio de la mesa, y aplaudieron. Repartieron los vasitos de *schnapps*, y la botella helada O.P. Anderson circuló de mano en mano.

—¿Y qué se supone que voy a beber yo? —preguntó Malin.

—Limonada o cerveza sin alcohol —dijo Edelman mientras desenroscaba el tapón rojo del tubo de caviar y, con cuya punta en forma de estrella, perforaba la lámina de aluminioque lo protegía—. O bien puedes tomarte un vasito pequeño y fingir que estás otra vez en Dinamarca.

Todos se rieron mientras se preparaban los biscotes Finn con caviar y añadían cebolla roja. Fabian dio un mordisco y paladeó el gusto intenso de la cebolla mezclado con el salado del caviar y de los biscotes. Era un sabor verdaderamente delicioso, y no comprendía el escepticismo que le había inspirado las primeras veces.

Una vez que todos hubieron comido un poco, Edelman se limpió la barba y alzó su vasito de *schnapps*.

—Quiero aprovechar para felicitaros a todos por este increíble trabajo. Porque habéis detenido al asesino en un tiempo récord… ¡y además, me habéis ahorrado así un montón de ruedas de prensa!

Ellos vaciaron sus vasos de un trago, y el jefe hizo circular la botella por segunda vez.

—Para que lo sepáis, Ossian Kremph fue el primer sospechoso que me vino a la cabeza cuando me enteré de lo que le habían hecho a Grimås.

Todos se miraron entre sí.

—Es cierto, pero no dije nada —prosiguió Edelman mientras se preparaba otro canapé—, porque estaba convencido de que no podía tratarse de él. Pensaba que lo tenían encerrado para siempre. Ni siquiera se me ocurrió que ya podía haber cumplido su condena y estar en libertad. Kremph era un criminal excepcionalmente inteligente, y también el más frío y calculador con el que me he tropezado durante todos mis años aquí: tan frío que le sacó los ojos sin inmutarse a su propio abogado defensor cuando intuyó el derrotero que estaban tomando las cosas. Y luego van y lo sueltan después de trece años nada más. —Negó con la cabeza y vació el vaso de un trago —. No obstante, quedan todavía algunos cabos sueltos, y antes de largarnos para comprar piezas de lencería a nuestras esposas y celebrar las Navidades, debemos dejarlos atados.

—¿A qué cabos sueltos te refieres? —inquirió Malin.

—Aún no sabemos qué ha hecho con Fischer —dijo Jarmo.

—Por ejemplo —aceptó Edelman.

—Y además, tenemos a esta mujer —añadió Fabian, que esparció sobre la mesa algunas de las fotos de la mujer del autobús con los ojos recortados.

—¿Quién es? —Edelman cogió una foto y la examinó.

—No lo sabemos todavía, pero estas fotografías estaban en su apartamento junto con otras similares de Grimås y Fischer.

—¿O sea que puede haber otra víctima encerrada en alguna parte? —dijo el jefe.

—Quizá ella ignora felizmente que era la siguiente de la lista.

—¿Cuándo podremos interrogarlo? —preguntó Malin mientras se preparaba otro biscote.

—Acabo de hablar con el Hospital General Sur de Estocolmo —dijo Edelman—. Están

cosiéndolo ahora mismo.

—Así pues, podríamos verlo en cosa de una hora.

—No tan deprisa. Como es de suponer, no está mentalmente estable después de lo ocurrido.

—Ah, ¿y antes sí? —intervino Tomas, y soltó una risotada.

—Su terapeuta lo considera así, según parece, y ha prohibido las visitas.

—¿Cómo que ha prohibido las visitas? —exclamó Jarmo—. Él no puede obstruir la investigación, ¿no?

—Por desgracia, tiene derecho a impedir todo contacto si está en juego la salud del sospechoso. No olvidemos este detalle. Por muy seguros que estemos de su culpabilidad, en estos momentos no es más que un sospechoso.

—Entonces, ¿cuándo podremos verlo? —repitió Fabian, aunque ya intuía que habría de pasar un tiempo.

—Han prometido decirnos algo pasado el fin de semana, pero dicen que calculemos al menos una semana de espera.

—¿Una semana? —gritó Tomas al tiempo que vaciaba lo que quedaba de *schnapps* en la botella—. ¡Le disparé en la pierna, por el amor de Dios, no en la boca!

—La cuestión es si será posible siquiera un interrogatorio razonable —dijo Malin.

Una semana e incluso dos era un plazo imposible, pensó Fabian. Fischer estaría muerto para entonces casi con toda seguridad, y lo mismo la mujer del autobús.

—¿Y qué hacemos ahora, aparte de esperar aquí de brazos cruzados? —planteó Tomas.

—Nadie se va a quedar de brazos cruzados —dijo Edelman—. Stubbs ya está registrando el apartamento y es posible que encuentre una buena pista.

—Bueno, entonces solo hemos de cruzar los dedos —dijo Tomas, y hundió otro biscotito en el plato de cebollas.

—No creo que vayamos a avanzar mucho más por ahora. —Edelman se puso de pie—. Seguid comiendo. Yo he de preparar una conferencia de prensa. Esperemos que sea la última sobre este caso.

Cuando él abandonó la sala, se quedaron en silencio. El júbilo del principio se había extinguido.

—Bueno, si no pasa nada, nos vemos el lunes —dijo Fabian, y retiró la silla hacia atrás.

—Por supuesto. Buen fin de semana —respondió Jarmo.

—Igualmente a todos. —Fabian salió de la sala y oyó que Malin se apresuraba a seguirlo.

—¿Vas para casa?

—Sí, pero no a la mía. Voy a tu calle.

—¿Qué? No te entiendo…

—Y tú vas a acompañarme a hacerle una visita a uno de tus vecinos.

42

Era una carrera contra reloj. Había que compensar a toda costa la ventaja de dos horas y pico de Willumsen. Cada segundo era precioso. Por desgracia, había perdido un montón de tiempo quitándose el traje. Se le había atascado la cremallera de la falda y, después de probar con cuidado varias veces en ambos sentidos, Dunja la había estirado brutalmente de pura exasperación, de tal modo que se había partido y había acabado en la papelera. Necesitó un paquete entero de pañuelos de papel para secarse el sudor de todo el cuerpo.

Menos mal que hasta el último miembro del departamento se había ido a casa; por tanto, pudo cambiarse con tranquilidad frente a su escritorio. En cuanto se puso los tejanos y el polo, volvió a sentir que era ella misma otra vez. Recogió los expedientes de los casos antiguos y apagó el ordenador.

—Así que era aquí donde te escondías…

Dunja se giró.

—¿Qué ha ocurrido ahí dentro? —dijo Sleizner acercándose—. Tiene que haber sido algo increíblemente importante para que salieras en mitad de la rueda de prensa.

Ella asintió y guardó los expedientes en el bolso.

—Era la policía de Helsingborg. Willumsen ha vuelto a actuar. Ha secuestrado a una joven en el ferri a Suecia. Tengo que llegar allí cuanto antes. Te llamaré para explicártelo mejor cuando esté en el tren. —Se echó el bolso al hombro y se dispuso a marcharse.

—No tan deprisa. —Sleizner la sujetó del brazo y el bolso cayó al suelo—. Vamos a tomárnoslo con un poquito de calma.

—Kim, perdona, pero no tengo tiempo…

Él le apretó el brazo con más fuerza mientras le ponía el índice de la otra mano en los labios para hacerla callar.

—Ahora escúchame a mí. ¿Entendido?

Dunja asintió. Sleizner aflojó un poco, sin soltarla.

—¿Tienes idea de la situación en la que me has puesto hace un momento? —Se puso a caminar alrededor de ella poco a poco—. Te he confiado una investigación por la que algunos miembros del departamento habrían dado su brazo derecho. Te he dejado sentarte a mi lado en el estrado. He extendido una gran alfombra roja, una alfombra de mierda solo para ti. ¿Y qué recibo a cambio?

Sleizner estaba ahora a su espalda, con la cara tan pegada a la suya que Dunja notaba su respiración junto al lóbulo de la oreja, echándole un olor a resfriado rebelde. Tuvo que hacer un

esfuerzo para no apartarse. Este no era ni mucho menos el primer estallido de Sleizner. Al contrario, solía echar broncas a sus subordinados a diestro y siniestro. Pero sí era la primera vez que ella se encontraba en la línea de fuego. Cuando Hesk y los demás se hallaban en esa situación, aguantaban el chaparrón con calma hasta que él había terminado.

—Voy a decirte lo que he recibido a cambio. —Sleizner la rodeó por completo y se detuvo frente a ella.

Pero Dunja no tenía tiempo que perder. Cada segundo que pasaba le daba más ventaja a Willumsen.

—¡Un puto dedo alzado frente a las cámaras! —Levantó el dedo corazón agresivamente, y le rozó la nariz—. Me he quedado ahí sentado como un imbécil sin tener ni puta idea…

—Kim, debes disculparme. —Dunja le apartó la mano—. Pero ahora no tengo tiempo para esto.

—¿Que no tienes tiempo? ¡Soy yo quien dice para qué tienes tiempo! Y ahora mismo es para quedarte aquí y escucharme. ¿Acaso creías que podías largarte sin más?

Dunja asintió. Él la miró atónito.

—Lo siento si he estado un poco ridícula ahí dentro. Lo siento de verdad. Pero tú me has encargado que dirija esta investigación y eso es lo voy a hacer. —Recogió el bolso del suelo y se dirigió hacia la puerta.

—Dunja, espera…

Ella se giró y vio que se le acercaba.

—¿Sí?

—Perdona. No pretendía ponerme así. —Se detuvo otra vez frente a ella y la miró con fijeza —. Pero me he sentido como si me dejaras con el culo al aire delante de todo el mundo. Ya sé que intentas asumir la responsabilidad en esta investigación, pero esa no ha sido la manera correcta de actuar. Tú misma tienes que reconocerlo.

Dunja asintió una vez más.

—Sí, y lo siento mucho. Pero ahora tengo…

—Yo también. Lo siento, quiero decir. Y los dos estábamos muy bien antes de que sucediera todo esto. —Le cogió la mano entre las suyas—. Yo estoy dispuesto a hacer borrón y cuenta nueva, a empezar de cero. ¿Qué dices?

—De acuerdo —dijo ella, tratando de marcharse. Lo único que quería era largarse de allí, pero Sleizner seguía sujetándole la mano y mirándola a los ojos.

—¿Seguro?

Ella volvió a asentir. Él sonrió abiertamente.

—Bien. Ahora ya sabemos a qué atenernos el uno con el otro. —Le besó la mano y dejó que se fuera por fin.

43

No fue hasta el tercer timbrazo que el vecino de Malin salió a abrir. El hombre paseó la mirada entre ella y Fabian, desconcertado. Iba vestido con pantalones de pana beis, camisa blanca y chaleco de cuero. Debido a las gafitas redondas y al cabello canoso que le llegaba hasta los hombros, parecía un violinista de los bosques del norte, en lugar del psicoanalista de uno de los criminales más violentos de Suecia.

—Hola, ¿qué tal? —Malin le estrechó la mano al hombre, que pareció todavía más confuso, si cabía—. ¿No me reconoce? Nos vimos en la barbacoa del pasado otoño. Mi marido quemó todos los perritos calientes y tuvimos que pedir *pizza*… Vivo unas puertas más arriba.

—Lo siento, pero tengo a un paciente esperando y…

—No se preocupe, será un momento. ¿Podemos pasar?

—Oh, no. No es conveniente.

—¡Fantástico! No me vendrá mal sentarme. Cuando estás así de embarazada, hay posiciones que te dejan completamente baldada. Por cierto, este es mi compañero Fabian Risk, de la Agencia Nacional de Investigación Criminal. —Malin lo señaló con un gesto mientras se colaba en el vestíbulo y se sentaba en una silla—. ¡Ay, cuánto lo necesitaba!

—Disculpe, pero… ¿a qué viene esto?

—Ossian Kremph. ¿Le suena el nombre?

—Ah, fueron ustedes los que lo persiguieron por las vías del metro y le dispararon.

—Bueno, fue otro agente quien le disparó. Pero nosotros necesitamos hablar con él lo antes posible.

—Imposible. —El terapeuta negó con la cabeza—. ¿No han hecho ya bastante daño? Ossian ha cumplido su condena y merece vivir en paz. Ninguno de mis pacientes ha trabajado consigo mismo con tanto tesón como él. Y, de repente, aparecen ustedes y ponen toda su vida patas arriba.

—¿Qué es lo que le preocupa tanto? —preguntó Fabian—. ¿Que no vaya a pagarle el alquiler?

El terapeuta lo miró y se encogió de hombros.

—Tengo el permiso de la asociación profesional y reflejo el importe en mi declaración de impuestos, si se refiere a eso. No hay nada ilegal…

—¿Quién ha dicho que sea ilegal? Yo pienso más bien en la ética profesional que dice que un terapeuta no debe pasarse de la raya e involucrarse de modo personal con los pacientes.

—¿Usted lo ha hecho? —preguntó Malin.

—¿El qué?

—Pasarse de la raya.

—No, en absoluto. —El hombre se ajustó las gafitas con una mano temblorosa—. Pero ahora estoy otra vez en la casilla de salida en su proceso de rehabilitación. Y la culpa es de ustedes.

—Lo lamento, pero se le olvida un pequeño detalle. —Malin le enseñó una de las fotos de Carl-Eric Grimås con las cuencas de los ojos vacías.

—Él no ha hecho esto, es imposible. —El terapeuta le devolvió las fotografías soltando un bufido y se recogió unos mechones canosos detrás de la oreja.

—¿Por qué es tan imposible?

—¿Cree que no sé lo que piensa sobre mi trabajo? Usted supone que no es más que un costoso pasatiempo para gente que se compadece de sí misma y no sabe de qué manera gastar su dinero. O el dinero del contribuyente, en el caso de Ossian. Pero yo le aseguro que es una ciencia, y bastante exacta. Ossian y yo nos hemos esforzado mucho en llegar hasta el núcleo más recóndito de su enfermedad e identificar su origen.

—¿Y cuál es?

—Usted carece de los elementos necesarios para intentar comprenderlo siquiera. Ossian es consciente de las consecuencias de sus actos. Y con su medicación actual, estoy convencido de su inocencia —sentenció el terapeuta.

—¿Y qué pasa si él dice que está tomando la medicación, pero no lo ha hecho desde hace meses? —preguntó Fabian.

—Esa es una pregunta hipotética. Él jamás me mentiría.

—¿No?

—Mire estas fotos. —Malin se levantó y le mostró las imágenes de las víctimas de los casos antiguos—. ¿Aprecia similitudes significativas?

El terapeuta bajó la vista de mala gana.

—Sospechamos que tiene dos víctimas más escondidas en alguna parte —dijo Fabian—. El *playboy* millonario Adam Fischer, de cuya desaparición seguro que ha oído hablar en las noticias, y también esta mujer. —Le mostró una de las fotos de la mujer del autobús con los ojos recortados.

—¡Dios mío! —El terapeuta se llevó una mano a la boca.

—¿La reconoce?

—No, pero esto es justamente lo que hacía cuando estaba enfermo. No podía parar. En los peores momentos, era capaz de recortar los ojos de todas las páginas de un periódico. —El terapeuta se sentó en una silla, repentinamente pálido.

—¿Le traigo un vaso de agua? —preguntó Malin.

Él asintió y se agarró la cabeza con las manos.

44

El hombre yacía desnudo frente a él, amarrado a la mesa con correas. Lo había alimentado durante diez días mediante una sonda para que su organismo tuviera tiempo de eliminar las toxinas. Su cuerpo estaba limpio, rasurado y desinfectado, aunque se le veían dos agujeros sanguinolentos en mitad de la cara. El anestésico había funcionado como era de esperar, y el hombre solo había gritado y gemido un poco mientras le sacaba los ojos, que después había procedido a guardar en el viscoso fluido. Su respiración volvía a ser normal.

Ya estaba listo para contribuir con ese cuerpo lampiño y purificado a satisfacer su deseo. Aunque pensaba mantenerlo vivo el mayor tiempo posible. Cuando llegara el momento de preparar sus órganos, acabaría definitivamente con él, cortaría las partes principales y las pondría en la cazuela.

Hasta entonces, se limitaría a algunos pequeños bocados de diversas partes del cuerpo. Era como combinar el aperitivo con los escarceos eróticos preliminares, un método que había empezado a apreciar últimamente. Podía prolongarlo días y días. Por el mero hecho de que el afilado cuchillo penetrara en la carne hasta el hueso ya se estremecía de placer. A veces incluso había eyaculado antes de probar bocado.

Casi siempre cortaba pedacitos con el cuchillo pequeño, pero había ido un paso más allá al conseguir que le afilaran los dientes, dejándoselos puntiagudos como colmillos. El procedimiento había sido doloroso y, además, había tenido que ir a Polonia para encontrar a un dentista dispuesto a realizarlo, pero estaba seguro de que había valido la pena enormemente.

Se quitó la prótesis dental superior y la inferior y palpó con los dedos la hilera de dientes afilados mientras caminaba alrededor del hombre tendido sobre la mesa. Después de dar dos vueltas, se decidió por el muslo izquierdo. Se inclinó, abrió la boca e hincó con lentitud los dientes en la carne. La sangre caliente brotó de inmediato, le llenó la boca y le chorreó por la barbilla.

Masticó la carne cruda, la tragó y luego se inclinó para dar otro mordisco. De súbito la mano del hombre apareció como de la nada y le dio un golpe en la cara. ¿Era eso posible si estaba atado? Ahora lo miraba abiertamente, pese a que sus órbitas estaban vacías. Incluso murmuró algo. Se agachó para escuchar mejor…

—Está despertando.

Ossian Kremph miró en derredor y descubrió que había otras tres personas en la habitación. A dos de ellas las había visto una vez; pero a la tercera —el hombre de las gafitas redondas y el pelo canoso y rizado— la conocía de sobra.

Unos segundos más tarde cayó en la cuenta de que había estado soñando. Lo cierto era que se

hallaba en el Hospital General Sur de Estocolmo, y el que estaba amarrado a la cama era él. Para asegurarse del todo, se deslizó la lengua por los dientes y comprobó que no los tenía afilados. Por una parte sintió alivio; pero por otra, muy en el fondo, se sintió decepcionado.

—Ossian —dijo el hombre del pelo canoso—. Hay unas personas aquí que quieren hablar un momento con usted.

—Ahora no… No quiero… No puedo… Tienen que irse. —Intentó apartarse de aquel hombre que siempre olía demasiado a colonia, pero las esposas lo sujetaban con firmeza a la cama.

—Será mejor que responda a sus preguntas.

¿Por qué debería hacerlo? No, no quería.

—¡Váyanse!

—Es lo que les he advertido —les dijo a los otros el principal personaje objeto del odio de Ossian.

—¿No se le puede dar algo para que se calme? —dijo la mujer embarazada.

—Entonces se quedará dormido.

El otro hombre se inclinó sobre él.

—Hola, Ossian. Me llamo Fabian Risk. No voy a hacerle más que tres preguntas. —Alzo tres dedos ante su rostro—. Tres preguntas muy sencillas y después le prometo que lo dejaremos en paz.

—Yo no he hecho nada. Son ustedes lo que vienen a entrometerse, no yo. —Aquello no le gustaba; no le gustaba nada—. ¡Dígales que se vayan ahora mismo! —gritó—. ¡Largo!

—Nos iremos en cuanto haya respondido a mis preguntas. La primera: ¿qué ha hecho con Adam Fischer?

Kremph meneó la cabeza e intentó taparse los ojos con las manos, pero las cadenas de las esposas eran muy cortas.

—Responda, Ossian —dijo el que afirmaba ser su amigo—. ¿Dónde lo ha escondido?

—Ya les he dicho que no pueden estar aquí. Quiero que se vayan de inmediato.

—Bueno. Entonces pasemos por ahora a la siguiente pregunta —prosiguió el policía—. ¿Tiene retenidas a otras víctimas? ¿Qué me dice de esta mujer, por ejemplo? —Le enseñó la foto de una mujer en un autobús, con los ojos recortados.

Lo acribillaban a preguntas como unos buitres hambrientos con sus picos afilados.

—Fischer.

Pero él no podía responder.

—¿Otras víctimas?

Quería hablar, pero no podía pronunciar las palabras.

—Y finalmente, ¿dónde las tiene escondidas?

Cerró los ojos y negó con la cabeza con ímpetu para lograr que aquellas personas desaparecieran, pero ellas se negaban. De hecho, se acercaron más y más con sus picos cortantes.

—Ossian, no he venido a hacerle daño —mintió el policía—. Pero quiero comprender cómo se relaciona todo esto.

—¿Comprender? —No pudo reprimir una risotada—. Esa sí que es buena. ¿Y quién no lo quiere? Ya me gustaría a mí.

—Perdone, pero ¿qué quiere decir?

—¿Decir? ¿Cómo voy a saberlo? Yo no sé nada. Ni siquiera me dejan tener una radio, a pesar de que no he hecho nada. Ellos dicen que no y que no.

—Ossian, intente escuchar a la policía.

—¿Cómo voy a escuchar el informe marítimo sin una radio? ¿Eh? Imposible. Ya es hora de que se marchen. Las visitas no son buenas.

—Fabian, ¿podemos hablar afuera? —dijo la gorda.

Con el rabillo del ojo, vio que se cruzaban al salir con la enfermera del carrito de la comida.

Por fin.

—No tiene sentido —dijo Malin masajeándose las caderas.

—¿O sea que hemos de rendirnos? —Fabian cogió un termo de café del carrito y llenó una taza.

—Le han diagnosticado un serio trastorno disociativo de identidad y cabe la posibilidad de que no recuerde absolutamente nada de lo que ha hecho.

Risk asintió. Era probable que Malin tuviera razón, pero esperar a que recuperase el juicio no era una alternativa. Tendrían que tomar otra ruta.

—¿Me creen ahora? —dijo el terapeuta, que acababa de salir de la habitación y cerrado la puerta.

—Por supuesto. Le hemos creído desde el principio —afirmó Malin.

—Espero que sean conscientes de que esto afectará muy negativamente a la confianza que él tenía en mí. Me ha costado muchos años desarrollar esta relación, y ahora se ha esfumado en un abrir y cerrar de ojos.

—Lo entendemos. Y lo lamentamos mucho —dijo Malin—. Pero comprenderá que no tenemos más remedio que intentar todos…

—Hemos de enseñarle la escena del crimen —la interrumpió Fabian, al mismo tiempo que se giraba hacia el terapeuta—. Lo antes posible.

—Perdone, pero… no entiendo qué quiere decir.

—Hemos de llevarlo a una de las escenas criminales para ver si así se le refresca la memoria.

El terapeuta le dirigió una mirada perpleja y exclamó:

—¿Es que no lo ha visto? ¿No se da cuenta de lo mal que está?

—Sí, pero supongo que no es nada comparado con lo mal que deben de estar ahora sus víctimas. Tiene que disculparme si mis simpatías no están con usted ni con su paciente.

—Me tiene sin cuidado de qué lado estén sus simpatías. Una visita a una escena criminal está del todo descartada.

—Creo que deberíamos bajar un poquito la voz —sugirió Malin interponiéndose entre ambos y mirando al terapeuta—. Pase lo que pase, es indudable que Kremph será condenado. Nosotros estamos haciendo todo lo posible para salvar las vidas de otras víctimas y para aclarar una serie de interrogantes del caso. Piénselo bien, por lo menos.

El terapeuta asintió, pero no dijo nada. Poco después dio media vuelta y entró de nuevo en la habitación de Kremph.

45

El olor le trajo a Dunja el recuerdo del viejo taller mecánico de su abuelo en Kolding. Mientras sus padres estuvieron casados, iban allí cuatro veces al año; tras el divorcio, lo visitaban mucho más a menudo, incluso un fin de semana al mes. Y en cada ocasión, ella se colaba en el garaje cuando ya no había nadie, se tumbaba en el mugriento suelo de hormigón entre las herramientas, cerraba los ojos y saboreaba ese olor tan especial. Era una de sus sensaciones favoritas, e incluso, actualmente, se sorprendía a veces inspirando hondo cuando pasaba frente a un taller de reparación o una gasolinera.

Pero entonces no estaba en Kolding, sino en Helsingborg, tratando de localizar y detener a un asesino en serie. Miró en derredor y observó que el laboratorio de investigación forense de la policía de Helsingborg era muy diferente del de las oficinas de Kjeld Richter en Copenhague: lo contrario de un espacio blanco y aséptico. El suelo y las paredes eran de hormigón y las luces que iluminaban las mesas de trabajo eran simples fluorescentes colgados del techo.

Sacó el móvil y vio que eran las 16:55. Benny Willumsen, probablemente con Katja Skov inmovilizada en su coche, les llevaba ahora una ventaja de más de cuatro horas y media. Una eternidad, a su modo de ver. Suponiendo que siguiera circulando al mismo ritmo, no le costaría nada ocultarse en algún lugar lejano, poniéndose fuera de su alcance. Pero si se convencía de que la policía estaba ocupada buscando pruebas inexistentes en su apartamento, era muy posible que redujera el ritmo, con lo que su ventaja podía llegar a reducirse de forma radical.

—¿No deberíamos ponernos en marcha? —le planteó a Klippan—. Creo que es…

Klippan se llevó un dedo a los labios.

—A él no le gusta que lo molesten cuando está tan concentrado —susurró, y cerró la puerta a su espalda con sigilo.

—No importa. Esto no funciona de todos modos —dijo una voz desde el interior del laboratorio.

Entonces reparó Dunja en un hombre, enfundado en una bata blanca, que se hallaba sentado frente a una gran pantalla de ordenador y que, girándose lentamente hacia ellos, los miró por encima de las gafas de lectura.

—Esta es Dunja Hougaard. La agente de la que te he hablado —dijo Klippan acercándose—. De la policía de Copenhague.

—Sí, aún no tengo Alzheimer —dijo el hombre, y se volvió de nuevo hacia la pantalla, que estaba llena de largas columnas de letras y dígitos.

—Este es nuestro investigador forense Ingvar Molander. Puedo atestiguar que, normalmente, está de mucho mejor humor.

—¿Hay algún problema? —preguntó Dunja.

—Si un asesino que desaparece por arte de magia es un problema, la respuesta es sí. —Molander inició el pase de un vídeo de vigilancia del BMW de Aksel Neuman, que tenía los vidrios ahumados, en el momento de abandonar el ferri—. Como ve, ha salido del ferri en Helsingborg a las doce y veintidós minutos de esta mañana. Debería haber aparecido en alguna de las cámaras de control de velocidad situadas fuera de la ciudad, pero han transcurrido más de cuatro horas y aún no ha salido en ninguna grabación de toda la región de Escania.

—Pero ¿y si no conducía deprisa?

Molander y Klippan se miraron.

—No sé hasta dónde han llegado con esta tecnología en Dinamarca, pero la central de Malmö está probando aquí el sistema RAM. Tuvesson ha obtenido autorización para que usemos sus datos en esta investigación… no me pregunte por qué —dijo Klippan.

—En Malmö se quedaron tan hechos polvo como nosotros cuando dejaron en libertad a Willumsen —aseguró Molander.

—Tuvesson debe de haber usado sus influencias en las altas esferas, porque se trata de un sistema muy polémico.

—¿Qué significa RAM?

—Reconocimiento Automático de Matrícula —explicó Molander—. Las cámaras de control de velocidad están conectadas a un servidor que registra todos los coches que pasan en tiempo real, sin importar la velocidad a la que circulen.

—¿De verdad está permitido hacer esto en Suecia?

—Todavía no. En principio, no esperan que el sistema entre plenamente en vigor hasta dentro de dos años. O sea que no podemos utilizarlo como prueba —informó Klippan.

—Tampoco importa, de todos modos, porque no estamos encontrando nada —indicó Molander.

—Tal vez haya un fallo en el sistema —apuntó Klippan.

—No. Es más probable que el tipo haya escogido a propósito carreteras secundarias donde no hay cámaras. Ahora estoy recogiendo datos de todos los garajes y las gasolineras monitorizados. Con un poco de suerte…

—O tal vez ha cambiado una letra o un número de la matrícula —sugirió Dunja, y dejó el abrigo y la bufanda en una silla.

—Eso no es ninguna tontería, pensándolo bien —opinó Klippan asintiendo—. En principio, basta con un trocito de cinta aislante negra. ¿Tú qué opinas? —le preguntó a Molander. Pero la pregunta quedó flotando en el aire porque el forense ya estaba buscando números de matrícula alternativos.

Entretanto, Dunja reparó en una carpeta con el rótulo «Caso Ven. Agosto 2007».

—¿Qué es esto?

—Es lo que estaba explicándole por teléfono. Aquí está el motivo de que Willumsen continúe todavía en libertad. No lo he incluido en el correo electrónico que le he enviado porque estoy seguro de que él no fue el culpable. Pero Ingvar insiste en que usted lo valore por su cuenta —dijo Klippan.

—Por supuesto, yo estoy convencido de que fue él —terció Molander—. ¿Quién podría ser, si no?

—Es una buena pregunta. A pesar de todo, yo creo que no se trata de Willumsen. Él tenía una coartada perfecta. Pero, bueno, no hay motivo para seguir debatiéndolo ahora —adujo Klippan, y le dijo a Dunja—: Como ve, no estamos del todo de acuerdo.

—¿Cuál era su coartada?

—Estaba en un gimnasio del centro de Malmö, donde llevaba haciendo ejercicio casi ocho horas enteras.

—¿Ocho horas?

—Sí. Es un adicto al ejercicio físico y está tan fuerte como… bueno, no sé. Digamos que es un tipo con el que preferirías no tropezarte a solas en un callejón oscuro.

Dunja abrió la carpeta y hojeó las páginas de la investigación, que databa de hacía dos años y medio. Había fotografías de una mujer desnuda a cuatro patas fijada sobre un palé de madera que había aparecido flotando en la costa norte de la isla de Ven, cerca de Sankt Ibb.

—¿Está clavada al palé?

—Sí, con tornillos autorroscantes del diez. —Klippan ilustró el tamaño de los tornillos con las manos—. Debió de ser algo terrorífico. Ingvar la conocía.

—Eso es exagerar. Depende de lo que entiendas por «conocer» —masculló Molander sin apartar la vista del ordenador.

—Bueno, vivían en la misma manzana. Por cierto, ¿cómo le va a su marido? ¿Sigue viviendo allí?

—No, vendió la casa hace un año y medio.

—¿No había empezado a beber y a jugarse todo su dinero al póquer por Internet?

—Sí. Pero si pretendes que termine esto antes de las vacaciones, tendrás que mantener la boca…

—Por supuesto. Perdona, te vamos a dejar solo. —Klippan le susurró a Dunja—: Siempre se pone quisquilloso cuando hay algo excitante en marcha.

—¿Puede hablarme más sobre este caso?

Klippan asintió y se la llevó un poco aparte.

—Es una historia espantosa. Ella se llamaba Inga Dahlberg y estaba corriendo por el parque Ramlösa cuando la atacaron y se la llevaron. No había ningún testigo, por desgracia, pero encontramos rastros de sangre en la pista de *jogging*. Como puede ver aquí, la golpearon en la cara con un objeto contundente. —Avanzó entre las páginas del expediente para mostrarle las fotos de la cara machacada de la víctima—. Quizá lo hicieron con una pala o algo similar. Encontramos más pruebas en un paraje apartado entre los árboles, junto a la orilla del río.

—¿Qué pruebas?

—Sobre todo, más sangre. Pero también sus ropas de deporte y esos tornillos extremadamente largos.

—¿Fue allí donde el tipo la desnudó?

—Sí, y la atornilló a cuatro patas en el palé. Ella debió de despertar tras el palazo y tal vez creyó que saldría viva si obedecía. Él utilizó arandelas para que las cabezas de los tornillos no le atravesaran las manos y los tobillos. —Klippan se interrumpió y meneó la cabeza.

—¿Qué pasó después?

—La violó y la arrojó al río. Según el médico forense, tenía los pulmones llenos de agua salada, de modo que debió de sobrevivir por milagro durante el recorrido hasta el Estrecho, antes

de que el palé volcara.

En muchos sentidos, era un asesinato típico de Willumsen. Era obvio que buscaba siempre nuevos estímulos y necesitaba ir cada vez más lejos y, si aquello hubiera sucedido en la actualidad, Dunja habría estado convencida de que se trataba de él. Pero el montaje era demasiado sofisticado en comparación con los otros crímenes que había cometido hacía dos años y medio, empleando el doberman pinscher y el palo con púas. Incluso sin la coartada, no creía que pudiera haber sido obra suya.

Molander los llamó, y se interrumpieron sus pensamientos.

—¿Lo has encontrado? —inquirió Klippan.

—Eres más impaciente que mis nietos en Nochebuena. Mira, echa un vistazo.

Dunja se acercó a la mesa del forense, que les mostró unas anotaciones en un papel.

—Esta es la matrícula de Aksel Neuman: AF 543 89. Si partimos de la teoría de Dunja y suponemos que Willumsen le robó el coche a Aksel y cambió la placa con un poco de cinta aislante negra, lo más fácil sería convertir la «F» en una «E», y el «9» en un «8», lo cual nos daría tres combinaciones nuevas. —Y las mostró: AE 543 89, AF 543 88 y AE 543 88—. O bien, el «5» podría convertirse en un «6», lo cual nos da otras cuatro variantes —prosiguió, y señaló cuatro matrículas más: AF 643 89, AF 643 88, AE 643 89 y AE 643 88.

—¿No deberíamos mirar si hay alguna coincidencia? —preguntó Klippan.

—¿Y qué te crees que he estado haciendo? ¡Joder!

—¿Cuánto tiempo hará falta? —dijo Dunja, arrepintiéndose de inmediato de su pregunta al ver la expresión de Molander.

—No sé lo rápidos que serán los ordenadores en Dinamarca, pero…

—Un momento, ¿qué es eso? —Klippan señaló una matrícula que parpadeaba en la pantalla: AE 643 89—. ¿Es lo que creo?

El forense miró la matrícula y asintió. Introdujo varios comandos y apareció un mapa con una serie de puntos.

—¿Esos puntos indican la ruta que ha tomado? —quiso saber Klippan.

—Sí, pero ¿quieres hacer el favor de no plantificar los dedos? —Molander le apartó la mano —. Tal como se ve aquí, ha pasado por la ruta 17 entre Landskrona y Eslöv.

—¿Es posible ver a qué hora? —preguntó Dunja; tenía la sensación de que por fin estaban recortando la ventaja de Willumsen.

Molander amplió el mapa y pinchó uno de los puntos.

—Hacia las dos menos cuarto. Lo cual tiene sentido si ha abandonado el ferri a la una y veinte.

—Parece que se dirige a Eslöv —indicó Klippan.

—No. En ese caso lo habrían grabado más cámaras. En algún punto entre Teckomatorp y Marieholm ha tomado una carretera secundaria.

—Donde no hay cámaras de tráfico —dijo Klippan.

—Exacto.

Dunja estudió el mapa y observó que había una única carretera por la que Willumsen podía haberse desviado de la ruta 17: la 108 que llevaba directamente a Kävlinge.

—¿Es posible que se dirija a Kävlinge?

—Sí, podría ser —dijo Klippan—. Propongo que enviemos el número de matrícula a todas

las gasolineras de Escania. Puede que haya parado para repostar.

Molander asintió:

—De acuerdo. Pero tal vez no recibamos ninguna respuesta hasta mañana.

—Entonces yo diría que lo dejemos aquí. Ya son las cinco y media. Dunja, le he reservado una habitación en el Mollberg's. La puedo acompañar en coche.

—No, gracias. Voy andando. Necesito un poco de aire fresco.

—Claro. Pero más tarde pasaré a recogerla, porque esta noche viene a cenar a mi casa. Ya le he pedido a Berit que prepare su estofado de cordero. Y puedo asegurarle que no hay un plato más delicioso.

Dunja asintió mecánicamente, mientras maquinaba la manera de zafarse del compromiso. Para lo último que tenía tiempo era para dedicarse a alternar.

46

Sofie Leander estaba confusa. Cuando el médico le había clavado la aguja en el brazo, no había albergado la menor esperanza de volver a despertar. Estaba convencida de lo que iba a suceder: tan convencida que ya había aceptado su destino.

Pero ya no sabía qué pensar. Ni siquiera tenía la seguridad de estar viva todavía.

Se sentía como si estuviera metida en un torbellino, porque seguía atada a la mesa forrada de plástico, en mitad de la habitación, mirando al techo, igual como había estado los últimos días.

O quizá no estaba sucediendo nada parecido. Quizá era así cómo te sentías al morir: los recuerdos se presentaban una última vez antes de borrarse y disolverse en la eternidad. Pero el hecho de que no flotara hacia el techo ni pudiera mirarse a sí misma desde lo alto sugería que seguía viva. Además, el dolor de la herida estaba empeorando cada vez más, lo que indicaba que el efecto de la anestesia empezaba a desaparecer.

Pero… ¿por qué?

¿Qué sentido tenía toda esa planificación, y el trabajo que debía de haber acarreado, si no era para acabar con su vida? Aunque lo intentaba, no se le ocurría ninguna explicación razonable. Hizo un esfuerzo para repasar lo que había sucedido, pero lo único que recordaba era que había oído que abrían la puerta de lamas y preparaban el instrumental quirúrgico en la mesita metálica. A continuación le habían puesto una inyección intravenosa en el brazo izquierdo, y ella se había desmayado, convencida de haber llegado al final.

Pensó en su marido y le hubiera gustado saber hasta dónde habría llegado en sus esfuerzos para localizarla. Claro, debía de haber llamado a la policía hacía mucho, pero era imposible imaginar qué pistas habrían encontrado. Para empezar, habrían revisado los vídeos de vigilancia del Hospital General Sur y observado que la sacaban en camilla del pabellón y la introducían en el ascensor. Pero los indicios que tendrían para seguir investigando a partir de ahí eran imprevisibles.

La policía sin duda habría difundido su fotografía a través de los periódicos y solicitado la colaboración de la gente para encontrar pistas. Pero ¿y si no había aparecido ninguna? Entonces, ¿qué? ¿Durante cuánto tiempo sería ella su máxima prioridad si no conseguían ningún avance? Tal vez a estas alturas ya ni siquiera salía en los titulares. Tal vez la policía ya había dado prioridad a otros casos y la habían puesto en la abultada pila de los casos olvidados.

Una de las máquinas que había junto a ella emitió un sonido. Estaba fuera de su campo visual, pero no le resultó difícil figurarse de qué se trataba: era el mismo borboteo que se había visto obligada a soportar cuatro veces por semana durante todos los años en los que no había podido hacer más que esperar una oportunidad, que tal vez nunca iba a presentarse. Odiaba aquel

sonido; lo odiaba tanto que al final había decidido dejar de esperar y actuar por su cuenta.

Y también sonaba aquí. Con la diferencia de que no tenía la menor idea de lo que le esperaba.

47

Fabian no veía otra cosa que los agujeros vacíos que le devolvían la mirada, ni lograba apartar la vista de esos orificios recortados que parecían hechos de una materia oscura con una infinita fuerza de gravedad. Debería haber habido ojos ahí: ojos que miraban, parpadeaban, inquirían y reflejaban una personalidad, un alma. Pero no había nada.

Y experimentaba una profunda turbación mientras examinaba esas fotografías tomadas subrepticiamente en el autobús. Era como si sintiera penetrar la hoja del bisturí en el canal lagrimal y presionar hasta la parte posterior de la cuenca ocular para seccionar el nervio óptico y arrancar el ojo de cuajo.

—Por Dios, es difícil imaginar el aspecto de esa mujer sin verle los ojos —dijo Malin, que se había inclinado sobre las fotos esparcidas en el escritorio de Fabian—. Aparte de que tiene el pelo largo y castaño y que parece rondar los cincuenta.

Risk asintió y cogió una lupa para centrarse en otros detalles y no solo en los ojos recortados. Reparó en un clip para el pelo de color marrón rojizo, en un niño que lloraba, en las manecillas de un reloj que marcaban las cinco y cuarto, en varios edificios de diversos colores, en un quiosco, en una cadena de oro con un hexagrama que la mujer llevaba colgada del cuello y en un iPod con auriculares blancos.

—Llevan abrigos y chaquetas, pero ni gorros ni sombreros, de manera que yo diría que la fotografía fue tomada en otoño o en la pasada primavera —observó Malin.

—¿Y por qué no en el otoño anterior?

—¿No querrás decir…? —Malin se interrumpió de repente y se sujetó la barriga.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien?

Ella asintió con los ojos cerrados e inspiró varias veces para serenarse.

—Es este Karate Kid de aquí dentro, que no puede parar de darme patadas bajo las costillas a pesar de que he amenazado con desheredarlo. ¿Has descubierto algo?

—Mira los carteles del quiosco. —Fabian pegó un ojo a la lupa y volvió a examinar la foto —. El titular del *Expressen* era «CAROLA ESTÁ PERDIENDO LA VOZ».

—¿Y el del *Aftonbladet*?

—«LA ORDEN DEL JURADO DE LA TELEVISIÓN NO DETIENE A CAROLA.»

—Tiene que haberse publicado antes de la final del Festival Melody.

—La cuestión es cuándo: Carola ha llegado a la final casi cada año.

—No, nada de eso. Solo ha llegado a la final cuatro veces, cinco si cuentas el año 2005, cuando cantó «Through It All».

—¿Qué? ¿Olvidas el año 2006? Le administraron cortisona porque había perdido la voz durante los ensayos.

Fabian se cuestionó quién sería el mayor fan de los dos, si él o Malin.

—Ni siquiera era del todo seguro que pudiera terminar el concurso —prosiguió Malin—. Pero continuó y ganó. Es increíble cuando te paras a pensarlo, ¿no?

Risk asintió y, arrellanándose en la silla, concluyó:

—Primavera de 2006. Lo cual significa que las fotos fueron tomadas hace más de tres años y medio.

—Qué planificación tan meticulosa. ¿Me dejas echar un vistazo?

Él le pasó una de las fotos, y le comentó:

—No es la impresión que produce Kremph, ¿verdad?

—Estoy de acuerdo —dijo Malin mientras estudiaba la foto—. Aunque si es extremadamente metódico, quizá una parte de su plan consista en dar una falsa impresión de sí mismo.

—¿Quieres decir que finge su enfermedad mental?

—¿Por qué no? Oye, este quiosco… —Alzó la vista y miró a su colega—. ¿No está en Mariatorget?

Risk cogió de nuevo la foto y la examinó.

—Sí, tienes razón. ¿Qué autobuses pasan por allí?

—El cuarenta y tres, seguro. Yo solía cogerlo cuando vivía con Anders en Tanto… —Se tocó otra vez la barriga—. ¡Ay, ahora se han enzarzado en un pequeño combate de *kickboxing*! —Se sentó en su silla e inspiró hondo varias veces—. Por cierto, ¿ya te he dicho lo mucho que odio todo esto?

—Mmm —murmuró Fabian sin alzar siquiera la vista de la lupa.

—No hay una sola parte de mi cuerpo que disfrute el embarazo. —Se instaló frente a su ordenador y abrió en la pantalla un mapa de transportes—. Vamos a ver: el cuarenta y tres y el cincuenta y cinco, además de una serie de buses nocturnos, pasan por allí.

—Y esto sin duda es Norrmalmstorg —dijo Fabian cogiendo otra de las fotografías.

—Entonces se trata del cincuenta y cinco, porque el cuarenta y tres continúa hacia el norte por Regeringsgatan.

—¿Por dónde pasa el cincuenta y cinco después?

—Por Stureplan y sigue hacia Hjorthagen.

—Cambiando completamente de tema, ¿has notado que el tiempo es diferente en muchas fotografías?

—¿No crees que hayan sido tomadas el mismo día?

Fabian asintió.

—Es decir, que la mujer sigue la misma ruta todos los días para ir al trabajo —dijo Malin—. ¿La hora está indicada en alguna parte?

—Sí. En Mariatorget son las cinco y cuarto.

—Debe de empezar tarde; a menos que vaya de regreso a casa.

—¿El cincuenta y cinco no empieza en Sofia?

—Sí, y casi solo hay edificios de apartamentos en esa zona. Si suponemos que vive allí y trabaja en la ciudad…

—Comprueba cuánto tiempo se tarda en autobús desde Sofia hasta Mariatorget.

—Es justo lo que estoy haciendo. Aquí está: veintisiete minutos hasta Slussen, que es la siguiente parada.

—Entonces sale de Sofia a las cinco menos cuarto.

—Bueno, a las cuatro cuarenta y siete para ser exactos.

—¿Qué hora es?

Malin consultó el reloj y dijo:

—Las cuatro y treinta y tres.

Ambos se miraron y salieron disparados.

48

Hillevi Stubbs casi nunca tenía problemas de envergadura para interpretar una escena criminal o el domicilio de un delincuente. La mayoría de los lugares hablaban por sí solos, y ella, por lo general, no tardaba más de una hora en deducir qué había ocurrido y quién estaba implicado.

El apartamento de Ossian Kremph de Blekingegatan era un caso muy distinto.

Sí, también le hablaba a su manera, aunque ella no entendiera lo que le decía. O tal vez sí, a ratos. Pero por más que lo intentaba, no conseguía que el conjunto cobrara sentido. Cada vez que se le ocurría una idea, encontraba algo que la tiraba por los suelos, igual que cuando intentas coger una pastilla de jabón en la ducha y se te escurre una y otra vez de las manos.

Al final, pidió a sus ayudantes que abandonaran el apartamento y fueran a tomarse un café. Nunca había hecho algo así, y ambos la miraron como si un platillo volante acabara de aterrizar ante sus narices. No importaba. Ella necesitaba quedarse sola para que sus pensamientos se desplegaran con tranquilidad. Cuando los oyó salir y cerrar la puerta, consiguió relajarse y empezar a trabajar de verdad.

Desde que había puesto los pies allí, había tenido la sensación de que había algo que no tenía sentido, aunque no podía decir de qué se trataba. El apartamento estaba tan abarrotado de cachivaches que parecía un trastero que nunca hubieran vaciado; pero, al mismo tiempo, estaba relativamente limpio y, en muchos lugares, ordenado de modo meticuloso. Allí vivía alguien con una terrible necesidad de control, una persona que se hallaba en permanente combate contra el caos.

Por ejemplo, esos centenares de periódicos, en los que habían recortado con sumo cuidado todos los ojos de las fotos, se hallaban apilados pulcramente en montones que casi llegaban al techo. Las camisas estaban clasificadas en el armario por colores, y casi todo aquello que tenía título o etiqueta, como los libros de la estantería, las especias de la cocina y los frascos de píldoras del baño, estaba en orden alfabético.

Y no obstante, una pátina de caos lo cubría todo. Había ropa tirada aquí y allá de cualquier manera, sobras de comida y platos sucios en la cocina, así como unas apestosas bolsas de basura negras de las que ya se filtraba líquido en el suelo. La mayor parte de los hallazgos los habían hecho en medio de ese caos. Entre otras cosas: un rollo del mismo tipo de lámina de plástico que forraba la mesa del apartamento clausurado, un bisturí —sin lavar— entre los cuchillos de la cocina, y el bote de gas hexano que, posiblemente, se había utilizado para anestesiar a Adam Fischer en su coche.

Casi parecía como si Kremph no hubiera hecho ni el intento de ocultar su rastro. ¿O es que no había previsto que lo encontraran tan deprisa? Había ido a caer en manos de Risk con el

mayor descuido y, en cambio, la ejecución de sus crímenes estaba planeada con minuciosidad.

Puesto que por fin se había quedado sola, pudo tumbarse en el suelo, cerrar los ojos y buscar con calma la clave que permitiría articular todas las piezas del caso.

Al volver a abrir los ojos y consultar el reloj, descubrió que había estado durmiendo casi veinte minutos, lo cual era un reconstituyente más eficaz que todo el café del mundo. Se incorporó y esperó a que se le normalizara la presión sanguínea antes de ponerse de pie y recorrer el apartamento con la mirada. No tardó mucho en comprender la explicación obvia de todo.

El hogar de Ossian Kremph era una réplica de su esquizofrenia: una parte de él tendía al orden y la otra, al caos. Y ellos habían encontrado hasta el momento los secretos de su vertiente caótica y descuidada. Con un poco de suerte, ella descubriría los secretos del maniático del control.

No sería tan fácil. Él había dedicado mucho tiempo de reflexión y mucha energía para identificar los rincones donde a nadie se le ocurriría buscar. Pero estaban allí, no le cabía duda. Comenzó por los sitios más obvios, como por ejemplo, detrás de los libros de la estantería, en la parte inferior del escritorio, en el interior de la rejilla de ventilación del baño y en los cartones sobre los que estaban pegados los recortes de periódico. Pero no encontró nada, ni siquiera en la cisterna del inodoro.

Mas, cuando abrió la puerta del escobero, dio con el primer indicio, escrito con tinta roja descolorida en la cara inferior de la esterilla de linóleo, que estaba suelta: «Högdalen Corredor D 6895». Se sorprendió al comprender de inmediato de qué se trataba, porque ella misma tenía un trastero igual desde hacía muchos años. Al principio, al separarse de Gert-Ove, aquello había constituido una solución temporal, pero hacía tiempo que había aceptado que era un gasto que se vería obligada a seguir pagando cada mes durante toda su vida. El suyo, sin embargo, estaba en Solna, no en Högdalen.

Buscó información en el móvil y enseguida lo encontró. Era accesible en coche, tenía una gran zona de descarga cubierta y, además, estaba abierto las veinticuatro horas.

49

A Dunja Hougaard no le costó más de cinco minutos orientarse por los túneles para bicis y para peatones hasta la estación de servicio Statoil, donde alquiló un coche. Ya que no tenían GPS disponibles, compró un mapa de carreteras, unas barritas de chocolate y dos botellas de sidra dulce navideña, que, según tenía entendido, era tan típica de Suecia como el *surströmming*, el famoso arenque fermentando. Al parecer, las ventas de Coca-Cola se reducían de forma drástica en todo el país en torno a las vacaciones de Navidad.

Sabía perfectamente que iba a contravenir por completo las normas al desplazarse por allí sola, y también era consciente de que no podían hacer mucho más hasta que Molander recibiera la información de las gasolineras. Pero no iba a quedarse esperando de brazos cruzados en la habitación del hotel.

Aunque Klippan parecía muy simpático, y su mujer también debía de serlo, no estaba dispuesta a pasarse horas con ellos mientras Willumsen aumentaba cada vez más su ventaja. Estaba segura de tener razón: Willumsen había robado el coche de Aksel y le había cambiado la matrícula. Y en esos momentos podía estar dirigiéndose a cualquier parte, con Katja Skov atada en el interior del vehículo. Eso suponiendo que siguiera viva. Por lo demás, a ella no le gustaba el cordero. Por muy delicioso que todo el mundo dijese que era, el olor que desprendía al cocerse le provocaba náuseas.

Pensó en proponerle a Klippan que salieran juntos en coche, pero llegó a la conclusión de que tenían demasiado pocos indicios para pedirle que sacrificara la noche del viernes. Si él hubiera sabido lo que se proponía, no habría accedido a dejarla a su aire. Por eso estaba sola frente al volante, dando a regañadientes unos tragos de aquella bebida tan empalagosa como sobrevalorada, mientras pasaba por la cámara de control de velocidad de la ruta 17, en dirección a Eslöv, justo después de Teckomatorp: el último punto donde había sido filmado Benny Willumsen hacia las dos menos cuarto. Ahora eran las seis y cuarto de la tarde, lo cual significaba que le llevaba cuatro horas y media de ventaja. Y según Molander, era probable que hubiera tomado algún desvío antes de Marieholm para que ninguna cámara lo registrara.

Pero ella no creía que el tipo hubiera seguido por carreteras secundarias para evitar las cámaras, ni que supiera que estas podían filmar a todos los coches en tiempo real; de haberlo sabido, habría escogido una ruta distinta desde Helsingborg. Por otra parte, cabía la posibilidad de que tuviera algún asunto en Kävlinge y que pensara pasar la noche en esa zona.

Dobló a la derecha por la ruta 108, la única carretera que él podía haber tomado hacia Kävlinge. La temperatura había descendido a doce grados bajo cero. Escrutó el paisaje a ambos lados. Estaba oscuro y no se veía gran cosa: arboledas dispersas y campos tan congelados y

cubiertos de nieve que parecía imposible que las plantas de colza fuesen a florecer allí al cabo de seis meses. No vio ninguna casa con las luces encendidas, ni ningún BWM abandonado ni había caminos que mereciera la pena explorar.

Cuanto más avanzaba en la oscuridad, más cuenta se daba de lo improbable que era su búsqueda. La posibilidad de acertar los siete números de la lotería era sin duda mayor que la de hallar algo de interés. Pero no perdía nada por probarlo.

Llegó a un cruce y torció a la izquierda por la ruta 104 hacia Kävlinge. Ignoraba si estaba entrando en un pueblo pequeño o en una ciudad grande. Lo único que tenía claro era que si Benny Willumsen se hubiera detenido por allí, se habría refugiado en el interior de algún edificio. Y puesto que Mikael Rønning no había encontrado ninguna propiedad registrada a su nombre, salvo el apartamento de Malmö, o bien había tomado prestada la casa de algún amigo, o bien se había colado en una casa de veraneo vacía. O bien…

Se detuvo en la cuneta y observó la nave industrial del otro lado de la carretera. ¿Había destellado una luz en una de las ventanas, o se trataba de un reflejo de las farolas? No estaba segura. Pero una enorme valla publicitaria, iluminada en mitad del muro que daba a la carretera, anunciaba que allí había un espacio vacío de setecientos ochenta metros cuadrados en alquiler. No funcionaban más que dos de los cinco focos, y la valla estaba muy deteriorada, por lo que supuso que la nave llevaba abandonada mucho tiempo.

Decidió echar un vistazo. Circuló hasta que pudo girar a la izquierda donde había un taller de neumáticos. Una calle estrecha la llevó a la parte trasera. Entró en el aparcamiento desierto situado detrás del edificio de chapa gris, que tenía pequeñas ventanas con rejas cada cien metros más o menos.

Frenó y apagó el motor, sin perder de vista las marcas de neumáticos que había en la nieve justo frente a ella: unas marcas que iban hacia la nave y que desaparecían por la esquina.

50

Fabian y Malin habían cruzado corriendo el pasillo, bajado por la escalera al garaje, en lugar de esperar el ascensor (que tenía la costumbre de no aparecer cuando más lo necesitabas), y recorrido en coche todo el trayecto desde Kungsholmen hasta Tengdahlsgatan, en Sofia, en menos de catorce minutos, pero se les había escapado el autobús.

—¡Maldita sea! ¡El conductor nos ha visto! —dijo Malin jadeando. —Además, son las cuatro y cuarenta y seis. El muy hijo de puta ha arrancado con antelación.

—Lo pillaremos en la próxima parada —dijo Fabian, y echó a correr tras el autobús.

—¿Estás loco? ¿Con esta barriga? —gritó Malin a su espalda.

No llegó a tiempo. Él ya había doblado por la esquina de Tegelviksgatan y corría tan deprisa como podía sin resbalar en la nieve. No había nadie esperando en la siguiente parada, lo cual lo obligó a continuar hasta Barnängsbryggan, junto al lago Hammarby, donde logró subirse y retener el autobús para esperar a Malin. Ella parecía más muerta que viva cuando se desplomó por fin en uno de los asientos para discapacitados.

—¡Por Dios, estoy agotada! —Se desabrochó el abrigo—. Me parece que acabo de batir el récord de los trescientos metros con gemelos.

Risk asintió, aunque estaba concentrado observando a los pasajeros del autobús. Había cinco, y ninguno se parecía ni por casualidad a la mujer que habían visto en las fotografías. Subieron algunas personas más en las paradas situadas después del muelle, a lo largo del canal Hammarby.

Cuando llegaron a Skanstull, frente a los almacenes Åhléns, subió tanta gente por todas las puertas que parecía que se hubiera producido una invasión. Él y Malin se separaron para no perderse nada y avanzaron trabajosamente a lo largo del autobús antes de que el conductor parase en la estación Sur y abriera las puertas. Muchos pasajeros se bajaron allí, pero una nueva horda se apretujó dentro, y a partir de ahí resultó imposible moverse.

Fabian se abrió paso hasta Malin y le indicó:

—Situémonos en cada salida. Es la única manera. —Pero no obtuvo respuesta. Entonces se dio cuenta de que ella estaba palidísima y empapada de sudor—. Eh, ¿qué pasa? ¿Te encuentras bien?

Malin lo miró con ojos vidriosos y negó con la cabeza casi imperceptiblemente.

—¿Tienes náuseas? ¿Te duele algo?

Él se percató de que tenía la mirada perdida.

—Malin, ¿puedes hablar? ¿Malin?

Ella movió los labios, pero sin articular palabra.

Risk se volvió hacia una mujer mayor que estaba sentada junto a ellos.

—Disculpe, ¿podría cederle el asiento, por favor?

La mujer, que llevaba ropa deportiva de color beis y botas de excursionista, se lo quedó mirando como si aquella fuera la mayor estupidez que hubiera oído en su vida.

—Oiga, yo tengo setenta años, y acabo de…

—Ya, y ella está muy embarazada —la cortó él. No tenía paciencia para aguantar a una jubilada con malas pulgas—. O sea que levántese de una vez, maldita sea.

La vieja soltó un bufido y miró para otro lado.

—Que se levante, le he dicho. —Fabian la sujetó del brazo para levantarla a la fuerza.

—Espere, utilice mi asiento —dijo una mujer de la fila de delante, que llevaba un chal floreado rojo sobre el abrigo, y, poniéndose de pie, se apretujó en el pasillo.

Fabian le dio las gracias y ayudó a Malin.

—Debería avergonzarse —siseó la vieja a su espalda.

Él no hizo caso y se concentró en su colega.

—Respira despacio. —Le quitó la bufanda y se la dejó en el regazo.

—Este país se está yendo al garete por culpa de gente como usted —siguió rezongando la vieja detrás de ellos, mientras pasaban por Mariatorget y continuaban hacia Slussen y la ciudad vieja, donde la mujer se bajó con muchos otros pasajeros.

—Por fin —dijo Malin—. Menuda bruja.

Fabian asintió, comprobando con gran alivio que recuperaba el color.

—Ojalá pudiera obligarla a usar una furgoneta para discapacitados durante el resto de su vida.

Risk se echó a reír, pero estaba distraído. Había algo que le resultaba vagamente familiar en la mujer que les había cedido el asiento. Aunque no estaba del todo seguro. Quizá llevaba un nuevo corte de pelo o una ropa distinta, puesto que estaban en invierno. Se giró, pero no la vio por ninguna parte.

—¿Qué pasa? ¿La has visto? —dijo Malin.

Él se encogió de hombros, todavía dudando, y sacó una de las fotografías tomadas en el autobús por Ossian Kremph en la que la mujer de los ojos recortados aparecía con relativa claridad. Entonces se dio cuenta de lo que le había llamado la atención en esa mujer del chal floreado: el hexagrama.

El chal lo llevaba sujeto al abrigo con un broche en forma de hexagrama, idéntico al que lucía alrededor del cuello la mujer de las fotografías. Sí, no podía ser otra.

—Creo que es la mujer del chal —dijo mirando en derredor.

El autobús se detuvo en Kungsträdgården, donde se bajaron bastantes viajeros y subieron otros nuevos.

—El autobús que nos precedía ha tenido un problema técnico y está fuera de servicio —les informó el conductor—. Por este motivo, el nuestro irá más lleno de lo normal. Les pedimos disculpas y les damos las gracias por su paciencia.

Fabian avanzó hacia las puertas centrales lo más rápido que pudo, pero no consiguió llegar antes de que las cerraran y de que el autobús arrancase. Resultaba imposible saber si la mujer se había bajado o seguía aún entre los pasajeros. Volvía a haber tantos que solo veía a los que tenía justo a su lado, y si seguía avanzando a empujones, se arriesgaba a provocar el alboroto que ya

parecía estar cociéndose.

Alguien protestó por tener que viajar de pie después de esperar una eternidad. Otro apuntó que no era la primera vez que ocurría lo mismo. Al llegar a Norrmalmstorg, de todos modos, la presión se aflojó lo suficiente para que Fabian pudiera cambiarse otra vez de lugar. Y entonces, en el preciso instante en que el autobús se detuvo en un semáforo, la atisbó entre la gente. Se había quitado el chal floreado y estaba junto a la puerta trasera.

Sin previo aviso, ella se dio la vuelta y lo miró. Él no sabía qué hacer. Si desviaba la mirada a toda prisa, resultaría sospechoso, pero si seguía mirándola a los ojos, también. Fingió que dirigía la vista más allá, sacó el móvil y llamó a Malin.

—¿La has encontrado?

—Está junto a la salida trasera.

—Dios mío, menos mal que el tipo no la ha atrapado.

Malin tenía razón, claro, pensó Fabian. Él no había dejado de preguntarse por qué Kremph estaba interesado en ella y qué podía tener en común con Adam Fischer y Carl-Eric Grimås.

Pararon en Stureplan. Las puertas se abrieron y la mujer se bajó del autobús

—Hemos de bajarnos. Acaba de salir por la puerta de atrás.

Fabian saltó a la acera y la observó; ella caminaba deprisa hacia la marquesina de hormigón con forma de hongo.

—Malin, ¿dónde estás? No podemos perderla.

—Calma, calma. Ya llego —dijo ella, que ya se acercaba—. Madre mía, estoy hecha polvo.

Risk asintió sin apartar los ojos de la marquesina, bajo la cual la mujer estaba con otra mujer. A juzgar por sus gestos, hablaban de algo que les disgustaba enormemente. A todo esto, ella se volvió y le sostuvo de nuevo la mirada al policía. Y de inmediato, la otra mujer lo miró también.

—Creo que se ha creído que la estamos siguiendo. Venga, vamos a hablar con ellas —dijo Risk armándose de valor.

—Espera un momento —replicó Malin—. Para serte sincera, no sé si puedo aguantar más.

—¿No te encuentras bien? ¿Quieres que te ayude?

—No, no es nada. Creo que me iré en taxi a casa para tumbarme un rato en el sofá.

—¿Estás segura?

—Sí, es que estoy un poco… embarazada. Olvídate de mí y sigue tú. —Malin le hizo señas a un taxi, que paró a unos metros.

Él la vio alejarse hacia el taxi. Al mirar de nuevo hacia la marquesina, descubrió que las dos mujeres ya no estaban.

Corrió hasta allí para comprobar que no se hubieran ocultado detrás del pilar central. Entonces se subió al muro con forma de olas que daba a Birger Jarlsgatan y escrutó la plaza. No las veía por ninguna parte.

Le sonó el móvil. Era Hillevi Stubbs.

—Escucha, ¿puedo llamarte más tarde? Me pillas en medio de un asunto —dijo él bajándose del muro y corriendo hacia la entrada de la Sture Galleria.

—Claro. Pero para que lo sepas, no te responderé —dijo Stubbs para subrayar que le parecía muy mala idea.

—De acuerdo, dime. —Fabian se detuvo.

—No tengo tiempo de explicártelo ahora. Es mejor que quedemos allí.

—¿Dónde es «allí»? —No disimulaba su irritación por el empeño de Stubbs en mantenerlo sobre ascuas.

—He encontrado algo en el escobero de Ossian Kremph: el código de un trastero Shurgard, en Högdalen.

51

El edificio, de una sola planta, tenía casi ochocientos metros cuadrados. Daba la impresión de que lo habían construido a toda prisa, sin la menor consideración al entorno. Pero ¿qué le importaba eso a Benny Willumsen? Para él era muchísimo más importante que el aparcamiento estuviera en la parte trasera del inmueble y que la vista del interior fuese casi nula desde la carretera, lo cual lo convertía en un refugio perfecto si uno quería estar a solas.

Dunja Hougaard sacó del bolso su pistola reglamentaria. Metió un cargador, consciente de que estaba actuando fuera de los límites de Dinamarca. Pero no podía bajarse del coche y seguir las marcas de neumáticos desarmada.

No estaba muy claro si la nieve iba a fundirse o a congelarse del todo, pero resultaba imposible saber si las marcas procedían del BMW de Aksel Neuman. Lo único que ella sabía con certeza era que el coche había pasado por allí en una sola dirección. Dobló la esquina. Las marcas seguían unos metros y desaparecerían en el edificio por una puerta de garaje que estaba cerrada.

No había ventanas para atisbar ni tampoco una manija o un agarradero para subir la puerta. Entonces oyó algo: un sordo zumbido difícil de ubicar con precisión, como si hubiera un camión al ralentí en las inmediaciones. Pegó el oído a la puerta del garaje; venía del interior, no cabía duda.

No obstante, no reconsideró la posibilidad de llamar a Klippan. Unas marcas de neumáticos frente a una nave industrial vacía en mitad de la nada y un zumbido que podía proceder de un sistema de ventilación no eran indicios suficientes para estropearle la noche del viernes. Necesitaría pruebas más sólidas para decidirse a pedir refuerzos.

Regresó a la parte trasera del edificio y encontró una puerta. Estaba cerrada. Se acercó a la ventana más próxima, encendió su pequeña linterna y atisbó el interior. Lo único que veía a través de las cortinas eran unos muebles de oficina y varias cajas de embalaje. La ventana contaba con una reja y una alarma antirrobo, aunque no debía de funcionar.

Rodeó la nave por el otro lado y siguió hasta la fachada que miraba a la carretera, situada a unos veinte metros. La capa de nieve era profunda y, al caminar sobre la costra congelada, se hundía hasta los tobillos.

La ventanita donde había visto un destello de luz estaba demasiado alta para asomarse, pero, desde lo alto del edificio, colgaba una escalera de incendios. Normalmente, habría sido imposible alcanzarla sin utilizar una escalerilla o algo similar. Si no la había, se evitaba que la gente trepara y llegara al tejado. Normalmente.

Pero como el viento había creado un gran montón de nieve justo debajo de la escalera de

incendios, Dunja solo tuvo que subir a gatas con mucho cuidado para no quebrar la costra superficial. Una vez en lo alto del montón, consiguió sujetarse de la parte inferior de la escalera. Trató de encaramarse, pero carecía de la fuerza suficiente para subirse del todo.

No era la primera vez que se prometía que iba a entrenarse en serio. Había adquirido ropa deportiva y un pase anual en un gimnasio, pero los había usado solo dos o tres veces. De este año no pasaba. Pensaba mantener su propósito de Año Nuevo: sería su principal prioridad.

Se revolvió con rabia para intentar colgarse del revés, como un niño en unas barras para trepar, y por fin logró subir los pies y apoyar las rodillas en el peldaño inferior. Luego ya solo tuvo que incorporarse y sujetarse del peldaño siguiente.

Cuando llegó al tejado, estaba empapada de sudor, a pesar de que el viento helado se le metía hasta los huesos. Algunos amigos que habían pasado sus vacaciones en las llanuras de Escania le habían dicho que el viento marítimo del oeste era más frío y más intenso que el viento de la costa danesa. Pero esa era la primera vez que lo experimentaba por sí misma, y si no conseguía guarecerse pronto, se arriesgaba a convertirse en un bloque de hielo y a resquebrajarse en mil pedazos.

Se arrastró a gatas a lo largo del tramo horizontal de la escalera hasta el borde del tejado, que quedaba a unos pocos metros. Apartó la nieve, y quedó a la vista una claraboya. Dio unas cuantas patadas certeras y abrió un buen agujero para colarse dentro.

Estaba todo tan oscuro que era imposible distinguir lo que había abajo, en la nave. Y por fin se soltó.

52

Sofie Leander ya había dejado de intentar comprender lo que sucedía. Durante cierto tiempo había creído entenderlo. Pensaba que cuanto le había ocurrido era lógico en cierto modo, como una consecuencia razonable de sus actos. Cuando se despertó y descubrió que la mantenían viva, la incertidumbre había reaparecido y se había adueñado de ella. Y en contra de lo que resultaría natural, no sintió alivio ni calma. Ya había abandonado la esperanza de salir viva de allí.

Hacía unos minutos, había oído que se abría un gran portón en alguna parte del edificio. No era la primera vez que oía ese crujido característico que atravesaba las delgadas paredes metálicas. El corazón se le aceleraba en cada ocasión, y ella intentaba atraer por todos los medios la atención de quienquiera que hubiera entrado. Pero todos pasaban de largo, de manera que había abandonado esos intentos.

Esa vez no era como las otras, sin embargo, aunque hubiese sonado el mismo crujido. Eran los demás ruidos los que volvieron a darle esperanzas: habían entrado varios coches y frenado con un chirrido; las portezuelas se habían abierto y cerrado violentamente; unas voces habían resonado en un amplio espacio y también los pitidos e interferencias de unos *walkie-talkies*.

Tenía que ser la policía.

Al fin habían conseguido localizarla. Es decir, que no se habían olvidado de ella. En realidad nunca había creído tal cosa, pero no fue hasta ese instante en que se le ocurrió que debía de haber gente investigando exclusivamente su caso e incluso trabajando por turnos para localizarla. Y si conocía un poco a su marido, seguro que él no los había dejado en paz ni un momento hasta que habían obtenido algún logro.

Una vez más, imaginó su fotografía en todos los carteles de los quioscos y supuso que su misteriosa desaparición debía de haberse convertido en el principal tema de conversación en torno a cada máquina de café de Suecia. Quizá en ese preciso momento los periodistas se agolpaban afuera, esperando para colarse o para entrevistarla cuando la sacaran en camilla hacia la ambulancia que habría en la entrada.

Dejó que sus pensamientos volaran, aunque era consciente de que todo aquello no pasaban de ser especulaciones. Porque no tenía ni idea del grado de interés que habría suscitado su caso, ni sabía si la policía habría decidido informar de los avances de la investigación. Era más probable que actuaran con discreción para que el médico no pudiera saber lo cerca que estaban de localizar el edificio.

De lo único que estaba segura era de que estaban ahí fuera, preparándose para entrar a rescatarla de un momento a otro. Oyó que depositaban pesados cajones en el suelo, que sacaban herramientas y las enchufaban. Todo ese alboroto la llenó de tal vivacidad y energía que ya no le

importaba no entender por qué le había ocurrido aquello. Fuera cual fuese el motivo, la policía había llegado primero.

Confió en que su marido también estuviera ahí, a punto para abrazarla y recogerla. Al fin y al cabo, era él quien había avisado a la policía. En cierto modo, pues, la había rescatado él… otra vez. Su corazón latió más deprisa en cuanto pensó en él.

Ella ya sabía que lo amaba, pero esto solo podía significar que él también la amaba aún. Lo había dudado, lo había dudado de verdad, pero ahora estaba segura.

En ese preciso momento, afuera, se puso en marcha una amoladora radial, pero el estridente y desagradable ruido sonó en los oídos de Sofie como una música celestial.

Quizá nunca había sido tan feliz.

53

Las parpadeantes luces azules se divisaban desde muy lejos en la oscuridad y convertían en superfluas las indicaciones del GPS. Están llamando demasiado la atención, pensó Fabian mientras se alejaba de Huddingevägen y seguía hacia el sur por Magelungsvägen. No entendía por qué tantos agentes mantenían las luces azules encendidas después de aparcar los coches.

Volvió a llamar a casa, pero ni Matilda ni Theodor respondieron tampoco esta vez. Tal vez el chico no había llegado aún, porque eran las siete menos veinte. Matilda, por su parte, debía de estar enfadada, cosa que comprendía, puesto que le había prometido que llegaría con unas exquisiteces antes de que la canguro tuviera que irse, para pasar juntos una agradable noche de viernes, pero el hecho era que él se encontraba en el otro extremo de la ciudad. Le habría gustado pisar el freno, dar media vuelta y dirigirse a casa, pero no era posible después de su conversación con Stubbs.

Entró en el aparcamiento situado frente al trastero Shurgard y se detuvo junto a la ambulancia y los coches patrulla. Algunos de los agentes uniformados estaban acordonando los alrededores de la entrada y otros le indicaron que fuese a aparcar junto a Aziza Thåström, su médica forense favorita.

Aziza había llegado como refugiada a Suecia cuando era adolescente. Un año o dos después hablaba el sueco con fluidez y se había casado con su profesor. Actualmente, a los treinta y cinco años, era sin lugar a dudas una de las mejores y más solicitadas forenses de Estocolmo. Fuera lo que fuese lo que Stubbs hubiera encontrado, Edelman le había dado la máxima prioridad.

—Aquí estás. —Uno de los ayudantes de Hillevi Stubbs se le acercó—. Empezábamos a preocuparnos.

—¿A preocuparos? Pero si Stubbs me ha llamado hace media hora —dijo Fabian mientras pasaba junto al equipo de intervención especial que ya estaba recogiendo sus cosas para marcharse.

—No es propio de ti llegar el último al baile. Y ya sabes cómo se pone Stubbs cuando ha encontrado algo.

Fabian sabía muy bien a qué se refería el ayudante. Hillevi Stubbs era una de las personas más impacientes que conocía. Una vez que había descubierto una pista y decidido la manera de proceder, nada le parecía lo bastante rápido.

—¿Qué ha encontrado?

—Tienes que verlo con tus propios ojos. —El ayudante levantó la cinta policial y lo guio por el garaje.

Stubbs se hallaba al lado de la furgoneta aparcada en la entrada del almacén. Llevaba un

mono azul con la capucha quitada y estaba revisando las fotografías de su cámara.

—Llegas tarde —dijo sin levantar la vista de la pantalla.

—¿Qué has descubierto?

—Ponte esto. —Cogió un mono, lo desplegó y se lo lanzó a Fabian, que se apresuró a ponérselo antes de seguir adelante.

El trastero estaba a unos cuarenta metros. Una intensa luz azul salía del agujero abierto con la amoladora radial en la puerta de lamas metálicas y se prolongaba sobre un largo trecho del suelo. Stubbs entró en la habitación y Risk la siguió. El aire allí dentro era varios grados más cálido a causa de los potentes reflectores. Una vez que sus ojos se adaptaron al resplandor, vio que el espacio era más amplio de lo que suponía. Debía de tener casi treinta metros cuadrados, quizá uno de los más grandes del almacén. Thåström y Stubbs tapaban la mayor parte de su campo visual; apenas veía otra cosa que unos pies descalzos en un extremo de una mesa forrada de plástico similar a la del apartamento clausurado. Había una serie de aparatos, con indicadores, cables y tubos que serpenteaban por el suelo y por debajo de la mesa.

Cuando rodeó a sus colegas y se situó al otro lado, pudo ver entero el cuerpo desnudo que estaba atado con unas correas engarzadas en el tablero. Las piernas, el torso, los brazos y la garganta se hallaban sujetos tan firmemente que algunas correas habían escoriado la piel y penetrado en la carne. Y como en el caso del ministro de Justicia, había dos agujeros sanguinolentos donde deberían haber estado los ojos. También observó una sustancia rosada reseca, con aspecto de gachas de avena, que se le había salido de la boca amordazada con cinta adhesiva, y resbalado por la garganta hasta el suelo.

—¿Qué es esto? —preguntó Fabian.

—Comida —dijo Stubbs—. Como puedes ver, lo han alimentado con esa sonda. —Señaló el tubo que tenía metido en la boca—. Todavía no he tomado muestras, pero yo aventuraría que contiene laxantes para depurar el cuerpo de toxinas y sustancias desechables. No es infrecuente en los casos de canibalismo.

—O sea que lo ha mantenido vivo… ¿cuánto tiempo, en tu opinión? ¿Cuándo murió? —Fabian no cesaba de pensar en cuánto dolor habría sufrido Adam Fischer antes de fallecer.

—Tendré que examinar el cuerpo más a fondo para darte una respuesta precisa —dijo Thåström—. Pero si tuviera que hacer una estimación, diría que murió hace unos tres días.

De modo que había permanecido allí amarrado más de una semana, sin la menor idea de lo que le esperaba, preguntándose si la policía lo encontraría a tiempo… o si le estaban buscando siquiera. Fabian especuló sobre el tiempo que él mismo sería capaz de mantener la fe en una situación parecida, antes de desear que le llegara la muerte.

—Supongo que murió a raíz de esta incisión. —Thåström señaló la parte izquierda del pecho, donde había un gran agujero vacío, igual que en el abdomen de Carl-Eric Grimås. Era redondo, de unos diez centímetros. Parecía como si un enorme sacabocados le hubiera arrancado un pedazo de carne.

—¿Por qué el corazón? —Risk miró a Stubbs y a Thåström.

—Me imagino que tenía que empezar por alguna parte —dijo Stubbs.

—¿Había un corazón en el congelador del apartamento clausurado, donde encontramos los órganos de Grimås?

—No —masculló Stubbs—. Y tampoco en el congelador del apartamento del propio

Kremph.

—Quizá ya se lo había comido —insinuó Thåström.

—Quizá —dijo Stubbs—. Pero nada indica que lo haya hecho aquí, ni tampoco en ninguno de los dos apartamentos.

Parecía que el silencio reducía aún más el oxígeno de aquel ambiente caliente y viciado. Fabian sintió que no iba a aguantar mucho más allí, pero en su subconsciente había comenzado a tomar forma una idea: un pensamiento tan frágil que amenazaba con desaparecer para siempre si se distraía y lo soltaba.

Primero, los órganos de Grimås, después, el corazón de Fischer. Quizá no se trataba de los ojos: ya los habían encontrado en el tarro de cristal; el corazón, en cambio, no había aparecido. La cuestión era por qué no estaba en el congelador del apartamento clausurado. No lograba aclarar todavía la cuestión.

—Por cierto, esos órganos del congelador… —dijo Fabian procurando que sonara como un comentario informal—, ¿has tenido tiempo de examinarlos?

—Acababa de descongelarlos y ya iba a trabajar con ellos cuando ha surgido esto —dijo Thåström—. ¿Te intriga algo en particular?

—Me parece que podemos estar casi seguros de que son de Grimås —dijo Stubbs.

—No me refiero a eso. Quiero saber si le falta algún órgano más.

54

Dunja no sintió ningún dolor de entrada, aunque no sabía si eso era buena o mala señal. Lo mejor que podía hacer era permanecer lo más inmóvil posible y esperar a que llegase ayuda. Dudaba de si debía hacer siquiera el intento de moverse, porque le constaba que en esos casos podías sufrir una lesión aún más grave de lo que creías.

Suponiendo, claro, que consiguiera moverse.

La luz de las farolas de la calle se colaba a través de la claraboya rota, junto con el rumor de algún que otro coche. Calculaba que debía de haber caído desde una altura de cuatro o cinco metros, y no ignoraba que el golpe podría haber sido peor si no lo hubieran amortiguado las cajas vacías de un equipo estéreo amontonadas en el suelo.

Se puso boca abajo con cuidado y se incorporó a cuatro patas sobre los cartones. Por el momento, no sentía más que una magulladura general en todo el cuerpo. Pero al apoyarse en el suelo y tratar de levantarse, notó un dolor tan agudo en el pie izquierdo que tuvo que respirar de forma acelerada para no gritar. Tal vez se lo había torcido. Ya notaba que se le inflamaba.

En cuanto remitió un poco el dolor, sacó el móvil para comprobar si funcionaba y vio que tenía resquebrajada la pantalla. La había cambiado hacía poco, después de que se le cayera al suelo en el baño de su casa. En aquella ocasión había podido seguir usándolo, aunque se había hecho varios cortes en los dedos; pero ahora, por más que pulsaba el botón de encendido, no reaccionaba.

Desistió. Entonces vio un aspirador junto a las cajas, separó el tubo de extensión para usarlo como muleta y se acercó a su linterna que brillaba débilmente en el suelo. La apagó y se la guardó en el bolsillo de los tejanos. Volvió a oír el zumbido. Se detuvo y aguzó el oído: parecía mezclarse con una especie de aullido. Giró sobre sí misma, pero no logró identificar de qué parte de la nave provenía. Poco después el ruido se interrumpió.

Caminó renqueando por un corredor cada vez más oscuro. Enseguida encontró una pared y la siguió a tientas con la mano libre. Se topó dos veces con unos marcos colgados y, tras unos metros, encontró un gran agujero en la pared. Se detuvo de nuevo y palpó los bordes. Era un umbral.

Lo cruzó apoyado en el tubo del aspirador, y respiró hondo. Trató de pensar en otra cosa que no fuera el intenso dolor del pie. Lo tenía tan hinchado que no creía que pudiera sacarse la bota. El ruido había parado por completo y, aparte de su respiración, reinaba un silencio total.

Continuó caminando en la oscuridad con una mano aferrada al tubo y la otra extendida por delante. Tras unos diez metros llegó a una pared cubierta con una suave tela de aislamiento acústico. La pared terminaba unos metros más a la izquierda; dobló la esquina y accedió al otro

lado de la habitación, desde donde por fin vio algo: había un débil resplandor al fondo que daba la impresión de ser una puerta abierta.

Entonces oyó otra vez el ruido. Sonaba como un tractor lejano con el motor al ralentí. Pero ¿para qué se podía usar un tractor en el interior de una nave? Cuando sonó de nuevo aquel aullido furioso se dio cuenta de que no era la primera vez que oía algo parecido. Reconocía el sonido que percibía en sus visitas al taller mecánico de su abuelo.

Este le había explicado que aquella herramienta era una sierra de sable, también llamada «sierra tigre» porque los dientes eran como los de un tigre y cortaban casi cualquier cosa.

Sacó la pistola, metió una bala en la recámara y, pese al dolor ardiente del pie, avanzó con celeridad hacia el lugar de donde procedía el ruido. En el camino, tropezó con un soporte de micrófono, pero enseguida se enderezó. Entonces lo vio.

El BMW de Aksel Neuman.

Benny Willumsen estaba ahí, tal como había sospechado desde el principio.

En el maletero, que tenía la puerta abierta, había varias bolsas de basura cerradas sobre una lámina de plástico que colgaba por fuera como una lengua transparente. Al lado del coche, zumbaba un generador de gasolina. El cable se alejaba serpenteando por el suelo. Dunja lo siguió, siempre con la pistola en una mano y el tubo de extensión en la otra, y se fue acercando a aquel sonido que conjuraba por anticipado unas imágenes que no deseaba ver.

El cable desaparecía por el resquicio de la puerta, de donde vio que salía el débil resplandor. Pegó el oído a la pared. El aullido sonaba de modo intermitente, como si la sierra se abriera paso a ráfagas; pero sonaba tan cerca que no logró reprimir un movimiento instintivo de retroceso.

Una serie de pensamientos sobre lo que debía hacer y lo que le esperaba al otro lado de la puerta le cruzaron por la mente como un torrente embravecido. Pero era como si su cuerpo poseyera voluntad propia, porque se sorprendió al ver que estaba deslizando una mano a tientas sobre la puerta. Al no hallar ningún pomo, introdujo los dedos en la rendija y tiró hacia fuera.

Debería haber cerrado los ojos. Debería haber dado media vuelta y echado a correr. Pero ya no estaba a tiempo. Lo que vio quedaría grabado para siempre en su memoria.

Él estaba de espaldas en medio de la habitación insonorizada, iluminado por la luz de una única bombilla que colgaba del techo. Al fin, ahí se hallaba el hombre que impunemente había violado y torturado a un sinnúmero de inocentes mujeres hasta matarlas.

Se había puesto tapones para los oídos y una máscara antigás echada hacia atrás sobre la cabeza, que parecía mirarla fijamente. Era más bajo de lo que había imaginado. Encima de sus gruesas ropas oscuras llevaba un delantal de plástico transparente que recibía la mayor parte de las salpicaduras de sangre.

Sujetaba una sierra tigre con ambas manos. El estridente alarido rasgaba el aire a medida que los dientes de la hoja se hundían en la ingle del cuerpo desnudo que se hallaba sobre la mesa forrada de plástico. Dunja deseaba gritar con todas sus fuerzas para que se detuviera, para que cesara aquel ruido, pero lo único que podía hacer era mirar.

Mirar la ingle, que se abrió al penetrar la sierra más a fondo.

El cuello cercenado, sin cabeza.

La pierna que cayó al suelo con un golpe sordo.

La sangre que salpicaba.

Mirarla a ella.

A Katja Skov.
Mirarlo todo sin ser capaz de apartar los ojos.

55

En el trayecto de regreso a casa desde el trastero Shurgard de Högdalen, Fabian se detuvo en un McDonald’s en Folkungagatan y compró un McFeast con agua mineral para él, un Big Mac con Coca-Cola para Theodor y una Happy Meal para Matilda. Estaba agotado, le dolía todo y no podía quitarse de la cabeza la imagen del cuerpo mutilado de Adam Fischer; pero quería mantener su promesa y llevarle a Matilda algo que le encantaba para pasar la noche del viernes. Paró también un momento en el 7-Eleven de la esquina de Ölandsgatan y compró una botella grande de sidra navideña, patatas fritas rústicas con salsa de ajo y un tarro de helado Ben & Jerry’s de vainilla con galletas.

Ya eran las nueve cuando por fin abrió la puerta de su casa, lo que significaba que sus hijos habían estado solos dos horas y media. No era lo ideal, pero tampoco una catástrofe. Además, ya oía el sonido de un programa especial de Navidades en la tele, o sea que la cosa no era tan grave.

Colgó el abrigo, entró en la cocina, puso las hamburguesas en platos de verdad y guardó el helado en el congelador. Observó que todas las luces de la casa estaban encendidas.

—¡Matilda! ¡Theodor! Ya estoy aquí. Ya podemos cenar —gritó sin obtener respuesta. Entró en la sala de estar. En la televisión pasaban un anuncio de Coca-Cola que trataba desesperadamente de competir con la sidra navideña. Rodeó el sofá y se encontró a Matilda dormida junto a su osito de peluche rojo.

Ya no recordaba la última vez que había llorado. Quizá había derramado unas lágrimas alguna vez al mirar una película triste, como *Magnolias de acero*, pero, por lo demás, él casi nunca lloraba. No es que se negara: a veces incluso lo intentaba con ganas para dar rienda suelta a sus sentimientos, aunque solo conseguía que se le hiciera un nudo en la garganta.

No estaba demasiado preparado, pues, para las lágrimas que le brotaron de pronto y gotearon en el suelo. La imagen de Matilda acurrucada en posición fetal en el sofá con su osito era de las más bellas que había visto jamás y también de las más tristes. Se enjugó la cara con el dorso de una mano y se tapó los ojos con la otra, pero las lágrimas seguían fluyendo y notó que le temblaba todo el cuerpo.

Las cosas no podían seguir así: él, volcado en un trabajo que lo consumía todo a su paso, y Sonja, viviendo prácticamente en el estudio. Tenían que hablar. Pero no sabía bien qué debía decir, o si ni siquiera quería resolverlo.

Llamó a Theodor, aunque no esperaba que estuviera en casa. Eran poco más de las nueve, pero al fin y al cabo no tenía más que trece años y no debería andar por ahí toda la noche. Lo telefoneó y saltó el buzón de voz: una grabación en la que su hijo fingía que contestaba antes de sonar el pitido. Optó por enviarle un mensaje de texto, pidiéndole que volviera lo antes posible.

Apagó la televisión, inspiró hondo varias veces, se sentó junto a Matilda e intentó despertarla. Pero aunque la tentó con la comida de McDonald’s, las patatas fritas y el helado, ella se negó a levantarse.

Al fin renunció y la llevó en brazos a su habitación. La arropó bajo las mantas, le dio un beso en la frente y le susurró una disculpa al oído. Entonces se sentó a la mesa de la cocina y se comió una hamburguesa fría e insípida, cuestionándose si debía llamar a Sonja.

Decidió esperar y tiró a la basura los tristes restos del banquete fallido. Recorrió la casa apagando las luces mientras se cepillaba los dientes, y se fue directo a la cama. Su cuerpo temblaba de pura fatiga. Tenía la sensación de no haber dormido desde hacía una semana. Ahuecó las almohadas, se tumbó boca arriba y cerró los ojos. Pero no consiguió conciliar el sueño.

Los acontecimientos de los últimos días desfilaban una y otra vez por su mente. No cesaba de preguntarse de qué debían de estar hablando con tanta seriedad la mujer del autobús y su amiga, bajo la marquesina de Stureplan, y qué relación podía tener ella con los órganos de Grimås y el corazón desaparecido de Fischer… suponiendo que hubiese alguna relación.

Al cabo de una hora, claudicó, fue a la habitación de Matilda, la cogió junto con el osito de peluche y la trasladó a su propia cama para estrecharla entre sus brazos, para sentir aquel calor y escuchar aquella respiración profunda y tranquila.

Solo llegó a contar hasta tres.

56

El eco de las campanas de la iglesia se propagó por el cementerio Katarina y por las manzanas colindantes, e incluso llegó por el sur hasta Östgötagatan, donde Fabian estaba cerrando su coche frente a unas elegantes oficinas de diseño que habían recibido numerosas distinciones (todas ellas enmarcadas y expuestas en una pared del interior).

Era sábado, y a pesar de que solo eran las tres la tarde, ya empezaba a oscurecer. A las diez de la mañana, Malin lo había llamado y le había dicho que había conseguido convencer al terapeuta para que autorizara una visita de Ossian Kremph a la escena del crimen. Cinco horas más tarde, todos los papeles y permisos estaban firmados, lo cual era bastante rápido teniendo en cuenta la cantidad de gente que intervenía en el proceso.

A Risk le había parecido una eternidad. Las diez horas seguidas de sueño le habían sentado bien. Aquella idea escurridiza que le había asaltado en el trastero Shurgard se había trasformado durante la noche en una teoría definida. Presentía que estaba tras una pista importante y confiaba en que la visita de Kremph a la escena del crimen sirviera para confirmar que estaba bien encaminado.

Aún no les había dicho nada a los demás, ni siquiera a Malin, lo cual era insólito. Una buena teoría no era suficiente para involucrarlos por el momento. No tenía que quedar ninguna duda: las consecuencias eran demasiado graves si acababa resultando que estaba equivocado.

De todos modos, no había permanecido ocioso en casa. Mientras esperaba a que les dieran luz verde, había tenido tiempo para jugar una partida de Monopoly con Matilda y Theodor. También había llamado a Aziza Thåström y la había convencido para que interrumpiera los preparativos navideños y reanudara el análisis de los órganos de Grimås. Y tal como sospechaba, faltaba un órgano: el hígado.

Quizá Ossian Kremph se lo había cocinado y comido. Para la mayoría de especies, ese órgano era una exquisitez. Junto con el corazón desaparecido de Fischer, debía de haberse dado un verdadero banquete. A no ser que detrás de los asesinatos hubiera algo que no era la voracidad de un caníbal, algo que situaría la investigación bajo otro foco y obligaría a todo el mundo a reconocer que todavía faltaba mucho para concluirla.

Le hizo una seña a Malin, que acababa de doblar la esquina de Blekingegatan y estaba buscando con frenesí una plaza de aparcamiento vacía. Tomas y Jarmo aparecieron a pie desde Katarina Bangata, ambos con una pita en la mano, mientras que la furgoneta del equipo antidisturbios ya estaba aparcada junto al contenedor situado frente a la entrada.

Desde luego, no habían escatimado en seguridad. La unidad estaba integrada por seis hombres; todos llevaban armas automáticas, chalecos antibalas y cascos con la visera bajada.

Dos de ellos se apostaron a cada lado de la furgoneta y examinaron la zona antes de que otros dos desaparecieran con rapidez en el interior del edificio clausurado de Östgötagatan.

Ellos habrían preferido llevar a Kremph al trastero Shurgard de Högdalen, donde acababan de encontrar a Adam Fischer, pero Stubbs todavía estaba allí trabajando; y llevarlo a la habitación de descanso del edificio del Parlamento habría llamado demasiado la atención. Quedaba la opción del apartamento clausurado, cuya existencia seguía siendo un secreto bien guardado para la opinión pública. Aunque en su interior no habían encontrado restos de ninguna mutilación, no les cabía ninguna duda de que la mesa forrada de plástico estaba montada exclusivamente con ese objetivo.

Había llegado el momento de escuchar a Ossian Kremph, a quien ayudaron a bajar de la furgoneta los dos últimos agentes antidisturbios. Llevaba grilletes en las manos y en los pies, como un condenado a muerte, y mantenía la cabeza gacha. La cadena de medio metro entre los grilletes de los pies rechinó sobre el asfalto helado mientras pasaban junto al contenedor y bajo el andamio.

—¡Por Dios, no sé cómo soportas vivir en la ciudad! —exclamó Malin deteniéndose para recobrar el aliento—. He tenido que irme hasta la iglesia de Todos los Santos para encontrar un… —La interrumpió un agudo silbido; Tomas les estaba haciendo señas.

Ossian Kremph fue conducido a la habitación donde estaba la mesa forrada de plástico bajo una intensa luz. Mantenía aún la mirada baja y cojeaba a causa de la herida en la pierna. Una vez dentro, los dos agentes lo soltaron y se apostaron a ambos lados de la puerta.

El hombre echó un vistazo alrededor con curiosidad, como si nunca hubiera estado allí. No miró a Fabian, que se hallaba junto a la pared del fondo, ni a Tomas, que se había situado en el rincón justo detrás él y estaba filmándolo todo. Pero al ver a Jarmo, que yacía en calzoncillos sobre la mesa, amarrado con las correas como si fuese una víctima, su expresión se transfiguró y retrocedió negando con la cabeza.

Disponían de un plazo de dos horas. Si descontaban el tiempo del traslado y los preparativos de seguridad, les quedaba poco más de una hora. No era mucho para poner a alguien en la disposición de ánimo adecuada y conseguir que sus recuerdos más reprimidos y vergonzosos salieran a la luz.

Edelman había desestimado las exigencias del terapeuta para asistir, de manera que al menos tenían a Kremph para ellos solos.

—Hola, Ossian. —Malin impidió que siguiera retrocediendo—. ¿Me reconoce?

Kremph negó con la cabeza, sin apartar los ojos del cuerpo de Jarmo.

—Usted ya había estado aquí, ¿no?

Él volvió a mover negativamente la cabeza.

—No me gusta nada esto. ¿Podemos volver?

—Todavía no. Enseguida lo haremos. Primero vamos a dar una ojeada y luego hablaremos un poco. ¿Quiere venir conmigo? —dijo ella intentando atraerlo hacia la mesa.

—No quiero. Aquí no. Vámonos.

—Ossian, aquí está a salvo. Lo único que debe hacer es observar esta habitación para ver si recuerda algo que se le había olvidado. Después podremos irnos, ¿de acuerdo? —Le tendió una mano.

Tras pasear la mirada durante un minuto entre la mano tendida de Malin, la muñeca de porcelana que había en la estantería y el cuerpo de Jarmo tumbado sobre la mesa, se decidió Kremph a seguirla. Fabian advirtió que la respiración del hombre se entrecortaba más a cada paso que daban hacia la mesa. Cuando llegaron junto a Jarmo, que permanecía inmóvil, dio la impresión de que Ossian iba a sufrir una crisis nerviosa.

—¿Es así como ataba a sus víctimas? —preguntó Malin señalando la correa que sujetaba a Jarmo por el cuello.

—Yo no —dijo Kremph, que recorrió con la mirada el cuerpo del policía—. Yo solo quiero escuchar la radio.

—¿Quizá es el otro Ossian?

Él negó con la cabeza y dijo:

—El informe meteorológico marítimo es excelente.

—Ossian, escúcheme. Sabemos que fue usted. Tenemos un montón de pruebas que lo acusan claramente. Y ahora pretendemos comprender cómo ocurrió. ¿Le sacó los ojos antes o después de empezar a cortar?

—¡Que no fui yo, se lo estoy diciendo! ¡Yo no he hecho nada! —Negó con violencia con la cabeza.

—Entiendo que le resulte difícil, pero procure tomarse…

—Yo siempre he hecho lo mismo, y nunca hubo ningún problema. Eso lo sé seguro. Nunca se quejó nadie.

—¿Qué quiere decir? ¿Acaso podían quejarse cuando usted los ataba y los abría en canal?

—Y el informe marítimo, siempre el informe marítimo —añadió él sin apartar los ojos de Jarmo—. Cada mañana. Es lo único: el informe marítimo y el sudoku. Pero en el hospital no tengo una radio. No sé por qué, pero no la tengo. Dicen que no pueden dejarme una —continuó, cada vez más frenético—. ¿Por qué no me la pueden dejar? ¡Conteste! ¿Por qué no me contesta?

Malin se volvió hacia Fabian, quien le indicó que prosiguiera, aunque se daba cuenta de que ella no quería. Ya había dicho que no deseaba dirigir el interrogatorio, pero esa había sido una de las condiciones del terapeuta.

—¿Por qué? —insistió Kremph.

—Ossian, la verdad es que no sé por qué no puede tener una radio. Pero ahora quiero que nos explique con detalle …

—¿Entonces cómo voy a escuchar el informe marítimo? Tengo que hacerlo, porque lo hago todas las mañanas.

—Ossian, ¿puede explicarnos cómo…?

—Y toda la medicación. He de tomarla también. Lo hago todos los días: mañana, tarde y noche. Están en una lata roja. Siempre en una lata roja del botiquín para que no se me olvide, sobre todo a las dos. Entonces es cuando… Siempre pasan muchas cosas entonces, y el tiempo… simplemente desaparece, y, de repente, se me olvida, aunque por supuesto no me doy cuenta en ese momento. —Empezó a rascarse el cuello con ambas manos.

—No, claro.

—Pero eso no es nada bueno. Es muy malo. Si no funciona, todo sale mal. —Hablaba cada vez más deprisa, escupiendo saliva—. Todo debe estar bien; si no, las cosas empiezan a dar vueltas y vueltas, y yo me canso muchísimo. Y de golpe él está allí, el demonio barbudo, aunque

yo soy el único, claro. —Tragó saliva y siguió rascándose hasta que le saltó una costra y le resbaló un hilo de sangre por el cuello—. Tiene las llaves y él está allí, de todos modos. Repara cosas y echa una mano. Cree que no lo sé, pero lo sé, y luego todo se vuelve oscuro y denso, y es como si yo desapareciera.

—Ossian, procure calmarse y concéntrese en el cuerpo que esta tendido aquí.

—Yo cierro todos los días con llave, incluso he cambiado la cerradura. Cierro y cierro y compruebo que está cerrado. Siempre. Si no, no puedes estar seguro.

—Ossian…

—No lo soporto. Es horrible. Realmente horrible. —Se agarró la cabeza con una mano para recuperar el aliento—. Estoy cansado, muy cansado. Ya no aguanto más.

—Ossian, nos queda poco tiempo. Intente…

—Tengo que descansar y cerrar los ojos un rato, pero no es posible. En cuanto los cierro, vuelvo a estar allí, vuelvo a… —Se interrumpió de golpe, jadeante, desprovisto de energía.

—¿Vuelve a… qué? Díganos a qué se refiere.

Sin previo aviso, Kremph se puso a chillar y se abalanzó sobre Malin, que perdió el equilibrio y cayó al suelo. Ella intentó zafarse dando patadas y arañazos, mientras pedía ayuda a gritos.

Risk, Tomas y los dos agentes ya corrían a socorrerla, pero en aquellos pocos segundos, Kremph bajó con calma la cabeza hacia la garganta de Malin y le susurró algo. De inmediato lo separaron de ella y lo arrastraron a la habitación contigua.

Fabian ayudó a Malin a levantarse.

—¿Estás bien?

Ella asintió al tiempo que se arreglaba la ropa.

—Pero me ha asustado de verdad. Creía que iba… —Se calló para recobrar el aliento—. Que estaba a punto de… —Se desmoronó y se echó a llorar. Fabian la abrazó y dejó que le apoyara la cabeza en el hombro.

—Bueno, bueno, Malin. Ya está.

Ella asintió, tratando de serenarse.

—Te ha dicho algo, ¿no? —dijo Fabian.

Malin se apartó y lo miró a los ojos.

—Me ha preguntado cuándo le iban a devolver su radio. —Le salió una risa gutural—. ¿No es una locura? Después de todo lo ocurrido, él solo piensa en recuperar su radio y escuchar el informe marítimo. ¡Ay, Dios! ¿Qué aspecto tengo? ¿Se me ha corrido el maquillaje?

—Estás perfecta.

—Regreso a la comisaría con lo que he grabado —dijo Tomas guardando la cámara—. No parece que vaya a suceder mucho más aquí.

—¿Alguien sería tan amable de desatarme? —preguntó Jarmo.

—Pareces muy cómodo ahí, la verdad —dijo Tomas, y se largó.

—Fabian, ¿cuántos años llevamos trabajando juntos? —Malin abrió el espejito de maquillaje para mirarse.

—¿Cinco o seis años?

—Siete y medio. Durante siete años y medio hemos pasado más tiempo juntos que con

nuestra familia. —Sacó un pañuelito de papel y se enjugó los ojos—. Y esta es la primera vez que me has dado un abrazo.

—Esperemos que no vuelva a ocurrir nunca más.

Ella se echó a reír y cogió el rímel para repasarse los ojos. Pero casi de inmediato se le escurrió de las manos y cayó desmayada al suelo.

—¡Malin! ¡Malin! —Fabian se arrodilló y trató de reanimarla—. Malin, ¿me oyes? —No obtuvo ninguna reacción.

—¿Qué demonios ocurre? —preguntó Jarmo.

—No lo sé. Se ha caído de repente. —Se calló al ver el charco de sangre que se estaba extendiendo debajo de ella—. ¡Eh, oigan! ¿Pueden llamar a una ambulancia?

Dos agentes llegaron corriendo desde la habitación contigua.

—¿A qué demonios esperan? ¡Llamen, maldita sea! ¡Está a punto de abortar! Y tenemos que avisar a su marido. —Fabian buscó el teléfono y trató de dominar el temblor de sus dedos para teclear el número.

—La ambulancia está en camino —dijo uno de los agentes.

—Bien —dijo Fabian escuchando los timbrazos del teléfono—. Vamos, responde.

«Hola, ha llamado a la familia Rehnberg. Ahora no podemos atenderle. Deje por favor un mensaje después de la señal.»

—Hola, soy Fabian Risk. Anders, llámame en cuanto… —Lo interrumpió un estruendo que no supo descifrar de entrada, pese a que había resonado con fuerza y claridad. Su cerebro estaba demasiado sobrecargado para relacionar ese estrépito de cristales con la realidad. Quería seguir explicando en el buzón de voz lo que había sucedido, pero no fue capaz de terminar. Enseguida se puso de pie y corrió a la habitación contigua.

Estaba vacía. Se acercó a la ventana destrozada, seguido de cerca por los dos agentes antidisturbios, que estaban discutiendo quién tenía la responsabilidad de custodiar a Kremph. Afuera, se había formado una fuerte ventisca y ya estaban colándose copos de nieve en la habitación.

Fabian había tenido un presentimiento en los últimos días, pero no había llegado a formularlo conscientemente. Ahora ya lo sabía con toda certeza.

Ossian Kremph era inocente.

57

Ossian Kremph tenía esquirlas clavadas en las manos y los antebrazos, lo que indicaba que había utilizado las esposas para romper el cristal de la ventana. Hecho esto, se había colado por el agujero y había saltado desde el andamio. Esa caída, desde una altura de unos quince metros, habría implicado una muerte segura para cualquiera si no hubiera estado abajo para amortiguarla el contenedor lleno de escombros.

Pero Kremph murió inmediatamente de todos modos, pues se golpeó la cabeza contra el borde del contenedor con tanta fuerza que casi todo el cráneo, de la nariz para arriba, le saltó en pedazos y se esparció en un radio de muchos metros.

Edelman comentó que no era un desenlace demasiado satisfactorio para una investigación tan compleja, si bien se apresuró a añadir que constituía un desenlace de todas formas. Para Fabian, en cambio, la muerte de Ossian Kremph significaba cualquier cosa menos un final. Todavía quedaban demasiados interrogantes.

A primera vista, la investigación parecía haber avanzado sin descanso: se habían realizado descubrimientos, sacado fotos y elaborado informes. Las pruebas descubiertas habían sido etiquetadas, selladas y clasificadas. Todos habían trabajado haciendo turnos dobles y revisado cada posibilidad. Y por fin habían establecido conexiones y alcanzado conclusiones.

Todo encajaba a la perfección. Ossian Kremph, con su trastorno de identidad disociativo y sus condenas anteriores, venía a ser casi el culpable ideal. A las víctimas les había sacado los ojos, lo cual constituía su sello personal; y además, tenía un motivo para vengarse de Carl-Eric Grimås, que había estado al frente de la investigación por la que había sido condenado muchos años atrás. El hecho de que sufriera lagunas de memoria y se hubiera negado a hablar de los crímenes, además, no hablaba tampoco en su favor.

Mientras que los compañeros de Fabian estaban convencidos de que Kremph era el hilo conductor que los había guiado hasta la solución, él no podía evadirse de la creciente sensación de que todo había resultado demasiado sencillo: de que habían ido avanzando a ciegas sin tener la menor idea del trasfondo de lo que estaba sucediendo.

Pero entonces empezó a entender por qué.

No había ningún hilo conductor. Lo parecía, pero en realidad no era más que un camino falso, una pieza de un plan perfectamente calculado que debía de haber sido muy complicado diseñar. Un plan que la gente juzgaría descabellado e inverosímil. Pero la verosimilitud no era lo mismo que la verdad.

Risk estaba seguro de que Kremph no era capaz en modo alguno de planear y ejecutar el secuestro de Adam Fischer, ni mucho menos el asesinato de Carl-Eric Grimås. Y en cambio, el

propio Ossian constituía una pista falsa perfecta.

Ahora, con Kremph muerto y el caso oficialmente cerrado, percibía que podía dedicarse a buscar al verdadero culpable.

Encontró una plaza de aparcamiento frente al hotel Rival, en Mariatorget, y caminó deprisa hacia el 7-Eleven de la esquina. Hacía horas que había oscurecido y cayó en la cuenta de que no sabía si el sol había llegado a salir a lo largo del día. Nunca le había gustado el invierno en Estocolmo, pero cada año le resultaba más insoportable. Tenía la sensación de vivir en una constante oscuridad que se prolongaba desde noviembre hasta finales de febrero. Mientras se prometía una vez más que nunca se trasladaría ni siquiera un metro más al norte, pasó junto a los últimos titulares de los tabloides.

«EL CANÍBAL MUERE AL SALTAR DE UN QUINTO PISO», proclamaba uno de ellos. «¡EL VIOLADOR Y ASESINO EN SERIE WILLUMSEN TODAVÍA ANDA SUELTO EN DINAMARCA!», alertaba otro.

Risk habría preferido quedarse a sus anchas en la comisaría y revisar el material del caso reunido hasta la fecha. Los demás se habían ido de fin semana, incluido Edelman, lo que significaba que iba a estar solo: las lámparas de las mesas se mantendrían apagadas, las puertas cerradas y el ambiente libre de conversaciones, teléfonos e impresoras zumbando.

Así, en completa soledad, podría concentrarse y seguir el hilo de sus pensamientos hasta el final.

Pero no iba a poder ser esta noche.

Estaba tan lejos del favor de Sonja que ella ni siquiera se había molestado en responder cuando había llamado para decir que iba hacia casa. Por eso había parado para comprar dos cafés con leche cargados y un hojaldre de almendras. No había nada como uno de esos hojaldres del 7-Eleven para cambiarle el humor a su mujer.

Él, por su parte, prefería la tarta princesa, pero se había jurado solemnemente que reduciría las calorías de su alimentación y resistiría el impulso de detenerse en el café-panadería de la esquina de Swedenborgsgatan. No es que estuviera gordo, ni mucho menos. Pesaba setenta y cuatro kilos desde hacía mucho tiempo. En los dos últimos años, sin embargo, había notado un cambio evidente, y ya rondaba los setenta y siete. A este paso, cuando se jubilara pesaría cien kilos.

Intentó localizar a Malin mientras volvía al coche, pero no obtuvo respuesta. Hizo otro intento telefoneándola al fijo de su casa.

—Hola, Fabian. —La voz arrastrada de Anders Rehnberg resultaba inconfundible.

Fabian había visto al marido de Malin bastantes veces, pero nunca había hablado de verdad con él. No es que no lo hubiera intentado, pues se había acercado a él ex profeso en cenas y celebraciones diversas para tratar de encontrar algún terreno común, pero se había quedado en cada ocasión con mal sabor de boca. A pesar del esfuerzo, los temas que sacaba desembocaban uno tras otro en vía muerta y, al final, acababa soltando estupideces que más tarde lamentaba. En la fiesta de inauguración de la casa de los Rehnberg, por ejemplo, se había puesto a hablar a tontas y a locas, diciéndole a Anders que no debía preocuparse porque Malin no era su tipo, a fin de cuentas.

No habían vuelto a hablar desde entonces. Anders y Sonja, en cambio, se habían caído bien

mutuamente y, durante aquella fiesta, no habían parado de charlar. Mientras regresaban a casa en taxi, Fabian había estado a punto de sacar el tema, pero se había contenido y, por el contrario, le había pedido al taxista que subiera el volumen de la radio, donde sonaba «Forbidden Colours» de David Sylvian.

—Quería saber cómo está Malin —dijo procurando adoptar un tono neutro.

—Se encuentra bien, o todo lo bien que puede esperarse dado su trabajo.

Risk guardó silencio.

—¿Querías algo más?

—Sí. También quería saber si podría hablar con ella un momento.

—Mira, no creo que sea buena idea. Sufre una preeclampsia tan seria que han decidido internarla. Habrá de estar en tratamiento hasta que dé a luz. Si la situación se agrava, tendrán que inducirle el parto, a pesar que aún le quedan dos meses enteros de embarazo.

—Lo siento. No sabía que la cosa fuese tan seria.

—¿No? Según el médico, debe de haber mostrado claros signos de que no se encontraba bien. Si no hubiera tenido tanta presión en el trabajo, no habría empeorado de este modo.

—Anders, lo siento de verdad. Comprendo que estés disgustado. Pero…

—Escucha, Fabian, Malin necesita paz y tranquilidad. Por tanto, no debes llamarla ni ir a verla. Lo único que has de hacer es mantenerte alejado de ella. ¿De acuerdo?

—Vale, pero… ¿puedes decirle que he telefoneado?

Anders ya había colgado.

Al llegar a casa encontró a Theodor en su habitación, sentado frente al ordenador. Matilda estaba en el sofá mirando *El rey león* con la tele a todo volumen. Sonaba tan fuerte que los vecinos debían haber escuchado a Timón y Pumba cantando el «Hakuna matata».

—Hola, Matilda. ¿Está mamá en casa? —preguntó sin obtener respuesta. Cogió el mando y bajó el volumen.

—No, ¡déjalo! No oigo lo que…

—Matilda, te he hecho una pregunta. ¿Sabes dónde…? —Se interrumpió de golpe al ver a una chica en el balcón fumando, con el móvil pegado al oído. Abrió la puerta del balcón y observó que llevaba puestos su calzado de estar por casa y que ya había llenado de colillas un rincón del tiesto de flores—. Tú debes de ser Rebecka.

Ella se dio la vuelta.

—Oye, he de dejarte —dijo. Colgó, se guardó el teléfono en el bolsillo de unos tejanos extremadamente ajustados y le tendió la mano—. ¿Qué tal?

—Creía que mi mujer estaría en casa…

—No, tenía trabajo. Ha dicho algo de una exposición la semana después de Navidad. —Apagó el cigarrillo y sacó otro del paquete—. ¿Quieres uno?

—No, y te agradecería que hicieras algo más aparte de salir aquí y pasarte el rato fumando. Supongo que mi mujer te paga.

—No soy yo la que no tiene tiempo para cuidar de sus hijos.

—No. Es cierto. Hablando de lo cual, ya puedes irte.

—Sonja ha dicho que podía contar con la tarifa de toda la noche porque no sabía si tú te presentarías.

—Te pagaré toda la noche si te vas ahora mismo —dijo él haciendo un gran esfuerzo para no sacarla del balcón de mala manera.

Una vez pagadas las mil coronas, se sentó, cogió un *Post-it* y escribió:

Querida Sonja:

Comprendo que estés estresada, pero todo el mundo necesita un respiro de vez en cuando.

FABIAN

Pegó el *Post-it* en el vaso del café con leche y lo puso junto a la bolsa del hojaldre de almendras y a un CD que había grabado con el tema de Prince «I Woud Die 4 U» repetido diecinueve veces: una por cada año que habían pasado juntos. Era la música con la que habían bailado por primera vez, y se había convertido en su canción desde entonces.

Lo recordaba como si hubiera sucedido ayer. Él había conseguido que le prestaran un carnet del Lido: una discoteca ubicada en un antiguo cine porno de Hornsgatan, cuyos socios eran en su mayoría escritores, músicos y actores.

Una vez dentro, se había puesto nervioso pensando que alguien descubriría que él no escribía ni tocaba en un grupo, o (todavía peor) que era de Escania, por lo que evitó a todo el mundo y se apostó en un lado de la pista, con una cerveza en la mano. Pasadas unas horas, tuvo que reconocer que el local no era tan maravilloso, a fin de cuentas, y se fue al guardarropa a recoger su chaqueta.

Cuando ya iba hacia la salida, el DJ puso el tema de Prince y su vida cambió para siempre. Volvió atrás y se aventuró en la pista por primera vez, a pesar de que él carecía de sentido del ritmo y nunca bailaba. Pero eso no había importado en lo más mínimo, porque ella apareció de repente como surgida de la nada. A lo mejor había estado allí desde el principio. En todo caso, se abrió paso entre la gente sin pensárselo dos veces y se puso a bailar con ella.

En la versión de Sonja, había sido ella la que se había fijado en él, pero eso no cambiaba nada. Fabian la había encontrado por fin, e incluso todavía recordaba la intensa felicidad que había sentido cuando ella lo había cogido de la mano.

Dos minutos y cincuenta y nueve segundos.

Había bastado con eso para que ambos comprendieran.

Que eran ellos. Ellos y nadie más.

Y luego la canción concluyó.

«¿Cuánto tiempo necesitaremos ahora?», se dijo mientras bajaba los escalones hacia el taxi que estaba esperando afuera para llevar la bolsa con las golosinas y el CD al estudio de Sonja en la ciudad vieja.

SEGUNDA PARTE

19 − 24 DE DICIEMBRE DE 2009

Mi amor por ti me impulsa a mover montañas. Me obliga a hacer lo imposible, y también lo más espantoso, pero absolutamente necesario. Y todavía un poco más.

Después de que desaparecieras aquel día, traté de alimentarme de tu recuerdo. Escuchaba a Etta James, tocaba la valla con la palma de la mano y me imaginaba tus ojos azules. Pero no me bastaba. Tenía que encontrarte. Salí de los barracones de noche y abandoné el campamento a través de un agujero de la valla. Esperaba que Dios estuviera de mi lado y me mostrara el camino. Había visto la tela blanca que asomaba por debajo de tu abrigo y pensaba que quizá trabajabas de enfermera en el hospital de Urik, a unos pocos kilómetros.

Apenas había llegado a las callejas cuando empezaron a aullar las sirenas y a oírse gritos por los megáfonos para despertar a todo el mundo. Yo sabía de nuestras redadas nocturnas, pero nunca me había visto metido en una de ellas. Al menos hasta ese momento.

Me tomaron por uno de vosotros, y por eso corrí con todas mis fuerzas sin rumbo fijo. Ellos circulaban por las calles humillando y escarmentando a la gente. Y entonces el mundo explotó. Llovieron sobre mí los cristales de las ventanas y me silbaron los oídos. Me perdí en una polvareda blanca que se volvía cada vez más grande y que me produjo escozor en los ojos.

Debería haber desistido y aceptado que nunca lo conseguiría, pero me resultaba imposible dejar pasar la mera posibilidad de verte y la esperanza de que no volviéramos a separarnos nunca más. Seguí corriendo, tropecé y caí de bruces.

Los ojos me ardían como si me los hubieran pinchado con agujas. Intenté levantarme, pero no podía. Ellos estaban cada vez más cerca entre la niebla corrosiva. Reconocí sus voces. Sus risas bajo las máscaras antigás parecían presagiar la diversión que estaba a punto de empezar.

Traté de resistirme, pero no tenía fuerzas. Dejé que me sujetaran de los brazos y me arrastraran por el asfalto.

Estoy muy cansado… He de descansar un poco… Solo un poco… No sé cuánto seré capaz de escribir todavía, pero queda mucho por decir. Y muy pocas energías…

58

Dunja Hougaard despertó bruscamente de un profundo sopor sin sueños, como si acabaran de enchufarla y de encender la corriente. Al principio, creyó que estaban intentando asfixiarla envolviéndole la cara con un plástico. No conseguía alentar por muy fuerte que inspirara, aunque lo logró cuando se las arregló para girar la cabeza hacia un lado.

Luego pensó que estaba en casa, en su propia cama, y que había metido la cabeza bajo las mantas mientras dormía. Pero pese a que era pleno invierno y Carsten había cambiado las persianas de un amarillo limón por otras de color marrón intenso, su habitación nunca estaba tan oscura. Además, todo a su alrededor se sacudía y daba bandazos.

Debía de estar en un coche. Pero ¿cómo había ido a parar allí?, ¿y por qué se hallaba en posición fetal sin poder moverse? ¿Qué había ocurrido? Trató de recordar, pero no podía. Los últimos días, o tal vez se trataba de horas, parecían una página en blanco a la espera de llenarse de recuerdos y experiencias.

Y una vez que estos le entraron a raudales en la mente, habría preferido volver a la ignorancia y recuperar ese olvido liberador. Pero ya era tarde, pues las visiones se desparramaron como una oleada de estiércol, y ensuciaron sus pensamientos. Las imágenes de las mujeres que habían sido violadas y torturadas hasta la muerte se le habían quedado grabadas en la memoria y nunca más la abandonarían, igual que el espantoso espectáculo que había presenciado en la nave industrial abandonada antes de que todo se volviera negro.

Intentó estirar su dolorido cuerpo, pero el espacio era demasiado angosto. Le dolía un pie a causa del esguince; con el otro había chocado con algo duro. Se sentía estrujada por todas partes, como si la intención fuera exprimirle el aire.

Se resistió a la tentación de rendirse e intentó reunir la energía necesaria para ponerse boca arriba, alzar los brazos y apartar aquel material que crujía por encima de su rostro. Al cabo de cinco minutos, había logrado crear un pequeño resquicio y pudo por fin inspirar de verdad unas cuantas veces.

Entonces se acordó de la linterna. La sacó del bolsillo de sus tejanos y pulsó el botoncito del extremo del mango. La luz era muy débil, tanto que parecía que iba a apagarse de un momento a otro, pero consiguió confirmar lo que ya sospechaba: el crujido procedía de unas bolsas negras de basura.

Se puso la linterna en la boca e hincó el índice en el plástico hasta abrir un orificio en la bolsa que tenía encima.

Primero fueron unas gotas.

Después un reguero.

Justo sobre su rostro.

El hedor a corrosión la impactó como un arma química. Gritó con tal fuerza durante esos segundos que el viscoso líquido le entró directamente en la boca abierta. Enseguida la cerró y apartó la cabeza del orificio, mientras el coche frenaba y hacía un brusco viraje.

Era sangre. Pero aquel espantoso hedor indicaba que la sangre estaba mezclada con algún otro fluido. Sintió náuseas y trató de vomitar, pero solo sacó un poco de mucosidad. Se acordó de cuando le quitaron las amígdalas en su adolescencia y de que la herida de la garganta no se le terminaba de curar. Al cabo de unos días, vomitó tal cantidad de sangre coagulada, que se le había acumulado en el estómago, que tuvieron que llevarla a urgencias en ambulancia para cauterizarle la herida.

Aquello era lo peor que había experimentado hasta entonces.

Procuró recuperar la serenidad, aunque todavía notaba cómo le rezumaba el fluido por la mejilla y resbalaba bajo su blusa por el pecho izquierdo. Lo único que podía hacer para mantener el pánico a raya era pensar en otra cosa; por ejemplo, en lo primero que haría en cuanto llegara a casa. Se daría un buen baño caliente y le diría a Carsten que pidiera una *pizza* Mira, aunque él considerase que no eran dietéticas. Sabía perfectamente cuál pediría: la número quince, a base de tomate, cebolla, espinacas, patatas y queso feta, y salsa de ajo aparte.

Eso suponiendo que volviera a casa.

Cuando le cayó la última gota en la cara, volvió a atisbar por el orificio con la linterna y se encontró frente a unos ojos muertos que le devolvían la mirada. No se llevó ninguna sorpresa. No obstante, ella había supuesto que serían los de Katja Skov, en lugar de los de Aksel Neuman.

Así pues, era allí donde había estado Neuman desde su desaparición: cortado a trozos y metido en bolsas de basura. Igual que Katja Skov que también debía de estar en el maletero.

Por algún motivo, el asesino había dejado a Dunja con vida. ¿O tal vez se le había acabado el tiempo en la nave industrial y se dirigía a otro lugar para seguir trabajando en paz? No, no era eso, porque el coche se estaba parando, no cabía duda. Oyó cómo se detenía el motor y se abría y se cerraba una puerta. Imaginó que la tapa del maletero se alzaba y que el tipo la sacaba de allí. Seguramente, la había reservado para lo último y había concebido algún sistema para demorar su muerte lo máximo posible. Procuró mantener la calma inspirando hondo, pero el aire se le atoró en la garganta. Estaba al borde del pánico y sabía que si perdía el dominio de sí misma, chillaría y ya no podría parar.

Consiguió hacer breves inhalaciones. Mientras oía como si arrastrasen algo por el techo del coche, hizo otro intento de estirar las piernas, pero no logró moverlas. En cambio, empujó hacia un lado una de las bolsas que tenía debajo. Daba la impresión de que contenía dos pies. Finalmente, pudo estirar los brazos por detrás de la cabeza y deslizarlos por el suelo lejos de las bolsas. Al fondo, palpó un respaldo forrado de moqueta rugosa. Introdujo los dedos por la ranura que había entre dos respaldos hasta encontrar lo que buscaba: una presilla que emitió un clic al presionarla y bajó uno de los respaldos.

Pudo salir del maletero y llegar hasta el asiento trasero. Aún no podía mover las piernas, pero ya empezaba a recuperar la sensibilidad. Se acercó a rastras a la puerta de la derecha e intentó abrirla. Era su única oportunidad de salir del coche y escapar antes de que el asesino regresara. Pero por mucho que tiraba de la manija, no lograba abrirla. La desesperación se apoderó de ella, y entonces ya no pudo contenerse más y chilló y aporreó el cristal hasta que se le agotaron todas las energías. Después se deshizo en llanto.

Cuando se hubo calmado y abrió los ojos, distinguió el mango que asomaba por debajo del asiento del copiloto.

El hacha. El arma asesina que Kjeld Richter y sus hombres no habían encontrado.

Richter se pondría furioso, pero ella no tenía otro remedio. Se arrastró hacia delante, cogió el hacha y la estrelló con todas sus fuerzas contra la ventanilla. El hacha rebotó como si se estuviera rebobinando la escena de una película. Dio otro golpe, y otro, y otro. Al décimo intento, vio que se abría por fin una grieta; y al vigésimo, el cristal se hizo trizas. Pasó la hoja del hacha por los bordes para quitar las esquirlas restantes y se coló por el hueco. Chocó de cabeza con una especie de cubierta de lona y se cayó a un suelo duro y frío.

«Sal de aquí», se dijo. Estuviera donde estuviese, tenía que largarse de inmediato, antes de que él fuera a buscarla.

De nuevo a rastras pasó por debajo de la cubierta y tuvo que guiñar los ojos ante la intensidad de la luz. Arañándose los antebrazos, se escurrió por el tosco suelo de hormigón, donde había una gran flecha blanca pintada. Centenares de luces en lo alto iluminaban interminables filas de coches. No había nadie a la vista. ¿De verdad el asesino la había dejado allí?

Puesto que la sangre había empezado al fin a irrigar sus piernas, reunió todas sus fuerzas y se incorporó con cuidado sobre el pie bueno. La pierna le temblaba, y pronto tiritó toda ella. Tenía frío y echaba de menos su abrigo. Quizá estaba en el coche. Daba igual. No volvería ahí por nada del mundo.

Avanzó renqueante, dejando atrás una fila tras otra de coches. Al fin vio el rótulo que buscaba. Las puertas de cristal se abrieron en silencio. Las cruzó. El ambiente allí estaba más caldeado, quizá varios grados sobre cero. Vio una escalera de caracol, pero se dirigió a los ascensores y pulsó el botón.

Casi de inmediato sonó la campanilla del ascensor más alejado. Aunque caminó cojeando tan aprisa como pudo, las puertas, al cerrarse, le golpearon el costado de su ya dolorido cuerpo. Una vez dentro, pulsó el botón verde y esperó a que el ascensor subiera o bajara. Se giró hacia el espejo. Al ver su reflejo devolviéndole la mirada, se percató de que no entendía nada.

Absolutamente nada.

59

—¿Qué tenemos que hacer, entonces? —pregunto Matilda, todavía enfurruñada porque su padre había apagado *El rey león*.

—Podríamos hacer unas compras y preparar una buena cena. —Fabian se volvió hacia Theodor, que por una vez había accedido a dejar el ordenador y salir de su habitación.

—¿Podemos comprar unas chucherías también? Porfaaaaaa —gimoteó Matilda.

Fabian recordó la prohibición de chucherías que había instaurado Sonja al final del verano, cuando había empezado a preocuparle el peso de Matilda. Él no compartía esa preocupación y, además, esos kilos que la niña había ganado entonces ya los había perdido.

—Vale —dijo por fin—. Pero no se lo digas a mamá.

—Y también sidra navideña, que ya se ha acabado.

—Claro. Y he pensado que podríamos alquilar una película que no hayamos visto cientos de veces. ¿Qué te parece?

—¡Sí! —gritó Matilda aplaudiendo.

—¿Tú qué dices, Theo?

El chico se encogió de hombros, rehuyéndole mirada.

—Sí, claro. Suena bien, pero no puedo.

—¿Por qué no, si se puede saber?

—Tengo otros planes.

—¡Vaya! ¿Qué planes?

Theodor se encogió de hombros otra vez y contestó:

—Nada especial. He de salir con unos colegas.

—¿Qué colegas? —Fabian se sentía como un disco rayado.

—No los conoces.

—¿Y qué vais a hacer tú y tus colegas? —dijo Matilda cruzándose de brazos frente a él.

—Matilda, no es necesario que hagas de policía. El padre aquí soy yo…

—Solo preguntaba.

—¡Tú no tienes nada que decir! ¿Vale? —gritó Theodor.

—Yo, sí —dijo Fabian—. Si no tenéis pensada otra cosa que vagar por la ciudad, ¿por qué no te quedas a ver una peli con nosotros comiendo patatas fritas?

Theodor puso los ojos en blanco y se levantó.

—No entiendes una mierda.

—¡Oye! ¡En esta casa no se usa ese lenguaje!

—Salvo cuando mamá y tú os ponéis a discutir, querrás decir. —El chico dio media vuelta y salió del salón.

Fabian, todavía noqueado por la pulla, sintió que se lo había buscado. Porque lo peor era que su hijo tenía razón. Él y Sonja eran conscientes de que no estaba bien pelearse delante de los niños, pero lo hacían igualmente, y cada vez utilizando un lenguaje más crudo.

—Muy bonito —dijo Matilda y, adoptando una sonrisita forzada, tamborileó con los dedos sobre la mesa.

Sin saber si era por el sarcasmo de Matilda, o por un patético intento de poner límites, Fabian se encontró de pronto en medio de la habitación de Theodor soltando una furiosa diatriba, cosa que le sorprendió.

—No sé si te has creído que esa es una actitud apropiada en esta casa, pero te digo una cosa: no lo es. Así que yo en tu lugar la abandonaría de inmediato. ¿Lo has entendido?

—Como quieras —dijo Theodor, que ya se había vuelto a instalar delante del ordenador.

—¡No, nada de «como quieras»! —Fabian se acercó y arrancó de un tirón el cable del ordenador, que se apagó en el acto.

—Pero ¿qué demonios estás haciendo? No puedes…

—¡Sí, que no se te olvide que puedo! ¡Soy yo quien lo compró y quien paga la factura de la electricidad!

—Eres un jodido…

—¡Escúchame! Solo tienes trece años y, aunque te cueste comprenderlo, somos mamá y yo quienes decidimos lo que te conviene, y así seguirá siendo durante otros cinco años. ¡Y he decidido que te quedes en casa esta noche! ¿Entendido?

—Olvídalo —replicó Theodor, y cogió el cable.

—¿Que lo olvide? ¿Sabes de lo que te puedes ir olvidando? ¿Eh? ¡Mírame cuando te hablo! —Fabian estaba tan furioso que todo el cuerpo le temblaba.

El chico suspiró y alzó la mirada.

—¡Ya te puedes olvidar de quedarte aquí delante del ordenador! ¡Ahora vas a venir conmigo y con Matilda para preparar una estupenda velada!

—La vida es demasiado corta para eso. Decide lo que quieras. Yo me largo ahora mismo. —Theodor se levantó de la silla.

—¡Ni hablar! —gritó Fabian obligándolo a sentarse otra vez.

—¡Estás mal de la puta cabeza!

—¿Qué has dicho?

—He dicho que estás… —No pudo continuar.

La bofetada surgió como de la nada, lo que sorprendió por igual a Theodor y a su padre. Él nunca había pegado a sus hijos, ni siquiera lo había intentado. Entonces, sin embargo, había cruzado una línea roja y, por mucho que se esforzara, nunca podría borrarla.

Theodor se llevó la mano a la mejilla y bajó la mirada. Ninguno de los dos dijo una palabra durante varios minutos. Fabian quería decir algo, pero no se le ocurría nada que pudiera reparar ni siquiera remotamente el daño causado.

De niño, él se sulfuraba a veces de verdad, pero no recordaba que le hubiera pasado nunca siendo adulto. Hasta ese momento, al menos. Y esa furia ciega, una vez que cobraba vida, no

había forma de pararla. ¿Tan estresado estaba? Tras unos minutos más en silencio, se arrodilló frente a su hijo.

—Theo, lo siento mucho. Me he puesto furioso. Ya sé que no es excusa, pero… Ha sido una estupidez y, se mire como se mire, es algo imperdonable.

—Está bien —dijo Theodor con los ojos fijos en el suelo.

—No, no está bien en modo alguno. Lo que he hecho es un delito y, si quieres, puedes denunciarme.

—Déjalo. He dicho que está bien.

—Escucha, ¿qué me dices si empezamos la noche de nuevo?

—Vale —dijo Theodor asintiendo—. Creo que me quedaré en casa.

—Me alegro —dijo Fabian aferrándose a la esperanza de que la velada no hubiera quedado del todo arruinada.

Theodor alzó la cabeza, lo miró a los ojos y le pidió:

—Pero preferiría que ahora salieras de mi habitación.

—Claro. Desde luego. —Fabian se levantó, le dio torpemente una palmada en la cabeza y se retiró.

60

Benny Willumsen se bajó del tren en la estación central de Copenhague, aunque podría haber seguido otras dos estaciones antes de Nørreport. Había decidido trasladarse a un tren de cercanías porque la mujer que tenía sentada delante (la que había subido en la parada del aeropuerto) estaba leyendo el *Ekstra Bladet* y descubriría en cualquier momento que su rostro aparecía en la portada.

«Se busca. Ahora la policía lo persigue en Suecia.»

Esa fotografía que aparecía bajo el titular se la habían sacado durante el juicio. Recordaba que había intentado sonreír para parecer lo más simpático e inocente posible.

Por desgracia, el tren de cercanías también estaba lleno de gente que hojeaba el *Berlingske Tidende*, el *Politiken* y el diario gratuito *Urban*: «TODAVÍA NI RASTRO DE KATJA SKOV. LA POLICÍA SUECA SE TEME LO PEOR».

«No saben una mierda —pensó al bajarse en la estación Vesterport—. Creen que lo entienden, pero no tienen ni puta idea.» Se sujetó el sombrero con una mano para que no se lo llevara el viento, se apresuró a subir la escalera y caminó a lo largo de Kampmannsgade. Entonces saltó sobre el hielo y cruzó el lago Sankt Jørgen.

No debía sorprenderle que lo considerasen sospechoso. Era algo tan normal como que su tren hubiera llegado a Malmö con retraso. Dadas las similitudes entre esos crímenes y sus propias actividades, era cuestión de tiempo que lo situaran al principio de la lista de sospechosos. Por lo demás, después de su pequeña aventura sobre la mesa de la cocina, resultaba incluso más asombroso que todavía siguiera vivo.

A decir verdad, tras alcanzar el orgasmo, no le había cabido la menor duda de que había llegado su hora. Casi se sentía dispuesto. Habría sido bastante apropiado, porque valía la pena morir por un orgasmo como ese. Pero al cabo de un rato lo habían despertado unos fuertes golpes y había visto que la cinta adhesiva que lo mantenía sujeto a la mesa de la cocina ya no estaba. De inmediato dedujo que la policía se disponía a forzar su puerta.

Sin tiempo para pensar, la parte más primitiva de su cerebro entró en acción. Se levantó de la mesa de un salto y salió desnudo al balcón. Pese al aguanieve, se encaramó a la barandilla y se descolgó al balcón de debajo. Por fortuna, la puerta del balcón del vecino no estaba cerrada, así que había podido entrar y agenciarse —sin despertar al viejo— ropa interior, calcetines, unos pantalones con tirantes y una vieja camisa amarilla.

En el pasillo, cuyas paredes estaban adornadas con platos decorativos, encontró zapatos, un abrigo y un sombrero. Salió y bajó la escalera. Encontró a un montón de policías uniformados y de agentes de paisano que le dijeron que se quitase de en medio.

Eso había hecho desde entonces. Durante los primeros días se había mantenido en constante movimiento para no llamar la atención, pero cuando en Limhamn había encontrado un yate en tierra que se sostenía sobre unos soportes, un Maxi 95, con la escotilla abierta, había podido colarse en la cabina y descansar por fin.

Entonces, en algún momento entre la vigilia y el sueño, había entendido cómo se relacionaba todo: comprendió las llamativas similitudes entre el asesinato de Karen Neuman y su pequeño experimento de Fortuna Beach, en Rydebäck, hacía dos años, y también, por qué aún estaba vivo y cuál había sido el verdadero sentido de la sesión erótica en su apartamento.

En ese momento comprendió asimismo que no tenía ninguna posibilidad. Aquello solo podía terminar de un modo. Él se había asegurado de no dejar ningún rastro y de no repetirse nunca. Había logrado contra todo pronóstico salir indemne de un juicio.

Pero se había acabado.

Era un fugitivo, seguramente incluso fuera de Suecia y de Dinamarca. Y la policía danesa que, según decían los periódicos andaba tras él, conseguiría tarde o temprano que lo condenasen a cadena perpetua con unas pruebas tan sólidas que ningún abogado del mundo podría rebatir. Pero él no estaba dispuesto a que lo encerrasen, ni mucho menos. Le quedaban muchas ideas por ensayar.

Fue en ese estado de profunda frustración cuando se le ocurrió la idea, esa dulce guinda que habría de permanecer en su memoria el tiempo suficiente para embellecer todos los años de prisión que lo esperaban. Era tan sencillo que no pudo contener la risa mientras cruzaba los últimos metros del lago congelado. En vez de esconderse, debía tratar de encontrarla.

Trepó por el borde del muelle, cruzó Rosenørns Allé y siguió adelante dejando atrás la iglesia de Belén. Habían pasado muchos años desde que había estado en Nørrebro, pero era como si hubiera sido ayer. No le costaría encontrar el camino hasta el número 4 de Blågårdsgade.

61

Cuando llevaban media hora mirando *Harry Potter y el misterio del príncipe*, Fabian perdió la concentración y luchó para mantener los ojos abiertos. Un partido más de *quidditch* y se quedaría dormido para siempre. Si él hubiera podido escoger la película, habrían alquilado *Resacón en Las Vegas*. Malin decía que era una de las películas más divertidas que había visto desde hacía años, y le había recomendado que la mirara con Theodor. Pero Matilda no había dado su brazo a torcer y se había empeñado en *Harry Potter*, a pesar de que ya la había visto en el cine dos veces el verano anterior.

Habían pasado una noche agradable de todos modos, empezando con un poco de karaoke y una partida de Monopoly que Matilda había ganado tras una hora y media, porque se había dado prisa en poner hoteles en Centrum y Norrmalmstorg.

Fabian, por otro lado, no había tenido noticias de Sonja, pese a que habían pasado varias horas desde que le había enviado la bolsa con el hojaldre y el CD. Procuró no preocuparse, aunque no se libró de una sensación de irritación creciente a medida que transcurría la velada. Era innegable que ambos estaban muy ocupados, pero al menos él intentaba demostrar que la quería, mientras que ella ni siquiera se molestaba en enviarle un mensaje dándole las gracias.

—Voy a recoger los platos —dijo levantándose del sofá.

—¿Lo paro? —Matilda cogió el mando.

—No, no importa. Tú sigue mirando.

De camino a la cocina, se detuvo frente a la puerta de Theodor. Iba a accionar el pomo, pero se contuvo. No podía hacer nada más esa noche. Aunque se disculpara y lo lamentara un montón de veces, no cambiaría nada. Era el chico quien debía dar el siguiente paso; pero, dejando aparte una excursión a la cocina para coger comida, no había salido de su habitación en toda la noche. Y si conocía un poco a su hijo, estaba seguro de que continuaría así bastante tiempo.

Era un rasgo que había heredado de su madre. Nadie utilizaba el silencio con más eficacia que Sonja. Era un silencio corrosivo que a él le había amargado la existencia durante años y lo había obligado a menudo a disculparse tras una pelea, aunque la culpa hubiera sido de ella.

En una ocasión, durante unas vacaciones familiares, Fabian había optado por combatir con las mismas armas y se había negado a asumir la culpabilidad después de una discusión. Durante las dos semanas de viaje en coche por Francia e Italia, no se habían dicho más que lo estrictamente necesario. El malhumor, al cabo de unos días, se les había contagiado a sus hijos, que dieron muestras de agitación y reñían sin parar. En un pacto silencioso entre ambos, cada cual había decidido ocuparse de uno de los niños y llevárselo por su cuenta cada vez que se presentaba una ocasión. Para él, aquella había sido una de sus peores experiencias hasta la fecha,

si bien no lograba recordar el motivo concreto de la pelea.

Trató de librarse de aquel recuerdo y sacó el móvil para comprobar que no se le hubiera pasado por alto un mensaje o una llamada. Acto seguido, fue a la cocina y encendió el estéreo. Mientras recogía los platos escuchó la música del álbum homónimo de Broken Social Scene. Durante los últimos seis meses no había sido capaz de poner ningún otro CD porque el mecanismo de la platina se había estropeado. Por suerte, el disco era tan variado que todavía no se había cansado de escucharlo.

En medio de «Hotel» sonó el pitido del móvil. «Al fin», pensó, y abrió el mensaje. Le sorprendió la decepción que sintió al ver que no era de Sonja.

«Acabo de darme un baño. Estaré lista en una hora. ¿Te sigue yendo bien? Nos vemos en el Lydmar. N.»

Se le había olvidado del todo que le había prometido a Niva invitarla esa noche a una copa. O tal vez había reprimido la promesa. Tecleó una respuesta explicando que, lamentablemente, tenía que anular la cita porque estaba solo en casa con los niños.

«Qué pena. Pensaba llevarte un regalito. Uno que me consta que te gustaría.»

Dos horas y media después, Theodor seguía sin salir de su habitación, Matilda estaba dormida en su cama y Sonja no había dado señales de vida.

Y Fabian estaba en un taxi, de camino al Lydmar.

62

Lo primero que pensó Dunja Hougaard fue que ella no podía ser la persona que le devolvía la mirada desde el espejo del ascensor. Tenía que ser otra: una mujer que había estado buscando en su armario y se había puesto esos tejanos negros y esa blusa beis, demasiado elegante para un día laborable, pero de todos modos adecuada porque iba a conocer a sus colegas del otro lado del Estrecho…

El único problema era que la blusa estaba desgarrada y manchada de sangre, igual que los tejanos.

Y tenía el cabello apelmazado, enredado y pegajoso.

Pero lo más chocante era su cara.

Pese a que admitiera que no estaba mirando a otra mujer, esa cara la inducía a dudar. La sangre y los demás fluidos corporales resecos que la embadurnaban ya la volvían bastante irreconocible. Pero los arañazos de la frente, los morados y las magulladuras resultaban aún peores.

Fuera lo que fuese lo que Benny Willumsen le había hecho, no se había andado con mucho cuidado.

Se abrieron las puertas del ascensor, y Dunja apartó los ojos del espejo y se internó cojeando en la oscuridad de la noche. El viento gélido la azotaba y le penetraba hasta los huesos. Pasaban muchos taxis, pero no se molestó en alzar el brazo para pedir uno. Teniendo en cuenta su aspecto, ni siquiera ella habría parado.

Caminó por una acera estrecha y helada unos treinta metros. Entonces oyó un fuerte rugido. Al alzar la vista hacia la noche estrellada y ver las luces de un avión a punto de aterrizar, cayó en la cuenta de que estaba justo delante del aeropuerto de Copenhague.

¿Acaso el tipo iba a huir del país? ¿Por eso había abandonado el coche allí?, pensó mientras subía al metro automático, haciendo caso omiso de las miradas aterrorizadas de los demás pasajeros. Willumsen era un fugitivo y, si no había cambiado de apariencia y conseguido un pasaporte falso, no podría pasar el control de seguridad.

Se bajó en la estación Nørreport, renunciando a entender lo sucedido. La idea de volver a casa le proporcionó las energías suficientes para desafiar el dolor del pie y apresurarse a lo largo de Frederiksborggade y del puente Dronning Louises. Al llegar a su edificio, pulsó el botón junto al pequeño rótulo iluminado donde figuraban su apellido y el de Carsten, pero no sonaron los crujidos del interfono ni el zumbido de la puerta.

Típico de Carsten. Si no esperaba visita, no se molestaba en levantarse y cruzar el pasillo para responder. «O es un ladrón o es correo comercial», decía para excusarse. Pero también

podía ser alguien que se había enfrentado a un asesino en serie, había perdido las llaves y el móvil y estaba en vías de sufrir heridas por congelación

Lo intentó de nuevo, manteniendo apretado el botón más tiempo de lo normal, aunque sabía que eso no funcionaría con Carsten. Al contrario, le daría un argumento más para no moverse de la silla. «¿Por qué voy a abrir a alguien que ya me ha puesto de mal humor?» A estas alturas, ¿no debería haber caído en la cuenta de que era ella? Llevaba fuera al menos veinticuatro horas, por lo que él tendría que preguntarse por su paradero. Retrocedió un par de pasos y alzó la mirada hacia el apartamento. No había ninguna luz. ¿No estaba en casa? Aquello estaba resultando muy raro.

Volvió a la puerta y pulsó agresivamente los timbres de los demás pisos. Necesitaba entrar en calor. Por fin le abrió un vecino. Sospechaba que pasaba algo extraño. Sin encender la luz de la escalera, subió a pie hasta el cuarto piso, donde enderezó la planta de yuca del rellano, que parecía a punto de caerse. Atisbó por la ranura del buzón y vio que las luces del pasillo estaban apagadas. La puerta no estaba cerrada con llave, lo que resultaba todavía más desconcertante. Entró y cerró con sigilo.

Reinaba el silencio, dejando aparte el sonido amortiguado de una canción de Madonna que procedía del apartamento vecino. O sea que Carsten no estaba en casa. Y, no obstante, la llave no estaba echada. Avanzó sin encender las luces y, tanteando las paredes, llegó a su habitación.

La cama estaba hecha y la colcha estirada y alisada como solo su pareja era capaz de hacerlo. Ese detalle la irritaba en condiciones normales, porque él siempre se quejaba de su forma de hacer la cama, pero esta vez la tranquilizó. Era como si él estuviera más presente, en cierto modo. Debía haber una explicación razonable de su ausencia.

Fue a la cocina y encontró la explicación en una nota manuscrita:

Hola, cariño:

He intentado localizarte, pero perderé el vuelo si espero más tiempo. Nos vemos el martes por la noche.

CARSTEN

Se le había olvidado por completo que él se iba a un seminario a Estocolmo. Sin duda debía de haberse preguntado dónde se había metido y la habría estado llamando hasta el último momento. Suspiró, lamentando su carácter olvidadizo, encendió la luz del techo y se lavó la cara y las manos con agua caliente. Quería darse un baño, pero primero necesitaba comer algo; de lo contrario, se desmayaría.

Por desgracia, la cocina estaba impoluta al estilo Carsten. Lo cual significaba que no había nada fuera de su sitio y que la encimera relucía como un espejo; pero también que el cuenco de la fruta reposaba en el escurridor y que la cesta del pan estaba vacía. Él había tirado toda la comida perecedera porque no sabía cuándo volvería ella a casa. Y la nevera había sufrido el mismo triste destino. Lo único que encontró fue un tarro de mermelada de naranja, unas latas de arenques que habían comprado años atrás, cuando habían estado en Malmö, y un tubo de caviar Kalle, que su pareja se había empeñado en comprar en IKEA y no había vuelto a tocar.

Decidió repescar unas manzanas del cubo de la basura, y las limpió de posos de café y otros desperdicios. Cada mordisco era un puro placer. Notó cómo su cuerpo absorbía todo la energía

del dulce zumo incluso antes de que le llegara al estómago.

Regresó al pasillo, encendió la luz y abrió la puerta del baño. Buscó el interruptor a tientas y lo pulsó varias veces, pero no se encendió la luz. Optó por prender las velas que se alineaban a lo largo del borde de la bañera y abrió el grifo del agua caliente.

Arrojó las ropas al suelo en un montón, se sentó en el inodoro y, mientras orinaba, estuvo mirándose el pie, que tenía muy hinchado. Al fin se metió en la bañera humeante. El agua caliente parecía pincharle la piel, casi como si estuviera sufriendo una quemadura. Pero era un dolor delicioso, y se recostó para que el calor se encargara de descongelarla.

Cerró los ojos. Ya iba a dar una cabezada cuando una idea la impulsó a sentarse de nuevo. ¿Cómo no lo había pensado antes? Nadie sabía dónde estaba ni qué le había ocurrido. Salió de la bañera, se envolvió en una toalla y cruzó el pasillo muy deprisa, goteando por toda la sala de estar hasta el teléfono.

Vio a una pareja joven cenando con unos amigos en el edificio de enfrente. Podrían haber sido ella y Carsten. Dos ventanas más abajo, el dinero de una timba acababa de cambiar de manos y estaban repartiendo las cartas de nuevo; y en el apartamento contiguo, celebraban una fiesta con bebidas de diversos colores. Todos parecían felices e indiferentes a lo que sucedía en la oscuridad, fuera de su pequeña burbuja.

Hasta el momento en que eran ellos los afectados.

Cogió el teléfono inalámbrico y marcó el número de información. Primero llamaría a Klippan. Después habría de ponerse en contacto con Sleizner para decirle que enviara a Richter al garaje del aeropuerto. A Carsten lo dejaría para lo último, así podrían hablar mientras se bañaba.

Pero el teléfono no daba señal. Apretó el pulsador un montón de veces, pero la línea estaba muerta. Habían hablado en varias ocasiones de anular la línea fija y pasarse por completo a los móviles, pero no habían llegado a tomar una decisión definitiva. Además, Carsten estaba en contra.

Entonces tocó el cordón de la base del teléfono y se dio cuenta de que estaba cortado.

63

Había tenido tiempo de cambiar de idea varias veces durante el trayecto en taxi a Blasieholmen. Al pasar por la ciudad vieja incluso le había pedido al taxista que diera media vuelta y lo llevara al estudio de Sonja. Cuando por fin entró en el hotel restaurante y vio a Niva sentada en un taburete de la barra, se metió apresuradamente en el baño, se roció la cara de agua fría y se preguntó qué demonios estaba haciendo.

Antes de salir del baño, revisó una última vez el móvil y vio que su mujer no había roto el silencio. Decidió darle la última oportunidad y marcó su número. Si respondía, se marcharía de inmediato y tomaría un taxi hasta su casa.

Mientras sonaba el timbre, se la imaginó mirando el móvil, viendo que era él y volviendo a dejarlo.

«Has llamado al número de Sonja Risk. Lo siento mucho, pero ahora no puedo atender tu llamada.»

—Hola, soy yo —dijo Fabian en el buzón de voz, justo cuando entraban dos hombres armando bullicio y se plantaban frente a los urinarios—. Solo quería saber qué tal estaba el hojaldre de almendra. He pensado que a lo mejor te apetecería descansar un rato de los pinceles y tomarte una copa. Podríamos vernos en Mårten Trotzig, para que el estudio no te quede lejos a la vuelta. Besos. —Colgó y se arrepintió en el acto. Una vez más, ella lo obligaba a arrastrarse servilmente, a pesar de que no tenía nada que reprocharse.

Niva seguía sentada frente a la barra del fondo del restaurante. Estaba pinchando la oliva de un Martini con un palillo mientras revisaba el móvil. Siempre tenía un aspecto estupendo. Había algo en ese cuerpo esbelto y de buena estatura, combinado con el pelo cortado a lo chico, que había despertado la admiración de los hombres —y de las mujeres— en la comisaría, obligándolos a mirarla cuando pasaba por delante.

Y hoy aún tenía mejor aspecto, si cabía. Llevaba los labios pintados de rojo oscuro y un collar de plata con piedras de colores alrededor del cuello que hacía juego con la pulsera. La falda, corta y ceñida, dejaba a la vista la mayor parte de sus piernas cruzadas sobre el taburete. Se notaba que hacía ejercicio, además: los hombros y los brazos estaban mucho más perfilados de lo que él recordaba, y su postura era casi perfecta.

En ese momento, el móvil le vibró a Fabian en el bolsillo. Lo sacó y le echó un vistazo.

«Si la montaña no va a Mahoma, supongo que Mahoma va a la montaña.»

Leyó el mensaje dos veces, pero no lo acababa de entender. El remitente era un número anónimo.

—Un *gin-tonic* Hendricks.

Fabian alzó la mirada y vio a un camarero frente a él con un vaso de tubo en una bandeja.

—Lo ha encargado la dama de allí. —El camarero le dio el vaso y señaló con la barbilla a Niva, que le hizo una seña.

Fabian inspiró hondo y se acercó a la barra.

—Empezaba a dudar de que fueras a presentarte.

—Yo también —dijo él ocupando el taburete de al lado—. Pero ¿quién va a resistirse a la promesa de un regalo?

Niva respondió con una sonrisa y dijo:

—Primero una copa. —Alzó su vaso sin apartar la mirada de él—. Para que la duda no se interponga.

Él alzó también su vaso y dio un sorbo. Era uno de los mejores combinados que había probado jamás; guardaba un equilibrio perfecto entre la ginebra y la tónica. Tenía todavía mucho gas y las burbujas ascendían a la superficie difundiendo un aroma a limón. Era tan bueno que se vio impulsado a dar otro sorbo antes de dejar el vaso sobre la barra de mármol.

—Bueno, ¿cómo va la investigación? —Niva guardó el móvil.

—Supongo que ya sabrás que el asesino, Ossian Kremph, fue detenido y que ahora está muerto.

—O sea que se ha acabado.

Fabian se preguntó si debía decirle lo que pensaba realmente, pero optó por asentir.

—Niva —dijo mirándola con fijeza—. Para serte sincero, no sé qué hago aquí. Además de recibir ese regalo prometido, claro.

Ella soltó una carcajada.

—No has cambiado. Mientes tan mal como antes. Yo creo que sabes muy bien por qué estás aquí. Por eso estás asustado.

—¿Asustado? ¿Por qué debería estarlo?

—No me lo preguntes a mí. No soy yo la que se esconde en el lavabo o le pide al taxista que dé media vuelta.

Risk no supo qué decir. ¿Cómo podía haberlo adivinado? Pero antes de que acertara a responder, ella se inclinó y lo besó. Él no quería, o sí, pero no le parecía buena idea. Y, sin embargo, no pudo resistirse cuando sintió el cálido aliento en su mejilla, los labios carnosos, la lengua enroscada que sabía a gin y a vermut, y el calor de otro cuerpo.

Ya no recordaba la última vez que él y Sonja habían estado tan cerca, ni mucho menos la última vez que se habían besado. Descartó la idea de marcharse. Por el contrario, permitió que las necesidades de sus cuerpos tomaran la iniciativa y que sus lenguas se entrelazaran. Por mucho que quisiera echarse atrás, ya había alcanzado un punto en el que no podía negarse.

Le puso la mano en la pierna y notó que el calor irradiaba su piel y despertaba partes de él que llevaban dormidas demasiado tiempo. El muslo de Niva era el más terso que había tocado nunca. Siguió subiendo la mano y notó que ella respiraba más deprisa y entreabría ligeramente las piernas, como subrayando lo evidente.

Siguió recorriéndole el muslo por debajo del vestido.

—Podríamos reservar una habitación aquí —le susurró Fabian al oído—. Si hay alguna libre. —Las palabras le salieron de forma automática, sin que pudiera hacer nada para detenerlas.

—Sí las hay. —Ella apuró su bebida y le pidió otra al barman con una seña—. Pero antes tal

vez deberías responder.

Él no entendió a qué se refería hasta que Niva le tocó el bolsillo, donde su móvil estaba vibrando.

—Quién sabe. A lo mejor es importante —dijo.

—Quién sabe. Quizá ya me he acostado y estoy profundamente dormido.

—Quizá. —Ella le sacó el móvil del bolsillo y miró la pantalla con una sonrisa inescrutable.

—¿Quién es? —dijo él tratando de cogerlo.

—¿No te habías metido en la cama? —Niva sujetó el móvil en el aire, fuera de su alcance, y solo cedió cuando hubo dejado de vibrar. Entonces dio un sorbo al *dry Martini* que el barman acababa de ponerle delante.

La llamada perdida era de Malin, que se habría enterado de la noticia del suicidio de Kremph. En todo caso, debía de sentirse bastante bien para mirar la tele, aunque estuviera en observación en el Hospital General Sur.

—Ven aquí —dijo Niva, y le puso la mano en la bragueta.

Fabian dejó el móvil sobre la barra, volvió a besarla y dejó que ella siguiera explorando. Pero no podía desembarazarse de la idea de que habría de llamar a Malin y explicarle sus sospechas de que Kremph era inocente, aunque le hubiera prometido a su marido que la dejaría en paz.

Por eso, cuando el móvil sonó de nuevo, contestó.

—Hola, acabo de ver que me has llamado y estaba a punto…

—Pero ¿qué dices? Yo no te he llamado.

Sorprendido, vio que no era Malin quien estaba al teléfono, sino Sonja. Se sintió como si acabara de hacer un peligroso cambio de sentido y cruzado la mediana de la autopista, y no pudiera hacer otra cosa más que rezar para salir ileso.

—Perdona, acababa de dormirme. Debo haberlo soñado.

Niva puso los ojos en blanco y se concentró en su bebida.

—Ah, no pretendía despertarte. Es que acabo de leer tu mensaje y quería darte las gracias por el café y el hojaldre.

—No hay de qué. Espero que estuviera bueno.

—Estaba perfecto. Y era lo que necesitaba porque después he avanzado un montón.

—Qué bien. —Fabian intercambió una mirada con Niva—. Pero oye, no quiero interrumpirte…

—No, no me interrumpes. Necesitaba un respiro. O sea que si tu oferta sigue en pie…

—Ay, habría estado muy bien, pero ahora ya no sé. —Se devanó los sesos buscando cómo continuar—. Yo creía que Matilda se dormiría, pero se ha despertado varias veces muy preocupada. —Miró otra vez a Niva, que se llevó una mano a la boca, fingiendo un bostezo.

—Preocupada, ¿por qué?

—Por nosotros. Pensando que nos vamos a separar. Por lo visto, solo piensa en eso últimamente.

—¿Quieres que vaya a casa?

—No, no importa. Sigue trabajando. Yo me ocupo.

—He estado pensando en ello, la verdad. Tenemos que dejar de pelearnos delante de los niños.

—Deberíamos dejar de pelearnos y punto.

Oyó que Sonja suspiraba.

—¿Puedo hablar con ella?

—Eh… ¿Cómo?

—Con Matilda. ¿Puedo hablar con ella?

—Cariño, acaba de quedarse dormida otra vez.

—De acuerdo. Pero llámame cuando se despierte.

—Desde luego. —Niva daba golpecitos a su reloj y agitaba los brazos—. Bueno, espero que la inspiración continúe. Nos vemos cuando vuelvas a casa. —Cortó la llamada y dio un largo trago a su bebida. Pero ya no sabía igual, del mismo modo que él ya no se sentía igual.

Niva se lo quedó mirando. Él quería explicarse, formular con palabras sus confusas emociones, pero ella se adelantó.

—No importa, Fabian. Puedo esperar.

—Esperar… ¿qué?

Ella sonrió y se ahuecó el pelo.

—Niva, si crees que vamos a acabar juntos…

Ella le puso un dedo en la boca.

—Todavía estás lleno de ideales. Es algo encantador, casi delicioso, pero sobre todo es ingenuo. Aunque no importa. Tú has cumplido tu promesa y me has invitado a una copa. Y yo pienso cumplir la mía.

Él no entendió a qué se refería.

—Por eso has venido aquí, ¿recuerdas? Te prometí un regalo. Lo encontrarás en tu móvil. —Se bajó del taburete, se puso el dedo medio entre las piernas y luego le apretó los labios con él—. No vuelvas a llamarme hasta que estés listo.

64

Un sudor frío recorrió a Dunja cuando lo comprendió de golpe. Las piernas estuvieron a punto de fallarle, pese a que se notaba el cuerpo tan rígido como una tabla. Le entraron náuseas y creyó que iba a vomitar los trozos de manzana que acababa de comer. Quería echar a correr y esconderse bajo las mantas.

Alguien había entrado en el apartamento y cortado el cable del teléfono, lo cual explicaba por qué no estaba cerrada la puerta con llave y por qué la planta de yuca del rellano —donde escondía la llave de repuesto— había quedado torcida. Pero ¿quién había sido? Y sobre todo, ¿por qué? Benny Willumsen ya había tenido su oportunidad con ella en Kävlinge.

Entonces recordó que la luz del cuarto de baño no funcionaba y que la cortina de la ducha estaba completamente cerrada. Había reparado en ese detalle de pasada, pero entonces solo pensaba en sumergirse en la bañera humeante. No era algo del todo insólito, aunque Carsten siempre le repetía que la dejase entreabierta después de ducharse, para que los azulejos se secaran bien y no criaran moho en las junturas.

Dejó el teléfono inalámbrico en el sofá, se ciñó la toalla en torno al cuerpo y cruzó el pasillo, pisando en las partes del viejo suelo de madera que sabía que no crujían. Entró en la cocina, cogió el cuchillo carnicero del soporte magnético, regresó al pasillo y se detuvo frente al baño.

Vaciló. Tal vez debía salir del apartamento y pedirle a un vecino que le dejara usar el teléfono. Pero no llevaba ninguna ropa y, además, no había oído nada desde que había llegado. Si alguien había venido a por ella, ya había dispuesto de una buena media hora para actuar.

Se dijo que fuera quien fuese, ya se habría ido.

Entró otra vez en el baño y se acercó a la cortina de la ducha con el corazón acelerado. Sujetando el cuchillo carnicero con una mano, inspiró hondo y descorrió la cortina con la otra.

No había nadie y, aparte de su maquinilla de rasurar tirada en el suelo, toda parecía normal. Se agachó para recogerla, preguntándose quién habría cambiado las cuchillas. De repente notó que le pasaban un cordón alrededor del cuello y que tiraban con fuerza; se le cortó la respiración y se vio obligada a soltar la maquinilla y el cuchillo, que aterrizó a unos milímetros del pulgar de su pie izquierdo.

Se había imaginado esta situación muchas veces y había analizado repetidamente las diferentes posibilidades, pero no había previsto que fuese a ocurrir en ese momento. En cierto modo le sorprendía no haber vivido aún, como agente de policía, unas cuantas experiencias en potencia mortales, a pesar de que había supuesto que las viviría desde que había presentado su solicitud en la academia. Siempre le había intrigado saber cómo reaccionaría, qué pasaría por su mente, cómo sería…

Pero la realidad no se parecía en nada a lo que había imaginado. Curiosamente, no estaba asustada ni nerviosa. Aunque tal vez estuviera muy cerca de la muerte, no se detuvo a pensarlo. Ni siquiera le sorprendió que hubiera alguien en su casa. No tenía ni idea de quién era y, a decir verdad, le daba igual quien fuera. Lo único que le interesaba era una cosa: sobrevivir a toda costa.

Necesitaba el cuchillo. Actuando a la velocidad de un rayo, metió dos dedos de ambas manos entre su cuello y el cordón. De esa forma había logrado al menos unos segundos de margen y evitado que el cordón se le clavara en la piel, pero seguía sin poder inspirar.

De pronto notó un tirón y cayó hacia atrás. Pero no se desplomó sobre las baldosas, sino que la arrastraron de espaldas; ella continuaba sujetando el cordón con los dedos. Trató de ver al intruso, pero no tuvo tiempo porque este enseguida la levantó y la hundió en la bañera llena de agua caliente.

El corazón le latía desbocado y ruidoso, bombeando una sangre pobre en oxígeno. La desesperación era creciente. Atisbó la cabeza del intruso, una sombra oscura y amenazante, que estaba demasiado lejos para alcanzarla con sus repetidas patadas, a diferencia de las velas, que fueron cayendo y apagándose una tras otra. Si no conseguía pronto respirar, todo habría terminado. Su cuerpo empezaba a rendirse y a fallar en sus funciones de pies a cabeza. Pronto dejarían de responderle los brazos.

En una decisión impulsiva, sacó los dedos de debajo del cordón. Entonces más que nunca, el tiempo era esencial. Agarró una de las gruesas velas que aún seguía encendida en el borde de la bañera y la esgrimió hacia la sombra oscura. Ya no le quedaban arrestos, y según todas las leyes de la fisiología, la vela se le debería haber escapado de las manos… pero no fue así.

Entonces vio que la luz de la llama se desparramaba sobre la sombra y aumentaba de intensidad. Por fin notó que el cordón se aflojaba y logró sacar la cabeza del agua y ver el fuego que iluminaba todo el cuarto de baño.

Inspiró con intensidad, tosió y respiró agitadamente unas cuantas veces más antes de darse cuenta de que era Benny Willumsen quien estaba envuelto en llamas, en vez del cuarto de baño. No entendía bien lo que sucedía, pero salió de la bañera a toda prisa, se escabulló al pasillo y se alejó de sus gritos.

Tenía que salir del apartamento a toda costa, pero vio que la reja de seguridad de la entrada estaba cerrada. Había costado más de diez mil coronas y, según había afirmado Carsten en su momento, era más importante que el viaje de última hora a Rodas que ella tenía tantas ganas de hacer.

Desde el pasillo vio que Willumsen se inclinaba sobre la bañera y que metía la cabeza bajo el agua. Habría podido volver a entrar en el baño, coger el cuchillo carnicero y clavárselo en la espalda con todo su ímpetu. Pero no podía moverse. Quizá por la falta de oxígeno, o porque aún no entendía cómo era posible que fuera él.

Ni siquiera reaccionó cuando el individuo se dio la vuelta, se puso de pie y se palpó el cuero cabelludo quemado. Pero cuando se agachó y recogió el cuchillo, la abandonó por fin la parálisis. Dunja cogió la llave de la puerta del baño, dio un portazo y cerró desde fuera justo antes de que el cuchillo atravesara la madera como si fuera de papel. Entró corriendo en la sala de estar y se puso a apagar y encender las luces, para que la viera alguien del edificio de enfrente.

Oía cómo la puerta del baño empezaba a sucumbir bajo los golpes del cuchillo carnicero, así que continuó encendiendo y apagando las luces.

Al fin, la pareja con invitados reaccionó. Ella les hizo señas para indicar que estaba en peligro, pero ellos rieron y aplaudieron. Entonces sonó un estruendo en el pasillo al ceder del todo la puerta del baño. Sin pensarlo, volcó la planta de jade del tiesto grande (que había sobrevivido meses sin luz ni agua), y abrió la ventana que había encima.

El aire frío entró de inmediato y le puso la carne de gallina. Cogió el teléfono inalámbrico del sofá, corrió al dormitorio, dejando la puerta entornada, y se metió en el armario.

En medio de la oscuridad, alzó el pie bueno todo lo que pudo y lo metió en uno de los compartimentos para los zapatos colgados de la parte interior de la puerta. Comprobó, sorprendida, que aguantaba y logró encaramarse sobre los montones de viejos patrones de calceta que nunca había terminado y sobre las ropas olvidadas llenas de agujeros de polilla.

Oyó que Willumsen entraba en la sala y confió en que el tiesto volcado y la ventana abierta lo distrajeran. Pulsó el botón verde del teléfono inalámbrico y se lo pegó al oído, esperando que se produjera un milagro. El silencio le pareció interminable, pero al fin llegó: un tono de llamada con crujidos e interferencias que venía a ser como una cuerda salvavidas. Tal como creía, los vecinos de arriba todavía tenían la base de su inalámbrico en el dormitorio.

Marcó el primero de los dos números que se sabía de memoria, pero al escuchar «Has contactado… —y recitó—: … con Carsten Røhmer. Ahora no puedo atenderte». Claro, había salido a cenar o algo parecido. ¿Qué se esperaba? Normalmente, no le importaba cuando no respondía, pero esta vez le entraron ganas de llorar. Susurró un mensaje diciéndole que pidiera a sus compañeros de la policía que fueran al apartamento cuanto antes.

El otro número lo recordaba sobre todo porque resultaba difícil de olvidar. No era culpa suya que fuese de Jan Hesk nada menos. Lo marcó mientras oía cómo se acercaba Willumsen al dormitorio.

—Sí, aquí Hesk.

—Hola, Jan, soy yo —cuchicheó.

—¿Eh? ¿Hola?

—Jan, soy yo, Dunja. No puedo hablar más alto…

—Dunja, ¿eres tú?

—Sí. Escúchame. Necesito ayuda —dijo, y oyó el ruido del cuchillo carnicero recorriendo la pared contigua al armario.

—La conexión es muy mala.

—Jan, tienes que ayudarme.

—¿Cómo? No te oigo. Hay un montón de interferencias.

—Necesito tu ayuda. Es urgente.

—¿Ayuda? ¿Necesitas ayuda?

—Sí, Benny Willumsen está en mi casa…

—¿Hola? Se va la voz. ¿Me oyes?

—Sí, estoy aquí.

—Deberías haberlo pensado antes de clavarme un cuchillo en la espalda.

—No, Jan, espera…

Sonó un clic. Pulsó el botón verde para marcar el 112, pero no tuvo tiempo porque la puerta del armario se abrió de un tirón. Contuvo el aliento y procuró que su corazón se serenase. No estaba claro si él la había visto u oído, pero Dunja oyó su lenta respiración y captó un acre hedor

a pelo quemado. Pasaron unos segundos que parecieron eternos hasta que él cerró la puerta por fin. Suspiró aliviada.

Entonces el teléfono le sonó en la mano. Tres timbrazos fatídicos resonaron en el armario antes de que consiguiera apagarlo, pero al instante la puerta se abrió de nuevo.

—Tal como sospechaba.

Dunja oyó su voz mientras trataba de esquivar aquellas manos que buscaban afanosamente por el estante como dos serpientes furiosas. Pero era imposible, y enseguida la agarraron del tobillo derecho.

Ella siempre había tenido las piernas fuertes. Siempre había ido en bicicleta, hiciera el tiempo que hiciese, y también salía a correr desde la adolescencia, aprovechando los intervalos entre clase y clase. Pero entonces sus patadas resultaron tan inútiles como sus gritos pidiendo ayuda. El tipo la bajó del estante y se la echó al hombro como si fuera una presa recién cobrada que se disponía a degollar y despiezar. Dunja intentó agarrarse de algo, pero lo único que asió fueron ropas y labores de punto.

Trató de zafarse, de golpearlo y morderle la espalda, pero él la sujetaba con firmeza, y no parecía que hiciera ningún esfuerzo. Se acercó a la ventana y corrió las cortinas. Dunja reparó en que también él estaba desnudo; y a juzgar por sus músculos comprendió que no tenía ninguna posibilidad. El tipo podía hacer con ella lo que quisiera.

—Esta vez no pretendía alargar mucho el sufrimiento —dijo acercándose a la cama.

Dunja nunca había matado a nadie. Para ella, ese había sido siempre el último recurso, y había creído que siempre había otra salida, una forma de reemplazar las armas y la violencia con el diálogo y la comunicación.

Pero ya no era tan ingenua.

Antes de llegar a la cama, Benny Willumsen se tambaleó y soltó el cuchillo carnicero, como si estuviera a punto de perder el equilibrio. Intentó dar otro paso, pero se detuvo a medias para no caerse.

En ese momento vio cómo asomaba la punta metálica por la parte izquierda de su pecho. Debía de haberle atravesado el pulmón y el corazón, que aún seguía bombeando. La sangre resbalaba a borbotones por su musculoso torso.

Como Dunja no sabía muy bien cuánto daño había causado, retorció la aguja de tejer para provocarle todas las lesiones internas posibles. Él seguía de pie, aunque no decía nada. No estaba claro si entendía lo que estaba pasando. Cuando ella le clavó otra aguja entre las costillas del otro lado de la columna, perforándole el pulmón derecho, se desmoronó con lentitud, como un caballo que se tumba para morir.

—¿Por qué? —Dunja lo miró fijamente—. ¿Por qué no me mataste en Kävlinge cuando tenías la oportunidad de hacerlo?

No obtuvo respuesta.

Pero la expresión de sus ojos antes de morir fue lo bastante elocuente.

No había sido él.

El hombre de Kävlinge no era Benny Willumsen.

Desperté en un pasillo. Había heridos por todas partes, gritando de dolor. No entendía lo que ocurría. Pero cuando pasó una enfermera, comprendí que las manos que me habían cogido entre la polvareda no eran las de mis antiguos compañeros. Era gente de tu pueblo la que me había rescatado. Detuve a la enfermera. Le pregunté por ti, describiéndole tus ojos azules.

Le salió un grito repentino y pidió auxilio. Debía de haber reconocido mi acento israelí, y enseguida aparecieron sus colegas y se pusieron a escupirme y a golpearme. Yo quería explicarles, pero no me dejaron. Había demasiado odio. Intenté bajarme de la camilla para salir de allí, pero me caí. O alguien me derribó. No podía hacer nada más que acurrucarme y rogarle a Dios que cesaran sus puñetazos y sus patadas.

Luego vino la doctora. Creo que se llamaba Basimaa. Ella me ayudó a escapar por una puerta trasera. Me dijo que sabía quién eras y que habíais trabajado juntas en un pequeño hospital en Einabus. Sabía cómo te llamabas y en qué pueblo vivías.

Aisha Shahin, de Imatin. Los nombres más bellos del mundo.

Existes. Eras mucho más que un sueño.

65

—Por Söderleden o por Skeppsbron? —El taxista lo miró por el retrovisor.

—Por Skeppsbron —repuso Fabian desde el asiento trasero mirando la pantalla del teléfono. En alguna parte debía de estar el famoso regalo de Niva, pensaba. Pero ella no había querido revelarle nada más.

—Para que lo sepa, así tardaremos más.

—No tengo prisa —dijo él sin quitar la vista del móvil.

—Ya veo. Usted no toma la autopista por principio. En cierto sentido, estoy de acuerdo: es horrible y deberían soterrarla. Si hubiera dinero, claro. Lo crea o no, yo protesté contra la tercera línea férrea. Aunque eso fue antes de dedicarme a taxista. Ahora que me paso todo el día detrás del volante veo con claridad que los políticos han mandado a la mierda todas las infraestructuras de Estocolmo. ¿Está de acuerdo?

En lugar de responderle, Fabian le pidió que subiera la radio, que casualmente estaba emitiendo «Fake Empire» de The National, justo cuando pasaban frente al palacio real. El taxista dejó de hablar y subió el volumen al máximo. La voz de barítono de Matt Berninger inundó el vehículo. Al alzar la vista, Risk vio a un grupo de adolescentes corriendo como si les fuera la vida en ello, y desaparecieron por una de las callejas.

Pensó en Theodor, tal vez porque los adolescentes llevaban cazadoras y sudaderas con capucha como las que a él le gustaban. Su hijo se había pasado el último año hablando de esas sudaderas. Al fin había ahorrado lo suficiente para comprarse una con su dinero, porque tanto él como Sonja se habían negado aduciendo que era un atuendo de pandillero. Por muy de moda que estuviera, eran ganas de buscarse problemas.

Últimamente, Sonja decía que Estocolmo se había vuelto muy peligroso y se preguntaba con inquietud si era el lugar adecuado para criar a sus hijos. Desde luego, había empeorado en comparación con lo que era cuando él se había mudado allí a fines de los ochenta. Entonces los *skinheadseran* la mayor amenaza. Pero si sabías dónde se reunían, tenías el recurso de dar un rodeo para evitarlos. En la actualidad, el peligro acechaba por todas partes y, si su mujer y él no hacían algo, corrían el riesgo de que Theodor acabara en un grupo de ese tipo dentro de pocos años.

Recorrió con la vista el agua congelada hacia el *af Chapman*, el barco iluminado que se hallaba amarrado en Skeppsholmen y que era, con toda probabilidad, el albergue juvenil mejor situado del mundo. Cuando estaban sonando los tambores de «Fake Empire» y pasaban la rotonda de Slussen, el taxista bajó el volumen y buscó otra vez su mirada por el retrovisor.

—He visto que miraba el barco de Skeppsholmen. No todo el mundo sabe que el *af Chapman*

es en realidad un albergue. Hay duchas en la parte de babor, ¿sabe?, de manera que puedes salir ahí tal como Dios te trajo al mundo y lavarte ante una vista del palacio real. No está mal, ¿no cree?

Risk no oyó una palabra. Acababa de encontrar lo que estaba buscando en el móvil: un correo electrónico con un enlace que había acabado en la papelera porque el remitente era anónimo. «Estaba equivocada» decía en la casilla del asunto.

Pinchó el enlace y sonó un archivo de sonido. Se apresuró a ponerse los auriculares:

«Soy yo. ¿Tienes un minuto?».

Risk reconoció de inmediato la voz de Herman Edelman.

«No, la verdad. La sesión de preguntas comienza dentro de unas horas y no he tenido tiempo de prepararme. ¿Puedo llamarte esta tarde?»

La otra voz era la de Carl-Eric Grimås. Entonces comprendió Fabian en qué consistía el regalo de Niva.

«Mejor que no.—Se oyó un suspiro estresado—. Es por tu bien, Carl.»

«Ya lo sé, pero…»

«Será un momento. Y cuanto más informado estés de lo que sucede, más preparado estarás para manejarlo.»

«Deja que cierre la puerta.»

Tal como Risk había sospechado, el Instituto Nacional de Señales de Radio (INSR) tenía monitorizado el móvil del ministro de Justicia, y Niva se las había arreglado para encontrar la conversación que había mantenido con Herman Edelman unas horas antes de ser asesinado.

«No me digas que es otra vez sobre esa maldita filtración.»

«Así es, por desgracia.»

«O sea que el documento todavía no ha aparecido.»

«No, pero…»

«Lo sabía. Esto es precisamente lo que me preocupaba. Lo intuía. Jamás habría accedido a meterme…»

«Carl, escúchame…».

«¡No he hecho más que escuchar, maldita sea! Creía que ya habíamos terminado de una vez con esto.»

«Yo también lo creía. Pero el problema no desaparecerá si entierras la cabeza como un avestruz.»

«Ya lo sé. Pero lo que no entiendo es por qué tiene que ser problema mío. Es Gidon Hass quien ha violado sus normas y, por tanto, es asunto suyo resolverlo.»

«Podría parecer que es así, pero, te guste o no, si él no consigue resolverlo, te acabará afectando a ti.»

Grimås resopló.

«Por lo que sé, hay muchos indicios que apuntan a alguien de dentro, con acceso a las llaves y a los códigos. El problema es que no han podido encontrar a nadie sin…»

«¿Cómo que “alguien de dentro“? ¿Estás insinuando que alguien de vuestro propio personal podría…?»

«No tengo ni idea, Carl. Lo único que sé es que la investigación está ahora totalmente en

marcha.»

«De acuerdo, los llamaré.»

«Eso es lo último que deberías hacer. Deja que ellos se ocupen. Yo quería mantenerte informado de todo. Y si no lo has hecho aún, deberías decírselo a tu jefa de gabinete para que prepare una operación de control de daños por si el asunto llegara a divulgarse.»

«¿Control de daños? ¿Quieres decir presentar la dimisión antes de que el partido al completo acabe implicado? Como si eso fuera a servir de nada.»

«No magnifiquemos las cosas. Todavía cabe la posibilidad…»

«Herman, tú sabes tan bien como yo que tarde o temprano esto saldrá en las portadas de todos los periódicos. Y entonces, cuanto he hecho por este país acabará en el cubo de la basura. Esa es la verdad desnuda. Ahora he de dejarte.»

«Te avisaré si surge algo más.»

«De acuerdo. Y oye, por cierto… Gracias.»

«De nada.»

Ambos colgaron y el archivo de audio llegó a su fin. Fabian se quitó los auriculares y trató de comprender cuál era el sentido de la llamada. Alguien había conseguido una información que no le estaba destinada, eso quedaba claro: algo que situaba a Grimås en una posición extremadamente comprometida que amenazaba con derribar al Gobierno. Y tan solo un minuto o dos después, el ministro había llamado a la embajada israelí. ¿Era eso lo que Edelman le había aconsejado que no hiciera?

A Risk le constaba que hacía una década, en los primeros años tras la muerte de su esposa, Edelman había pensado seriamente en trasladarse a Israel. En esa época, él tenía sin duda contactos muy directos en la embajada israelí. Debía de haber conocido a Rafael Fischer, el difundo padre de Adam Fischer, que era el embajador de Israel. ¿Se trataba de una conexión, o de una coincidencia? ¿Y quién era Gidon Hass? En todo caso, daba la impresión de que había desaparecido algún documento de la embajada israelí. Pero ¿qué relación podía tener eso con el asesinato que se había producido unas horas después de la llamada? Fabian no comprendía nada; solo que Herman Edelman, su propio jefe, sabía bastante más de lo que dejaba entrever.

—Ya hemos llegado —dijo el taxista, y paró en Fatbursgatan frente a la puerta principal.

Fabian se llevó la mano a la cartera, pero se contuvo al alzar la vista hacia las ventanas del apartamento que estaban a oscuras. En teoría debería estar cansado, deseando meterse en la cama. Los dos últimos días habían sido como una semana entera. Sin contar con que había estado bebiendo. Pero eso ya no importaba. No, el taxista se equivocaba.

No habían llegado en modo alguno.

66

Sofie Leander no había tenido la menor duda de que la policía había entrado en el edificio para rescatarla. A pesar de que desde hacía tres días había aceptado que sus probabilidades de sobrevivir eran nulas, en ese momento estaba segura de que la policía la había localizado, y sabría por fin por qué la habían mantenido viva —esperando— tanto tiempo.

Pero se había equivocado de medio a medio.

La policía no la había encontrado. Se mordió los labios para detener la cadena de pensamientos que se le repetían una y otra vez, e intentó comprender el sentido de su situación. Pero no entendía nada, salvo que su última esperanza de salir viva se había desmoronado. En el fondo, era una creencia ingenua que ella misma no se había atrevido a tomarse muy en serio: la fantasía de que aquella pesadilla había llegado a su fin. Había acariciado la esperanza de volver a sentir el calor del sol en la cara, el sabor equilibrado de un buen café o la reconfortante seguridad de estar entre los brazos de su marido. Pero esa esperanza se basaba en la suposición de que él se había puesto en contacto con la policía.

Aunque ya no lo creía.

Esa constatación había sido una de las experiencias más dolorosas de su vida. Era como si una llaga enorme y profunda que empezaba a cicatrizar se hubiera vuelto a abrir de nuevo. Ella había sabido en todo momento cómo acabaría aquello, pero una parte de su mente se resistía a dejar de albergar esperanzas. Tal vez su marido había estado tan ocupado en su nuevo proyecto que no se había enterado de su desaparición. Tal vez había avisado a la policía hacía poco… Ella siempre había sido creyente, pero hasta entonces no había comprendido por qué la religión era tan popular y por qué nunca sería posible desarraigarla de la gente. Por mucho que se empleara la lógica y la razón para refutarla, un creyente jamás abandonaría sus convicciones: resultaba demasiado penoso, así de sencillo.

Sofie oscilaba entre dos polos extremos: la creencia en un futuro de color de rosa en el que todo se arreglaría por fin y el anhelo de desvanecerse en la nada, de pudrirse y ofrecer un banquete a los gusanos. Ambas opciones le resultaban atractivas, quizá sobre todo porque no había nada peor que la situación a la que se hallaba sometida.

Como ya apenas le preocupaban las consecuencias, necesitaba actuar. No podía continuar así. Pero ¿de qué alternativas disponía? A veces había oído hablar de gente capaz de levantar un coche para rescatar de debajo a sus hijos, en especial mujeres que en su desesperación habían generado tal cantidad de adrenalina en su cuerpo que habían llegado a poseer lo que casi podría describirse como superpoderes. Pero ella no tenía ningún hijo amenazado de muerte. Lo único que tenía era desesperación, eso sí, en cantidades ilimitadas.

El tubo de alimentación zumbó de nuevo, a punto de bombearle aquel mejunje empalagoso y repulsivo en la boca, que a continuación pasaría a lo largo del esófago. Estaba inmovilizada sobre la mesa, en algún punto del infierno entre la vida y la muerte.

Intentó apartar la cara, pero el tubo la siguió implacablemente y le llenó la boca. Se armó de valor frente al dolor de las correas y opuso resistencia con todo su cuerpo, primero en una dirección, luego en la otra, mientras el mejunje iba descendiendo y le provocaba una arcada.

Entonces lo notó. Tal vez no se había movido más que un milímetro. No lo sabía con certeza, pero era sin duda algo nuevo, lo cual bastó para darle energías y seguir tensando todos los músculos hacia uno y otro lado. Estaba segura: la mesa se movía. Deglutió unos tragos del mejunje para cobrar fuerzas mientras seguía intentando balancearla.

Sonaba un crujido cada vez más fuerte cuando ella se retorcía y decidió no dejar de moverse hasta que el ruido cesara. Se dedicó a contar las sacudidas y, al llegar a trescientas ochenta y cuatro, se hizo un silencio y entonces sonó un tremendo estrépito.

No se atrevió a abrir los ojos durante un rato, pero al hacerlo al fin, se dio cuenta de que estaba en el suelo, con la mesa volcada detrás. Algunas correas debían de haberse soltado, porque pudo sacar un brazo y moverlo libremente. Con un poco de suerte, podría alcanzar el bisturí que también se había caído al suelo y estaba a un metro de ella.

67

A Fabian todavía le costó un tiempo comprender del todo la trascendencia de la conversación interceptada entre Grimås y Edelman. Era como si las defensas de su organismo se hubieran activado para mantener la conmoción a raya. Cuando por fin lo hubo asimilado, se bajó del taxi e inspiró hondo varias veces el aire de la noche invernal. Experimentaba sentimientos contrapuestos. Por un lado, no podía creer lo que acababa de escuchar; por otro, se imaginaba a sí mismo abalanzándose sobre su viejo mentor para tirarlo al suelo y esposarle las manos a la espalda.

Se había dirigido al apartamento que Herman Edelman tenía en Kaptensgatan para confrontarlo abiertamente con las revelaciones de la llamada, como si albergara la esperanza inconsciente de que hubiera una explicación creíble que le permitiera dormir esa noche y que le proporcionara la tranquilidad de que todo volvería a la normalidad en cuando aclarasen la cuestión.

No obstante, comprendía que no existiría semejante explicación. Edelman sabía mucho más de lo que había dado a entender y, de un modo u otro, estaba implicado en la muerte del ministro de Justicia. Cuando llegara el momento, tendría que acorralar a su propio jefe y exigirle una respuesta. Pero todavía no. Todavía no sabía lo suficiente, y necesitaba formular las preguntas adecuadas para obtener respuestas verdaderas.

Subió de nuevo al taxi y le pidió al conductor que siguiera adelante, dejando atrás el edificio de Edelman, y que se dirigiera hacia Artillerigatan y llegara hasta la comisaría de Kungsholmen. Una vez allí, pasó su tarjeta por el lector, introdujo el código y cruzó el pasillo a oscuras.

Había planeado revisar otra vez la investigación de principio a fin con una nueva perspectiva. Estaba convencido de que la solución se encontraba ahí, entre las fotos, las anotaciones y las extrañas coincidencias.

Pero al entrar en la oficina, vio que todo había desaparecido. Al principio, pensó que se había equivocado de despacho. Pero no, allí estaba su escritorio y el de Malin. Miró en derredor, desconcertado. Habían borrado la pizarra, quitado las notas pegadas en la pared y retirado los montones de carpetas de las mesas y del suelo. La oficina estaba vacía.

Sí, la investigación había sido cerrada y nunca habría un juicio, pero no habían transcurrido más de siete horas desde que Kremph se había quitado la vida. Todavía había que clasificar y guardar las pruebas, escribir informes y mantener varias reuniones antes de poder archivarlo todo.

Accedió a su ordenador y buscó el expediente, pero tampoco encontró nada. Alguien había borrado sus pruebas, y no se le ocurría quién podía ser. Podía tratarse de un miembro del Säpo,

del propio Edelman, o de alguien totalmente distinto. Se derrumbó en su silla, con la cabeza entre las manos. Sospechaba que se trataba de alguien que, como él, era consciente de que el asesino seguía suelto.

Decidió volver a casa y tratar de dormir unas horas, porque no tenía ni idea de cómo continuar. Pero mientras estaba apagando el ordenador, reparó en una de las muñecas de porcelana que habían visto en el apartamento clausurado. Estaba en el estante de Malin, junto a un montón de carpetas y dos paquetes de galletas María. No recordaba que ninguno de los dos hubiera cogido esa muñeca. E incluso si lo hubieran hecho, habría acabado en manos de Hillevi Stubbs. ¿Era la muñeca del apartamento o una idéntica?

La cogió y contempló el pelo rizado, el vestido bordado y el sombrero a juego. Sus pensamientos derivaron de inmediato hacia el muñeco de su infancia. Pero no se entretuvo mucho con sus recuerdos porque enseguida advirtió que había algo extraño en los ojos de la muñeca, un detalle que diferenciaba al uno del otro. Al mirar más de cerca, vio que el iris de color marrón era en realidad un agujero.

Con inquietud creciente, examinó la muñeca más a conciencia. Inspeccionó el sombrero, la cara —desagradablemente realista—, los brazos, las piernas y la parte de debajo de la falda, que estaba fijada por detrás con velcro.

Al principio, se quedó perplejo. Como el vientre de Carl-Eric Grimås, la espalda de la muñeca estaba vacía. Y en ese espacio se hallaba alojada una cajita rectangular blanca de plástico con varios diodos parpadeantes. Había un botoncito en la esquina inferior, junto a un letrero que decía *Anbash*, y un cable que ascendía por el lado, pasaba por el cuello y, de ahí, hacia la cabeza. Nunca había visto nada parecido, pero dedujo en el acto que la muñeca tenía una cámara que funcionaba con batería y estaba conectada a la red de telefonía móvil.

En cuanto comprendió lo que sucedía, le entró un sudor frío. El asesino había tenido bajo vigilancia el apartamento clausurado y también, en los últimos días, la oficina de la comisaría. Había podido acceder a los pensamientos e ideas de los policías, y sabía en qué punto de la investigación estaba cada uno de ellos, no solo Malin, Tomas y Jarmo, sino también él mismo.

De hecho, era posible que lo estuviera observando en ese mismo instante.

68

A Dunja aún le dolía todo el cuerpo, y tenía pinta de haber sufrido un accidente de tráfico, pero no podía asegurarlo porque había evitado los espejos toda la mañana. Después de que la examinaran en el hospital, había pasado la noche en el hotel Nora, justo en la esquina de Nørrebrogade, mientras Kjeld Richter y sus hombres revisaban su apartamento. Sleizner había prometido que se haría cargo de la cuenta. También le habían recomendado un psicólogo de la oficina de Víctimas de Crímenes, pero ella había declinado la propuesta. No sabía bien por qué, pero no había logrado asimilar en absoluto los hechos de la última noche. Quizá todavía estaba conmocionada.

Había decidido permanecer en el hotel todo el tiempo posible y tratar de disfrutar del domingo. Pero cuando al fin consiguió levantarse de la cama, darse un baño y pedir el desayuno al servicio de habitaciones, la agitación se apoderó de ella. Apenas una hora después, salió cojeando del ascensor y recorrió el pasillo hacia su departamento en comisaría, donde comprobó que había una reunión en marcha.

Era consciente de que no debía estar allí, dado lo ocurrido la noche anterior, pero se dijo que era una falta de educación reunirse en su ausencia. La investigación era suya. Era ella quien había descubierto las pistas y enlazado los datos. Era ella quien había llevado al equipo hasta el coche abandonado cerca del aeropuerto de Copenhague, donde estaban los cuerpos mutilados de Aksel Neuman y Katja Skov. Dejando de lado el hecho de que sus conclusiones respecto a Benny Willumsen habían resultado erróneas, al menos tendrían que haberle preguntado si quería asistir.

La puerta de la sala de reuniones estaba abierta y oyó unas risas dispersas: el típico regocijo tras neutralizar a un temido asesino y poner fin a una investigación compleja. Captó la euforia en el ambiente. «Están saboreando la victoria», pensó, y llamó a la puerta pese a estar abierta.

Las risas cesaron y todos se giraron hacia ella.

—¿Dunja? ¿Qué haces aquí? —Sleizner se puso de pie y se le acercó.

—La pregunta es, ¿qué hacéis vosotros aquí? —Alzó una mano con aire defensivo—. Creía que era yo quien dirigía el caso.

—Sí, pero ya se ha terminado. Gracias a ti. Ahora es cuestión de atar…

—¿Quién dice que se ha terminado? —replicó ella—. Desde luego, yo no.

—No. Lo digo yo. A fin de cuentas, soy el que toma las decisiones en este departamento. ¿O es que me he perdido algo? —Sleizner se echó a reír, volviéndose hacia los demás, que, inmediatamente, lo imitaron.

Dunja no cambió de expresión. Lo último que deseaba era unirse a ese pequeño club.

—No te entiendo, Dunja. ¿Qué ocurre? —prosiguió Sleizner—. El asesino ha sido identificado y está muerto. Por supuesto, la investigación sobre lo ocurrido en tu casa no ha concluido, pero no has de preocuparte de nada. Tú tómatelo con calma y…

—No era él.

—¿Cómo que no era él? —Sleizner miró a los demás—. ¿Estás insinuando en serio que Benny Willumsen era inocente? Por el amor de Dios, joder! ¡Ese hombre entró en tu apartamento e intentó matarte!

—Sí, bueno. Pero él no es el culpable de los asesinatos de Karen y Aksel Neuman, ni del de Katja Skov, como mínimo. —Entró renqueando en la sala. Hesk parecía muy incómodo por la simple presencia de su compañera y se hacía el escurridizo como una anguila para evitar su mirada.

—Dunja —Sleizner soltó un exagerado suspiro—. Este es tu primer caso, y no es de extrañar que tú…

—No se trata de mí, Kim…

—¿Me dejas acabar?

—No, porque ya sé lo que vas a decir, y estás equivocado. —Dunja metió una cápsula en la máquina de Nespresso y pulsó el botón—. Ahora eres tú el que tiene que dejarme terminar. —Cogió la taza de café y comprobó sorprendida que no sentía la necesidad de poner una moneda de cinco coronas en la cesta—. Para empezar, os diré que yo me tropecé con el asesino, pero no con Willumsen, sino con el auténtico. Es un hombre mucho más bajo.

—¿Eso ocurrió en Suecia? —preguntó Richter. Ella asintió y tomó asiento.

—Sí. Tuve la corazonada de que iba hacia el sur, en dirección a Kävlinge. Lo seguí hasta una nave industrial abandonada y lo sorprendí con las manos llenas de sangre sobre el cadáver de Katja Skov. Fue espantoso. —Apartó de su mente la imagen del cuerpo mutilado de la chica.

—¿Le viste la cara? —Hesk la miró por primera vez.

—No, estaba de espaldas cuando entré. Y al volverse, vi que se había puesto la máscara antigás que llevaba echada hacia atrás sobre la cabeza cuando abrí la puerta. Luego me anestesió de la misma manera que debió de hacerlo con los demás.

—Pero a ellos los mató.

—Esa es la siguiente cuestión: ¿por qué iba a dejarme con vida en Suecia e intentar matarme en Dinamarca unas horas después?

La respuesta fue un silencio y un intercambio de miradas.

—¿Cuál es tu explicación? —dijo Sleizner al fin.

—Willumsen buscaba la excitación en sí misma, pero nuestro asesino tiene un objetivo completamente distinto. Y yo no formaba parte de él.

—¿Y cómo encaja Willumsen en el esquema? —Sleizner fue a la máquina de café y depositó con ostentación una moneda de cinco coronas en la cesta—. Si ahora resulta que es tan inocente, ¿por qué entró en tu casa y…?

—¿Quién ha dicho que fuera inocente? Los tres asesinatos más recientes no son de Willumsen, pero fueron ejecutados para que lo pareciesen: con extrema violencia y penetración genital.

—¿Piensas en un imitador? —preguntó Richter.

—Sí, tal vez. En todo caso, Willumsen debió de deducir que íbamos tras él, y en vez de

huir…

—No. Lo lamento, pero no tiene nada que ver —dijo Sleizner—. No tengo la menor duda de que esto ha sido obra de Willumsen. —Señaló la pizarra blanca, que estaba cubierta de fotos y flechas que señalaban las similitudes entre los casos antiguos y los nuevos—. No veo ningún dato que indique que nos hemos confundido.

—¿Es que estás ciego? —exclamó Dunja dando una palmada en la mesa con tanta fuerza que volcó la taza de café—. ¡La realidad es que el asesino todavía anda suelto!

Se produjo un completo silencio. Todos se miraron entre sí, esperando alguna reacción de Sleizner. Era la primera vez que un miembro del equipo le alzaba la voz. Dunja se levantó, puso otra cápsula en la máquina, esperó a que se llenara la taza y se sentó otra vez. Sin molestarse en pagar.

—Dunja, voy a ser totalmente sincero —dijo Sleizner por fin—. Has hecho un trabajo increíble, no cabe ninguna duda. Y creo que expreso el sentir general de los presentes si digo que nadie esperaba que la investigación fuese a avanzar tan deprisa. O sea que… felicidades. —Dio unas palmadas, como aplaudiendo, y se puso a deambular por la sala—. Pero tu tono y tu actitud en este momento son inaceptables. —Se detuvo detrás de ella—. Creo que puede explicarse por todo lo que has pasado en las últimas veinticuatro horas y por la euforia que sientes al haber salido viva. En este sentido, estoy dispuesto a dejarlo pasar. Por el momento. Ahora bien, en cuanto a los sospechosos, creo que vas desencaminada por completo. Estoy convencido de que no sabes lo que estás diciendo. Pero no quiero ser estrecho de miras. Voy a contemplar la idea de ese otro supuesto asesino, tomándomelo como un juego para ver adónde nos conduce.

—¡Qué amable! —exclamó Dunja—. Bien, propongo que…

—Pero mi primera pregunta es: ¿para qué meterte en un maletero con los cuerpos a trozos de Neuman y Skov y no dejarte en Suecia? Tú nos has llevado mucho más deprisa al coche y nos has permitido encontrar un montón de pruebas, una de las cuales acaba de ser enviada para hacer un análisis de ADN.

—¿Una prueba? ¿Qué habéis encontrado?

—Nosotros, no. Pedersen —dijo Hesk esperando el visto bueno de Sleizner para continuar—. Se ha pasado toda la noche examinado las partes de ambos cuerpos. —Sacó dos fotos de un sobre marrón y las colocó frente a Dunja.

Ambas imágenes eran fotografías apaisadas. Una mostraba los trozos del cuerpo de Aksel Neuman colocados sobre una mesa de disección en su posición anatómica correcta, con una separación de unos centímetros entre sí. Dunja contó once partes, y, sin poder remediarlo, pensó en un mago que se hubiera equivocado al serrar a su ayudante en dos. La otra imagen mostraba el cuerpo de Katja Skov dispuesto del mismo modo en la mesa contigua.

—¿Dónde está el pecho derecho de ella? —Dunja miró más de cerca la foto. No había nada en el lugar correspondiente a ese lado. Aksel Neuman, por su parte, estaba cortado por la mitad.

—No ha aparecido. Pero aquí está lo importante. —Hesk puso sobre la mesa otra imagen en la que aparecían en primer plano los genitales de Skov—. Pedersen ha encontrado restos de esperma del asesino, que es justamente lo que siempre había faltado para poder condenar a Willumsen.

—Ya. ¿Y si no es de Willumsen? —cuestionó Dunja.

—Lo sabremos cuando recibamos los resultados —dijo Sleizner—. Pero volvamos a mi

pregunta: ¿qué sentido tenía mantenerte encerrada en el coche?

—Yo me he hecho la misma pregunta y he deducido que solo hay una explicación. —Miró a los demás, uno a uno—. Él quería que encontráramos el coche y su contenido cuanto antes.

—¿Todas las pruebas, quieres decir? —preguntó Richter.

Ella asintió.

—¿O sea que el motivo sería conseguir que Willumsen resultara condenado? —preguntó Hesk.

—En parte, aunque más bien como un efecto colateral. No olvidemos que nos enfrentamos a alguien dispuesto a mutilar y matar a inocentes. Willumsen ha de haber constituido una distracción que nos desviaba del verdadero sentido de todo esto.

—¿Y cuál es? —dijo Sleizner sin ocultar apenas su irritación.

—No lo sé con certeza, pero la respuesta debería estar en las víctimas. O si quieres mi opinión, en lo que les falta a las víctimas. —Dio unos golpecitos con el dedo en la foto de los restos de Katja Skov—. Además, deberíamos dragar el puerto de Helsingør y sacar el coche; o al menos enviar a un buzo para que eche un vistazo. El asesino llegó aquí con ese coche.

Sleizner reflexionó y replicó, rabioso:

—Muy bien, como quieras. Pero en cuanto los resultados del análisis de ADN confirmen que se trata de Willumsen, archivaremos el caso. ¿Entendido?

Todos asintieron.

Todos menos Dunja.

69

07:30-08:30 Desayunar.
08:30-08:42 Lavar platos desayuno.
08:42-09:00 Ducharse.
09:00-09:14 Vestirse y prepararse. Afeitarse (papá).
09:14-09:15 Rascar el hielo de los cristales del coche.
09:15-09:30 Trayecto al parque acuático.
09:30-12:00 ¡Parque acuático!

—Venga, vamos. No quiero que lleguemos tarde. —Matilda le arrancó a Fabian de las manos el horario manuscrito, ilustrado con unos dibujitos llenos de colores.

A las siete y media en punto había encendido la luz, se había subido a la cama de su padre y sentado sobre su vientre y le había enseñado el plan para pasar juntos el domingo. Él no había dormido ni tres horas, que era menos de la mitad de lo que necesitaba para funcionar con normalidad.

Después de tomarse dos expresos dobles, casi se despertó y se prometió que dedicaría el domingo exclusivamente a ejercer de papá. La investigación podía esperar. De todas formas necesitaba tiempo para pensar cómo seguir avanzando sin que Edelman lo supiera. Hoy dejaría que fuesen los niños los que decidieran. Incluso había accedido a ir al parque acuático, pese a que lo detestaba más que el metro en hora punta.

Pero primero tomarían un nutritivo desayuno. Una vez que él y Matilda lo hubieron preparado todo sobre la mesa y encendido la vela de Adviento, fue a despertar a Theodor. Habitualmente, cuando entraba en la habitación de su hijo, el caos y el polvo acumulado le daban unas ganas urgentes de ventilarla o, mejor aún, de descontaminarla. Pero esta vez tuvo una sensación distinta que no tenía nada que ver con los montones de ropa tirada por el suelo y que más bien podía describirse como algo similar a un puñetazo en el pecho.

El chico estaba durmiendo boca arriba y Fabian recordó su comportamiento de anoche. Lo que él había hecho no solo era un delito punible, sino también un pecado mortal. Había pegado a su hijo. Se le había agotado la paciencia y le había dado una fuerte bofetada en la cara.

La tenía enrojecida y azulada, y además, muy hinchada alrededor del ojo derecho y del labio superior, donde la sangre seca había formado una costra. Se le encogió el estómago y perdió las ganas de comer todas las cosas que aguardaban en la mesa del desayuno. Se sentó en el borde la cama, sujetándose la cabeza con una mano, y le dio a Theodor unos golpecitos con la otra. ¿Realmente le había pegado tan fuerte? ¿Cómo podría perdonárselo jamás?

Los tejanos sucios tirados en el suelo le proporcionaron la explicación; o más bien, la nieve fundida que había formado un charco debajo.

A pesar de que se lo había prohibido expresamente, su hijo había salido anoche. Había prometido quedarse en casa, pero al final había salido. Le entraron ganas de despertarlo y echarle la bronca. Pero ¿para qué? El daño ya estaba hecho, y lo mejor que podía hacer era dejarlo dormir y hablarlo con Sonja cuando los demás problemas se hubieran calmado.

—Pero, papá, ¿cuánto vas a tardar? —preguntó Matilda desde el asiento trasero mientras él entraba en el aparcamiento del Hospital General Sur de Estocolmo.

—No mucho. Media hora como máximo.

—Pero entonces no llegaremos al parque acuático. Abre a las nueve y media. Papi, me lo prometiste —continuó Matilda mientras cogía la bolsa que reposaba en el asiento trasero: una bolsa de plástico envuelta varias veces sobre sí misma para proteger su contenido.

—Es que yo no podía saber que Malin iba a llamarme tan enfadada porque no he ido a verla. Tendremos tiempo para todo, excepto quizá para nadar —dijo Fabian, que encontró por fin una plaza—. La película, el McDonald’s y el programa restante se mantienen en pie. Lo prometo.

—Pues entonces quiero chuches. —Matilda cogió la bolsa de plástico y la atrajo hacia ella.

—¿Chuches?

—Sí. Y las quiero ahora.

Risk aceptó la orden asintiendo y se bajó del coche, mientras Matilda abría la bolsa y examinaba la muñeca de porcelana de grandes ojos.

Malin se encontraba en un pabellón con otras cinco pacientes. Estaba dormida; tenía la cara tan blanca como las sábanas y unos mechones se le pegaban a la sudorosa frente. Le habían puesto una vía en el brazo y la habían conectado a un gotero. Fabian observó que tenía la bata hospitalaria abotonada a medias, dejando a la vista bastante más de la cuenta, al menos para su gusto. Con todo el sigilo posible, introdujo un ramo de flores en el jarrón de acero inoxidable de la mesita con ruedas.

—¿Está muerta? —susurró Matilda mientras él escribía unas palabras en la tarjeta que puso entre las flores.

—No, solo cansada. Venga, vamos. —Cogió a la niña de la mano y se dirigió hacia la salida.

—¿Adónde creéis que vais?

Fabian se giró y vio que Malin había abierto los ojos.

—Creía que estabas dormida, y no he querido…

—Ya, ya. Siéntate y cuéntame. Hola, Matilda. Qué amable por tu parte venir a verme también. Hay otra silla ahí.

La niña fue a buscar la silla.

—Contarte… ¿qué? —dijo Fabian.

Malin puso los ojos en blanco y dijo:

—Tengo preeclampsia. ¡No me han hecho una lobotomía!

Risk cogió la silla y se sentó.

—No hay mucho que contar, aparte de lo que ya sabes seguramente. Después de que te desmayaras, Kremph consiguió tirarse por la ventana.

—Eso lo sé. Pero ¿qué ha pasado después?

—Nada. La investigación está cerrada y todos tan contentos. —Subrayó estas palabras con una sonrisa, mientras oía cómo Matilda abría su bolsa de chuches.

—¿Te ha dicho Anders que hagas esta comedia?

—¿Qué comedia? Yo no he hablado con Anders, Malin. No sé qué pretendes…

—Déjalo ya, antes de que me quede paralizada de verdad. No me vengas con que ya se ha acabado todo. ¿Crees que no veo en ese entrecejo fruncido cómo te repatea que sea domingo cuando lo que quisieras es estar trabajando?

Aunque ya tenía decidido de antemano lo que iba contarle, Risk examinó sus opciones y, suspirando, le comentó:

—No creo que fuera Kremph. Creo que él era un señuelo y que el asesino es otra persona. —Se esperaba la enérgica oposición habitual, o bien un explicación que echara por tierra sus ideas, pero ella no hizo nada parecido, ni siquiera puso los ojos en blanco. Risk no sabía si su colega no le había oído bien o si estaba demasiado cansada para reaccionar—. ¿Malin? —Agitó una mano ante su rostro—. ¿Has oído lo que te he dicho?

—Sí, te he oído. Y no, no estoy en muerte cerebral todavía. En realidad, yo sospechaba lo mismo.

—¿De veras? ¿Desde cuándo?

—Poco después de despertarme en el hospital. Durante la visita a la escena del crimen, justo antes de que sucediera todo, yo creí que Kremph hablaba de su «otro yo». Pero no era eso lo que estaba diciendo.

—Sigue —dijo Risk inclinándose sobre ella.

—¿No recuerdas que dijo algo así como que alguien había aparecido de repente?

Él negó con la cabeza. En aquel momento, estaba tan angustiado tratando de atenderla a ella que casi no había oído ni una palabra de lo que Kremph había dicho.

—Y por desgracia, la grabación ha desaparecido.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—Anoche fui al departamento porque quería revisar todo el material de la investigación, incluido el vídeo que grabó Tomas de la visita a la escena del crimen. Pero alguien había pasado por allí y había hecho limpieza.

—Qué extraño, por Dios. ¿Quién podría…?

—El Säpo, diría yo —repuso Fabian, que había decidido guardarse por ahora la implicación de Edelman—. Todavía no sé cómo o por qué, pero no me cabe duda de que esto llega mucho más arriba de nuestro pequeño departamento. Te aseguro que no solo somos tú y yo los que se han dado cuenta de que Kremph era inocente.

—Es una verdadera suerte que yo no confiara en las dotes fílmicas de Tomas. ¿Me pasas el móvil que está en esa mesa?

—¿Tú lo grabaste?

—Lo hice sobre todo para poder escucharlo en cuanto volviera a casa. —Desbloqueó el móvil y buscó los archivos de audio—. Escucha esta parte.

«Pero eso no es nada bueno. Es muy malo. Si no funciona, todo sale mal. —La verborrea confusa de Kremph sonó a través del micrófono—. Todo debe estar bien; si no, las cosas empiezan a dar vueltas y vueltas, y yo me canso muchísimo. Y de golpe él está allí, el demonio

barbudo, aunque yo soy el único, claro. —Kremph tragaba saliva y tomaba aliento—. Tiene las llaves y él está allí, de todos modos. Repara cosas y echa una mano. Cree que no lo sé, pero lo sé, y luego todo se vuelve oscuro y denso, y es como si yo desapareciera.

»Ossian, procure calmarse…» —Malin detuvo la grabación y miró a Fabian.

—¿Has oído?

—¿Quieres decir lo del «demonio barbudo»? Se refiere a su otro yo. Incluso lo dice así.

—Yo pensé lo mismo al oírlo por primera vez, pero escúchalo de nuevo. —Volvió a poner la grabación.

—Papi, ¿acabarás pronto? —dijo Matilda con su vocecita más quejumbrosa.

«Todo debe estar bien; si no, las cosas empiezan a dar vueltas y vueltas, y…»

—Me aburro, papi.

Fabian la chistó sin volverse, y no vio que llevaba la muñeca de porcelana escondida debajo de la chaqueta y que estaba a punto de pulsar el botón de detrás.

«Y de golpe él está allí, el demonio barbudo, aunque yo soy el único, claro. Tiene las llaves y él está allí, de todos modos. Repara cosas y echa una mano. Cree que no lo sé, pero lo sé, y luego todo se vuelve oscuro y denso…»

—Se refiere a las llaves, pero la pausa crea confusión. Dice: «… yo soy el único, claro… que… tiene las llaves, pero él está allí, de todos modos. Repara cosas y echa una mano».

Fabian asintió. Malin tenía razón. —Así que cuando habla del «demonio barbudo», no se refiere a un fantasma de su mente, sino que está hablando de otra persona. Alguien que llega, aunque no tiene las llaves. Escucha esta parte. —Puso de nuevo la grabación.

«Yo cierro todos los días con llave, incluso he cambiado la cerradura. Cierro y cierro y compruebo que está cerrado. Siempre. Si no, no puedes estar seguro.»

—Incluso ha cambiado las cerraduras y, sin embargo, el tipo de la barba sigue allí, echando una mano.

—¿Crees que se trata del asesino?

—¿Quién podría ser, si no?

Fabian reflexionó unos momentos. Una mujer de la limpieza entró con un carrito y se puso a fregar el suelo.

—Ah, qué amable —dijo Malin—. Se me derramó un poquito de café anoche. —Señaló una mancha marrón junto a la cama.

—Tiene que haber otra forma de entrar en el apartamento de Kremph —murmuró Fabian apartándose para que la mujer pudiera fregar la mancha de café.

—A eso iba. El andamio.

—No, no. La otra entrada, desde Östgötagatan, tiene un… ¡Matilda! —Fabian corrió hacia su hija, que estaba jugando con la muñeca—. ¿Qué haces? ¿Acaso te he dado permiso para jugar con esto? —Le quitó la muñeca y, buscando el botoncito de detrás, se apresuró a apagarlo—. ¿Eh? ¿Te lo he dado?

—Creía que era para mí. —Matilda se echó a llorar—. Pensaba que era un regalo por todos los días que no has estado en casa. —Las lágrimas le resbalaron por las mejillas.

—Está bien, lo entiendo —dijo él, y le dio unas palmaditas en la cabeza.

—¿Estás muy enfadado?

—No, no pasa nada. Tú no podías saber que únicamente papá puede tocar esto antes de

Nochebuena. —La abrazó.

—Fabian, ¿me puedes explicar qué sucede? —dijo Malin.

—Sí. Pero antes vamos a ver si te pueden cambiar a otra habitación.

70

Quizá Malin tuviera razón al acusarlo de ser más paranoico que un detective privado, pero a Fabian le daba exactamente igual. Paranoico o no, no se quedó tranquilo hasta que la trasladaron a otra habitación y el personal accedió a no informar bajo ninguna circunstancia a nadie, salvo a sus familiares más cercanos, de dónde se encontraba.

Matilda había activado la cámara de la muñeca, y no era posible saber cuánto tiempo había funcionado antes de que él la apagase. En el mejor de los casos no habría sido nada, pero cabía el riesgo de que lo hubiera filmado y transmitido todo: desde la imagen de ellos y del pabellón hasta una buena parte de la conversación que habían mantenido.

Pensó en destruirla, pero al final decidió que sería mejor que Hillevi Stubbs la examinara, como había previsto. Con un poco de suerte, habría algún modo de averiguar al menos qué había transmitido, y tal vez incluso a quién.

A Stubbs le bastó un vistazo para confirmarle sus peores temores: Anbash Limited era una empresa china que había existido durante poco más de tres años, pero que había llegado a comercializar una serie de productos que podían catalogarse como equipos de espionaje avanzado. Productos que cualquiera podía adquirir en internet.

La cámara inalámbrica constituía su última creación. Tal como Risk sospechaba, estaba equipada con una tarjeta SIM que utilizaba la red de telefonía móvil 3G para transmitir imagen y sonido en cuanto el detector de movimiento se disparaba. Por desgracia, Stubbs no sabía cómo rastrear al destinatario de la señal porque la tarjeta SIM era de un teléfono de prepago anónimo. Casi con toda seguridad estaba conectada a un servidor proxy que permitiría al destinatario recibir la información sin revelar su dirección IP.

«Pero hay algo que no entiendo, Fabian —le había dicho Stubbs cuando él guardó la muñeca en la bolsa y le pidió las llaves del apartamento de Kremph—. ¿La investigación no ha terminado? Quiero decir, el asesino está muerto, ¿no?» Él le había contestado que quería atar algunos cabos sueltos. «Vete con cuidado, no te vayas a caer», le había dicho Hillevi cuando él ya volvía hacia el coche, donde lo esperaba Matilda.

A pesar de que se habían desviado del apretado programa de diversiones, la niña parecía de un buen humor sorprendente. Durante el resto del día, de todos modos, ella llevó la batuta con energía y se negó a aceptar el menor cambio. La primera parada fue en el cine de Söderhallarna, donde se empeñó en ver *Avatar*, la película en 3D de James Cameron, que acababa de estrenarse. Aunque tanto *Alien* como *Terminator* figuraban entre sus películas favoritas, Fabian no tenía el menor interés en esa historia de «hombrecillos azules», como él mismo la había calificado desde que había visto el tráiler.

Por desgracia, sus recelos estaban justificados, y lo único positivo de aquella historia de dos horas y cuarenta minutos de duración fue que pudo cerrar los ojos tras sus gafas de 3D y conseguir un descanso del que andaba muy necesitado.

A Matilda le encantó, por lo demás, y declaró que era la mejor película que había visto en su vida: cosa que solía decir casi siempre que iba al cine. Esta vez se mostró incluso dispuesta a cancelar el itinerario restante para entrar de nuevo en la sala y volver a verla. Pero el hambre se impuso y, al final, hicieron la parada prevista en el McDonald's de Folkungagatan. Después fueron en coche hasta Mariatorget y jugaron a bolos hasta llegar al último ítem del programa.

19:15-20:00 Sorprender a mamá con un café.

Fabian esperaba que esta idea fuese desechada, o que, simplemente, no tuvieran tiempo de llevarla a cabo, porque a Sonja no le gustaban nada las sorpresas. Y en este caso implicaba además molestarla en pleno trabajo para la exposición, y a una hora en la que estaría más estresada que nunca.

De camino al coche, que estaba aparcado a cierta distancia en Hornsgatspuckeln, intentó convencer a Matilda de que deberían ir a tomarse el café ellos solos, o llamar a Theodor para ver si se apuntaba. Pero la niña no estaba dispuesta a ceder ni un milímetro. Le llevarían café a su madre y sería una sorpresa. Media hora más tarde estaban frente al número 6 de Munkbrogatan llamando al interfono.

—¿Por qué no contesta? —dijo Matilda sosteniendo una humeante taza de papel en cada mano.

—No lo sé. Tal vez ha salido a comprar más pintura.

—¿Ahora?

—O tal vez no quiere que la molesten. Ya sabes cómo se pone cuando está estresada. —Fabian apretó el botón un rato más y esperó—. Oye, vamos a sentarnos al café antes de que se te enfríe tu chocolate.

Matilda negó con la cabeza.

—Tendrás que usar tus llaves.

—¿Qué llaves?

—Las tuyas. Tú tienes una copia.

—No. ¿De dónde has sacado…?

—Paaaapi. —Matilda puso cara de paciencia.

Fabian sí tenía una copia por si Sonja perdía la suya o por si él necesitaba entrar en el estudio por cualquier motivo. Pero no para aparecer sin previo aviso y sorprenderla, y el hecho de que Matilda conociera la existencia de aquella copia le hizo preguntarse qué más sabría.

—Vaya, mira. Aquí están. —Metió una de las llaves en la cerradura y la giró.

Tomaron el ascensor y subieron andando el último tramo de escaleras hasta el estudio. Matilda pulsó el timbre.

—Vale, abre —dijo tras unos segundos.

—¿No deberíamos esperar un poco antes…?

—Abre la puerta, papi.

Él la abrió de mala gana, y le indicó:

—Yo voy primero. Tú espera aquí. —Se sorprendió porque Matilda asintió muy obediente, así que entró y echó un vistazo.

No sabía qué había esperado ver. Tal vez a Sonja tumbada en posición fetal, temblando de pies a cabeza, incapaz de llenar todos los lienzos de nuevos motivos submarinos carentes de sentido para ella misma, pues ese había sido el tema de sus cuatro últimas exposiciones. Pero lo que se encontró fue a su mujer con los auriculares puestos, escuchando «Shout» de Tears for Fears a todo volumen, y tarareando la canción mientras trabajaba en varios lienzos situados en paralelo.

Risk dio un suspiro de alivio, pero sintió una nueva inquietud por la reacción que ella pudiera tener cuando lo viera. «Seguro que perderá la inspiración y me echará a mí la culpa», se dijo. Llegó a la conclusión de que lo mejor sería escabullirse con sigilo y convencer a Matilda de que debían dejarla en paz.

Pero justo cuando daba media vuelta, la luz del techo parpadeó, y Sonja se giró sobresaltada. Entonces se quitó los auriculares.

—¿Qué hacéis aquí vosotros dos? —Su expresión era tan dura y fría como él había previsto —. Creía haber dejado bien claro…

—Te traemos café —la interrumpió Matilda apartando la mano del interruptor de la entrada.

Sonja se quedó parada y trató de sonreír.

—He intentado disuadirla —dijo Fabian—, pero ya sabes lo terca que es.

Sonja asintió.

—No importa.

—¿Seguro?

Ella volvió a asentir y se agachó frente a la niña.

—¿Y qué golosinas has traído?

—Café y bollos de santa Lucía.

—Mmm, justo lo que me apetecía.

Fabian estaba estupefacto porque la pausa para el café superó todas las expectativas. Los tensos silencios y los comentarios cáusticos que se temía no se produjeron en ningún momento.

Matilda lo había planeado todo hasta el último detalle. Le dijo a su madre que pusiera una tela que sirviera de mantel en medio del suelo y que apagara la luz del techo. Luego le ordenó a su padre que encendiera todas las velas de té que encontrara y las colocara en círculo alrededor del mantel. La niña fue al estéreo y puso el CD que Fabian había grabado con la canción «I Would Die For U» de Prince que se repetía diecinueve veces seguidas.

El café se había enfriado hacía mucho rato y los bollos de santa Lucía ya estaban un poco secos, pero daba igual. Matilda estaba pasándoselo en grande y fue sacando ella misma los temas de conversación: desde lo que quería para Navidades hasta el sitio al que deberían ir de vacaciones el próximo verano. Y como en una coreografía moderna, sus padres la ayudaban a sortear los puntos delicados.

Fabian se sorprendió en varias ocasiones al darse cuenta de que se reía, y notó que la rígida sonrisa inicial de su mujer parecía cada vez más relajada y natural. El entrecejo fruncido, los hombros subidos y el tenso rictus de la boca de Sonja, que en la actualidad tenía de forma casi permanente, se esfumaron en su imaginación al recordar el aspecto que ella tenía cuando habían empezado a vivir juntos, antes de la llegada de los niños y de la ansiedad creativa de la pintura,

antes de las peleas. Ojalá hubiera sido así de sencillo.

Vio que pasaban de las ocho.

—Matilda, hemos de dejar sola a mamá para que siga trabajando —dijo levantándose.

La niña dijo que no con la cabeza.

—¿Me puedo quedar aquí?

—No, cómo vas a quedarte. —Fabian le tendió la mano para que se pusiera de pie—. Ya sabes que mamá tiene mucho que hacer. Además, según el programa deberíamos habernos ido a las ocho en punto, y casi son las ocho y media.

—Porfaaaa.

—No, vámonos. —La sujetó del brazo y la levantó.

—¡He dicho que no quiero! —gritó Matilda, y se zafó de él.

—Está bien, Fabian —dijo Sonja—. Que se quede. Mañana empieza las vacaciones de Navidad, al fin y al cabo.

—¡Yupi! —exclamó Matilda abrazándola—. Prometo no molestarte nada, ni una pizca.

Fabian miró a Sonja a los ojos para comprobar si realmente no le importaba.

—Está bien —repitió ella—. Estos son los últimos, además. —Señaló los lienzos que había alrededor—. Para siempre.

—¿Y qué pintarás después? —preguntó Matilda.

Su madre se encogió de hombros y se puso de pie.

—Ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos allí. —Siguió a Fabian en silencio por el pasillo y le abrió la puerta—. Escucha.

Él se volvió.

—¿Sí?

—Ya sé que no estamos pasando un buen momento, y tal vez solo sea una fase que pronto pasará, tal como tú dijiste. —Bajó la vista—. En todo caso, he estado pensando un poco. Y no sé cuánto tiempo podremos continuar así.

Risk dejó que el silencio se ahondara, consciente de que le tocaba hablar a él. Sabía que ella esperaba que reaccionase con energía y le repitiera lo mucho que la quería, que le asegurase que las cosas se arreglarían muy pronto, pero esta vez no lo hizo. Siempre había pensado que, pasara lo que pasase, ellos seguirían juntos. Era cierto que había amenazado una o dos veces con divorciarse, pero no habían pasado de ser amenazas vacías.

Entonces, sinceramente, ya no lo sabía. Lo único que pudo hacer fue asentir, dar media vuelta y bajar la escalera.

71

Semira Ackerman hizo una última ronda por la piscina, recogiendo algunas toallas y chancletas que se habían dejado olvidadas. El anuncio informando a la gente de que la piscina estaba a punto de cerrar había sonado dos veces por megafonía, y la mayoría de usuarios ya se habían vestido y estaban recogiendo sus cosas. Pero siempre había alguno que se rezagaba, y esta noche, observó, no era una excepción, porque oyó que una de las duchas se ponía en marcha en ese momento.

Ella, normalmente, no trabajaba los domingos; a diferencia de sus compañeros, había conseguido ese día libre por contrato. Y cada vez que el nuevo jefe de recursos humanos, cuya edad era una burla para el personal restante, le pedía un «gesto de apoyo al equipo» para suplir a alguien que se había puesto enfermo, ella se negaba.

Siempre esa irritante monserga del «equipo».

Como si alguien del «equipo» la hubiera apoyado a ella.

No, sus domingos eran sagrados: el único aspecto de su vida que no se había desvanecido ni había perdido del todo su sentido. Por lo general, los pasaba en casa; o con más exactitud, en su sillón, con las piernas en un escabel, un buen libro en las manos y un termo de té en el alféizar de la ventana. Le encantaba leer, y lo único que podía arrancarla de allí era que hiciera un día demasiado bonito para no salir a dar un paseo.

Entonces intentaba sorprenderse a sí misma buscando algún sitio nuevo. En el mejor de los casos, exploraba un barrio distinto. Pero casi siempre acababa bajando hacia el muelle del lago Hammarby, donde tomaba el ferri hasta el otro lado y vagaba alrededor de los edificios, que, a pesar de estar recién construidos, eran bonitos. El paseo solía durar unas dos horas, aunque a veces, si por el camino se sentaba en algún sitio a leer, podía prolongarse.

Ese domingo, pese a todo, estaba trabajando, y por su propia elección. Cuando le había preguntado al jefe de recursos humanos si podía trabajar, él la había mirado como si le estuviera tomando el pelo. Enseguida se puso serio y le dejó claro que no cobraría horas extras. Ella había estado a punto de retirar su propuesta, pero se había contenido en el último momento: no se atrevía a quedarse sola en casa todo el día.

Nada había sido igual desde que aquel hombre, que, según su hermana era un poli, la había seguido en el autobús. Aunque había conseguido quitárselo de encima, ya no podía comer, dormir ni leer tranquila, y ni le pasaba por la cabeza volver a ir en autobús. Para llegar al trabajo, recorría a pie el camino hasta la parada de metro de Medborgarplatsen y hacía transbordo de la línea verde a la roja en la ciudad vieja. Se sentía muchísimo más segura cuando estaba fuera de casa, rodeada de gente, y el spa Sturebadet, donde trabajaba, era un lugar muy concurrido.

Ya casi estaba a punto de cerrar; pronto saldría para volver a casa, pero aún no podía por culpa de la tardona que seguía en el vestuario de mujeres. Habitualmente, eran los hombres los que se demoraban, con frecuencia armados con una proposición descarada. La mayoría de veces, ella se limitaba a reírse, negando con la cabeza, y le pedía al cliente que se vistiera antes de que llamara a los guardias de Securitas. Si eso no bastaba, siempre tenía como recurso la manguera de agua helada.

«Pero las mujeres casi nunca ocasionan problemas», pensó mientras se dirigía al vestuario, tratando de persuadirse de que no había motivo para preocuparse.

Carnela había prometido hacerle compañía esa noche, y ella haría lo posible para convencerla de que se quedara a dormir. Seguro que protestaría y sacaría una excusa tras otra, pero quedarse a dormir era lo mínimo que podía hacer. De algún modo, ella tenía en parte la culpa de toda la historia.

Semira se había opuesto a la idea desde el principio y se había negado una y otra vez a escuchar los argumentos de su hermana sobre lo fácil y seguro que sería llevarla a cabo. Pero al empeorar su estado, había empezado a flaquear, y al final, cuando ya no podía leer sin usar una lupa, acabó cediendo.

Después, la inquietud se había manifestado como un gran nudo en el pecho, y había tenido unos sueños tan extraños que no se los quiso contar ni a su terapeuta. Pero con el paso de los años, el nudo se había reducido y su vida había vuelto a la normalidad. Y entonces había reconocido que Carnela tenía razón al decir que era tan seguro.

Hasta entonces.

Como la ducha había enmudecido, se dedicó a buscar por las taquillas, pero no encontró a nadie. Por lo que veía, todas las taquillas estaban abiertas y vacías, lo cual también resultaba un poco extraño. Entró en el cuarto de las duchas, pero no vio a nadie. Pero ella había oído a alguien duchándose hacía menos de un minuto. Echó un vistazo en derredor y observó que una ducha aún goteaba.

Se preguntó si tenía que llamar para pedir ayuda, pero decidió que no debía dejarse ganar por la inquietud y siguió hacia los cubículos de los lavabos. Quizá la persona en cuestión tenía que hacer sus necesidades. Pero allí tampoco había nadie. El último sitio que revisar era la sauna. Si también estaba vacía, tendría que empezar de nuevo y registrar una vez más las instalaciones de arriba abajo.

La puerta de la sauna seca estaba atascada y tuvo que tirar con ambas manos para abrirla. La oleada de calor la pilló por sorpresa y le recordó cuánto tiempo hacía que no aprovechaba los privilegios del personal y se permitía disfrutar del spa unas horas. En cuanto aquello terminara, dedicaría uno de sus domingos libres a sacarle partido a fondo.

Fue a recoger una toalla tirada en la esquina del fondo, subiendo las tres filas de bancos. El calor había pasado de ser un cálido abrazo a convertirse en una agresiva opresión. Cogió la toalla y notó que el sudor le goteaba por todo el cuerpo. Y lo curioso era que ella casi nunca sudaba. Quedaría empapada antes de darse cuenta.

Bajó de nuevo y se dirigió hacia la puerta. Estaba atascada otra vez y se negaba a moverse, a pesar de que empujó con tanta fuerza que el sudor le pegó las ropas a la piel. El lunes debería informar al encargado para que la arreglase después de cerrar. Tuvo que presionar la puerta con todo su cuerpo para conseguir abrirla.

Mientras se dirigía a la sauna de vapor, jugó con la idea de darse una ducha antes de apagarlo

todo y regresar a casa, pero sería inútil porque no tenía ropa de recambio. Además, había decidido otra cosa.

No sabía cómo ni por qué, pero, de repente, le pareció lo correcto. En cuanto llegara a casa, llamaría a la policía y les contaría cuanto sabía. Carnela se pondría furiosa, claro, pero eso no era problema suyo. Era lo correcto.

La puerta de la sauna de vapor se abrió con facilidad. Asomó la cabeza en aquella espesa niebla: tan espesa que era casi imposible ver si había alguien dentro.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? Estamos cerrando. —Hizo un esfuerzo para que su voz sonara lo más tranquila y neutra posible. Pero en cuanto oyó su propia voz comprendió que aquellas eran las últimas cosas que percibía.

72

Fabian cogió la linterna del compartimento lateral del maletero y cerró la tapa. Pulsó el cierre automático del coche mientras cruzaba Östgötagatan. De camino a casa desde el estudio, había reflexionado sobre las palabras de Sonja e intentado aclarar su posición. Pero a la altura de Slussen, sus pensamientos habían derivado hacia la idea de Malin de que debía de existir otra forma de entrar en el apartamento de Ossian Kremph: una forma que no requería llave. Sí, su colega tenía razón. El asesino habría accedido al apartamento por otro lado.

Durante la visita a la escena del crimen, Fabian no había oído más que un confuso parloteo sobre una radio. En cambio, Malin, pese al embarazo y a la preeclampsia, había tenido la presencia de ánimo necesaria para escuchar de verdad las palabras pronunciadas por Kremph. Y este había reconocido abiertamente que un hombre barbudo entraba en su casa, a pesar de que él había tomado la precaución de cambiar las cerraduras. Ese era el tipo de detalle que hacía de Malin una agente mucho mejor que todos los demás juntos, incluido él mismo.

La decisión de dirigirse allí de inmediato, en vez de esperar hasta el día siguiente, había resultado bien fácil: no había tenido que hacer más que un cambio de sentido y dirigirse a Söderleden, en lugar de continuar recto por Hornsgatan.

Mientras subía por la escalera de caracol, pensó en la conversación de móvil grabada entre Grimås y Edelman. No se la había mencionado a Malin, sobre todo porque todavía no tenía mucha idea de cómo debía manejarla. ¿Cuánto sabía Edelman en realidad y cómo reaccionaría si lo confrontaba con la grabación? Lo único que tenía claro era que quería evitar a toda costa esa situación con su antiguo mentor. Lo mejor que podía hacer era reunir las pruebas suficientes para apartar las sospechas de culpabilidad que pesaban sobre Kremph y para que Edelman no tuviera más remedio que reabrir la investigación.

Una vez en la puerta, la abrió con las llaves que Stubbs le había dado y entró en el atestado apartamento. El haz de la linterna fluctuó a lo largo de las paredes. Se preguntó por dónde empezar. La entrada oculta era solo una de las razones por las que había ido allí.

Según la teoría de Hillevi Stubbs, las dos personalidades de Ossian Kremph se manifestaban en el apartamento como dos versiones distintas. Una era ordenada y metódica en extremo; la otra estaba llena de lagunas mentales y lo dejaba todo tirado de cualquier manera sin saber por qué. La teoría parecía lógica sobre el papel, pero en la realidad era bastante inexacta.

Cierto que había ayudado a Stubbs a encontrar la pista que los había llevado hasta el cadáver de Adam Fischer en el trastero Shurgard. Pero no había sido el Kremph ordenado, como pensaba ella, quien había escondido esa pista. Tampoco quien había dejado el bisturí en la cocina, olvidado el bote de gas hexano y recortado los ojos de todas las fotografías de la mujer del

autobús.

Había sido el asesino.

Alguien había preparado el apartamento y sembrado todas esas pruebas para que Kremph asumiera un papel de asesino que le encajaba a la perfección. Lo único que Fabian necesitaba era encontrar las pruebas de esa maniobra.

Decidió empezar por el baño, que se parecía a todos los cuartos de baño necesitados de una reforma a fondo: la bañera tenía un borde amarillento que ningún detergente del mundo podría limpiar; las junturas de las baldosas estaban negras de moho; y el espejo de la puerta del botiquín estaba cubierto de manchas y ya solo reflejaba la imagen en algunos trechos.

Lo abrió y revisó los estantes. En el superior había una pequeña farmacia compuesta por frascos diversos, cuyos nombres eran Atarax, Leponex, Zopiklon y Xanor. En el estante intermedio, había varias cremas para el eczema. Pero era en el inferior, junto a un tubo de dentífrico y un rollo de hilo dental, donde estaba lo que andaba buscando: el pastillero rojo que Kremph había mencionado durante la visita a la escena del crimen. Lo cogió. Era de plástico. Abrió la tapa y quedaron a la vista tres compartimentos para las tres tomas de cada día de la semana: mañana, tarde y noche.

Desde el lunes por la mañana hasta el sábado por la mañana, los compartimentos estaban vacíos, lo cual era lógico porque Kremph había sido detenido el sábado. Los demás compartimentos estaban llenos de pastillas de distintos colores. Cogió una al azar, se la metió en la boca y la masticó.

Debería haberlas llevado a analizar, aunque él ya albergaba sospechas. Kremph se había mostrado convencido de que se había tomado sus pastillas todos los días, y así era; pero, a juzgar por su sabor, solo ingería azúcar. Risk abrió uno de los frascos del estante superior y probó otra pastilla: exactamente igual.

Sin saberlo, Kremph había pasado un tiempo sin medicación. La pregunta era: ¿cuánto tiempo? Si se trataba de meses, el asesino había contado con tiempo de sobra para controlarlo y explotarlo mientras se reavivaba su trastorno disociativo.

Se llevó el pastillero a la sala de estar, lo dejó sobre la mesa y echó un vistazo alrededor. Había otro objeto que necesitaba encontrar antes de ponerse a buscar en serio la entrada secreta. Dio por supuesto que ese objeto debía de estar situado en un lugar central para cubrir la mayor área posible. Su mirada se detuvo en los estantes, que estaban abarrotados de libros. No era la primera vez que los examinaba, pero no se le había ocurrido hasta ese momento que algo no era congruente.

Entre los libros había obras de jardinería y de arte, la antigua serie de «Los cinco» de Enid Blyton y un montón de títulos de literatura para chicas. No era concebible que ninguno de aquellos libros hubiera podido interesar tanto a Ossian como para colocarlos en la librería más bonita y más expuesta de la casa. Lo cual solo podía significar una cosa:

Alguien los había puesto allí.

Se dedicó a revisar todos los libros uno a uno. Al llegar hacia la mitad del estante, sacó *¿Puedes guardar un secreto?*, de Sophie Kinsella, y descubrió lo que andaba buscando: habían sacado parcialmente las páginas centrales para dejar un hueco. Y alojada en ese hueco, había una caja rectangular de plástico blanco con diodos parpadeantes, parecida a la que estaba escondida en la muñeca.

Apagó el botoncito, dejó el libro sobre la mesa, junto al pastillero, y se concentró en la

búsqueda de la entrada oculta. Estaba más seguro que nunca de que era así como el «demonio barbudo» entraba en el apartamento cuando Kremph había cerrado la puerta. Empezó por el vestíbulo, pero no encontró nada detrás de las ropas colgadas en el perchero ni tampoco detrás del tapiz rojo parduzco que cubría en parte una pared.

Examinó las dos ventanas de la sala sin detectar la menor señal de que estuvieran rotas. Abrió una, se asomó y enfocó con la linterna el exterior del edificio. Los ladridos de un perro resonaron en la calle; el Opel aparcado delante de su coche arrancó y se alejó por Blekingegatan. No se veía nada en la fachada que indicara que alguien pudiera colarse por allí.

Como ninguna de las paredes de la sala daba a los apartamentos contiguos, procedió a examinar el suelo. Levantó la alfombra y enfocó con la linterna el hueco bajo del diván. Luego apuntó el haz de luz hacia el techo, buscando grietas en los ángulos. Aparte de algunas telarañas y varios desconchones en la pintura amarillenta, no había nada parecido a una trampilla disimulada. Tampoco, en la cocina ni en el baño.

Aún le quedaba por explorar el dormitorio, pero teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que Kremph parecía haber pasado durmiendo, no era probable que estuviera ahí. El escobero, que ofrecía una conexión casi directa con la cocina y el baño, resultaba mucho más interesante. Si Kremph estaba en la sala de estar oyendo la radio, el asesino podía haber entrado por ahí en la cocina para dejar el bisturí, o en el baño para cambiar las pastillas.

Abrió la puerta, que estaba empapelada, como la pared restante, con un papel estampado a cuadros, y encendió la bombilla desnuda colgada del techo. El escobero era más o menos de un metro y medio cuadrado y estaba bien ordenado, con cada cosa en su sitio. En un estante había todo tipo de detergentes y productos de limpieza; en otro, más alto, rollos de papel higiénico y de papel de cocina.

Sacó el aspirador, las dos escobas y el cubo con la fregona, se puso de rodillas e inspeccionó el gastado linóleo. Lo levantó. Un pececillo de plata brilló a la luz de la linterna y desapareció por una ranura. Pero allí no había ni rastro de una abertura, ni tampoco en ningún otro lugar del cuarto.

Dejó en su sitio el aspirador y todo lo demás, y se preguntó si no habría tal vez una explicación distinta y obvia que él no era capaz de ver porque la tenía demasiado cerca. El súbito resplandor de una linterna en el pasillo interrumpió sus pensamientos.

Alguien estaba entrando. O quizá eran dos.

Retrocedió y entró a toda prisa en el dormitorio mientras oía cómo susurraban en la sala de estar. No distinguió lo que decían, pero parecía que una de las personas se dirigía hacia el dormitorio. Se tumbó rápidamente en el suelo y se deslizó bajo la cama, entre las pelusas de polvo. Vio que alguien, que calzaba unas contundentes botas, caminaba sobre el chirriante entarimado.

Se detuvo a escasa distancia de la cama y permaneció allí durante un rato que a él se le hizo muy largo. Contuvo la respiración mientras la linterna enfocaba el suelo, internándose un poco bajo la cama. No solo iba desarmado, sino que estaba tumbado de tal modo que al menor movimiento haría ruido y se delataría. Su única ventaja era que el otro no era consciente de su presencia. Pero si se acercaba un poco más… Como si el intruso le leyera el pensamiento, se le aproximó. Primero fue solamente un paso, seguido de una pausa expectante; después dio otro paso y se detuvo junto a la cama. Las botas del tipo estaban a la altura del borde de la cama. Fabian extendió el brazo izquierdo, pasó la mano por el lado de una bota y la rodeó hacia el

tacón. De pronto sonó un silbido en la sala de estar y el individuo retrocedió unos pasos y giró en redondo.

Fabian dio un suspiro de alivio, aunque era consciente de que en cualquier momento volverían y registrarían a fondo la habitación. Encendió su linterna para ver si veía algo que pudiera utilizar como arma: una cuerda tal vez, o una mancuerna. Pero aparte de las bolas de polvo, en el suelo del dormitorio no había más que unos calzoncillos, varios calcetines desaparejados y un montón de periódicos.

Entonces reparó en una tapa metálica que había en la pared, justo debajo de la cama. Él tenía una similar en el cuarto de baño de su casa, pero nunca le había prestado atención hasta que un día había salido agua por la tubería que asomaba por debajo. Esa tapa metálica blanca era una trampilla para llegar a las tuberías y reparar cualquier escape.

Pero en el dormitorio no había tuberías de ninguna clase. Y la abertura estaba en medio de la pared, a bastante distancia de la cocina y del baño, lo cual resultaba extremadamente raro. Se arrastró hacia la pared, dejó la linterna en el suelo y desmontó la tapa de sus soportes con todo el cuidado posible.

No veía ninguna tubería; parecía un agujero negro. Pero cuando enfocó la abertura con la linterna, descubrió que era cualquier cosa menos un simple agujero. Se trataba de un conducto de unos dos metros cuadrados que se extendía verticalmente a lo largo del edificio, desde la azotea hasta el sótano.

No tenía nada que perder, así que se apretujó por la estrecha brecha con la linterna en la boca. Un grueso tornillo, que asomaba de la pared justo encima de la brecha, le sirvió de asidero para izarse y meter las piernas sin caer al vacío. Apoyó un pie en el borde inferior de la abertura y encontró en la pared opuesta unos gruesos cables eléctricos para apoyar el otro pie. Se incorporó y examinó las paredes.

Por debajo de la abertura, a poca distancia, una gruesa tabla de madera se extendía como una pasarela de un lado del conducto al otro, donde al parecer había otra abertura parecida. Al alcanzar la pasarela primero con un pie y luego con el otro, la linterna se le escapó de la boca. Al cabo de unos segundos, se apagó y enseguida el eco del impacto resonó desde el fondo.

La oscuridad se volvió tan densa que se vio obligado a sentarse a horcajadas sobre la tabla para no perder el equilibrio. Tanteó la pared con las manos y descubrió que había algo que bloqueaba la segunda abertura. Pero no era una trampilla. Parecía una malla de alambre retorcido o una fina rejilla. Intentó forzarla tirando hacia él, pero no se movió. Cuando se apalancó contra la tabla y empujó con ambos pies al mismo tiempo, consiguió desplazarla y pudo colarse por la abertura.

En ese momento advirtió que él ya había estado allí.

73

Al llegar a casa, Dunja tuvo el tiempo justo de desempaquetar su nuevo móvil y conectarlo al ordenador para transferir todos sus contactos antes de que empezara a sonar. Reconoció el número de Carsten en el acto. Aunque había deseado oír su voz durante las últimas veinticuatro horas, no quería responder. Tenía demasiadas cosas en mente. Él no había intentado localizarla ni una sola vez en todo el día: ni a ella ni a ninguno de sus compañeros. En cambio, cuando la noticia de todo lo que le había ocurrido había llegado a Estocolmo, le parecía conveniente llamar.

Pero no era por eso por lo que no respondía. Sencillamente, no tenía tiempo.

Se había pasado la mayor parte del domingo en la sala de reuniones con Jan Hesk y Kjeld Richter, repasando de arriba abajo todas las pistas de la investigación. Habían despejado la pizarra blanca y habían vuelto a colocarlo todo de otra forma para tratar de verlo con nuevos ojos. Pretendían encontrar un móvil de los asesinatos distinto: un esquema en el cual Benny Willumsen actuara como un señuelo.

Hesk se había esforzado al máximo para simular que no había sucedido nada entre ellos. Fingía ignorar que ella le había llamado desesperada pidiéndole auxilio y suplicándole que le salvara la vida. Actuaba como si no le hubiera vuelto la espalda cuando más lo necesitaba, y ni siquiera había esbozado una disculpa o intentado dar una explicación. Le parecía que bastaría con echárselo a la espalda.

En la reunión habían barajado unas cuantas ideas, todas más bien descabelladas.

Todas, salvo una.

A Dunja se le había ocurrido al ver las fotos de las partes del cuerpo de Katja Skov ordenadas, y al reparar en que faltaba una gran parte del pecho. Hesk y Richter no lo habían considerado extraño y habían intentado justificarlo aduciendo que no era tan difícil que hubiera desaparecido alguna parte del cuerpo.

Ella estaba firmemente convencida de que no perseguían a un asesino que fuera perdiendo cosas por el camino: tan convencida que había persuadido a Oscar Pedersen para que se saltara el último capítulo de *The Killing* y accediera a examinar una vez más a la primera víctima, Karen Neuman.

Dejó que sonaran los timbrazos de la llamada de Carsten hasta que saltó el buzón de voz. Cuando llamó por tercera vez, decidió responder.

—Dunja, ¿eres tú? ¿Qué demonios ha pasado? He oído en las noticias…

—Estoy bien, cariño.

—¿Bien? ¿No es cierto que…?

—Sí, pero no tienes que preocuparte. Ya está todo arreglado. —Oyó el pitido de otra llamada: Pedersen estaba intentando localizarla—. Escucha, no puedo hablar ahora. Tengo que colgar.

—¿Cómo? Espera. Yo …

Colgó y atendió a Pedersen.

—Hola, perdona, tenía otra llamada. ¿Has encontrado algo?

—Sí.

—¿Y?

—Estabas en lo cierto. Le falta el riñón derecho.

74

Fabian se incorporó y se sacudió el polvo, completamente aterido de frío. Estaba en el apartamento clausurado, y el viento que entraba por la ventana —todavía rota desde el suicidio de Ossian Kremph— explicaba el frío que hacía. Contempló la nevera que acababa de apartar con los pies desde el interior del conducto. Por fin logró entender cómo había podido entrar y salir el asesino del apartamento de Kremph sin ser visto.

Había dos apartamentos conectados de dos edificios distintos: uno estaba situado en Blekingegatan; el otro, a la vuelta de la esquina, en Östgötagatan. Estaban lo bastante cerca para que la policía sospechara que el apartamento con la mesa forrada de plástico era la guarida de Kremph; pero, a su vez lo bastante lejos como para que no se les ocurriera que ambos se hallaban conectados a través de un conducto de ventilación.

Sacó con rapidez unas fotos del agujero de la pared y del interior del conducto, colocó la nevera en su sitio y se dirigió hacia la puerta de la habitación contigua. Era la primera vez que encontraba esa puerta cerrada.

Le bastó abrirla para descubrir que la luz del techo estaba encendida e iluminaba directamente la mesa forrada de plástico, que estaba tan empapada que chorreaba en el suelo y en un gran barreño lleno hasta más de la mitad de un fluido. La respiración se le aceleró. Alguien acababa de estar allí para utilizar el equipo. No se habían tropezado por unos minutos. Se apresuró a agacharse junto al barreño para examinar el fluido transparente: a cada gota que caía de la mesa se formaban anillos concéntricos en la superficie. Parecía agua normal. Pero al inclinarse para olerla, percibió de inmediato un olor peculiar. Era agua, no cabía duda, pero agua salobre. Resultaba imposible que hubiera salido del grifo. Pero ¿para qué habría llevado el asesino hasta allí un cubo de agua de mar?

A la mañana siguiente llamé a la puerta de tu padre. Abrió tu madre y empezó a dar gritos. No tardaron en presentarse tus hermanos, que me empujaron contra la pared. Yo había llevado la deshonra a la familia, y tu madre se había visto obligada a echarte de casa. Me quedé destrozado. Todo era por mi culpa. Si te hubiera obligado a alejarte de la valla aquel día, nada de todo aquello habría ocurrido. Ahora ya era demasiado tarde.

Me ataron a un árbol en el patio trasero y me pegaron por turnos mientras esperaban el regreso de tu padre. No recuerdo si tu madre trató de detenerlos. Lo único que recuerdo es que desperté cuando me lanzaron un cubo de agua sucia y que intenté abrir mis hinchados ojos. La cara de tu padre estaba muy cerca de la mía.

Cómo me atrevía a poner mis sucios pies en vuestra tierra, me gritó. Yo le dije que había ido

a pedir tu mano, que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para obtener su consentimiento. Todo el mundo enmudeció. Solo se oía el viento y el zumbido de las moscas, las hojas del árbol, un grifo goteando. Entonces tu padre asintió y dijo que debía salir con tus hermanos a realizar una misión.

Aisha, pronto no me quedarán energías. Hay sangre por todas partes y tus hermanos ya están en completo silencio. Lo lamento infinitamente, pero el convoy de colonos apareció tal como esperábamos. Salimos de nuestros escondrijos y arrojamos las piedras que teníamos preparadas.

Los camiones pararon, y vi cómo las piedras abollaban la carrocería. Me pareció extraño que no se alejaran. Tus hermanos me gritaban que siguiera. Había pánico en sus miradas. Hice lo que me decían, pero enseguida deduje que algo no iba bien.

Ellos se bajaron de los camiones; llevaban focos cegadores, chalecos militares y armas automáticas. No me preguntes cómo, pero estaban informados de nuestra emboscada. La lluvia de disparos resonó en la pared de roca. Nosotros continuamos arrojando piedras. Yo lo hacía porque quería demostrar a tus hermanos mi determinación y que era un hombre de palabra. Pero no dio resultado, Aisha. Caímos uno tras otro, y los focos iluminaron las rocas manchadas de sangre.

Nos colocaron en fila en el suelo y examinaron nuestras heridas. Zakwan, a mi derecha, había recibido un disparo en un ojo, pero aún estaba vivo; Wasim, a mi izquierda, expectoraba sangre. A mí me habían dado dos veces en el estómago y sentía que me estaba desangrando. No podía hacer nada, excepto mirar el cielo negro en lo alto, desprovisto de estrellas. Estaba formándose una tormenta.

Oí que llegaba otro camión y que paraba en la cuneta. Reconocí algunas voces de nuestro campamento y traté de volver la cabeza cuando se acercaron y nos enfocaron con sus linternas. Pero ninguno me reconoció, tal vez a causa de tanta sangre. Nos arrastraron y nos arrojaron dentro del camión.

Aisha, siento como si estuvieras aquí, detrás de mí, leyendo cada palabra. No quiero dejar de escribir, pero las fuerzas me abandonan. He de emplear las escasas energías que me quedan para doblar esta carta, meterla en el sobre y arrojarla a la noche. Espero que Dios intervenga y se encargue de que un buen día llegue a tus manos.

EFRAIM YADIN

75

Lo primero que se le había ocurrido a Sofie Leander había sido emplear el bisturí para seccionarse la carótida y poner fin a aquella dolorosa espera. La idea de disolverse en la nada resultaba casi tan tentadora como la de sobrevivir y ser liberada.

Fue eso mismo lo que la detuvo en el último momento.

Justo cuando aplicaba el filo del bisturí a su garganta, se le ocurrió que ese instrumento, y el hecho de no estar ya amarrada a la mesa, aumentaban enormemente sus posibilidades de supervivencia. Cierto, no tenía forma de escapar por ahora. Había registrado la habitación entera y no había encontrado nada que le sirviera. Ni siquiera las dos llavecitas que colgaban de un gancho en el interior de un armario: no funcionaban en ninguna parte. Y el motor de la puerta de lamas metálicas estaba fuera y no parecía posible accionarlo desde dentro.

Claro que podía dar patadas en la puerta y pedir socorro a gritos con la esperanza de alertar a alguien que pasara por allí. Pero hasta entonces no había acudido nadie.

Hasta entonces.

Con el oído pegado a las lamas metálicas, oyó que se abría el portón del exterior y entraba un coche. El motor se paró. Después sonó la puerta del coche, y unos pasos sobre el suelo de cemento. Ya iba a aporrear la puerta y a armar todo el alboroto posible, pero vaciló. No sabía con certeza quién estaba al otro lado y prefirió aguardar para ver si las pisadas pasaban de largo o se detenían en otra parte. Lo único que esperaba era que no se detuvieran justo frente a la puerta.

Temblaba de pies a cabeza. Le sorprendió lo poco que le importaba estar desnuda. Daba igual si la persona que se acercaba era un hombre o una mujer, si era joven o vieja. Ella haría todo lo posible por alertarla. Las pisadas se iban aproximando. Dentro de unos segundos pasarían de largo. En cuanto estuviera segura, empezaría.

Pero sus peores temores se vieron confirmados.

Los pasos se detuvieron.

Hubo un breve silencio; a poco se encendió el motor eléctrico y empezó a enrollarse la puerta. No le daba tiempo de planear nada nuevo, pero como ya lo había pensado con antelación, sabía que debía ocultarse detrás de las cajas del vomitivo mejunje y aguardar con el bisturí preparado.

Había vuelto a poner la mesa en su sitio y colocado encima trozos de cartón y de otros materiales para que pareciera que había alguien tumbado. No resultaba nada convincente, pero con suerte eso le daría la fracción de segundo adicional que necesitaba para abalanzarse sobre el recién llegado, clavarle el bisturí donde pudiera, buscarle las llaves del coche en los bolsillos y salir corriendo.

El motor eléctrico siguió zumbando. Ella se agazapó, inmóvil, y esperó hasta que vio que alguien entraba y se acercaba a la mesa, tal como había imaginado tantas veces. Entonces se lanzó de golpe blandiendo el bisturí.

La primera vez falló. Y a la segunda, una certera patada en la pierna le hizo perder el equilibrio. Cayó de cabeza contra el suelo de hormigón y el bisturí se le escapó.

Lo último que pensó antes de que el gas le rociase la cara fue por qué no había llevado a cabo su primera idea.

Cuando al fin despertó, era como si nada hubiera sucedido. Casi le parecía que había sido un sueño, o un juego del subconsciente que había concluido. Estaba otra vez amarrada a la mesa forrada de plástico, con el tubo de alimentación pegado a la boca con cinta adhesiva.

Pero ya no le quedaba energía y le daba igual. Había abandonado hacía mucho la esperanza de poder morir pronto. A partir de entonces pensaba entregarse a la apatía. Sobre todo, deseaba terminar de una vez.

Pero por más que lo intentaba, no cesaba de especular sobre lo que estaba sucediendo ¿Por qué tenía el pelo mojado y olía a champú? ¿No eran unas tijeras lo que oía? ¿Le estaban cortando el pelo?

Tenía una toalla húmeda sobre la cara, así que no veía nada. Pero sin duda oyó el ruido de unas tijeras; a continuación, un chasquido, como si las dejasen sobre una bandeja metálica.

A su pelo, desde luego, no le venía mal un buen lavado. Pero ¿tanto tiempo llevaba allí como para que hubiera que cortárselo? ¿Qué importaba si le había crecido un poco?

Evidentemente, importaba.

Por mucho que se resistía, mantenía una pequeña esperanza. ¿Y si sobrevivía, después de todo? Quizá ya había cumplido su condena y la estaban preparando para liberarla. En ese caso, pronto estaría otra vez en casa con su amado esposo. Ansiaba verlo, sentir su cálido abrazo.

Algo frío se posó sobre sus pechos, primero en uno y luego en el otro. A continuación cayó algo sobre su vientre y sus piernas. Era una especie de crema, y las manos empezaron a extendérsela sobre la piel.

Olía bien.

Con un ligero aroma a coco.

76

Eran las cuatro y media de la mañana, y todavía faltaban muchas horas para que hubiera luz. Puesto que era el día más corto del año, tal vez no llegaría a haber luz siquiera, pensó Dunja mientras se bajaba del coche con una bandeja de cartón con tres tazas de café. Sintió el viento húmedo y helado que se colaba por todos los intersticios de su abrigo. Ni siquiera el gorro con la bandera danesa, que la madre de Carsten le había regalado por Navidades (y que normalmente se negaba a ponerse), parecía abrigarla en absoluto.

Vio que Kjeld Richter y Jan Hesk estaban hablando un poco más allá, junto al borde del muelle, aunque ambos se callaron en cuanto la vieron. No hacía falta ser Einstein para imaginar el tema de conversación. Tras un minuto a la intemperie con aquel frío, estaba casi dispuesta a coincidir con sus compañeros en que las condiciones no podrían haber sido peores.

La oscuridad y el frío ya eran malos de por sí, pero las condiciones en el agua eran horribles. El fuerte viento había encrespado la superficie, de modo que había grandes bloques de hielo chocando entre sí como unos grandes molares que lo fueran triturando todo a su paso. Y el encargado del puerto había exigido varias veces que terminaran no más tarde de las seis.

—No pongáis esa cara tan alegre —dijo Dunja sin obtener siquiera una sonrisa de respuesta —. ¿Café? —Sostuvo la bandeja hasta que ambos se vieron obligados a coger una taza—. ¿Cómo le va al buzo?

—¿Cómo crees tú? —Hesk señaló con la barbilla el agua turbulenta—. ¿Te apetece un chapuzón?

—No, pero yo no soy buzo. Por lo que veo, ya debe de estar ahí abajo.

—Siempre puedes meterte tú… —Hesk dio un sorbo de café y apretó los dientes con fuerza, como para ocultar lo bueno que lo encontraba.

El transmisor de radio de Richter crepitó:

—El coche está aquí. Cambio.

—Mira a ver si puedes abrir las puertas y entrar. Cambio —dijo Richter apartándose para hablar sin estorbos.

Dunja apuró su café y se asomó por el muelle para mirar entre los bloques negruzcos de hielo, pero no vio burbujas en la superficie ni tampoco el resplandor de un foco. Recorrió con la vista el muelle y los barcos amarrados en el lado opuesto, más o menos en la parte trasera del castillo de Kronborg: el último bastión del Este.

Con frecuencia reflexionaba en ello cuando contemplaba el Estrecho y divisaba Suecia al otro lado. Ese país vecino era oficialmente neutral y, desde luego, los suecos más bien se

inclinaban hacia Occidente en cuanto a sus valores básicos, pero la sensibilidad del Este siempre había resultado patente en sus normas, sus licorerías y otras cosas similares.

Esta vez, por el contrario, los sentimientos de Dunja eran muy distintos. En lugar de pensar que los suecos iban irremediablemente a la zaga de Dinamarca, ahora creía que les sacaban mucha ventaja. No sabía si ese cambio se debía a su encuentro con aquella policía sueca embarazada, o al hecho de haber puesto los pies en el país por primera vez hacía un par de días. Lo único que sabía era que, pese a su experiencia en Kävlinge, sentía cada vez más deseos de volver allí una segunda vez.

Miró a Hesk y le preguntó si el café estaba bueno, pero se arrepintió en el acto. ¿Por qué había de ser siempre ella la que rompiera el silencio? Él, por su parte, no hizo nada para aliviar la incomodidad entre ambos. Al contrario, esperó todo lo posible antes de encogerse de hombros y asentir de modo casi imperceptible.

—Sí, supongo.

—Bien —dijo Dunja, cada vez más irritada.

Hesk no había dicho todavía ni una palabra sobre su actitud de colgar el teléfono cuando ella corría un grave peligro. Ni se había molestado en reconocer que Dunja tenía razón respecto al órgano que faltaba entre los restos de Karen Neuman. Pero si creía que iba a ahorrárselo guardando silencio, se equivocaba.

—Estaba pensando que cuando terminemos aquí, podríamos ir a ver a Pedersen para preguntarle qué opina sobre ese riñón desaparecido —dijo Dunja subrayando las dos últimas palabras.

—Vale. —Hesk dio otro sorbo de café, con la mirada perdida.

«¿Vale? ¿Eso era lo único que tenía que decir?»

—¿Tú qué piensas? A ti no te entusiasmaba la idea de que él volviera a examinar el cuerpo. Por suerte, yo me mantuve firme. —Lamentó haber dicho la última frase, pero ya no tenía remedio.

Hesk se encogió de hombros una vez más y replicó:

—A mi modo de ver, eso no favorece ni contradice la hipótesis de que realmente fuese Willumsen.

—¿Ah, no?

—No. Yo no diría que sea un hallazgo significativo.

—Él no se quedó un órgano de ninguna de sus víctimas anteriores. —Dunja se le acercó—. Sí, violaba, torturaba y mutilaba a la gente, pero los cuerpos siempre aparecieron intactos. Por ahora, sabemos que falta un riñón de una víctima y un pulmón de otra. ¿Cómo demonios puedes atreverte a decir que no es un hallazgo significativo?

—Solo significa que el tipo no se repetía, cosa que, desde mi punto de vista, era precisamente su especialidad. Al principio soltaba a un perro para que destrozara a las víctimas y después se quedaba una parte de ellas como un trofeo. La próxima vez, si hubiera tenido tiempo, las habría triturado y usado como abono para el césped de su casa.

Hesk soltó una risa forzada y se terminó el café.

Dunja sabía que no debía morder el anzuelo, pero le costaba contenerse.

—No creo que valga la pena que el buzo continúe ahí abajo mucho más tiempo —dijo Richter—. El coche está completamente limpio.

—Qué sorpresa —dijo Hesk.

—¡Asegúrate de que mire la matrícula!

—Ya lo ha hecho: HXN 674. Es sueca, tal como creíamos.

Dunja alzó el pulgar, con una sonrisa forzada. Entonces se encaró con Hesk y dejó de fingir.

—Tú no te tomas en serio nada de esto, ¿verdad? Para ti es un juego.

Él negó con la cabeza en silencio.

—¡Reconócelo! Eres como un viejo amargado que pone todas sus energías en luchar contra mí. No parece que te importe que el asesino todavía siga suelto.

—No, Dunja. No es así en absoluto.

—¿No? Entonces, dime, ¿cuántas víctimas más te harán falta para que espabiles? ¿Tres? ¿Diez?

—Ninguna. No habrá más víctimas porque alguien le perforó a Willumsen los pulmones y el corazón.

—Pero eso no…

—¡Dunja! El asesino era él, ¿vale? ¡Nadie en todo el puto departamento cree en tu fantasma! ¡Aparte de ti, claro! Todos los demás están seguros de que era Willumsen. La única razón de que estemos aquí congelándonos las pelotas es que Sleizner te encuentra sexy y te quiere follar.

Ella no se dio cuenta de lo que había hecho hasta que oyó el sonido. Pero ya era tarde para echarse atrás. La bofetada había surgido como de la nada, con una asombrosa velocidad, y ella estaba tan sorprendida como él.

Pero eso no era lo peor.

El impacto de la mano contra la mejilla.

La sangre que acudía a enrojecerla.

La mirada que lo decía todo.

No: lo peor era que él tenía razón.

77

Malin Rehnberg se giró hacia el otro lado en la cama. Era un movimiento que siempre ejecutaba en poco más de un segundo, pero, con el enorme vientre de embarazada y la preeclampsia, le costaba al menos un minuto y medio. Ya no sabía cuántas veces se había dado la vuelta, pero era una cantidad deprimente. No podía permanecer tumbada más de cinco minutos sin que se imaginara úlceras purulentas de decúbito y hasta gusanos repulsivos, y entonces tenía que mover otra vez toda la carrocería.

Pero no podía quejarse de la nueva habitación a la que Fabian había insistido que la trasladaran. En muchos sentidos era mejor que la anterior. No solo estaba recién remodelada, con fotografías enmarcadas, cortinas y televisor (aunque todavía no conectado, a decir verdad), sino que era una habitación individual en la cual no tenía que compartir el baño con nadie, que era una de las cosas que más detestaba en este mundo. Ella nunca iba al baño en el trabajo, ni siquiera cuando había empezado a sufrir incontinencia a causa de la gestación. Si hubiera podido imponer allí sus condiciones, habría exigido su propio cuarto de baño, igual que Ingmar Bergman.

El problema que tenía aquí era que se aburría. La habían despertado para tomarle la presión a las cuatro de la mañana y se había desvelado desde entonces. Casi tres horas después, estaba tan rematadamente aburrida que no sabía si conseguiría sobrevivir otros cinco minutos sin que pasara nada. Ya se imaginaba el titular del periódico:

«INSPECTORA DE POLICÍA MUERE DE ABURRIMIENTO».

Habría sido mucho mejor si hubiera podido volver a casa. No había motivo para que no pudiera guardar cama allí, provista de un gotero, y tomarse ella misma la presión cada dos horas.

—Mi amor. —Recibió un beso en la frente—. Ya estoy aquí.

Miró al hombre que se alzaba sobre ella y descubrió que era Anders, su marido. Debía de haberse quedado dormida.

—¿Qué hora es?

—Casi las ocho y media. ¿Cómo estás? ¿Has pasado bien la noche? —Se sentó en el borde de la cama.

—Mejor hablemos de otra cosa. ¿Has traído lo que te pedí?

Anders alzó el estuche del ordenador y le dijo:

—Te lo daré con una condición: que no empieces a trabajar.

—Sí, claro. Venga, dámelo. —Extendió el brazo hacia el estuche, pero él lo puso fuera de su alcance.

—Mi amor, te lo digo en serio. Hablé ayer con el médico y me dijo que…

—Anders, la investigación ya ha terminado. No voy a trabajar, lo prometo. Pero quiero leer los periódicos y hablar con mamá por Skype.

Él dejó el estuche a su lado a regañadientes.

—¿Ha venido ese Fabian a verte?

—¿Ese Fabian? No entiendo qué tienes contra él. Y no, no ha venido. Pero si lo hubiera hecho, habría sido para ver cómo estoy, no para trabajar. —Sostuvo la mirada escéptica de su marido—. Sí, es como te digo. Tranquilízate.

—No podré tranquilizarme hasta que todo esto haya terminado. —Anders le puso la mano en el vientre—. Y según el médico es muy importante…

—Que descanse. Lo sé, Anders. No hago otra cosa que descansar. He descansado tanto que estoy cansada de descansar. Por cierto, ¿no tienes que irte ya?

—Sí… —dijo él y, consultando el reloj, se levantó—. Pero…

—Nos vemos luego.

—De acuerdo. Procura tomártelo con calma para…

—Adiós, cariño —dijo Malin gesticulando para que se marchase. Anders retrocedió hacia la puerta y salió.

Estaba muerta de ganas de coger el ordenador y ponerse en marcha, pero conocía demasiado bien a su marido y esperó hasta que él la «sorprendió» asomando la cabeza una última vez. Entonces abrió el estuche, encendió el ordenador y conectó su móvil a un puerto USB.

Por fin podía trabajar.

78

Fabian rascó el último pedazo de hielo del parabrisas, se subió al coche y esperó a que el motor se calentase. Entretanto, procuró zafarse de la impresión de que estaba despeñándose por una pendiente interminable. Había procurado relajarse un poco dando un paseo de dos horas por Södermalm con el «Kiss Me Kiss Me Kiss Me» de The Cure en los auriculares, pero no le había servido de nada.

Hiciera lo que hiciese, tenía la persistente sensación de que las cosas se le estaban escapando de las manos. Al menos, Sonja parecía menos agitada y se había llevado a los dos niños a casa de su hermana Lisen en Värmdö, donde dentro de tres días celebrarían todos las Navidades.

A Matilda le encantaba visitar a sus primos y a su tía, que siempre estaba en casa y se encargaba de que hubiera bollos recién horneados y muchas cosas que hacer. Aunque la niña no lo reconocería, Fabian estaba seguro de que le habría gustado cambiarlos a él y a Sonja por Roland y Lisen.

Roland ganaba al parecer un montón de dinero con sus empresas, y Lisen había decidido abandonar su carrera de abogada para convertirse en ama de casa a tiempo completo. No era de extrañar que los niños se sintieran encantados. Incluso Theodor se había apuntado sin protestar.

Todo el mundo estaba en plenos preparativos navideños, envolviendo regalos y buscando un árbol adecuado en el bosque… Todo el mundo, salvo él. Y eso que se había prometido a sí mismo que nunca sería de esos padres sin tiempo ni energía que se sentían aliviados cuando los niños se iban y quedaban a cargo de otra persona. Bajó el parasol, abrió la tapa del espejo y constató que tenía toda la pinta de un padre de ese tipo.

En todos los sentidos, se había vuelto igual que su padre.

Sonja había reflexionado mucho y llegado a la conclusión de que cada uno debía seguir su camino. Pensaba que ambos se merecían algo mejor que esa mala racha que no parecía acabar nunca. Pero él había captado en su mirada que no lo decía en serio. Lo que Sonja quería era que él diera un paso al frente y la convenciera de que todavía tenían futuro.

Pero él se había quedado sin argumentos, y aunque se había pasado despierto casi toda la noche y había recorrido a pie todo el barrio de Södermalm, todavía no sabía qué posición adoptar: ni respecto a Sonja ni respecto a Herman Edelman.

No tenía ni idea de cómo conseguir que su jefe accediera a reabrir la investigación sin revelarle demasiado. Lo único que tenía muy claro era que estaba metido en una de las investigaciones más complejas de su carrera, en la que había un asesino que todos creían identificado y muerto, pero que en realidad seguía suelto y no daba muestras de haber terminado.

Las fotos tomadas con un teleobjetivo fueron distribuidas alrededor de la mesa. Mostraban a una docena de mujeres, ligeras de ropa y de mirada inquieta, a las que bajaban de un camión e introducían por una puerta trasera.

—Estas imágenes se tomaron hace poco más de dos meses frente al Black Cat. Lo que veis ahí es lo que llaman una «entrega de material», durante la cual cada mujer pasa un selección inicial —dijo Markus Höglund.

Jarmo Päivinen, Tomas Persson y Herman Edelman asintieron.

—¿Alguien sabe si Risk viene jacia aquí? —preguntó Inger Carlén, que se hallaba junto a Höglund; la agente se estaba sonando la nariz con un pañuelo que parecía haber perdido su pulcritud hacía mucho.

—No. Empieza ya —dijo Edelman—. No dispongo de todo el día.

—De acuerdo —dijo Carlén reprimiendo un estornudo.

—Según nuestras fuentes, sacan a las mujeres una a una al escenario del club, y Diego Arcas las «examina» personalmente y decide a qué burdel las llevarán —prosiguió Höglund, y cogió la última galleta danesa de la lata.

—Las examina, ¿cómo? —preguntó Tomas, aunque daba la impresión de que ya conocía la respuesta.

—Por razones comprensibles, nosotros no hemos estado allí ni lo hemos visto con nuestros propios ojos —dijo Carlén—, pero estoy cien por cien segura de que incluso tú te sentirías asqueado si lo vieras.

—Hemos recibido la información de que va a producirse en cualquier momento otra entrega de material. —Höglund deglutió la galleta con un trago de café—. Entonces actuaremos.

—¿Así que no sabéis cuándo exactamente? —dijo Edelman rascándose la barba.

—No, pero será sin duda en los próximos días. Por ahora, hemos de hacer turnos y tener preparado el equipo de intervención especial.

—Muy bien. —Edelman asintió—. Los avisaré. ¿Cuántos agentes necesitáis?

—Al menos, treinta y cinco —dijo Carlén.

—¿Treinta y cinco? —Edelman alzó la vista de su móvil.

—Queremos irrumpir simultáneamente en el club y en los pequeños burdeles —dijo Höglund en el instante en que Fabian abría la puerta y entraba en la sala.

—Nos estábamos preguntando dónde te habías metido. ¿Ha ocurrido algo? —cuestionó Edelman.

—¿Tienes un momento? —le dijo Fabian sin mirar a los demás—. A poder ser de inmediato.

—¿Qué pasa? —preguntó Edelman, que cerró la puerta tras él.

Fabian tenía pensado empezar con calma y amortiguar su petición con otros temas, pero su llegada con tanto retraso a la reunión matinal había arruinado esa posibilidad.

—Hemos de reabrir la investigación sobre Grimås y Fischer.

El jefe lo miró como si hubiera oído mal y se quitó poco a poco sus gafitas redondas.

—¿Qué te hace pensar eso? Siéntate.

—Hemos seguido un camino erróneo, Herman. Kremph no era más que un señuelo para desviarnos en la dirección equivocada —afirmó Fabian sentándose en el gastado diván de cuero.

—¿En serio crees que Kremph era inocente?

—Sí, lo creo. Y también que el asesino sigue suelto.

Edelman se echó a reír. Negó con la cabeza, sacó dos cervezas de la nevera y le ofreció una por si le apetecía.

—No, gracias. Estoy bien —dijo Fabian, a pesar de que una cerveza era justo lo que necesitaba.

—Vaya. Bueno, explícame tu cambio de opinión. —Herman abrió una botella, llenó un vaso y se sentó en el sillón situado junto a la ventana—. Porque esa teoría parece salir de la nada. Ya sabes que te considero un buen investigador, uno de los mejores. —Dio un sorbo de cerveza, sacó su pipa y se dispuso a cargarla—. Pero si he de serte sincero, da la impresión de que has perdido el rumbo.

Risk esperó a que encendiera la pipa y se llenara los pulmones de ese humo plateado, y continuó:

—¿Recuerdas a la mujer del autobús? Aquella cuyos ojos estaban recortados en todas las fotos.

—Sí, era una posible víctima.

—Exacto. Y sospecho que está muerta.

Edelman asintió y bebió otro trago de cerveza con una calma que contradecía todas las expectativas de Fabian.

—Es decir, estoy casi seguro de que está muerta —añadió, aunque intuía que la conversación estaba a punto de descarrilar.

—Tienes toda la razón. —Edelman le dirigió una sonrisa satisfecha—. Porque muerta es precisamente como está.

—¿Qué quieres decir? ¿La has encontrado? —Eso no era ni remotamente lo que había previsto. En lugar de ser su jefe el sorprendido e incómodo, era él quien tenía que hacer un esfuerzo para dominarse.

—Su nombre era Semira Ackerman. El capitán del ferri entre Södermalm y Hammarby Sjöstad dio la alarma anoche, al divisarla flotando entre los témpanos. Es evidente que decidió caminar sobre el hielo.

—¿Quién podría ser tan estúpido como para caminar sobre el hielo en esa zona? Eso queda al otro lado del canal.

—Tal vez no pensaba cruzar a pie; quizá salió a echar un vistazo y la cosa le salió mal, por desgracia. —Edelman se encogió de hombros y dio una chupada a la pipa—. De hecho, es algo que ocurre cada dos por tres en esta época del año. Míralo tú mismo, hay una foto ahí encima.

Risk se acercó al escritorio y cogió la fotografía de una mujer congelada sobre la cubierta del ferri. Era sin duda la misma mujer, pero no se trataba de un accidente. Aunque al menos tenía una explicación para el barreño de agua salobre.

—Oye, Fabian, ¿cómo te encuentras? Tienes un aspecto…

—Anoche registré una vez más el apartamento de Kremph —lo interrumpió él—. Y entre otras cosas, descubrí un pasaje que lleva directo al apartamento clausurado, lo cual explica muchas cosas. Y en…

—Sí, esa debía de ser su vía de escape…

—No. Era la forma que tenía el asesino de entrar en su casa.

—¿Y por qué habría de querer entrar…?

—Para sustituir su medicación por placebos. Herman, el asesino tenía a Kremph bajo una vigilancia constante. En uno de los libros de la estantería… —Fabian se interrumpió. Estaba a punto de perder el control y decir demasiado. Inspiró hondo—. ¿Quién está examinando el cuerpo de esa mujer? ¿Thåström?

—No, ella no se ocupa de los accidentes. Tenía los pulmones llenos de agua, Fabian. No es más complicado que eso. No acabo de entender adónde quieres ir a parar. Tú piensas que Kremph era inocente y que podría haber otra persona… Perdona, pero suena estrambótico. —Edelman exhaló el humo.

—¿O sea que no me crees?

—No se trata de lo que yo crea. Cada una de las pruebas de la investigación, incluyendo el motivo, apunta a Kremph… también ese pasaje del que me hablas. Da la impresión de que no has pegado ojo en toda la semana, y ahora, de repente, irrumpes aquí y defiendes su inocencia. Seguro que comprenderás que si tengo que descartar la conclusión anterior, necesitaré que me presentes algo más concreto.

—La mesa estaba mojada cuando entré en el apartamento clausurado, Herman. Aún goteaba. Alguien había estado allí, y todo indica que fue sobre esa mesa donde Semira se ahogó.

—¿Y cómo estás tan seguro de que no fue algún vagabundo que venía cubierto de nieve y se echó allí una siesta para guarecerse y entrar en calor?

—¿Y quien colocó debajo un barreño y lo llenó de agua salada? No, no lo creo. En cuanto a la investigación, estoy convencido de que hay pruebas suficientes que sustentan mi teoría. El problema es que han desaparecido.

—¿Cómo que han desaparecido? —Por primera vez, Edelman parecía de verdad sorprendido.

—Alguien debe de haber venido durante el fin de semana y ha hecho limpieza.

—La investigación ha concluido y, como no se prevé un juicio, deben de haberlo mandado todo al archivo. —Edelman se acercó al escritorio y activó el ordenador moviendo el ratón.

—Por lo que yo vi, no lo creo. Aunque quizá tú tengas una explicación mejor.

—¿Cómo dices?

Durante las últimas horas, Fabian había estado convencido de que su jefe sabía más de lo que dejaba entrever. Pero, de súbito, le entró la duda. Tal vez Edelman todavía pensaba que Kremph estaba detrás de todos los asesinatos. Antes de seguir adelante, no tenía más remedio que acorralarlo.

—Aquí está, tal como yo suponía. —Edelman alzó la vista de la pantalla.

—¿Cómo? ¿Has encontrado un código de referencia?

—Sí: 0912-305/H152. Amplitud: 0.4 metros de estantería.

—Ah, bueno —dijo Fabian sin revelar que no había ningún código asignado la noche anterior—. Seguramente estaba demasiado cansado y no supe encontrarlo. Pensándolo bien, quizá sí me vendrá bien esa cerveza.

—Tómatela, por favor. Aunque habrás de bebértela deprisa. Tengo que irme enseguida a una reunión de presupuestos con Crimson. —Apagó el ordenador y se metió en la boca unos chicles, mientras Fabian abría la cerveza y bebía.

—Es probable que tengas razón. Estoy un poco agotado.

—No es que yo celebre nunca las Navidades —dijo Edelman mientras se ajustaba la corbata

ante el espejo—, pero creo que a todo el departamento le vendrá bien unos días de descanso.

—Oye, por cierto, esa conversación que mantuviste por teléfono con Grimås unas horas antes de su muerte…

—¿Sí?

—¿De qué hablasteis?

—Ya me lo preguntaste.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me dijiste?

—Lo mismo que te digo ahora: quería consejo para la sesión de preguntas que iba a celebrarse. Nada demasiado interesante, por desgracia —dijo Edelman, y se atusó la barba.

Todas las dudas se disiparon. Edelman estaba mintiéndole a la cara. Pero aunque Risk se moría de ganas de sacar su teléfono y reproducir la grabación, asintió y fingió que se daba por satisfecho con la respuesta.

Por ahora, era vital mantenerlo todo en secreto.

79

Dunja notó que Oscar Pedersen estaba frustrado, a pesar de que intentaba disimularlo, cuando salió a recibirlos a la entrada del departamento forense. Por primera vez en su carrera, se le había escapado durante la autopsia un dato que acaso constituía el elemento esencial de la investigación y el motivo por el que Karen Neuman y Katja Skov habían sido asesinadas. En el primer caso, la falta de un riñón; en el segundo, la de un pulmón.

La explicación de cómo se le había podido escapar algo así resultaba cuando menos endeble.

—Como te he dicho por teléfono, no había motivo para continuar mi examen una vez que quedó establecida la causa de la muerte. —Pedersen pasó su tarjeta por el lector y abrió la puerta para que Dunja y Jan Hesk lo siguieran a la morgue.

Por muchas razones aquello constituía una grave negligencia, hasta el punto de que Dunja habría podido presentar una queja al Consejo Nacional de Policía y forzar a que lo suspendieran como forense. Pero ella optó por mantener una expresión impasible. Hesk, por su parte, sonrió y asintió varias veces, como para subrayar su aquiescencia.

—No solo se trata del dinero de mis impuestos, sino también del de los vuestros —añadió Pedersen mirando a Dunja. Acto seguido, abrió el cajón frigorífico y sacó el cuerpo de Karen Neuman.

Había transcurrido casi una semana desde que Dunja había estado en la escena del crimen y visto por primera vez el cuerpo mutilado. Al verlo por segunda vez, comprendió cómo se le podía haber pasado a Pedersen la falta de un riñón.

—Como he dicho, no tiene un aspecto muy agradable por fuera —dijo el forense señalando el torso cubierto de heridas—. Pero esto no es nada comparado con el aspecto que tiene por dentro. Es como si alguien se hubiera vuelto loco con una batidora en las manos —prosiguió—. Y debo decir, Dunja, que si tú no te hubieras empeñado en pedirme que comprobara si faltaba algún órgano, yo no lo habría descubierto.

Ella sintió el impulso de asentir complacida, de demostrarle que agradecía el elogio, pero mantuvo su actitud inexpresiva.

—¿Has encontrado algo más? —preguntó, no porque esperase otro hallazgo, sino porque quería subrayar que era ella quien dirigía esa parte de la investigación

—Pues sí, ahora que lo dices —respondió mientras se retorcía el bigote, aunque sin añadir palabra.

Dunja lo conocía demasiado bien para caer en la trampa y preguntar qué había encontrado. No iba a ponérselo tan fácil.

—Bueno, ¿qué has descubierto? —dijo Hesk situándose voluntariamente en el último escalón de la jerarquía.

—Después de que me llamase Dunja, me tomé la libertad de revisar los expedientes de las víctimas anteriores de Willumsen y, a la vista de las heridas, deduje con la máxima certeza que era zurdo. Así pues, me puse en contacto con mi querido colega Einar Greide, de Helsingborg. Y en efecto, resultó que él había llegado a la misma conclusión en sus investigaciones.

—¿Y por qué es tan importante que fuera zurdo? —cuestionó Dunja, aunque se arrepintió en el acto de no haber guardado silencio. Percibía cómo Pedersen se hinchaba de orgullo, disfrutando de la atención suscitada.

—Los cortes de Karen Neuman los ejecutó una persona diestra. Por supuesto, debo hacer un examen más exhaustivo para estar seguro al cien por cien. Pero si os basta con un noventa y cinco por ciento, entonces os puedo asegurar que el ángulo de contacto de las heridas indica que el asesino sujetaba el hacha así. —Les hizo una demostración, alzando las dos manos al aire—. Con la derecha delante y la izquierda detrás. Es la posición más natural para una persona diestra. Y al prepararse para asestar el golpe, levantaba el hacha por el lado derecho de su cabeza. De este modo. —Pedersen dio varios golpes con su hacha imaginaria hacia el vientre mutilado de Karen Neuman.

—Creo que lo hemos captado —dijo Dunja, y el forense se detuvo—. Lo que nos estás diciendo, entonces, constituye un indicio más de que esto no fue obra de Willumsen.

Pedersen, captando una mirada de reojo de Hesk, titubeó antes de responder.

—Como he dicho, hay un cierto margen de error y cabe la posibilidad de que asestara los golpes como un diestro para confundirnos.

—Pero debió de emplear toda su energía, dado que las heridas son muy profundas, lo cual hace menos probable esa teoría.

—Correcto.

—Magnífico. ¿Tú qué dices, Jan? —Dunja se volvió hacia su compañero y decidió no apartar la mirada hasta que respondiera.

—Sinceramente, no sé qué decir. Para mí, hay demasiadas pruebas que apuntan a Willumsen como para abandonar la hipótesis de que fuera él.

—Exacto, esa es mi idea. El asesinato se llevó a cabo de manera que todas las sospechas apuntaran hacia él y nos alejaran del verdadero asesino.

—¿Y cuál es su verdadero motivo?

—Aquí, el riñón que falta; en el caso de Katja Skov, el pulmón.

—Sin ánimo de ser quisquilloso, Dunja, esos órganos no son un motivo.

Ella puso los ojos en blanco y le dijo a Pedersen:

—¿Te es posible acceder al historial médico de la víctima?

—Depende de lo que quieras decir con «posible». ¿Por qué tendría que…?

—Porque yo te lo pido.

El forense volvió a retorcerse el bigote y miró a Hesk, que se encogió de hombros a modo de respuesta.

—Muy bien, de acuerdo. —Fue al ordenador del rincón y movió el ratón—. Pero si encuentro algo de interés, vosotros tendréis que guardaros cómo lo habéis descubierto, ¿entendido?

—Sí, claro. Empieza.

Pedersen pinchó el archivo de historiales médicos y ya iba a introducir la búsqueda cuando vio que tenía un correo electrónico.

—Ah, ya está el análisis de ADN. Qué rapidez.

—¿El análisis de ADN del esperma? Pero ¿eso no tarda más de una semana? —inquirió Dunja.

—Es lo que yo creía. Supongo que quieren quitarse todo el trabajo de encima antes de Navidad. En todo caso, aquí lo tenemos. —Se calló y se dedicó a leerlo.

—¿Y?

Pedersen miró a Dunja y luego a Hesk.

—Era de Willumsen.

—¿De Benny Willumsen? —repitió ella, sin dar crédito a lo que oía. El forense asintió—. A ver, para que quede claro: ¿estamos hablando de la muestra de semen que encontraste en Katja Skov?

—Sí. Por dentro y un poco por fuera, para ser exactos.

Dunja vio cómo se desmoronaba todo su castillo de naipes.

—De acuerdo, pero ¿quieres sacar esos historiales médicos para que pueda echarles un vistazo?

—Ya basta, Dunja —dijo Hesk—. Sleizner nos dio un ultimátum para continuar hasta que salieran los resultados del análisis. Y ya los tenemos.

—Sí, pero… He de ver esos historiales.

—Por lo que deduzco —terció Pedersen—, la investigación está cerrada, así que debo negarme.

—Y toda esa historia de que el asesino era diestro… ¿ya no significa nada para ti?

—Hay un margen de error, como he dicho. Y en esta ocasión, por desgracia, parece como si…

—Esto es una locura. ¿Qué demonios pretendéis?

—Estamos haciendo nuestro trabajo, Dunja. Vayámonos para que Oscar pueda continuar con el suyo —dijo Hesk, y dio media vuelta.

—¿Cómo demonios puedes llamarle a esto hacer tu trabajo? Se te nota en la cara que tú también crees que hay suficientes indicios dignos de investigación.

—¿Ah, sí? —Hesk se volvió hacia ella—. ¿Y por qué no habría de querer investigarlos?

—O bien porque pretendes poner palos en las ruedas, o bien porque eres demasiado cobarde para enfrentarte a Sleizner, que es lo más probable. Tú sabes tan bien como yo que a él le importa un bledo que acusemos a la persona equivocada, con tal de que las cifras del departamento salgan bien.

—Olvidas una tercera posibilidad: que realmente fuera Benny Willumsen. —Hesk le dio la espalda y salió de la morgue.

80

Con el teléfono pegado a la oreja, Fabian salió del ascensor en la tercera planta del sótano y siguió por el pasillo hacia los archivos.

—¿Hola? ¿Todavía me oyes?

—Sí, y si estás mínimamente interesado en lo que he descubierto sobre Gidon Hass, deberías escucharme ahora —dijo Niva—. Sería lógico suponer que si Grimås y Edelman estaban hablando de él, tendría que ser una figura pública de algún tipo. Pero, de hecho, me ha resultado casi imposible de rastrear.

Risk se había prometido que no volvería a ver a Niva, pero tras su conversación con Edelman no había vislumbrado otra salida que contactar de nuevo con ella y explicárselo todo: desde lo ocurrido en los últimos días hasta sus propias teorías sobre cómo creía que encajaban todos los elementos del caso.

Supuso un gran descanso para él que Niva le hubiera creído, y también había accedido a echarle una mano sin arrancarle a cambio una copa ni una cena. Su única condición había sido que la investigación permaneciera cerrada oficialmente mientras ella estuviera involucrada.

—Gidon Hass, o Gidon Ezra Hass, que es su nombre completo, es un médico y patólogo centrado, mira por dónde, en trasplantes de órganos.

—Bien —dijo Fabian, intuyendo que todo empezaba por fin a cuadrar—. ¿Tiene una clínica en alguna parte?

—La tenía: el Instituto Forense Nacional de Israel, en Abu Kabir. Según dicen, bajo su dirección se dedicaban a almacenar órganos y tejidos y actuaban como una especie de centro de coordinación. Era uno de los mayores proveedores del mercado negro de órganos, lo cual, hasta hace cosa de un año, era totalmente legal en Israel.

—¿Legal?

—Sí, porque los judíos prefieren ser enterrados con el cuerpo íntegro, y el resultado es que el índice de donación de órganos es allí uno de los más bajos del mundo occidental.

—¿De dónde obtienen los órganos entonces? —preguntó Fabian, caminando entre las hileras de estanterías móviles, aunque pendiente de no perder la cobertura del teléfono.

—Principalmente, de los llamados cazadores de órganos que abundan en las antiguas repúblicas soviéticas y en las regiones más pobres de Asia y Sudamérica. Y si hay que creer las acusaciones más graves, muchos órganos se extraen también de los palestinos heridos.

—Precioso.

—Es cierto.

—¿Así que ahora ya no está en la clínica de Abu Kabir? —Se detuvo frente a la estantería número 152.

—No. Lo despidieron cuando entró en vigor la nueva ley, y no se ha sabido más de él desde entonces.

—¿Está huido? —Fabian apartó la estantería hacia un lado, se apretujó en la abertura y localizó con facilidad los archivadores con el código 0912-305.

—Como he dicho, él no ha hecho nada ilegal. Estrictamente, no tiene motivos para huir.

—Pero ha desaparecido del mapa, de todos modos.

—Eso parece.

Los archivadores estaban llenos de papeles que, para un observador desinformado, podían parecer el expediente de un caso: copias de documentos, unas cuantas fotografías… Solo que no tenían nada que ver con la investigación real.

Tal como se imaginaba, las pruebas habían desaparecido.

81

Dunja había asistido por primera vez a la fiesta navideña del departamento de policía de Copenhague hacía dos años. La conmoción que le había causado se había prolongado mucho tiempo, pese a que ya había oído rumores por anticipado sobre el consumo de alcohol y el concurso de baile limbo en el que cada intento fallido costaba una prenda de ropa. Pese a ello, no estaba preparada para el panorama que había encontrado: un montón de compañeros, normalmente sensatos, comportándose como cerdos lobotomizados, para decirlo con suavidad. Se había perdido la fiesta del año siguiente porque estaba en cama con una gripe que no se quitó de encima hasta bien entrado el mes de enero. Nadie había querido explicarle los detalles cuando se reincorporó al trabajo, pero la decisión de dirección de celebrar la fiesta en lunes a partir de entonces lo decía todo.

Tenía pensado no asistir, sobre todo porque Sleizner se había encargado de reservarle un asiento a su lado, pero también porque sabía que a Carsten no le sentaba nada bien. Por más que ella le repitiera que ni se le pasaba por la cabeza serle infiel, y menos aún con alguno de sus compañeros, su pareja la acosaba a la vuelta como un inquisidor, exigiéndole un relato pormenorizado de la fiesta.

Al final había decidido asistir, pero no porque le apeteciera. No estaba de humor para celebraciones. Todavía le escocía su derrota ante Pedersen; además, aunque el análisis de ADN de la muestra de esperma mostrara que procedía de Benny Willumsen, se resistía a creer que él fuese el autor de los asesinatos. El propio Willumsen se había quedado perplejo cuando ella le había preguntado por la nave industrial de Kävlinge. Y por otro lado, él era más alto y mucho más corpulento que el hombre al que había sorprendido con las manos ensangrentadas mutilando a Katja Skov.

Estaba segura de que había un motivo distinto para explicar la ausencia de un órgano en cada víctima, y no comprendía por qué Hesk, Pedersen y Richter tenían tan poco interés en averiguarlo. Tal vez se sentían tan intimidados por Sleizner que no se atrevían a contradecirlo. O tal vez ya no querían más complicaciones antes de las Navidades.

Ella se negaba a dejarse arrastrar a esa actitud de la gente que elude asumir cualquier responsabilidad y que no se preocupa por nada, menos aún por la verdad. Y ahí entraba en juego el privilegio de sentarse al lado de Sleizner.

Pensaba emplear todas sus argucias y explotar la situación al máximo. Tenía que lograr que él se pusiera de su lado y le diera permiso para seguir investigando. Así pues, dedicó tiempo y cuidado en aplicarse más rímel y maquillaje de lo normal. Disimuló con polvos y corrector las magulladuras y, tras probar distintos pintalabios, escogió el rojo más violento de todos, que

además conjuntaba a la perfección con su vestido rojo. Cambió los pequeños pendientes de perlas —el regalo de confirmación de su madre— por dos grandes aros dorados. Y, finalmente, se envolvió el tobillo izquierdo, ya muy recuperado, con una venda, se puso un par de medias con liguero y se calzó unos zapatos de tacón.

Le sorprendió lo bien que se sostenía sobre ellos y practicó caminando por la sala de estar con el aire de una modelo que no tocaría ni muerta unas Converse. Después de todo lo cual, se plantó frente al espejo del dormitorio, se arregló el pelo para ocultar el arañazo de la frente y se examinó.

Por segunda vez en los últimos días, no se reconoció. El vestido, el maquillaje, los zapatos: todo el conjunto quedaba muy lejos de su apariencia habitual, o por lo menos de cómo se veía a sí misma. Pero no eran solo las ropas, que no pasaban de ser un envoltorio para meterse a Sleizner en el bolsillo. No, era otra cosa; algo más difícil de identificar.

Un brillo en sus ojos.

82

—Es un caso de suicidio y no entra en mi radio de acción en absoluto. —La forense Aziza Thåström era, por lo general, una de las personas más simpáticas que Fabian conocía. Siempre tenía tiempo para otra pregunta, y su paciencia era inagotable cuando no entendías algo. Ahora, por el contrario, se le notaba irritada al hablar por teléfono—. Además, el caso está cerrado.

Risk abrió la potente puerta de hierro y entró en el aparcamiento sin replicarle para que el silencio obrara su efecto.

—Está bien —dijo Thåström al fin con un suspiro—. ¿Qué quieres que busque?

—No lo sé. Sobre todo, si falta algún órgano. —Oyó otro profundo suspiro.

—Fabian, se trata de una persona que se ahogó. Además, los pulmones estaban llenos de agua y sin heridas visibles.

—Sí, pero estoy seguro de que falta algo… Los ojos. ¿Los has mirado? —dijo Fabian, que notó por el modo de resonar la voz que Thåström había entrado en la morgue y estaba abriendo uno de los cajones frigoríficos.

—Sí. Y sorpresa: los ojos están en su sitio. ¿De veras crees que a alguien se le podría haber pasado por alto…?

—Aziza, ¿puedes examinarlos?

—¿Por qué?

—Hazlo, por favor.

Risk oyó un tercer gran suspiro al otro lado de la línea, mientras subía a su coche y metía la llave de contacto. No le sorprendió en absoluto la respuesta de la forense.

—¡Maldita sea, tenías razón! Falta la córnea del ojo derecho.

—Gracias. Es lo único que quería saber —dijo Fabian, y cortó la llamada.

Así que era eso lo que el asesino había hecho en el apartamento clausurado. Después de ahogar a Semira Ackerman, le había extraído la córnea derecha: una intervención que nadie advertiría porque toda la atención estaría centrada en los pulmones anegados de agua.

Fabian condujo hasta la puerta del garaje, que se alzó dejando entrar la luz del día. Un estremecimiento lo recorrió de pies a cabeza, a pesar de que no tenía frío. Notó que el corazón se le aceleraba y que la espalda se le humedecía de sudor. De pronto se daba cuenta de lo cerca que había estado: de no haber sido por la cámara oculta que había en la estantería de Ossian Kremph, era casi seguro que se habría tropezado con el asesino.

Claro… Era así como este lo había visto y temido que descubriera el pasaje que conducía al apartamento clausurado. Tal vez era él quien se había alejado con el Opel aparcado delante de su

propio coche.

Salió del garaje, sin tener ni idea de adónde se dirigía. Lo único que quería era alejarse de la comisaría, de Edelman y de todos los demás. Torció a la derecha por Bergsgatan y luego a la izquierda hacia Hantverkargatan, y sintió que el pulso se le acompasaba.

Aunque solo una parte de la información que Niva había descubierto fuera cierta, aquello era un escándalo muy serio: tanto que la reputación de Israel quedaría manchada de sangre durante muchos años. La grabación de la llamada entre Grimås y Edelman dejaba claro que la embajada israelí se hallaba implicada, aunque él no sabía hasta qué punto, ni tampoco si la espantosa práctica del almacenamiento de órganos estaba autorizada desde instancias superiores. Mientras la investigación continuara siendo extraoficial, no podía interrogar a nadie, ni mucho menos a la gente de la embajada.

Su teléfono sonó sobre el asiento del pasajero cuando pasaba frente al Stadshuset.[2] Vio que era Malin Rehnberg y dejó que saltara el buzón de voz. Cuando lo llamó por segunda vez, comprendió que no se daría por vencida hasta que contestara, como un mosquito obstinado que ha olido la sangre.

—Hola, iba a llamarte para ver cómo estás —dijo, y continuó por el puente Vasabron.

—No me hagas reír.

—Malin, en serio. Ahora iba…

—Si tan interesado estás en saberlo, te diré que nunca en mi vida me he aburrido tanto. Estoy medio desquiciada. Y te lo aseguro: como no ocurra algo pronto, me voy a volver majareta. O sea qué cuéntame qué está pasando.

—No gran cosa. Acabo de tener una reunión con Edelman y hemos decidido que debería empezar ya mis vacaciones navideñas…

—Ja. Ja. Ja.

—¿Cómo?

—Déjalo ya. ¿A quién pretendes engañar? ¿A ti mismo?

—No, pero quizá a tu marido. ¿Sabes que Anders más o menos me ha prohibido que hable contigo?

—¡Olvídate de Anders y dime qué demonios está pasando!

—Vale, pero bajo tu propia responsabilidad.

Le habló del pasaje desde el piso de Kremph hasta el apartamento clausurado que había descubierto y le explicó que el asesino debía de haber estado allí poco antes para ahogar a la mujer del autobús, cuyo cadáver acababa de aparecer en el lago Hammarby. También le habló de la cámara oculta que había encontrado en la estantería y de la conversación grabada entre Grimås y Edelman, en la que ambos se habían referido a Gidon Hass.

—Un momento… ¿no estarás hablando de Herman Edelman?

—Sí.

—Mierda. ¿Crees en serio que podría estar implicado?

—En todo caso, miente sobre la llamada. Y se niega a reabrir la investigación. Ha de estar ocultando algo.

—¿Y quién es Gidon Hass?

—Un patólogo israelí experto en trasplantes de órganos.

—Israel otra vez. Esa es la conexión.

—Es lo que yo pienso. Y eso explica que a las tres víctimas les quitaran un órgano: el corazón a Adam Fischer; el hígado a Carl-Eric Grimås y la córnea a Semira Ackerman. —Fabian dobló a la izquierda por Timmermansgatan y se dio cuenta de que iba de camino a casa, aunque no tenía ni idea de qué podía hacer allí—. Naturalmente, tendremos que revisar sus historiales médicos antes de estar del todo seguros, pero sospecho que los tres debían de haber entrado en una lista de espera de trasplantes aquí, en Suecia, y que al final decidieron comprar el órgano en el mercado ilegal. Y ahora alguien se está dedicando a recoger todas esas partes trasplantadas.

—Pero ¿para qué? ¿Es posible volver a usarlas? Debe de haber un límite para el número de veces que un órgano puede ser trasplantado.

—Seguro que debe haberlo, pero si el asesino solo buscara órganos frescos, hay víctimas mucho más fáciles que el ministro de Justicia, por ejemplo.

—Quizá quiere castigar a las víctimas por sus pecados y darles una lección: a ellos y a todos los que consideran la posibilidad de utilizar un órgano ilegal.

—No, no lo creo. En ese caso no se habría esforzado tanto en ocultar su rastro y en inculpar a Ossian Kremph. Sea lo que fuere, se trata de algo personal.

—Y ese patólogo… como se llame… ¿sabemos algo más de él?

—Se llama Gidon Hass y casi solo sabemos que desapareció del mapa después de ser despedido del instituto de Abu Kabir. Me encantaría hacer una búsqueda más exhaustiva, pero no sé muy bien cómo proceder puesto que la investigación está cerrada oficialmente.

—¿Desde cuándo te ha detenido eso?

Malin lo había calado antes de que él reconociera sus propias intenciones. Por supuesto, Fabian había calculado fríamente que Niva ya se encargaría de la búsqueda de Hass.

—¿Crees que no sé que estáis trabajando juntos otra vez?

—¿De quién hablas?

—Déjate de tonterías. ¿Quién más iba a tener acceso a esa conversación entre Edelman y Grimås? Luego no digas que no te advertí.

—Ya me lo dijiste una vez.

—Y está justificado que te lo repita. Hablando de esa llamada, ¿puedes enviarme el archivo de audio?

—Por supuesto. Te lo mando en cuanto pueda.

—Quizá ha sonado como una pregunta. Disculpa. Quiero que me lo envíes ahora. Ahora mismo.

—Malin, estoy conduciendo…

—Pues frena. Fabian, lo digo en serio. Me volveré loca si no tengo pronto algo donde hincar el diente.

Él echó un vistazo alrededor, buscando alguna plaza de aparcamiento en Fatbursgatan, y en ese preciso instante un Volvo negro lo adelantó y dobló a la derecha por Swedenborgsgatan, pese a que era dirección prohibida salvo para autobuses.

—Está bien, pero para que lo sepas, yo he escuchado la grabación un montón de veces y lo único que…

—Me volveré loca de verdad, te lo digo.

Risk aparcó en un hueco libre.

—¿Puedo enviártelo a tu correo personal?

—Usa: anders&malinsbrev@hotmail.com.

—¿Una cuenta conjunta?

—Sí, pero él nunca la utiliza.

Fabian buscó el correo electrónico de remitente desconocido, y escribió la frase «Estaba equivocada» en en la casilla de asunto, y se lo reenvió a Malin.

—Deberías recibirlo enseguida —dijo. Colgó, se bajó del coche y caminó hacia la entrada de su edificio.

Lo primero que notó fue que el pequeño diodo rojo no parpadeó cuando introdujo el código en el portal. Pensando que se había equivocado al teclear los dígitos, repitió el proceso. Al tercer intento se le ocurrió que la puerta no estaba bien cerrada. No era la primera vez que la cerradura se atascaba; de hecho, era más bien la regla, en vez de la excepción, que fallara en cuanto la temperatura descendía por debajo de cero.

Intuía que pasaba algo raro, pero en cuanto se bajó del ascensor ya no le cupo duda. La puerta del piso estaba entreabierta y la cerradura, reventada. La abrió con sigilo y entró.

Desde el vestíbulo parecía evidente que quien hubiera entrado ya no seguía allí. Lo habían dejado todo hecho un desbarajuste: los cajones vaciados, los muebles volcados, la ropa apilada en el suelo. Y parecía bastante probable que hubieran sido los mismos que se habían llevado los expedientes de la Agencia Nacional de Investigación y que habían registrado la noche anterior el apartamento de Ossian Kremph.

Pero ¿qué andaban buscando? ¿La muñeca de porcelana?

Fue a la sala de estar. A la luz del candelabro, vio que también allí reinaba un completo desorden. Se acercó al sofá, lo colocó en su sitio y puso los almohadones encima. Se sentó y contempló aquel paisaje después de la batalla, en cierto modo sorprendido de que él y Sonja tuvieran las suficientes pertenencias como para generar un caos tan completo.

Al principio no oyó nada, pero captó una ligera corriente de aire. Alzó la vista y se ocultó de un salto detrás del sofá.

Entonces sí los oyó. Estaban en el pasillo y se dirigían a la sala de estar. Así que habían vuelto. Repasó rápidamente sus opciones y llegó a la conclusión de que no tenía otra que plantarles clara. Esta vez no iba a dejar que se salieran con la suya.

—¡Joder, la puta! ¡Este piso está…! —exclamó uno de ellos.

Fabian reconoció la voz y la expresión. Y al oír la voz del otro entendió lo que sucedía. Y se quedó perplejo.

—Sí, es el aspecto que debe de tener tu casa.

Fabian se puso de pie.

—Disculpad, pero ¿puedo preguntar qué demonios hacéis en mi apartamento?

Tomas se giró, sobresaltado, y le apuntó sujetando la pistola con ambas manos.

—¡Calma, calma, maldita sea! ¿Es que no ves que es Fabian? —Jarmo le bajó los brazos.

—Ya. Lo veo ahora. Perdón. ¿Qué diantre ha pasado aquí? Este piso está hecho una mierda.

—Es lo que yo me estaba preguntando. —Risk se les acercó—. Al parecer alguien cree que tengo algo valioso. Pero no sé de qué podría tratarse. También se han llevado todos los expedientes de la investigación que había en la Agencia.

Ellos se miraron entre sí.

—¿A qué investigación te refieres? —preguntó Jarmo, tras un breve silencio.

Risk iba a responder, pero se contuvo.

—¿Qué tal si me contáis primero que hacéis aquí? Por lo que veo, no es para felicitarme las Navidades.

Tomas y Jarmo intercambiaron otra mirada y asintieron en silencio. A continuación se volvieron hacia él a la vez, como si lo hubieran ensayado frente a un espejo.

—Hemos venido porque queríamos verte —dijo Jarmo.

—Fuera del horario de trabajo —añadió Tomas metiéndose la pistola en la cartuchera.

—Es sobre los casos Grimås y Fischer.

—Y sobre Semira Ackerman.

—¿Semira Ackerman?

—Sí, esa mujer del autobús que…

—Ya sé quién es.

—No creemos que se ahogase por accidente —explicó Jarmo.

—Ni que Kremph estuviera detrás de los asesinatos —añadió Tomas.

Primero él; luego Malin; e incluso los dos colegas.

—¿En qué os basáis?

—Si repasas la investigación de principio a fin, te das cuenta de que hay un montón de cosas que no cuadran —dijo Tomas.

Fabian asintió con desaliento y comentó:

—Por eso han desaparecido los expedientes.

—Bueno, resulta que no están muy escondidos.

—¿Qué quieres decir? ¿Sabes quién se los ha llevado?

Tomas asintió sonriendo, satisfecho.

—¿Te gustaría echarnos una mano?

83

Alguien comenzó a cantar una canción danesa de taberna y todos alzaron sus vasos, incluso Dunja. Aunque ella solo dio un sorbo y enseguida dejó el suyo sobre la mesa. Ya había bebido demasiado, y si quería tener la menor posibilidad de convencer a Sleizner no podía tomar ni una gota más. En todo caso, el vestido había surtido su efecto y lo había puesto otra vez de buen humor después de la discusión del domingo.

—A mí no me engañas. —Sleizner miró el vaso de Dunja todavía lleno de *schnapps*—. En esta mesa solo vale vaciarlo de un trago.

—Y yo creía que este año íbamos a controlarnos. ¿No fue por eso por lo que trasladasteis a un lunes la fiesta? —dijo Dunja forzando una sonrisa.

—Mira, yo me opuse a esa idiotez desde el principio. O sea, vamos, hombre, ¿una fiesta navideña en lunes? ¿Qué clase de disparate es ese? Es casi para sospechar que nos han invadido los suecos. —Sleizner estalló en carcajadas—. Vamos a demostrarles quién dirige el cotarro. —Se llenó el vaso y lo alzó.

—Kim, yo no debería…

—Mira, digámoslo más simplemente: como jefe tuyo, te ordeno que vacíes el contenido de ese vaso.

Ella comprendió que no tenía más remedio y se tragó el licor helado, que le ardió garganta abajo. La velada estaba a punto de escapársele de las manos y no había tenido ni una ocasión de abordar la posibilidad de reabrir el caso sin que pareciese fuera de lugar. Si seguían así, ya no lo lograría.

—No ha estado tan mal, ¿verdad? Te lo voy a llenar otra vez. —Sleizner volvió a servirle *schnapps* hasta que casi se derramaba por los bordes.

—Kim, quiero hablar contigo de una cosa.

—Claro. Cómo no.

—Es sobre la investigación.

—Tienes que saber que me siento impresionado por su rápida resolución. Y también orgulloso. No todos los agentes poseen ese instinto o lo que sea, demonios. Pero tú eres una de los pocos, no cabe duda. Lanzarse de cabeza y… ¡pam!, ¡resuelto! ¡Es algo increíble!

—De eso quería hablar contigo precisamente. Mi instinto me dice que deberíamos…

—No creas que solamente se habla de ti dentro del departamento. —Sleizner se echó al coleto un poco de cerveza—. También he hecho correr la voz más arriba. Y te aseguro que si sigues así, llegarás lejos. Como no mantenga los ojos abiertos, pronto serás tú quien mueva los

hilos. Salud. —Alzó su vaso de *schnapps*. Para evitarse otro chorreo sobre lo importante que era seguir bebiendo, ella también apuró el suyo.

—Kim, ya sé que el análisis de ADN apunta a Willumsen, pero al mismo tiempo estoy convencida de que el asesino no era él. Hay algo que no acaba de encajar.

—Escucha, Dunja. —Sleizner le indicó que se acercara—. Este no es un asunto para hablarlo aquí —dijo señalando con el dedo a toda la concurrencia.

—No, ya. Pero necesitaría tu autorización para seguir adelante de inmediato…

Sleizner le puso un dedo sobre los labios.

—Hay demasiados oídos aquí. —Apartó la silla y se levantó—. Ven. Vamos a un sitio un poco más discreto.

Ella se puso de pie demasiado deprisa y tuvo que sujetarse al respaldo de la silla hasta que recobró el equilibrio.

—Ah, vaya. ¿Necesitas ayuda? —Él le ofreció el brazo.

—No, no, estoy bien —dijo Dunja, aunque tenía que concentrarse en cada paso para no tropezar mientras atravesaban la sala. El nivel del alboroto demostraba que la mayoría de los asistentes ya había olvidado que era lunes.

—Bueno, dime. Soy todo tuyo —dijo Sleizner sujetando abierta la puerta de su despacho.

—En realidad, no hay mucho que hablar —dijo Dunja, y entró tras él—. Necesito tu visto bueno para seguir con la investigación, preferiblemente sin Hesk. Él ha estado trabajando contra mí desde que decidiste que yo dirigiera el caso.

Esperó una reacción.

Debería haberlo visto venir. Debería haber deducido que todo el discurso sobre su instinto y su futuro era un preámbulo para llegar a esto. Que ese era el precio para salirse con la suya.

Y, sin embargo, estaba desprevenida cuando sintió aquellos labios agrietados contra los suyos, hasta tal punto que tardó varios segundos en espabilarse y comprender lo que iba a suceder. Le puso las manos en el pecho y lo apartó.

Sleizner soltó una carcajada.

—Dunja, sé que tú lo deseas. Podemos seguir fingiendo, continuar con este jueguecito un poco más, pero esto se veía venir de lejos. Ese tal… ¿cómo se llama?, ¿Carsten?, debe de tenerte muy mal atendida. Créeme, veo por tu modo de moverte que estás deseando que te follen. —Apretó el puño—. Sí, de todas las formas posibles, para sentir que estás viva. ¿No es cierto?

Se inclinó hacia ella. Estaba tan cerca que Dunja percibió su aliento cargado de alcohol. Tendría que haberle gritado con todas sus fuerzas, y arañado la cara y lanzado un rodillazo, pero no hizo ninguna de esas cosas. Por el contrario, como si estuviera bajo hipnosis, permitió que la empujara sobre el diván de cuero y que le deslizara la mano bajo el vestido.

—Y quédate tranquila —continuó Sleizner—. Claro que podrás seguir con la investigación, si es lo que quieres. —Le lamió la oreja mientras hurgaba bajo las bragas con sus dedos ávidos —. Mientras nosotros tengamos nuestro pequeño secreto, tú puedes hacer lo que quieras. ¿Cómo te suena?

Volvió a besarla y le introdujo su lengua carnosa en la boca. De pronto los fluorescentes del techo se encendieron, arrojando su fría claridad sobre ellos. Sleizner apenas pudo volver la cabeza antes de que Hesk lo arrancara del diván.

—¡Eres un cerdo asqueroso, joder!

—Jan, ya sé que ha de parecerte raro, pero resulta que somos dos adultos que hacen lo que hacen con pleno consentimiento —dijo Sleizner pasándose la mano por el pelo.

—Eso lo dudo, y menos todavía después de lo que ella acaba de pasar.

—Pregúntaselo tú mismo.

Hesk miró a Dunja, que estaba estirándose el vestido.

—¿Es cierto, Dunja? ¿Tú lo querías?

Ella intentó mirarlo a los ojos y no pudo. Era consciente de que debía sentirse aliviada —un par de minutos más y habría sido demasiado tarde—, pero lo único que sentía era vergüenza.

—Para que lo sepas, Dunja. Estoy dispuesto a denunciarlo ahora mismo. —Hesk sacó su móvil y lo sostuvo frente a Sleizner—. Pero depende de ti.

Ella se volvió hacia su jefe. La mirada de Sleizner no era en absoluto evasiva ni vacilante. Al contrario: tras aquel rostro sereno e inexpresivo, intuyó una sonrisa.

Como si supiera de antemano lo que ella iba a responder.

84

«De acuerdo. Y oye, por cierto… Gracias.»

«De nada.» La llamada se cortaba y el archivo de audio llegaba a su fin. Malin Rehnberg había escuchado la conversación de Herman Edelman y Carl-Eric Grimås tantas veces que ya había perdido la cuenta. Pero no le daba la sensación de haber terminado. Tras la primera escucha, le había sorprendido la escasa información que salía a relucir y había pensado que la mayor parte de ella no hacía más que confirmar lo que ya sabía. Si la teoría de Fabian era correcta, quizá se referían nada más que al hígado de Grimås, ilegalmente trasplantado, y a la embajada israelí.

Pero tras la segunda escucha le entraron dudas, y después de la tercera y la cuarta ya tuvo claro que quedaba mucho por descubrir. Tenía la impresión de que la conversación estaba compuesta, por decirlo de algún modo, de múltiples capas y de que la única manera de llegar hasta el fondo era escucharla una y otra vez, capa por capa.

Lo primero que observó fue que ambos hombres sabían perfectamente de qué estaban hablando (incluso daba la impresión de que Grimås estaba harto del asunto), pero al mismo tiempo ignoraban por completo lo que se avecinaba. Casi toda su inquietud giraba en torno a las consecuencias de que llegara a divulgarse la verdad; entre ellas, que el ministro de Justicia se viera obligado a dimitir. La posibilidad de que alguien lo asesinara, lo destripara y le sacara los órganos, no figuraba ni por casualidad entre sus temores.

La segunda observación de Malin se refería a la filtración, a «esa maldita filtración», como decía Grimås. Aunque en realidad no se trataba propiamente de una filtración periodística, sino de alguien cuyos objetivos no eran en absoluto darle un soplo a la prensa. Pero no fue eso lo que despertó su curiosidad. Marcó el punto exacto de la línea del tiempo, que ya se sabía de memoria, y pulsó la tecla de espacio.

«Por lo que sé, hay muchos indicios que apuntan a alguien de dentro, con acceso a las llaves y a los códigos. El problema es que no han podido encontrar a nadie sin…»

«¿Cómo que “alguien de dentro“? ¿Estás insinuando que alguien de vuestro propio personal podría…?»

«No tengo ni idea, Carl.»

Malin paró la grabación. Obviamente, había serias sospechas de que se trataba de alguien del personal de la embajada. Pero ¿a qué se refería Edelman con «El problema es que no han podido encontrar a nadie sin…»? ¿A nadie sin qué?

Las posibilidades eran casi inagotables, y ella había elaborado una larga lista de continuaciones que tuvieran cierto sentido. Al fin se había decantado por una palabra.

Coartada.

La frase completa era entonces: «El problema es que no han podido encontrar a nadie sin coartada». Resultaba lógico. Ellos sospechaban que había sido algún miembro del personal, pero todos podían demostrar su inocencia, lo cual quería decir que alguno tenía una coartada falsa, o que no era nadie de dentro, sino más bien alguien lo bastante independiente para no figurar en las listas de personal, pero lo bastante próximo para tener acceso al edificio.

Aunque había dejado apagado el sonido, su móvil vibró sobre la mesita como un muñeco al que se da cuerda, y rompió su concentración justo cuando creía estar a punto de llegar a alguna conclusión. Como consecuencia, todos sus pensamientos se habían dispersado, y ya no sabía si podría reunir la energía necesaria para agruparlos de nuevo.

Era Anders. Justo lo que le faltaba. Ya la había llamado un montón de veces; si no atendía, podría amenazarla con el divorcio con todo derecho.

—Hola, cariño —dijo, tratando de hablar como si acabara de despertarse.

—¿Por qué no contestas?

—¿No es lo que acabo de hacer?

—No estarás trabajando, ¿no?

—No me atrevería, con toda la lata que me has dado. ¿Para eso me despiertas?

—¿Estás segura?

Malin soltó un suspiro exagerado.

—¿Crees que te estoy mintiendo en tu propia cara? —replicó tomando conciencia, sorprendida, de lo bien que mentía.

—No, pero…

—Bien, porque estoy medio drogada y no tengo ni idea de lo que pasa detrás de esta puerta. Ni siquiera he tenido fuerzas para abrir el ordenador desde que has venido.

—Está bien, perdona. No pretendía… Es que estoy tan…

—Preocupado. Lo sé, cariño. Pero a mí eso no me ayuda. Lo único que quiero es terminar de una vez. ¿Algo más?

—No. Ah, sí. Ursula estuvo aquí ayer. ¿Tú le dijiste que pusiera unas cortinas navideñas en la ventana de la cocina?

—No. ¿Unas cortinas navideñas?

—Sí. Y además… ¿cómo te diría?… son feísimas. Ni siquiera soy capaz de describírtelas. Supongo que deben de considerarse preciosas en las regiones más remotas de Polonia, pero yo estoy perdiendo hasta el apetito, y no sé qué hacer. Ni siquiera me atrevo a tocarlas.

Malin entendía a la perfección a qué se refería Anders. Uno o dos años atrás, la mujer de la limpieza había empezado a tomarse libertades en la decoración de la casa. De repente el viejo taburete que Malin había heredado de su abuela acabó en una caja en el desván. Aunque a Anders le causó gran satisfacción, por cierto. Pero cuando a la semana siguiente el cobertor blanco de terciopelo del dormitorio fue sustituido por una colcha sintética floreada, incluso él se había plantado. Entre los dos, la habían doblado y habían vuelto a poner el cobertor blanco.

Craso error.

Ursula no había dicho nada. Aunque poco a poco los había castigado limpiando peor. Tras unas semanas, le habían recordado con un discreto *Post-it* que había mucho polvo bajo la cama y que el interior de la nevera requería también una buena limpieza. Pero no hubo resultado. Al

final volvieron a poner la colcha floreada, que les daba repelús cada vez que la tocaban, aunque ya se habían acostumbrado. Y el gnomo de jardín que la mujer había puesto a continuación…

Bruscamente, Malin tuvo una idea que resultaba tan inesperada como el hecho de haber quedado embarazada de gemelos tan solo unas semanas después de que hubieran decidido dejar de intentarlo. Era algo tan obvio, que no podía creer que no se le hubiera ocurrido antes.

—Cariño, ¿sigues ahí?

—Sí, pero…

—¿Qué hago? Se va a poner como una moto si las quito.

—No lo sé, Anders. Pero ahora tengo que dejarte. El médico va a venir de un momento a otro, y he de pasar antes al baño.

—¿No crees que se pondrá furiosa si…?

—Ya hablaremos luego. Te quiero. —Colgó, se arrellanó sobre la almohada y cerró los ojos para concentrarse otra vez.

No estaba segura, pero todo parecía encajar con la idea de que el culpable fuera un miembro del personal de limpieza. Ellos, además de tener acceso a las llaves y a los códigos, podían desplazarse por el edificio cuando los restantes empleados se habían ido. Por otra parte, si procedían de una empresa externa de limpieza, se los consideraba personas «de dentro» aunque no formasen parte del personal de la embajada.

Solo había una forma de averiguarlo.

85

Dunja se despertó de golpe y se dio cuenta de que se había quedado dormida. Llevaba puesto un cinturón y todo temblaba. No sabía dónde estaba ni cómo había acabado allí.

—Señores pasajeros, hemos llegado al aeropuerto de Estocolmo. Por favor, mantengan sus cinturones abrochados hasta que el aparato se haya detenido por completo y el indicador de seguridad se haya apagado —dijeron por los altavoces.

Mientras el avión frenaba, los recuerdos acudieron a su mente: la boca repugnante de Sleizner contra la suya, y Hesk, jugándose su carrera y ofreciéndose a presentar una denuncia, pese a que él nunca solía replicar. Se preguntó si ese había sido su modo de pedirle perdón. Ella no había podido hacer otra cosa que negar con la cabeza y pedirle que llamara a un taxi. Solo quería largarse de allí de inmediato y actuar como si nada hubiera sucedido.

«Al número 4 de Blågårsgade», le había dicho al taxista. Pero cuando pasaron junto al termómetro de neón de Rådhuspladsen, que indicaba cinco grados bajo cero, se dio cuenta de que él último lugar donde quería estar era en su apartamento. ¿Por qué quedarse sola, tumbada en la cama? Si alguien debía consolarla después de todo lo ocurrido era Carsten. El deseo de tenerlo a su lado la había asaltado con ímpetu y no le dejaba otra opción que viajar a Estocolmo.

El taxista, aunque refunfuñando, había accedido a hacer un cambio de sentido prohibido frente al hotel Alexandra para llevarla al aeropuerto de Copenhague. Dunja había tenido suerte y logrado sacar un billete en un vuelo que salía al cabo de cincuenta y cinco minutos. Su estado de ánimo mejoró en cuanto pasó el control de seguridad y pidió en el bar una copa de vino blanco.

Al cruzar las puertas giratorias y respirar el aire de Estocolmo, mucho menos gélido que el de Copenhague, se sintió cómo si el incidente en el despacho de Sleizner no se hubiera producido. Se rio de sí misma por su impulsiva reacción. Carsten se llevaría una sorpresa, sin ninguna duda. A ella le gustaba tenerlo todo controlado y preparar las cosas a conciencia, pero en ese instante se sorprendía ante la improvisación.

Lo único que llevaba encima era el bolso, el vestido rojo, demasiado corto, y el abrigo. Por fortuna, había tenido la precaución de ir a la fiesta navideña con botas y llevar los zapatos de tacón en una bolsa; de lo contrario habría tenido que pedir una silla de ruedas, porque los pies le dolían mucho.

Paró a un taxi y, en un sueco lo más inteligible posible, le pidió al conductor que la llevara al hotel Clarion, en Skanstull. Era su primera visita a Estocolmo y, por el momento, no estaba especialmente impresionada. No había visto más que un barullo de carreteras y viaductos de hormigón.

Cuando hubieron cruzado un largo túnel, descubrió que no la habían engañado los que decían

que Estocolmo era una de las ciudades más bonitas del mundo. Porque, de súbito, el paisaje apareció ante sus ojos y pudo contemplar una gran extensión de hielo enmarcada por las luces de un número infinito de ventanas iluminadas. No sabía si se debía a la vasta superficie de hielo cubierta de nieve, al cielo despejado y estrellado, al largo puente iluminado a lo lejos o a las colinas de Södermalm, en cuyas empinadas laderas había innumerables edificaciones, pero lo cierto era que el panorama le parecía extraordinariamente hermoso.

Poco después reapareció el infernal laberinto de hormigón, que le bloqueó la vista durante el trayecto restante hasta el hotel.

—¿Cómo ha dicho que era el nombre? —le preguntó un joven con bigotito en el mostrador de recepción, pese a que Dunja ya se lo había repetido dos veces.

—Carsten Røhmer —dijo lo más despacio que pudo—. Carsten con «ce» y Røhmer con «ø» danesa y con una «hache» a continuación. ¿Se lo tengo que escribir?

—No, no será necesario —contestó el joven sonriéndole como para demostrar que no le importaba que le distrajeran mientras tecleaba en el ordenador.

Dunja no entendía cómo podía ser tan complicado encontrar un número de habitación. El recepcionista se comportaba como si estuviera pirateando un servidor secreto. Tras unos minutos, alzó la vista de la pantalla y se alisó el bigote con los dedos.

—Por lo que veo, la reserva está solo a su nombre.

—Sí, pero yo soy su prometida y voy a darle una sorpresa. Él no tiene ni idea de que estoy aquí.

—Lo lamento, pero no puedo darle las llaves a cualquiera.

—Lo entiendo, pero yo no soy cualquiera. Como le acabo de decir, soy su novia.

—Perdone, no la entiendo.

—Soy su prometida y esto es una sorpresa. Por eso la reserva está solo a su nombre.

El recepcionista asintió, aunque su sonrisa hacía rato que se había desvanecido.

—Lo lamento, pero no puedo…

—Mire, si es por dinero, no me importa pagar la diferencia por una persona más con tal de que me dé la jodida llave. —Le tendió la tarjeta de crédito y lo miró con una expresión tan resuelta que él no tuvo más remedio que ceder.

La habitación estaba en la sexta planta y aprovechó mientras subía en ascensor para arreglarse el pelo y repasarse los labios. Una vez que encontró el número, desafió el dolor que sentía en los pies y se metió a presión los zapatos de tacón.

Abrió despacio la puerta, cruzó el oscuro vestíbulo y se internó en la habitación. Era más grande de lo que esperaba. No veía a Carsten ni tampoco la cama, pero sí lo oyó murmurando algo y luego el ruido del auricular del teléfono al ser colgado de golpe. Para que no tuviera tiempo de sospechar nada, se apresuró a entrar del todo y, abriendo los brazos, gritó: «¡Tachán!».

No sabía ni ella misma qué tipo de reacción se había esperado, pero sin duda imaginaba que sería más calurosa de la que encontró. Carsten, tumbado en la cama con el torso desnudo, se la quedó mirando como si acabaran de despedirlo. Dunja no supo cómo interpretar su expresión. ¿Estaba sumamente sorprendido o sencillamente aterrorizado?

—Hola. Soy yo. ¿No estás contento? —Agitó la mano, saludando, y fue entonces cuando esbozó Carsten una sonrisa comprometida.

—Perdona, cielo. Yo… no me esperaba…

—Que vendría a Estocolmo. Bueno, ya somos dos. —Se quitó con esfuerzo los zapatos de tacón—. Pero tampoco viene mal una sorpresita de vez en cuando, ¿no? —Se subió a gatas sobre él y se inclinó para darle un beso.

—Espera —dijo él deteniéndola—. ¿Qué sucede? ¿No ibas hoy a la fiesta de Navidad?

—Sí, pero ya sabes cómo es esa fiesta. Y después de todo lo que ha pasado, no me apetecía nada, así que he cogido un vuelo y he venido a verte.

—Vale, pero… —Él se rascó la nuca y echó un vistazo en derredor antes de mirarla a los ojos de nuevo—. Dime, ¿cómo te sientes? Casi no hemos tenido tiempo de hablar. Debe de haber sido horrible.

Dunja asintió. No quería responder a esas preguntas y lo silenció con sus labios.

En la primera época de su relación, cuando se habían enamorado, un beso podía prolongarse interminablemente. Parecía que iba a durar siempre. Sus labios se unían en una serie inagotable de combinaciones, cada de una de las cuales producía una sensación diferente. Sus lenguas nunca tenían suficiente, y a Dunja le encantaba el sabor de él, su cálido y húmedo aliento. Ambos se perdían, casi se ahogaban en la mirada del otro. Ella había creído que aquello duraría siempre.

Pero tras algo más de seis meses, Carsten cerraba los ojos en esas situaciones. Ella había pensado preguntarle por qué lo hacía, pero al final optó por ignorarlo y confiar en que pronto volvería a abrirlos. Los besos, por otra parte, se habían vuelto más breves; la lengua de su novio parecía haberse cansado de jugar con la suya. Y al cabo de un tiempo, ella había reunido el valor suficiente para preguntarle cuál era el problema, o si le olía mal el aliento. Aún recordaba que él había negado con la cabeza y la había penetrado con brusquedad. Desde ese día, ella también había cerrado los ojos, y unas cuantas semanas después, habían dejado de besarse del todo.

Pero entonces estaban besándose de nuevo, y él incluso la miraba. Pero sucedía algo raro. Algo que no acertaba a definir. ¿Era quizá la mirada inquieta de su novio, que no paraba de recorrer la habitación? ¿O era su lengua, que parecía un poquito demasiado ansiosa en sus movimientos?

Dunja interrumpió el beso de pronto.

—¿Qué pasa? —dijo Carsten—. ¿Tengo mal aliento?

—No, es que necesito ir un momento… Ya sabes, con el viaje y demás. —Retrocedió a gatas y bajó de la cama—. Vuelvo enseguida.

—¿Te apetece una copa en el bar?

—Por supuesto. Antes voy a refrescarme un poco.

—Sí, pero…

—Iré deprisa. Te lo prometo. —Dunja entró en el baño y echó el cerrojo. Era algo que hacía siempre a pesar de que llevaban juntos casi cinco años. Ella nunca se sentaba en el inodoro cuando Carsten estaba frente al espejo pasándose el hilo dental.

Pero si había cerrado la puerta esta vez no era por eso.

Al principio había descartado la idea, pese a que había resultado casi evidente desde que había entrado en la habitación. Tal vez había sido la reticencia del recepcionista lo que le había infundido sospechas, o el sonido del auricular del teléfono al colgar. No estaba segura. Ella se había dicho que tenía los nervios desquiciados. Pero cuando habían empezado a besarse, ya no había podido culpar al estrés. Y todo se vio confirmado en cuanto encendió la luz de baño.

Faltaba una toalla en el toallero y la bolsa del gorro de la ducha estaba abierta. El vaso con el cepillo de dientes de Carsten se había volcado sobre el lavabo, junto con la crema de afeitar y una caja verde de palillos con envoltorio de plástico. Pero no veía la loción carísima que ella le había comprado para su piel sensible. Y la cortina de la ducha estaba corrida.

«De puta pena», pensó y, dando dos pasos silenciosos, apartó la cortina de un tirón. Ninguna de las dos dijo nada. Dunja observó que ese era obviamente el tipo de Carsten: una mujer de largos rizos rubios cuyos pechos desafiaban la ley de la gravedad. Estaba tumbada dentro de la bañera, tratando de taparse con la toalla, y rodeada de todos sus utensilios de maquillaje, incluida la loción de Carsten, que debía de haber cogido llevada por el pánico.

No sabía cómo reaccionar. La situación era tan absurda que estaba casi anonadada. Ella se sorprendió tanto como la otra cuando se inclinó, cogió el frasco de loción y abrió el grifo de agua fría para salir a continuación del baño.

—¿Ya estás lista? —preguntó Carsten, que se había levantado de la cama y estaba vistiéndose.

—Sí. Completamente lista —dijo ella y, recogiendo los zapatos del suelo, se encaminó hacia la puerta.

—Dunja. ¿Qué ocurre ahora? ¿Por qué…?

Oyó que Carsten la seguía con precipitación.

—Di algo. No puedes…

Pero ella, una vez que hubo cogido el abrigo y la bolsa con las botas y cerrado la puerta insonorizada a su espalda, ya no oyó más. Aunque le sorprendió, no sintió ni pizca de pena al tirar el frasco de loción a la papelera mientras cruzaba el pasillo hacia el ascensor.

86

Fabian salió de la cocina con café recién hecho y tuvo que recordarse a sí mismo que se hallaba en su propia sala de estar, y no en un centro de investigación de un sótano secreto. Al cabo de un par de horas, con la ayuda de Tomas y Jarmo, había logrado poner orden y arreglar el estropicio ocasionado por los intrusos. Hecho esto, habían redistribuido los muebles de tal manera que la mesa de comedor, con sus alas extendidas, ocupaba el centro de la habitación, mientras que el sofá y los sillones se alineaban a un lado. Ya habían desembalado todo el material de la investigación y cubierto las paredes con las fotografías, notas y pistas que habían desaparecido de la oficina.

Resultó que Jarmo había fotografiado dicho material antes de embalarlo en la comisaría, de modo que la mayor parte estaba colocado y clasificado como antes. Niva había llegado una hora más tarde con su equipo completo, y entre todos habían instalado y conectado pantallas, ordenadores, impresoras y varias cajas negras de luces parpadeantes.

Nunca habían trabajado con tanta eficiencia. La charla y las bromas habituales se habían aparcado, pues todo el mundo tenía un solo objetivo: identificar y detener al verdadero asesino, a la persona que los había confundido y engañado con unas pistas falsas tan sofisticadas que había logrado que la investigación quedara oficialmente cerrada.

—Bueno —dijo Jarmo sirviendo en las tazas el café humeante—, ¿manos a la obra?

—Empiezo yo —dijo Fabian, y les explicó las novedades de las últimas veinticuatro horas: la grabación de la conversación entre Edelman y Grimås y el hallazgo del pasaje que conectaba el apartamento de Ossian Kremph con el apartamento clausurado. También les informó de que, a través de dicho pasaje, el asesino había entrado en casa de Kremph para sustituir los medicamentos por placebos y sembrar diversas pruebas incriminatorias. Les habló de la cámara oculta y les dijo que estaba casi seguro de que el asesino había ahogado a Semira Ackerman y le había extraído la córnea derecha poco antes de que él llegara. Al final, les explicó que todos los indicios parecían converger en un patólogo llamado Gidon Hass vía la embajada israelí en Estocolmo. Cuando concluyó, se hizo un gran silencio. Nadie dijo nada durante varios minutos. Necesitaban asimilar la información y reflexionar antes de seguir adelante.

—Ese patólogo… ¿sabemos algo más sobre él? —preguntó Tomas por fin removiendo su batido proteínico.

—Es un experto en trasplantes de órganos y dirigía hasta hace tres años el Instituto Forense de Abu Kabir. Desde entonces, parece haberse escondido —dijo Fabian.

—¿Abu Kabir no es una ciudad de Egipto? —inquirió Jarmo.

—Sí, pero también es un barrio de Tel Aviv. —Risk le preguntó a Niva—: ¿Has conseguido

encontrar una foto suya?

—Ya suponía que me lo preguntarías. —Y ella envió a imprimir una imagen y le pasó la hoja.

Fabian reconoció de inmediato al hombre de la fotografía. Se dirigió hacia la pared donde estaban clavadas las demás fotos y cogió una del antiguo embajador israelí, Rafael Fischer, sentado a una mesa junto a su hijo Adam.

—Es este. —Señaló al hombre sentado al otro lado del embajador, que se inclinaba hacia él como si estuviera a punto de hacerle una confidencia.

—Sí, claro —dijo Jarmo asintiendo—. Esto explica la conexión de las víctimas con la embajada israelí.

—¿En qué sentido? —quiso saber Tomas.

—En lugar de acudir al sistema sanitario sueco para obtener un órgano…

—Pero buscaron primero aquí —lo interrumpió Niva—. He consultado los historiales médicos de las víctimas, y las tres estuvieron en listas de espera varios años hasta mediados del 98.

—¿Qué paso luego? —preguntó Tomas.

—Desaparecieron de la lista antes de que se efectuara ningún trasplante.

—En el caso de Adam Fischer, no me cabe duda de que fue su padre, el antiguo embajador, quien lo puso en contacto con Hass —dijo Fabian—. En el caso de Carl-Eric Grimås, es de suponer que conectó a través de Edelman, que en esa época mantenía estrechos contactos con la embajada.

—Por eso ahora está haciendo todo lo posible para esconder el asunto —dedujo Tomas.

Fabian asintió y puntualizó:

—Pero aún no sabemos cuál era la conexión con Semira Ackerman. ¿Alguien sabe cuándo fue tomada esta foto?

—En agosto de 1998, en la boda de la hermana de Adam Fischer en Tel Aviv —dijo Tomas, y apuró su batido proteínico.

—Otra vez Tel Aviv —intervino Niva.

—Quizá fue entonces cuando Adam Fischer consiguió un corazón nuevo —apuntó Tomas—. Lo cual explicaría por qué es él quien va con bastón, en lugar de su padre.

Risk estuvo de acuerdo.

—Cambiando de tema, Fabian… —Jarmo se sirvió un poco de leche en la taza—. ¿Cuándo descubriste exactamente el pasaje entre los dos apartamentos?

—Anoche. Después de las nueve.

Jarmo se volvió hacia Tomas con una expresión significativa y le dijo a Fabian:

—Así que la persona a la que oí en el dormitorio eras tú.

—En efecto. Por eso me gustaría saber quién ha entrado en mi casa. Hasta que habéis llegado vosotros dos, yo estaba convencido de que era la misma persona que se había llevado los expedientes de la comisaría.

—Sin duda era eso lo que andaban buscando, pero nosotros nos adelantamos —dijo Tomas, y sonrió con orgullo.

—La cuestión es, ¿qué hacemos si vuelven? —planteó Jarmo.

Todos enmudecieron. La pregunta quedó flotando en el aire, como si hubieran advertido lo poco que sabían en realidad. Únicamente se oía el tecleo de Niva.

—Escuchad, se me ha ocurrido una idea —dijo ella al fin apartando la vista de la pantalla—. O bueno… mejor lo retiro. Es demasiado pronto para comentarlo. Además, ni siquiera confío en que vaya a funcionar.

—Vamos, ahora ya has empezado —dijo Tomas.

—Está bien, de acuerdo. Podemos dar por supuesto, con relativa seguridad, que el asesino ha estado en ciertos lugares a unas horas determinadas. Y contamos con muchas ubicaciones confirmadas. Por ejemplo, sabemos que salió por la puerta trasera del edificio del Parlamento el dieciséis de diciembre a las tres y veinticuatro minutos. También podemos dar por supuesto que estuvo la otra noche en el apartamento clausurado de Östgötagatan justo antes de que entrara Fabian. ¿Qué otros lugares podemos confirmar?

—Tenemos un vídeo de las cámaras de vigilancia de cuando salía del aparcamiento de Slussen con el coche de Fischer —dijo Tomas—. Hay que mirar la hora exacta, pero creo que era el día dieciocho hacia mediodía.

—También estuvo en el trastero Shurgard donde encontramos el cadáver de Adam Fischer —añadió Jarmo—. Estaría allí una serie de veces, aunque no sabemos cuándo.

—¿Cómo pensabas usar toda esta información? —preguntó Fabian.

—Si analizamos la afluencia de señales de móvil en las torres de señalización situadas en torno a cada uno de esos lugares, a la hora indicada, deberíamos encontrar al menos un número que se repite. A partir de ahí, sería cuestión de localizar ese móvil y detener a su propietario.

Fabian no supo qué decir y le pareció que a Tomas y a Jarmo les sucedía lo mismo. No le cabía duda de que ellos se estaban haciendo la misma pregunta que él.

«¿Cómo no se le habrá ocurrido eso antes a nadie?»

Entonces sonó el móvil de Fabian. Era una llamada desde un número no identificado.

—Sí, hola.

—¿Fabian Risk? —preguntó una angustiada voz femenina.

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—Carnela Ackerman.

—¿Ackerman?

—Soy la hermana de Semira. Creo que usted me vio en Stureplan el viernes pasado. ¿Podríamos vernos? Yo sé quién ha estado en su casa.

—Dígame la hora y el lugar.

—Gondolen. Estoy esperando al fondo del bar

Antes de que Fabian pudiera responder, sonó un clic.

87

Era la primera vez que Fabian volvía al Gondolen desde el almuerzo navideño del departamento celebrado hacía cuatro años, y casi se le habían olvidado las espléndidas vistas que se ofrecían desde el restaurante. A pesar de la oscuridad y de las densas nubes que amenazaban con otra ventisca, el panorama resultaba espectacular. Tenía, literalmente, todo Estocolmo a sus pies. Mientras cruzaba el restaurante hacia el bar, divisó tanto las luces de la torre Kaknäs, en Gärdet, como los rascacielos Hötorget iluminados y el reloj giratorio del centro comercial NK, cuyas luces de neón rojas y verdes estaban encendidas.

No sabía si reconocería a Carnela aunque la hubiera visto en Stureplan, porque entonces estaba concentrado en su hermana Semira. Pero la identificó de inmediato: era la mujer de aire angustiado que no paraba de atisbar, mirando hacia atrás, mientras sujetaba su copa, nerviosa. Se sentó a su lado, frente a la barra. Era muy atractiva y casi parecía una modelo debido a su larga melena castaño dorada. Llevaba botas de cuero, tejanos, un polo de intenso color rojo y un collar de gruesas piedras engarzadas.

—No sé qué información habrá recibido de la policía sobre su hermana —dijo Fabian—. Pero…

—Semira nunca se habría ido a caminar sobre el hielo así como así —lo interrumpió Carnela sin apartar la vista de su copa—. Jamás. Yo sí podría haberlo hecho, en cambio. Siempre me he lanzado a lo desconocido, confiando en que habría alguien para rescatarme llegado el caso. —Dio un sorbo de vino—. Mi madre solía decir que si tenía tantas canas era por mi causa, aunque la verdad es que yo nunca recurría a ella. Era Semira la que venía siempre a ayudarme. Ella no me falló ni una sola vez durante todos estos años, y cuando se presentó por fin la ocasión de devolverle el favor… ¡ya ve cómo ha terminado la cosa! —Hizo un esfuerzo para contenerse, pero se le saltaron las lágrimas.

Fabian le tendió un pañuelo de papel.

—¿Cómo ayudó usted a su hermana?

—Semira padecía una queratopatía bullosa que le afectaba la córnea de un ojo. Al final se quedó más o menos ciega de ese ojo, y sufría tantos dolores que ya no podía hacer nada, ni siquiera leer. Con lo que a ella le gustaba sentarse con un buen libro… —Carnela se enjugó las lágrimas.

—¿O sea que usted es la conexión con la embajada israelí?

La mujer lo miró por primera vez a los ojos.

—¿Cómo lo sabía? Yo trabajo allí.

—Ha dicho que sabe quién ha entrado en mi casa.

Ella asintió, abrió su móvil y le enseñó una fotografía de dos hombres trajeados subiendo al mismo Volvo negro que Fabian había visto frente a la entrada de su edificio.

—Estos son los hombres que han ido a su casa. Trabajan para la embajada israelí y están tratando de detener al asesino antes de que lo haga la policía.

Naturalmente, la embajada estaba llevando a cabo su propia investigación.

—¿Tiene idea de cómo se han cometido los asesinatos o alguna teoría sobre quién podría ser? —inquirió Risk.

—No. Pero corre el rumor de que alguien consiguió una lista de todos los trasplantes que se han tramitado a través de la embajada. Lo cual no es de extrañar, porque la oficina está hecha un desbarajuste, ya que estamos recogiéndolo todo y preparándonos para el traslado a Nobelparken. Quiero que sepa que ustedes detuvieron a la persona equivocada y que, seguramente, aún quedan muchas personas en esa lista.

—Sí, lo sé. ¿No podría darme nombres?

Ella negó con la cabeza.

—Carnela, ¿conoce a un tal Gidon Hass?

Ella le dirigió una tensa mirada y le preguntó:

—¿Qué ha oído decir de él?

—O sea que sabe quién es.

Ackerman asintió de modo casi imperceptible.

—Es primo del embajador. Y está aquí ahora…

—¿En Estocolmo?

Ella volvió a asentir.

—¿Sabe por qué está aquí?

Sin responder, ella miró hacia atrás y después se terminó el vino.

—Carnela, si tiene usted información que pueda ayudarnos a detener a la persona…

—Lo siento, pero esto no funcionará. Ya le he dicho demasiado. —Cogió su bolso y se bajó del taburete.

—Espere, Carnela. ¿Acaso la han amenazado? —Risk intentó cogerla del brazo, pero ella se zafó y se apresuró hacia la salida.

88

«Créeme, veo por tu modo de moverte que estás deseando que te follen», le había dicho él con una risotada, como si fuera lo más natural del mundo… ese repugnante baboso de mierda. «Sí, de todas las formas posibles, para sentir que estás viva», había continuado, mientras ella se sentía casi asfixiada por su aliento apestoso. Cada célula de su cuerpo se había inundado de odio contra él, y, seguramente, seguiría así para siempre.

Y no obstante, había de reconocer ante sí misma que Sleizner tenía razón.

La revelación se le había hecho patente la noche anterior, tras una larga caminata por la calle Götgatan, que estaba cubierta de nieve, en busca de otro hotel. Como quería alejarse todo lo posible de Carsten, no le había importado tener que llegar hasta Medborgarplatsen para encontrar uno. Se había metido en la cama después de un baño rápido para entrar en calor. Pensaba levantarse temprano a la mañana siguiente, desayunar y tomar el primer vuelo para regresar a su casa. Una vez allí se encargaría de cambiar las cerraduras y contratar a una empresa de mudanzas para que se llevara todas las cosas de Carsten y las dejara en casa de sus padres, en Silkeborg. Al fin y al cabo, el apartamento era suyo.

Habría sido un plan perfecto… si hubiera logrado conciliar el sueño. Pero no paraba de oír las voces de la gente que andaba de juerga y estuvo dando vueltas en la cama, sintiendo todo el rato el tacto almidonado de las sábanas sobre su cuerpo recién bañado. Fue entonces cuando se le ocurrió que el asqueroso de Sleizner tenía toda la razón.

Lo intentó con los dedos, pero solo consiguió empeorar las cosas. Tal como él había dicho, estaba deseando que la follaran, «de todas las formas posibles, para sentir que estás viva». Y decidió que debía empezar de inmediato.

Volvió a ponerse el vestido y los zapatos de tacón, salió a la calle y siguió el alboroto de los juerguistas hasta Kvarnen, una cervecería que quedaba en la esquina de Götgatan. Había mucha gente esperando en la entrada, pero consiguió colarse y, una vez dentro del local, no tardó en localizar a su víctima.

Él estaba en la barra; sostenía una jarra de cerveza en la mano y estaba charlando con unos amigos. De ensortijado pelo rojizo y cara pecosa, venía a ser lo contrario de una belleza clásica y, desde luego, no era en absoluto su tipo. Pero la camiseta escotada que llevaba dejaba ver que estaba en plena forma, y su atractivo le había resultado del todo irresistible. Le bastó con situarse a unos metros y lanzarle varias miradas para que él dejara a sus amigos y se le acercara. Intentó hablarle en sueco, pero él respondió en inglés. Olvidó su nombre nada más oírlo. Después lo recordaría simplemente como «el sueco pelirrojo».

Bajaron al sótano, cuyas paredes de piedra estaban decoradas con fantasmales moldes de

yeso y donde la gente bailaba apretujada en la pista. Ellos, por su parte, habían bailado como si fuera el fin del mundo. Dunja recordaba que él se había colocado detrás, tan pegado a su cuerpo que había podido notar que estaba mucho más dotado que Carsten.

No recordaba cuándo se habían marchado de la pista. Tenía la sensación de que en una fracción de segundo habían llegado a la habitación de su hotel y vaciado el minibar para comenzar a explorarse mutuamente como dos adolescentes ansiosos que al fin consiguen una habitación. En algún momento debía de haberse quedado dormida y se acababa de despertar.

Ya eran las diez y media y, gracias a Dios, el sueco pelirrojo se había largado. Teniendo en cuenta el dolor palpitante que sentía entre las piernas, no habría podido resistir otro asalto. Se echó a reír, dándose cuenta de que en las últimas horas debía de haber hecho el amor el doble de veces que durante todos sus años con Carsten.

Se prometió que iba a convertirlo en una costumbre. A partir de entonces, cada martes por la noche saldría para reforzar su autoestima. Los hombres lo hacían, y parecía que les daba resultado. No se había sentido tan feliz y pletórica desde hacía mucho. Ni siquiera le dolía la cabeza. Eso sí, se impondría una norma: que cada semana habría de ser con una persona distinta. Con tal de que la excitase, podría escoger a cualquiera.

El sonido del móvil interrumpió sus pensamientos. Era un número sueco.

—Aquí Dunja Hougaard.

—Hola, solo quería saber cómo estaba. Desapareció sin más ni más. Al principio, creí que quizá se había marchado durante el fin de semana, pero después me enteré de lo ocurrido. Para serle sincero, no entiendo cómo se metió allí sola. Debió de ser horrible.

—Yo no creía que él estuviera allí. Pero ya no hubo remedio —dijo Dunja, que identificó por fin la voz—. Pero ahora ya estoy bien, Klippan.

—¿Está segura?

—Completamente segura.

—Me alegra oírlo. Entonces aprovecho para desearle felices Navidades.

—Gracias, igualmente. Que pase unas buenas vacaciones.

—Ah, ya lo creo. Por una vez me he tomado dos semanas, a pesar de que aquí no tenemos muchos días libres al año. Pero Berit se empeñó. Dentro de unas horas, nos vamos al aeropuerto y salimos para Tailandia.

—Suena de maravilla.

—Cuesta una pequeña fortuna, pero esperemos que valga la pena.

—Claro. Buen viaje, pues —dijo Dunja tratando de terminar la llamada porque se le estaba agotando la batería.

—Solo una cosa más, y espero que no le moleste que se lo pregunte. ¿Es verdad que él estaba en su apartamento cuando usted volvió a casa?

—Sí.

Hubo un silencio. Dunja casi notó cómo Klippan buscaba las palabras adecuadas.

—Es muy extraño —dijo al fin—. ¿Por qué la dejó con vida, encerrada en un coche con todos esos trozos de cadáveres mutilados, si al final pretendía matarla? Cosa que le habría resultado mucho más fácil cuando la tenía drogada en esa nave industrial de Kävlinge.

Klippan había pensado exactamente lo mismo que ella.

—Porque no se trata del mismo asesino.

—Es lo que yo sospechaba.

—Creo que Willumsen era un señuelo para despistarnos. El plan estaba tan bien ejecutado que este habría sido condenado sin la menor duda. Incluso encontramos su semen en el cuerpo de Katja Skov.

—Ese tipo no tenía nada que perder y podría localizarla con facilidad antes de que usted lo encontrara a él.

—Exacto.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? ¿Necesita algo antes de que me vaya?

—Pues sí. Tal vez pueda ayudarme a averiguar quién es el propietario de un coche de matrícula sueca. Ahora mismo está en el fondo del puerto de Helsingør y quiero saber por qué.

—Por supuesto. Dígame el número y yo me encargo.

—Vale: HXN 674 —dijo Dunja sin necesidad de consultar las notas de su móvil.

—Muy bien. Le enviaré la respuesta con un mensaje de texto. Buena suerte. Espero que todo salga bien.

—Yo también —dijo ella, y colgó.

Se levantó de la cama, se duchó, se lavó el pelo y utilizó todas las cremas gratuitas alineadas sobre el lavabo. Se puso otra vez el vestido rojo, que lo notaba un poquito sucio. Al terminar, ya le estaba esperando el mensaje de texto de Klippan en el móvil:

«No sé dónde ha encontrado ese coche, pero el dueño era Carl-Eric Grimås, el ministro de Justicia sueco que fue asesinado por “el Caníbal“ hace menos de una semana. Aunque eso no debe de tener nada que ver con su caso, ¿no? Klippan».

Ella respondió con brevedad: «No, ha de ser un asunto distinto. Gracias. ¡Y buenas vacaciones! Dunja». Se acercó a la ventana, apartó las cortinas y contempló el pequeño parque cubierto de nieve. Una treintena de críos de parvulario jugaban en un extremo; dos hombres vendían árboles de Navidad en el otro extremo.

Había oído decir que «el Caníbal» había comenzado otra vez a cometer asesinatos, muchos años después de haber cumplido su condena. La prensa danesa también había dedicado mucho espacio a la noticia. De momento había jugado con la idea de que existiera alguna relación con su propia investigación. Dos asesinos bien conocidos, uno danés y el otro sueco, que reincidían en sus crímenes y dejaban un rastro evidente. Pero a falta de algún dato más concreto, había descartado la idea y seguido la pista Willumsen.

En todo caso, ambos habían muerto y las dos investigaciones estaban cerradas.

Quizá el coche deportivo sueco que estaba en el fondo del puerto de Helsingør era lo que necesitaba para devolverle la vida a su investigación. Y también a la investigación sueca.

89

«*He logrado entrar. Será mejor que vengas. Rápido. N.*»

Fabian levantó la vista del móvil y vio un puntito rojo que se desplazaba de un distrito a otro sobre el mapa proyectado del gran Estocolmo. Estaba en la sala de reuniones junto con Tomas y Jarmo, escuchando el informe de Markus Höglund e Inger Carlén sobre la redada contra Diego Arcas.

—Nuestro objetivo son seis apartamentos que hemos localizado alrededor de la ciudad —dijo Carlén.

Ellos tres no tenían ninguna investigación propia en marcha. Al menos, oficialmente.

—Esos seis, además del Black Cat en Kungsholmen —prosiguió Höglund que estaba de pie junto a Carlén, en el extremo de la mesa, con una galleta danesa en la mano.

—¿Y cuándo pensabais actuar? —preguntó Fabian, en un intento de acelerar la reunión. Oficialmente o no, el asesino no solo andaba suelto, según Carnela Ackerman, sino que tenía muchas más víctimas en su lista. Además de lo cual, Niva, trabajando día y noche, acababa de piratear con éxito los sistemas de los proveedores de telefonía móvil.

—Mañana por la noche —dijo Carlén.

—Y espero que quisieras decir cuándo «vamos» a actuar —terció Höglund, mirándolos a todos, uno tras otro—. Estamos hablando de una operación a gran escala y vamos a necesitar la ayuda de todos los miembros del departamento.

Fabian intercambió una mirada con Tomas y Jarmo, y dedujo que aún no habían recibido el mensaje de Niva.

—Comprendemos que la operación se produce en un momento intempestivo, justo antes de las fiestas navideñas —continuó Carlén—. Pero, por desgracia, Diego Arcas no hace vacaciones.

Höglund pulsó un botón del mando y reemplazó el mapa por una vista aérea de la manzana del club de estriptis.

—Como sabéis, el Black Cat está aquí, en un gran sótano que da a Hantverkargatan. —Desplazó el puntero láser—. Pero como hay tres salidas distintas tendremos que dividirnos…

Risk dejó de escuchar. Los teléfonos móviles de Tomas y Jarmo vibraban sobre la mesa y observó que ambos abrían el mensaje de Niva.

—Un equipo de intervención especial accederá por aquí, a través de la claraboya del patio —indicó Höglund señalando con el puntero—. El otro estará esperando en una camioneta en la esquina de Polhemsgatan y accederá a través de la entrada principal de Hantverkargatan cuando demos la señal. ¿Preguntas?

—No, creo que está claro. —Tomas alzó la vista de su móvil—. ¿Qué decís los demás?

—Completamente claro —dijo Jarmo, y se guardó el teléfono en el bolsillo.

—Lo importante es que nadie dé la señal hasta que todos estemos desplegados —insistió Carlén—. Entonces, y solo entonces, cuando estén distraídos y expuestos, entraremos. ¿De acuerdo?

—¿Hay algo más? Porque si no, tengo mucho que hacer —observó Fabian.

—No, nada más —dijo Carlén.

—No estaría de más aprovechar para hacer algunas compras de Navidad, ahora que todavía está todo tranquilo —dijo Jarmo sonriendo.

—Buena idea —corroboró Tomas, y se levantó.

—Esperad un momento —dijo Höglund alzando las manos para que se detuvieran—. Inger y yo llevamos trabajando en esto más de seis meses. No podemos fallar. Antes de que os vayáis, quiero saber si estáis seguros de haber comprendido todos los detalles.

—Segurísimos —confirmó Tomas, y abandonó la sala de reuniones junto a Fabian y Jarmo.

—Sí, estoy dentro —dijo Niva—. Pero como no trabajo desde el INSR,[3] la fiesta se acabará en cuanto me localicen las arañas.

—¿Las arañas? —dijo Fabian al teléfono, viendo salir a Edelman de la cocina con una taza de café, mientras él cruzaba a toda prisa el pasillo con Tomas y Jarmo.

—Sí, los robots. El caso es que necesito más datos. Y rápido.

—Vale, pero no me pillas en buen momento —dijo Fabian intentando descifrar la expresión de Edelman, que parecía normal. Él, por su parte, tenía que hacer lo posible para no dejar traslucir nada, y le dirigió un breve gesto sin reducir el paso. El jefe le devolvió el gesto y siguió caminando hacia su oficina con una lentitud exasperante.

—Lo único que has de hacer es escuchar —continuó Niva—. Ya dije ayer que necesito más ubicaciones con una hora precisa. Cuanto más exactos sean los datos, mejor. Por ahora solo tengo dos: la puerta del edificio del Parlamento y el apartamento clausurado, y con eso no será suficiente. Así que tus dos colegas tienen que revisar ese vídeo de vigilancia y comprobar a qué hora exacta estuvo el asesino en el aparcamiento de Slussen. Tú te puedes ocupar del trastero Shurgard.

—Estamos trabajando a toda marcha. —Fabian dobló una esquina y tropezó con una mujer, a la que se le cayó el bolso.

—Disculpe —dijo ella en danés.

—Soy yo quien debe disculparse. —Risk se agachó, recogió el cepillo de dientes y los frasquitos de champú que se habían esparcido por el suelo y los volvió a meter en el bolso H&M, que contenía también un vestido rojo y unos zapatos de tacón.

—¿Es usted danesa? —dijo Tomas tensando los músculos del torso.

—Sí, estoy buscando a Malin Rehnberg. ¿Sabe usted dónde se sienta? —preguntó Dunja.

—Ahora no está sentada, sino tumbada en la cama —dijo Tomas con una sonrisa.

—Por desgracia, está de baja por enfermedad y no volverá al menos hasta dentro de seis meses —dijo Fabian, y le devolvió el bolso a Dunja, que llevaba tejanos y una blusa blanca bajo el abrigo entreabierto.

—Quizá yo pueda ayudarla —se ofreció Tomas.

—Sí, es sobre un coche cuyo propietario…

—¿Hola? ¿No he dicho que es urgente? —Era la voz de Niva, gritando a través del móvil.

—Lo siento, pero hemos de marcharnos. Vamos, Tomas —dijo Fabian, que se apresuró de nuevo.

Dunja miró cómo se alejaban los tres hombres por el pasillo y se preguntó por dónde debía seguir. Su único contacto en la Agencia Nacional de Investigación en Estocolmo estaba de baja por enfermedad y, al parecer, no volvería en bastante tiempo. Notaba las consecuencias de su falta de sueño y lo único que deseaba era volver a casa y taparse hasta arriba con la colcha.

—Disculpe, pero parece un poco perdida. ¿Busca a alguien?

Dunja se giró y vio que se le acercaba un hombre con gafitas redondas.

—Sí. Quería hablar con Malin Rehnberg, pero me han dicho que está enferma.

—Así es. Pero yo soy su jefe. Tal vez pueda ayudarla —dijo él tendiéndole la mano—. Herman Edelman.

—Perdone. Yo soy Dunja Hougaard, de la policía de Copenhague.

Se estrecharon las manos, y Edelman la llevó a su despacho.

—¿Le apetece algo de beber? ¿Un té o un café? Incluso tengo una botellita de licor.

—No, gracias. Estoy bien. Aunque un vaso de agua mineral no me vendría mal.

Edelman abrió dos botellas de Ramlösa y las sirvió en vasos.

—Y además, ¿no tendría un cargador para mi móvil? —dijo Dunja mostrándole su iPhone—. Está totalmente muerto.

—Tenga. Pero, dígame, ¿cómo ha entrado aquí? Por lo que deduzco, no tiene una cita concertada.

—No, pero como digo, quería darle una sorpresa a Malin —dijo Dunja mientras enchufaba el cargador.

—¿Y la han dejado pasar sin más?

Ella asintió. Edelman, por su parte, hizo un gesto de reprobación con la cabeza.

—Espero que ustedes tengan mejor servicio de seguridad en la comisaría de Copenhague. ¿En qué puedo ayudarla?

—Estoy trabajando en una investigación de homicidio, y resulta que hemos encontrado un coche que pertenecía a su ministro de Justicia.

—¿Se refiere a Carl-Eric Grimås?

—Sí. El número de matrícula es HXN 674.

—¿Y dónde lo han encontrado?

—En el fondo del puerto de Helsingør. Y según tengo entendido, él ha sido una de las víctimas de un importante caso criminal que se ha producido aquí en Estocolmo.

—Sí, es cierto. Pero… dígame, para que me quede bien claro, ¿usted qué homicidio está investigando?

—Estoy trabajando en una serie de asesinatos cuyas víctimas fueron violadas y mutiladas.

—Ah, claro. El presentador de televisión y su esposa.

Dunja asintió.

—Creía que el caso estaba cerrado.

—Así es, técnicamente. En realidad yo estaba intentando atar algunos cabos sueltos, para comprobar que no se nos ha escapado nada, cuando descubrí esta conexión.

—Bueno, llamarlo conexión tal vez sería un poco exagerado, pero es obvio que llegaremos al fondo del asunto. Estoy seguro de que existe alguna explicación razonable.

—¿Y cuál sería?

—Bueno… Era bien sabido que Grimås coleccionaba coches, coches de lujo, y no resultaría inconcebible que le hubieran robado alguno de ellos, y hubiera ido a parar a los bajos fondos. Tal vez el asesino de su investigación necesitaba un coche que nadie pudiera relacionarlo con él. Pero, como le digo, me ocuparé de comprobarlo y prometo llamarles lo antes posible.

Dunja desconectó el teléfono del cargador y se levantó.

—Preferiría que me llamara a mí directamente —dijo, y le dio su tarjeta.

—Por supuesto.¿También estará localizable en este número entre Navidad y Año Nuevo?

—Siempre estoy en este móvil. —Dunja le estrechó la mano.

—Cuando no está muerto, claro —dijo Edelman soltando una carcajada, y la acompañó al pasillo.

90

Cuando Fabian llegó a casa en compañía de Tomas y Jarmo, se encontró a Niva frente a la pantalla más grande de todas mirando una larga lista de nombres y números de teléfono.

—No me digas que todos esos son sospechosos —musitó Tomas, atisbando por detrás de ella, que no se molestó en responder.

Entonces entendió Fabian por qué nunca había oído hablar de la posibilidad de triangular un número de móvil desconocido con una serie de lugares y de horas exactos. La lista de números y nombres asociados a ellos parecía casi infinita. Y Niva la iba recorriendo a tal velocidad que las cifras y las letras se fundían entre sí en un amasijo interminable. Aunque ella no había concluido, Risk tuvo que hacer un esfuerzo para no manifestar su escepticismo.

—Ha de haber algún error. No es posible que haya tantos —dijo Tomas, que había empezado a hacer ejercicios de bíceps con una cinta elástica de resistencia.

—Cada día deben de pasar por Slussen cientos de miles de personas. Por eso necesito más datos —le espetó Niva con irritación contenida.

Tomas se volvió hacia Jarmo, que estaba sentado junto al televisor pasando a cámara rápida el vídeo de vigilancia del aparcamiento de Slussen, y le preguntó:

—¿Cómo van las cosas por ahí? No estarás mirando los vídeos privados de Fabian, ¿no?

—Acabo de encontrar lo que estaba buscando. —Jarmo inmovilizó la imagen del asesino que conducía el coche de Adam Fischer; llevaba puesta una máscara antigás en la cara—. Salió del aparcamiento a las tres y treinta y tres minutos de la tarde.

—Muy bien. Fijaremos un límite a las tres y treinta y dos —dijo Niva, e introdujo un comando—. ¿Y cuándo crees que llegó allí?

—Sin duda él no estaba en el interior del vehículo cuando Fischer entró en el aparcamiento con el coche —dijo Tomas, que cambió de posición para ejercitar sus tríceps—. Fischer se habría dado cuenta. Y es evidente que no tenía ni la menor idea de lo que le esperaba.

—Para ya con eso, por favor —dijo Niva—. Es muy ruidoso y, además, huele a goma.

—¿Y qué pasa? —Tomas le lanzó a Fabian una mirada pícara.

—¿Fischer tenía una plaza reservada en el aparcamiento? ¿Su casa quedaba cerca? —preguntó Fabian para cambiar de tema. Había recuperado la fe en la idea de Niva.

—Tenía un apartamento supersofisticado en Mosebacke, con una vista que te daría envidia —informó Tomas. Terminó la última tanda de ejercicios y enrolló la cinta.

—Entonces una de dos: o el asesino siguió a Fischer con su propio coche, o estaba esperando en el aparcamiento.

—Yo me inclino por esto último —dijo Jarmo—. He revisado el vídeo segundo a segundo, y te aseguro que no aparece en ninguno de los coches que entran después de Fischer.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —planteó Tomas—. Es obvio que, al entrar, no conducía con la máscara puesta. Podía encontrarse perfectamente en cualquiera de los coches que entraron después.

—Bueno, en ese caso cambió de sexo, porque solo había mujeres al volante en los siete coches siguientes. Aunque seguro que un experto como tú puede tener también una buena explicación para eso.

—Vale. Estamos todos cansados —dijo Fabian.

—Yo no —masculló Tomas.

—Ni yo —remachó Jarmo.

—Vale, pues yo sí. Pero tampoco importa. Vamos a dar por supuesto que él estuvo allí tanto tiempo como Fischer.

—Once minutos —puntualizó Tomas, y se puso un pellizco de *snus* bajo el labio superior.

—Bien, digamos diez para no pasarnos. ¿Ahora cuántos números quedan en la lista? —preguntó Fabian.

—Algunos miles —dijo Niva con la vista fija en la pantalla—. Serán menos, espero, una vez que los cruce con los números del edificio del Parlamento y del apartamento de Östgötagatan.

—¿Alguien tiene hambre, aparte de mí? —soltó Tomas.

—Coge lo que quieras de la nevera —ofreció Fabian, que también estaba hambriento, pero no podía apartarse de la pantalla, donde la lista de números de móviles iba reduciéndose a medida que el ordenador ejecutaba sus cálculos.

Cuando Tomas volvió al cabo de siete minutos con un plato lleno de sándwiches de queso y tostadas con mermelada, la lista era tan corta que cabía en una sola pantalla.

—¿Cuántos quedan ahora? —preguntó Tomas al tiempo que engullía un sándwich.

—Cuarenta y tres. —Niva se estiró en la silla.

—¿Ya ha terminado de calcular?

Niva hizo un gesto seco de asentimiento. Fabian sintió que la decepción volvía a hundirlo en una bruma de fatiga. Cuarenta y tres eran, por supuesto, mucho mejor que cientos de miles, pero todavía resultaban demasiados.

—No lo entiendo. ¿Es posible que cuarenta y tres personas hayan estado a la misma hora en esos tres sitios?

—Piensa que esto no refleja coordenadas GPS totalmente precisas —dijo Niva, y cogió la última tostada.

—Pero qué demonios…

—Yo he utilizado una serie de torres de señalización de telefonía móvil para triangular un área determinada; pero, como digo, estamos lejos de poder precisarla con exactitud. Es posible que muchos de estos coches solo hayan pasado cerca de Slussen.

—Eso lo entiendo —dijo Fabian—. Ahora bien, ¿la puerta trasera del edificio del Parlamento a primera hora de la tarde y en plena ventisca? No. Ha de haber algún error.

—Olvidas que no queda lejos del puente Central.

—¿Y qué tenemos en el caso de Östgötagatan?

—Para empezar, es cerca de Götgatan. Pero eran las nueve de la noche, así que la mayoría de

los que estaban allí serían residentes.

—Oye, ¿por qué no hay ningún nombre asociado a ese número? —Tomas señaló la pantalla.

—Es una tarjeta de prepago.

—Ya. Seguro que el tipo no es tan idiota como para andar por ahí con un móvil registrado a su nombre.

Niva apartó la vista de la pantalla y exclamó:

—¿Cómo no se me había ocurrido antes?

—¿Cuántos quedan entonces?

—Uno.

—¿Uno? —dijo Fabian—. ¿Está encendido?

—Déjame ver. —Los dedos de Niva volaron por el teclado.

—Necesito un poco de *snus* —dijo Jarmo asomándose por detrás de ella.

—¿No lo habías dejado? —Tomas le pasó la bolsa.

—El móvil está apagado —dijo Niva, que introdujo otros comandos más.

—¿Puedes ver si ha estado en otros sitios? —preguntó Fabian.

Niva asintió.

—Axelsberg. En Selmedalsvägen, número treinta y ocho, cuarenta o cuarenta y dos.

91

Para Carnela Ackerman, la última semana había sido como una pesadilla interminable. Cada mañana al despertarse, mantenía los ojos cerrados, enlazaba las manos y rezaba para que todo fuera un sueño.

Semira había muerto hacía dos días. Aparte de su querida hermana, ella no tenía ningún otro motivo para vivir que no fuera el trabajo. Al parecer, Semira había sido brutalmente asesinada por el mero hecho de haber albergado el deseo de librarse del dolor y de recuperar la visión: un deseo inocente que, por lo demás, nunca se había atrevido a manifestar en voz alta. En cambio, había preferido estar incluida en una interminable lista de espera.

Carnela no sabía quién había castigado a su hermana, pero tenía dos cosas claras: Semira no era la única víctima y la policía había detenido a la persona equivocada. Incluso Fabian Risk lo sabía. Él había mencionado a Gidon Hass, y en ese preciso momento ella había cambiado de idea y se había dado cuenta de las fuerzas terribles que estaban a punto de desatarse.

Su intención inicial había sido hablarle de las autorizaciones que todavía no estaban aprobadas y que constituían la última oportunidad de detener el proceso. Muy pronto ese tren también habría pasado; y si ella no hablaba, nunca saldría a la luz. Necesitaba ordenar sus pensamientos y decidir si volvía a contactar con él. De hecho, tendría que haber llamado al trabajo para decir que estaba enferma y haberse quedado en casa. Pero por el contrario, estaba sentada ante su escritorio tratando de convencer a todo el mundo de que era una persona de fiar.

Al menos quería que la dejaran en paz y no tener que hablar con nadie; especialmente, con esa mujer del consejo del distrito que no aceptaba un no por respuesta. Pero la estaban llamando otra vez de recepción.

—Sí, soy Carnela Ackerman —dijo procurando adoptar un tono lo más neutro posible.

—Hola, la llamo de recepción.

—Hola. ¿Para qué es?

—Lo siento, pero es esa mujer del consejo del distrito. No para de llamar, y ahora amenaza con una multa y una visita sin previo aviso si no respondemos a sus preguntas. Ya sé que usted preferiría no atender llamadas hoy, y he tratado por todos los medios de disuadirla, pero…

—Está bien, pásemela.

—¡Ay, muchas gracias!

Carnela esperó a que le pasaran la llamada y contestó.

—Aquí Carnela Ackerman.

—Por fin. No es usted nada fácil de localizar, ¿sabe?

—No. Tengo un programa muy apretado en estos últimos días del año. ¿Con quién hablo?

—Perdón. Mi nombre es Eva-Britt Mossberg y llamo de parte de la Administración del distrito de Östermalm. Estamos realizando un estudio sobre el entorno de trabajo de sus empleados.

—¿Eso no puede esperar hasta enero?

—Por desgracia, no. Toda la información debe estar recopilada antes de concluir el año, y usted es la última de mi lista. Son unas preguntas muy sencillas. No tardaremos más de tres minutos. La alternativa es que pasemos a hacer una inspección, y los costes correrán a su cargo.

—Ya, ya. Vamos a hacerlo entonces.

—De acuerdo. Gracias. ¿Utilizan ustedes su propio personal de limpieza, o lo contratan a una empresa externa?

—Sí, externa. —Carnela no pensaba emplear ni una palabra más de las necesarias.

—Ya veo. ¿Con qué frecuencia?

—Tres veces a la semana: lunes, miércoles y viernes.

—¿Trabajan en horas de oficina, o…?

—No, vienen después del horario de oficina.

—Ya veo. ¿Y qué empresa utilizan?

—Always Clean.

—¿Están satisfechos con ellos?

—Sí.

—Bien. Aprovecho la ocasión para darle las gracias y desearle felices fiestas.

—¿Ya ha terminado?

—Como le he dicho, eran solo unas preguntas. Adiós.

Sonó un clic, y Carnela se quedó perpleja, mirando el auricular que tenía en la mano.

Malin Rehnberg suspiró y dejó el teléfono móvil sobre la mesita. La llamada había superado todas sus expectativas. Ya sabía que mentía bien, pero no tanto. Si un día decidía iniciar una nueva carrera, siempre podía intentar convertirse en actriz; o aún mejor, en jugadora profesional de póquer.

Elevó la cama para quedar sentada; acto seguido, abrió el ordenador, introdujo en el buscador el nombre de la compañía de limpieza y entró en su web, que prometía hogares y oficinas resplandecientes y aseguraba seriedad y puntualidad. Por desgracia, no había fotos de los empleados ni ningún dato para averiguar si había hombres entre ellos.

No tenía más remedio que interpretar otro papel, de modo que cogió el teléfono y marcó el número. Mientras sonaban los timbrazos, se preguntó qué haría si ya estaban de vacaciones y no respondían. Tal vez podía recurrir a su hermana, que trabajaba en la Seguridad Social, para conseguir información sobre todos los empleados. Pero corría el riesgo de que ella se lo contara a Anders, que se pondría como loco. Niva Ekenhielm era una alternativa mucho mejor, aunque le reventara reconocerlo. Ella podía obtener la información con la misma rapidez con la que era capaz de destruir un matrimonio.

—Always Clean. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola, me llamo Malin Rehnberg. —La habían pillado desprevenida y no tenía pensado ningún pseudónimo—. Estoy buscando una empresa de limpieza para dejar mi casa tan

resplandeciente como prometen en su web.

—Por supuesto. ¿Es una casa o un apartamento? ¿De cuántas habitaciones estamos…?

—Es grande, y supondrá un contrato bastante abultado para ustedes —la interrumpió Malin —. Preferiría que fuesen hombres. ¿Tienen hombres entre sus empleados?

No le respondieron.

—Quiero dejar claro que estamos hablando solo de limpieza. Es que he tenido mucha mejor experiencia con hombres.

—Entiendo. Tenemos bastantes. Pero…

—¡Magnífico! ¿Podría mandarme una lista?

—No sé. Es que…

—Y otra cosa: ¿puede incluir, por favor, los nombres y las fotos, para que vea el aspecto que tienen?

92

La repisa del vestíbulo estaba llena de guantes, sombreros y bufandas. Había varios abrigos colgados de los ganchos, y botas y zapatos en un estante inferior. Más adentro, sobre una mesita situada junto una silla de mimbre, se distinguía la silueta de un teléfono anticuado, aunque estaba demasiado oscuro para saber si era de los auténticos, de aquellos con dial giratorio para marcar.

Tras un ajuste del ángulo, la búsqueda continuó por el suelo. De repente se encendió la luz y aparecieron dos pies descalzos en la pequeña imagen invertida. Eran los pies de un viejo que estaba rascándose el canoso cabello.

Fabian retiró el espejo dental, cerró con sigilo la ranura del buzón y se apresuró a bajar la escalera.

La posición del lugar que Niva les había proporcionado triangulando las torres de localización de telefonía estaba muy lejos de ser precisa. El número 38-42 de Selmedalsvägen abarcaba tres portales distintos: tres edificios de nueve pisos, contando con tres o cinco apartamentos por rellano. Además, había calculado un radio de solo quince metros, lo cual representaba un supuesto de caso ideal. Cuando había alzado la vista hacia los edificios de hormigón parduzco que se alineaban uno tras otro, Fabian prefirió no pensar cómo podría ser el área que se tendría que rastrear en el peor de los casos.

Habían tardado doce minutos en llegar allí, pese a que Tomas había encendido las luces de emergencia y circulado por los carriles de autobús. Para no perder un tiempo precioso, se habían dividido entre los tres portales. Fabian había terminado de investigar en los dos últimos pisos y estaba bajando al séptimo.

Una mujer entró en el ascensor con un cochecito. Él esperó a que las puertas se cerrasen y suspiró aliviado. Se dedicó a estudiar los cinco apartamentos del rellano. Vio otro cochecito y una bolsa de basura en la puerta de uno de ellos. En la puerta contigua, había un rótulo que rezaba «Aquí viven», y a continuación los nombres de los miembros de la familia, incluidos «Bobby» y «el Abuelo». La tercera puerta no era tan fácil de descartar. Sobre la ranura del buzón, ponía «M. Carlsson» bajo un adhesivo de «Correo comercial, no, gracias».

Llamó al timbre con una mano y se palpó con la otra la pistolera que llevaba bajo el abrigo. La pistola (esa pistola reglamentaria que no solía llevar encima y que nunca había usado fuera del campo de tiro) estaba en su sitio. No sabía bien por qué, pero le resultaba incómodo llevarla, como andar con corbata cuando todo el mundo iba en camiseta. Pero Tomas y Jarmo habían insistido en hacer el registro armados, y él había pensado que era buena idea. En cualquier momento podían verse metidos en un tiroteo: el asesino podía estar preparado y esperando tras

una de aquellas puertas.

Al volver a llamar al timbre, se preguntó si sería capaz de sacar la pistola y apretar el gatillo sin vacilar. En el fondo, creía saber la respuesta. Confiaba en equivocarse.

Ya había sacado el espejo dental y extendido el mango, y estaba introduciéndolo con cuidado por la ranura del buzón, cuando su móvil vibró. Lo sacó con la mano libre y se lo puso en la oreja mientras ajustaba el ángulo del espejo.

—Hola, papi. —Oyó la voz de Matilda.

—Hola, Matilda. ¿Cómo va en casa de la tía Lisen? —Examinó el vestíbulo y vio un sucio terrario iluminado que contenía algo peludo con muchas patas. En la pared, había varias guitarras apoyadas.

—Mal. Theo dice que soy una chivata de mierda y que me va a dar una paliza.

—¿Por qué?

—Porque le he contado a mamá que se escabulló anoche por la ventana.

—¿Cómo dices? —preguntó Fabian, en el preciso momento en que alguien pasaba junto a las guitarras y se acercaba a la puerta. Trató de sacar el espejo, pero se quedó atascado.

—Se largó, y no volvió hasta…

—Matilda, tengo que dejarte. Hablamos luego.

Se abrió la puerta y apareció de golpe un hombre de treinta y tantos años con pantalón de chándal y el torso desnudo.

—¡Ya he visto lo que hacías! —El tipo apestaba a cerveza y lo empujó contra la pared—. Maldito mirón de mierda.

—Soy agente policía —dijo Fabian, que consiguió por fin sacar su identificación y se la puso delante de las narices—. Estamos buscando a un sospechoso y, al ver que no contestaba, he deducido que no estaba en casa.

—¿O sea que ahora espían a la agente por la ranura del buzón? ¿Eso es legal? —El hombre lo soltó, cogió su identificación y la examinó.

—Estamos en una carrera contra reloj y este es nuestro único recurso. —Fabian recogió el espejo y recuperó su documento.

—Ya veo. ¿Y ahora qué? ¿Van a interrogarme?

—No. Si surge algo, ya lo avisaremos. Una cosa más: ¿qué sabe de sus vecinos?

—Prácticamente nada. —El hombre casi parecía decepcionado al ver que no iba a ocurrir nada más—. Aunque los niños de ahí chillan como cerdos todo el puto día desde las cinco y media de la mañana. Es tan insoportable que he pensado en denunciarlos. ¿Le puedo presentar a usted la denuncia?

—No. Pero, como digo, si lo necesitamos le avisaremos.

Para dejar claro que ya habían terminado, Fabian se dio la vuelta y llamó al timbre de la puerta contigua. Esperaba que el hombre se alejara y cerrara la suya, pero como no oyó nada parecido se giró de nuevo hacia él.

—Estaremos en contacto, ya se lo he dicho.

—Mirar no es ilegal, ¿no?

—No, pero preferiría que… Bueno, olvídelo. —Fabian lo dejó correr y llamó de nuevo al timbre del vecino. Al no obtener respuesta, cogió el espejo y lo introdujo por el buzón.

—¿Eso está permitido?

Risk intentó olvidarse del hombre y se concentró en lo que veía en el espejo.

—Ya ve. Todos los días se aprende algo nuevo.

El vestíbulo era parecido al del viejo del piso de arriba, aunque las puertas del interior estaban abiertas y dejaban entrar la luz suficiente para observar el mobiliario.

—¿Hay algo interesante?

—No. Hay cosas vulgares —dijo Fabian girando lentamente el espejo.

Se veía mucho colorido. Las paredes estaban pintadas de rojo. Había un paño amarillo con espejitos y lentejuelas colgado sobre un gran espejo de marco dorado y, en la pared opuesta, unos pequeños estantes con velas de distintos colores. La alfombra que se extendía por el pasillo era verde y azul. Aparte del suéter gris y de la gruesa chaqueta negra, la mayoría de las prendas del perchero eran de tonos vistosos.

Inclinó el espejo hacia abajo para examinar los zapatos del estante inferior, pero se tropezó con el ojo de una máscara antigás La sorpresa le produjo tal sobresalto que el espejo se le escapó de las manos y desapareció por la ranura del buzón.

—¡Eh! ¿Qué demonios ha pasado?

—Le ruego que vuelva a su apartamento.

—¿Ha visto algo?

—He dicho que se meta en su apartamento.

—Bueno, calma, calma. —El hombre retrocedió unos pasos y se quedó en su umbral, aunque sin cerrar la puerta.

Fabian sacó una ganzúa y un frasquito de aceite y se puso manos a la obra.

—O sea que es así como lo hacen.

Al cabo de un minuto o dos, consiguió girar la ganzúa como una llave y abrió la puerta con cuidado.

—Joder, se nota que no es la primera vez.

Fabian recorrió la entrada de un vistazo. En el rincón, en efecto, había una máscara antigás colgada de un gancho. Podía ser una coincidencia, pero ¿quién tenía una máscara en el vestíbulo de su casa? Siguió adelante. La primera puerta daba a un dormitorio, también de colores intensos. Las paredes eran de un cálido amarillo y la estrecha cama situada en medio se hallaba cubierta con una colcha de color rosa. Risk intentó conjurar la imagen que se había hecho del asesino. No sabía muy bien qué había esperado, pero desde luego sí tenía claro que no era lo que estaba viendo.

Sobre una cómoda, en la pared de enfrente, había un reluciente paño rojo y encima varias docenas de velas y unos quemadores de incienso rodeando dos objetos: una foto enmarcada de una losa incrustada en un suelo de piedra y un viejo tocadiscos con un vinilo titulado *At Last: The Best of Etta James* en el plato. Fabian pulsó el botón de «Play». El disco giró, el brazo del tocadiscos descendió sobre él y la canción más famosa y conmovedora de Etta James, *At Last*, sonó a través del altavoz.

Cogió la foto enmarcada para examinarla de cerca. Observó que en la losa había una inscripción a base de unas pequeñas letras ininteligibles en las que no se distinguía más que dos fechas.



No era árabe, eso podía garantizarlo. Y tampoco parecía una lengua asiática. Supuso que podía ser hebreo; en todo caso, el texto le recordó las letras bordadas que Edelman tenía colgadas en una pared de su despacho. Para estar del todo seguro y descartar el georgiano, el armenio y todas las demás lenguas que él ignoraba, necesitaría que un experto examinara la foto.

Por otro lado, no le cabía la menor duda de que se trataba de una lápida. Pero ¿quién era el muerto?, ¿y quién el doliente? ¿Había llegado siquiera al lugar adecuado? Sacó con el móvil una instantánea de la fotografía y se la mandó a Niva; a continuación, regresó al pasillo y entró en la siguiente habitación.

Le bastó con cruzar el umbral para que se disiparan todas sus dudas. La habitación era radicalmente distinta del resto del apartamento. Allí no había colores cálidos ni objetos decorativos para hacerla más acogedora. Las paredes le recordaron más bien el aspecto que tenía entonces su sala de estar, aunque aquí no se había llevado a cabo ninguna investigación.

Aquí, por el contrario, se había planeado todo.

La pared de la izquierda estaba cubierta de fotografías y viejos recortes de periódico. Entre las fotos, identificó a Ossian Kremph a distintas edades y al guardia de seguridad con sus maniquís; también a Carl-Eric Grimås: en unas aparecía como ministro, tocado con su sombrero característico y su abrigo con cuello de piel, y en otras, de más joven, cuando trabajaba con Herman Edelman en la Agencia Nacional de Investigación Criminal. Semira Ackerman y Adam Fischer aparecían asimismo en la pared.

Pero había además otras caras que no reconocía, como por ejemplo la de una mujer bien arreglada de cabello castaño, que habría jurado que era idéntica a la esposa de un famoso periodista danés, o la de un hombre musculoso de ojos azules y recia mandíbula. Cada foto estaba rodeada de multitud de documentos, desde extractos de crónicas judiciales y recortes de periódico hasta historiales médicos y anotaciones detalladas acerca de horarios de trabajo y de desplazamientos, así como códigos de acceso y otros datos personales: dónde hacían sus compras, con quién se relacionaban, cuáles eran sus programas favoritos, qué tipo de ropa llevaban, etcétera. Era todo lo que necesitaría un acosador para entrometerse en las vidas de aquellas personas.

Los documentos y las fotos estaban conectados con cintas rojas fijadas con tachuelas que se ramificaban por toda la pared. Un calendario se extendía horizontalmente por la parte superior, partiendo del ocho de diciembre, con el secuestro de Adam Fischer, y avanzaba día a día hasta el

veinticuatro de diciembre.

Hoy era veintidós de diciembre.

Fabian siguió las cintas rojas que desembocaban en los dos últimos días, pero ambas se interrumpían en sendos espacios vacíos. Las tachuelas seguían clavadas en la pared, de manera que el asesino debía de haber arrancado las fotos y las notas antes de abandonar el apartamento.

Quedaban dos días.

Todavía habría otras dos víctimas.

Examinó el resto de la habitación. Había rollos de lámina de plástico apoyados en una pared, un estante lleno de botes de gas y otro con bisturís y demás instrumentos quirúrgicos. En un perchero se alineaban una serie de atuendos, incluido el uniforme de guardia de seguridad de Joakim Holmberg. Sobre un tocador había pelucas, barbas y bigotes postizos.

Vio una colección de llaves y pases de seguridad colgados en un pequeño armario; como ninguno estaba marcado, se concentró en una mesa de trabajo sobre la que había un montón de carpetas y una gran pantalla. El ordenador estaba debajo. Intentó encenderlo, pero al darse cuenta de que no había teclado ni ratón, pensó que lo mejor sería llevárselo a casa para que lo examinara Niva.

Abrió una de las carpetas. Contenía documentos del Instituto Forense de Abu Kabir. Páginas y páginas de tablas de datos. La primera columna contenía un número de cinco dígitos; la segunda, un grupo sanguíneo; la tercera, todos los órganos trasplantables relacionados con el número inicial; y la cuarta, la calidad de cada órgano según una escala de diez puntos.

Otra carpeta contenía documentación sobre los compradores de los órganos. Miles de personas debían de haber acudido al instituto. Cada expediente incluía sus historiales médicos e indicaba qué órgano les habían trasplantado y de quién procedía, aunque solo figuraba el código de cinco cifras.

En otras carpetas encontró el eslabón definitivo: las fotos de los muertos. Se le encogió el corazón mientras pasaba las páginas y contemplaba un horror tras otro. A todas esas personas las habían abierto en canal, vaciado sin su consentimiento y les habían asignado el código de cinco cifras que llevaban grapado en la frente.

—¡Guau! Esto es lo que se llama el premio gordo.

Fabian se giró en redondo y se encontró al vecino del torso desnudo justo a su espalda.

—Imagínese ser vecino de alguien así. Es increíble —añadió el tipo gesticulando con los brazos.

Risk iba a ordenarle que se fuera a su casa, e incluso hizo ademán de desenfundar la pistola para demostrar que hablaba en serio, pero no llegó a sacarla.

—Vale, vale. Ya lo sé, no debería estar aquí. Es que me ha picado la curiosidad. No todos los días descubres que tienes a una psicópata al lado. Tranquilo, ya me voy —dijo el tipo, y retrocedió hacia el pasillo.

—¡Espere!

—¿Sí?

—¿Qué sabe de su vecino?

—Casi nada. —Se encogió de hombros—. Pero es una mujer. Y está buenísima, se lo aseguro.

—¿Una mujer? —Fabian creyó que había oído mal hasta que el hombre asintió

repetidamente.

93

Dios sabía que no había sido fácil. Malin Rehnberg había tenido que emplear todos sus recursos como actriz para convencer a la mujer de Always Clean de que le enviara los nombres y las fotos de sus empleados varones. Incluso se había visto obligada a jurar solemnemente que los contrataría para limpiar su casa una vez a la semana al menos durante seis meses. «Habrá que ver cómo se lo toma Ursula», pensó mientras pinchaba otra vez el icono del correo para ver si había llegado algo.

Hacía diez minutos que pulsaba con frenesí ese icono como un adicto al juego ante una máquina tragaperras. Y cada vez que aparecía la ventana vacía, estaba a punto de llamar a Always Clean para demostrarles con quién estaban tratando. Pero esta vez no tuvo que contenerse porque por fin había llegado el mensaje.

Hola, Malin:

Espero que encuentre a alguien adecuado. Seis meses es un período bastante largo.
Saludos cordiales,

ÅSA

Malin tecleó una respuesta rápida prometiendo responderle en cuanto hubiera examinado la lista.

El archivo adjunto resultó ser de muchos megas, lo cual significaba que la mujer habría incluido a todo el personal. No era un gran problema, salvo que le llevaría más tiempo. Por otro lado, no podían tener a tantos empleados varones.

Ella prefería que la dejaran tranquila cuando estaba trabajando. Las enfermeras ya la habían amonestado dos veces diciéndole que debía descansar y la habían amenazado con confiscarle el teléfono y el ordenador. Por suerte, no creía que la mujer de la limpieza que estaba haciendo su ronda habitual fuera a chivarse; si no, ya lo habría hecho, teniendo en cuenta la cantidad de veces que la había visto con el ordenador.

Revisó la lista desde el principio, pero apenas había pasado de la mitad de la primera página cuando se abrió la puerta y tuvo que cerrar el aparato a toda prisa y esconderlo bajo la colcha.

—Aquí estás.

—¡Dunja! ¿Qué haces aquí?

—¿No me dijiste que pasara a verte si venía por estos barrios? —La agente danesa entró con un ramo de flores.

—¡Qué preciosas! ¿Son para mí?

—Claro. —Dunja puso las flores en el florero de la mesita.

—¿Quiere que les ponga agua? —preguntó la mujer de la limpieza.

—Sí, gracias. Muy amable por su parte —dijo Malin, e hizo sitio en la cama para que Dunja se sentara—. ¡Qué sorpresa tan encantadora! Aunque podrías haberme llamado para avisarme. Me habría maquillado un poco.

—Sí, te hace falta.

—Tendrías que haberme visto hace unos días… Bueno, en realidad, me viste. ¿Por qué no me dijiste nada?

—¿Cuándo?

—En Dinamarca, cuando nos conocimos. Yo debía de tener una pinta fatal.

—Venga ya. Estabas perfecta. ¿Qué te ha pasado?

—Esto —dijo Malin señalándose la barriga de embarazada.

—¿Va todo bien?

—Sí, pero siéntate y cuéntame qué haces aquí.

—Es una larga historia. —Dunja se sentó en el borde de la cama—. Pero la versión abreviada es que tú tenías razón.

—Pues claro. ¿Sobre qué?

La sonrisa de Dunja se esfumó. Iba a explicarse, pero se detuvo cuando la mujer de la limpieza volvió a presentarse con una jarra de agua y se puso a llenar el florero.

—No pasa nada. Cuéntame.

—Se trata de Carsten… Las cosas no van a funcionar entre nosotros.

—Claro que no. Se veía a la legua. Ni siquiera estabas enamorada de él.

—No. Pero creía que lo estaba. Casi nunca discutíamos y…

—Eso no quiere decir nada, te lo aseguro. Mi marido, Anders, y yo nos peleamos continuamente. Bueno, quizá pelearse no es la palabra… Reñimos, más bien. En cuanto nos vemos, empezamos a reñir. Pero cómo lo quiero, por Dios. Más que a nada en el mundo. —Malin se detuvo al ver que Dunja se había echado a llorar y la abrazó—. Oye, ya sé que es duro, pero…

—Estoy muy cansada y, para serte sincera, ni siquiera sé por qué lloro. Pero estoy bien, me parece. Es como si lo hubiera sabido siempre y hubiera estado esperando una humillación lo bastante grave como para verme obligada a dejarle.

—Has tenido suerte de que haya ocurrido ahora y no cuando estuvieras con una barriga como la mía.

Dunja se echó a reír y se enjugó las lágrimas.

—Por desgracia, he de irme o perderé el vuelo. Me ha encantado verte.

—Te llamaré en cuanto consiga salir a flote… ¡en unos veinte años, me temo!

Dunja volvió a reírse, se levantó y salió de la habitación. Malin se arrellanó sobre la cama y se preguntó cuánto tiempo hacía que le había dicho a Anders lo mucho que lo quería. Decidió llamarlo, pero todavía no. Primero revisaría esa lista del personal de Always Clean.

Abrió el ordenador de nuevo, introdujo su contraseña y examinó la información. Tal como esperaba, no había muchos empleados varones. Tras un rápido repaso, comprobó que eran tres.

Tres sospechosos potenciales, todos con las llaves y los códigos para acceder a la embajada israelí y hacer la limpieza fuera de las horas de trabajo. Cualquiera de los tres podría haber sido la causa de la filtración que tanto inquietaba a Grimås y a Edelman. Anotó sus nombres y los números de su documento de identidad en un correo electrónico destinado a Fabian. Ya se disponía a pulsar «Enviar» cuando clavó la vista en la cara situada bajo la foto de uno de los hombres.

No habría sabido decir por qué le llamaba la atención el rostro de aquella mujer, salvo que había en él algo familiar. Al ampliar la imagen, se dio cuenta de que la conocía, aunque no sabía de qué. ¿Era una compañera de otro departamento? ¿O acaso una de las muchas testigos a las que había interrogado? No conseguía identificarla.

De repente comprendió de qué conocía a esa mujer y todos los músculos se le tensaron. La había visto a diario desde que había ingresado en el hospital: en ocasiones, más de una vez en el mismo día. Había sido una presencia tan constante que ya no reparaba en ella. Había aparecido por allí, si mal no recordaba, desde que Matilda había activado la muñeca de porcelana que le había cogido a Fabian.

De hecho, en ese momento estaba en la habitación, con la fregona en las manos, mirándola fijamente.

Entre el personal del pabellón se había desatado una acalorada discusión sobre la pecera de la sala de espera y, en concreto, sobre el cofre del tesoro del que salían burbujas para oxigenar el agua. El motivo de la disputa era si valía la pena gastar más dinero en alegrar la sala de espera cuando el cuarto del personal estaba en unas condiciones paupérrimas.

Dunja ni siquiera se fijó en la pecera al pasar por la sala de espera hacia los ascensores. Estaba absorta planeando cómo iba a sacar a Carsten del apartamento. Llegaría a casa a media tarde, con lo que dispondría de suficientes horas para cambiar las cerraduras y recoger todas sus cosas.

Pulsó el botón del ascensor y vio que eran las doce y veinte. Ya habían transcurrido dos horas desde que había hablado con Herman Edelman, pero él aún no la había telefoneado. No es que le sorprendiera. Las posibilidades de que llamara antes de Navidad eran escasas. En ese sentido, Suecia era igual que Dinamarca: todo el mundo hacía un alto para celebrar las fiestas.

Todo el mundo, salvo el asesino.

Se acordó del auténtico motivo por el que había querido ir a ver a Malin Rehnberg. Tenía la intención de explicarle que el coche del ministro de Justicia sueco había aparecido en su propia investigación por una extraña coincidencia. Pero la charla se había centrado en Carsten; y tal vez era mejor así. Malin parecía agotada y debía de estar más que saturada de asuntos de trabajo. Necesitaba recuperarse y cobrar energías antes del parto.

¿O no?

De pronto, le entraron dudas. Quizá podía volver un momento y explicárselo, aunque solo fuera para ver su reacción. No tardaría demasiado, aunque eso la obligaría a tomar un taxi al aeropuerto para no perder el vuelo.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron al cabo de unos segundos, ya se dirigía de nuevo hacia el pabellón. Al pasar junto a la pecera burbujeante, recibió la llamada que esperaba.

—Hola, soy Herman Edelman. ¿Se acuerda de mí?

—Sí, por supuesto.

—Tendrá que disculpar mi tardanza, pero conseguir la información ha sido más complicado de lo que suponía. Al final, todo encaja: pocas semanas antes de ser asesinado, Grimås vendió su Porsche 911.

—¿A quién se lo vendió?

—A eso voy. No sé cómo funcionará en Dinamarca, pero aquí en Suecia el vendedor es el responsable de comunicar el cambio de propietario a la Agencia de Transporte. Por lo general, solo se tarda unos días en registrar la notificación, pero en este caso no se produjo hasta ayer.

—¿Sabemos por qué?

—Según parece, por un error en el código postal: había dos números invertidos.

—¿Y quién era el comprador?

—Björn Troedsson, con domicilio en Malmö, en el número 2 de Arkitekgatan. Al parecer, queda a dos pasos de Konsultgatan, donde vivía Willumsen.

—¿El coche fue robado?

—Exacto. El atestado debería haber llegado a la policía de Malmö el lunes, catorce de diciembre, pero como la información sobre el propietario no cuadraba, dejaron el asunto de lado. Ha llegado justo mientras yo estaba haciendo averiguaciones. Le mandaré por correo electrónico los documentos para que los vea por sí misma. Si algo no le queda claro, vuelva a llamarme.

Dunja le agradeció su ayuda, colgó y decidió no volver a molestar a Malin Rehnberg.

El tiempo se había ralentizado y parecía a punto de detenerse. Malin estaba segura de que si volvía la mirada hacia el reloj de la pared, no podría distinguir el movimiento del segundero.

Ella no era de las que se asustaban. Incluso en las situaciones más tensas, frente a la pistola sostenida con la mano temblorosa de un drogadicto, reaccionaba del modo opuesto a la mayoría de sus compañeros y se volvía incluso más serena y aplomada, lo cual era con frecuencia lo que hacía falta.

Pero esta vez estaba asustada.

Y por primera vez, temía por su vida.

Por la vida de sus hijos.

Tenía el camisón del hospital empapado de sudor y no podía moverse. El terror le había clavado sus zarpas hasta el fondo y no era capaz de hacer otra cosa que permanecer en la cama, mirando con fijeza a la mujer. Ni siquiera se atrevía a intentar alcanzar el botón de alarma que colgaba de un cordón a poco más de un palmo.

Ninguna de las dos dijo nada. No hacían falta palabras. Los ojos lo decían todo.

Ambas comprendían.

No había marcha atrás.

«Aisha Shahin», se repitió Malin mentalmente. Al ver la foto, le había llamado la atención lo guapa que era: casi tan guapa como la mujer de piel cobriza y ojos azules que tenía delante.

El miedo aflojó un poco su tenaza sobre ella. Quizá era porque la situación parecía por completo surrealista. Debería ir contra las leyes de la naturaleza que alguien tan bello pudiera causar tanto horror. Le vinieron a la cabeza unas imágenes que había presenciado hacía poco más de ocho años. Eran tan increíbles que parecían sacadas de una película de acción. Ella y Anders se habían quedado pegados a la televisión hasta bien entrada la madrugada, mirando una y otra

vez la secuencia de los aviones estrellándose contra las Torres Gemelas, para asimilar lo que en realidad había pasado.

Reunió todo su valor para extender el brazo hacia el pulsador de alarma sin apartar los ojos de la mujer. Pero no acertó a sujetar el cordón y no tuvo más remedio que volver la cabeza para atrapar el pulsador que oscilaba junto a la cama. Con mano temblorosa, lo apresó al fin. Ya iba a pulsarlo con el pulgar.

Demasiado tarde.

La mujer de la limpieza se abalanzó sobre ella y arrancó el cordón del enchufe. Malin agitó los brazos y soltó arañazos a diestro y siniestro. Nunca había tenido que valerse de los brazos ni de las manos en una pelea a vida o muerte, y enseguida aquella mujer se los inmovilizó contra el pecho. ¿Cómo podía ser tan fuerte?

De repente le aplicó una mascarilla respiratoria sobre la cara. Malin no reaccionó hasta que oyó el silbido del gas. Nunca se le había dado muy bien contener la respiración bajo el agua y, de hecho, siempre era la primera en salir a la superficie. Pero ahí no tenía ninguna escapatoria. Pese al dolor creciente que sentía en el pecho, estaba atrapada sobre la cama. Ya no resistiría mucho más. Pronto tendría que darse por vencida.

Sus pulmones estaban a punto de estallar. Con una última embestida desesperada intentó zafarse, pero continuaba teniendo los brazos inmovilizados. Solo podía mover la cabeza; la giró hacia un lado y luego hacia el otro. Volvió a hacerlo con más brío, con lo que se abrió un resquicio entre la mascarilla y su cara.

Inspiró con ansia y siguió sacudiendo la cabeza en todas direcciones hasta que la mascarilla cayó. Sin pensarlo siquiera, hincó los dientes en la mano que le sujetaba los brazos y mordió hasta notar el sabor de la sangre.

La mujer chilló y aflojó la presión sobre los brazos de Malin. Esta rodó hacia el borde de la cama para apartarse y cayó al suelo. Sintió un dolor en la cadera, pero ¿qué importaba? No pensaba más que en salir de allí, en alejarse de aquel bello monstruo y alcanzar el pasillo, donde podría pedir socorro a gritos.

Intentó ponerse de pie, pero la cadera no le respondía del todo. Se puso a gatas y se desplazó usando los brazos y una pierna y arrastrando la otra. Hizo todo lo posible para olvidarse del dolor de la cadera, aunque cada vez era más intenso, y se concentró en llegar a rastras a la puerta.

Una vez allí, pidió socorro con todas sus fuerzas mientras intentaba alcanzar la manija para abrir y salir al pasillo. Pero no pudo incorporarse del todo.

Las manos que la agarraban de los tobillos eran muy fuertes y la arrastraron hacia atrás como a una presa recién cazada. Se resistió violentamente, lanzó patadas para soltarse y consiguió volver hasta la puerta para abrirla.

Pero solo era su deseo. Su cuerpo ya se había rendido.

Con esa cadera rota, a la mujer no le hizo falta más que ponerle una rodilla en la espalda para someterla.

—No deberías haberte quitado la máscara. No es seguro que sobrevivan —oyó que decía.

Malin no entendió a qué se refería hasta que notó un pinchazo entre las vértebras y luego un entumecimiento que se le extendía por las piernas y le ascendía también por la barriga.

94

3 de abril de 2000

Habían pasado tres años desde que Aisha Shahin había salido de Palestina y logrado recorrer el camino hasta Suecia con los ahorros de su madre. Una vez allí, descubrió que tenía facilidad para hablar el idioma y fue una de las mejores alumnas en la clase para inmigrantes. Como no consiguió convalidar su formación sanitaria, se puso a trabajar en una empresa de limpieza. Poco a poco, se las arregló para construirse una vida tranquila y segura. Pero nunca había dejado de soñar en el día en que se reuniría con Efraim: entonces lo dejaría todo atrás y ya no volvería a separarse de él.

Esa era la razón por la que había vuelto de nuevo.

Había asumido muchos riesgos al cruzar la frontera para llegar a su originario pueblo de Imatin. Pero la carta no le había dejado otra alternativa. La mano de Dios debía de haber contribuido sin duda a que esa carta llegara a sus manos. Se la sabía de memoria, palabra por palabra.

> «*Aisha, siento como si estuvieras aquí, detrás de mí, leyendo cada palabra. No quiero dejar de escribir, pero las fuerzas me abandonan. He de emplear las escasas energías que me quedan para doblar esta carta, meterla en el sobre y arrojarla a la noche*.»

La carta explicaba muchas cosas, pero dejaba abierta una pregunta mucho más importante que todo lo demás.

¿Todavía estaba vivo?

¿Había logrado lo imposible? ¿O todo había concluido como ella se temía? El peso de esa incertidumbre le oprimía el pecho de un modo agobiante y tenía la sensación de que la ahogaría si no encontraba pronto una respuesta.

Dios estaba con ella, en cualquier caso. Lo notaba en todo su cuerpo, igual que la pesada y abultada mochila que le rozaba los hombros y que, no obstante, apenas sentía. La media luna que se recortaba en el despejado cielo nocturno le proporcionaba la claridad justa para mantener la linterna apagada, lo que era una gran ventaja. Aunque veía a lo lejos que todas las casas del pueblo tenían las luces apagadas, eso no quería decir ni mucho menos que todo el mundo estuviera durmiendo.

De niña, había estado en ese lugar muchas veces. A ella y a sus amigas les encantaba

corretear y jugar al escondite entre los árboles y las lápidas. Su madre le decía que un día sería castigada por jugar ahí, porque había fuerzas poderosas que nadie podía resistir. Pero ella había seguido yendo allí sin pensar dos veces en lo que yacía bajo sus pies descalzos.

No había comprendido a qué se refería su madre hasta la mañana siguiente a que cortaran la luz y dejaran el pueblo a oscuras. Al levantarse, habían encontrado tres cuerpos amontonados fuera del muro del cementerio, justo en el sitio donde ella solía sentarse a la sombra y contar en voz alta con los ojos tapados mientras las demás corrían a esconderse. Había reconocido a los tres, pero al más joven lo conocía personalmente. Solían jugar juntos casi todos los días al salir de la escuela, y ella nunca había visto a nadie con tanta destreza para tirar piedras.

El lugar estaba tal como lo recordaba: los árboles que le daban sombra y por los que era tan divertido trepar, los bancos en la parte de dentro del muro de piedra y las tumbas dispersas por todas partes. Había algunas sepulturas antiguas, cuyas lápidas estaban desgastadas y medio derrumbadas, pero otras eran bastante nuevas.

No tardó más que unos minutos en encontrar lo que buscaba. Estaban en una fila situada al fondo, en un rincón. Aunque casi habían pasado dos años, el montículo del suelo resultaba todavía perfectamente visible.

Rasin. Mihayr. Zakwan. Tamir. Muzaffar. Altair. Safi. Wasim.

Cada nombre le resultaba familiar. Cinco eran hermanos suyos. Los otros tres eran vecinos.

Pero no había vuelto por ellos.

Si estaba allí, era por el último de la fila.

El que ni siquiera tenía una piedra con una inscripción.

La novena tumba.

Se quitó la mochila, desplegó la pala y empezó a cavar. La tierra estaba dura y reseca. Al cabo de una hora, se arrodilló y apartó la tierra del recio plástico industrial envuelto varias veces en torno al cuerpo y atado con cinta de embalar. Con una navaja, cortó una capa tras otra de plástico. Cuando el cuerpo quedó al fin expuesto, vio lo que se había temido.

Había supuesto que contemplar el cuerpo abierto y vaciado le provocaría un llanto incontenible. La visión de las órbitas vacías y de los puntos de sutura que iban desde la garganta hasta más abajo del ombligo, daría lugar a que sus lágrimas se derramaran sobre ese cuerpo mutilado. Pero no: no derramó ni una sola lágrima, ni siquiera cuando vio la etiqueta con un número de cinco dígitos grapada sobre la frente.

Lo único que sintió fue odio.

Odiaba a su padre y a sus hermanos, que lo habían obligado a ejecutar una misión; y a su madre que se había quedado quieta ahí mirando. Aborrecía a los soldados israelís que habían efectuado los disparos y al médico que había abierto su cuerpo y lo había despojado de sus órganos. Pero, sobre todo, su odio se dirigía a aquellos que andaban por ahí con las manos manchadas de sangre y una parte de Efraim en su interior; todas aquellas personas que se habían negado a aceptar el juicio de Dios. Con gran cuidado, desprendió la etiqueta de su frente, la dobló y la guardó.

Fueran quienes fuesen.

Estuvieran donde estuviesen.

Todos recibirían su castigo.

95

Fabian metió el ordenador en el coche y arrancó para llevárselo a Niva. Mientras circulaba, sus pensamientos se arremolinaban en pleno caos igual que los copos de nieve. Tras doblar a la derecha por Hornsgatan con el semáforo en rojo y estar a punto de sufrir una colisión, puso *Computer World* de Kraftwerk en el reproductor de CD y trató de centrarse.

No es que no estuviera preparado para sorpresas. Ya había comprendido hacía tiempo que esa era una investigación insólita que exigía plantearla desde una perspectiva nada convencional. Al fin y al cabo, se las veían con un asesino que había dedicado años de meticulosos preparativos y no había dejado nada al azar.

Sin embargo, que fuera una mujer la que estaba detrás de los crímenes había constituido para él una sorpresa total. Y para ser sincero, aunque fuese la verdad, aún le costaba imaginárselo. Según el vecino de Aisha Shahin, esta era tan poco simpática como extremadamente atractiva.

Hasta el momento no habían conseguido encontrar una foto suya. Pero no le cabía duda de que Tomas y Jarmo, que estaban registrando el apartamento, encontrarían una fotografía tarde o temprano y se la enviarían. Tampoco era esa su máxima prioridad, pues estaban concentrados en encontrar pistas sobre las dos próximas víctimas con la mayor rapidez posible, aunque el modo tan concienzudo de la asesina de planear los crímenes inducía a temer que quizá no llegarían a tiempo.

Aparcó en la plaza para discapacitados situada justo delante de la entrada de su edificio. Había oscurecido hacía mucho rato. Cogió el ordenador del asiento del copiloto, cerró el coche y se apresuró a través de la nieve, que caía con fuerza.

Una vez en el apartamento, se quitó las botas y entró en la sala de estar. Depositó el ordenador sobre la mesa, junto a las pantallas de Niva, en todas las cuales figuraba el mismo mensaje: «Estamos trabajando».

Ni rastro de Niva. La llamó sin obtener respuesta y, al final, sacó el móvil y la llamó.

—Hola.

—¿Dónde estás?

—En tu casa. Aquí. Te daré una pequeña pista.

Fabian oyó un chapoteo. Se acercó al baño y la encontró en la bañera, con el móvil en la mano.

—Qué rápido —dijo ella y, dejando el móvil, aplaudió.

Se encontraban en mitad de uno de los casos más complicados en los que habían intervenido, y ella estaba ahí, relajándose en la bañera. Solo faltaban las velas y el champán.

—¿Qué demonios haces, Niva?

—El tiempo que puedes pasarte sentada ante un ordenador es limitado. Y bueno, me hacía falta un baño desde hace tiempo; lo cual también puede afirmarse de su alteza real, y no digamos de tus dos colegas. Además, no puedo hacer nada hasta que los ordenadores terminen su tarea.

—¿El texto de la lápida está traducido?

—Lo tienes sobre la mesa.

Él regresó a la sala de estar, donde encontró una serie de versos anotados en un cuaderno abierto.

> Nunca amaré a nadie más,
> nunca volverá a latir mi corazón por ningún otro
> que no seas tú.
> Seguiré amándote toda la eternidad.
> Pronto estarás íntegro de nuevo, y yo también.
> Entonces nos encontraremos otra vez.
> Te lo prometo.

Leyó el texto dos veces, como si no pudiera exprimir del todo las palabras ni su significado.

—Realmente es precioso.

Fabian asintió y levantó la vista. Niva se le acercó; llevaba puesto un albornoz blanco.

—No he encontrado nada más. Confío en que no importe que lo coja prestado.

Por supuesto que importaba. Se había puesto el albornoz de Sonja, nada menos; no era una prenda cualquiera. Pero a él no le quedaban energías para ponerse a discutir y a establecer límites. Además, todavía necesitaba su ayuda.

—¿Crees que todo esto es por él? —preguntó Niva situándose a su lado.

—Sí.

—Imagínate cómo debe de ser amar a alguien hasta el punto de estar dispuesto a llegar tan lejos.

Fabian asintió de nuevo en silencio.

—¿Hasta dónde llegarías tú por Sonja?

Él comprendió adónde quería ir a parar. Pero esta vez no iba a seguirle la corriente.

—Hasta donde la ley lo autorice.

—No suena demasiado romántico. ¿Te das cuenta de que yo he ido mucho más lejos?

—¿Tú?

—Sí. ¿Cuántas leyes he infringido?

Él se quedó callado, pensando cómo responder, pero su teléfono rompió el silencio.

—Aquí Fabian…

—¡Ha desaparecido! ¡Se la han llevado! —gritó una voz .

—Perdone, ¿con quién…?

—¡Se la han llevado y nadie sabe dónde está!

—¿A quién se han llevado?, ¿y con quién hablo?

—¡Soy Anders Rehnberg! ¿Quién creías que era? ¡Se han llevado a Malin!

96

¿Acaso Dios le había dado la espalda, pese a que había permanecido a su lado siempre? ¿Era ese su castigo? Por primera vez desde hacía mucho la asaltaba la duda de si Él estaba realmente con ella. ¿O se trataba de una racha de acontecimientos desafortunados lo que la había hecho tropezar por casualidad? No podía ser otra cosa. Ahora no, por favor. Ahora que estaba tan cerca de alcanzar su objetivo…

Había llegado casi una hora y media tarde. No habían sido cinco minutos ni un cuarto de hora, sino ochenta y ocho minutos exactos. En su juventud, lo más frecuente era que llegara tarde. Pero esa era la primera vez que le ocurría desde que había puesto los pies en Suecia. Durante doce años y medio había sido puntual, y ese día no era precisamente el adecuado para retrasarse.

De no haber sido por la cámara oculta que se habían llevado sin saberlo con el resto del material de la investigación, Fabian Risk habría encontrado en su apartamento lo suficiente para detenerla antes de que hubiera terminado. No acababa de entender cómo esa mujer que ya no era policía se las había arreglado para localizarla. Tenía algo que ver con su teléfono móvil, eso estaba claro. Pero seguía siendo un misterio cómo podía haberles llevado el móvil hasta su apartamento. Años atrás, había viajado a Umeå para comprar ese número anónimo de prepago; además, en los últimos días había mantenido el teléfono apagado.

Para evitar la catástrofe, había ido a toda prisa al apartamento y se había llevado lo más importante en el cochecito de bebés. Había salido en el último momento, antes de que él llegase. Risk encontraría bastantes cosas, sobre todo en el ordenador, pero daba igual. No llegaría a tiempo, de todos modos.

Lo interesante era que la apoteosis final no se viera trastocada bajo ninguna circunstancia. En ese caso, todo lo que había construido se vendría abajo, y no podría llevar a cabo la parte más fundamental del plan, el verdadero objetivo de todo aquello por lo que había luchado más de una década.

Por si fuera poco, la policía embarazada había conseguido la lista de personal de la empresa de limpieza y la había reconocido claramente, lo cual no era de extrañar teniendo en cuenta el tiempo que llevaba vigilándola. Tampoco comprendía cómo había obtenido esa lista, pero no había podido dedicarse a averiguarlo. Se había visto obligada a improvisar y a ocuparse de la situación creada, convencida de que todo debía encerrar un sentido, aun cuando ella no lo captara. A pesar de todos los pesares, seguro que Dios todavía estaba con ella.

Se había prometido a sí misma que ninguna persona inocente resultaría afectada y que solo se enfrentarían a su cólera los que lo merecían. Pero ya se había visto obligada a hacer una

excepción en Dinamarca. La situación se le había escapado de las manos y no había tenido otro remedio. El hombre había decidido al final no pasar la noche en el apartamento de Copenhague y se había presentado muchas horas antes de lo previsto. Aunque en muchos sentidos él había sido cómplice, así que tampoco tenía mala conciencia.

Por otra parte, la policía embarazada no tenía ninguna culpa. Ella solo estaba haciendo su trabajo; y muy bien, a decir verdad. Su destino, y el de los dos niños aún por nacer, era algo que debería dejar en manos de Dios.

Por fin encontró un hueco para aparcar en Pontonjärgatan. Se cambió de ropa en el asiento trasero, cerró el coche y puso la llave sobre el neumático delantero izquierdo; luego se apresuró a doblar la esquina y se dirigió hacia Polhemsgatan hollando la nieve recién caída. Llamó al timbre que había junto a la puerta de acero, y salió el tipo corpulento con aros en las orejas, que la regañó por llegar tarde. Ella se había inventado una mentira: pensaba decir que alguien se había arrojado a las vías del metro, pero él no parecía nada interesado en escucharla, así que guardó silencio y asintió, prometiendo que no volvería a suceder.

Al menos en esto era sincera.

Entró a toda prisa en el cuarto de la limpieza y sacó su equipo. Había que pasar el aspirador y fregar muchos metros cuadrados en las pocas horas que le quedaban. Había que limpiar la porquería reseca, tirar los condones a la basura y reponer el papel higiénico de los cubículos del baño.

Todo eso antes del gran momento de la noche.

Debería trabajar deprisa para que el horario encajara. Pero la tensión funcionaba a su favor. El tipo fornido, por ejemplo, le había parecido bastante inquieto. Si los demás estaban la mitad de estresados que ella, ninguno tendría tiempo de notar su transformación.

97

Fabian se inquietó mucho al descubrir a Matilda manipulando la muñeca en el hospital. Se había encargado de inmediato de que instalaran a Malin en otra habitación, pero no había sido suficiente con eso. La asesina la había encontrado de todos modos. Pero ¿cómo? Y sobre todo, ¿por qué? No tenía ni idea. Solo confiaba en que sus peores temores no se hicieran realidad.

El pabellón de la habitación de Malin estaba desierto, a excepción del mostrador de recepción, donde varias enfermeras se agolpaban tras una pantalla de ordenador, mirándose entre sí, desconcertadas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, aunque era evidente que estaban tan perplejas como él.

—No lo sabemos —dijo la más alta—. Acabamos de pasar al horario de noche hace una hora y todavía estamos intentando averiguarlo.

—Según el registro, iban a bajarla a la sala de partos, pero lo hemos comprobado y no la han trasladado allí —dijo la que estaba sentada frente a la pantalla.

Risk se apresuró hacia la habitación. Anders Rehnberg se hallaba sentado en una silla, con la cara entre las manos. La habitación parecía extrañamente vacía sin la cama. Cuando Anders, que en ese momento no lloraba, alzó la vista, Fabian observó que tenía los ojos enrojecidos y dedujo que no había hecho otra cosa desde hacía una hora.

—¡Maldito cabrón! Espero que sepas que esto es culpa tuya, ¡tuya y de nadie más! —Su mirada destilaba tal odio que Fabian tuvo que contenerse para no dar media vuelta y marcharse.

—Anders, comprendo cómo te sientes, pero todavía no sabemos lo que ha ocurrido. —Cogió una silla y se sentó frente a él.

—No vengas a decirme que lo comprendes, porque no es así. Tú eres incluso peor que Malin.

Risk no entendió a qué se refería.

—He hablado con tu esposa, ¿y sabes lo que ha dicho? ¿Eh?

Él negó con la cabeza.

—Que le eres infiel cada día que te vas a trabajar, porque no piensas más que en eso. Ha dicho que vivir contigo es como vivir con un caparazón vacío y que cambias de piel como las serpientes. Y es obvio que no solo ella y tus hijos están en segundo plano… sino también todo lo demás. Creía que Malin y tú eráis amigos. —Iba escupiendo cada palabra como si fuera un veneno.

—Anders, procura calmarte para que podamos…

—No digas que no te lo advertí. Te pedí expresamente que te mantuvieras alejado de ella. Pero tú no has podido hacerlo.

Fabian se inclinó y le puso una mano en el hombro.

—¡No me toques! —dijo Anders apartándosela—. Malin estaba enferma. Nos habían dicho que estaba sobrecargada de trabajo. Lo único que tenía que hacer era descansar y recuperarse antes del parto. Pero tú no podías dejarla en paz.

—Escucha, Anders, no nos precipitemos. Todavía no tenemos ninguna información…

—¿Ah, no? —Anders lo miró a los ojos—. ¿Y qué crees que ha sucedido, si no? ¿Que ha salido rodando con la cama a comprarse una barrita de cereales? ¿Y luego qué? ¿Se le ha abierto el apetito y ha seguido rodando en medio de la ventisca?

Risk quería protestar, argumentar que Malin no estaba en modo alguno en peligro, decir que habría una explicación racional, aunque de momento no la viesen. Pero no conseguía reunir la energía suficiente para pronunciar esas palabras. Y Anders tenía razón. Probablemente, más razón de lo que él mismo imaginaba.

—Así que toda la responsabilidad es tuya… —dijo, y estalló en sollozos. Fabian hizo de tripas corazón y se acercó a abrazarlo, pero cambió de idea.

—Anders, te prometo que haré todo lo que pueda para averiguar lo que ha sucedido. Ya lo verás.

El otro volvió a mirarlo a los ojos y negó con la cabeza.

—¿Todo lo que puedas? No es suficiente. En absoluto. Quiero que me prometas que todo se arreglará y volverá a ser como antes. ¿Eres capaz de prometérmelo?

Fabian titubeó, pero acabó asintiendo.

—De acuerdo, Anders. Te lo prometo.

—De lo contrario, iré a por ti. No me importan las consecuencias. Si no consigues resolverlo, me encargaré de que lo pagues, aunque sea lo último que haga.

98

Introducían a las mujeres, una tras otra, por la lóbrega entrada del Black Cat, en Kungsholmen. Apenas iban vestidas, pese al frío gélido. A cada una la había llevado allí una historia diferente, pero la expresión de terror era igual en todas, sin importar de dónde procedieran o en qué lengua pensaran. Temían lo que les aguardaba allí dentro, sobre lo cual no sabían nada, aunque habían oído más que suficiente. Los guardias deambulaban a su alrededor, pero sobre todo las empujaban y azuzaban, como si fuesen vacas a las que llevan a ordeñar. Parecía que tuvieran mucha prisa en ponerlas a buen recaudo; su mirada denotaba inquietud, y vigilaban sin cesar la calleja por lo demás tranquila y desierta a causa de la ventisca.

Las mujeres descendieron por una empinada escalera hasta un oscuro sótano. Oyeron cómo cerraban la puerta tras ellas, con mucho ruido de llaves y cerrojos. Una hilera de bombillas desnudas, colgando del techo de hormigón, iluminaba un largo y laberíntico corredor, a cuyos lados había compartimentos cerrados con candado, cada uno repleto, con seguridad, de muebles viejos y sórdidos recuerdos. Cruzaron otra puerta de acero, así como una serie de cortinajes rojos.

Ya estaban dentro. Aún reinaba la penumbra, pero ya no era tan densa. Una vez que sus ojos se acomodaron a ella, comprobaron lo espacioso que era el local, de paredes y techo negros. Unos focos pequeños iluminaban desde lo alto los divanes rojos distribuidos en un gran círculo en torno a una plataforma redonda: el escenario del que tanto habían oído hablar.

Las arrearon por el local y luego, tras una puerta oculta en la pared negra, a lo largo de un pasillo iluminado con fluorescentes y flanqueado de puertas cerradas. Llegaron a un cuarto de baño grande cubierto de azulejos, provisto de cubículos, espejos y bidés. Los guardias les ordenaron que hicieran sus necesidades una última vez y que se lavaran a conciencia todos sus orificios.

Había sido una carrera contrarreloj, pero prácticamente había terminado de limpiarlo todo. En algunas habitaciones privadas había bastado una pasada rápida de aspirador, y en una habitación grupal se había limitado a ahuecar los cojines y a recoger los condones que estaban a la vista. Acababa de colgar la bata y sacar de la mochila su bolsa de maquillaje y las otras ropas cuando oyó cómo aumentaban de volumen los gritos de los guardias.

Se había visto obligada a salir del cuarto de la limpieza con la ropa en los brazos y, antes de que llegaran las otras mujeres, había cruzado el pasillo hasta el baño, donde se había encerrado en el último cubículo. El corazón le palpitaba tan deprisa que no distinguía un latido de otro.

Pero una vez que se hubo puesto el vestido y los zapatos, y que hubo escondido la bolsa de

maquillaje en la cisterna del váter, se sintió más serena que nunca. No se trataba de ocuparse de uno más en la fila de pecadores que iban a recibir su castigo, sino de algo que había esperado desde que había sabido quién era ese hombre, porque Diego Arcas era también uno de ellos, y lo que se avecinaba no podía ser sino una forma de que Dios le demostrara que estaba a su lado hasta el final.

Oyó cómo se llenaba el cuarto de baño con la nueva remesa. Ninguna de las mujeres decía nada, pero ella percibía claramente el olor del miedo. Esperó un poco más y al fin salió del cubículo y se puso a actuar como las otras, adoptando su expresión asustada, su paso vacilante y su postura encorvada.

99

Fabian Risk abrió la puerta, entró en el vestíbulo y se quitó el abrigo. Aunque estaba borracho, no había tenido ningún contratiempo en el trayecto en coche hasta su casa. Era la primera vez que conducía en semejante estado, pero ya se sentía demasiado cansado y le daba igual. Estaba hecho polvo y no sabía si sería capaz de llegar hasta la cama.

Tras explicarle mil veces a Anders que tenía a sus mejores agentes buscando a Malin, lo había convencido para que abandonaran juntos el hospital y le permitiera acompañarlo a su casa, en Enskede. Una vez allí, Rehnberg le había invitado a tomarse un whisky. Él había intentado rechazar educadamente la invitación, aduciendo que era muy tarde y que tenía que conducir, pero el otro había insistido diciendo que era lo mínimo que podía hacer.

Resultó que Anders era miembro de la Sociedad Sueca del Whisky y que había destinado una habitación entera del sótano a su colección de botellas. Según él, era una de las más grandes del país. Como era previsible, no se habían conformado con un solo vaso y la tensión entre ambos se había ido aflojando a medida que el alcohol surtía su efecto.

Risk había dejado que Rehnberg se explayara sobre todo lo divino y lo humano: la casa familiar, que venía a ser como un proyecto en permanente renovación, aunque también muy caro; su trabajo de maestro en una escuela de primaria de Skärholmen, y las insistentes propuestas de sus compañeros para que se convirtiera en el director, a pesar de que él nunca había estado interesado en el poder y prefería trabajar sobre el terreno.

Después de casi dos horas, Fabian había dejado el vaso todavía mediado de whisky y se había levantado. «Siéntate», había dicho Anders, tan serio que a él no le había quedado más remedio que obedecer; y a continuación, con lágrimas en los ojos, el tipo había empezado a hablarle de Malin. Le había dicho lo mucho que la quería, que ella era para él lo mejor de este mundo; le había contado que se habían conocido en un autobús —el 54, se llamaba entonces—, y que ella no había querido apearse en su parada porque llovía a cántaros y que al final habían bajado juntos en Odenplan y compartido paraguas entre risas, antes de telefonear al trabajo desde una cabina para decir que estaban enfermos.

Dicho lo cual, le había llenado el vaso, aunque no estaba vacío, y le había preguntado si aún quería a Sonja. A Fabian, cosa extraña, le había pillado desprevenido la pregunta, pero cuando iba a soltar la respuesta estándar (o sea, que la quería mucho y que se complementaban muy bien a pesar de ser tan diferentes), no le habían salido las palabras.

Entonces había intentado explicar las cosas como eran. Nada le habría gustado más que seguir aún enamorado, pero la verdad era que la relación entre ambos se había convertido en una pelea cada vez más enconada y que, en su fuero interno, ya cundían las dudas. Rehnberg había

escuchado asintiendo esos vacilantes intentos de formular sus emociones sin rodeos. Casi parecía que fueran a hacerse amigos.

«Joder, pues sí que la has cagado bien», había dicho Anders al fin mientras sacaba otra botella. «O amas a una mujer o no la amas. No tiene por qué ser más complicado. Por supuesto, la llama puede estar baja, pero en ese caso es cuestión de arremangarse y ponerse a trabajar. Ahora bien, si la llama se ha apagado, se acabó la historia. Entonces será mejor que llames a un abogado y empieces a preparar los papeles.»

Aun sabiendo que esos comentarios no eran más que tópicos banales inspirados por el alcohol, a Risk lo habían afectado en lo más profundo. La idea de que su relación con Sonja fuera un asunto a liquidar lo más rápidamente posible lo había dejado sin aliento e impulsado a levantarse y a volver a casa, pese a las protestas de Anders.

Pasó por el baño para coger un par de Alka-Seltzer antes de entrar en el dormitorio. No encendió las luces, pero bajo el resplandor de las farolas que se colaba entre las cortinas vio que Niva estaba dormida en su cama. Se había quedado tendida encima de la colcha y llevaba puesto el albornoz, aunque lo tenía medio entreabierto y mostraba más que suficiente…

¿Por qué no se habría ido a casa? ¿En serio había estado trabajando hasta tan tarde? Se preguntó si debía dejarla dormir o tenía que meterla en un taxi, pero no fue capaz de tomar una decisión. Y entonces comprendió a qué se había referido Anders: las dudas que había sentido últimamente se estaban disipando en su interior. En ese momento se dio cuenta de que la llama seguía viva pese a todo, e incluso la atisbó en su imaginación. Brillaba débil y estaba a punto de extinguirse, pero todavía seguía ardiendo.

Fortalecido por esta brusca revelación, se tumbó vestido en su lado de la cama, procurando no hacer ruido para no despertar a Niva. El lento murmullo de la respiración de la mujer no tardó en relajarlo, y poco a poco fue hundiéndose en el sopor. Justo antes de que lo engullera el mundo de los sueños, se le ocurrió lo que debían hacer él y Sonja para evitar que la llama se extinguiera del todo, para poder volver atrás en su relación y ser capaces de estar en la misma habitación sin querer abandonarla cuanto antes.

En cuanto el actual caso terminara, se lo explicaría a Sonja. Era una solución drástica e implicaría trabajo y un esfuerzo de adaptación para toda la familia, incluidos Matilda y Theodor. Ellos seguro que protestarían, pues tendrían que cambiar de escuela y hacer nuevos amigos. Pero ¿qué importaba? «Si es eso lo que necesitamos para seguir juntos, tampoco es tan duro», pensó, y se quedó dormido con la convicción de que podían introducir un cambio positivo en sus vidas, a pesar de todo.

100

Se quitó las bragas, se sentó sobre el bidet y se lavó por todas partes, como habían ordenado que hiciera cada una de las mujeres de la nueva remesa. Parecía que ni el tipo fornido ni los otros dos que aguardaban apoyados en una pared la habían reconocido ni habían advertido que había alguien más en el grupo.

Aunque, por lo visto, siempre tenía que haber alguna mujer que diera problemas. Esta vez se trataba de la polaca, teñida de rubio y situada justo a su espalda, que rompió a llorar y se negó a lavarse. No tendría más de veinte años, y era evidente que no había entendido que todo aquello iba absolutamente en serio.

—Quiero que salgan de aquí antes de hacer nada —les dijo a los guardias con audacia entre las lágrimas.

—Tú aquí solo quieres una cosa —le espetó uno de ellos en la cara—. ¿Sabes qué es?

La polaca lo miró desafiante

—¡Hacer lo que te dicen, joder! —gritó el tipo, y le soltó una bofetada con el dorso de la mano—. ¿Entendido?

Al no recibir respuesta volvió a atizarla, pero esta vez con el puño apretado y con todas sus fuerzas. El impacto fue tan brutal que pareció como si la cabeza de la mujer fuera a desenroscarse de su esbelto cuello. La polaca se desplomó inconsciente.

El guardia dio unas palmadas para que todas prestaran atención. Entonces se abrió la bragueta y vació su vejiga sobre el cuerpo desmoronado de la mujer.

—Quiero que miréis bien. Esto es lo que ocurre cuando no hacéis lo que os dicen.

Todas observaron a la mujer inconsciente, cuyo pelo se fue humedeciendo y acabó empapado de orina.

—Venga, ¡a moverse! —El guardia se subió la cremallera y se lavó las manos.

Todas, salvo la polaca inerte, salieron del baño y cruzaron el pasillo de nuevo hasta el local lleno de divanes. Sonaba una música machacona a través de los altavoces ocultos, y les ordenaron que se pusieran en fila mirando hacia el escenario. De inmediato se desató un forcejeo entre las mujeres para situarse lo más atrás posible de la cola.

Ella, sin embargo, quería quedarse delante de todo.

—Tú. Sube al escenario. Sí, te hablo a ti, zorra —dijo uno de los guardias indicándole que se moviera.

Ella hizo lo que le decían y se situó en mitad del escenario. Los intensos focos del techo la deslumbraron.

—Date la vuelta —dijo una voz desde algún punto situado tras la luz cegadora.

Ella obedeció.

—Quieta ahí.

Se detuvo, dándole la espalda a la voz.

—Agáchate. Despacio.

Ella inclinó el torso, procurando poner el trasero en pompa y mantener las piernas y la columna bien rectas. Unos pasos se aproximaron al escenario, subieron la escalera y se detuvieron justo detrás de ella.

Las demás no habían dicho una palabra en todo el rato. El silencio era tan denso que tuvo la sensación de que ninguna respiraba siquiera. Entonces notó una mano que se le posaba en la parte posterior del muslo y ascendía veloz hacia su vagina.

—Mmm, afeitada. Así me gusta —dijo una voz masculina.

Notó que le metía el dedo y gimió, fingiendo excitarse.

—¿Te gusta?

—Mmm, sí —dijo ella, meneando el trasero lentamente.

—¿Quieres más?

—¡Ay, sí, por favor!

—Quítate la ropa.

Ella se incorporó, dejó caer el vestido y dio un paso para apartarse de él, mientras Diego Arcas se paseaba a su alrededor, examinándola detenidamente y husmeándose los dedos. De pronto se detuvo, alzó una mano y le palpó los pechos.

—¿Son auténticos?

Ella asintió.

—¿Cuántos años tienes?

—Eso nunca has de preguntárselo a una mujer.

La reacción se materializó al instante en una violenta bofetada que habría de escocerle durante muchos minutos.

—Tú no eres una mujer. Eres una propiedad… ¡eres de mi propiedad! ¡Que no se te olvide!

Ella asintió, dejando que el dolor le recordara que no debía relajarse ni dar por supuesta la victoria antes de hora. Al fin y al cabo, aún no había terminado.

—De rodillas. Y ábreme la bragueta.

Se puso de rodillas, le desabrochó los pantalones y cogió su pene erecto a medias todavía.

—¿Te gusta?

Asintió, sonriendo a la fuerza.

—He dicho que si te gusta.

Ella se lo metió en la boca y sintió que las venas empezaban a henchirse de sangre.

—Así está mejor.

Siguió haciendo un movimiento rítimico con la cabeza, introduciéndoselo tan profundamente como podía, mientras le acariciaba las pelotas.

—Cada una de vosotras, zorras, observad y aprended. Así es como se hace una mamada. —La agarró del pelo y empujó con fuerza, todavía más adentro, lo que dio lugar a que casi se atragantara.

Las embestidas se aceleraron cada vez más, y ella sintió que las pelotas del tipo se tensaban. Para ayudarlo, le introdujo con cuidado el índice en el ano y le acarició el punto G. A los treinta segundos, llegó el momento. La primera descarga la recibió en la boca, pero para la segunda se puso de pie. Arcas tenía los ojos cerrados, absorto en su placer, y tardó unos segundos en abrirlos y mirarla.

—¿Quién cojones te ha dicho que te levantaras?

—Nadie —dijo ella, y ejecutó el movimiento que tantas veces había ensayado frente al espejo.

Dio en el blanco al primer intento y sintió cómo sus dedos índice y medio entraban a fondo en la órbita ocular y se retorcían por detrás del ojo mismo. En cuanto palpó el nervio óptico entre ambos dedos, tiró con todas sus fuerzas. Hecho esto, recogió el vestido y bajó del escenario.

101

Fabian no recordaba haberse quitado la ropa. Y, en cambio, yacía desnudo boca arriba, mirando a un diminuto pavo real que acababa de posarse encima de su pecho y lo había despertado. Las patas asomaban sobre su piel como unas uñas en miniatura. No sabía si ahuyentarlo o no; pero temía cómo pudiera reaccionar y, por tanto, se quedó lo más inmóvil posible, mirándolo vagabundear por su estómago y todavía más abajo, hacía su miembro expuesto.

Niva estaba montándolo con tal brío que sus pechos oscilaban al mismo compás. El albornoz de Sonja yacía a su espalda. Debía de llevar un buen rato, porque ella estaba cerca del clímax. El pavo real había bajado al suelo de un salto y salido por la puerta. Fabian tenía la esperanza de que si lograba salir de allí, como esa ave, sería posible rebobinarlo todo.

Eso no era lo que quería. Él había hecho un plan. Pero a pesar de todo, gozaba sin poder evitarlo de los movimientos de Niva. Y ella, por su parte, disfrutaba claramente teniéndolo dentro. Fabian entrevió una expresión victoriosa en sus ojos. Al fin había conseguido lo que había deseado desde hacía tanto tiempo.

Estaba desatada. Tenía la frente, el cuello y los pechos cubiertos de sudor, de manera que las gotas caían sobre él. Niva se pasó ambas manos por el pelo, se tensó hacia atrás e incrementó el ritmo.

Ya estaba cerca, muy cerca.

Fabian lo notó y respondió a sus embestidas con más fuerza hasta que ella se lanzó adelante y atrás en un último espasmo, gimiendo de placer. Él también estaba a punto. Ya era irrelevante que no lo deseara, ni tampoco el hecho de que habría de lamentarlo el resto de su vida. Nada importaba ahora, nada podía detenerlo.

Fue Niva la que se detuvo y se salió sin previo aviso. La palpitante frustración que él sintió fue casi dolorosa. Aún esperaba que ella se pusiera a cuatro patas o se tumbara boca arriba; pero lo que hizo fue sentarse a horcajadas sobre el rostro de él y se lo restregó con el sexo. Fabian lamió y succionó con avidez, saboreando sus jugos y jugueteando con la punta de la lengua.

La oyó gemir de nuevo e hizo todo lo posible para ayudarla. Ella se apretaba con más y más fuerza, hasta que él ya casi no pudo respirar. Trató de zafarse, necesitaba aire. Pero los muslos de Niva eran demasiado vigorosos y le inmovilizaron la cabeza mientras ella tensaba el resto del cuerpo, preparándose para que lo sacudiera otra oleada.

102

Todos gritaban a la vez: no solo las chicas, sino también los guardias. Ella no se inmutó, ya había previsto el caos y el pánico. También suponía que algunos guardias serían más rápidos que otros y que saldrían tras ella. Lo único que la sorprendió fue aquel estridente alarido, que resonó de un modo ensordecedor superando el alboroto. Por alguna razón, había creído que Diego Arcas se portaría como un hombre.

Ella ya estaba a bastantes metros del escenario y oyó cómo la perseguían dos guardias. Reprimió el impulso de mirar atrás. No había tiempo para vacilar y empleó todas sus energías en aumentar el ritmo. Había practicado mucho en las pistas y sabía que la velocidad era fundamental para saltar por encima de los divanes y reducir a la mitad el número de segundos que la separaban del centro de control.

Al principio había pensado que le resultaría difícil correr deprisa con tacones, pero mientras mantuviera el centro de gravedad en la punta de los pies no tendría ninguna dificultad. Saltó el primer diván casi como si no existiera e hizo otro tanto con el segundo. Oyó a los dos guardias muy cerca. Cuatro zancadas más y saltó el tercer diván; no le quedaba más que un trecho de diez metros para llegar a la puerta.

Convencida de que la adrenalina mejoraba su marca personal en tres segundos al menos, abrió de un tirón la puerta del centro de control, la cruzó y se apresuró a cerrarla. Aunque los guardias llegarían de inmediato, inspiró hondo varias veces y miró el ojo ensangrentado que tenía en la mano. Era la última pieza del puzle para que su amado volviera a estar íntegro.

Sacudieron el pomo de la puerta desde el otro lado, y enseguida sonaron fuertes patadas. A través de una de las cámaras de vigilancia situadas sobre el tablero de control, vio que eran cuatro guardias. No tardarían en encontrar la llave y en tratar de abrir; y en cuanto descubrieran que no funcionaba, usarían las pistolas.

Sacó el frasco de plástico de su escondite detrás de los archivadores, desenroscó la tapa y metió el ojo en el fluido. Lo cerró y se lo introdujo en la vagina. Se limpió las manos ensangrentadas con unas toallitas, se puso el vestido y tiró del sedal de pesca apenas visible que estaba atado a una cuerda de nudos.

Empezó a trepar por la cuerda en el preciso instante en que los primeros disparos impactaban en la cerradura. Ella era ligera y ágil, y nunca había tenido los brazos tan fuertes; no le costó llegar arriba. Pero lo más difícil venía ahora. Para poder colarse por la escotilla de inspección y dejarla cerrada tras ella, tendría que ponerse cabeza abajo y meterse en el conducto de ventilación con los pies por delante.

Lo había hecho sin grandes dificultades cada vez que lo había ensayado, pero entonces no

tenía las manos sudadas ni se hallaba bajo la tensión de que los guardias forzaran la puerta en cualquier momento. Al final consiguió izarse, poner otra vez la rejilla y arrastrarse hacia atrás a lo largo del estrecho conducto.

Un minuto escaso después, oyó que los guardias echaban abajo la puerta del centro de control y se ponían a discutir por dónde se habría escapado. Al poco rato, dispararon hacia lo alto.

El ruido de los disparos reverberó por el conducto, que actuaba como un amplificador. Aunque se había alejado a una distancia suficiente, se vio obligada a taparse los oídos. A un par de metros, el conducto se bifurcaba una vez y luego otra. Les resultaría muy difícil deducir por dónde había seguido. Lo más probable era que se dividieran y se pusieran a disparar a voleo por el interior de los conductos.

Lo cual no le preocupaba. Sabía que ellos no tardarían en tener otros problemas. En cualquier momento los pillarían de nuevo desprevenidos. Pero eso ya no estaba en sus manos. Si hubiera dependido de ella, habría preferido tener los derechos exclusivos sobre esa noche tan particular, que era la única ocasión en la que podía acercarse a Diego Arcas.

Los disparos cesaron, tal como había previsto, y tras unos segundos de silencio, se oyeron gritos y voces por todos lados. El pánico se desató a sus pies. Pensó que ese fragor era como el de la llegada de un tsunami. El corredor que tenía justo debajo se llenó de gente. Pero ya no la perseguían a ella. En esos momentos la presa eran los guardias y las mujeres. Se arrastró hasta el local principal y atisbó a través de la rejilla.

La policía.

Estaban por todas partes, esgrimiendo las pistolas y protegidos con chalecos antibalas. Algunos descendieron desde la claraboya oculta del techo. Contó al menos diez agentes. Trataban de tomar el control de la situación y, en inglés, ordenaban a todos que se pusieran boca abajo en el suelo, con los brazos y las piernas extendidos.

Algunas de las chicas obedecieron. Otras intentaron huir, pero fueron apresadas de inmediato y obligadas a tumbarse en el suelo. Cuatro guardias estaban ya en el suelo, con las manos esposadas detrás. Dos policías se dirigieron al escenario, donde Diego Arcas seguía tendido en un charco de sangre, con las dos manos sobre la cara.

Ella siguió a rastras por el conducto con el mayor sigilo posible y fue alejándose de las inquietas voces de los policías, que habían empezado a darse cuenta de lo ocurrido.

A medida que avanzaba, notaba que las paredes metálicas se volvían bastante más frías. Cuando el conducto giró hacia arriba más o menos un metro para continuar horizontalmente, dedujo que ya faltaba poco. La temperatura había bajado a varios grados bajo cero, y ella tuvo que aumentar el ritmo para que sus manos húmedas no se pegaran al gélido metal. La desventaja era que así hacía más ruido, pero no podía evitarlo. Confiaba en que los agentes de policía estuvieran ocupados con otras cosas.

Unos metros más adelante sus zapatos de tacón tropezaron con la rejilla. Le bastó una buena patada para salir al patio. Ya casi lo había logrado. El plan había resultado como esperaba.

Ella contaba con que, después de colocar la rejilla en su sitio y de ponerse en marcha, el foco sensible al movimiento se encendería y le iluminaría el camino hacia los cubos de basura.

Pero el foco ya estaba encendido.

No comprendió la gravedad de la situación hasta que ya no hubo remedio.

—¡Vaya! Mira lo que tenemos aquí —dijo una voz a su espalda.

Alzando las manos, se giró en redondo y vio a un risueño agente de operaciones especiales que emergía de la oscuridad con un fusil en una mano y unas esposas en la otra.

103

Fabian no sabía seguro si estaba dormido o despierto. Tampoco si lo que recordaba era un sueño distorsionado o había ocurrido de verdad. Los detalles eran tan nítidos que no podían ser sino auténticos, con la excepción de un diminuto pavo real que había estado allí y le había recorrido todo el cuerpo. No comprendía por qué, pero últimamente ese pavo real aparecía en sus sueños con frecuencia.

No, no podía ser. Tenía el convencimiento de que había vislumbrado la llama, de que la había atisbado ardiendo débilmente, eso sí, y de que se le había ocurrido un plan para que Sonja y él encarrilaran las cosas. Aún no se había atrevido a abrir los ojos. Dormir le proporcionaba alivio, aunque ahora ya estaba despierto por completo. Sabía que la dura realidad estaría mirándolo a los ojos y prefería aplazar el momento lo máximo posible. El timbre del teléfono no le dejó alternativa.

—¿Dónde demonios te has metido? —Era Tomas Persson.

—¿Qué quieres decir? ¿Ha ocurrido algo? —Fabian se sentó en la cama.

—¿Que si ha ocurrido algo? ¿En qué planeta vives? ¿Ya no te acuerdas de Diego Arcas?

«¡Uf, claro!», pensó Fabian, advirtiendo que Niva ya no seguía allí. ¿De verdad había estado con él en la cama? Sí, sin la menor duda. Estaba seguro, tan seguro como lo estaba de que se había encontrado de repente desnudo, a pesar de que él se había tumbado vestido en la cama. Y ahora, por el contrario, volvía a tener la ropa puesta…

—Höglund y Carlén están furiosos contigo y han presentado una queja —continuó Tomas.

—¿Una queja por qué? —Risk notó que le estaba entrando dolor de cabeza e hizo un esfuerzo para levantarse.

—¿Por quedarte dormido quizá? No lo sé. La cuestión es que se ha desatado un auténtico caos allí antes de que llegara el equipo de las fuerzas especiales, porque cuando han entrado por fin ha resultado que Arcas estaba sangrando a lo bestia encima del escenario.

Mientras se dirigía al baño por el pasillo y miraba alrededor buscando a Niva, Fabian se devanó los sesos para hilar una frase con sentido.

—Ahora tú deberías preguntar por qué sangraba a lo bestia.

—Tomas, no tengo tiempo para esto. —Entró en el baño y se echó agua en la cara.

—Qué pesado te pones. Jarmo y yo no estábamos dentro del club y no hemos visto lo que ha ocurrido, así que hemos llamado al hospital donde han ingresado a Arcas.

—¿Y? ¿Qué os han dicho?

—Le falta un ojo.

—¿Cómo que le falta un ojo? —Fabian se secó con una toalla.

—Cómo demonios voy a saberlo. Alguien se lo ha sacado. Y yo diría que ha sido una de…

—Las chicas.

—Exacto. Me alegra oír que ya te has despertado.

—¿Sabes si han detenido a alguien?

—Ni idea. Pero aquí hay chicas por todas partes.

—¿En el departamento?

—Sí; las están interrogando agentes uniformados de refuerzo con ayuda de intérpretes. Muchas ni siquiera hablan…

—Tomas, escucha. Es importante —dijo Fabian echándose desodorante bajo la camisa—. Encárgate con Jarmo de que cada una de esas chicas esté esposada. Y de que no dejen que se vaya ninguna. ¿Entiendes? Ninguna. —Salió a toda prisa del baño y vio a Sonja entrando en el vestíbulo.

—¿Y cómo demonios vamos a hacerlo? Höglund está prácticamente fuera de sí. No va a permitir…

—Yo me ocuparé de él. Ahora tengo que dejarte.

—Pero…

—¡Haz lo que te digo! —Risk colgó, intentó recomponerse y se acercó a su mujer, sin saber si debía abrazarla—. Hola, cariño.

—¿No me das un beso?

—Claro. Es que no sabía… —Se calló y le dio un abrazo—. Escucha, estoy en mitad de un asunto y voy a salir ahora mismo.

—Vale, no pasa nada —dijo ella asintiendo—. Voy a recoger algo de ropa y a comprar los últimos regalos. Vendrás esta noche, ¿no?

Fabian la miró en silencio. Nada le habría gustado más que prometerle que se pondría en camino sin falta para celebrar las Navidades tal como habían planeado. Quizá las cosas salieran bien por una vez y Aisha Shahin estuviera ya detenida. En ese caso, solo le quedaría confrontar a Edelman con las pruebas y hacerle ver que no tenía más remedio que anular la investigación cerrada en falso. Pero él ya había hecho demasiadas promesas que luego no había cumplido.

—Vale, ya veo.

—Sonja…

—No importa, Fabian. Comprendo que estás metido de lleno en un caso del que no puedes hablar, pero estaría bien que vinieras a celebrar las Navidades con toda la familia.

—Es lo que más deseo, pero…

—He pensado mucho en lo que te dije el domingo pasado… —Desvió la mirada.

«Ha llegado el momento», pensó Fabian. Sonja había reunido la energía necesaria para decirle que quería romper. Y quizá era eso lo que tenían que hacer. Quizá su sueño de anoche —¿o había sido real?— era una prueba de que la llama se había extinguido, de que su relación estaba muerta y había que enterrarla antes de que el proceso de descomposición hubiera avanzado demasiado.

—Si tú quieres, yo también —dijo Sonja mirándolo a los ojos.

Fabian sintió que le volvían las energías y trató de decir algo.

—Espera, no he terminado. Cuando haya pasado todo esto que ahora tienes entre manos, quiero que volvamos a empezar: que volvamos a empezar de verdad.

Fabian se inclinó y la besó. Notó que ella respondía por primera vez desde hacía mucho tiempo y que estaba dispuesta a darle a su relación una última oportunidad. Pero entonces los labios de Sonja se tensaron y su lengua se escondió.

—Es casi para sentirse un poco celosa.

Fabian se giró en redondo y vio que Niva salía de la sala de estar, totalmente vestida.

—Tú debes de ser Sonja. Niva Ekenhielm. —Le tendió mano.

—Ya sé quién eres —dijo Sonja sin mirar la mano siquiera—. Lo que no sé es qué haces aquí.

—Está ayudándome en la investigación. Hemos trabajado día y noche —dijo Fabian. No supo cómo continuar.

—Tendrás que excusarme, no pretendía molestar, pero debo decirle una cosa a Fabian. —Niva se volvió hacia él y le informó—: Tomas me ha hablado de tu teoría y creo que cuadra. Al parecer, Diego Arcas tenía una cicatriz importante en mitad de la córnea izquierda y estuvo muchos años en una lista de espera para conseguir una nueva, hasta que lo dejó correr.

Fabian asintió secamente para indicarle que hablarían más tarde.

—Lo cual reafirmaría la información de que Semira Ackerman tenía problemas en el ojo derecho —prosiguió Niva, y le pasó un documento impreso.

—Creo que me voy —dijo Sonja dando media vuelta.

—No, espera. Cuéntame más cosas. ¿No ibas a recoger algo de ropa? —dijo Fabian—. ¿Y qué tal si te tomas un café?

Sonja los miró, apretó los dientes, negó con la cabeza y salió del apartamento.

—¡Uf, chico! Espero que no se haya enfadado —exclamó Niva.

Fabian la miró con fijeza para tratar de averiguar lo que estaba pensando y si había ocurrido algo entre ellos. ¿Acaso estaba jugando con él? Tal vez esa sonrisa era de alegría malsana al verlo tan perplejo y desesperado. Pero lo último que iba a hacer era humillarse aún más y preguntarle directamente.

Prefería mantenerse en la duda.

104

Hasta entonces las cosas habían salido en gran parte como ella esperaba. Aparte de algunos contratiempos menores que ya habían sido solventados, lo único que le preocupaba era el asunto del coche del ministro de Justicia. La policía danesa lo había encontrado en el fondo del puerto de Helsingør, pero por algún motivo la conexión entre ambos países no había prosperado. Tarde o temprano, sin embargo, en alguno de los dos lados de la frontera sacarían conclusiones. Entonces se pondrían en contacto, descubrirían por fin lo que se hallaba oculto bajo la superficie y Gidon Hass se convertiría en un recuerdo lejano.

En un mundo perfecto, en ese momento ella habría estado al volante del coche de alquiler, dirigiéndose por última vez al aeropuerto con todas las partes robadas de Efraim conservadas en hielo en el interior de su maleta hermética.

Incluso había confiado en que, después de facturar y cruzar el control de seguridad, tendría tiempo para celebrarlo con una copa de champán. Nunca lo había probado e ignoraba si le gustaría, pero desde luego la tendría bien merecida si conseguía hacer todo el recorrido hasta la línea de meta. Aun cuando esa copa tuviera que ser la última.

Y, por el contrario, se hallaba esposada a una silla de la comisaría de policía.

Lo cual solo podía interpretarse como un serio contratiempo.

No se sentía inquieta en absoluto. Era sencillo: no había tenido en cuenta el riesgo de que la policía pudiera detenerla también a ella. Por suerte, había preparado un plan para manejar una situación semejante: un plan que más bien habría preferido evitar, pero que no tenía otro remedio que llevar a cabo.

El agente que la había detenido en el patio se había tragado toda su historia. Le había dicho que se las había ingeniado para separarse del grupo de mujeres y que se había escondido en el conducto de ventilación. Él había procurado calmarla y le había explicado que ya no tenía nada que temer. La había llevado a la furgoneta, donde se había mezclado con las demás chicas.

Ahora parecía una víctima más. El agente que estaba sentado frente a ella, un tipo mal afeitado y de olor mohoso, no parecía sospechar nada. Ella le había dado las respuestas previsibles y él las había ido anotando escrupulosamente con una letra desgarbada.

Fabian Risk era muy diferente. Ya la había sorprendido más de una vez. De forma inesperada, había llegado uno de sus compañeros y la había esposado a la silla, aunque no la había reconocido. De hecho, en la comisaría nadie parecía reconocerla, a pesar de que durante el último año había fregado los pasillos, limpiado las mesas y vaciado las papeleras en incontables ocasiones. Pero seguro que Risk aparecería pronto, y él no sería tan fácil de esquivar.

Aun así, no se arrepentía de haberlo dejado con vida en su momento, abandonando el

apartamento clausurado antes de que él llegara. Al final, o bien Fabian, o bien esa agente danesa, atarían todos los cabos. Y si él no lo hacía enseguida, lo haría en cuanto examinara su ordenador. Se planteó si no debería estar más preocupada. El plan pendía de un hilo muy fino, y muchas cosas —no solo una— podían salir mal.

Pero ella se sentía como si eso apenas tuviera importancia, como si hubiera atisbado el futuro y supiera que la cosa daría resultado. Estaba completamente tranquila, aunque no pareciera razonable estarlo y aunque no fuera un rasgo típico de ella, que siempre prefería prevenir que curar. En el fondo, tenía la convicción de que Dios, que había permanecido a su lado desde el principio, no le fallaría en el último momento. Por tanto, se arrellanó en la silla y cerró los ojos.

Ya estaba muy cerca.

Más cerca de lo que jamás podría haber soñado.

105

Todos los años, en la víspera de Nochebuena, Herman Edelman y los demás miembros de la cúpula policial celebraban un prolongado almuerzo en el Stadhuskällaren. Era una tradición que se había consolidado tanto en los últimos años que ni siquiera una operación a gran escala, como la ejecutada contra Diego Arcas, los forzaba a suspenderla.

Fabian no tenía tiempo que perder. Si resultaba que Aisha Shahin era una de las chicas detenidas en el Black Cat, no podía arriesgarse bajo ninguna circunstancia a que se le escapara de las manos. Pero, por otro lado, necesitaba que Edelman le diera luz verde para detenerla oficialmente, lo cual implicaba que habría de poner todas las cartas sobre la mesa, por mucho que prefiriese evitarlo. Sin la aprobación de su superior, no tendrían más remedio que soltarla.

Tras cruzar el Stadshusbron, efectuó un brusco viraje a la izquierda a través del carril contrario, embistió el banco de nieve amontonado en el carril de bicicletas y aparcó en mitad de la acera, frente al Stadshuset. Aunque era mediodía, ya estaban encendidas las velas decorativas en la entrada del restaurante, situada en el ala este del edificio,

Los encontró en un reservado de la parte trasera, bajo unas arcadas de piedra. Y a juzgar por el alboroto que armaban entre todos, ya debían de haber trasegado bastante. Estaban allí el comisario general, Bertil Crimson, y el fiscal, Jan Bringåker, así como Anders Furhage, del Säpo, con Eva Gyllendal, la jefa de la policía de Estocolmo, sentada a su lado. El grupo se había ampliado para incluir a Ingrid Brantén, la jefa de gabinete del ministro de Justicia. Se sentaba junto a Herman Edelman, lo cual no era de extrañar porque Fabian deducía que ambos habían mantenido mucho contacto últimamente.

—¡Fabian! —exclamó Edelman al verlo—. Creía que estarías preparando galletas de jengibre.

—Eso haré en cuanto haya hablado contigo.

—Como ves, estoy un poco ocupado. ¿No puedes esperar?

—Por desgracia, no. Pero si no puedes levantarte, hablamos aquí mismo. —Fabian esperó a que alguno de los demás comensales preguntase de qué se trataba, pero nadie dijo nada.

Al fin el propio Edelman rompió el silencio, contrariado, y dijo:

—Parece que tendréis que pasar unos momentos sin mí, pero volveré enseguida. —Alzó su vaso de *schnapps*, se lo bebió y se puso de pie.

Fueron a una mesa libre situada a cierta distancia. Antes de que tomaran asiento, el alboroto de los demás recuperó el volumen de antes.

—¿A qué viene esto? —dijo Edelman con un tono que evidenciaba que no iba a perder el

tiempo con naderías.

—Es posible que hayamos arrestado al verdadero asesino y necesito tu aprobación para…

—Creía que ya habíamos terminado con este asunto.

—Sí, tú quizá habías terminado, pero nosotros, no.

—Eso déjame decidirlo a mí.

—Herman, sé que Carl-Eric Grimås compró ilegalmente un órgano en el mercado negro, y me consta que fuiste tú quien le ayudó a contactar con la embajada y, a través de ella, con el patólogo Gidon Hass.

—Grimås no cometió ningún delito.

—¿Ah, no? ¿Y cómo calificas tú la adquisición de un hígado en el mercado negro?

—De entrada, eso no era ilegal en Israel entonces. Pero yo, además, no entiendo por qué alguien debería sentirse culpable por querer seguir viviendo. ¿Quién no quiere continuar respirando y aferrarse al sueño de la inmortalidad? —Le hizo una seña al camarero, que llevaba una bandeja llena de vasos de *schnapps*, y cogió dos para ellos—. Es muy fácil para ti encamararte a ese pedestal virtuoso; estás en la mitad de la vida. Aunque sepas que algún día todo llegará a su fin, vives tu vida como si fuera a ser eterna. Te aseguro que eso cambia cuando llegas a mi edad; y, bueno, algunos están más desesperados que otros. Yo no me atrevería a considerarlos culpables, al menos hasta que yo mismo me vea en ese aprieto.

—Si no te parece tan importante, ¿por qué te esforzaste tanto en ocultar la verdad?

Edelman se mostró perplejo unos segundos. Después esbozó una sonrisa y enseguida se echó a reír.

—Te he enseñado bien, joven Padawan. —Empujó un vaso de *schnapps* hacia Fabian y alzó el otro—. Salud.

Risk cogió el vaso, lo levantó también (esta vez no iba a cometer el error de rechazar la invitación), y lo vació de un trago. Iba a necesitar toda la ayuda posible.

—Es gracioso, ¿sabes? Cuando te miro, me parece como si estuviera mirándome en un espejo. Aparte de la barba y de esta barriga que ya tenía a tu edad, no hay grandes diferencias entre nosotros. Igual que tú ahora, yo estaba convencido de que todas las investigaciones debían ser resueltas. Me tenían sin cuidado los recursos requeridos o las posibles consecuencias: la verdad era prioritaria y siempre valía la pena. Pero desde hace tiempo me he dado cuenta de lo equivocado que estaba. La llamada «verdad» no es más que una quimera, y su búsqueda constante me ha acabado costando todo lo que realmente me importaba. Ya es tarde para mí, pero no para ti. Tómatelo como un buen consejo.

—Tú sabías desde el principio que Kremph era inocente y que el responsable de estos crímenes era otra persona, alguien que estaba lejos de haber terminado; por eso, enfocaste la investigación en la dirección equivocada para protegerte a ti mismo, para encubrir tu implicación. De no haber sido por ti, tal vez habríamos podido salvar a Adam Fischer y a Semira Ackerman. ¿Y pretendes que me deje aconsejar por ti? Menuda chorrada.

—Mira, Fabian, puedes ponerte todo lo duro que quieras. Me da igual. Detuvimos al asesino y está muerto. El caso ha quedado cerrado y ahora todos vamos a irnos de vacaciones. Por mucho que te cueste creerlo, no puedes hacer nada. Absolutamente nada. Así que felices Navidades —añadió y, levantándose, le dio la espalda.

«Deja que cierre la puerta.»

Edelman se detuvo en seco y se giró hacia Fabian, que seguía en la mesa con el móvil en la mano.

«No me digas que es otra vez sobre esa maldita filtración.»

«Así es, por desgracia.»

«O sea que el documento todavía no ha aparecido.»

«No, pero…»

«Lo sabía. Esto es precisamente lo que me preocupaba. Lo intuía. Jamás habría accedido a meterme…»

Risk interrumpió la grabación de la conversación telefónica entre Edelman y Grimås, dejó el móvil sobre la mesa y dijo:

—Terminaremos cuando yo lo diga.

Edelman miró fijamente el móvil.

—¡Vaya! Niva está otra vez a bordo. Interesante. Ella siempre ha sentido debilidad por ti. Supongo que eres consciente de que esa grabación no se sostendrá ante un tribunal, para no hablar de que has cometido un delito al obtenerla.

—Denúnciame si quieres. Pero primero quiero que te sientes otra vez. —Risk se guardó el móvil en el bolsillo.

Edelman tomó asiento.

—¿Qué quieres que haga?

—Que abras el caso de nuevo y me des total libertad para dirigirlo. Dile a Höglund y Carlén que necesitaré una sala de interrogatorios y que se encarguen de tener preparada una orden de arresto y toda la documentación restante en treinta minutos. Considerando que Jan Bringåker está en tu mesa, no creo que sean necesarios más de quince.

Edelman adoptó un aire sombrío mientras reflexionaba. Cuando al fin asintió, Fabian ya se había levantado y se dirigía hacia la puerta.

106

Aunque Fabian reconocía las sucias paredes blancuzcas, los apliques marrones que contenían al menos un par de fluorescentes parpadeantes y el gastado linóleo grisáceo del suelo —al que ya no era posible darle aspecto de limpio—, se detuvo tras avanzar unos metros y se preguntó por un momento si no se habría equivocado de sitio.

Las oficinas del departamento, donde solía reinar la calma y un ritmo más bien pausado, estaban ahora repletas de gente y de caras nuevas. Aquello no iba ser tan fácil como había imaginado. Incluso su propia mesa estaba ocupada por un agente uniformado, que hablaba por teléfono mientras se limpiaba las uñas con una regla.

Como pudo ver, Tomas y Jarmo habían esposado a las chicas a las sillas en las que se sentaban. Escuchó el murmullo de las preguntas que les hacían: de dónde venían, cómo se habían puesto en contacto con Arcas, qué maltratos habían sufrido… Pero no parecía que formularan la pregunta más importante: ¿quién le había sacado un ojo a Diego Arcas? Las estaban tratando a todas como víctimas de una red de tráfico de blancas. Y tal vez era así, al fin y al cabo, porque Aisha Shahin podía haber escapado antes de llegar a comisaría.

Pero Risk lo dudaba. La operación en el club había sido muy exhaustiva; por tanto, cabía la posibilidad de que ella estuviera también en el departamento, dando respuestas verosímiles y esperando la ocasión para escabullirse. Quizá se trataba de cualquiera de las chicas capturadas: una mujer que imitaba sus miradas inquietas y se apropiaba de fragmentos dispersos de las historias que ellas contaban.

Se apresuró a dar una vuelta para ver cuántas mujeres había y qué aspecto tenían. Sopesó la idea de reunirlas a todas en una misma habitación para mirarlas a los ojos y observar si alguna se distinguía de las demás. Pero tal vez ninguna había visto con exactitud lo que había sucedido, y a lo mejor ni siquiera se conocían entre ellas y era la primera vez que se veían. También se le ocurrió que algún agente podía cotejar sus relatos, mientras Niva comprobaba los datos para averiguar cuál mentía. Pero eso llevaría tiempo, teniendo en cuenta la barrera idiomática.

Y tiempo era de lo que no disponían.

Había otra persona en la que pensaba sin cesar. Los agentes a los que había puesto a investigar la desaparición de Malin Rehnberg estaban trabajando a contrarreloj, y él se aferraba a la esperanza de que la asesina no encontrara motivos para convertirla en la siguiente víctima, puesto que Malin no estaba implicada en el tráfico ilegal de órganos. Pero aun suponiendo que siguiera viva, estaría atada y muerta de miedo en alguna parte, y él tenía la responsabilidad de localizarla antes de que se le acabara el tiempo. Le había hecho una promesa a Anders, y no se lo perdonaría jamás si no lograba cumplirla.

Pasó a toda prisa junto a la sala de reuniones, que también estaban utilizando como sala de interrogatorio. Se detuvo un momento para echar un vistazo y, de pronto, todas sus dudas se disiparon. Ella estaba esposada a la silla donde Jarmo solía sentarse siempre. Fabian ignoraba cuál era su aspecto, pero, pese a ello, estaba seguro: la melena castaño-dorada, los ojos azules claros, la piel cobriza… No podía ser otra. El vecino de su apartamento tenía razón. Era extraordinariamente hermosa.

Ella se volvió a mirarlo cuando entró, y él captó en sus ojos que sabía quién era.

—¿Aisha Shahin? —preguntó.

La mujer asintió.

—Ha tardado mucho. Llevo esperando más de cinco horas.

—¿Cómo? ¿Habla sueco? —dijo el agente uniformado que la había interrogado revisando sus notas—. ¿Usted no era de Irak o por ahí?

—Ya puede tirar esos papeles —respondió ella, mientras el agente se volvía hacia Fabian con expresión desconcertada.

—Yo me encargo ahora —dijo él, y se sentó, todavía sorprendido por la actitud calmada de la mujer—. ¿Esto significa que quiere confesar?

Parecía que ella había estado esperando esa ocasión. Y, en efecto, asintió. Risk estaba asombrado.

—Así pues, ¿reconoce haber cometido los asesinatos de Carl-Eric Grimås, Adam Fischer, Semira Ackerman y también, hace unas horas, de Diego Arcas?

—Dudo que Arcas esté muerto, a pesar de que es el que más se lo merece. Aparte de eso, la respuesta es sí.

—¿Responderá lo mismo en un interrogatorio oficial?

—Si me deja pasar antes al baño. Hace una hora y media que me estoy aguantando.

Fabian estuvo a punto de decir que no. Lo último que quería era ceder a cualquiera de sus demandas. Pero no podía negarle una visita al baño. Abrió la esposa fijada a la silla, se la ciñó en su propia muñeca y la acompañó.

Decidió llevarla al lavabo para discapacitados. A diferencia del otro cuarto de baño, que contaba con una hilera de cubículos, allí no había ventanas y, además, la dejaría esposada a uno de los asideros. El único problema era que ella no podía llegar a la puerta para echar el cerrojo, pero él le aseguró que esperaría fuera hasta que hubiera terminado.

Entretanto, aprovechó para enviarles un mensaje a Tomas y a Jarmo, que habrían salido a almorzar; les comunicó que la había encontrado y que pensaba efectuar un interrogatorio preliminar. Añadía que prefería hacerlo solo, pero que volvieran lo antes posible después del almuerzo.

«De acuerdo», respondió Tomas al cabo de unos segundos. Fabian debía reconocer que su opinión sobre él había cambiado radicalmente. Hasta entonces lo había considerado un joven semental engreído y rebosante de esteroides sin la menor capacidad analítica. Al principio no entendía cómo lo soportaba Jarmo, ni tampoco —ya puestos— por qué lo había contratado Edelman.

Pero a lo largo de los últimos días había ido emergiendo una imagen diferente de él. Desde luego, seguía siendo tan irritante como siempre, pero parecía más rápido y más centrado que la mayoría de los demás. Fabian estaba seguro de que había sido Tomas, en lugar de Jarmo, quien

se había encargado de embalar los materiales de la investigación para que no desapareciera nada. Además, parecía poseer un sentido de la lealtad y un compromiso nada comunes, tanto respecto a los otros miembros del equipo como a la búsqueda de la verdad.

Echó otro vistazo al reloj. La mujer ya llevaba casi diez minutos dentro. Intuía que iba a quedarse ahí fuera con el culo al aire, convertido en la víctima de un engaño. Había algo raro en la calma que ella demostraba. Daba la impresión de que no tenía nada de qué preocuparse. Se le había pasado algo por alto en ese lavabo. ¿Un pasadizo quizá? ¿Una salida que luego le resultaría tan evidente que no podría comprender cómo no se le había ocurrido?

Volvió a consultar la hora. Habían transcurrido once minutos y medio. Aunque él era capaz de pasar mucho más rato en el baño, dio unos golpes en la puerta y le ordenó que se diera prisa. No hubo respuesta. Justo cuando llamaba de nuevo, comprendió lo que se le había escapado y abrió la puerta de golpe.

Aisha Shahin estaba colgada de un gancho de la pared. Las piernas apenas le llegaban el suelo y el brazo esposado formaba un forzado ángulo recto desde el asidero. Tenía la boca abierta, los ojos cerrados y una toalla retorcida alrededor del cuello. Él se apresuró a descolgarla del gancho y la depositó en el suelo, junto al inodoro. Aún tenía pulso, aunque débil, pero su respiración se había detenido. Puso la boca sobre la de la mujer y le insufló aire una y otra vez, hasta que empezó a toser y recuperó el conocimiento.

—¿Se acuerda de mí? —preguntó Fabian captando por fin una expresión de inquietud en sus ojos—. No va a librarse tan fácilmente. —Colocándose una esposa en la muñeca, la levantó—. Espero que haya hecho todas sus necesidades, porque este va a ser un interrogatorio muy largo.

107

Por lo general, Fabian ofrecía café o té, incluso algo dulce, a las personas a las que interrogaba. La experiencia le había enseñado que solía obtener respuestas más relevantes si la persona en cuestión se sentía relajada. Pero esta vez no ofreció nada. Continuaba enfadado por el intento de la mujer de engañarlo y quitarse la vida, pese a que lo entendía. Al parecer, ella ya había terminado su misión y no le quedaba nada más que hacer en este mundo.

Pero él estaba lejos de haber terminado. Quería saber porqué. ¿Qué horrible experiencia había sufrido para explicar sus actos? Quería saber cómo lo había planeado, cómo había conseguido no solamente superar todos los obstáculos, sino andar siempre un paso por delante de la policía. Había infinidad de preguntas pendientes, muchas más de las que podían cubrirse en una sola sentada.

Pero ahora no pretendía formular ninguna de ellas.

Se dispuso a grabar:

—Soy Fabian Risk. Son las tres y dieciséis de la tarde del 23 de diciembre de 2009. Estoy con Aisha Shahin, que ha rechazado la asistencia de un abogado. —La miró a los ojos—. ¿Mató usted a Carl-Eric Grimås, Adam Fischer y Semira Ackerman?

—Sí, correcto.

—¿Agredió a Diego Arcas y le sacó el ojo izquierdo?

—Sí, correcto.

Fabian mantuvo la mirada fija en ella. No le parecía que tuviera la menor intención de desviar la suya. Ni siquiera estaba seguro de haberla visto parpadear.

—¿Ha secuestrado a otras personas que yo no he nombrado y que ahora mantiene presas?

—Sí, correcto.

—¿Puede decirme sus nombres?

—Sofie Leander y su compañera policía, Malin Rehnberg.

—¿O sea que todavía están vivas?

—Por ahora, en todo caso.

—¿Qué ha hecho con ellas?

—¿Con cuál?

—Con Malin Rehnberg.

—Dejémosla por ahora; empecemos por Sofie. Malin, seguramente, aún está dormida y, mientras siga así, no corre peligro.

Risk se preguntó qué podía significar esa respuesta, pero decidió dejarlo de lado por el

momento.

—De acuerdo. Sofie Leander… ¿qué órgano le quitó?

—El riñón izquierdo.

—¿Por qué lo hizo?

—Porque no era suyo.

—¿De quién era, entonces?

—De Efraim.

—¿Y quién es Efraim?

Entonces desvió ella la mirada, y Fabian vio que tragaba saliva. Estaba sopesando sus palabras.

—Un hombre, un hombre al que amaba más que a nada en el mundo.

—¿Era su marido?

Ella negó con la cabeza y se enjugó los ojos con las manos esposadas.

—El micrófono solo recoge sonidos, por lo que le repetiré la pregunta. ¿Era su marido?

—No.

—¿Su novio? ¿Un pariente?

—No.

—Pero usted lo amaba más que a nada en el mundo.

—Sí. ¿Tan difícil es de entender?

—Depende de lo que entienda por difícil. Es un poco… ¿Cómo le diré? Un poco…

—Por lo que veo, usted nunca ha amado así a nadie. —Ella lo miró con fijeza.

Fabian perdió el hilo y se dio cuenta, aunque tarde, de que era él quien apartaba a su vez la mirada. Había supuesto que el interrogatorio sería un arduo forcejeo. Pero se hallaba frente a una asesina que lo confesaba todo encogiéndose de hombros.

—Los demás órganos que se ha llevado —prosiguió tratando de retomar el hilo—, ¿también eran de Efraim?

—Sí, correcto.

—Y esa Sofie Leander, ¿todavía sigue viva?

—Ya me lo ha preguntado.

—¿Dónde la tiene?

—En un lugar seguro.

—Repito la pregunta: ¿dónde la tiene?

—Puedo enseñarle el camino.

—Preferiría que me lo dijera.

—Repito la respuesta: puedo enseñarle el camino. De lo contrario, tendrá que encontrarla usted, pero es casi seguro que ya no estará viva.

—Entonces, ¿se niega a decirme dónde está?

—Lo ha entendido correctamente.

108

Habían decidido implicar al menor número de efectivos y de personas ajenas a la investigación para no perder un tiempo que podía ser precioso. Además, la mayoría de los agentes que todavía estaban de servicio seguían ocupados con las secuelas de la redada llevada a cabo en el Black Cat.

La comitiva estaba compuesta por tres vehículos. Cruzaron unas calles tan desprovistas de tráfico que parecía como si todo Estocolmo hubiera sido acordonado. Era la víspera de Nochebuena y mucha gente se había tomado en serio las advertencias sobre la intensa ventisca que se desataría durante la noche y había anticipado el viaje al campo para reunirse con su familia; los demás se habían quedado en casa.

Fabian iba al volante; Aisha Shahin se hallaba en el asiento del copiloto, con las manos y los tobillos esposados y el cinturón de seguridad por debajo de la cadena de las muñecas, por si se le ocurría arrojarse del coche en marcha. Él estaba en contacto directo con Jarmo y Tomas, que iban en el coche de delante, y con los sanitarios de la ambulancia que cerraba la comitiva, pero apenas intercambiaban alguna que otra palabra. Ni siquiera Tomas, tan locuaz por lo general, decía más que lo necesario. El ambiente era de intensa concentración, como si todos estuvieran ocupados tratando de imaginar lo que estaban a punto de ver.

—Gire a la izquierda en el semáforo —dijo Aisha Shahin sin dejar de mirar al frente.

—A la izquierda en el semáforo —repitió Fabian por el micrófono de sus auriculares para advertir a Jarmo, que se metió en el carril de la izquierda y dobló por Drottningholmsvägen en dirección oeste.

Siguiendo las indicaciones, cruzaron el Västerbron y el barrio de Hornstull y avanzaron por la E4 sur. Aunque no tuviera sentido ni fuese a cambiar nada, Fabian no podía evitar hacer cábalas sobre el lugar al que se dirigían.

Ni siquiera cuando abandonaron la autopista, cruzaron un puente y continuaron por Älvsjövägen intuyó nada. Al cabo de unos kilómetros más, cuando al salir de una rotonda tomaron por Magelungsvägen, cayó en la cuenta de que había estado allí hacía menos de una semana.

Pero fue Tomas quien lo dijo en voz alta:

—A esta chica deben de hacerle descuento por la cantidad de veces que ha venido aquí.

Risk divisó a la derecha la torre iluminada, parecida a un faro. Un minuto más tarde entraron en el aparcamiento desierto del trastero Shurgard de Högdalen.

No acababa de entenderlo. Shahin los había conducido de nuevo al lugar donde habían encontrado a Adam Fischer amarrado a una mesa y mutilado. Hillevi Stubbs había rastreado al

milímetro el compartimento para buscar pistas, pero obviamente algo se le había escapado. ¿O acaso ella los estaba guiando en la dirección equivocada?

—Bien, parece que hemos llegado —dijo Fabian a los demás—. Echad un vistazo rápido y asegurad la zona. Nosotros esperaremos en el coche.

—De acuerdo —contestó Tomas. Risk vio que se bajaba del coche de delante y que comprobaba su arma.

—Yo por la izquierda y tú por la derecha —dijo Jarmo apresurándose hacia el edificio como una sombra.

Al cabo de unos veinte minutos, Fabian recibió el aviso de «todo despejado»; le quitó a Aisha Shahin el cinturón de seguridad y la ayudó a bajarse. Como estaba previsto, había empezado a nevar con fuerza. Ella todavía llevaba el tenue vestido y los zapatos de tacón, y se estremeció de frío. No había habido tiempo de conseguirle otras ropas, pero Fabian encontró una manta en el maletero y se la echó sobre los hombros.

Se acercaron a Jarmo, que estaba ocupado revisando el contenido de dos bolsas de herramientas de Hillevi Stubbs. Cuando terminó, las cerró, sujetó una con cada mano y les indicó con una seña que estaba listo.

—De acuerdo, sigamos —dijo Tomas mirando alrededor con la pistola desenfundada, mientras Aisha les indicaba que caminaran hacia la puerta.

Iban despacio. Los zapatos de tacón de ella no podían estar más fuera de lugar sobre la nieve congelada y la cadena que le sujetaba los tobillos tampoco le permitía dar pasos largos. Una vez que llegaron a la entrada, Aisha introdujo el código, la puerta se deslizó hacia un lado y los fluorescentes de dentro se encendieron. Tomas se adelantó para inspeccionar y los demás aguardaron unos minutos hasta que volvió y dijo que podían seguir adelante.

Adentro, el ambiente estaba caldeado. Fabian oyó el motor eléctrico que cerraba la puerta a su espalda y aislaba el trastero del frío invernal. Miró en derredor, pero no distinguió nada diferente de lo que había visto la otra vez.

Arrastrando la cadena de los pies por el suelo de hormigón, Shahin los guio por el largo pasillo directamente hacia el compartimento en el que habían encontrado a Fischer. ¿Era allí realmente a donde se dirigían? Las preguntas se agolpaban en la mente de Fabian, aunque sabía que no tenía sentido formularlas. Ella no iba a responderlas de todos modos. Cuando la cadena dejó de tintinear, se encontraban a unos metros del compartimento, que seguía precintado con cinta policial. En la puerta había un agujero redondo serrado que habían cubierto de momento con una plancha de contrachapado.

—Retira el precinto y la plancha —le indicó Jarmo a Tomas.

—Será más sencillo si coge la llave que está ahí arriba —dijo Shahin señalando la regleta de los cables que se extendía por encima de las puertas de lamas de los compartimentos.

Tomas le lanzó una mirada de perplejidad a Fabian. Él pensó a toda velocidad, pero no detectó ningún inconveniente y asintió. Tomas puso un pie sobre un extintor y el otro sobre el lector magnético de la puerta, y enseguida se bajó con una pequeña tarjeta de plástico de color violeta en la mano. La colocó sobre el lector, pero no pasó nada, salvo que se encendió una luz roja.

—No funciona —dijo volviéndose hacia los demás.

—Déjeme a mí. —Shahin extendió las manos esposadas.

Tomas titubeó, pero le dio la tarjeta al ver que Jarmo y Fabian asentían. Ella caminó poco a poco con los pies encadenados, pero no en dirección a la puerta, sino hacia el compartimento contiguo. Fabian no entendía nada. Cuando ella puso la llave sobre el lector de la otra puerta y marcó la contraseña de cuatro dígitos comprendió que también tenía alquilado ese compartimento. Había habido otra víctima allí todo el tiempo, tan solo a unos metros de distancia, justo al otro lado de la delgada pared de acero.

Después todo ocurrió muy deprisa.

Sonó el zumbido de un motor metálico y, mientras la puerta ascendía, Shahin se lanzó al suelo. Antes de que nadie pudiera reaccionar, rodó con agilidad por debajo de la puerta, que, de repente, volvió a descender.

—Pero ¿qué demonios? —gritó Tomas, intentando impedir que bajara del todo.

No llegó a tiempo. La puerta estaba otra vez cerrada.

—¡Buen trabajo, chicos! —Tomas se volvió hacia los demás—. ¿Qué diantre hacemos ahora?

—Entrar por la fuerza, naturalmente —dijo Jarmo, y abrió las bolsas de herramientas. Sacó una amoladora radia con batería y unas gafas protectoras y se las lanzó a Tomas, quien se puso a trabajar en la puerta de inmediato. Las chispas saltaron sobre el suelo de hormigón.

—¿A qué demonios esperas, Fabian? Ve a ver si hay alguna salida por la parte trasera —urgió Jarmo—. Yo entraré por el primer compartimento —añadió y, apartando la plancha de contrachapado, desapareció por el agujero de la puerta.

Pero Fabian permaneció inmóvil. Tenía una corazonada sobre lo que ella pretendía hacer en el interior del compartimento, pero no quería decírselo a los demás. Al final, fue uno de los sanitarios quien se alejó corriendo hacia la parte trasera.

—Aquí no está —dijo Jarmo al salir del primer compartimento.

—Ni rastro de ella por la parte de atrás —informó el sanitario cuando regresó—. Solo hay más corredores y más compartimentos. Este lugar es enorme.

—Ahora sabemos que no ha ido a ninguna parte —dijo Jarmo mirando a Tomas, que ya estaba a medio acabar el trabajo con la amoladora.

—¿Qué crees que pretende hacer ahí dentro? —preguntó el otro sanitario—. ¿Destruir pruebas?

—¿Quién sabe? —Jarmo se encogió de hombros—. Aunque ya tenemos pruebas más que suficientes para condenarla.

—Además, lo ha confesado todo —dijo Fabian.

Tras unos seis minutos más, Tomas apagó la radial. Se acercaron a la puerta con las pistolas desenfundadas. Habían permanecido en silencio mientras esperaban. Era como si no pudieran recobrarse de la impresión de lo que acababa de ocurrir.

—¿Alguien quiere entrar primero? —preguntó Tomas.

Fabian se agachó e introdujo un pie con cuidado para no cortarse con los bordes afilados del agujero.

Ella habría podido estar apoyada contra el otro lado de la puerta, preparada para atacarle con un cuchillo u otra arma, o para tomarlo como rehén y asegurarse la huida. Pero Fabian no tropezó con una emboscada ni con un cuchillo en la garganta, sino que vio lo que se había imaginado.

—No hay peligro. Podéis entrar —dijo a los demás, y se dirigió a un rincón del compartimento.

Shahin estaba en cuclillas, encogida y derrotada, con los pies tan separados como lo permitía la cadena. El vestido se le había levantado, dejando a la vista que no llevaba bragas, y la melena castaño-dorada le cubría parcialmente la cara. Tenía una jeringa clavada en la vena de un brazo, lo que probaba que su corazonada era correcta.

Jarmo había asegurado que no tenía ninguna forma de escapar, pero eso era justamente lo que había hecho. Fabian había conseguido evitar su primer intento, pero esta vez ella había ido hasta el final, y ahora ya estaba tan lejos que nadie podría detenerla ni llevarla ante la justicia.

Los demás entraron uno a uno y, situándose detrás de Risk, atisbaron e hicieron las preguntas previsibles. Él asintió, pero ni Tomas ni Jarmo parecían fiarse del todo, de modo que se adelantaron, comprobaron que el cuerpo estaba todavía caliente, le buscaron el pulso y comprobaron si respiraba. Convencido de lo que iban a descubrir, Fabian les dio la espalda y se acercó a la mesa forrada de plástico e iluminada por la intensa lámpara sobre la que se hallaba atada Sofie Leander cubierta con una bata hospitalaria ensangrentada.

Tenía un tubo de alimentación adosado a la boca con cinta adhesiva. Un brazo estaba conectado a un gotero y el otro, a una murmurante máquina de diálisis. El pelo mugriento se le había pegado a la frente sudorosa. Aparte de las evidentes ojeras, su cara estaba tan pálida como la de una muñeca de porcelana. De no haber sido por el movimiento apenas perceptible de su pecho y por el débil pulso, creerían que no habían llegado a tiempo.

—¿Qué sabemos de ella? —inquirió Jarmo situándose a su lado.

—Por ahora, sabemos que se llama Sofie Leander y que Shahin le sacó el riñón que había adquirido ilegalmente. —Fabian alzó la bata del hospital. A juzgar por la sangre del vendaje, que tenía enrollado varias veces en torno a la cintura, la herida partía del interior de la cadera y ascendía por un costado—. Pero Niva está en ello…

Lo interrumpió el pitido de su teléfono móvil. Mientras echaba un vistazo a la pantalla, se preguntó si Niva era capaz de escucharlo de algún modo.

—Hablando del rey de Roma —añadió, y leyó a toda prisa el mensaje de texto.

«Nació en 1969 y estuvo en lista de espera para un trasplante desde 1993 hasta 1998. En algún momento de ese período, debió de renunciar a la lista y abandonar Suecia para instalarse en Israel. No regresó hasta el pasado verano junto con su esposo. Ezra Leander. Su contacto con el sistema sanitario sueco se ha limitado desde entonces al tratamiento por su amenorrea y sus ovarios, y a las visitas ginecológicas ordinarias.»

—¿Qué es «amenorrea»? —preguntó Tomas.

—Ausencia de menstruación —dijo uno de los sanitarios, que acaba de entrar con su compañero.

—Tal vez quería quedarse embarazada —opinó Jarmo, que se apartó para hacerles sitio y dejar que la examinaran.

Pero Fabian no respondió. Se limitó a repetir «Ezra» mientras miraba la pantalla y leía otra vez el mensaje.

—¿Qué sucede? —preguntó Jarmo por fin.

—Estaba casada con… su marido es… Gidon Hass.

—¿Giddon Hass? ¿Cómo lo sabes?

—Ezra es su segundo nombre. No puede ser una coincidencia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tomas—. ¿Qué se casó con ese experto en trasplantes?

Él asintió. La revelación, y todo lo que implicaba, le provocó náuseas.

—Vale, o sea que él consiguió un riñón para su esposa —dijo Jarmo, que no acababa de entender cómo encajaba todo.

—A menos que se hubieran conocido así —aventuró Tomas.

—Pero hay algo que no entiendo —dijo Jarmo—. Debe de llevar aquí mucho tiempo, quizá varias semanas. Si está casada con Hass, seguro que él ha descubierto su ausencia y ha sido consciente de lo que debía de estarle pasando.

—Lo que te preguntas es por qué no ha denunciado su desaparición —dijo Fabian.

Jarmo asintió.

—Porque no quería arriesgarse a que la verdad saliera a relucir. —Fabian bajó la vista hacia la mujer inconsciente atada a la mesa.

—O sea que ha preferido sacrificarla —concluyó Tomas—. Menudo cerdo.

—¿Podemos llevárnosla?

Fabian asintió y ayudó a los sanitarios a cortar las correas y a desconectar el tubo de alimentación, el gotero y la máquina de diálisis. Ellos se apresuraron a colocarla sobre una camilla y desaparecieron por el agujero de la puerta.

—No sé lo que pensaréis los demás —dijo Tomas—. Pero si esta mujer no corre un peligro inminente, ¿no deberíamos ir a detener a ese cabrón ahora mismo?

—Espera un momento —dijo Fabian recorriendo el compartimento con la vista, sin saber muy bien lo que buscaba. No estaba dispuesto a marcharse. Todavía no.

El motivo era Malin Rehnberg.

Aisha Shahin había prometido decirle dónde estaba. «Dejémosla por ahora. Malin, seguramente, aún está dormida y, mientras siga así, no corre peligro», le había dicho, y él había confiado en su palabra. Ahora estaba completamente perdido, sin ningún indicio para encontrarla. Suponiendo, claro, que Shahin hubiera dejado alguno. ¿Tal vez había una llave de un tercer compartimento? Empezó a buscar más exhaustivamente bajo la mesa forrada de plástico, entre los tubos que desembocaban en diversos recipientes, entre los instrumentos quirúrgicos y los rollos de gasa, bajo los montones de documentos que describían con detalle cada paso de la operación.

—Fabian, ¿qué demonios haces? ¿No nos íbamos ya?

—Sí, enseguida, voy a… —Se agachó frente al cuerpo de Shahin y le abrió las manos.

—Vas a… ¿qué? ¿Quieres darle más ventaja a ese tipo?

—Tomas tiene razón —terció Jarmo—. No hay motivo…

—¡Maldita sea! ¿No podéis callaros un momento para que me concentre? —gritó Fabian, e inspiró hondo repetidas veces, consciente de que los otros dos se miraban entre sí a su espalda. Le dio la vuelta al cuerpo y tanteó con la mano por debajo, pero tampoco encontró nada.

Había buscado por todas partes. No se le ocurría un solo lugar donde no hubiera mirado. Pero no se decidía a salir del compartimento. Había algo que no cuadraba, algo irritante que le provocaba comezón: una sensación de estar engañado por completo.

La pieza que faltaba era una simple mancha marrón en la parte posterior del grillete de los pies, junto al tobillo derecho. De repente todo encajaba: el intento de suicidio en el lavabo, su

tranquilidad, su aplomo. ¿Cómo se les podía haber pasado? ¿Estaban demasiado estresados? Se volvió hacia Tomas y Jarmo, que suspiraban con impaciencia.

—No es ella.

—¿Cómo que no es ella? —dijo Tomas, escéptico.

—¿Qué demonios estás diciendo? —dijo Jarmo acercándose.

—Se ha intercambiado con su víctima. Para eso nos ha traído aquí —continuó Fabian—. Miradlo vosotros mismos. —Pasó la uña por el tobillo cobrizo y apareció la piel blanca de debajo—. Es crema marrón. Y esto… —Asió la larga melena castaño-dorada y la arrancó de un tirón de la cabeza rapada de Sofie Leander.

109

El limpiaparabrisas se movía a máxima velocidad, pero no daba abasto para apartar los copos de nieve, que eran grandes como huevos. Aunque los dos sanitarios no habían pasado en el trastero Shurgard más que tres cuartos de hora, las carreteras ya estaban por completo cubiertas de nieve.

«Si sigue nevando así —pensó Måns— no sé si conseguiremos llegar al Hospital General Sur.»

A pesar de que le tocaba a él llevar la ambulancia, ambos sabían que Stefan era mucho mejor conductor. Por ello, Måns no protestó cuando su compañero se sentó frente al volante. Conducir en la oscuridad era una de las cosas que menos le gustaban, en especial cuando hacía un tiempo tan malo que resultaba imposible encender los faros sin quedar cegado a causa del reflejo de la nieve.

No habían dicho una palabra desde que habían arrancado, lo cual constituía una novedad en los casi cinco años que llevaban trabajando juntos. Porque, por lo general, hablaban de todo lo divino y lo humano, o bien escuchaban la radio y hacían comentarios sarcásticos sobre la música.

Coincidían casi siempre en sus gustos, salvo cuando ponían a Coldplay. Måns consideraba que eran los mejores, pero Stefan no los soportaba por alguna razón y se empeñaba en cambiar de emisora o apagaba la radio con toda intención.

Måns le había planteado una vez la cuestión abiertamente y se había ganado una larguísima explicación sobre las limitaciones del guitarrista Jonny Buckland para interpretar la música escrita por Chris Martin. Después de lo cual, Stefan se había puesto a recitar una lista también interminable de guitarristas que sí estaban a la altura de sus exigencias. En algún punto entre John Frusciante y Jonny Greenwood, él había decidido no volver a preguntar nunca más.

Pero en esa ocasión ni siquiera escuchaban la radio.

Quizá se debía hasta cierto punto al clima. Pero esa no era toda la verdad. Al fin y al cabo, no era la primera vez que acudían a la escena de un crimen y menos todavía que veían a un muerto. Habían visto cosas mucho peores que lo que habían encontrado en el compartimento de ese trastero.

No, era algo distinto. Måns tenía una persistente inquietud que lo reconcomía por dentro, y estaba seguro de que Stefan se sentía igual. Lo había detectado en la mirada de los policías, y en especial en la de uno de ellos.

Había algo que no cuadraba en aquella historia.

De pronto oyeron un estrépito, como si se hubiera caído algo al suelo en la parte trasera: algo duro, metálico. Måns le dijo a Stefan:

—¿Has oído lo mismo que yo?

Su compañero lo miró de soslayo y asintió.

—¿Quieres que pare un momento para echar un vistazo?

—Quizá deberíamos tratar de llegar cuanto antes —contestó Måns. Lo único que quería era dejar en el hospital a la mujer inconsciente que llevaban detrás y terminar su turno.

Entonces lo oyeron de nuevo. El mismo golpe metálico que reverberó por toda la ambulancia. Esta vez Stefan redujo la velocidad, encendió las luces de emergencia y paró en la cuneta de Huddingevägen.

Soltando un suspiro de protesta, Måns se puso el gorro, abrió la puerta y saltó a la nieve. Dejó la puerta abierta para que Stefan también notase el aire gélido y, mientras rodeaba la ambulancia, se preguntó cuál podría ser la causa del ruido. Tal vez una de las puertas había quedado mal cerrada; o tal vez se había pinchado un neumático.

Pero no había indicios de nada semejante. Todo parecía en orden. Entonces oyó otro ruido. Esta vez no era un golpe, sino como si alguien se estuviera arrastrando por dentro del vehículo. ¿Habría oído mal? La víctima estaba inconsciente y atada. Pero desde luego había algo que hacía ruido.

Puso la mano en la manija helada y se arrepintió en el acto de no llevar puestos los guantes. Abrió las puertas y subió al interior de la trasera. Encendió la luz del techo y vio que la mujer estaba tendida sobre la camilla. Parecía tan profundamente dormida como cuando la habían encontrado en el trastero.

Lo único que no tenía un aspecto normal eran las correas que la sujetaban. La de las piernas parecía suelta y las dos que debían amarrar el cuerpo colgaban a los lados y las hebillas tocaban el suelo. Esto último explicaba quizá los golpes metálicos, pero no el otro ruido. Echó un vistazo al instrumental que llenaba ambas paredes, pero no vio nada fuera de lo normal. Uno de los botiquines de urgencias estaba un poco torcido y no del todo cerrado, pero eso era lo único un tanto anómalo.

Volvió a mirar a la mujer y trató de comprender lo que había ocurrido, si es que había ocurrido algo. Al fin, dejándolo correr, se agachó para recoger la correa y se la tensó en torno a las caderas. Al terminar, le estiró la bata de hospital y, sin querer, le rozó el interior del muslo.

Ya fuera la piel cálida y suave, o la tensión del momento, o el hecho de que nadie se daría cuenta, pero algo lo impulsó a levantar la bata con cuidado y a mirar debajo.

No llevaba bragas, cosa que no esperaba. En realidad, ni siquiera él mismo sabía qué esperaba. Aunque sí pensaba que tendría un vello púbico tupido. Al fin y al cabo, había estado encerrada en ese compartimento bastante tiempo. Pero no. A lo mejor se había eliminado definitivamente todo el vello con uno de esos tratamientos láser.

Ahuyentó los pensamientos prohibidos y volvió a bajarle la bata. Y, de repente, vio que la mujer tenía algo en la mano izquierda: una jeringa que lo explicaba todo. Explicaba que el botiquín estuviera mal cerrado y que las correas se hubieran soltado. Incluso explicaba lo de su vagina rasurada.

Por desgracia, demasiado tarde.

110

La nieve se arremolinaba en torno a las tres quitanieves, provistas de intensos focos amarillos, que avanzaban una junto a otra a paso de tortuga, ocupando por completo la calzada y haciendo imposible adelantarlas. Lo cual no le importaba gran cosa a Fabian, que conducía sin rumbo definido hacia la ciudad para poder estar solo.

El descubrimiento de que era Sofie Leander, en vez de Aisha Shahin, la que estaba muerta en el suelo del trastero había provocado una fuerte conmoción no solo a él, sino también a Tomas y Jarmo. Mantener viva a tu víctima varias semanas, para asegurarte de que su cuerpo siguiera todavía caliente cuando lo encontraran, era una maniobra tan perversa que incluso Tomas había estado a punto de venirse abajo. Aquello, decía una y otra vez, era lo peor que había visto en su vida.

Pasó un buen rato hasta que fueron capaces de hablar de un modo más o menos sensato. Tras varios intentos infructuosos para contactar con la ambulancia, decidieron separarse. Tomas y Jarmo se dirigirían tan rápido como fuera posible al Hospital General Sur de Estocolmo para averiguar qué había ocurrido con la ambulancia, mientras que Fabian volvería a casa para trabajar con Niva desde allí.

Pero ¿qué iba a hacer en casa? Si necesitaba a Niva, podía llamarla. «Y en cuanto Tomas y Jarmo lleguen al hospital —pensó— ya me avisarán.» Entonces cayó en la cuenta de que tanto él como los tres vehículos que iban delante se dirigían hacia el puente Västerbron. A esa velocidad, tardarían bastantes minutos en cruzarlo. Desoyendo la norma de no detenerse, paró en la cuneta, puso las luces de emergencia y reclinó el asiento.

Después del intento de suicidio de Shahin en el baño, él se había convencido de que la muerte era su ruta de huida. Había supuesto equivocadamente que ella ya no tenía ningún motivo para vivir, puesto que había terminado de vengarse. Pero tal intento había sido una representación para crear esa falsa idea. Pensó de nuevo en el texto grabado en la lápida, cuya foto enmarcada había encontrado en el altar del apartamento de Aisha, y se dio cuenta de golpe de que había tenido la respuesta ante sus ojos todo el tiempo.

> Nunca amaré a nadie más,
> nunca volverá a latir mi corazón por ningún otro
> que no seas tú.
> Seguiré amándote toda la eternidad.
> Pronto estarás íntegro de nuevo, y yo también.
> Entonces nos encontraremos otra vez.

Te lo prometo.

Se lo sabía de memoria y recitó en voz alta la quinta línea: «Pronto estarás íntegro de nuevo, y yo también».

No, aún no había terminado. Los órganos ya estaban en su poder, pero solo cuando volvieran a formar parte del cuerpo de Efraim, este —y también ella, por extensión— estaría íntegro de nuevo. Shahin se dirigía ahora a su tumba.

Pero ¿dónde estaba la tumba? ¿Y cómo pensaba salir del país? ¿En avión? ¿Con qué nombre, en ese caso? ¿O ya estaba a bordo de un ferri hacia uno de los países bálticos? ¿O quizá trataría de huir por el norte a través de la frontera finlandesa? Las posibilidades eran innumerables. La verdad era que ella había logrado engañarlo no ya una, sino muchas veces.

Y lo mismo podía decirse respecto a Malin Rehnberg. Fabian había confiado en que ella le diría dónde estaba su colega antes de que no hubiera remedio. Ahora ya no sabía qué pensar. «Malin, seguramente, aún está dormida y, mientras siga así, no corre peligro», había dicho. Pero ¿qué pasaría cuando despertara?

Le sonó el móvil y él se apresuró a responder.

—Aquí Jarmo. La ambulancia no ha llegado al hospital.

—¿Y qué se sabe de los sanitarios?

—Solo sabemos que han desaparecido. Pero el vehículo está equipado con GPS, así que Niva ya está trabajando para rastrearlo. ¿Dónde estás, por cierto? Ella me ha dicho…

—Ahora no tengo tiempo. —Fabian colgó, subió el asiento otra vez y llamó a Niva.

—¿Qué haces en el Västerbron? ¿Algo interesante o es que estás atrapado en la nieve?

—¿No tenías que localizar una ambulancia?

—¿Y quién dice que no?

—Porque si algo no nos sobra es tiempo.

—Está en el número 10 de Pontonjärgatan.

—Pontonjärgatan. ¿Eso no queda cerca de Hantverkargatan? —Ese lugar se hallaba a unos minutos de donde él estaba, por lo que, de inmediato, apagó las luces de emergencia y arrancó.

—Sí, parece que ha vuelto al Black Cat. Espera un segundo…

—¿Qué?

—El móvil de Malin Rehnberg acaba de encenderse de nuevo y se encuentra exactamente en el mismo punto.

Fabian colgó y llamó en el acto al número de Malin, mientras procuraba mantener un ojo en la calzada.

—Hola, Fabian. Qué rápido.

Él no albergaba ninguna esperanza de que respondiera Malin, pero aun así sintió que la decepción se extendía por su cuerpo como un veneno al reconocer la voz de Aisha.

—¿Qué ha hecho con ella?

—¿Ha sido Niva otra vez?

—Usted me lo prometió. Y yo me fie de su palabra.

—Es responsabilidad suya en quién decide confiar. Además, yo no dije nada en concreto, salvo que ella podía esperar.

—¿Esperar? ¿Hasta cuándo? ¡Está en el último trimestre de embarazo, maldita sea!

—Hasta que yo esté segura de que va a dejarme en paz.

Fabian giró a la derecha por la rampa de salida del puente y continuó alrededor del Rålambshovsparken hasta Rålambshovsleden este. Ya faltaba poco. En un minuto o dos llegaría.

—¿Y por qué cree que voy a dejarla en paz?

—No soy la única que ha hecho una promesa.

Debía de haber escuchado la conversación de Risk con Anders en el hospital. ¿Cuántas cámaras había colocado aquella mujer?

—¿Y qué pasará cuando despierte? —Dobló a la izquierda por Polhemsgatan—. Usted dijo que no corría peligro mientras estuviera dormida.

No esperaba una respuesta. Lo importante era ganar tiempo.

—Entonces se verá cara a cara con el auténtico problema. Digamos que es mejor para ella dormir un poco más.

—¿Qué problema?

—Aquello a lo que debería dedicar sus recursos, en lugar de intentar darme caza.

Fabian tomó Pontonjärgatan y vio la ambulancia.

—Ya ha matado al menos a cuatro personas, que sin duda tenían una moral cuestionable, pero que desde el punto de vista legal no habían cometido ningún delito que se acerque ni remotamente a lo que usted ha hecho.

—¿De qué ley me habla? En Suecia es un delito comprar una bicicleta robada, pero está bien trasplantar un órgano robado.

Fabian abrió la puerta del coche, dejó el motor al ralentí y, mientras cruzaba la calle hacia la ambulancia, desabrochó la cartuchera y sacó la pistola.

—Ellos no han secuestrado, torturado ni matado a nadie.

—Quizá no lo hayan hecho con sus propias manos, pero su dinero sirvió para que cortaran el cuerpo de Efraim de arriba abajo. Lo destrozaron y lo despojaron de vida. Lo único que poseía en el mundo, aparte de mí, se le adjudicó al mejor postor.

Risk llegó a la altura de la cabina de la ambulancia y vio que estaba vacía.

—Estoy de acuerdo en que es repugnante, y entiendo que se sienta…

—Usted no comprende nada. Nunca lo comprenderá.

Él rodeó la ambulancia hacia la parte trasera.

—¿Y por qué debería comprenderlo? —Abrió de golpe la puerta trasera y apuntó la pistola hacia la oscuridad.

—Porque usted nunca ha amado tanto a nadie.

Los dos sanitarios yacían exánimes en el suelo. En la camilla, entre ambos, relucía algo.

—No parece que usted haya amado nunca a nadie. Buena suerte con su promesa.

Shahin cortó la llamada y Fabian subió a la ambulancia. Los dos hombres tenían pulso y respiraban. El objeto reluciente era un teléfono móvil.

El móvil de Malin.

Lo cogió y lo examinó mientras llamaba para pedir otra ambulancia. De pronto, el móvil de Malin le vibró en la mano. Leyó el mensaje.

«Nobelparken.»

No le hacía falta más información. Entendía perfectamente lo que significaba.

111

Malin Rehnberg se puso a gritar en la oscuridad cuando despertó, aunque logró calmarse al darse cuenta de que estaba sola. Confusa e insegura, intentó repasar lo que había ocurrido. Lo último que recordaba era que estaba en el suelo de la habitación del hospital, luchando para salvar su vida contra la mujer de la limpieza, que había resultado ser la asesina. Recordó que se había caído de la cama y se había golpeado en la cadera con tanta fuerza que se había visto obligada a ir a rastras hacia la puerta. Volvía a estar en una cama hospitalaria, aunque esta era un modelo diferente. Parecía muy nueva, con las barandillas cubiertas de plástico.

La habitación daba la impresión de ser similar. Pero, aunque estaba muy oscuro y no veía gran cosa, se dio cuenta de que era más pequeña que la del Hospital General Sur de Estocolomo. Incluso la acústica era distinta cuando gritaba. Además, intuyó que había una pared en un lado de la cama, mientras que en la otra habitación la cama estaba centrada y la única pared quedaba detrás del cabezal. Pero sobre todo era el olor lo que le indicaba que aparte de haberla trasladado a otra habitación, se hallaba en un lugar distinto. Y además, claro, estaban las correas que le impedían moverse y la ceñían firmemente desde los pies hasta el pecho. Cuanto más lo pensaba, más cerca estaba de que el pánico la invadiera. Tuvo que hacer un esfuerzo para no gastar energías gritando. Era esencial pensar creativamente y mantenerse atenta a los detalles. Notó, por ejemplo, que la presión de las correas se aflojaba un poco cuando espiraba. Al cabo de diez minutos, había conseguido liberar ambos brazos.

Pero la alegría de esa victoria parcial se interrumpió bruscamente cuando notó un golpecito en la parte derecha de la caja torácica. No acababa de entender qué era, pero tras el tercer golpecito recordó que estaba embarazada de gemelos. ¿Cómo se le podía haber olvidado? ¿Qué clase de drogas le habían administrado? Se puso las manos en el vientre y notó movimiento en la parte derecha. La izquierda permanecía inmóvil, un poquito demasiado inmóvil.

Tenía que salir de allí lo antes posible para pedir ayuda. Intentó soltar las demás correas, pero no encontraba nudos ni hebillas. Extendió el brazo izquierdo para tantear la pared con la mano, pero no había interruptores ni botones ni nada parecido. Por otra parte, notó que la cama se movía un poco cada vez que presionaba contra la pared.

Es decir, el freno no estaba puesto.

Afirmó la mano izquierda en la pared y empujó con todas sus fuerzas. La cama se movió unos metros a través de la oscuridad hasta chocar con la pared opuesta. Después de tantear un rato con las manos, encontró el tablero que buscaba: un tablero de mandos, grifos e interruptores que fue pulsando.

Se encendió la luz. Tal como sospechaba, todo en la habitación era nuevo. El plástico

protector seguía en su sitio en muchas partes, y alrededor de la puerta se veían trazas de que acababan de pintarla. Como la bolsa del gotero colgada junto a la cama estaba vacía, se quitó la cánula de la vena del brazo y se apretó con el pulgar para que no sangrara.

En el panel situado por encima de ella había un puerto de Internet y un enchufe telefónico, pero no vio ningún ordenador ni ningún teléfono. Se impulsó hacia el armario de la pared, donde encontró vendas de compresión, cinta adhesiva y varias tijeras. Cogió la más recia y empezó a cortar las correas.

Al terminar, intentó levantarse, pero tuvo que desistir enseguida. El dolor de la cadera era muy intenso y le parecía como si la articulación oscilara libremente cuando trataba de moverse. Así pues, usando la cama como si fuese una canoa, se impulsó con gran dificultad hacia la puerta y la abrió.

Los focos empotrados del techo se encendieron. Estaba en un amplio corredor con puertas a ambos lados. Quizá daban a otras habitaciones como la que acababa de abandonar. Incluso ahí había signos de que los marcos de las puertas estaban también recién pintados.

Ya había deducido que aquello era un hospital. Pero ¿cuál? ¿Una clínica privada quizá? Y en ese caso, ¿por qué no había nadie? En realidad, daba lo mismo. Lo único importante era salir de allí cuanto antes.

No tenía ni idea de por dónde quedaba la salida, pero decidió seguir recto y se impulsó a lo largo de la pared hasta la puerta de dos hojas del fondo. Tiró del cordón que abría la puerta. Los focos del techo se encendieron cuando entró e iluminaron profusamente una serie de relucientes mesas quirúrgicas. Había aparatos conectados con tubos y cables, y mesitas redondas metálicas cubiertas de instrumentos de cirugía. El quirófano parecía tan nuevo que se preguntó si habría sido utilizado alguna vez.

Desesperada por encontrar algo que le sirviera para comunicarse, se aproximó a un mueble con cajones y armarios. De pronto oyó voces agitadas en el corredor que acababa de cruzar. Miró en derredor, buscando dónde esconderse, y reparó en la puerta entornada del lado opuesto.

—¿No has visto el coche afuera? ¿Y por qué crees que están encendidas las luces? ¿O van a ser fantasmas? —dijo una de las voces, ya muy cercana.

Malin se impulsó desde una mesa quirúrgica con energía y rodó en dirección a la puerta entornada. Pero antes de que llegara, se abrió a su espalda la puerta de dos hojas y entraron tres hombres. Los tres se detuvieron en seco al verla.

—¿Qué te he dicho? —dijo el de en medio señalándola.

Las expresión de los otros dos no cambió.

—Disculpe, pero ¿quién es usted y qué está haciendo aquí? —dijo el hombre, con un marcado acento, pasándose los dedos por el pelo canoso.

—Me llamo Malin Rehnberg y trabajo en la Agencia Nacional de Investigación Criminal, aquí en Estocolmo —dijo ella. Aquel hombre le sonaba—. No tengo ni idea de por qué estoy aquí. Ni siquiera sé dónde estamos. Pero quizá ustedes puedan ayudarme y llevarme a casa.

—¿De la Agencia de Investigación Criminal, dice? —El hombre se le acercó.

—Investigadora de Homicidios.

—Entiendo. —Él asintió—. Por desgracia, no puedo ayudarla. —Miró a los otros dos—. Llevadla a la habitación número tres.

—¿Qué quiere decir? Oiga, si esto es un lugar secreto, no se lo contaré a nadie. Simplemente,

déjeme volver a mi casa.

—Lo siento mucho.

Mientras los otros dos empujaban la cama, recordó de qué le sonaba aquel hombre.

112

La tormenta de nieve se había recrudecido, y cuando Fabian pasó por Sergels Torg unos minutos después de medianoche, ni siquiera vio el obelisco de cristal, pese a los millones que se habían invertido en iluminarlo. El mensaje de Aisha Shahin decía «Nobelparken», y él había entendido su sentido de inmediato.

Era la ubicación de la nueva embajada israelí.

Estaba enterado por los periódicos de las protestas del vecindario y le constaba que la decisión definitiva todavía no estaba tomada, pero como Carnela Ackerman había insinuado, nadie esperaba de verdad que el traslado fuera rechazado en última instancia y, al parecer, ya estaba en marcha. Risk conocía bien aquel precioso edificio. El Instituto Sueco Forestal había estado ubicado allí en su momento, y él había pasado con Sonja por delante muchísimas veces, cuando aún paseaban cogidos de la mano.

De camino había telefoneado a Tomas y a Jarmo, que se reunirían con él en cuanto pudieran. Cabía la posibilidad de que ya estuvieran allí, porque aunque venían del Hospital General Sur de Estocolmo y habían de recorrer un trayecto más largo, tenían la autopista Söderleden y la ruta Centralbron a su disposición y podían ahorrarse numerosos cruces y semáforos.

Pasó frente al Royal Motorboat Club, al final de Strandvägen, tomó la curva hacia la izquierda y apagó los faros antes de enfilar la cuesta y parar el coche. En principio, había pensado aparcar más lejos para explorar la zona a pie, pero Malin podía recuperar la conciencia en cualquier momento, si no lo había hecho ya. Y aunque no tenía ni idea de lo que podía esperarle entonces a su compañera, la idea en sí lo llenaba de pavor hasta un extremo insoportable.

Siguió a pie hacia el edificio, que parecía una especie de fortaleza; en una esquina se alzaba una torre. Había grandes montones de material de construcción envueltos en lonas que flameaban al viento. No veía el coche de Jarmo y Tomas por ningún lado, pero oyó que un vehículo aceleraba más abajo, en la curva de Strandvägen. Al darse la vuelta, vio que los faros enfocaban hacia lo alto iluminando los copos de nieve que caían a millares y que a su vez reflejaban la luz en todas direcciones.

Apenas le dio tiempo de preguntarse por qué demonios no apagaban las luces y se detenían, porque enseguida dedujo la respuesta: no eran ni Jarmo ni Tomas. Instintivamente, se arrojó sobre la nieve y se escondió a gatas tras un montón de tablones. Los faros descendieron, el coche se aproximó y fue a detenerse en el patio a unos pocos metros de donde se hallaba él. Oyó el ruido de las puertas al abrirse y cerrarse y tuvo la sensación de que eran tres; no era posible captar bien lo que decían los pasajeros.

—No, no, no, escúchame. El coche de ahí abajo…

No reconocía la voz, pero dedujo que debía de tratarse de Gidon Hass: el hombre que figuraba en su lista de personas a detener inmediatamente después de Aisha Shahin.

—La alarma no se dispara sola…

Mientras las voces se alejaban, entrevió que desaparecían por una puerta del edificio. Se levantó y se apresuró tras ellos, pero estaba cerrada. Dio un rodeo hacia la parte trasera, cuya fachada estaba en gran parte cubierta de andamios. No había luces encendidas ni en el primero ni en el segundo piso, de modo que tal vez estaban en el sótano.

Aunque no llevaba guantes ni botas de invierno de verdad, se las ingenió para encaramarse por un poste del andamio. Una vez que hubo llegado al segundo piso, las ráfagas de viento eran tan fuertes que los copos de nieve le acribillaban la cara. Al fin, consiguió romper una ventana e introducirse en una habitación sin amueblar llena de pinceles y potes de pintura. Usando su móvil como linterna, se apresuró a explorar.

Tras un largo pasillo, bajó por una amplia escalera al primer piso, donde los trabajos de reforma parecían haberse detenido. El suelo estaba levantado y los cables colgaban del techo. Buscó un poco más y encontró una estrecha escalera de caracol que llevaba al sótano. Una vez ahí, siguió por un estrecho pasillo que tenía el suelo cubierto de papel y olía a pintura fresca. Cada cinco metros, se detenía y aguzaba el oído. La tercera vez, los oyó.

Sus pisadas sonaban cada vez con más fuerza.

Apagó el móvil y avanzó tanteando la pared con las manos hasta encontrar una puerta. Se coló dentro con el máximo sigilo, pero no sirvió de nada: sus movimientos habían activado los focos y la habitación se llenó de luz al cabo de unos segundos.

Pero eso no fue lo peor. Esa habitación, aunque se veía nueva y reluciente, había sido utilizada no hacía mucho. Se acercó a la mesa de operaciones. La habían limpiado, sin duda, pero a toda prisa. Había trazas de sangre en la cara inferior del tablero de la mesa y en una de las patas. Cuando se agachó para levantar la tapa perforada del desagüe del suelo, situado más o menos a un metro de la mesa de operaciones, y metió la mano en el agua oscura del orificio, atrapó grandes coágulos de sangre, trozos de cartílago y hebras de cabello.

Se incorporó y reparó en el montón de bolsas de basura negras atadas junto a una puerta que permanecía entornada y daba a un cuarto anexo. Sospechó lo que contenían las bolsas, pero dudaba de si sería capaz de abrirlas y mirarlo.

Se acercó a ellas. Ya se veía a sí mismo caminando hacia la casa de Enskede y llamando a la puerta. Abriría Anders, y Fabian vería en su mirada que había deducido de inmediato lo que había ocurrido. Se imaginaba que el marido de Malin gritaría y se pondría agresivo, pero no: Anders se desmoronaba tapándose la boca con una mano, y él no podía hacer otra cosa que arrodillarse y abrazarlo…

Desató una de las bolsas y vio dos brazos y un pie cortados. Algunas partes de las piernas estaban en otra bolsa. Por fin encontró lo que estaba buscando en la quinta.

Era la cabeza de Carnela Ackerman.

Su propia reacción le provocó un sentimiento de culpabilidad, pero no logró desecharla. Era alivio lo que sentía: el alivio de pensar que quizá había llegado a tiempo. Aún había una posibilidad.

113

Malin pataleó tanto como pudo para que le quitasen las manos de encima, agitando los brazos y gritando. No gritaba por el dolor de la cadera, que era tan intenso que estaba al borde del desmayo. Gritaba para salvar la vida, a pesar de que sabía que era inútil y que no lograría escapar. Los dos tipos eran demasiado fuertes y enseguida la tuvieron sujeta tan firmemente que ya solo podía chillar.

Entonces se le acercó el hombre de pelo canoso, que no podía ser otro que Gidon Hass.

—Esto hará que se sienta un poco mejor —chapurreó en sueco sujetando una jeringa.

Malin hizo un último intento de soltarse, pero se había quedado sin fuerzas. Las gotas de sudor le chorreaban por la frente.

—Dadle la vuelta.

Los dos tipos, que todavía no habían abierto la boca, la colocaron de lado, con la espalda hacia Hass. Ella no notó el pinchazo, pero el efecto se produjo casi de inmediato. Sus músculos se relajaron y el dolor remitió al fin. Por primera vez desde que se había despertado, no sufría horriblemente.

—Reconózcalo, ¿a qué se encuentra mejor?

Ella iba a asentir, pero se contuvo. No pensaba darle esa satisfacción.

—Quiero regresar a mi casa. ¿Entiende? Tengo que irme de aquí.

Hass estalló en carcajadas.

—Cree que puede marcharse.

Los otros se rieron también, mientras le ataban los pies y las manos con otras correas.

—¿Qué demonios quieren de mí?

—Dejádmela a mí y empezad a registrar el edificio.

Los dos tipos asintieron y salieron de la habitación.

—¿Me pregunta a mí qué quiero? —dijo Hass poniéndose la mano en el pecho—. Es usted la que ha irrumpido aquí.

—Yo no tengo ni idea de dónde estoy. Por favor. —Malin contuvo las lágrimas.

—Ya hemos hablado de esto. Quiero que me diga si hay alguien más aquí, o si el coche aparcado ahí fuera es suyo.

—Ya le he dicho que no lo sé. Yo estaba en el Hospital General Sur de Estocolmo y me atacó la mujer de la limpieza.

—¿La mujer de la limpieza?

—Sí. Acababa de darme cuenta de que ella era la asesina del caso que estoy… —Malin se

interrumpió. De súbito entendió cómo se relacionaba todo—. ¿Estoy en la embajada?

El hombre asintió secamente.

—Ahora tal vez comprenda por qué no puede volver a su casa. —Hass le dio la espalda y fue a buscar algo.

—Espere. Usted no puede…

—Sí, puedo. Y es lo que voy a hacer. —Se giró sonriendo; sostenía otra jeringa en la mano —. Debería estar agradecida. Se quedará dormida y ni siquiera tendrá tiempo de darse cuenta.

—¿Y los bebés? —Ahora Malin ya no podía contener las lágrimas—. Estoy embarazada de gemelos.

Hass se acercó y le puso una mano en el vientre.

—*Estaba* embarazada de gemelos. Uno ya ha desistido. ¿No lo ha notado? —Colocó la mano a la derecha del vientre y dijo—: Aquí tenemos una vida. —Acto seguido, se la puso a la izquierda—. Aquí, no tanto. Pero ¿qué más da? Pronto estarán todos reunidos.

Mientras él dejaba la jeringa y tensaba una correa alrededor del brazo de Malin, ella se dijo que no era así como debía acabar todo. Estaba embarazada y totalmente indefensa. ¿Qué había hecho para merecer esto?

—Ya he encontrado una vena —dijo Hass, y cogió de nuevo la jeringa.

—Espere, por favor. Espere. Tiene que decirle a Anders, mi marido, que le quiero más que nunca. Hace mucho que no se lo he dicho. Prométamelo. Por favor, ha de prometérmelo.

—Su marido nunca tendrá noticias nuestras ni averiguará lo ocurrido. Usted desapareció una noche y no volvió nunca más. Naturalmente, él hará cábalas diversas, pero nunca se acercará siquiera a la verdad. Con los años, dejará de pensar en ello poco a poco y seguirá con su vida, acaso con otra mujer. Quién sabe, quizá con gemelos y todo.

Malin le escupió en la cara.

—Espero que arda en el infierno.

Él reaccionó con una sonrisa precavida.

—Tal vez me equivoco, desde luego, pero no me parece que usted sea de las que creen en el cielo ni en el infierno. Aunque quizá estas son las cosas que cambian cuando te encuentras…

Un disparo y unos gritos en el corredor interrumpieron a Hass. En rápida sucesión, sonaron otros dos disparos. El silencio que se produjo a continuación se quebró cuando la radio que llevaba en el bolsillo de la pechera crepitó.

«Ya puede salir. Ha pasado el peligro.»

114

Tomas Persson no solía asustarse, pero si había que describir de algún modo cómo se sentía en ese momento era justamente así. Tenía miedo: tanto que se había meado encima y había notado cómo resbalaba la orina por el interior de sus pantalones. Era la primera vez que recibía un disparo y, a decir verdad, él siempre había creído que dolería mucho más. Pero casi no notaba más que un dolor sordo y palpitante. Quizá se debía a la oleada de adrenalina que había experimentado, y cuando se le pasaran los efectos, sentiría de verdad lo que era una herida por arma de fuego.

La bala debía de haberle atravesado el muslo derecho, porque la sangre le había manchado los tejanos y ya goteaba sobre las baldosas blancas. Había tanta sangre que uno de los dos tipos que lo había obligado a ponerse de rodillas y que lo estaba esposando por detrás con las propias esposas de Persson tuvo que apartar el pie para no mancharse el zapato.

Él nunca había creído en ningún dios ni conocía ninguna oración, pero, a pesar de todo, se repitió una y otra vez mentalmente el mismo estribillo: «Prometo ser mejor persona si haces que Fabian llegue antes de que se haya agotado el tiempo. Por favor, te lo ruego. Prometo ser mejor…».

—¿Qué tenemos aquí? ¿Más policías?

Los dos tipos asintieron. Gidon Hass miró a Tomas y a Jarmo, que estaban de rodillas, uno junto a otro, con las manos esposadas detrás.

—¿Ustedes también son de la Agencia de Investigación Criminal?

Tomas y Jarmo asintieron.

—¿Hay alguno más?

Ambos siguieron cabizbajos sin cambiar de expresión.

—¡He dicho que si hay alguno más!

—No. Solo nosotros —dijo Jarmo.

—Eso dice usted. Pero ¿dónde está su colega Fabian Risk?

Jarmo se encogió de hombros y replicó:

—En casa, celebrando las Navidades con su familia, como la mayoría de la gente en todo el país. Son unas fiestas muy importantes aquí.

Hass hizo una seña a sus hombres. Uno de ellos se adelantó y le dio a Jarmo una patada tan fuerte en la cara que perdió el equilibrio y cayó de lado.

—Ya sé lo que son las Navidades, del mismo modo que sé que Risk no está en casa con su familia. Levántese.

Jarmo hizo un esfuerzo, pero no consiguió levantarse.

—He dicho que se levante.

Uno de los hombres cogió a Jarmo del pelo y lo puso de pie.

—¿Y bien? ¿Cómo cree que deberíamos resolver esto?

—Venga con nosotros a comisaría y confiese —dijo Jarmo.

Hass se echó a reír.

—Al menos tiene sentido del humor. Pero yo no tengo nada que confesar. Más bien me considerarán un héroe todas las personas que quieren recuperar sus vidas y estén dispuestas a pagar un poco de dinero para lograrlo. Personas que hoy en día están dispuestas a viajar al extranjero para que un médico alcohólico sin licencia ejecute la operación en una sórdida habitación de hotel. Y lo mejor de todo es que el proceso ni siquiera tendrá lugar en territorio sueco —dijo Hass.

—¿O sea que todo esto cuenta con la autorización de Israel? —preguntó Jarmo.

—¿Israel? —dijo Hass soltando un bufido—. Ellos no tienen ni idea de lo que han provocado. Se figuran que la demanda de órganos disminuirá porque han aprobado una ley inoperante que lo prohíbe.

—Usted sabía lo que le había ocurrido a su esposa —dijo Tomas—. Pero decidió no avisarnos. Eso se llama retener información y es un delito tipificado en el código penal.

—Vaya, muchacho. No creía que fuera a atreverse a decir nada, sobre todo considerando que se ha meado en los pantalones. —Hass se acuclilló frente a Tomas—. Sí, es cierto. Yo tenía mis sospechas, pero por qué iba a arriesgar todo esto, que ha supuesto años de planificación, por una esposa que no hace más que quejarse y que solo me ofrece la posición del misionero una vez al mes desde que se me ha encanecido el pelo.

—¿Por qué? Porque la quiere.

Hass se echó a reír otra vez.

—Otro bromista. Deberían haber sido humoristas, en vez de policías. —Se incorporó y les dijo a sus hombres—. Matadlos.

Los dos se acercaron y se situaron a unos metros de Tomas y Jarmo. Sacaron las pistolas, metieron una bala en la recámara y les apuntaron a la cabeza.

—No, por favor, no. Haré lo que quieran —gritó Tomas—. ¡Por favor! ¡Se lo suplico!

Jarmo no dijo nada. Se limitó a cerrar los ojos.

Fabian oyó cómo suplicaba Tomas para salvar su vida. Por la rendija de la puerta, vio que los dos tipos trajeados apuntaban con las pistolas a sus compañeros, que estaban arrodillados y cabizbajos. Reconoció a los dos hombres por la fotografía que Carnela Ackerman le había mostrado en el Gondolen antes de marcharse. Y ella estaba cortada en pedazos metidos en varias bolsas de basura.

No podía hacer ningún movimiento brusco, o la luz se encendería de nuevo. Al fin logró introducir la mano en el interior de la chaqueta, sacar la pistola y cargarla sin activar las luces. Mientras Tomas gritaba todavía con más intensidad para salvar su vida, él alzó la pistola y apuntó a través de la rendija. El destino de sus compañeros estaba en sus manos.

Pero no pudo hacerlo. O más exactamente, las manos no dejaban de temblarle. Por más que se esforzaba, parecían inútiles, incapaces de una tarea tan sencilla como apretar el gatillo.

En vez de disparar, permaneció oculto en la oscuridad, escuchando cómo les ofrecían una última oportunidad para revelar su paradero. Jarmo negó tener la menor idea de dónde estaba, a pesar de que tanto él como Tomas debían de dar por supuesto que se encontraba en el edificio. Fabian comprendió cómo iba a acabar aquello.

Cuando las balas penetraron en los cráneos de los dos policías y ambos se derrumbaron en el suelo, él ya se había rendido y había bajado la pistola.

Tras el eco de los disparos, reinó el silencio.

Un completo silencio.

Pero solo duró un momento.

Porque enseguida oyó de nuevo a sus colegas, a pesar de que los había visto hechos un ovillo y derramar tanta sangre por la nuca que el charco se había extendido con rapidez hasta el desagüe situado a varios metros.

Sí, se oían los gritos otra vez.

Más estentóreos que nunca.

115

—Llevadlos a la embajada y arregladlo todo para que parezca que han irrumpido subrepticiamente y han sido abatidos en defensa propia. Yo me encargaré de limpiar este estropicio en cuanto haya terminado con la gorda —dijo Gidon Hass.

Risk temblaba de pies a cabeza. Vio cómo los hombres trajeados cogían a sus compañeros de las piernas y se los llevaban a rastras pasando por la puerta de dos hojas.

Al mismo tiempo, los gritos acusadores seguían sonando sin parar. Cada vez eran más fuertes, y Fabian, al fin, se irguió. Al cabo de un segundo, la habitación volvió a iluminarse. Sin pensar en las consecuencias, abrió la puerta con el pie unos centímetros más. Hass se hallaba de espaldas, poniéndose un delantal de plástico y unas gafas.

Fue a un armario, sacó una sierra quirúrgica y seleccionó la hoja más recia. La puso en marcha para asegurarse de que la batería estaba cargada y salió por la misma puerta que habían cruzado los dos hombres.

Fabian se enjugó las lágrimas y trató de pensar, pero le resultó imposible. Los gritos de sus dos colegas ejecutados ahogaban todos sus pensamientos. Era consciente de que había fracasado por completo. Con la sensación de que ya no tenía nada que perder, entró en la sala de operaciones y siguió los dos rastros de sangre hasta la puerta. Al abrirla, vio que continuaban a lo largo del corredor. Hass no estaba a la vista, y las puertas de ambos lados del corredor estaban cerradas.

Una a una, las fue abriendo de una patada, con la pistola sujeta con ambas manos frente a él. Todas las habitaciones estaban recién pintadas y vacías, aunque algunas tenían camas y mesillas de noche. Los cables aún colgaban del techo. Por fin, en una habitación en la que los muebles estaban cubiertos de plástico, pero totalmente reformada, sorprendió a Hass, sosteniendo una jeringa en la mano, inclinado sobre Malin.

—Apártese de la cama —se oyó gritar a sí mismo.

Hass agarró la sierra quirúrgica y se dio la vuelta.

—Risk. Así que estaba aquí.

—¡Dispara! —gritó Malin, que yacía atada con correas a la cama; de un brazo le colgaba la jeringa apenas clavada—. ¿Qué demonios estás esperando? Dispárale.

Los gritos casi ahogaban la voz de Malin.

—Apártese de la cama —repitió Fabian avanzando.

—Ya sospechaba que estaba escondido en alguna parte —dijo Hass, que retrocedió.

—Tire la sierra y ponga las manos en la cabeza.

Hass obedeció. Fabian se acercó corriendo a la cama, arrancó la jeringa del brazo de Malin y empezó a soltarle las correas.

—Usted ha presenciado lo ocurrido, ¿verdad? —preguntó Hass.

Risk no respondió. Siguió soltando las correas sin dejar de apuntarlo con la pistola.

—Me gustaría saber por qué no ha hecho nada. Quiero decir, tiene una pistola. Tal vez no esté cargada, pero más bien lo dudo.

Fabian volvía a sujetar el arma con ambas manos.

—¿Sabe lo que creo? Mejor dicho, no lo creo: lo sé. No es capaz de hacerlo. ¿No es cierto?

—¡Cierre la boca!

—Ni siquiera cuando a sus compañeros les están apuntando con una pistola en la cabeza. —Hass bajó los brazos.

—¿A qué demonios estás esperando? —gritó Malin mientras forcejeaba para liberar la otra mano.

—No está esperando. No es capaz. —Hass se agachó y recogió la sierra del suelo.

—Tírela —ordenó Fabian. Las manos le temblaban del esfuerzo para mantener el arma sujeta.

—¿Qué va a hacer, si no? ¿Disparar? —Hass se incorporó con la sierra en una mano—. No lo creo. —Puso en marcha la hoja dentada y la blandió frente a él—. ¿Por qué no me dispara ya?

Fabian estaba tan concentrado en dominar sus manos temblorosas para apretar el gatillo que no acertó a esquivar la sierra que salió disparada hacia él por el aire. La hoja le dio justo por encima del nacimiento del pelo antes de caer al suelo.

Al recibir el impacto, la pistola se le escapó de las manos. La sierra le había arrancado un trozo de cuero cabelludo, y el cráneo le quedó a la vista. La hemorragia era tan abundante que la sangre le entró en los ojos y goteó hasta el suelo.

Le asaltó una violenta náusea y tuvo que apoyarse en la cama para no perder el equilibrio. Apretó la herida abierta con la otra mano, pero la sangre se le filtraba entre los dedos y le resbalaba por la cara. Entre las palpitaciones de su corazón y el eco aún presente de los gritos de Tomas y Jarmo, oyó también cómo gritaba Malin, pero sin entender lo que decía.

Hass avanzaba a gatas hacia él. Parecía como si buscara algo. Claro, la pistola se le había caído al suelo. Quizá Malin le estaba diciendo que la apartara de una patada, pero él no la veía. Casi no veía nada a causa de la sangre en los ojos.

Entonces sonaron unos disparos.

Primero uno, luego otro y otro más, en rápida sucesión.

Fabian esperaba sentir el dolor en el vientre, ver todavía más sangre antes de derrumbarse como sus compañeros. Pero no se derrumbó ni notó ningún impacto. ¿Acaso Hass había empezado por Malin?

El muy hijo de puta le había disparado a ella. Se dio la vuelta hacia la cama, pero estaba vacía.

No entendía lo que pasaba. Intentó apartarse la sangre de los ojos para ver mejor, pero seguía saliendo más y se había formado un gran charco a sus pies. Entonces vio a Malin en el suelo, tendida con la pistola en las manos.

—¡Muévete!

Oyó las palabras, pero no acababa de descifrarlas. Se giró y entrevió una sombra que

desaparecía por la puerta.

—Está herido, pero hemos de salir de aquí antes de que regrese —urgió Malin—. Tienes que ayudarme a levantarme.

Fabian percibió que perdía sus energías con tanta rapidez como la sangre, pero por fin logró levantarla y acostarla de nuevo, y empujó la cama fuera de la habitación. No tenía ni idea de dónde estaba la salida, de manera que siguió los rastros de sangre por el largo corredor. No veía a Hass por ninguna parte.

Subieron en ascensor al primer piso y las puertas se abrieron directamente al exterior, en plena ventisca. Pero él no notaba el viento helado. Oyó una vez más la voz de Malin sin entender nada. Dedujo pese a todo lo que quería decir; así pues, la sujetó por debajo de los brazos, la levantó de la cama, que se había atascado en la nieve, y la arrastró cuesta abajo. Se cayó, se puso en pie y enseguida cayó de nuevo. Al fin llegó al coche y colocó a Malin en el asiento trasero.

El motor arrancó al primer intento. Pese a la abundante sangre que le salía y que casi no le dejaba ver, se las arregló para bajar la cuesta antes de que el vehículo también quedara atascado en la nieve.

Pero todo eso no lo recordaría más tarde, ni tampoco cómo había conducido por Strandvägen, olvidándose de girar a la izquierda en Hamngatan, frente al Teatro Real de Arte Dramático, y siguiendo a excesiva velocidad por Birger Jarlsgatan, para acabar patinando y chocando con la estatua «El halcón y la paloma» en la desierta explanada, cubierta de nieve, de Stureplan.

116

Dios había demostrado una vez más que estaba de su lado. Intervenía y actuaba en cuanto necesitaba su ayuda, tanto si ella era consciente de eso como si no. Esa policía embarazada, por ejemplo. Ella nunca había querido hacerle daño. De hecho, no quería hacerle daño a nadie, salvo a los que habían saqueado a Efraim. Pero lo cierto era que si no hubiera sido por esa mujer, no habría podido llegar al aeropuerto y de ahí a Tel Aviv vía Estambul. Fabian Risk sabía adónde se dirigía Aisha, pero como debía encontrar con urgencia a su compañera, no había tenido más remedio que dejarla escapar.

Aisha Shahin recogió la maleta de la cinta de equipajes y salió con ella por la aduana sin que la detuvieran. Por lo que veía, el hielo derretido en el interior de la maleta no se había filtrado en absoluto. La estaba esperando un todoterreno alquilado y el trayecto hasta Imatin duró menos de cuatro horas, según lo previsto. Incluso en los puntos de control la dejaron pasar sin preguntarle adónde se dirigía ni cuál era el motivo de su viaje.

Casi tenía la sensación de que Dios estaba premiándola y desplegando una alfombra roja en su camino por el trabajo que había realizado todos esos años; por el entrenamiento y la planificación que había llevado a cabo y por las dudas que se había visto obligada a superar. Ella ni siquiera se había atrevido a creer que tendría éxito, pero se había superado a sí misma con la ayuda de Dios y casi había alcanzado el momento con el que tanto había soñado.

Aparcó el todoterreno en las afueras del pueblo y aguardó a que oscureciera. Entonces abrió el contenedor hermético de la maleta, sacó la bolsa con los órganos que habrían de devolverle a Efraim la integridad de su cuerpo y recorrió a pie el último tramo con la mochila a la espalda.

La lápida seguía en el mismo sitio donde ella la había colocado casi diez años atrás, pero el texto grabado estaba desvaído por la acción del sol. Así pues, primero volvió a llenar de tinta los surcos de cada letra. A continuación desplegó la pala y empezó a cavar. Cuando llegó a una profundidad suficiente, apartó la tierra del plástico que cubría los restos.

La última vez que había estado aquí, la tosca cicatriz suturada que recorría el cadáver la había inundado de un oscuro odio sin fondo. Pero ya no lo experimentaba; y además, la última gota de esa bilis negra había salido de ella, y lo único que sentía era amor: un amor tan cálido y profundo que ni siquiera notaba el frío, pese a la baja temperatura de la noche.

Retiró el plástico doblado del pecho de su amado, que había quedado reducido a las costillas, y abrió la bolsa hermética.

Desenroscó con cuidado las dos tapas del estuche para lentes de contacto, extrajo las córneas, primero la izquierda, después la derecha, y las colocó en las cuencas de la calavera. Así él podía volver a verla. Después sacó el pulmón, lo depositó con delicadeza bajo las costillas de la

derecha, de tal modo que pudo sentir el cálido aliento de Efraim en su mejilla. El hígado y los dos riñones mantendrían la pureza de su amor. Finalmente, le dio el corazón, que a partir de entonces palpitaría para ambos.

Una vez que estuvo todo en su sitio, se tendió boca arriba a su lado, lo más cerca que pudo. Cogió el teléfono móvil, pulsó «Play» y se lo puso sobre el pecho. Era la música que sonaba aquella vez en la radio portátil de Efraim y que ella había escuchado todos los días desde entonces al meterse en la cama. Sacó la pastilla de la cajita, se la puso en la boca y se la tragó.

Ya quedaba muy poco. Muy pronto se reunirían de nuevo, y ya nada podría volver a separarlos. Contempló las estrellas en lo alto, que relucían en especial esa noche, y se dio cuenta de que nunca había sido tan feliz como lo era ahora.

EPÍLOGO

22 de diciembre de 2009 − 14 de abril de 2010

Con sentimientos encontrados, Dunja Hougaard tomó un vuelo de regreso a Copenhague. Le había sorprendido descubrir que había una explicación que justificaba que el coche deportivo del ministro sueco asesinado hubiera acabado en el fondo del puerto de Helsingør. Quizá era una explicación algo extraña y rocambolesca, pero resultaba creíble de todos modos, lo cual significaba que todavía no contaba con un argumento sólido para reabrir la investigación. Y por si fuera poco, había sorprendido a Carsten en plena infidelidad.

Pese a todo, se sentía más fuerte de lo que se había sentido en muchos años. Era casi una sensación de euforia lo que la embargaba mientras el avión rodaba por la pista. Ignoraba cómo acabaría resultando, pero en adelante iba a seguir su propio camino. Nadie volvería a maltratarla; nadie: ni un Hesk ni un Carsten.

Para no hablar de la bola de mierda de Sleizner, que supondría que volvería cabizbaja a su rincón y pediría el traslado a otro departamento. Pero eso era lo último que pensaba hacer. Todo lo contrario: se mantendría firme y aguardaría la ocasión para tocarle las narices. Y cuando esa ocasión se presentara, actuaría con tanta contundencia que lo pillaría por completo desprevenido.

Cuando Carsten llegó a casa con un ramo tan enorme que apenas cabía por el portal, descubrió que la llave no entraba en la cerradura, lo cual ahondó la angustia que había sentido todo el día. Había telefoneado a Dunja, pero se encontró con un mensaje automático que decía que el número estaba fuera de servicio. Se sentó en la escalera a esperar. Una hora más tarde, le llamó su madre desde Silkeborg para preguntarle por qué acababa de aparcar en el acceso a su casa una furgoneta de mudanzas con todas sus pertenencias.

Malin Rehnberg tardó veintitrés minutos en salir del asiento trasero del coche, de cuyo capó abollado no paraba de salir humo y ruidos sibilantes. Tardó otros seis minutos en encontrarle el móvil a Fabian y llamar a emergencias. La operadora no acababa de convencerse de que aquello fuera una emergencia, pero al final accedió a mandar una ambulancia.

Aunque la herida de Fabian no era demasiado grande, había perdido más de dos litros de sangre y necesitaba una transfusión. Él era del grupo sanguíneo cero negativo y solo podía

recibir sangre de su propio grupo. Por lo general, el hospital tenía grandes reservas de ese tipo de sangre, puesto que era apta para todos los demás grupos, pero esa noche en particular, pese a todas las advertencias sobre el estado de las calzadas, se había producido un número insólito de accidentes de tráfico, y todas las reservas de sangre del grupo cero negativo del Hospital General Sur de Estocolmo se habían agotado. Por tanto, Risk tuvo que ser sedado mientras localizaban y transportaban la sangre adecuada para la transfusión.

Entretanto, Malin fue sometida a una cesárea de urgencia. Los médicos colocaron sobre su pecho a un niño pálido y diminuto de 2,1 kilos. Anders, que consiguió llegar justo a tiempo, tuvo el honor de cortar el cordón umbilical. El bebé adquirió enseguida un color más saludable.

Tras interminables discusiones, ellos habían acordado que si era un niño lo llamarían Nils. Pero cuando Malin sintió la calidez de su cuerpecillo sobre el pecho, le preguntó a su marido si estaba dispuesto a cambiarlo por Love. Él accedió.

La niña, que sacaron unos minutos después, pesaba 1,2 kilos y nunca llegó a adquirir buen color. Sí pudo reposar sobre el pecho de su madre, junto a su hermanito, largo rato, mientras sus padres le ponían el nombre que habían acordado: Thindra Siv Elisabeth Rehnberg.

El lunes veintiocho de diciembre, Fabian estaba lo bastante recuperado para abandonar el hospital. Pasaban de las dos de la tarde y Herman Edelman le había pedido que fuera a comisaría.

Él lo único que deseaba era reunirse con su familia, pero también tenía bastante interés en celebrar esa sesión informativa, porque le permitiría ofrecer un relato completo de lo ocurrido la noche del veintitrés de diciembre. Así el equipo podría avanzar en la investigación del asesinato de los dos agentes de policía y en el arresto de Gidon Hass.

Pero no hubo sesión informativa ni un plan para seguir investigando. Le comunicaron que no continuarían con la investigación. Según Edelman, el caso ya estaba cerrado y no había motivo para abrirlo otra vez. Además, la embajada israelí había presentado una queja formal por el allanamiento y el uso de armas de fuego de los dos agentes, a pesar de que Jarmo Päivinen y Tomas Persson habían muerto y los hombres de la embajada solo habían resultado heridos.

La embajada había enviado varias balas para que las examinaran, y se demostró que procedían del arma reglamentaria de Fabian.

Edelman lo colocó ante la disyuntiva de firmar una carta de dimisión y recibir el sueldo de seis meses, o someterse a una investigación interna por allanamiento, persecución de un grupo étnico e intento de asesinato.

Risk estaba convencido de que con el testimonio de Malin Rehnberg y Niva Ekenhielm sería exonerado de todas las acusaciones, pese a que alguien se había encargado de vaciar el apartamento de Aisha Shahin, en Axelsberg, y de destruir todo su contenido.

También estaba seguro de que si seguían trabajando juntos, obtendrían las pruebas suficientes para condenar tanto a Hass como a su primo, el embajador. Lo cual no solo implicaría en el caso a Edelman y a altos cargos del Ministerio de Justicia, sino que sería probable que acabara derribando al Gobierno. La verdad saldría a la luz y los planes previstos para la sala de operaciones de la embajada, fueran cuales fuesen, nunca se llevarían a cabo.

Pese a todo eso, decidió firmar la carta de dimisión. Ya le era indiferente que su opinión sobre su antiguo mentor hubiera caído por los suelos. Era cierto que deseaba demostrarle a Edelman que estaba equivocado y que la verdad siempre salía a relucir más pronto o más tarde, pero no podía permitir que su búsqueda de la verdad le hiciera perder lo único que realmente

importaba.

Algo le decía que esta era su última oportunidad para demostrar a Sonja y a los niños cuáles eran sus prioridades. Tenía que estar dispuesto a apostarlo todo por ellos. Pero dudaba de si su mujer todavía querría darle esa última oportunidad y considerar su idea de empezar de cero en Helsingborg, su vieja ciudad natal. Lo único que sabía era que nunca podría perdonárselo a sí mismo si no lo intentaba.

Una vez que el escándalo en torno a las extrañas actividades de los agentes Tomas Persson y Jarmo Päivinen hubo amainado a finales de marzo, el Gobierno israelí convocó a su embajador en Suecia y lo reemplazó pocos días más tarde.

El cambio no suscitó mucha atención en la prensa sueca, y nadie puso en duda la versión oficial de que su retirada obedecía a motivos personales.

Tampoco apareció en ninguna parte la noticia de que, a raíz de este cambio, se instó a Gidon Hass, primo del embajador, a regresar a su país. No se ha celebrado hasta el momento un juicio oficial, pero según fuentes no confirmadas, los dos primos habrían sido internados en el Campo 1391, el Guantánamo de Israel. En el momento de redactar estas líneas no está claro si ambos siguen con vida.

AGRADECIMIENTOS

Mi,

porque resististe, incluso cuando resultaba muy difícil. Me has brindado un apoyo maravilloso e imprescindible. Tus ideas y comentarios han sido mucho más que una contribución entre otras. Sin ti… No, la mera idea me parece imposible.

Kasper, Filippa, Sander y Noomi,

por entender por qué papá está a veces en otra parte, aunque esté comiendo en la misma mesa.

Jonas,

oor tu tiempo y tu energía, por tus ideas y observaciones. No existe ninguna caja de resonancia mejor.

Adam, Andreas, Sara y todos los demás en Bokförlaget Forum,

porque no solo sois los mejores editores, sino también los más divertidos.

Magnus,

por compartir conmigo todos tus conocimientos médicos y estar más que dispuesto a perder el tiempo discutiendo cómo es de grande una cebolla perla en comparación con un ojo.

Lars,

por explicarme con tanto entusiasmo cómo se mete una bala en la recámara y todas esas cosas que suceden detrás del telón.

Mikael y Jenny,

porque sois dos de mis mejores amigos, y por comprar treinta ejemplares (!!) de *Mañana te toca a ti*.

Ellen, de la librería Akademibokhandeln de Helsingborg, y Sven-Åke y toda la tropa de Väla,

porque leísteis, disfrutasteis y hablasteis de mi primer libro, haciendo que muchos otros lo leyeran.

Y, finalmente, unas gracias enormes a todos los que comprasteis *Mañana te toca a ti* en el verano de 2014, aun cuando nadie había oído hablar de la novela. Gracias a todos, y también a los amigos a los que la recomendasteis, que a su vez la recomendaron a los suyos. Gracias a vosotros, puedo estar aquí sentado escribiendo el tercer libro sobre Fabian Risk.

NOTAS

[1] Edificio de las oficinas del primer ministro y del Gobierno. El Parlamento se encuentra justo enfrente, al otro lado del río. (*Todas las notas son del traductor.*)

[2] Ayuntamiento de Estocolmo.

[3] Instituto Nacional de Defensa de Señales de Radio.